DUNE IV
DIOS EMPERADOR DE DUNE

Frank Herbert

Descargado de **eBooket**
www.**eBooket**.com

DUNE IV
"DIOS EMPERADOR DE DUNE"

Frank Herbert Titulo Original
God Emperor Of Dune
Traducción Montse Conill

Portada Garcés/Das Pastoras

1a. Edición: Mayo 1985
2a. Edición: Julio l986

©1981 Frank Herbert
©1982 Ultramar Editores, S.A.

ISBN : 84-7386-365-8
Depósito legal : NA-543-1986

PROLOGO

DUNE:
DE LA ECOLOGIA AL MESIANISMO

A caballo entre 1963 y 1964, serializada en los números de diciembre y enero de la revista de ciencia ficción Astounding Stories, aparecía una novela de un autor no muy conocido cuyo título tampoco era excesivamente prometedor: Dune World (Mundo de Dunas). Sin embargo, su acogida por parte de los lectores fue tan calurosa que animó a su autor a seguir escribiendo la segunda parte de lo que en un principio había proyectado como una tetralogía. The Prophet of Dune (El profeta de Dune: ahí el genérico adquiriría ya caracter de nombre propio) apareció en la misma revista, serializada en cinco partes, de enero a mayo de 1965. Poco después, las dos partes aparecerían en forma de libro aquel mismo año, reunidas en un solo volumen, bajo el título común de Dune, reduciendo la prevista tetralogía a trilogía. Acababa de nacer un mito.
Frank Herbert apenas era conocido de los círculos iniciáticos de la ciencia ficción cuando apareció Dune. Nacido en Tacoma, Washington, en 1920, Herbert, tras estudiar en la universidad de Washington, se dedicó a los oficios mas diversos, desde fotógrafo y cameraman de TV a presentador de radio, y desde pescador de ostras a analista. Pero lo suyo era escribir. Comenzó a hacerlo a los ocho años, «...y aunque nunca vendí nada de aquel material, por supuesto, he tenido ocasión de releer recientemente algunas de aquellas cosas y debo reconocer que a mis ocho años ya tenía un cierto "gancho" como narrador, me gustaba escribir sobre las emociones humanas, sobre la fuerza motivadora primaria...». A los veinte años vendía ya relatos para los pulps americanos, y después de la Segunda Guerra Mundial empezó a alternar su trabajo como periodista con la creación de relatos de aventuras, tipo Doc Savage, y del Oeste, que firmaba púdicamente con seudónimo. A principios de los cincuenta empezó a vender artículos y cuentos para revistas de mayor categoría, como Esquire. y a publicar sus primeros relatos de ciencia ficción, género en el que muy pronto se centraría. En 1952 aparecia su primer relato de este género, "Looking for Sornething?" (¿Esta usted buscando algo?), en la revista Startling Stories. En 1956 vería la luz su primera novela, "The Dragon In The Sea" (El Dragón En El Mar). también conocida mas tarde como "Under Pressure" (Bajo Presión): un thriller de ciencia ficción mezclado con complejas especulaciones psicológicas, que se desarrollaba en un submarino en plena misión durante una guerra futura. La novela no fue acogida con demasiada benevolencia por la crítica. si bien hoy se ha convertido en un pequeño clásico sobre un tema que por aquel entonces era puramente hipotético pero que hoy se ha convertido en una terrible realidad: el agotamiento de los combustibles fósiles y la necesidad de ir a buscar nuevas fuentes de energía.
Pero fue 1965 el año del "descubrimiento" de Frank Herbert. El mundo entero se maravilló ante la novela que, por primera vez, planteaba de forma completa. racional y convincente, la ecología de todo un mundo completamente distinto al nuestro. Dune obtuvo un éxito fulminante de público y crítica, hasta el punto de obtener los dos principales y mas prestigiados galardones otorgados a novelas de ciencia ficción. los premios Hugo (compartido con la novela "...And Call Me Conrad" ("...Y Llámame Conrad") de Roger Zelazny; y Nebula, así como el Premio Internacional de Fantasía, que compartiría también con otro gran clasico: "Lord of Flies" ("El Señor De Las Moscas") de William Golding.
El escenario de Dune se sitúa en el lejano planeta Arrakis, llamado Dune, un mundo cuya principal característica es ser un inmenso desierto en donde la poca agua que aún existe es el bien mas preciado que pueda poseer un ser humano. Según el propio Herbert, la idea de este escenario le surgió en un viaje que efectuó a Florence, Oregon,

en donde el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos estaba realizando un proyecto piloto para el control del avance de las dunas. Algunos otros viajes del autor a Oriente Medio, y principalmente un viaje al Pakistan, le ofrecieron nuevos elementos sobre las sociedades nómadas y la vida en el desierto. Desde hacía un tiempo, Herbert sentía deseos de escribir sobre el origen y desarrollo de las religiones mesiánicas. El mesianismo, para florecer, necesita de unos condicionantes que creen en la población una tensión intolerante sumida en la impotencia, y que puede tener su origen en una tiranía o en un entorno hostil. La tiranía era facil de conseguir: una sociedad de tipo feudal que esclavizara a la población. El entorno hostil...¿qué mejor entorno que el más árido desierto? No hay que olvidar que el principal movimiento mesiánico occidental nació precisamente en el desierto...

Con estas premisas, Frank Herbert empezó a escribir su obra. Los dos primeros volúmenes de la tetralogía se unieron en un solo libro, convirtiendo así la obra en una trilogía. Dune se inicia cuando Paul Atreides, un muchacho dotado de extraordinarios poderes precognitivos gracias a la selección genética a que ha sido sometida su madre, debe trasladarse con su familia del paradisíaco planeta Caladan al desértico planeta Arrakis, que su padre acaba de recibir en feudo de manos del Emperador. Dune, como se llama comúnmente a Arrakis, es un inmenso desierto, habitado por los Fremen, tribus nómadas apegadas a antiguas tradiciones y cuyos antepasados fueron deportados allí en épocas remotas. Pero ese inhóspito planeta–desierto posee una gran riqueza: la melange, una droga geriátrica y activadora de la presciencia, producto residual de los gigantescos gusanos de arena que son los habitantes naturales del planeta. El gran poder económico que representa la especia hace que el planeta Arrakis sea el centro de innumerables intrigas y luchas de intereses. Allí es donde Paul Atreides, convertido progresivamente en Paul Muad'dib, la cristalización de los deseos mesiánicos de los Fremen, iniciará el largo periplo hacia su divinización...

Dune esta planteada, basicamente, como una novela de intrigas y aventuras. Hay traiciones (traiciones dentro de traiciones dentro de traiciones), envenenamientos y contraenvenenamientos, clásicas luchas palaciegas a espada... Pero eso es solo decorado superficial. A lo largo de las setecientas apretadas páginas de su texto hay un profundo analisis de una sociedad tipo feudal. una reflexión política, guerra, un estudio de los poderes paranormales, y sobre todo una tesis sobre religión. Y. por encima de todo ello, el planteamiento ecológico de un planeta que ha debido sobrevivir y desarrollarse en ausencia de uno de los elementos mas primordiales para la vida humana: el agua. En Dune, el agua es el bien más preciado, hasta el punto de constituir el elemento principal de cambio, la moneda del planeta. El atuendo de los hombres del desierto, el destiltraje, es una prenda diseñada especialmente para recuperar y reciclar toda el agua que exuda normalmente el cuerpo humano, y constituye un elemento básico de supervivencia. La escasez del agua es tal, que uno de los máximos dones por los que se expresa el dolor es el llanto: «Mira, le da agua al muerto...»

La civilización de Dune esta grandemente inspirada en la civilización árabe. «En la cultura occidental -dice Herbert-, cuando se habla de Desierto automáticamente aparece en la mente la idea de Arabia», asi que recurrí al arabe para surtirme de la mayor parte de los nombres y términos lingüísticos, y para muchas otras cosas». La sutil recreación de nombres, lugares, costumbres y actitudes son uno de los principales alicientes de la obra. Frente al decadente barroquismo de la sociedad imperial (el villano de la obra, el barón Harkonnen, es un hombre tan grueso que para poder andar necesita sostener su cuerpo con un cinturón de suspensores gravíticos), el ascetismo y la dureza de vida de los Fremen crea un contraste realmente antológico.

El periplo de Paul Muad'dib Atreides por el desierto, en busca de los Fremen y de su propio destino, se alterna con la guerra de intereses y corrupción que forcejea por apoderarse del planeta. El libro culmina con una épica escena de lucha y victoria en la

cual los Fremen, al mando del Mesías Paul, y a lomos de los gigantescos gusanos de arena, atacan y conquistan la capital del planeta y vencen a las fuerzas imperiales... con lo que la leyenda mesiánica del protagonista queda definitivamente establecida.
Frank Herbert es un entusiasta defensor de la ecología: gran número de sus artículos y buena parte de su obra literaria versan sobre este tema. Con el dinero que le reportó Dune, Herbert llevó a la realidad uno de sus sueños: adquirir una propiedad de seis acres en una zona al nordeste de Washington, en la península Olympic, donde estableció una "reserva ecológica" en la que él y su familia viven autosuficientemente, en estrecho contacto con la naturaleza que defiende. Su "granja biológica" le ha dado tema para multitud de artículos, y para las conferencias que da constantemente por toda la nación, en colegios y universidades.
El segundo volumen de la trilogía, El mesías de Dune, retoma el tema donde lo dejó en el libro anterior. Sin embargo, esta segunda parte deja un poco de lado la ecología para dedicarse más a la política y a la religión, a través del minucioso estudio de la ascensión de un hombre a la cúspide del poder político y religioso. La acción se desarrolla doce años después de la gran victoria de Paul Muad'díb sobre sus enemigos. El péndulo ha efectuado su recorrido, y los orgullosos y sanguinarios Fremen han lanzado una cruzada por toda la galaxia para dominar a los planetas que no han querido aceptar a su jefe/dios como emperador. Paul, mientras tanto, inicia su ambicioso proyecto de transformar todo un planeta, convirtiendo los desiertos de Arrakis en un vergel. Eso, naturalmente, hará que desaparezca la especia, producto por antonomasia del desierto. Ello hace que los grandes poderes económicos, alarmados, preparen una conjura para derribar el poder mesiánico de Paul Muad'díb. Por otro lado, los propios Fremen empiezan a murmurar contra su dios, que intenta eliminar sus seculares tradiciones basadas en el desierto. El protagonista avanza por entre todas esas intrigas guiado por su presciencia, que le muestra la inevitabilídad de su destino. Alia, su hermana, en cuyo interior viven todos los antepasados de las estirpe de los Atreides debido a lo peculiar de su nacimiento, es la primera en conspirar contra él y su proyecto de remodelación. La concubina de Paul Muad'dib y su único amor, Chani, muere al dar a luz a sus dos hijos gemelos, que nacen con todos los atributos de la anormalidad psíquica de su padre, incrementados. Finalmente, tras vencer las conjuras tejidas en su torno, y habiendo alcanzado su destino inevitable, Paul Muad'dib pondrá fin a su vida a la manera Fremen, alejándose silenciosamente, ciego, a pie, y sin alimentos ni agua. hacia ese desierto que constituyó la razón de toda su vida...
La crítica, y los propios lectores, calificaron esa segunda parte de la trilogía como muy inferior a la primera, en parte debido a la ausencia del carácter épico que dominaba el primer volumen, al dominio de la intriga sobre la profundidad temática, y al hecho de que, pese a ser un lúcido estudio sobre la ascensión de una dictadura mesiánica, no aportaba mucho de nuevo a la gran riqueza de imágenes desplegada en el primer volumen. Ese aparente descenso quedaría superado sin embargo en el tercer volumen de la serie, que alcanzaría las cotas de interés y calidad del primero. "Hijos de Dune" nos sitúa en Dune veinte años después del inicio de la serie. Los dos hijos gemelos de Paul Muad'dib, Leto II y Ghanima, aún niños, gobiernan Arrakis y el Imperio, con su tía Alia como regente. Dune es ya un vergel, en las ciudades se desperdicia incluso el agua «...y los habitantes de Arrakis tienen esas detestables redondeces de carnes propias de loscuerpos henchidos de agua...». Alia ha reafirmado hasta el límite la religión mesiánica creada por Paul Muad'dib. al tiempo que sumergia el planeta en una sofocante burocracia que amenazaba con reducir el Imperio a la esclavitud. El anhelo de Alía, ya planteado en el libro anterior, es volver a los orígenes, destruir la obra creada por Muad'dib, en aras de un mesianismo no menor que el de su hermano, aunque de signo diferente. Pero para conseguirlo deberá enfrentarse a Leto II, que ha heredado todos los poderes de su padre, y que tiene también en su interior a todos los

innumerables antepasados de su raza y de la de los Fremen. Y deberá enfrentarse también a un misterioso predicador ciego, reseco y carcomido por el desierto, que aparecerá de pronto para predicar contra la corrupción que ha traicionado el espíritu del profeta, y en quien muchos identificarán al propio Mesías redivivo...
Hijos de Dune vuelve a situarse a la altura del libro original. Al planteamiento ecológico del mundo sin agua de Dune, Herbert antepone aquí la remodelación de todo un planeta. Al mesianismo que impregna toda la obra, le añade en este tercer volumen un nuevo elemento épico: la evolución humana hacia la consecución del superhombre. Leto Atreides, en comunión con el desierto de su padre, se transformará, se dejará "invadir" por las truchas de arena, el primer paso biológico en la evolución de los gigantescos gusanos de arena ahora en vías de extinción, y se convertirá en un ser distinto, un superhombre que, al final del libro, personificará la salvación última del planeta y, con él, de todo el universo.
Con este final quedaba al parecer rematada la gran trilogía del planeta de la arena. El ciclo estaba cerrado. Pero la épica del argumento permitía una continuación. Durante mucho tiempo se rumoreó que Herbert estaba escribiendo una cuarta parte de la trilogía originalmente proyectada. Mientras, los derechos de Dune eran contratados para el cine, y se iniciaba otra epopeya que, pese al tiempo transcurrido, apenas ha empezado. Adquiridos por Arthur P. Jacobs, el productor de la serie "El planeta de los simios", su muerte dejó el proyecto medio tambaleándose. Película de alto presupuesto, su dirección fue confiada al cineasta chileno afincado en París Alexandro Jodorowsky, el cual, tras preparar un preguíón, situar escenarios, y realizar innumerables bocetos, fue apartado del film por divergencias económicas. La producción pasó finalmente a manos de Dino de Laurentiis, el cual encargó al propio Herbert su guión definitivo. Hasta el momento, el film ha pasado ya por las manos de cuatro posibles directores... sin que se haya rodado aún ni una sola escena.
Y, finalmente, Frank Herbert no ha podido resistir a las tentadoras ofertas de los editores que le solicitaban un cuarto libro sobre Dune. Retomando los elementos establecidos en las tres anteriores novelas, y centrando su mirada en la figura, más mesiánica que nunca, de Leto Atreides II, ya convertido en un monstruo sobrehumano, Herbert ha dejado transcurrir tres mil años de tiempo desde el final de su trilogía y ha elaborado su "cuarto Dune". Dios Emperador de Dune es la culminación, por ahora, de la gran saga. El éxito del libro ha sido tal en los Estados Unidos que su primera edición estaba ya prácticamente agotada antes de salir al mercado, y tras su aparición ha permanecido durante varios meses a la cabeza de los libros más vendidos... en su edición cara de tapas duras. Con el anticipo recibido a cuenta de derechos, Herbert ha abandonado su refugio ecológico de la península Olympíc para comprarse una casa en Hawai y trasladar allí su residencia. Y ve como la fama hace que los editores le soliciten libros y le ofrezcan sustanciosos contratos únicamente por su nombre.
Dios Emperador de Dune retoma la tradición de los libros anteriores de la serie. Abandonando aquí ya casi definitivamente la acción y la intriga, el libro nos ofrece una lúcida reflexión sobre la predestinación del destino humano, y un profundo analisis sobre la soledad del poder. En parte gusano, en parte hombre, Leto II deambula por los subterráneos del gigantesco mausoleo que es su Ciudadela de Arrakis, rodeado por la única extensión de desierto que queda en su planeta. Odiado como un tirano y adorado como un dios, rodeado por el coro digno de una tragedia griega, sus guardianas, Leto II prosigue su lenta metamorfosis que, con su destrucción, traerá la salvación de la especie humana. La Senda de Oro llega a su fin: todo está escrito ya en el tejido del tiempo...
Esa parte final del gran retablo de Dune, ese grandioso retrato de uno de los personajes mas fascinantes que ha producido la ciencia ficción, cierra de momento el gran ciclo del planeta Arrakis, llamado Dune, la obra que, junto con la trilogía Fundación de Isaac Asimov, es considerada como la obra cumbre de la literatura

mundial de ciencia ficción. Pero no cierra realmente el ciclo. ¿Deliberadamente?, Frank Herbert ha dejado al final una puerta abierta para futuros acontecimientos. La saga de Dune puede tener una continuación más épica aún que todo lo escrito hasta ahora. Estoy seguro de que Frank Herbert la escribirá.
Para finalizar, un consejo.
Este libro puede ser leído independientemente de los tres anteriores.
Pero si quiere usted gozar de toda esta gran obra en su plenitud, lea antes las tres primeras partes:

"Dune", "El Mesías De Dune" e "Hijos De Dune".

Me lo agradecerá: merecen la pena.

[Domingo Santos - 1984]

- CAPITULO I –

Extracto de la conferencia pronunciada por Hadi Benotto con motivo de los descubrimientos de Dar–es–Balat en el planeta Rakis:

Esta mañana tengo no sólo el placer de anunciarles a ustedes el hallazgo de ese maravilloso almacén que contiene, entre otras cosas, una monumental colección de manuscritos transcritos en papel de cristal riduliano, sino también la satisfacción de poder exponerles las razones que, a nuestro juicio, demuestran la autenticidad de este descubrimiento y los motivos que nos inducen a pensar haber descubierto los diarios originales de Leto II, el Dios Emperador.

En primer lugar, permitanme recordarles brevemente el valor del tesoro histórico que todos conocemos con el nombre de *Los Diarios Robados*, esos volúmenes de probada antiguedad que tanto han contribuido en el transcurso de los siglos a ayudarnos a conocer y comprender mejor a nuestros antepasados. Como todos ustedes saben, *Los Diarios Robados* fueron descifrados por la Cofradía Espacial, utilizandose también el método de la Clave de la Cofradía para traducir los volúmenes recién descubiertos. Nadie pone en duda la antigüedad de la Clave de la Cofradía, y ésta es la única, *exclusivamente la única*, capaz de traducir dichos volúmenes.

En segundo lugar, estos volúmenes se imprimieron con un dictatel ixiano de antiquísima manufactura. *Los Diarios Robados* demuestran sin lugar a dudas que ese fue el método empleado por Leto II para registrar sus observaciones históricas.

En tercer lugar, y tan portentoso a nuestro juicio como el mismo descubrimiento, tenemos el almacén. El depósito donde se hallaron dichos Diarios es una construcción indudablemente ixiana, de tan primitiva y singular ejecución que con toda seguridad arrojará nueva luz sobre ese periodo histórico conocido con el nombre de "La Dispersión". Tal como era de esperar, este almacén resultaba invisible. Se hallaba enterrado a mucha más profundidad de lo que las leyendas y la Historia Oral nos inducían a pensar, emitiendo y absorbiendo radiaciones que lo confundían con las características naturales de su entorno, mimetismo mecánico bien conocido y que en sí no produjo mayor sorpresa. Lo que sí sorprendió a nuestros ingenieros fue lo rudimentario y primitivo de las técnicas mecánicas con las que se había realizado.

Advierto en algunos de ustedes la misma excitación que este hecho produjo en nosotros. En nuestra opinión, nos hallamos ante la primera Esfera Ixiana, la no–estancia de la cual derivaron todos estos artefactos. Si no se trata realmente de la primera, creemos que debe ser una de las primeras, y que posee los mismos principios que la primera.

Y ello me lleva al cuarto punto que deseaba comentar y que bien puede constituir el broche de oro de nuestro descubrimiento. Señoras y señores, con una emoción que apenas puedo controlar, les comunico a ustedes el último descubrimiento realizado en este lugar: hemos encontrado varias grabaciones orales, que según todos los indicios fueron efectuadas por Leto II con la voz de su padre Paul Muad'Dib. Puesto que las grabaciones auténticas del Dios Emperador se conservan en los Archivos Bene Gesserit, hemos enviado a la Orden una muestra de nuestras grabaciones, realizadas todas ellas según un arcaico sistema de microburbujas, con la petición formal de que

lleven a cabo pruebas comparativas para determinar su autenticidad. No albergamos la menor duda de que así será.

Y ahora. tengan la bondad de prestar atención a los fragmentos traducidos que les fueron entregados a la entrada, y permítanme aprovechar la ocasión para pedir excusas por su peso, que según he podido comprobar, ha suscitado jocosos comentarios entre algunos de ustedes. Hemos utilizado papel corriente por una simple razón de tipo práctico: economía. Los volúmenes originales se hallan escritos en caracteres tan diminutos que para permitir su lectura deben aumentarse sustancialmente. Piensen ustedes que se precisan más de cuarenta volúmenes ordinarios, semejantes al que tienen ustedes ahora en sus manos, para reproducir simplemente el contenido de uno de los originales de cristal riduliano.

Preparen el proyector. Bien. En la pantalla situada a su izquierda aparece proyectado un fragmento de una de las paginas originales. Corresponde a la primera página del primer volumen. En la pantalla de la derecha aparece la traducción que nosotros hemos realizado. Fíjense ustedes en los elementos internos del texto, en la vanidad poética de las palabras, así como en el significado derivado de la traducción, indicios todos ellos, así como el estilo, de una personalidad identificable y consistente. En nuestra opinión, esto sólo pudo ser escrito por alguien que poseyera el conocimiento directo de recuerdos ancestrales y que tratase de compartir su extraordinaria experiencia de otras vidas anteriores, de forma que pudiese ser comprendida por quienes carecían de ese don.

Presten atención ahora al significado de este texto. Todas las alusiones concuerdan con los datos que nos proporciona la historia sobre la persona que a nuestro juicio es la única capaz de haber escrito tal relato.

Y aún tenemos una última sorpresa para ustedes. Me he tomado la libertad de invitar al ilustre poeta Rebeth Vreeb a compartir la tribuna con nosotros esta mañana. y a solicitar que nos lea de esta primera página un breve fragmento de nuestra traducción. Hemos observado que, incluso traducidas, estas palabras adquieren un matiz diferente cuando se leen en voz alta, y por ello deseamos compartir con todos ustedes la calidad verdaderamente extraordinaria que hemos descubierto en estos volúmenes.

Señoras y señores, ante ustedes Rebeth Vreeb.

De la lectura de Rebeth Vreeb:

Os aseguro que yo soy el libro del destino.

Las preguntas son mis enemigos. ¡Pues mis preguntas estallan! Las respuestas brincan cual rebaño atemorizado, oscureciendo el cielo de mis ineludibles recuerdos. Ni siquiera una respuesta, ni siquiera una basta.

Qué prismas centellean cuando penetro en el horrible terreno de mi pasado. Yo soy esquirla de piedra destrozada encerrada en una caja. La caja gira y se estremece. Yo soy zarandeado por una tormenta de misterios. Y cuando la caja se abre, regreso a esta presencia, como un extraño en tierras primitivas.

Despacio (despacio, digo) vuelvo a aprender mi nombre.

¡Pero eso no es conocerme a mi mismo!

Esta persona que responde a mi nombre, este Leto, segundo del linaje, encuentra otras voces en su mente, otros nombres y otros lugares. Oh, os prometo (como a mí me han prometido) que respondo a un único nombre. Si decís "Leto", yo respondo. La tolerancia da certeza a estas palabras, la tolerancia y una cosa más:

¡Tengo en mi mano los hilos!

Todos ellos son míos. Imaginad un tema cualquiera –digamos... *hombres que han muerto por la espada*, y los tengo a ellos en plena matanza, intactas las imágenes sangrientas, todas ellas, intactos los gemidos, uno a uno, intacta cada mueca.

Gozos de la maternidad, pienso por caso, y míos son todos los alumbramientos. Seriadas sonrisas infantiles y los dulces gorjeos de las nuevas generaciones. Los primeros pasos de los niños y las primeras victorias de los jóvenes traídas ante mí para que las comparta. Van cayendo una sobre otra hasta que no veo más que igualdad y repetición.

"Mantenlo todo intacto", me advierto a mí mismo.

¿Quién podrá negar el valor de tales experiencias, el provecho de aprender a través de lo que yo contemplo a cada instante?

Ah, pero es el pasado.

¿No comprendéis?

No es sino el pasado.

- CAPITULO II -

Esta mañana nací en un yurt al borde de una llanura donde pastan los caballos en las tierras, de un planeta que dejó de existir. Mañana naceré otra persona en cualquier lugar. Aún no he escogido. Esta mañana, sin embargo, ¡ah, esta vida! Cuando mis ojos supieron enfocar, miré la hierba pisada bañada por el sol y vi a unas gentes vigorosas dedicadas a la dulce actividad de las tareas cotidianas de sus vidas. ¿Dónde... dónde fue a parar tanto vigor?

Los Diarios Robados.

Las tres personas que corrían hacia el norte por entre las sombras de la luna a través del Bosque Prohibido cubrían un trecho de casi medio kilómetro, y el último corredor se encontraba a menos de cien metros de distancia de los feroces lobos–D que los perseguían. En medio del silencio se oían los jadeos de las fieras resoplando ansiosas por dar caza a la presa que acosaban.

Con la primera luna brillando en el firmamento, había bastante luz en la espesura, y pese a tratarse de las más elevadas latitudes de Arrakis, continuaba sintiéndose el calor de un agobiante día de verano. El vientecillo nocturno del Ultimo Desierto del Sareer transportaba aromas de resina y la húmeda emanación procedente del mantillo del suelo. De vez en cuando la brisa del mar de Kynes, situado al otro lado del Sareer, barría las huellas de los fugitivos con un ligero olor a salitre y pescado.

Por un capricho del destino, el último corredor se llamaba Ulot, que en lengua fremen significa *"Amado Rezagado"*. Ulot era bajo de estatura y poseía una tendencia a la obesidad que le había obligado a añadir la incomodidad de una dieta a las penalidades que comportaba el entreno para esta aventura. Aún tras haber adelgazado mucho para la desesperada carrera que le esperaba, seguía teniendo la cara redonda, con unos grandes ojos oscuros, sensibles a cualquier alusión a su gordura.

Ulot se daba cuenta ya de que no podía seguir corriendo mucho más; perdido el resuello, jadeaba agotado y en ocasiones se tambaleaba. Así y todo no llamó a sus compañeros; sabía que no podían ayudarle. Todos habían prestado el mismo juramento, sabiendo que no tenían más defensa que las antiguas virtudes y la lealtad fremen; seguían siendo válidas aún cuando todo lo que antaño fuera fremen tenía ahora un rancio sabor a arcaico, relatos antiguos aprendidos a fuerza de oirlos recitar a los Fremen de Museo.

Era la lealtad fremen lo que mantenía a Ulot callado pese a ser plenamente consciente de la fatalidad de su destino. Hermosa demostración de las antiguas cualidades, y conmovedora ciertamente puesto que ninguno de los corredores poseía más conocimiento de las virtudes que imitaban que el de los libros y las leyendas de la Historia Oral.

Los lobos–D se acercaban a Ulot ganándole terreno; los gigantescos bultos grises casi tan altos como los hombros de un hombre avanzaban a saltos, gruñendo de ansiedad, con las cabezas enhiestas y los ojos clavados en la figura de su víctima, traicionada por los brillantes rayos de la luna.

El pie izquierdo de Ulot tropezó con una raíz, y estuvo a punto de caer. Aquello renovó sus energías, y consiguió acelerar el paso, ganando quizás un cuerpo de distancia a sus perseguidores. Ayudándose con enérgicos movimientos de los brazos, respiraba ruidosamente, con la boca abierta.

Los lobos–D no alteraron el paso. Sus sombras plateadas avanzaban entre chasquidos envueltos en los potentes efluvios verdes de sus bosques. Sabían que tenían ganada la batalla, como tantas otras veces.

Nuevamente, Ulot tropezó. Recuperó el equilibrio apoyándose en un arbusto y continuó su jadeante carrera, resollando, temblándole las piernas, que se rebelaban contra tan agotador esfuerzo. No le restaban energías para acelerar el paso otra vez.

Uno de los lobos–D, una hembra de gran tamaño, se emparejó con Ulot acercándosele por el flanco izquierdo. Con un giro fulgurante, saltó cruzándosele en el camino. Unos colmillos descomunales desgarraron el hombro de Ulot, haciéndole tambalear pero sin que llegase a caer. A los olores del bosque se añadió el acerbo tufo de la. sangre. Un macho menos corpulento le alcanzó en la cadera derecha, y entonces Ulot cayó chillando. La manada entera se precipitó sobre él, y los gritos cesaron en un abrupto final.

Sin detenerse a devorar a su presa, los lobos–D reanudaron su persecución. Sus hocicos husmeaban los senderos del bosque y los errantes efluvios del ambiente, en busca del rastro cálido de los otros dos humanos que escapaban corriendo.

El siguiente corredor de la fila se llamaba Kwuteg, nombre de rancio abolengo en Arrakis pues se remontaba a los tiempos de Dune.

Un antepasado suyo había servido en el Sietch Tabr como Maestro de los Destiladores de Muerte, pero aquello había ocurrido hacía más de tres mil años y quedaba perdido en un pasado en el que muchos habían dejado de creer. Kwuteg corría con las largas zancadas de su cuerpo alto y delgado, excelentemente preparado para tal ejercicio. De su rostro aguileño nacía un cabellera negra y lacia que le caía hacia atrás. Al igual que sus compañeros, vestía un ceñido traje de carreras de punto de algodón negro, que revelaba la acción de sus nalgas musculadas y de sus muslos nervudos, así como el ritmo profundo y regular de su respiración. Sólo su paso, notablemente lento para Kwuteg, traicionaba el hecho de haberse herido la rodilla derecha al descender por los precipicios artificiales que circundaban la fortaleza de la Ciudadela del Dios Emperador en el Sareer.

Kwuteg oyó los chillidos de Ulot, luego el brusco y potente silencio, y los renovados aullidos de caza de los lobos–D.

Trató de que su mente no creara la imagen de otro amigo destrozado por las fauces de los monstruosos guardianes de Leto, pero la imaginación se le burló empleando contra él sus malas artes. Profiriendo mentalmente una maldición contra el tirano, sin malgastar aliento en pronunciarla, Kwuteg concentró sus esfuerzos en aprovechar la única oportunidad que se le ofrecía de alcanzar el santuario del río Idaho. Sabía lo que sus amigos pensaban de él, hasta la misma Siona: todos le tenían por prudente y conservador. Ya de niño ahorraba sus energías hasta el último momento, dosificando sus reservas como un avaro.

A pesar de la herida de la rodilla, Kwuteg aceleró el paso. Sabía que el río estaba cerca. El dolor de la rodilla había dejado de ser una tortura para convertirse en un ardor que le quemaba la pierna y el costado. Conocía muy bien los límites de su resistencia, y sabía también que Siona se hallaría ya casi en la orilla. Ella, que era la más veloz de todos, transportaba el paquete sellado que contenia los objetos robados en la fortaleza del Sareer. Kwuteg concentró sus pensamientos en aquel paquete, mientras continuaba corriendo.

¡Sálvalo, Siona! ¡Usalo para destruirle!

Los febriles gañidos de los lobos–D devolvieron a Kwuteg a la realidad. Los tenía demasiado cerca. En aquel momento supo que no conseguiría escapar de ellos.

¡Pero Siona tiene que escapar!

Se arriesgó a volver la cabeza, y vió a uno de los lobos acercársele por el lado. Súbitamente intuyó la estrategia que emplearían sus perseguidores, y en el momento en que el lobo saltaba para darle alcance Kwuteg también saltó. Colocando un árbol entre él y la manada, se agachó de repente, agarró a la fiera que le acosaba por una de las patas traseras y, sin detenerse, comenzó a voltear al cautivo agitándolo a modo de zurriago para dispersar a los demás. Hallando al animal menos pesado de lo que se imaginaba y casi agradeciendo el cambio de acción, se volvió contra sus atacantes y, blandiendo su látigo viviente, eliminó con un fulgurante molinete a dos de ellos, que cayeron desplomados entre el crujir de cráneos fracturados. Pero no podía defenderse sin ayuda, y a los pocos instantes un lobo flaco le atacaba por la espalda, lanzándole contra un árbol y privándole de su zurriago.

– ¡Huye! –gritó.

La manada se abalanzó sobre él, y Kwuteg apresó al lobo flaco clavándole los dientes en la garganta. Le mordió con toda la furia de su desesperación. Un chorro de sangre de lobo le salpicó la cara, cegándole por un instante. Rodando por el suelo sin saber a ciencia cierta hacia donde dirigirse, Kwuteg agarró a otro lobo. Aquello desconcertó a unos cuantos componentes de la manada, que se dispersaron gañendo asustados y atacando a sus propios heridos. Los más, sin embargo, permanecieron atentos a su presa. Sus fauces, provistas de aguzados colmillos, desgarraron la garganta de Kwuteg.

También Siona había oído el chillido de Ulot, y después el inconfundible silencio seguido de los aullidos de los lobos al reanudar la manada su despiadada persecución. Se sintió invadida de tal cólera que temió estallar. Se había incluido a Ulot en esa aventura a causa de su capacidad analítica, de su habilidad para obtener una visión de conjunto de un problema a partir tan sólo de unas pocas de sus partes. Había sido Ulot quien, utilizando la indispensable lupa, presente siempre entre sus utensilios de trabajo, había examinado los dos extraños volúmenes hallados junto a los planos de la Ciudadela.

– Me parece que están en clave –había comentado.

Y Radí... pobre Radí, había sido el primero del grupo en morir...

Radi había dicho:

– No podemos llevar más peso. Tíralos.

Pero Ulot había objetado:

– Las cosas sin importancia no se esconden de esta forma.

Kwuteg se había puesto del lado de Radi:

– Vinimos en busca de los planos de la Ciudadela y ya los tenemos. Esos libros pesan mucho.

Pero Siona se había mostrado conforme con Ulot:

– Yo los llevaré.

Aquello había puesto fin a la discusión.

Pobre Ulot.

Todos sabían que era el peor corredor del grupo. Ulot era lento para casi todas las cosas, pero en claridad mental no le aventajaba nadie.

Es responsable y de toda confianza.

Ulot *no les había* defraudado.

Siona consiguió dominar su cólera, y utilizó su energía para acelerar el paso. Las ramas de los árboles le azotaban el cuerpo en su veloz carrera a la luz de la luna. Acababa de penetrar en ese vacío que se produce al correr, en el que el tiempo se queda en suspenso y no existe nada más que el movimiento y la conciencia del propio cuerpo realizando el esfuerzo para el cual se ha preparado.

Los hombres la encontraban muy bella cuando corría, y Siona lo sabía. Llevaba el largo cabello negro fuertemente sujeto en un cola para que no le molestase, y había acusado a Kwuteg de insensatez cuando él se negó a seguir su ejemplo en este particular.

¿Dónde está Kwuteg?

Su cabello no era igual que el de Kwuteg. Tenía ese color castaño oscuro que a veces se confunde con el negro pero que no llega a serlo, no como el de Kwuteg.

Por esos caprichos de las leyes genéticas, sus facciones reproducían exactamente las de una remota antepasada suya:

un rostro suavemente ovalado, de boca llena y generosa, y ojos refulgentes de vivacidad sobre una nariz proporcionada y pequeña. El cuerpo se le había ido enflaqueciendo al cabo de varios años de correr, pero los hombres la consideraban una mujer sumamente atractiva.

¿Dónde está Kwuteg?

La manada de lobos guardaba silencio, y aquello la llenó de alarma. Lo mismo había ocurrido antes de que acabaran con Radi. Igual habia sucedido cuando capturaron a Setuse.

Se dijo que aquel silencio presagiaba tal vez algo distinto. A Kwuteg tampoco se le oía... y era un hombre muy fuerte.

Siona sintió una punzada en el pecho, preludio del jadeo que sus muchos kilómetros de entreno le aseguraban que no iba a tardar en producirse. El sudor seguía manando de sus poros humedeciendo el fino traje negro de carreras que vestía. Sujeto a los hombros, cuidadosamente sellado para protegerlo de la travesía a nado del río, llevaba el paquete con su valioso contenido. Concentró sus pensamientos en los planos de la Ciudadela que iban doblados en él.

¿Donde guardará Leto su provisión de especia?

Tenía que ser en el interior de la Ciudadela; forzosamente tenía que ser allí. La especia de la melange que tanto codiciaban la Bene Gesserit, la Cofradía y todos los demas... era una recompensa que bien valía el peligro que arrostraba por ella.

Y aquellos dos volúmenes cifrados. Kwuteg tenía razón en una cosa: el papel de cristal riduliano era, efectivamente, muy pesado. Pero compartía la tremenda excitación de Ulot: algo importante ocultaban aquellas líneas en clave.

Una vez más los furiosos aullidos de caza de los lobos resonaron en el bosque detrás de ella.

¡Corre, Kwuteg, corre!

En aquel momento, justamente delante de ella y a través de los árboles, divisó la franja de terreno despejado que bordeaba la orilla del río Idaho y un poco más allá el reflejo de la luna sobre la superficie bruñida de las aguas.

¡Corre, Kwuteg!

Anheló con desespero escuchar algún sonido de Kwuteg, cualquier sonido. Tan sólo quedaban ellos dos de los once que habían iniciado la carrera. Nueve habían pagado esta aventura con su vida: *Radi, Aline, Ulot, Setuse, Inineg, Onemao, Hutye, Memar y Oala.*

Siona pronunció mentalmente sus nombres, y con cada uno de ellos elevó una callada plegaria a los antiguos dioses, no al tirano Leto. Con especial devoción se encomendó a Shai–Hulud.

Invoco en mi oración a Shai–Hulud, que habita en la arena.

De repente se halló fuera del bosque, aislada a la luz de la luna, en medio de la franja de terreno segado que se extendía a lo largo del río. A poca distancia, tras una

estrecha playa de guijarros, el agua la invitaba a zambullirse. La playa brillaba plateada contra la oscura y mansa superficie de las aguas.

Un penetrante alarido procedente de la espesura estuvo a punto de hacerla tropezar. Dominando los salvajes aullidos de los lobos, reconoció la voz de Kwuteg que la llamaba sin nombrarla con un único grito inconfundible, con una única palabra que condensaba innumerables conversaciones, que contenía un mensaje salvador de vida y muerte:

– ¡Huye!

Los aullidos de la manada se convirtieron entonces en una horrible barahúnda de frenéticos gañidos, sin que volviera a oirse ya nada de Kwuteg. En aquel instante Siona comprendió de qué modo empleaba Kwuteg las últimas energías que le quedaban de vida.

Los está entreteniendo para ayudarme a escapar.

Obedeciendo al grito de Kwuteg, se precipitó hacia la orilla del río. Después del calor de la carrera, el frío del agua la sobresaltó. De momento se sintió algo aturdida y se alejó chapoteando, tratando de nadar y recobrar el aliento. El precioso paquete flotaba a sus espaldas, chocando contra su nuca.

En aquel punto el río Idaho no era demasiado ancho; no alcanzaria los cincuenta metros, y describía una curva suave y majestuosa bordeada de entrantes arenosos poblados de lozanos juncos y cañaverales, testimonio de que las aguas se negaban a discurrir entre las líneas rectas diseñadas por los ingenieros de Leto. Siona se tranquilizó al recordar que los lobos–D habían sido condicionados para detenerse a la orilla del agua. Los limites de su territorio quedaban señalados por el río a este lado, y el muro del desierto al otro. A pesar de todo, recorrió los últimos metros nadando bajo el agua, y no salió a la superficie hasta hallarse en las sombras de un bancal desde donde se volvió para mirar hacia atras.

La manada entera de lobos se había colocado en formación a lo largo de la orilla, excepto uno de ellos que había descendido hasta el borde del agua y estaba inclinado hacia adelante, con las patas delanteras casi sumergidas en la corriente. Siona le oyó gañir, y supo que el lobo la había divisado. Sin duda alguna. Los lobos–D eran famosos por su agudeza visual. Entre los antepasados de los guardianes del bosque de Leto había Mastines de Larga Vista, y el Emperador criaba a sus lobos por sus extraordinarias dotes visuales. Siona se preguntó si en esta ocasión los lobos llegarían a quebrantar la sumisión a su condicionamiento, pues eran basicamente cazadores de batida. Si el lobo plantado en la orilla se decidía a entrar en el agua, los demás le seguirían. Siona contuvo la respiración. Estaba exhausta. Había recorrido treinta kilómetros, la mitad de los cuales con los lobos–D pisandole los talones.

El lobo plantado en la orilla profirió un gañido y retrocedió de un salto, reuniéndose con sus compañeros. Obedeciendo alguna señal silenciosa, volvieron grupas y regresaron al trote a la espesura.

Siona sabía a dónde se dirigían. Los lobos–D estaban autorizados a devorar cuantas piezas abatieran en el Bosque Prohibido. No era ningún secreto. Era del dominio

público. Por esta razón los lobos vagaban por el bosque y se habían convertido en guardianes del Sareer.

– Me las pagarás, Leto –murmuró. Su voz no fue más que un leve susurro, semejante al rumor del agua entre los juncos que se oía a sus espaldas–. Pagaras por Ulot, por Kwuteg y por todos los demas. Me las pagaras.

Se empujó fuera del agua con suavidad, dejandose llevar por la corriente hasta tocar con el pie el fondo de una angosta playa. Lentamente, arrastrando el cuerpo abrumado de fatiga, salió del agua y se detuvo a comprobar que el contenido del paquete sellado no se había mojado. El sello estaba intacto. Lo contempló un instante a la luz de la luna, y luego levantó la mirada dirigiéndola hacia el muro de árboles del otro lado del río.

Qué precio tan alto pagamos. Diez amigos muy queridos.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero Siona pertenecía a la casta de los antiguos frernen, y sus lágrimas fueron pocas. La aventura de cruzar el río y atravesar el bosque mientras los lobos patrullaban las fronteras del norte, para cruzar después el Ultimo Desierto del Sareer y escalar las murallas de la Ciudadela... todo ello adquiría caracteres de sueño en su mente... incluso la huida ante los lobos, que ella había vaticinado pues era seguro que la manada de guardianes descubriría el rastro de los invasores y se hallaría al acecho... todo era un sueño. Pertenecía al pasado.

Conseguí escapar.

Se volvió a sujetar a la espalda el paquete sellado.

He abierto una brecha en tus defensas, Leto.

En aquel momento Siona pensó en los volúmenes cifrados. Estaba segura de que algo oculto en aquellas líneas escritas en clave le abriría el camino para la venganza.

¡Te destruiré, Leto!

No: *¡Te destruiremos, Leto!* Eso no era propio de Siona. Lo haría ella misma.

Se dio media vuelta y se dirigió a grandes pasos hacia las huertas que se extendian detras de la franja segada paralela a la orilla del rio. Mientras iba caminando, repitió el juramento que implicaba su nombre completo:

– Siona Ibn Fuad al–Seyefa Atreides es quien te maldice, Leto. ¡Pagaras por ello!

- CAPITULO III -

Los siguientes pasajes pertenecen a la traducción realizada por Hadi Benotto de los volúmenes descubiertos en Dar–es–Balat:

Yo, Leto Atreides II, nací hace mas de tres mil años standard, contando desde el momento en que ordeno imprimir estas palabras. Mi padre fue Paul Muad'Dib. Mi madre fue su consorte fremen, Chani. Mi abuela materna fue Faroula, herbolaria famosa entre los fremen. Mi abuela paterna fue Jessica, producto del programa genético de la Bene Gesserit en su búsqueda de un varón capaz de igualar los poderes de las Reverendas Madres de la Orden. Mi abuelo materno fue Liet-Kynes, el planetólogo que inició la transformación ecológica de Arrakis. Mi abuelo paterno fue *El* Atreides, descendiente de la casa de Atreus y cuyo linaje se remontaba en línea directa a sus antepasados griegos.

Mi abuelo paterno murió como tantos griegos de noble alcurnia, intentando dar muerte a su mortal enemigo, el viejo barón Vladimir Harkonnen. Ambos descansan ahora sin paz alguna en mis ancestrales recuerdos. Ni siquiera mi padre se siente satisfecho. Yo he llevado a cabo lo que él temió hacer, y ahora su sombra debe compartir las consecuencias.

La Senda de Oro así lo exige. ¿Y qué es, me diréis, la Senda de Oro? Pues nada más y nada menos que la supervivencia de la humanidad. A nosotros los que poseemos poderes de presciencia, a nosotros los que conocemos los escollos y trampas del porvenir humano, nos corresponde desde siempre esa responsabilidad.

Lo que vosotros podais sentir al respecto, vuestras mezquinas penas y alegrias, incluso las angustias o el delirio, apenas nos concierne. Mi padre poseia estos poderes. Yo los poseo en mayor grado. De vez en cuando nos está permitido lanzar una mirada entre los velos del Tiempo.

Este planeta de Arrakis desde el cual gobierno mi imperio multigaláctico no es ya lo que fue en los tiempos en que se conocia con el nombre de Dune. En aquella época el planeta entero era un desierto. Ahora no queda mas que este reducido vestigio, mi Sareer. Ya no vaga en libertad el gusano de arena gigante produciendo la especia melange, *la única fuente*. ¡Qué extraordinaria sustancia! Ningún laboratorio ha logrado jamas sintetizarla. Y es la sustancia mas valiosa que jamas descubrió la humanidad.

Sin melange para poner en funcionamiento la presciencia lineal de los Pilotos de la Cofradía, la gente atraviesa las distancias interestelares del espacio a paso de caracol. Sin melange, la Bene Gesserit no puede dotar a las Decidoras de Verdad ni a las Reverendas Madres. Sin las propiedades geriátricas de la melange, la gente vive y muere de acuerdo con el antiguo parámetro, es decir, poco mas de un centenar de años, mas o menos. Ahora bien, la única especia disponible se conserva en almacenes y depósitos de la Cofradía y de la Bene Gesserit. Ciertas pequeñas cantidades se hallan en poder de los vestigios de las Grandes Casas, y luego existe mi gigantesca provisión que todos codician. ¡Ah, cómo desearían saquearme! Pero no se atreven; saben que antes que entregarla, la destruiría.

No. Se acercan a mi sumisos y me solicitan la melange. Y yo la distribuyo cual recompensa o la retengo como castigo. Y eso lo detestan.

Es mi poder, les digo. Es mi privilegio. Me sirve para crear la Paz. Hace más de tres mil años que disfrutan de la Paz de Leto. Consiste en una tranquilidad forzosa que la humanidad conoció tan sólo durante brevísimos períodos antes de mi ascensión al trono. Por si lo habéis olvidado, dedicaos a estudiar la Paz de Leto en estos, mis diarios. Comencé esta crónica el primer año de mi administración, en los primeros dolores de mi metamorfosis, siendo aún basicamente humano, incluso en apariencia. La piel de trucha de arena que yo acepté (y mi padre rechazó) y que me proporcionó una fuerza descomunalmente amplificada además de una virtual inmunidad contra el ataque convencional y la vejez, esa piel cubría todavía una figura reconocible como humana: dos piernas, dos brazos, un rostro humano enmarcado en los pliegues enrollados de la trucha de arena.

¡Ahhh, ese rostro! Aún lo tengo, y es la única porción de piel humana que expongo ante el universo. Todo el resto de mi carne se halla recubierta por los cuerpos entrelazados de esos minúsculos vectores de la arena profunda que tal vez un día se conviertan en gusanos de arena gigantes.

Y así será... un día así será.

A menudo pienso en mi metamorfosis final, esa semejanza de la muerte. Sé cómo debe producirse, pero ignoro el momento y los demas jugadores. Esta es la única cosa que yo no puedo saber. Sólo sé si la Senda de Oro continúa o termina. Como hago que estas palabras queden registradas, la Senda continua, y por este motivo, al menos, estoy contento.

Ya no siento los filamentos de las truchas de arena clavárseme en la carne para extraer el agua de mi cuerpo y almacenarla en sus receptáculos placentarios. Ahora formamos virtualmente un solo cuerpo, ellas son mi epidermis y yo la fuerza que mueve el conjunto... la mayor parte del tiempo.

En el momento de escribir este relato, definirme con el termino conjunto peca de grosero e impreciso. Soy lo que podría llamarse un pre–gusano. Mi cuerpo mide unos siete metros de longitud y algo mas de dos metros de diámetro posee anillos en casi toda su extensión, y presenta en un extremo mi rostro Atreides situado a la altura de un hombre. con mis brazos y manos (bastante reconocibles como humanos) colocados justo debajo. ¿Mis piernas y mis pies? Bien, los tengo casi atrofiados del todo. En realidad, son puras aletas y se han ido desplazando, colocándose en la parte trasera de mi cuerpo. Todo mi conjunto pesa aproximadamente cinco toneladas antiguas. Adjunto estos datos porque sé que tendrán interés para la historia.

¿Cómo traslado ese peso descomunal de un lado para otro? Generalmente en mi Carro Real, que es de manufactura ixiana. ¿Os extraña? La gente odiaba y temía a los ixianos aún mas de lo que me odiaban y temían a mi. Antes el diablo, decían, pues ¿quién sabe, quién sabe lo que los ixianos son capaces de inventar o fabricar?

Yo, ciertamente, no lo sé. No en su totalidad.

Pero siento una cierta simpatía por los ixianos, por la inconmovible firmeza con que creen en su tecnología, en su ciencia y en sus máquinas. Es esta fe robusta (qué

importa cual sea su contenido) lo que nos acerca a los ixianos y a mí y hace que nos entendamos bien. Ellos fabrican para mí numerosos aparatos y piensan que así se ganan mi gratitud. Estas mismas palabras que ahora estáis leyendo fueron impresas con un instrumento ixiano al que llaman dictatel. En el momento en que me pongo a pensar, de cualquier modo que sea, el dictatel se pone en funcionamiento, y sin más requisito que seguir pensando de ese modo las palabras van quedando impresas en hojas de cristal riduliano de una molécula de grosor. Algunas veces ordeno imprimir copias en material mas deleznable. Dos de esas copias fueron las que me robó Siona.

¿No es maravillosa mi Siona? A medida que comprendáis la importancia que tiene para mí, tal vez os preguntéis si no hubiera debido dejarla morir en el bosque. No lo dudéis: la muerte es algo muy personal. Raras veces interfiero con ella, y jamas lo haría en el caso de alguien que deba ser puesto a prueba como Siona. La podría dejar morir en cualquier fase. Después de todo, podría educar a un nuevo candidato en muy poco tiempo, tal como yo mido el tiempo.

De todos modos, me fascina. La estuve contemplando en el bosque. Con mis instrumentos ixianos la estuve contemplando. preguntándome cómo no vaticiné esta aventura. Pero Siona es... Siona. Por eso no hice gesto alguno para detener a los lobos. Hubiera sido un error hacerlo: los lobos–D no son mas que una prolongación de mi propósito. y mi propósito es ser el mayor predador de todos los tiempos.

~Los Diarios de Leto II

- CAPITULO IV -

El breve diálogo que se transcribe a continuación se considera parte de un manuscrito original llamado "El Fragmento Welbeck", atribuido a Siona Atreides. los Interlocutores son la propia Siona y su padre, que fue (según afirman todas las crónicas), edecán de Leto II y mayordomo de palacio. Está fechado en la época en que Siona, sin haber cumplido aún los veinte años, recibe la visita de su padre en sus aposentos de la Escuela de Habladoras Pez en la Ciudad Sagrada de Onn, una de las mayores poblaciones del planeta conocido actualmente con el nombre de Rakis. Conforme a los documentos de identificación del manuscrito, Moneo visitó a su hija en secreto para advertirla de que su vida corría peligro.

SIONA:¿Cómo has podido sobrevivir con él tanto tiempo, padre? Mata a cuantos le rodean. Todo el mundo lo sabe.

MONEO: Estás equivocada. El no mata a nadie.

SIONA: No es preciso que mientas.

MONEO: No miento. Es la verdad. El no mata a nadie.

SIONA:¿Entonces cómo explicas las muertes que todos conocemos?

MONEO: Es el Gusano el que mata. El Gusano de Dios. Leto vive en el seno de Dios pero no mata a nadie.

SIONA:¿Como es, pues, que tú sobrevives?

MONEO: Yo sé reconocer al Gusano. Lo distingo en su rostro y en sus movimientos. Conozco cuando se aproxima Shai–Hulud.

SIONA:¡El no es Shai–Hulud!

MONEO: Bien, así es como llamaban al Gusano los Fremen en su tiempo.

SIONA: Lo sé. Lo he leído en los libros. Pero él no es el Dios del desierto.

MONEO:¡Calla, insensata! Tú no sabes nada de esas cosas.

SIONA: Sé que eres un cobarde.

MONEO: Qué poco me conoces. Tú nunca has estado donde yo he estado ni tampoco has visto lo que yo he visto en sus ojos y en el movimiento de sus manos.

SIONA:¿Y qué haces cuando el Gusano se aproxima?

MONEO: Me retiro.

SIONA: Gran prudencia. Que sepamos con seguridad, ha dado muerte a nueve Duncan Idahos.

MONEO:¡Te digo que él no mata a nadie!

SIONA:¿Cual es la diferencia? Leto o Gusano, ahora forman un único cuerpo.

MONEO: Pero son dos seres distintos: Leto el Emperador y El Gusano que es Dios.

SIONA:¡Estás loco!

MONEO: Quizás. Pero yo sirvo a Dios.

- CAPITULO V -

Soy el más apasionado observador de personas que jamás haya existido. Las observo en mi interior y también fuera de mí. En mí el pasado y el presente se entremezclan con extrañas compulsiones. Y mientras mi carne sufre el proceso de su gran metamorfosis, mis sentidos experimentan extraordinarias percepciones, como si me apercibiera de todo en primer plano. Tengo una vista y un oído extremadamente agudos; así como un olfato portentosamente fino. Soy capaz de detectar e identificar feromonas hasta tres por millón. Lo sé. Lo he comprobado. No podéis ocultar demasiado a mis sentidos. Creo que os horrorizaría averiguar lo que soy capaz de detectar simplemente con el olfato. Vuestras feromonas me revelan lo que hacéis o lo que tenéis intención de hacer. ¡Y qué decir del gesto y la postura! En una ocasión pasé medio día contemplando a un anciano sentado en un banco de Arrakeen. Era descendiente en quinta generación de Stilgar el Naib y ni siquiera lo sabía. Estuve estudiando el ángulo de su cuello los pliegues de piel que formaban su papada, sus labios resecos, la humedad del contorno de sus narices, los poros que tenía detrás de las orejas y los mechones de pelo gris que sobresalían de la capucha de su anticuado destiltraje. Ni una sola vez se percató de que lo estaban observando. ¡Ah! Stilgar se hubiera dado cuenta al cabo de un segundo o dos a lo sumo. Pero ese anciano esperaba simplemente a alguien que no apareció. Al final se puso de pie y se alejó tambaleándose. Se hallaba entumecido despues de tanto estar sentado. Supe que jamás volvería a verle en carne y hueso. Se encontraba a las puertas de la muerte y su agua con toda seguridad se malgastaría. Bien, eso ya poco importaba.

–Los Diarios Robados.

A Leto le parecía el lugar mas atractivo del universo aquel donde aguardaba la llegada de su actual Duncan Idaho. Se trataba, según proporciones humanas, de un espacio gigantesco que constituía el corazón de la intrincada red de catacumbas sobre las cuales se erigía su ciudadela. Varias estancias radiales de treinta metros de altura por veinte de ancho nacían a modo de rayos del cubículo central en el que ahora se encontraba. Su carro estaba colocado en el centro de dicho cubículo, en una cámara abovedada circular de cuatrocientos metros de diámetro y cien de altura en su punto máximo, situado encima de él.

Estas dimensiones le resultaban tranquilizadoras.

Era primera hora de la tarde en la Ciudadela, pero la única luz de la estancia procedía del difuso resplandor anaranjado de unos pocos globos luminosos flotantes a suspensor, graduados a su mínima intensidad. La luz dejaba en sombras gran parte de las estancias radiales, pero la memoria de Leto recordaba sin fallo la posición exacta de cuanto contenían: el agua, los huesos, el polvo de sus antepasados y de los Atreides que allí habían vivido y fallecido desde los tiempos de Dune. Todos ellos se encontraban en aquel lugar, así como unos cuantos recipientes llenos de melange colocados allí para dar la impresión de que constituían la totalidad de su provisión. en el supuesto de llegarse a producir tal contingencia.

Leto sabía perfectamente qué motivo impulsaba al Duncan que tenía ante él. Idaho se había enterado de que los tleilaxu estaban fabricando un nuevo Duncan, otro ghola confeccionado según las instrucciones precisas del Dios Emperador, y este Duncan

temía que fuera a reemplazársele tras casi sesenta años de servicio. Siempre era una causa de esta índole lo que provocaba la insurrección de los Duncans. Pocas horas antes un enviado de la Cofradía se había presentado ante Leto a fin de comunicarle que los Ixianos habían hecho entrega de una pistola láser a este Duncan.

Leto emitió una risita sofocada. La Cofradía seguía mostrándose extremadamente sensible hacía todo cuanto pudiera amenazar su magra provisión de especia. A sus miembros les aterrorizaba pensar que Leto fuese el último eslabón con los gusanos de arena, productores de las enormes reservas originales de melange.

Si me extingo por falta de agua, no volverá a haber jamás ni un gramo de especia.

Aquél era el temor de la Cofradía. Y sus historiadores-contables aseguraban que Leto poseía el mas importante depósito de melange de todo el universo. Ya por sí solo este hecho convertía a la Cofradía en un aliado digno casi de toda confianza.

Para aprovechar la espera, Leto se puso a realizar los ejercicios de manos y dedos recomendados por su adiestramiento Bene Gesserit. Sus manos eran su orgullo. Recubiertos por la membrana gris de piel de trucha de arena, sus largos dedos y sus pulgares oponibles podían utilízarse en forma muy semejante a una mano humana. Las casi inútiles aletas que antaño fueran sus piernas y sus pies le producían ahora mas incomodidad que vergüenza, pues podía arrastrarse, rodar y sacudir el cuerpo con sorprendente velocidad, pero a veces caía sobre las aletas y ello le producía dolor.

¿Qué estaba demorando al Duncan?

Leto imagínó al hombre vacilando, mirando por una ventana hacia el etéreo horizonte del Sareer. Aquel día el aire palpitaba de calor. Antes de descender a la cripta, Leto se había detenido unos instantes descubriendo un espejismo en el sudoeste. El reflejo del calor centelleando a través de la arena le envió una imagen compuesta por una banda de Fremen de Museo atravesando penosamente a pie un Sietch de decorado para entretenimiento de turistas.

Hacía fresco en la cripta, siempre hacía fresco, y la iluminación siempre era tenue. Los túneles radiales, enormes agujeros negros, ascendían o bajaban en suave pendiente para facilitar el desplazamiento del Carro Real. Algunos de ellos, dejando atras muros falsos, recorrian varios kilometros; eran pasajes que el propio Leto había construido por sí solo con herramientas ixianas, túneles de alimentación y pasadizos secretos. Al centrar su atención en la entrevista que iba a celebrar, Leto sintió en su interior un incipiente nerviosismo, emoción que le pareció sumamente interesante y con la que recordaba haber vibrado en otros tiempos. Leto se daba cuenta de que con el tiempo le había ido tomando afecto al actual Duncan, y que deseaba con un débil rayo de esperanza que aquel hombre lograra sobrevivir a la entrevista que se avecinaba. A veces lo conseguían. Era poco probable que el Duncan le lanzara una amenaza de muerte, aunque no se podía pasar por alto ese azar, pues existía. En una ocasión Leto había tratado de explicarle justamente eso a uno de los anteriores Duncans... precisamente aquí, en esta misma estancia.

– Te parecerá extraño que yo con mis poderes hable de azar y casualidad -había dicho Leto, y el Duncan replicó irritado:

– ¡Vos no dejáis nada al azar ¡Os conozco bien!

– ¡Que ingenuidad! El azar es la naturaleza de nuestro universo.

– El azar no. El mal. Y vos sois el autor del mal.

– ¡Bravo, Duncan! El mal constituye un profundo placer. Es en las distintas maneras de ocuparnos del mal donde aguzamos nuestra inventiva.

– ¡Vos ya no sois siquiera humano! -Qué enfadado se había mostrado el Duncan.

Leto encontró esta acusación irritante, como un granito de arena en un ojo. Se asía con innegable encarnizamiento a los restos de su antigua personalidad humana, aunque la irritación era el sentimiento más próximo a la ira a que podía llegar.

– Tu vida se esta convirtiendo en un cliché -le acusó Leto.

Al oir lo cual el Duncan había sacado un pequeño explosivo de entre los pliegues de la túnica que vestía como uniforme. ¡Qué sorpresa!

Leto adoraba las sorpresas, hasta las desagradables.

¡Esto es algo que no había previsto!, y así se lo dijo al Duncan, extrañamente indeciso en aquel instante, que lo que más requería era decisión.

– Esto podría mataros -dijo el Duncan.

– Lo siento, Duncan. No me hará más que una pequeña herida.

– ¡Pero habéis dicho que no lo habíais previsto! -La voz del Duncan se había vuelto chillona.

– Duncan, Duncan, la predicción absoluta significa para mí la muerte. Qué indeciblemente aburrida es la muerte.

En el último momento el Duncan había hecho ademán de lanzarle el explosivo hacia un costado, pero la inestabilidad del material lo había hecho explotar antes de hora. El Duncan había muerto. Ah, bien, los tleilaxu siempre tenían otro de repuesto en sus tanques axlotl.

Uno de los flotantes globos luminosos, situado encima de Leto, comenzó a emitir señales intermitentes. La excitación se apoderó de él. ¡La señal de Moneo! El fiel Moneo avisaba a su Dios Emperador de que el Duncan descendía a la cripta.

La puerta del ascensor humano situado entre los dos pasadizos radiales del arco noroeste del cubículo se abrió de pronto. El Duncan avanzó, figura diminuta a esa distancia pero no por ello capaz de ocultar a los ojos de Leto hasta los más ínfimos detalles de su persona: Una arruga en la manga del uniforme a la altura del codo revelaba que su dueño había estado apoyado en algún sitio con la barbilla en la mano. Sí, se le notaban todavía las marcas de la mano en la barbilla. El olor del Duncan le precedía: su nivel de adrenalina había alcanzado cotas muy elevadas.

Leto permaneció en silencio mientras el Duncan se aproximaba, prestando atención a los detalles. El Duncan caminaba aún con toda la elasticidad de la juventud, cosa que indudablemente debía agradecer a una mínima ingestión de melange en su dieta, y vestía el viejo uniforme Atreides, negro con un halcón dorado en el costado izquierdo. Interesante réplica aquella. "Yo sirvo el honor de los *antiguos* Atreides". Su cabello, negro y ensortijado, parecía un gorro de astracán, y sus facciones angulosas, de pómulos salientes, eran como plasmadas en piedra.

Los tleilaxu fabrican bien a sus gholas, pensó Leto.

El Duncan llevaba una cartera plana confeccionada con un tejido de fibras marrón oscuro que había utilizado durante varios años. Generalmente contenía el material con el que preparaba sus informes, pero hoy aparecía abultada por algún objeto de mayor peso.

La pistola láser ixiana.

Idaho concentró su atención en el rostro de Leto al avanzar hacia él. Seguía siendo desconcertantemente Atreides, con sus magras facciones y sus ojos de aquel azul total que en las personas nerviosas llegaba a producir un efecto de pura intrusión fisica. Acechaba hundido dentro de una cogulla formada por pliegues de piel de trucha gris que, como bien sabía Idaho, podían desplegarse con un rápido reflejo defensivo, semejante a un gigantesco parpadeo que en lugar de ocultar los ojos le cubriera la cara. Dentro de aquel marco gris resaltaba el cutis sonrosado que inducía a pensar que el rostro de Leto era una obscenidad, una fracción de humanidad atrapada en un medio extraño.

Deteniéndose a tan sólo seis pasos de distancia del Carro Real, Idaho no trató de disimular la cólera que le dominaba. Ni siquiera pensó en si Leto habría advertido la pistola láser. Este imperio se había desviado en demasía de las antiguas normas éticas Atreides, para convertirse en un desbordamiento impersonal que aplastaba al inocente en su camino. ¡Había que poner fin a tal estado de cosas!

– He venido a hablaros de Siona y otros asuntos –dijo Idaho, colocando la cartera de forma que pudiera extraer facilmente la pistola láser.

– Muy bien. -La voz de Leto rezumaba aburrimiento.

– Siona fue la única que escapó, pero dispone todavía de una organización rebelde formada por compañeros suyos.

– ¿Crees acaso que no estoy enterado?

– ¡Conozco vuestra peligrosa tolerancia para con los rebeldes! Lo que ignoro es el contenido del paquete que robó.

– Oh, eso. Son los planos completos de la Ciudadela.

Durante breves instantes Idaho, comandante en jefe de la Guardia de Leto, quedó anonadado por el gravísimo riesgo que ello comportaba para la seguridad de su señor.

– ¿Y la dejasteis escapar con eso?

– Yo no, tú lo hiciste.

Idaho retrocedió ante tal acusación. Sin apresuramiento, la reciente decisión de asesinar al emperador recobró su influencia.

– ¿No se llevó nada mas? -preguntó Idaho.

– Junto con los planos había dos volúmenes, copias de mi diario. También los cogió.

Idaho estudió el rostro impasible de Leto.

– ¿Qué contiene ese diario? A veces decís que se trata de un diario, otras de una crónica.

– Tiene un poco de ambas cosas. Hasta podría llamarse un libro de texto.

– ¿Os inquieta que se apoderase de esos libros?

Leto se permitió esbozar una leve sonrisa que Idaho interpretó como una negativa. En aquel instante, una momentánea tensión estremeció el cuerpo de Leto al ver que Idaho se agachaba para alcanzar la delgada cartera. ¿Sacaría el arma o los informes? Aunque el núcleo de su cuerpo poseía una poderosa resistencia al calor, Leto sabía que tenía ciertas zonas, especialmente la cara, vulnerables.

Idaho sacó un informe de la cartera y, antes incluso de que empezara a leerlo, Leto había ya captado todas las señales. Idaho no estaba ofreciendo información, sino buscando respuestas. Idaho deseaba tan solo una justificación para una línea de acción previamente elegida.

– Hemos descubierto la existencia de un Culto a Alia en Giedí Prime -manifestó Idaho.

Leto permanecio en silencio mientras Idaho le iba notificando los detalles. *Que aburrimiento*. Leto dejó vagar sus pensamientos. Los adoradores de la hermana fallecida de su padre sólo le servían actualmente de distracción ocasional. En cambio los Duncans, como era de esperar, veían en tal actividad una especie de amenaza solapada.

Idaho dio fin a la lectura. Sus apuntes eran competentes, sin duda alguna. Tediosamente competentes.

– Eso no es mas que un renacimiento del culto a Isis -declaró Leto–. Mis sacerdotes y sacerdotisas tendrán un poco de diversión suprimiendo esta religión y a sus secuaces.

Idaho agitó la cabeza como respondiendo a una voz que hablara en su interior.

– La Bene Gesserit tenía noticia de ese culto.

Eso si le interesaba a Leto.

– La Orden jamás me ha perdonado que me apoderara de su programa genético -dijo.

– Esto no tiene nada que ver con la genética.

Leto disimuló un ligero regocijo. Los Duncans se mostraban siempre extremadamente susceptibles en relación al tema de la genética, pese a que de vez en cuando algunos de ellos demostraban su valor de sementales.

– Ya veo -replicó Leto–. Bueno, las Bene Gesserit están locas de remate, pero la locura constituye una caótica reserva de sorpresas. Y algunas sorpresas pueden ser muy valiosas.

– No alcanzo a ver ningún valor en ésta.

– ¿Crees que la Orden se halla detrás de este culto? -preguntó Leto.

– Si.

– Explícate.

– Tenían un santuario. Lo llamaban "El santuario del cuchillo crys".

– ¿Ya no lo tienen?

– Y su sacerdotisa principal ostentaba el título de "Mantenedora de la luz de Jessica". ¿Os sugiere alguna cosa?

Qué encantador! -esta vez Leto no trató de disimular su regocijo.

– ¿Qué tiene de encantador?

– Han unido a mi abuela y a mi tía en una única divinidad.

Idaho sacudió la cabeza lentamente, sin comprender. Leto se concedió una breve pausa interna, más corta que un parpadeo. La abuela-que-albergaba-en-su-interior no se interesaba demasiado por este culto de Giedi Prime, y le exigía que amurallara sus recuerdos y su identidad preservándolos de los ataques del exterior.

– ¿Cual te imaginas que es el propósito de este culto?

– Evidente. Establecer una religión rival a fin de socavar los fundamentos de vuestra autoridad.

– Demasiado simple. Las Bene Gesserit serán lo que se quiera, pero no son tontas.

Idaho permaneció en silencio, aguardando una explicación.

– Quieren más especia -dijo Leto–. Más Reverendas Madres.

– ¿Y por eso os hostigan? ¿Para que compréis su benevolencia?

– Me decepcionas, Duncan.

Idaho no supo hacer más que quedarse mirando a Leto, que consiguió exhalar un suspiro, acto harto complicado e incongruente con su nueva forma. Los Duncans solían mostrarse más inteligentes, pero Leto supuso que a éste la traición que tramaba le había nublado la razón.

– Eligieron Giedi Prime para establecerse -continuó diciendo Leto–. ¿Qué te sugiere eso?

– Giedi Prime fue el baluarte de los Harkonnen, pero eso pertenece a la antigua historia.

– Tu hermana murió allí a manos de los Harkonnen. Tienes razón en asociar a los Harkonnen y Giedi Prime en tus pensamientos. ¿Por qué no mencionaste antes este hecho?

– No creí que tuviera importancia.

Leto apretó los labios, dibujando una estrecha línea con la boca. La alusión a su hermana había turbado visiblemente al Duncan. Al fin y al cabo, aquel hombre sabía *intelectualmente* que no era más que el último ejemplar de una larga serie de reproducciones en carne y hueso, producidas todas ellas en los tanques axlotl de los tleilaxu a partir de unas cuantas células originales. El Duncan no podía huir de los recuerdos que aquella alusión había hecho revivir. Sabía que los Atreides le habían rescatado de la esclavitud de los Harkonnen.

Y por mas cosas que sea, pensó Leto, *yo sigo siendo un Atreides*.

Idaho preguntó:

– ¿Qué queréis decir con todo eso?

Leto determinó que la situación exigía un grito. Procuró que sonara fuerte:

– ¡Los Harkonnen acaparaban especia!

Idaho retrocedió un paso entero.

Leto continuó diciendo, con voz menos estridente:

– En Giedi Prime existe una reserva de melange por descubrir. La Orden trataba de escamotearía con sus triquiñuelas religiosas como tapadera.

Idaho estaba anonadado. Una vez pronunciada, la respuesta era evidente.

Y yo no di con ella, pensó.

El grito de Leto le conmocionó, obligándole a recobrar su papel de Comandante en jefe de la Guardia Real. Idaho tenía un somero conocimiento del sistema económico del

imperio, simplificado al máximo: los intereses estaban prohibidos, los barriles se pagaban al contado y en metálico. Las únicas monedas existentes ostentaban la efigie encapuchada de Leto: el Dios Emperador. Y todo el sistema se basaba única y exclusivamente en la especia, sustancia cuyo valor ya desmesurado seguía aumentando. Un hombre podía llevar consigo el precio de todo un planeta en su equipaje de mano.

"*Controla la moneda y los tribunales. Deja lo demás para la chusma*", pensó Leto. Fue el viejo Jacob Broom quien pronunció esta frase, y Leto aún escuchaba al anciano riéndose satisfecho. "*Las cosas no han cambiado mucho, Jacob*".

Idaho tomó aliento.

– Es preciso notificar de inmediato al Departamento de Asuntos Religiosos:

Leto guardó silencio.

Aceptándolo como una invitación para seguir hablando, Idaho reanudó la lectura de sus informes, a los que Leto prestó tan solo una parte de su atención. Era como un circuito de control que solo registrase las palabras y acciones de Idaho sin más participación que cierta intensificación ocasional para dar paso a algún comentario interno:

Y *ahora* quiere hablarme de los tleilaxu.

Ese es terreno peligroso para ti, Duncan.

Pero ello abrió un nuevo camino para las reflexiones de Leto.

Los mañosos tleilaxu producen todavía a mis Duncans a partir de células originales. Con ello cometen un acto prohibido por la religión, y ambos lo sabemos. Yo no permito la manipulación artificial de la genética humana. Pero los tleilaxu conocen cuánto aprecio a los Duncans para el puesto de Comandantes en jefe de mi Guardia. No creo que sospechen lo mucho que me divierte eso. Me divierte que actualmente lleve el nombre de Idaho un río donde antes hubo una montaña. Esa montaña ya no existe. La derribamos para obtener material con que edificar las altas murallas que circundan mi Sareer.

Como es natural, los tleilaxu saben que de vez en cuando engendro a los Duncans según mi propio programa. Los Duncans representan fuerza mestiza... y mucho más. Todo peso debe tener su contrapeso.

Mi intención era aparear a éste con Siona, pero ahora tal vez no sea posible.

¡Ah! Dice que quiere que yo "suprima" a los tleilaxu. ¿Por que no me lo pregunta directamente? "¿Estáis pensando en sustituirme?"

Siento la tentación de decírselo.

Una vez más, la mano de Idaho se alargó hacia la cartera. El monitor introspectivo de Leto no dejó de registrar ni la más leve palpitación.

¿La pistola láser o más informes? Más informes.

El Duncan se muestra cauteloso. Quiere obtener no sólo la seguridad de que permanezco ignorante de sus intenciones, sino nuevas pruebas de que soy "indigno" de su confianza. Le asaltan dudas y vacilaciones. Es su carácter. Le he dicho una y mil veces que no voy a utilizar mi presciencia para vaticinar el momento de mi salida de este antiguo cuerpo. Y sin embargo, duda. Siempre ha sido un indeciso.

Esta lúgubre estancia absorbe su voz, y si no fuera por mi percepción, la malsana humedad de este recinto enmarcaría la evidencia química de sus temores. Yo desvanezco su voz por causa de mi inmediata percepción. Qué aburrido se ha vuelto este Duncan. Esta relatando de nuevo la historia, la historia de la rebelión de Siona, para poder formular, sin duda, advertencias personales acerca de su última escapada.

– No se trata de una rebelión corriente -dice.

¡Eso me devuelve la atención! Necio. Todas las rebeliones son corrientes y extremadamente aburridas. Todas están copiadas del mismo modelo, y todas se parecen la una a la otra. Su fuerza motriz es la adicción a la adrenalina y el deseo de adquirir poder personal. Todos los rebeldes son pequeños aristócratas. Por eso puedo transformarlos con tanta facilidad.

¿Por qué no me escucharán nunca los Duncans cuando les explico todo esto? Esta discusión la he mdntenido ya con este mismo Duncan. Fue uno de nuestros primeros enfrentamientos, aquí mismo, en la cripta.

– El arte del buen gobierno exige que no cedáis nunca la iniciativa a los elementos radicales -dijo.

Qué pedante. En toda generación surgen radicales, y no hay que tratar de impedirlo. Eso es lo que quiere decir con esto de "ceder la iniciativa". El quiere aplastarlos, suprimirlos, controlarlos, eliminarlos. El es la prueba viviente de la poca diferencia que existe entre la mentalidad policial y la militar.

Se lo dije.

– A los radicales sólo hay que temerlos cuando se les trata de suprimir. De lo contrario hay que demostrar que uno está dispuesto a utilizar lo mejor de cuanto ofrecen.

– Son peligrosos, son peligrosos. -Cree que, a fuerza de repetirla, llega a crearse una verdad.

Despacio, paso a paso, le voy guiando hacia mi camino, y hasta incluso hace ver que está escuchando.

– Esta es su debilidad, Duncan. Los radicales siempre ven las cosas en términos excesivamente simplistas: blanco y negro, bien y mal, ellos y nosotros. Al tratar los asuntos complejos de ese modo, destrozan toda posible aproximación abriendo paso al caos. El arte del buen gobierno, como tú le llamas, es el dominio del caos.

– Nadie puede hacer frente a todas las sorpresas.

– ¿Sorpresas? ¿Quién habla de sorpresas? El caos no es ninguna sorpresa. Posee unas características perfectamente predecibles. En primer lugar, destruye el orden robusteciendo las fuerzas de los extremos.

– ¿No es eso acaso lo que los radicales pretenden? ¿Acaso no intentan trastocar el sistema para hacerse con el poder?

– Eso es lo que ellos creen que están haciendo. En realidad, lo que hacen es crear nuevos extremistas, nuevos radicales, continuando así el viejo proceso.

– ¿Y qué me decís de un radical capaz de comprender una situación compleja, que se presenta haciendo gala de esta actividad?

– Ese no es un radical. Es un rival para el poder.

– ¿Pero qué hay que hacer con él?

– O ganas su colaboración o le matas. Así se origina la lucha por el poder, ya a nivel de manada.

– Si, pero, ¿y los Mesías?

– ¿Los Mesías como mi padre?

Al Duncan le desagrada esta pregunta. Sabe que de un modo muy especial yo soy mi padre. Sabe que puedo hablar con la voz y la personalidad de mi padre, que los recuerdos son precisos, inéditos e ineludibles.

De mala gana, replica:

– Bien... si así lo queréis.

– Duncan, yo soy todos ellos y lo sé. No ha existido jamás un rebelde verdaderamente desinteresado. Todos son unos hipócritas, conscientes de ello o inconscientes, qué más da.

Esto aviva un pequeño avispero en mis ancestrales recuerdos. Algunos de ellos no renunciaron jamás a la creencia de que ellos y sólo ellos poseían la solución de los problemas de la humanidad. Bien, en eso se parecen a mí. Simpatizo con ellos, aunque ello no me impide decirles que el fracaso constituye la demostración de su falacia.

Sin embargo, me veo obligado a bloquearlos. No tiene sentido extenderse en ellos. Ahora ya son poco más que recordatorios patéticos... como este Duncan que se halla ante mí con su pistola laser...

¡Por todos los dioses! Me ha cogido dormitando. Tiene la pistola laser en la mano, apuntándome a la cara.

– ¿Tú, Duncan? ¿También tú me has traicionado?

¿Et tu, Brute?

Todas las fibras de la conciencia de Leto se pusieron en estado de alerta. Notaba en todo el cuerpo contracciones nerviosas y leves sacudidas espasmódicas. La carne de gusano tenía voluntad propia.

Idaho le dirigió la palabra con desdén:

– Dime, Leto. ¿Cuántas veces debo pagar mi deuda de lealtad?

Leto reconoció al punto la verdadera pregunta subyacente en sus palabras: "*¿Cuántos otros ha habido como yo*?". Los Duncans siempre querían saberlo. Todos ellos lo preguntaban, sin que les satisfaciera ninguna respuesta. Dudaban siempre.

Con su más triste voz de Muad'Dib, Leto replicó:

– ¿No te enorgullece mi admiración, Duncan? ¿No te has preguntado nunca qué es lo que me hace desearte como compañero constante a través de los siglos?

– Sí, el saber que soy un perfecto estúpido.

– ¡Duncan!

La voz encolerizada de Muad'Dib conseguía siempre anonadar a un Idaho. Pese a que Idaho sabia que ninguna Bene Gesserit había dominado nunca los poderes de la voz como Leto, era de esperar que al oir ésta se impresionara. La pistola láser tembló en su mano.

Aquello fue suficiente. Con un fulgurante movimiento Leto saltó rodando del Carro Real. Idaho jamas le había visto abandonar el carro de ese modo, ni tan solo sospechaba que pudiera hacerlo. Pero Leto necesitaba solamente dos requisitos: una amenaza verdadera, susceptible de ser sentida por su cuerpo de gusano, y el lanzamiento de ese cuerpo. Lo demás era automático y su velocidad sorprendía incluso al propio Leto.

La pistola laser constituía ahora su principal preocupación. La podía causar unos cuantos rasguños, pero pocos tenían conocimiento de la capacidad del cuerpo de pre-gusano para hacer frente al calor.

Al rodar, Leto zarandeó a Idaho, y la pistola se desvió en el momento de disparar. Una de las inútiles aletas que en otros tiempos fueran las extremidades inferiores de Leto envió un violento estallido de sensaciones a su consciencia. Durante un instante no notó más que dolor. Pero su organismo de gusano quedó en libertad de actuar y sus reflejos desencadenaron un violento paroxismo de contorsiones y caídas. Leto oyó el crujir de unos huesos. La pistola láser cayó muy lejos, en el suelo de la cripta, arrojada por una sacudida espasmódica de la mano de Idaho.

Tras apartarse de Idaho rodando, Leto se preparó para un nuevo ataque que no llegó a producirse. La herida de la aleta seguía enviando señales de dolor, y notó que en la punta había sufrido una quemadura. La piel de trucha había cicatrizado la herida y el dolor se había atenuado, convirtiéndose en una molesta palpitación.

Idaho se agitó. Sin duda alguna había sufrido una herida mortal. Tenía el pecho visiblemente aplastado, y no podía ocultar la tortura que le representaba respirar. A pesar de todo, abrió los ojos y miró a Leto.

¡*Qué persistencia la de estas posesiones mortales*!, pensó Leto.

– Siona -murmuró Idaho con voz entrecortada.

En aquel instante Leto le vio exhalar el último suspiro.

Interesante, pensó Leto. *Es posible que este Duncan y Siona... ¡No! Este Duncan mostró siempre un altanero desdén hacia la insensatez de Siona.*

Leto volvió a subir a su Carro Real. Esta vez había escapado por poco. Era evidente que el Duncan apuntaba al *cerebro*. Leto era siempre consciente de que sus manos y pies eran los puntos más vulnerables de su cuerpo, pero no había permitido que nadie descubriera que el órgano que antaño fuera su cerebro no estaba ya directamente asociado con su cara. Ya no era ni siquiera un cerebro de dimensiones humanas, sino que se había extendido como una informe masa nodal por todo su cuerpo. Esto no lo había dicho a nadie. Tan solo lo había confesado en sus diarios.

- CAPITULO VI -

¡Oh, los paisajes que he visto! ¡Y las gentes! Las remotas correrías de los Fremen y todo lo demás. Hasta me remonto a Terra a través de las leyendas. ¡Oh, las lecciones de astronomía y de intriga, las migraciones, las desmelenadas huidas, las prolongadas carreras con dolor de piernas y pulmones a lo largo de tantas noches en todas esas motas cósmicas en las que hemos defendido nuestra fugaz posesión! Os digo que somos un portento, y mis recuerdos lo confirman.

–Los Diarios Robados.

La mujer que trabajaba en el pequeño escritorio de pared era demasiado grande para la estrecha silla que ocupaba. En el exterior era mediada la mañana pero en esta estancia subterránea, desprovista de ventanas y situada a gran profundidad bajo la ciudad de Onn, no había más que un sólo globo luminoso suspendido a cierta altura en una esquina. Se había graduado en un amarillo cálido, pero la luz que emitía no lograba disipar la gris frialdad de la pequeña habitación. En efecto, el techo y las paredes se hallaban cubiertos por paneles rectangulares de metal gris mate de idénticas dimensiones.

Había solo otro mueble mas, una estrecha yacija con un delgado jergón cubierto por una informe manta gris. Resultaba evidente que ninguno de ambos muebles había sido diseñado para la persona que los ocupaba.

Vestía un ceñido pijama de una sola pieza de color azul oscuro que hacía resaltar la anchura de sus hombros al inclinarse sobre el escritorio. El resplandor del globo iluminaba su pelo, rubio y muy corto, y el lado derecho de su cara, poniendo de relieve su cuadrada mandíbula que se movia pronunciando en silencio algunas palabras a medida que sus gruesos dedos oprimían las teclas de un estrecho teclado colocado sobre el escritorio. Se la veía manejar la máquina con un respeto nacido del temor, que a regañadientes se había convertido en una medrosa ilusión. Su prolongada familiaridad con el aparato había eliminado estas emociones.

A medida que escribía, las palabras iban apareciendo en una pantalla disimulada en el rectangulo de la pared que quedaba expuesto al bajar la tapa del escritorio.

"Siona continúa emprendiendo acciones que vaticinan ataques violentos contra Vuestra Santa Persona", escribió. "Siona permanece firme en su confesado propósito. Hoy me ha comunicado que piensa entregar copias de los libros robados a ciertos grupos cuya lealtad hacia vos se halla en entredicho. Los nombres de los destinatarios son la Bene Gesserit, la Cofradía y los ixianos. Siona afirma que los libros contienen Vuestras palabras en clave, y con este presente solicita ayuda para traducir Vuestras Santas Palabras.

"Señor, ignoro qué trascendentales revelaciones puedan ocultarse en estas páginas, mas si contienen cualquier indicio de amenaza contra Vuestra Santa Persona, os suplico que me libréis del voto de obediencia que me liga a Siona. No comprendo por qué me indujisteis a realizar este voto, pero lo temo.

Vuestra devota servidora, Nayla".

La silla crujió al recostarse Nayla para reflexionar sobre sus palabras, y la habitación quedó sumida en el silencio casi absoluto producido por el sistema de aislamiento. Tan solo se escuchaba la débil respiración de Nayla, y una distante vibración de maquinaria que se notaba más en el suelo que en el aire.

Nayla se quedó contemplando en la pantalla el mensaje que acababa de escribir. Destinado exclusivamente a los ojos del Dios Emperador, exigía algo más que santa veracidad; requería una profunda franqueza que a ella le resultaba agotadora. Luego asintió con la cabeza, satisfecha, y oprimió la tecla que cifraría las palabras preparándolas para la transmisión. Inclinando la cabeza, elevó una silenciosa plegaria antes de ocultar el escritorio en el interior de la pared. Sabía que estas acciones transmitirían el mensaje. El mismo Dios le había implantado un dispositivo fisico dentro de la cabeza, obligándola a jurar que mantendría el secreto y advirtiéndola de que, con el tiempo, quizás se dirigiese a ella a través del aparato que llevaba en la cabeza. Eso aún no había sucedido nunca. Nayla sospechaba que el aparato era de invención ixiana; no lo sabía con certeza, pero por su aspecto se lo parecía. Pero había sido el propio Dios quien lo había construido, y por lo tanto podía estar tranquila y eliminar la sospecha de que encerrase una computadora, infringiendo con ello el mandamiento de la Gran Convención.

"¡No construirás ningún instrumento a semejanza de la mente humana!".

Nayla se estremeció. Luego se puso de pie y colocó la silla en su lugar acostumbrado, junto a la yacija. Su cuerpo robusto y musculado resaltaba bajo el fino vestido azul. Emanaba de ella una imperturbable resolución, como de persona que constantemente ajusta sus acciones a una colosal fuerza fisica. Al llegar junto a la yacija, se volvió y se puso a examinar el lugar que ocultaba el escritorio. Se veía tan sólo un panel rectangular gris, idéntico a todos los demás. Ni un pedazo de hilo ni un cabello que revelara el secreto del panel.

Nayla emitió un profundo suspiro de tranquilidad, y salió por la única puerta de la estancia a un pasillo gris ligeramente iluminado por unos globos luminosos blancos ampliamente espaciados entre sí. Aquí se oía con más fuerza la vibración de la maquinaria. Giró a la izquierda, y pocos minutos después se hallaba con Siona en una habitación de regulares dimensiones en cuyo centro había una mesa sobre la cual se habían ordenado los objetos robados en la Ciudadela. Dos globos luminosos plateados iluminaban la escena: Siona sentada a la mesa, con un auxiliar llamado Topri de pie junto a ella.

Nayla experimentaba una remisa admiración hacia Siona, pero a Topri lo juzgaba indigno de inspirar cualquier sentimiento excepto verdadera antipatía. Era un hombre nervioso, gordo, de ojos verdes saltones, nariz chata y labios finos situados sobre un mentón adornado con hoyuelos. Además, hablaba siempre chillando.

– ¡Mira, Nayla! Mira lo que ha encontrado Siona disecado entre las páginas de esos dos libros.

Nayla cerró la única puerta de la habitación y echó la llave.

– Hablas demasiado, Topri -dijo Nayla-. Eres un bocazas. ¿Cómo sabías que no había nadie conmigo en el pasillo?

Topri palideció. Frunció el ceño, y una iracunda expresión ensombreció su cara.

– Tiene razón -declaró Siona- ¿Qué te indujo a pensar que deseaba comunicarle mi descubrimiento a Nayla?

– ¡Tú confias en ella para todo!

Siona centró su atención en Nayla.

– ¿Sabes por qué confío en ti, Nayla? -Siona formuló su pregunta con voz monótona, desprovista de toda atención.

Nayla sofocó una repentina oleada de temor. ¿Habría descubierto Siona su secreto?

– ¿Acaso he fallado a mi Señor?

– ¿No respondes a mi pregunta? -insistió Siona.

– ¿Te he dado alguna vez motivo para lo contrario? -replicó Nayla.

– Eso no es causa suficiente para confiar en una persona –afirmó Siona-. La perfección no existe, ni entre hombres ni entre máquinas.

– Entonces, ¿por qué confias en mí?

– Tus palabras y tus acciones concuerdan siempre, y esto es una cualidad maravillosa. Por ejemplo, Topri te desagrada, y no tratas nunca de disimular tu aversión.

Nayla lanzó una mirada a Topri, que carraspeó.

– No confío en él -manifestó Nayla.

Aquellas palabras le vinieron a la mente y a la boca irreflexivamente. Solo tras haberlas pronunciado comprendió Nayla la verdadera razón de su antipatía. Topri sería capaz de traicionar a cualquiera por interés personal.

¿Me habrá descubierto?

Todavía con el ceño fruncido, Topri replicó:

– No pienso quedarme aquí a escuchar vuestros insultos con los brazos cruzados.

Hizo ademán de marcharse, pero Siona levantó una mano con gesto imperioso. Topri vaciló.

– Aunque hayamos pronunciado las viejas palabras Fremen y nos hayamos jurado lealtad eterna, eso no es lo que nos mantiene unidos -dijo Siona-. Lo importante es el cumplimiento. Para mí es lo único que cuenta. ¿Comprendéis lo que os digo? ¿Lo comprendéis los dos?

Topri asintió automáticamente, pero Nayla sacudió la cabeza sin el menor reparo.

Siona le sonrió.

– No siempre estás de acuerdo con mis decisiones, ¿verdad, Nayla?

– No. -La palabra salió como arrancada de sus labios.

– Y nunca has tratado de ocultar tu desacuerdo, y sin embargo me obedeces siempre. ¿Por qué?

Nayla se daba cuenta de que estaba transpirando, sabía que era un síntoma revelador, y no obstante no podía efectuar el menor movimiento.

¿Qué debo hacer? Le juré a Dios que obedeceria a Siona, pero no puedo decírselo.

– Responde a mi pregunta. Te lo ordeno -la conminó Siona.

Nayla respíró a fondo. Acababa de producírse el conflicto que mas había temido. Sabiendo que no existía salida alguna, elevó una callada plegaria y en voz baja contestó:

– He prometido a Dios que te obedecería.

Siona aplaudió regocijada y se echó a reír.

– ¡Lo sabia!

Topri sofocó una risita.

– ¡Cállate, Topri! -le ordenó Siona-. Estoy tratando de enseñarte una lección. A ti. Tú no crees en nada, ni siquiera en ti mismo.

– Pero yo...

– ¡Silencio, te digo! Nayla cree. Yo creo. Eso es lo que nos mantiene unidas. La fe.

Topri estaba asombrado.

– ¿La fe? ¿Tú crees en...?

– ¡No en el Dios Emperador, estúpido! Creemos en un poder superior que doblegará la tiranía del gusano. Nosotros somos ese poder superior.

Nayla emitió un tembloroso suspiro.

– Todo va bien, Nayla -dijo Siona-. No me importa de dónde saques tu fuerza, siempre y cuando creas.

Nayla consiguió esbozar una mueca que después transformó en una ancha sonrisa. Nunca se había sentido tan impresionada por la sabiduria de su señor como en esta ocasión. ¡Digo la verdad y redunda tan sólo en beneficio de mi Dios!

– Déjame mostrarte lo que he encontrado en estos libros –dijo Siona, indicando con un gesto varias hojas de papel corriente que había sobre la mesa-. Disecado entre sus páginas.

Nayla rodeó la mesa y se inclinó para contemplar lo que le enseñaba Siona.

– Primero esto. -Siona alzó un objeto que Nayla no había observado. Era una trenza fina de... y algo que parecía ser...

– ¿Una flor? -preguntó Nayla.

– Estaba entre dos páginas de papel. En una de ellas estaba escrito esto. -Siona se inclinó sobre la mesa y leyó: "Una trenza de pelo de Ghanima con una flor de estrellamar que una vez me regaló".

Levantando la mirada hacia Nayla, Siona dijo:

– Nuestro Dios Emperador se nos está revelando como un sentimental. Esta debilidad sí que no la esperaba.

– ¿Ghanima? -replicó Nayla.

– ¡Su hermana! ¿No recuerdas la Historia Oral?

– Ah... claro. La Plegaria a Ghanima.

– Ahora escucha esto. -y tomando otra hoja de papel, Siona leyó:

La arena de la playa es gris como mejilla muerta,
Una marea verde refleja rizos de nubes;
Estoy de pie en el oscuro borde húmedo,
La espuma fría limpia mis pies,
Huelo a humo de troncos a la deriva.

Nuevamente, Siona levantó la vista hacia Nayla.

– Esto ha sido identificado como las "Palabras que escribí al conocer la muerte de Ghani". ¿Qué opinas de ello?

– El... amaba a su hermana.

– ¡Sí! El es capaz de amar. ¡Oh, sí! Ahora ya es nuestro.

- CAPITULO VII -

A veces me recreo realizando safaris que ningún otro ser puede emprender. Penetro en mi interior y empiezo a recorrer el eje de mis recuerdos. Como un escolar que aprende a redactar escribiendo sobre las vacaciones, elijo un tema de mi agrado. Veamos... ¡intelectuales femeninas! Y retrocedo rumbo al océano que son mis antepasados. Soy un gran pez alado de las profundidades. La boca de mi consciencia se entreabre y los voy escupiendo. A veces... a veces persigo a determinados personajes que aparecen registrados en nuestras crónicas. ¡Qué secreto deleite revivir la vida de algún prócer al tiempo que me burlo de las pretensiones académicas que infestan las biografias!

–Los Diarios Robados.

Moneo descendió a la cripta con triste resignación. No había medio de escapar a los deberes que ahora se le exigían. El Dios Emperador precisaba de un breve espacio de tiempo para llorar la muerte de otro Duncan, pero después la vida seguía igual... eternamente igual.

El ascensor descendió silencioso, con la manifiesta precisión de la técnica ixiana. Una vez, sólo una vez, el Dios Emperador había exclamado, hablando con su mayordomo:

– ¡Moneo, a veces pienso que tú debes ser de fabricación ixiana!

Moneo notó que el ascensor se detenía. Al abrirse la puerta, lo primero que hizo fue lanzar una mirada a través de la cripta al informe bulto aposentado sobre el Carro Real. No descubrió ningún indicio de que Leto hubiera advertido su llegada. Moneo suspiró y comenzó el largo recorrido a través de las resonantes tinieblas de la cripta. Cerca del carro había un cuerpo caído en el suelo. Nada sorprendente. La escena ya resultaba familiar.

En una ocasión, en los primeros años de servicio de Moneo, Leto le había dicho:

– No te agrada este lugar, Moneo, me doy perfecta cuenta.

– No, Señor.

Con un pequeño esfuerzo de memoria, Moneo casi escuchaba su propia voz en aquel tiempo pasado, tan ingenuo. Y la voz del Dios Emperador respondiendo:

– Ya veo que un mausoleo no te parece un lugar reconfortante. Yo lo encuentro fuente de fuerza infinita.

Moneo recordó haberse esforzado por cambiar de tema.

– Si, Señor.

Leto, sin embargo, había insistido en él:

– Aquí se encuentran tan sólo unos pocos de mis antepasados. El agua de Muad'Dib esta aquí. Ghani y Harq al-Ada se encuentran aquí, por supuesto, aunque ellos no son antepasados míos. No; en realidad, si existe una auténtica cripta de mis antepasados, yo soy esa cripta. Este lugar está principalmente destinado a los Duncans y a los productos de mi programa genético. Algún día también tú reposarás aquí.

Moneo se percató de que los recuerdos habían moderado su paso. Suspiró y avanzó mas deprisa, pues Leto podía mostrarse muy violento cuando le atenazaba la impaciencia, y si bien aún no había dado muestra alguna, Moneo sabía que ello no significaba que su presencia hubiera pasado inadvertida.

Leto yacía con los ojos cerrados, atento solo con sus otros sentidos al avance de Moneo por la cripta y con los pensamientos centrados en Siona.

Siona es mi más ardiente enemigo. No necesito el mensaje de Nayla para confirmarlo. Siona es una mujer de acción.

Vive en la superficie de una enorme energía que me llena con fantasías de placer. No puedo contemplar esas vitales energías sin sentirme extasiado. Constituyen la razón de mi existencia, la justificación de todo cuanto he hecho... incluso del cadáver de ese necio Duncan que yace ahora ante mi.

El oído de Leto le indicó que Moneo aún no había atravesado la mitad de la distancia que lo separaba del Carro Real. El hombre avanzaba cada vez más despacio, hasta que de pronto avivó el paso.

Qué regalo me ha hecho Moneo con su hija. Siona es fresca y preciosa. Ella es lo nuevo mientras que yo soy una acumulación de lo obsoleto, una reliquia de lo condenado, de lo perdido y de lo extraviado. Yo soy las piezas escamoteadas de la historia que desaparecen en todos nuestros pasados. Jamás pudo imaginarse tal colección de gentuza.

Leto hizo que desfilara el pasado en su interior para dejarles observar lo que había ocurrido en la cripta.

¡Las minucias son mías!

Siona, en cambio... Siona era una pizarra intacta en la que aún podían escribirse grandes cosas.

Conservaré esa pizarra con infinito cuidado. La estoy preparando, dejándola bien limpia.

¿Qué querría decir el Duncan al pronunciar su nombre?

Moneo se aproximó desconfiado al Carro, pero con todos sus sentidos bien alerta. Estaba seguro de que Leto no dormía.

Leto abrió los ojos y bajó la mirada al ver que Moneo se detenía junto al cadáver. En aquel instante pensó que el mayordomo era un deleite para la vista. Moneo vestia un uniforme blanco de los Atreides, sin ninguna insignia, sutil detalle. Su rostro, casi tan

conocido como el del propio Leto, constituía todas cuantas insignias necesitaba. Armado de paciencia, Moneo esperaba. Sus facciones, regulares y proporcionadas, no revelaban el menor cambio de expresión. Llevaba el espeso cabello rojizo pulcramente peinado con raya en medio. De lo más profundo de sus ojos grises nacía esa mirada franca y directa de quien se sabe dueño de un gran poder personal. Era una mirada que Moneo tan sólo modificaba en presencia del Dios Emperador, y en ocasiones ni tan siquiera allí. Ni una sola vez dirigió la vista hacia el cadáver que yacía en el suelo de la cripta.

Al ver que Leto permanecía en silencio, Moneo carraspeó y luego dijo:

– Estoy entristecido, Señor.

Exquisito, pensó Leto. Sabe que siento verdaderos remordimientos por causa de los Duncans. Moneo ha visto morir a demasiados, ha tenido sus fichas en la mano, y sabe que sólo diecinueve de los Duncans murieron de lo que la gente llama comúnmente muerte natural.

– Iba armado con una pistola láser ixiana -declaró muy despacio Leto.

La mirada de Moneo se dirigió directamente a la pistola láser que yacía a su izquierda en el suelo de la cripta, demostrando que la había observado. Devolvió su atención a Leto, recorriendo lentamente con la vista la totalidad de su enorme cuerpo.

– ¿Estáis herido, Señor?

– Cosa de poca importancia.

– Pero consiguió heriros.

– Esas aletas me resultan completamente inútiles. Dentro de otros doscientos años me habrán desaparecido.

– Me ocuparé personalmente del cadáver del Duncan, Señor -dijo Moneo–. ¿Hay...?

– El pedazo de aleta que me quemó se ha convertido en cenizas. Las dejaremos aquí, pues este es el lugar más apropiado para las cenizas.

– Como mi Señor disponga.

– Antes de deshacerte del cadáver, desmonta la pistola láser y guárdala para que pueda ofrecérsela como regalo al embajador ixiano. En cuanto al espía de la Cofradía que nos informó de ello, entrégale personalmente diez gramos de especia en recompensa. Ah, y hay que advertir a nuestras sacerdotisas de Giedí Prime sobre la existencia de un almacén secreto de melange, producto, probablemente, del antiguo contrabando de los Harkonnen.

– ¿Qué deseáis hacer con ella cuando la descubramos, Señor?

– Emplearás una pequeña parte para pagar a los tleilaxu el precio del nuevo ghola. El resto que pase a engrosar los depósitos que poseemos aquí en la cripta.

– Señor.

Moneo aceptó las órdenes inclinando levemente la cabeza, gesto que no alcanzó a ser una reverencia. Su mirada se cruzó con la de Leto.

Este sonrió, pensando: Los dos sabemos que Moneo no se retirará sin tratar directamente el tema que más nos interesa a ambos.

– He visto el informe sobre Siona -dijo Moneo.

La sonrisa de Leto se ensanchó. Moneo constituía una fuente inagotable de placer en estos momentos. Sus palabras transmitían un sinfín de alusiones que no requerían ser discutidas abiertamente entre los dos. Sus palabras y sus acciones, perfectamente coordinadas, comunicaban la impresión de que él, por descontado, disponía de espías que le informaban de todo cuanto ocurría. En este momento sentía una natural preocupación por su hija, pero deseaba dejar claramente establecido que su interés por los asuntos de su Dios Emperador pasaba por encima de todo. Por experiencia propia, a través de un proceso similar, Moneo conocía con toda exactitud la delicada naturaleza de la situación actual de Siona.

– ¿Acaso no la he creado yo, Moneo? -preguntó Leto–. ¿No fui yo quien eligió las condiciones de su linaje y de su educación?

– Es mi única hija. Señor, mi único vástago.

– En cierto modo me recuerda a Harq al-Ada -replicó Leto–. No es que tenga mucho de Ghani, aunque algo debe haber. Quizás ella haya retrocedido a nuestros antepasados en el programa genético de la Orden.

– ¿Por qué decís eso, Señor?

Leto reflexionó. ¿Era preciso que Moneo conociera la peculiaridad de su hija? Siona a veces se desvanecía de la escena presciente. La Senda de Oro permanecía, pero Siona se desvanecía. Y sin embargo.. ella no era presciente. Ella era un fenómeno único... y si sobrevivía... Leto decidió no turbar la eficiencia de Moneo con informaciones innecesarias.

– Recuerda tu propio pasado -le dijo Leto.

– En ello pienso, Señor. Y ella tiene poderes, muchos mas de los que yo nunca he poseído. Pero eso la hace peligrosa.

– Y además no escucha tus palabras -añadió Leto.

– No, pero he introducido a un agente en la conjura que trama.

Debe ser Topri, pensó Leto.

No hacían falta poderes de presciencia para saber que Moneo tendría siempre a un agente bien colocado. Desde la muerte de la madre de Siona, Leto había ido confirmando con creciente certidumbre el rumbo de las acciones de Moneo. Las

sospechas de Nayla señalaban a Topri. Y ahora Moneo hacía alarde de sus actos y temores, ofreciéndolos como precio de la seguridad de su hija.

Qué lástima que sólo engendrara un único hijo de aquella madre.

– Recuerda cómo te traté en circunstancias parecidas -dijo leto–. Conoces tan bien como yo las exigencias de la Senda de Oro.

– Entonces yo era joven e imprudente, Señor.

– Joven e impetuoso, imprudente, nunca.

Moneo consiguió esbozar una tensa sonrisa ante tal cumplido, centrando sus pensamientos en la idea de que comenzaba a comprender las intenciones de Leto. ¡Cuantos peligros acechaban, sin embargo!

Percatandose de ello y deseoso de fortalecer su certidumbre, Leto dijo:

– Ya sabes lo mucho que me agradan las sorpresas.

Esto es cierto, pensó Leto. Moneo lo sabe. Pero Siona, además de sorprenderme, me recuerda lo que más temor me inspira: la monotonía y el aburrimiento que podrían quebrantar La Senda de Oro. ¡Mira cómo el aburrimiento me puso momentáneamente en poder del Duncan! Siona es el contraste con el cual mido mis miedos más profundos. La preocupación de Moneo por mí está justificada.

– Mi agente continuará vigilando a sus nuevos compañeros, Señor -añadió Moneo–. No son de mi agrado.

– ¿Sus compañeros? Yo también tuve compañeros como esos una vez, hace muchos años.

– ¿Rebeldes, Señor? ¿Vos? -La sorpresa de Moneo era auténtica.

– ¿No he demostrado, acaso, ser amigo de la rebelión?

– Pero, Señor...

Las aberraciones de nuestro pasado son mas numerosas de lo que imaginas!

– Sí, Señor. -Moneo estaba avergonzado, pero sentía curiosidad, y sabía que a veces el Dios Emperador, después de la muerte de un Duncan, se tornaba locuaz-. Debéis haber visto muchas rebeliones, señor.

Involuntariamente, los pensamientos de Leto se perdieron en los recuerdos suscitados por estas palabras.

– Ah, Moneo -murmuró–. Mis viajes por los laberintos ancestrales memorizan lugares y sucesos sin cuenta, que no deseo ver repetidos jamás.

– Imagino vuestros viajes interiores, Señor.

– No, no puedes imaginarlos. He visto pueblos y planetas en tal número que carece de sentido hasta en la imaginación. Oh, los paisajes que he cruzado, la caligrafía de sendas extrañas divisada desde el espacio y grabada en mi visión interna. La escultura erosionada de cañones, riscos y galaxias ha impreso en mí la certeza de que no soy más que una mota.

– Vos no, Señor, Ciertamente que vos no.

– ¡Menos que una mota! ¡Una partícula de una mota! He visto muchos pueblos y sus estériles sociedades adoptar actitudes tan reiterativas que su estupidez me llena de aburrimiento, ¿me oyes?

– No deseaba encolerizar a mi Señor -replicó Moneo.

– No me encolerizas. A veces me irritas, eso es todo. No puedes imaginar lo que yo he visto, califas y mjeeds, rakahs, rajás y bashars, reyes y emperadores, primitivos y presidentes, los he visto a todos. Caudillos feudales, cada uno. Cada uno un pequeño faraón.

– Perdonad mi atrevimiento, Señor.

– ¡Malditos sean los romanos! -exclamó Leto.

Lo repitió en su interior, para sus antepasados.

– ¡Malditos los romanos!

Sus risas le apartaron de la palestra interior.

– No comprendo, Señor -aventuró Moneo.

– Es cierto. No comprendes. Los romanos difundieron la enfermedad faraónica como labradores que esparcen a voleo la semilla de la próxima consecha: césares, kaisers, zares, emperadores, caseris... palatos... malditos faraones.

– Mis conocimientos no abarcan todos esos títulos, Señor.

– Quizás yo sea el último, Moneo. Reza para que así sea.

– Como mi Señor ordene.

Leto bajó la mirada hacia el mortal.

– Tú y yo, Moneo, somos destructores de mitos y leyendas. Ese es el sueño que compartimos. Desde las alturas de los dioses del Olimpo yo te aseguro que el gobierno es un mito compartido. Cuando el mito muere, el gobierno muere.

– Asi me lo habéis enseñado, Señor.

– Esa máquina-hombre, el Ejército, creó nuestro sueño actual, amigo mio.

Moneo carraspeó.

Leto reconoció los leves signos de impaciencia de su mayordomo.

Moneo entiende de ejércitos. Sabe que fue el sueño de un necio el que los ejércitos constituyeran el instrumento básico de gobierno.

Al ver que Leto guardaba silencio, Moneo se acercó a la pistola laser y la recogió, tomándola del frio suelo de la cripta. Acto seguido empezó a desmontaría.

Leto le contemplaba pensando lo bien que esa minúscula escena representaba la esencia del mito del Ejército. El Ejército fomentaba la tecnologia porque el poder de las máquinas parecía evidente a los estrechos de miras.

Esa pistola laser no es más que una máquina. Pero todas las máquinas fallan o quedan anticuadas. Y sin embargo el Ejército adora fervoroso esos objetos, tan fascinado como temeroso de ellos. ¡Fijáos cómo teme la gente a los ixianos! En el fondo el Ejército sabe que es el Aprendiz de Brujo. Desencadena la tecnología, y la poción mágica puede volverse a encerrar en la redoma.

Yo les enseño otra magia distinta.

Leto se dirigió a las hordas que bullían en su interior.

– ¿Veis? Moneo ha desmontado el instrumento mortal. Una conexión rota por aqui; una cápsula aplastada por allá.

Leto olfateó el aire, percibiendo los ésteres de un aceite preservante en el olor del sudor de Moneo.

Hablando todavia a su interior, Leto dijo:

– Pero el genio no ha muerto. La tecnología genera anarquía. Distribuye estas herramientas al azar. Y con ellas va la provocación a la violencia. La capacidad de fabricar y utilizar armas destructivas salvajes cae indefectiblemente en manos de grupos cada vez más reducidos, hasta que al final el grupo quede convertido en un único individuo.

Moneo regresó nuevamente al lugar que ocupaba debajo de Leto, sosteniendo como sin darle importancia la pistola laser en la mano derecha.

– Corren rumores en Parella y los planetas de Dan sobre un nuevo jihad contra objetos como este.

Moneo levantó la pistola y sonrió, indicando que conocía la paradoja que encerraban esos sueños vacíos.

Leto cerró los ojos. Las hordas que habitaban en su interior deseaban discutir, pero él lo impidió pensando: Los jihads crean ejércitos. El Jihad Butleriano intentó librar a

nuestro universo de las máquinas que simulaban la mente humana. Los butlerianos dejaron numerosos ejércitos como legado y los ixianos siguen fabricando aparatos dudosos... lo cual les agradezco mucho. ¿Qué es el anatema? La motivación para destrozar, sean cuales sean los instrumentos que se utilicen.

– Sucedió -murmuro.

– ¿Señor?

Leto abrió los ojos.

– Voy a ir a mi torre -declaró–. Necesito más tiempo para llorar a mi Duncan.

– El nuevo ya viene en camino -replicó Moneo.

- CAPITULO VIII -

Tu, la primera persona en al menos cuatro mil años que encuentras mis crónicas, ten cuidado. No te sientas honrado por ser el primero en leer las revelaciones de mi almacén ixiano. Hallarás en él mucho dolor. Aparte de los escasos vislumbres necesarios para asegurarme de que la Senda de Oro continuaba, nunca sentí el deseo de curiosear más allá de estos cuatro milenios. Por lo tanto, no sé a ciencia cierta lo que puedan significar los acontecimientos de mis diarios para tus tiempos. Sólo sé que mis diarios han permanecido en el olvido y que los acontecimientos que relato han sufrido una indudable distorsión histórica durante eones. Te aseguro que la facultad de contemplar nuestros futuros puede llegar a convertirse en gran aburrimiento. Incluso ser considerado como un dios, como yo ciertamente lo fui, puede resultar en definitiva aburrido. Y se me ha ocurrido pensar más de una vez que el aburrimiento divino es razón buena y suficiente para inventar el libre albedrío.

–Inscripción en el almacén de Dar-es-Balat.

Yo soy Duncan Idaho.

Eso era casi todo lo que deseaba saber con certeza. No le convencían las explicaciones de los tleilaxu, sus historias. Pero claro esta que los tleilaxu siempre habían inspirado temor. Descrédito y temor.

Le habían conducido hasta el planeta en un pequeño aparato de la Cofradía, llegando a la línea del crepúsculo con un tenue resplandor verde de la aureola del sol que iluminaba el horizonte mientras la nave descendía sumergiéndose en las sombras. El aeródromo espacial no se parecía en absoluto a los que él recordaba. Era mas extenso y se hallaba rodeado por un anillo de extraños edificios.

– ¿Estas seguro de que esto es Dune? -pregunto.

– Arrakis -replicó su acompañante tleilaxu, corrigiéndole. Luego, a toda prisa, le habían transportado en un vehículo hermético al edificio donde ahora se encontraba, situado en una ciudad que llamaban Onn, dando a la "n" una peculiar inflexión nasal. La habitación donde le habían dejado era cuadrada y mediría unos tres metros de lado, formando un cubo perfecto. No se veía ningún globo luminoso, y sin embargo la estancia se hallaba iluminada por una cálida luz amarilla.

Soy un ghola, se dijo a sí mismo.

Era una sensación inverosímil, pero tenía que creerlo. Encontrarse con vida sabiendo que había muerto lo probaba de modo irrefutable. Los tleilaxu habían tomado algunas células de su organismo muerto y formando con ellas un brote de embrión, lo habían cultivado en uno de sus tanques axlotl. Ese embrión se había convertido en el cuerpo que ahora poseía a lo largo de un proceso que le había hecho sentirse forastero en su propia carne.

Bajó los ojos para examinar su aspecto. Iba vestido con unos pantalones y una chaqueta de color marrón oscuro, de un tejido burdo y áspero que le irritaba la piel, y

como todo calzado llevaba unas sandalias. A excepción de su cuerpo. eso era todo lo que los tleilaxu le habían dado, tanta parquedad revelaba bien a las claras el verdadero carácter de sus hacedores.

La habitación estaba desprovista de todo mobiliario. habiéndole hecho entrar en ella a través de una puerta, la única, que por su parte interior carecía de manecilla. Levantó la mirada al techo, escrutando después las paredes y la puerta. A pesar del aspecto desnudo de la pieza, tenía la impresión de que lo estaban vigilando.

– Vendrán a buscarte mujeres de la Guardia Imperial -le habían dicho. Y después se habían marchado, sonriendo furtivamente entre ellos.

¿Mujeres de la Guardia Imperial?

La escolta tleilaxu se había dedicado con sádico placer a demostrarle sus facultades morfo-cambiantes sin que él pudiera adivinar de un minuto a otro qué nueva forma extraña adoptaría el flujo plástico de la carne de sus acompañantes.

¡Malditos Danzarines Rostro!

Lo sabían todo de él, por supuesto, sabían cuánto le disgustaban los Morfo-cambiantes.

¿Hasta qué punto podía confiar en los Danzarines Rostro? Muy poco. ¿Podían creerse sus palabras?

Mi nombre. Conozco mi nombre.

Y poseía sus recuerdos. Le habían devuelto su identidad mediante descargas. Los gholas eran, o habían sido, incapaces de recobrar su identidad original. Pero en su caso los tleilaxu habían conseguido devolvérsela, y él se sentía obligado a creer que era cierto puesto que comprendía de qué modo lo habían hecho.

Sabía que al principio existía el ghola enteramente formado, un pedazo de carne adulta sin nombre ni recuerdos, un palimpsesto en el que los tleilaxu podían inscribir casi todo cuanto se les antojara.

– Tú eres Ghola -le habían dicho, y ése había sido su único nombre durante mucho tiempo. Luego habían tomado a Ghola como un niño maleable y lo habían condicionado para matar a un hombre determinado, un hombre tan parecido al Paul Muad'Dib original que él había servido con ferviente adoración, que ahora Idaho sospechaba que pudiera haber sido otro ghola. Pero de ser cierta esta sospecha ¿de dónde habían sacado los tleilaxu las células originales?

Algo en las células de Idaho se había rebelado ante la idea de matar a un Atreides. De pronto se había encontrado a sí mismo de pie, con un cuchillo en la mano, junto al bulto atado del pseudo-Paul que le contemplaba con airado terror.

Los recuerdos afluían a borbotones a su memoria, recordando a Ghola y recordando a Duncan Idaho.

Yo soy Duncan Idaho, maestro de armas de los Atreides.

De pie en la habitación amarilla, se aferró a este recuerdo.

Perdí la vida defendiendo a Paul y a su madre en una caverna-sietch bajo las arenas de Dune. He regresado a este planeta, pero Dune ya no existe. Ahora es tan solo Arrakis.

Había leído la historia truncada que los tleilaxu le habían proporcionado, pero no creía en ella. ¿Mas de tres mil quinientos años? ¿Quién podía creer que su carne existiese después de ese tiempo? Excepto... con los tleilaxu era posible. Debía dar crédito a sus sentidos.

– Ha habido muchos como tú -le habían dicho sus instructores.

– ¿Cuantos?

– Leto, el Señor, te dará esta información.

¿Leto, el Señor?

La historia tleilaxu afirmaba que ese Leto era Leto II, nieto del Leto a quien Idaho había servido con fanática devoción. Pero este segundo Leto, así decía la historia, se había convertido en algo... algo tan extraño que Idaho desesperaba de comprender la transformación.

¿Cómo podía un ser humano transformarse lentamente en un gusano de arena? ¿Cómo podía cualquier criatura pensante vivir más de tres mil años? Ni las más descabelladas proyecciones de la especia geriátrica permitirían tal duración de vida.

¿Leto II, el Dios Emperador?

¡La historia tleilaxu no era digna de crédito!

Idaho recordaba a un niño un tanto extraño; en realidad se trataba de gemelos: Leto y Ghanima, hijos de Paul e hijos de Chani, que había muerto al darles a luz. La historia tleilaxu decía que Ghanima había muerto tras una vida relativamente normal, pero que el Dios Emperador Leto había seguido viviendo siglo tras siglo...

– Es un tirano -habían declarado los instructores de Idaho–. Nos ordenó que te produjérarnos en nuestros tanques axlotl y que te enviáramos a Arrakis para entrar a su servicio. No sabemos lo que le ha ocurrido a tu predecesor.

Y aquí estoy.

Una vez más, Idaho paseó la vista por las desnudas paredes de la estancia.

Un tenue sonido de voces irrumpió en su consciencia. Miró hacia la puerta. Las voces se oían en sordina, pero una al menos era inconfundiblemente femenina.

¿Mujeres de la Guardia Real?

La puerta se abrió hacía adentro sin el menor chirrido. Entraron dos mujeres. Lo primero que atrajo su atención fue que una de ellas llegase enmascarada, cubierta la cabeza por una capucha cibus, sin forma definida y de un negro intenso que absorbía la luz. Ella podía verle claramente a través de la capucha, lo sabía, pero en cambio sus facciones jamás podrían descubrirse, ni siquiera con ayuda de los medios más sutiles de penetración. La capucha revelaba que los ixianos o sus herederos continuaban trabajando en el Imperium. Ambas mujeres vestían uniformes de color azul oscuro con el halcón Atreides bordado en rojo sobre el pecho izquierdo.

Idaho las observó detenidamente mientras cerraban la puerta y se volvían hacia él.

La enmascarada tenía un cuerpo robusto y macizo, y se movía con el engañoso esmero de un profesional fanático de la cultura fisica. La otra mujer era atractiva y esbelta y poseía unos ojos almendrados que acentuaban sus facciones angulosas y prominentes. Idaho tenía la impresión de haberla visto en algún sitio, pero no conseguía recordar dónde. Pendiendo de sus caderas, ambas llevaban cuchillos aguja envainados. Algo de sus movimientos le dijo a Idaho que las dos debían ser sumamente competentes en el manejo de dichas armas.

Habló en primer lugar la más esbelta.

– Me llamo Luli. Permiteme que sea la primera en dirigirme a ti como Comandante. Mi compañera debe permanecer anónima. Así lo ha ordenado nuestro Señor Leto. Puedes llamarla Amiga.

– ¿Comandante? -repitió.

– Es Leto, el Señor, quien desea que tomes el mando de la Guardia Real -manifestó Luli.

– ¿De veras? Vamos a hablar con él sobre este asunto.

– ¡Oh, no! -Luli se hallaba visiblemente escandalizada-. Leto te mandará llamar a su debido tiempo. Por el momento sólo desea que nos encarguemos de que te sientas lo más a gusto posible.

– ¿Y debo obedecer?

Luli se limitó a agitar la cabeza, desconcertada.

– ¿Soy un esclavo?

Luli se relajó y contestó con una sonrisa:

– En absoluto. Sucede simplemente que nuestro Señor Leto está ocupado con graves y numerosos asuntos que exigen su atención personal. Y tiene que encontrar un momento para ti. Y nos envía a nosotras porque le preocupa su Duncan Idaho. Has estado mucho tiempo en manos de los sucios tleilaxu.

Sucios tleilaxu, pensó Idaho.

Eso, por lo menos, no habia cambiado.

Le preocupaba, no obstante, un pequeño detalle de la explicación de Luli.

– ¿Su Duncan Idaho?

– ¿No eres, acaso, un guerrero Atreides? -replicó Luli.

Había dado en el blanco. Idaho asintió, volviendo ligeramente la cabeza para contemplar a la enigmática mujer enmascarada.

– ¿Por qué vas enmascarada?

– No debe saberse que yo sirvo a nuestro Señor Leto –respondió la mujer. Tenía una voz agradable, de contralto, pero Idaho sospechó que también debía resultar desfigurada por la capucha cibus.

– ¿Entonces por qué estás aquí?

– Nuestro Señor Leto me ha encomendado que averigüe si has sido manipulado por los sucios tleilaxu.

Idaho intentó tragar saliva, con la garganta súbitamente reseca. Varias veces se le habia ocurrido esta idea hallándose a bordo de la nave de la Cofradía que le transportaba. Si los tleilaxu podían condicionar a un hombre obligándole a matar a un amigo muy querido, ¿qué no podrían implantar en la psique de sus retoños?

– Veo que has pensado en ello -comentó la enmascarada.

– ¿Eres acaso un mentat? -le preguntó Idaho.

– ¡Oh, no! -exclamó Luli interrumpiéndoles-. Nuestro Señor Leto no permite el adiestramiento de mentats.

Idaho lanzó una mirada a Luli, y luego concentró nuevamente su atención en la enmascarada. Phohibidos los mentats. La historía tleilaxu no mencionaba este interesante detalle. ¿Por qué había de prohibir Leto los mentats? Sin duda alguna, una mente humana adiestrada en las superfacultades de la computación aún debía resultar de utilidad. Los tleilaxu le habían asegurado que la Gran Convención permanecía vigente y que las computadoras mecánicas seguían proscritas. Indudablemente esas mujeres debían saber que los mismos Atreides habían utilizado los servicios de los mentats.

– ¿Cual es tu opinión? -le preguntó la enmascarada-. ¿Crees que los tleilaxu te han manipulado?

– No... no lo creo.

– ¿Pero no estás seguro?

– No.

– No temas, Comandante Idaho -añadió–. Tenemos medios de asegurarnos de ello y de resolver esos problemas, si es que llegan a surgir. Los sucios tleilaxu lo intentaron sólo una vez, y pagaron cara su equivocación.

– Eso me tranquiliza. ¿Me envía nuestro Señor Leto algún mensaje?

Fue Luli la que respondió:

– Nos ordenó decirte que te sigue queriendo como los Atreides siempre te han querido. -Evidentemente, se sentía horrorizada de sus propias palabras.

Idaho se sintió algo más tranquilo. Como antiguo instrumento de los Atreides, magníficamente adiestrado por ellos, poco le había costado deducir algunos puntos de esa entrevista. Esas dos mujeres habían sido fuertemente condicionadas para prestar una obediencia fanática. Si una máscara cibus bastaba para ocultar la identidad de aquella mujer, debía haber muchísimas más de cuerpo muy parecido. Todo ello indicaba que serios peligros acechaban a Leto, peligros que aún requerían un sutil servicio de espionaje y un arsenal de armas bien surtido, como en los viejos tiempos.

Luli miró a su compañera.

– ¿Qué dices, Amiga?

– Se le puede conducir a la Ciudadela -respondió la enmascarada tras una pausa-. Este es un mal lugar. Aquí ha habido tleilaxu.

– Un baño caliente y un cambio de ropa me vendrían muy bien -dijo Idaho.

Luli seguía mirando a su Amiga:

– ¿Estas segura?

– La sabiduria del Señor no puede ponerse en duda -contestó la enmascarada.

A Idaho le desagradó el fanatismo de la voz de la Amiga, pero se sintió seguro pensando en la proverbial integridad de los Atreides. Tal vez parecieran cínicos y crueles a los extraños y a sus enemigos, pero para con su gente eran justos y leales. Y por encima de todo, los Atreides eran leales con ellos mismos.

Y yo soy uno de ellos, pensó Idaho. Pero, ¿qué le ocurrió al otro yo que voy a reemplazar? Comprendió perfectamente que esas dos mujeres no iban a responder a esta pregunta.

Pero Leto lo hará.

– ¿Nos vamos? -preguntó–. Estoy ansioso por lavarme y sacarme de encima el hedor de los sucios tleilaxu.

Luli le sonrió.

– Ven. Te bañaré yo misma.

- CAPITULO IX -

Los enemigos fortalecen. Los aliados debilitan. Os digo esto confiando que comprendáis por qué actúo como actúo sabiendo a ciencia cierta que en mi Imperio se acumulan grandes fuerzas con un único deseo: el de destruirme. Quizá vosotros que leéis estas palabras conozcáis bien lo que ocurrió realmente, pero dudo que lleguéis a comprenderlo.

–Los Diarios Robados.

La ceremonia de la "Exposición", con la que los rebeldes iniciaban sus reuniones, se alargaba interminablemente para Siona. Sentada en la primera fila, miraba a todas partes menos a Topri, que dirigía la ceremonia a pocos pasos de distancia. Esta habitación de los subterráneos de servicio con que contaba la ciudad de Onn no la habían utilizado nunca, pero se parecía tanto a sus restantes lugares de reunión que podía haber servido de modelo.

Sala de Reunión de los Rebeldes, Clase B, pensó.

Oficialmente se destinaba a depósito de almacenaje, y por ello los globos luminosos fijos no podían graduarse a fin de atenuar la cegadora luz blanca que emitían. La habitación medía unos treinta pasos de largo y algo menos de ancho, y sólo podia accederse a ella a través de un laberinto de estancias similares, una de las cuales se hallaba provista de un buen surtido de sillas plegables rígidas destinadas a los pequeños dormitorios del personal de servicio. Diecinueve de estas sillas, dispuestas alrededor de Siona, se hallaban ocupadas por diecinueve compañeros participantes en la conjura, mientras que unas pocas permanecian vacías aguardando a los rezagados que aún podían llegar a tiempo de asistir a la reunión.

Se había fijado la hora entre el turno de medianoche y el de la mañana para disimular la afluencia de personas en los subterraneos de servicio. La mayor parte de los rebeldes iban disfrazados de operarios de energía, con pantalón y chaqueta livianos, de color gris, desechables, mientras que unos pocos, incluida Siona, vestían de verde como los inspectores de maquinaria.

La voz de Topri resonaba monótona en la habitación. No chillaba en absoluto mientras dirigía la ceremonia, y la verdad es que Siona tenía que admitir que no lo hacía del todo mal, sobre todo cuando ingresaba algún miembro. Sin embargo, desde la terminante afirmación de Nayla de que no confiaba en aquel hombre, Siona había comenzado a observar a Topri con ojos distintos. Nayla hablaba con una cortante ingenuidad, capaz de eliminar cualquier careta, y a partir de su confrontación verbal Siona se habia enterado de ciertas cosas relativas a Topri.

Por fin Siona se dio la vuelta para contemplar al hombre que dirigía la ceremonia. La fría luz plateada de la estancia contribuía a aumentar la palidez natural del rostro de Topri, que para la ceremonia utilizaba una copia de un cuchillo crys, comprada de contrabando a los Fremen de Museo. Siona rememoró la transacción al contemplar la hoja que brillaba en las manos de Topri. La idea había sido de Topri, y en aquel momento ella la había juzgado bastante acertada. Había sido él quien la había conducido al lugar de la cita, una casucha de las afueras de la ciudad, adonde se

habían dirigido al caer la tarde. Allí habían esperado hasta bien entrada la noche para que las sombras ocultaran la llegada del Fremen, ya que los Fremen no podían abandonar los sietch donde habitaban sin una dispensa especial del Dios Emperador.

Empezaba a creer que ya no iba a comparecer, cuando llegó el Fremen surgiendo furtivo de la noche y dejando a su acompañante de guardia en la puerta. Topri y Siona le esperaban sentados en un tosco banco apoyado contra la húmeda pared de la mísera habitación. La única luz que la iluminaba procedía de un mortecino farol amarillo colgado de un palo clavado en la ruinosa pared de adobe.

Las primeras palabras del Fremen habían llenado a Siona de recelo.

– ¿Habéis traído el dinero?

Al verle entrar, Topri y Siona se habían puesto en pie. Topri no pareció molesto por la pregunta. Al contrario, comenzó a dar palmadas a la bolsa que llevaba escondida bajo el manto, haciéndola sonar.

– Aquí tengo el dinero.

El Fremen era un anciano encorvado y marchito, que vestía una copia del antiguo manto fremen bajo el cual se distinguía una prenda brillante, probablemente su versión de un destiltraje. Llevaba la cabeza cubierta con la capucha, lo cual ocultaba sus facciones. La luz de la antorcha hacía bailar sombras en el hueco que debía ser su cara.

Observó primero a Topri y después a Siona antes de sacar de debajo del manto un objeto envuelto con un trapo.

– Es una copia auténtica, pero de plastico -dijo–. No corta ni un pedazo de manteca.

Entonces extrajo la hoja de su envoltura y se la mostró, sosteniéndola en alto.

Siona, que sólo había visto cuchillos crys en museos y en las escasas grabaciones visuales conservadas en los archivos de su familia, había experimentado una extraña emoción al contemplar el cuchillo en aquel lugar, sintiéndose invadida por un poderoso sentimiento atávico que la hacía imaginar a ese pobre Fremen de Museo con su cuchillo de plastico en la mano como un verdadero Fremen de los viejos tiempos, y súbitamente el objeto que empuñaba se convirtió para ella en un cuchillo crys de hoja astillada centelleando en la trémula luz amarilla.

– Garantizo la autenticidad de la pieza que sirvió de modelo para la copia -dijo el Fremen. Pronunció estas palabras con voz baja, en un tono que la falta de expresión tornaba amenazador.

Entonces Siona captó el odio que acarreaban aquellas suaves vocales e inmediatamente se puso alerta.

– Al menor indicio de traición, te aplastaremos como a una sabandija –susurró.

Topri la miró sobresaltado.

El Fremen de Museo pareció encogerse replegándose sobre sí mismo. Le temblaba el cuchillo en la mano, pero sus dedos de gnomo seguían aferrados apretándolo como si estuvieran estrangulando una garganta.

– ¿Traición, señora? No, nada de eso. Pero pensamos que habíamos pedido poco dinero por esta copia. A pesar de su pobre calidad, el fabricarla y venderla de esta forma nos pone en gravísimo peligro.

Siona le miró echando fuego por los ojos, repitiendo mentalmente la antigua máxima Fremen de la Historia Oral: "una vez se adquiere alma de mercado, el suk es la totalidad de la existencia".

– ¿Cuánto quieres?

El Fremen dijo una cifra doble de la original.

Topri tragó saliva.

Siona miró a Topri.

– ¿Traes esa cantidad?

– Tanto no... pero convinimos en...

– Dale todo lo que tengas, todo –ordenó Siona.

– ¿Todo?

– ¿No me has oído? Hasta la última moneda que lleves en esa bolsa. -Entonces se volvió al Fremen de Museo-: Aceptarás este pago. -No se trataba de una pregunta, y el Fremen lo comprendió correctamente. Envolvió el cuchillo en el trapo y se lo ofreció a ella.

Topri le hizo entrega de la bolsa mascullando por lo bajo. Siona se dirigió entonces al Fremen de Museo con estas palabras:

– Sabemos tu nombre. Tu eres Teishar, ayudante de Garum de Tuono. Posees una mentalidad suk y me haces estremecer al demostrarme en lo que se han convertido los Fremen.

– Señora, todos tenemos que vivir -protestó él.

– ¡Tú no estas vivo! -replicó ella-. ¡Márchate!

Escabulléndose a toda prisa, Teishar se había marchado, apretando fuertemente contra el pecho la bolsa de las monedas.

El recuerdo de aquella noche disgustó a Siona mientras contemplaba a Topri empuñar la copia del cuchillo crys en la ceremonia rebelde. Somos tan mezquinos como Teishar,

pensó. Una copia es peor que nada. Topri blandía el falso cuchillo por encima de su cabeza al acercarse el final de la ceremonia.

Siona apartó la vista de él y la dirigió a Nayla, que ocupaba un asiento a su izquierda. Nayla se había dedicado a vigilar en todas direcciones, prestando especial atención al grupo de miembros recién incorporados que se hallaban al fondo de la estancia. Nayla no era persona que confiara en la gente con facilidad. Percibiendo en el aire olor a lubricantes, Siona frunció la nariz. ¡Los subterráneos de Onn rezumaban siempre un peligroso olor a cosa mecánica! Siguió olfateando. ¡Y esta habitación! Le desagradaba el lugar donde celebraban sus reuniones porque con que los guardias interceptaran los pasillos exteriores y enviaran una patrulla armada, fácilmente podían encerrarles en una trampa. ¡Qué fácil era que terminase allí la conspiración! Siona se sintió doblemente preocupada al recordar que la habitación había sido elegida por Topri.

Una de las pocas equivocaciones de Ulot, pensó. El pobre Ulot había insistido para que admitieran a Topri en la conjura.

– Es un modesto funcionario de los servicios municipales -le había explicado Ulot-. Seguro que conoce un sinfín de lugares donde poder reunirnos y ocultar nuestras armas.

Topri estaba a punto de concluir la ceremonia. Colocó el cuchillo en un estuche ricamente adornado y, después de cerrarlo, dejó el estuche en el suelo, a su lado.

– Mi rostro es mi promesa -proclamó. Se puso de perfil ante los asistentes, primero de un lado, luego del otro–. Os muestro mi rostro para que podáis conocerme en cualquier sitio y sepáis que soy uno de los vuestros.

Estúpida ceremonia, pensó Siona.

Pero no se atrevía a modificarla ni osó interrumpirla. Y cuando Topri sacó una mascara de gasa negra y se cubrió con ella la cabeza, Siona sacó la suya y le imitó. Todos los asistentes hicieron lo mismo. En la estancia se oyó un rumor de agitación, pues casi todos los presentes habian sido advertidos de que Topri traía con él a un visitante de categoría. Siona se sujetó la máscara atándosela en la nuca. Estaba ansiosa por ver al desconocido.

Topri se dirigió a la única puerta de la habitación. Se produjo un cierto estrépito al levantarse los asistentes y empezar a doblar las sillas, que quedaron amontonadas contra la pared situada frente a la puerta. A una señal de Siona, Topri golpeó tres veces en la puerta, aguardó a que sonaran dos golpes, y entonces contestó con otros cuatro.

La puerta se abrió y un hombre alto, ataviado con el clásico jersey oficial de color marrón oscuro, entró en la habitación. Desprovisto de máscara, llevaba el rostro al descubierto para que todos pudieran contemplarlo: enjuto, imperioso, de boca fina, nariz afilada y ojos castaño oscuro hundidos bajo unas cejas pobladas. Era un rostro conocido por casi todos los ocupantes de la sala.

– Amigos míos -dijo Topri-, os presento a Iyo Kobat, embajador de Ix.

– Ex-embajador -puntualizó Kobat. Tenía una voz gutural y firmemente controlada. Se colocó de espaldas a la pared para quedar de cara a los enmascarados de la sala-. En el día de hoy he recibido orden de nuestro Dios Emperador de abandonar Arrakís en desgracia.

– ¿Por qué?

Siona restalló la pregunta sin ninguna formalidad.

Kobat giró rápidamente la cabeza. un brusco movimiento que clavó su mirada en el rostro enmascarado de la muchacha.

– Se ha producido un atentado contra la vida del Dios Emperador. La pista del arma conduce hasta mi.

Los compañeros de Siona despejaron un espacio entre ella y el embajador, evidenciando así la deferencia con que la consideraban.

– Entonces, ¿por qué no te ha matado? -le preguntó.

– Creo que quiere decirme que no valgo siquiera la pena de matarme. Además, desea que lleve un mensaje a Ix.

– ¿Qué mensaje?

Siona avanzó por el espacio recién abierto hasta detenerse a dos pasos de Kobat. Sintió la mirada del embajador estudiar su cuerpo, y no pudo impedir reconocer los manifiestos signos de su interés sexual.

– Eres la hija de Moneo -dijo.

Una silenciosa tensión estalló en toda la sala. ¿Por qué revelaba que la conocía? ¿A cuántas personas más había reconocido? Kobat no daba la impresión de cometer estúpidos errores. ¿Por qué, pues, lo había hecho?

– Tu cuerpo, tu voz y tus modales son bien conocidos aquí en Onn -le dijo–. Esta máscara es una sandez.

Siona se arrancó la máscara de un tirón y le sonrió.

– Estoy de acuerdo. Ahora, responde a mi pregunta. Oyó a Nayla acercársele por la izquierda; otras dos agentes elegidas por Nayla también se aproximaron.

Siona vio el momento de la verdad cernerse sobre Kobat, que sabía que le esperaba la muerte si fallaba en satisfacer las demandas de la muchacha. Su voz no perdió su firme control, pero respondió más despacio, eligiendo las palabras con sumo cuidado.

– El Dios Emperador me ha comunicado que tiene noticia de un acuerdo firmado entre Ix y la Cofradía. Estamos tratando de construir un amplificador mecánico del... del talento que poseen los navegantes de la Cofradía y para el cual precisan de la melange.

– En esta habitación le llamamos el Gusano -manifestó Siona-. ¿Qué haría vuestra máquina ixiana?

– Sabes que los navegantes de la Cofradía necesitan la especia antes de poder ver la ruta segura para atravesar el espacio.

– ¿Sustituiríais a los pilotos por una máquina?

– Podría ser factible.

– ¿Cuál es el mensaje que llevas a tu pueblo referente a esta máquina?

– Debo comunicar a mi pueblo que tienen permiso de seguir adelante con el proyecto sólo si acceden a enviar a Leto informes diarios sobre sus progresos.

Siona agitó la cabeza.

– ¡El no necesita esos informes! Este mensaje es una patraña.

Kobat tragó salíva sin intentar disimular su nerviosismo.

– La Cofradía y la Orden de la Bene Gesserit están interesadas en nuestro proyecto -declaró–. En realidad participan en él.

Siona asintió con un único movimiento de cabeza.

– Y pagan por su participación repartiendo su especia con Ix.

Kobat la miró echando fuego por los ojos.

– Se trata de un experimento caro, y necesitamos la especia para las pruebas comparativas que han de llevar a cabo los Navegantes de la Cofradía.

– Es una mentira y un fraude -le espetó ella- Vuestro aparato no funcionará jamás, y el Gusano lo sabe.

– ¡Cómo te atreves a acusarnos de...

– ¡Silencio! Acabo de pronunciar el verdadero mensaje. El Gusano os dice a los ixianos que continuéis engañando a la Cofradía y a la Bene Gesserit. Eso le divierte.

– Podría funcionar. -insistió Kobat.

Ella se limitó a sonreírle.

– ¿Quién intentó matar al Gusano?

– Duncan Idaho.

Nayla sofocó un grito de asombro. Se produjeron otros ligeros signos de sorpresa por la sala, un fruncir de cejas. un contener el aliento.

– ¿Idaho ha muerto? -preguntó Siona.

– Supongo que sí pero el... Gusano se niega a confirmarlo.

– ¿Por qué supones que ha muerto?

– Los tleilaxu han enviado otro ghola Idaho.

– Ya.

Siona se volvió e hizo una señal a Nayla. que se dirigió a un lado de la sala y regresó con un paquete estrecho envuelto en papel suk de color rosa, del tipo que los tenderos utilizaban para envolver objetos de pequeño tamaño. Nayla le entregó el paquete a Siona.

– Este es el precio de nuestro silencio -dijo Siona, tendiendo el paquete a Kobat-. Por eso Topri fue autorizado a traerte aquí esta noche.

Kobat tomó el paquete sin distraer su atención del rostro de la muchacha.

– ¿Silencio? -preguntó.

– Prometemos no informar a la Cofradía ni a la Bene Gesserit de que les estáis engañando.

– Nosotros no engañamos...

– ¡No seas estúpido!

Con la garganta súbitamente reseca, Kobat intentó tragar saliva. Acababa de comprender el significado de las palabras de Siona: fuera verdad o mentira, si la conjura se extendía, nadie pondría en duda tal historia. Era "de sentido común", como a Topri le gustaba decir.

Siona contempló a Topri, que se hallaba de pie justo detrás de Kobat. Nadie se unía a esta conspiración por razones de "sentido común". ¿Acaso Topri no se daba cuenta de que su "sentido común" podía tralcionarle? Volvió a centrar la atención en Kobat.

– ¿Qué contiene este paquete? -preguntó él.

Algo hubo en su pregunta que le indicó a Siona que conocía de antemano la respuesta.

– Es algo que quiero enviar a Ix. Lo llevarás de mi parte. Son las copias de dos volúmenes que robamos en la fortaleza del Gusano.

Kobat contempló el paquete que tenía en las manos. Resultaba evidente que hubiera deseado soltarlo, pues su intervención en la conjura le comprometía muchísimo más

de lo que había imaginado. Lanzó una ceñuda mirada a Topri, que decía tan claramente como silo hubiera pronunciado: "¿Porqué no me advertiste?”

– ¿Qué...? -Volvió la mirada a Siona, carraspeó–. ¿Qué hay en estos volúmenes?

– Tu pueblo podrá decírnoslo. Creemos que son las propias palabras del Gusano escritas en una clave que no logramos descifrar.

– ¿Qué te hace pensar que nosotros...?

– Vosotros, los ixianos, sois muy listos para esas cosas.

– ¿Y si fracasamos?

Se alzó de hombros.

– No os culparemos por eso. De todos modos, si usáis estos volúmenes para cualquier otro propósito o dejáis de informar por completo de cuanto hayáis descubierto...

– ¿Cómo podéis estar seguros de que nosotros...?

– No vamos a depender exclusivamente de vosotros. Otros también tendrán copias. Pienso que la Bene Gesserit y la Cofradía no vacilarán en tratar de descifrar estos volúmenes.

Kobat deslizó el paquete bajo el brazo y lo apretó contra su cuerpo.

– ¿Qué razones tienes para pensar que el... Gusano desconoce vuestras intenciones... incluso esta misma reunión?

– Creo que sabe tantas cosas que incluso conoce el nombre de quien robó esos volúmenes. Mi padre afirma que es totalmente presciente.

– ¿Tu padre da crédito a la Historia Oral?

– Todos los aquí presentes creen en ella. La Historia Oral no está en desacuerdo con la Historia Formal en los puntos de importancia.

– Entonces, ¿por qué no actúa el Gusano contra vosotros?

Siona señaló el paquete que Kobat llevaba debajo del brazo.

– Tal vez la respuesta esté ahí.

– ¡O tal vez ni tú ni estos volúmenes cifrados representéis una verdadera amenaza contra él! -Kobat no pretendía disimular su cólera. Detestaba que le forzasen a tomar decisiones.

– Quízás. Dime por qué mencionaste la Historia Oral.

Una vez mas. Kobat captó la amenaza latente en estas palabras.

– Dice que el Gusano es incapaz de emociones humanas.

– Esta no es la razón -replicó Siona-. Tienes una sola oportunidad para decirme la verdad.

Nayla se aproximó dos pasos a Kobat.

– Me... me dijeron que repasara la Historia Oral antes de venir aquí, que tu gente... -Se alzó de hombros.

– ¿Que la recitamos?

– Sí.

– ¿Quién te dijo eso?

Kobat tragó saliva, lanzó una mirada temerosa a Topri, y luego volvió a mirar a Siona.

– ¿Topri? -preguntó la muchacha.

– Pensé que le ayudaría a comprendernos mejor.

– Y le dijiste el nombre de tu caudillo -dijo Siona.

– ¡Ya lo sabía! -La voz de Topri había recobrado su estridencia.

– ¿Qué fragmentos de la Historia Oral se te indicó repasar? –preguntó Siona.

– El... el linaje de los Atreides.

– Y ahora crees saber por qué se une la gente a mi conjura.

– ¡La Historia Oral dice exactamente cómo trata él a cada uno de los miembros del linaje Atreides!

– ¿Soltando un poco de cuerda y después arrastrándonos con ella? -replicó Siona. Su voz sonó engañosamente inexpresiva.

– Eso es lo que hizo con tu propio padre -declaró Kobat.

– ¿Y ahora deja que yo me entretenga jugando a rebeliones?

– No soy más que un mensajero -dijo Kobat-. Si me matas, ¿quién llevará tu mensaje?

– ¿O el mensaje del Gusano? -añadió Siona. Kobat guardó silencio.

– Creo que no entiendes el sentido de la Historia Oral –afirmó Siona-. Y también creo que no conoces al Gusano ni comprendes del todo sus mensajes.

La cara de Kobat se encendió de ira.

– ¿Qué va a impedir que te conviertas en lo mismo que todos los Atreides, un decorativo y obediente elemento de...?

– Kobat se interrumpió, consciente de improviso de lo que la cólera le había obligado a decir.

– ¿Un simple miembro más del circulo íntimo del Gusano? -dijo Siona-. ¿Igual que los Duncan Idahos?

Se volvió para mirar a Nayla. Sus dos agentes, Anouk y Taw, se habían puesto de pronto en guardia; Nayla en cambio permanecía impasible.

Siona hizo una señal a Nayla inclinando la cabeza. Tal como habían jurado hacer, Anouk y Taw ocuparon posiciones junto a la puerta, bloqueando el paso. Nayla dió la vuelta y se colocó codo a codo con Topri.

– ¿Qué... qué ocurre? -preguntó Topri.

– Deseamos conocer toda la información de importancia que el ex-embajador pueda compartir con nosotros -dijo Siona-. Queremos el mensaje completo.

Topri empezó a temblar. La frente de Kobat se perló de gotas de sudor. Lanzó una sola mirada a Topri, y luego volvió a centrar su atención en Siona. Aquella única mirada fue como un velo descorrido para que Siona vislumbrase la relación que unía a aquel par.

Sonrió. Acababa simplemente de confirmar lo que ya sabía.

Kobat se había quedado inmóvil.

– Puedes empezar -ordenó Siona.

– Yo... ¿qué quieres?

– El Gusano te confió un mensaje secreto para tus amos. Quiero oírlo.

– El... quiere una pieza para agrandar su carro.

– Luego espera seguir creciendo. ¿Qué más?

– Debemos enviarle una gran cantidad de papel de cristal riduliano.

– ¿Para qué propósito?

– Jamás da explicaciones sobre sus demandas.

– Eso huele a algo que él tiene prohibido a los demas –replicó Siona.

Kobat añadió con amargura:

– A sí mismo nunca se prohibe nada.

– ¿Habéis fabricado para él algún juguete prohibido?

– Lo ignoro.

Miente, pensó Siona. No obstante, decidió no seguir por ese camino; bastaba con conocer la existencia de una nueva grieta en la armadura del Gusano.

– ¿Quién te sustituye en el cargo? -quiso saber Siona.

– Envían en mi lugar a una sobrina de Malky -contestó Kobat-. Tal vez recuerdes que...

– Recordamos muy bien a Malky -le cortó–. ¿Por qué han nombrado nuevo embajador a una sobrina de Malky?

– No lo sé. Pero sé que la nombraron antes de que el Di... el Gusano me destituyera.

– ¿Su nombre?

– Hwi Noree.

– Cultivaremos la amistad de Hwi Noree -dijo Siona-. La tuya es indigna de tal cosa. Esta Hwi Noree quizá sea diferente. ¿Cuándo regresas a Ix?

– Inmediatamente después del Festival, en la primera nave de la Cofradía.

– ¿Qué les dirás a tus amos?

– ¿Sobre qué?

– ¡Sobre mi mensaje!

– Harán lo que pides.

– Lo sé. Puedes retirarte, ex-embajador Kobat.

Kobat casi chocó con los guardias apostados en la puerta en sus prisas por abandonar la sala. Topri hizo ademán de salir tras él, pero Nayla lo agarró de un brazo, deteniéndole. Topri lanzó una asustada mirada al musculoso cuerpo de Nayla, y luego miró a Siona, que aguardaba a que la puerta se cerrase tras la salida de Kobat para seguir hablando.

– El mensaje no iba sólo destinado a los ixianos. También es para nosotros -declaró–. El gusano nos lanza un desafío, y nos dicta las reglas del combate.

Topri trató de desasirse de la presa de Nayla.

– ¿Qué te...?

– ¡Topri! -exclamó Siona-. También yo sé enviar un mensaje. Dile a mi padre que comunique al Gusano que aceptamos.

Nayla soltó a Topri. y éste se frotó el brazo en el lugar donde Nayla le había tenido agarrado.

– No vas a...

– Marchate mientras puedas y no vuelvas nunca más.

– No me digas que sos...

– ¡Te he dicho que te marches! Eres torpe, Topri. He pasado casi toda mi vida en escuelas de Habladoras Pez. Allí me enseñaron a reconocer la torpeza.

– Kobat se marcha. ¿Qué mal había en...?

– ¡No sólo me conoció, sino que sabía lo que yo había robado de la Ciudadela! Pero en cambio ignoraba que había decidido enviar ese paquete a los Ix con él. ¡Tus acciones me han revelado que el Gusano desea que yo envíe esos libros a Ix!

Topri se apartó de Siona. retrocediendo hacia la puerta. Anouk y Taw le permitieron pasar, abriendo la puerta de par en par. Siona le siguió con sus gritos:

– ¡No pretendas afirmar que fue el Gusano quien le habló de mí y de mis libros a Kobat! El Gusano no envía mensajes tan torpes. ¡Dile que yo he dicho eso!

- CAPITULO X -

Algunos dicen que no tengo conciencia. Qué falsos son, incluso consigo mismos. Yo soy la única conciencia que jamás ha existido. De igual modo que el vino conserva el perfume del tonel, yo conservo la esencia de mi más antigua génesis, que es la semilla de la conciencia. Eso es lo que me hace santo. ¡Yo soy Dios porque soy el único que conoce realmente su herencia!

–Los Diarios Robados.

Transcripción de la sesión mantenida en el Gran Palacio por los Inquisidores de Ix con la candidata a embajadora ante la Corte del Emperador Leto:

INQUISIDOR: Dices que deseas hablarnos de los motivos del Emperador Leto. Habla.

HWI NOREE : Vuestros Análisis Formales no responden satisfactoriamente a casi ninguna de las preguntas que deseo formular.

INQUISIDOR: ¿Cuales son esas preguntas?

HWI NOREE : Me pregunto cuál es la razón que pudo inducir a Nuestro Señor Leto a aceptar esa repugnante transformación, ese cuerpo de gusano, esa pérdida de su condición humana. Vuestras conclusiones indican que lo hizo simplemente por ansia de poder y por prolongar su vida.

INQUISIDOR: ¿No son acaso motivos suficientes?

HWI NOREE : Preguntaos a vosotros mismos si alguno pagaría tan alto precio por tan insignificante recompensa.

INQUISIDOR: Con tu infinita sabiduría, pues, dinos por qué Nuestro Señor Leto decidió convertirse en gusano.

HWI NOREE : ¿Duda alguno de los presentes de su capacidad de predecir el futuro?

INQUISIDOR: ¡Vamos! ¿No es eso recompensa suficiente para su transformación?

HWI NOREE : Pero él ya poseía poderes prescientes, como los poseyera su padre anteriormente. ¡No! Mi teoría es que tomó tan desesperada decisión porque vio en nuestro futuro algo que tan sólo podría impedirlo un sacrificio de tamaña magnitud.

INQUISIDOR: ¿Y qué es eso tan raro que sólo él vio en nuestro futuro?

HWI NOREE : Lo ignoro, pero me propongo descubrirlo.

INQUISIDOR: ¡Tus palabras convierten al tirano en un desinteresado servidor del pueblo!

HWI NOREE : ¿No fue esa, acaso, una de las características mas destacadas de su familia, los Atreides?

INQUISIDOR: Así nos lo hacen creer las historias oficiales.

HWI NOREE : La Historia Oral así lo afirma.

INQUISIDOR: ¿Qué otras cualidades asignarías al Gusano tirano?

HWI NOREE : ¿Cualidades, señor?

INQUISIDOR: Características, pues.

HWI NOREE : Mi tío Malky solía decir que Leto era propenso a estados de gran tolerancia para algunos compañeros, muy selectos.

INQUISIDOR: A otros compañeros los ejecuta sin motivo aparente.

HWI NOREE : Pienso que existen motivos, y mi tío Malky dedujo algunos de ellos.

INQUISIDOR: Dinos una de esas deducciones.

HWI NOREE : Torpes amenazas contra su persona.

INQUISIDOR: ¡Vamos! ¡Torpes amenazas!

HWI NOREE : Y no tolera la presunción. Recordad la ejecución de los historiadores y la destrucción de sus obras.

INQUISIDOR: ¡Porque no quiere que se conozca la verdad!

HWI NOREE : Le dijo a mi tío Malky que habían mentido sobre el pasado. Y !fijaos bien! ¿Quién podría saberlo mejor que él? Todos conocemos el motivo de su intervención
IÑQUISIDOR: ¿Qué prueba tenemos de que todos sus antepasados vivan en su interior?

HWI NOREE : No deseo iniciar otra vez esa infructuosa discusión. Me limitaré a decir que yo lo creo basándome en la evidencia que proporciona el que así lo creyera mi tío Malky, y en sus motivos para sustentar dicha creencia.

INQUISIDOR: Nosotros también hemos leído los informes de tu tío, y los interpretamos de otra manera. Malky era demasiado superficial en su afecto por el Gusano.

HWI NOREE : Mi tío lo consideraba el diplomático mas astuto del Imperio, maestro de la conversación y experto en cualquier tema que pudiera mencionarse.

INQUISIDOR: ¿No te habló tu tío de la brutalidad del Gusano?

HWI NOREE : Mi tío lo juzgaba en el fondo muy civilizado.

INQUISIDOR: Hablé de brutalidad.

HWI NOREE : Capaz de cometer brutalidades, sí.

INQUISIDOR: Tu tío le temía.

HWI NOREE : Nuestro Señor Leto carece de toda inocencia e ingenuidad. Sólo hay que temerle cuando finge esas características. Eso fue lo que dijo mi tío.

INQUISIDOR: Esas fueron, en efecto, sus palabras.

HWI NOREE : ¡Mas que eso! Malky dijo: Nuestro Señor Leto se complace en la sorpresa que producen el genio y la diversidad de la humanidad. El es mi compañero predilecto
INQUISIDOR: Concediéndonos el beneficio de tu suprema sabiduría, ¿cómo interpretas estas palabras de tu tío?

HWI NOREE : ¡No os burléis de mí!

INQUISIDOR: No nos burlamos de nadie. Tan sólo buscamos la luz.

HWI NOREE : Estas palabras de Malky, y muchas otras que me escribió directamente a mí, sugieren que Leto persigue siempre la novedad y la originalidad, pero que recela del potencial destructivo que ellas comportan. Así lo creía mi tío.

INQUISIDOR: ¿Hay algo más que desees añadir a las creencias que compartes con tu tío?

HWI NOREE : Dudo que valga la pena añadir algo mas a cuanto he dicho. Siento que los Inquisidores hayan malgastado su tiempo conmigo.

INQUISIDOR: No nos has hecho perder el tiempo. Quedas ratificada para el cargo de Embajadora ante la Corte de Leto, el Dios Emperador del universo conocido.

- CAPITULO XI -

Debéis recordar que tengo a mi disposición ante cualquier demanda interna todos los conocimientos y maestrías conocidos en nuestra historia. Esta es la reserva de energía a la que recurro cuando adopto la mentalidad de la guerra. Quien no haya escuchado los gemebundos gritos de los heridos y los agonizantes, no sabe nada de la guerra. Yo he escuchado esos gritos en tal número que me obsesionan. He gritado yo mismo por las consecuencias de la batalla. He sufrido heridas en todas las épocas, heridas causadas por puños y garrotes, por pedradas, heridas infligidas por granadas de mano y espadas de bronce, por mazas y cañones, por flechas, pistolas láser, y por el silencioso ahogo del polvo atómico, por las invasiones biológicas que ennegrecen la lengua y anegan los pulmones, por el veloz lametazo de las llamas y la callada acción de los venenos lentos... ¡Y otras muchas más que no enumero! Todas las he visto y todas las he sentido en carne propia. A cuantos osan preguntar por qué me comporto del modo que lo hago, les respondo: con los recuerdos que tengo no puedo hacer otra cosa. No soy un cobarde, y en otro tiempo fui humano.

–Los Diarios Robados.

En la estación cálida, cuando los satélites de control meteorológico debían contender con los vientos que barrían los grandes mares, al atardecer solía llover en los bordes del Sareer. Moneo, que regresaba de una de sus periódicas inspecciones del perímetro de la Ciudadela, se vio atrapado por un violento chaparrón, haciéndose de noche antes de que encontrara refugio donde guarecerse. Llegado a la puerta sur, una guardia de las Habladoras Pez le ayudó a quitarse el empapado manto. Era una mujer corpulenta, de cara cuadrada, del tipo que Leto prefería para su guardia personal.

– Esos malditos controladores meteorológicos deberían reformarse -comentó al entregarle Moneo su húmeda capa.

Este asintió con una breve inclinación de cabeza antes de comenzar la ascensión a sus habitaciones. Todos los miembros de la guardia de Habladoras Pez conocían la aversión del Dios Emperador a la humedad, pero ninguna de ellas conocía la sutil distinción de Moneo.

Es el Gusano el que detesta el agua, pensó Moneo. Shai-Hulud añora Dune.

Una vez en sus habitaciones, Moneo se secó y se cambió de ropa antes de descender a la cripta. Era absurdo suscitar el antagonismo del Gusano ahora que debía mantener una larga conversación con Leto, una charla lisa y llana sobre su próxima peregrinación a la ciudad sagrada de Onn.

Apoyándose en una de las paredes del ascensor en que bajaba, Moneo cerró los ojos. Acto seguido se sintió sucumbir de fatiga. Llevaba varios días sin dormir demasiado, y no parecía que de inmediato fuera a disminuir su exceso de trabajo. Envidiaba a Leto por su aparente liberación de la necesidad de dormir; al Dios Emperador le bastaban unas pocas horas de semirreposo al mes.

El olor de la cripta y la detención del ascensor sobresaltaron a Moneo, despertándolo de su adormecimiento. Abrió los ojos y contempló al Dios Emperador, instalado en su carro en el centro de la gran estancia. Moneo se compuso ligeramente y procedió a iniciar el largo y conocido recorrido que conducía a la terrible presencia. Como era de esperar, Leto se mostraba alerta. Eso, por lo menos, ya era buena señal.

Leto había oído descender el ascensor y vio despertar a Moneo. Tenía aspecto de cansado, cosa que no era de extrañar. Se hallaban a pocos días de la peregrinación a Onn, con todo el agotador trabajo que suponía la afluencia de visitantes extraplanetarios, las ceremonias rituales con las Habladoras Pez, la presentación de credenciales de los nuevos embajadores, y para colmo la tarea de encajar a un nuevo ghola Duncan Idaho en el suave engranaje del aparato imperial. Moneo se ocupaba de innumerables detalles, y estaba empezando a acusar el peso de su edad.

Veamos, pensó Leto. Moneo cumplirá ciento dieciocho años la semana siguiente a nuestro regreso de Onn.

Podría vivir muchísimos mas años si se decidiese a tomar la especia, pero Moneo se negaba rotundamente, y Leto no tenía duda alguna del porqué de su actitud. Moneo había accedido a aquel singular estado humano en que se anhela la muerte. Sólo lo retenía la ilusión de ver a Siona ocupando un buen cargo en el Servicio Real, convertida en directora de la Sociedad Imperial de Habladoras Pez.

Mis huríes, como Malky solía llamarlas.

Y Moneo sabía que Leto tenía la intención de obligar a Siona a engendrar un hijo de un Duncan. Había llegado el momento.

Moneo se detuvo a dos pasos del carro y levantó la mirada hacia Leto. Hubo algo en sus ojos que recordó a Leto la expresión de la cara de un sacerdote pagano de la época terraquea, una taimada súplica ante el santuario familiar.

– Señor, habéis observado al nuevo Duncan durante varias horas -dijo Moneo–. ¿Han manipulado los tleilaxu sus células o su psique?

– Está intacto.

Un profundo suspiro surgió de las entrañas de Moneo. Aquél era un deber que no le reportaba placer alguno.

– ¿Tienes algún reparo a que le utilice de semental?

– Encuentro algo extraño pensar en él como antepasado y padre al mismo tiempo de mis descendientes.

– Sí, pero me permite un cruce de primera generación entre una forma humana antigua y los productos actuales de mi programa genético. Siona se encuentra a veintiuna generaciones de distancia de tal cruce.

– No alcanzo a comprender vuestro propósito. Los Duncan son mucho menos listos y despiertos que cualquier miembro de vuestra guardia.

– Mi intención no es obtener resultados de descendencia segregante. ¿Me crees acaso ignorante de la progresión geométrica dictada por las leyes que rigen mi programa genético?

– He visto vuestro libro de genealogias, Señor.

– Entonces sabes que sigo la trayectoria de los recesivos y los elimino. Lo que me interesa son las claves genéticas dominantes.

– ¿Y las mutaciones, Señor? -En la voz de Moneo sonó una nota maliciosa que indujo a Leto a escrutar la expresión de su interlocutor.

– No vamos a discutir ahora este tema, Moneo.

Leto observó retraerse a Moneo bajo un caparazón de cautela.

¡Qué sumamente sensible es a mis cambios de humor!, pensó Leto. Estoy convencido de que posee algunos de mis poderes, aunque los suyos operan a nivel inconsciente. Su pregunta sugiere que tal vez sospeche lo que hemos conseguido en la persona de Siona.

Dispuesto a confirmar su suposición, Leto dijo:

– Está bien claro que no comprendes aún lo que espero conseguir con mi programa genético.

Moneo se animó.

– Mi Señor sabe bien que trato de desentrañar el misterio de las leyes que lo rigen.

– Las leyes tienden a ser transitorias a la larga, Moneo. El acto creativo limitado por normas es algo que no existe.

– Pero Señor, vos mismo habláis de leyes que rigen vuestro programa genético.

– ¿Qué acabo de decirte, Moneo? Tratar de imponer normas a la creación es como intentar separar el alma del cuerpo.

– Pero se está produciendo una evolución, Señor. Lo noto en mi mismo.

Lo nota en sí mismo. ¡Moneo querido! ¡Qué cerca está!

– ¿Por qué buscas siempre interpretaciones completamente derivativas, Moneo?

– Os he oído hablar de evolución transformatíva, Señor.

Así reza la etiqueta de vuestro libro de genealogías. ¿Pero qué sorpresa...?

– ¡Moneo! Las reglas cambian con cada sorpresa.

– Señor ¿lo que pretendéis no es acaso la mejora de la raza humana?

Leto le lanzó una mirada feroz, pensando: Si utilizo ahora la palabra clave, ¿comprenderá? Tal vez...

– Soy un predador, Moneo.

– ¿Pred...? -Moneo se interrumpió, agitando la cabeza. Creía conocer el vocablo, y por eso mismo le desagradaba. ¿Estaría bromeando el Dios Emperador?

– ¿Predador, Señor?

– El predador mejora la raza.

– ¿Cómo puede ser, Señor? Vos no nos odiáis.

– Me decepcionas, Moneo. El predador no odia a su presa.

– Los predadores matan, Señor.

– Yo mato, pero no odio. La presa sacia el hambre. La presa es buena.

Moneo observó atentamente el rostro de Leto enmarcado en su cogulla gris.

¿Me habrá pasado inadvertida la presencia del Gusano?, se preguntó.

Amedrentado, Moneo comenzó a observarle en busca de las señales que inequívocamente confirmaban su suposición. No observó temblor alguno en el gigantesco cuerpo, los ojos no aparecían vidriosos, las inútiles aletas no se retorcían.

– ¿Qué es lo que anheláis, Señor? -aventuró Moneo.

– Una humanidad capaz de tomar decisiones auténticamente válidas a largo plazo. ¿Conoces la clave de tal capacidad, Moneo?

– Lo habéis repetido innumerables veces. Señor. La capacidad de cambiar vuestra mente.

– Cambiar, sí. ¿Y sabes lo que quiero decir cuando digo a largo plazo?

– Para vos significará milenios, Señor.

– Moneo, hasta mis miles de años no son sino un soplo insignificante en comparación con la eternidad.

– Pero vuestra perspectiva tiene que ser forzosamente distinta de la mía, Señor.

– Frente a la Eternidad, cualquier definición de un tiempo a largo plazo queda convertida en corto plazo.

– ¿Luego, no existe ley alguna, Señor? -La voz de Moneo transmitió un leve tinte de histeria.

Leto sonrió para relajar la tensión creciente de su mayordomo.

– Quizás tan sólo una: Las decisiones a corto plazo tienden a fracasar a largo plazo.

Moneo agitó la cabeza con frustración.

– Pero, Señor, vuestra perspectiva es...

– Para cualquier observador finito, el tiempo se acaba. Los sistemas cerrados no existen. Hasta yo mismo sólo puedo extender la matriz de lo finito.

Moneo desvió su atención del rostro de Leto para escrutar las inmensas distancias de los pasillos del mausoleo. Aquí reposaré yo algún día. La Senda de Oro quizá continúe, pero yo me acabaré. Aunque eso, por supuesto, no importaba. Sólo la Senda de Oro que percibía en ininterrumpida continuidad, tan sólo eso tenía importancia. Centró de nuevo la atención en Leto, evitando no obstante los ojos completamente azules del Dios Emperador. ¿Habría realmente un verdadero predador al acecho en aquel cuerpo enorme?

– Tú no entiendes la función de un predador -declaró Leto.

Estas palabras sobresaltaron a Moneo por el olor a lectura del pensamiento que exhalaban. Levantó la mirada hasta encontrar los ojos de Leto.

– Sabes intelectualmente que hasta yo mismo sufriré algún día una especie de muerte -dijo Leto–. Pero no lo crees.

– ¿Como puedo creer algo que nunca habré de ver? -replicó Moneo.

Nunca se había sentido Moneo tan solo y tan asustado. ¿Qué se proponía el Dios Emperador? Bajé aquí a discutir los problemas y detalles de la peregrinación... y a tratar de averiguar sus intenciones hacia Siona. ¿Estará, acaso, jugando conmigo?

– Hablemos de Siona -propuso Leto.

¡Leyéndome la mente de nuevo!

– ¿Cuando la someteréis a prueba? -La pregunta había acechado en su mente a lo largo de toda la conversación, pero ahora que la había pronunciado Moneo sintió miedo.

– Pronto.

– Perdonadme, Señor, pero sabréis sin duda lo mucho que me preocupa el bienestar de mi única hija.

– Otros han superado la prueba. Tú, por ejemplo.

Moneo tragó saliva, recordando cómo fuera su iniciación en la Senda de Oro.

– Mi madre me preparó para ello. Siona no tiene madre.

– Tiene a las Habladoras Pez. Te tiene a ti.

– Ocurren accidentes, Señor.

Los ojos de Moneo se llenaron de lágrimas. Leto apartó la mirada de él, pensando: Se halla desgarrado por su lealtad hacia mí y su amor por Siona. Qué conmovedora es la congoja por un hijo. ¿Cómo no se dará cuenta de que para mí la humanidad entera es mi único hijo?

Devolviendo la atención a Moneo, Leto dijo:

– Tienes razón al decir que ocurren accidentes hasta en mi universo. ¿No sacas de ello ninguna lección?

– Señor, sólo por una vez, ¿no podríais...?

– ¡Moneo! No me estarás pidiendo que delegue mí autoridad en un débil administrador.

Moneo retrocedió un paso.

– No, Señor. Por supuesto que no.

– Entonces confía en las fuerzas de Siona.

Moneo se irguió.

– Sabré cumplir con mi deber.

– Siona debe iniciarse en los deberes que le corresponden como la Atreides que es.

– En efecto, Señor.

– ¿No es ése nuestro empeño, Moneo?

– No lo niego, Señor. ¿Cuando la presentaréis al nuevo Duncan?

– Primero la prueba.

Moneo bajó la vista, dejándola fija en el frío suelo de la cripta.

Mira al suelo continuamente, pensó Leto. ¿Qué verá? ¿Las huellas milenarias de mi carro? ¡Ah, no! Escruta las profundidades, el reino del tesoro y del misterio en el que pronto espera entrar.

Una vez mas, Moneo levantó la vista hacia el rostro de Leto.

– Espero que a ella le agrade la compañía del Duncan, Señor.

– Puedes estar seguro. Los tleilaxu me lo han traído en su imagen intacta.

– Eso me tranquiliza, Señor.

– Sin duda habrás notado que este genotipo resulta sumamente atractivo para las mujeres.

– Así es, Señor.

– Algo tienen esos ojos despiertos y gentiles, esas facciones recias, y ese ensortijado pelo negro que derrite la psique femenina.

– Como vos digáis, Señor.

– ¿Sabes que ahora está con las Habladoras Pez?

– Estaba informado de ello, Señor.

Leto sonrió. ¿Cómo no iba a estar informado Moneo?

– Pronto lo traerán a mi presencia para que el Dios Emperador efectúe su primera inspección.

– He revisado la sala de inspecciones personalmente, Señor. Todo esta a punto.

– A veces pienso que quieres que me debilite, Moneo. Déjame a mi algunos de esos detalles.

Moneo trató de disimular una sensación de angustia y miedo.

– Sí, Señor, pero hay algunas cosas que me corresponde hacerlas a mi. -Y, dando media vuelta, se marchó a toda prisa. No fue sino hasta hallarse subiendo en el ascensor cuando Moneo se dio cuenta de que se había retirado sin ser autorizado.

Debe saber que estoy agotado. Ya me perdonara.

- CAPITULO XII -

Tu Señor sabe muy bien lo que encierra tu corazón. Basta tu alma en este día como cómputo contra ti. No necesito testigo alguno. Tú no escuchas a tu alma, y en cambio prestas oído a tu ira y a tu rabia.

-Nuestro Señor Leto a un Penitente, de la Historia Oral

La siguiente valoración sobre el estado del Imperio en el año 3508 del reinado de Leto procede del Resumen Welbeck cuyo original se conserva en los Archivos del Capítulo de la Orden Bene Gesserit. La detenida comparación de ambos documentos revela que las diversas omisiones presentes en el texto no menoscaban en absoluto la sustancial exactitud de este informe.

En el nombre de nuestra Sagrada Orden y de su perpetua Hermandad, se juzga este informe veraz y fidedigno y por ello merecedor de ser agregado al cuerpo de las Crónicas de nuestro capítulo.

Las hermanas Chenoeh y Tawsuoko han regresado sanas y salvas de Arrakis aportando confirmación de las prolongadas sospechas existentes acerca de la ejecución de los nueve historiadores desaparecidos en la Ciudad en el año 2116 del reinado de Nuestro Señor Leto. Las hermanas informan que a los nueve eruditos se les dejó inconscientes y luego se les quemó en sendas hogueras formadas por las obras que cada uno de ellos había publicado. Ello coincide con toda exactitud con los rumores que circularon por el Imperio en aquella época. El origen de dichos rumores se atribuyó en su momento al propio Dios Emperador Leto.

Las Hermanas Chenoeh y Tawsuoko traen consigo la declaración manuscrita de un testigo presencial, el cual afirma que al recibir Nuestro Señor Leto las demandas de un grupo de historiadores acerca del paradero de sus colegas, este les respondió: "Fueron aniquilados porque mintieron con presunción. No temáis que descargue sobre vosotros mi ira por causa de errores inocentes. No me agrada crear mártires. Los mártires tienden a provocar situaciones dramáticas en los asuntos humanos. y el drama es uno de los objetivos de mi depredación. Temblad tan sólo si edificáis relatos falsos y os aferráis orgullosamente a ellos, íd y no habléis de cuanto os he dicho".

La evidencia interna del manuscrito identifica a su autor como Ikonicre, mayordomo del Dios Emperador en el año 2116.

Hácese notar el empleo por parte de Nuestro Señor Leto del vocablo depredación. Resulta altamente sugestivo en base a las teorías propuestas por la Reverenda Madre Syaksa según las cuales el Dios Emperador se considera a sí mismo un predador en el sentido natural de la palabra.

La Hermana Chenoeh fue invitada a formar parte del séquito de Habladoras Pez que acompañaban a Nuestro Señor Leto en una de sus infrecuentes peregrinaciones. En cierto momento se la invitó a flanquear el Carro Real y conversar con el Dios Emperador en persona. Así nos informa del intercambio mantenido:«Nuestro Señor

Leto dijo: "Aquí en el Camino Real me siento a veces como protegido por unas almenas que me defienden de toda invasion. La Hermana Chenoeh replicó: "Nadie os ataca aquí. Señor". Nuestro Señor Leto contestó: "Vosotras, las Bene Gesserit, arremetéis contra mí por todas partes. Ahora mismo tratas de sobornar a mis Habladoras Pez. La Hermana Chenoeh dice que se fortaleció preparándose para la muerte, pero el Dios Emperador se limitó a detener su carro y a mirar por encima de ella al resto de su séquito. Añade que la guardia se detuvo, aguardando en el camino con disciplinada pasividad, situándose a respetuosa distancia. Nuestro Señor Leto dijo: "He aquí a mi pequeña multitud. Ellas me lo cuentan todo. No niegues mi acusación". La Hermana Chenoeh respondió: "No la niego". Entonces Nuestro Señor Leto la miró y dijo: "No temas por tu vida. Es mi deseo que transmitas mis palabras al Capítulo de tu Orden". La Hermana Chenoeh agrega que entonces se dio cuenta de que Nuestro Señor Leto conocía todo cuanto a ella concernía, es decir su misión, su especial adiestramiento como registradora oral, absolutamente todo. "Como si fuera una Reverenda Madre", añadió. "No pude ocultarle nada". Nuestro Señor Leto le ordenó entonces: "Mira hacia mi Ciudad Sagrada y dime lo que ves". La Hermana Chenoeh miró hacia Onn y respondió: "Veo la Ciudad a lo lejos. Está hermosa a la luz de la mañana. A la derecha se extiende vuestro bosque. Lo adornan tantos verdes que emplearía todo un día para describirlos. A la izquierda y rodeando la Ciudad se alzan las casas y los jardines de vuestros servidores. Algunas son muy opulentas, otras muy pobres". Nuestro Señor Leto exclamó: "¡Hemos atestado este paisaje llenándolo de desorden! ¡Los arboles son un desorden? Casas, jardines... No hay misterios nuevos con los que exultar en un paisaje así". La Hermana Chenoeh, envalentonada por las promesas de Nuestro Señor Leto, se atrevió a preguntar: "¿Son misterios lo que Nuestro Señor desea realmente?". Nuestro Señor Leto respondió: "No hay libertad espiritual externa en un paisaje así. ¿No lo ves? Aquí no hay un universo abierto con el cual compartir. ¡Todo son recintos cerrados: puertas, pestillos, cerrojos!". La Hermana Chenoeh le preguntó: "¿Acaso la humanidad no necesita ya protección ni intimidad? Nuestro Señor Leto contestó: "A tu regreso di a tus Hermanas que voy a restituir el aspecto exterior. Un paisaje como este obliga a retraerse, a encerrarse en uno mismo en busca de la libertad que el espíritu pueda hallar en su interior. La mayoría de los humanos no son lo bastante fuertes para encontrar la libertad en su interior". La Hermana Chenoeh replicó: "Transmitiré vuestras palabras al pie de la letra, Señor". Nuestro Señor Leto añadió: "Procura que así sea. Di también a tus Hermanas que la Bene Gesserit, antes que otros, deberia conocer los peligros que supone engendrar en busca de una determinada característica, de perseguir un objetivo genético definido". La Hermana Chenoeh afirma que estas palabras constituyen una evidente alusión al padre de Nuestro Señor Leto, Paul Atreides. Nótese bien que nuestro programa genético obtuvo a su Kwisatz Haderach con una generación de adelanto. Al convertirse en Muad'Dib, caudillo de los Fremen, Paul Atreides escapó a nuestro control. No hay duda alguna de que fue un varón dotado con los poderes de una Reverenda Madre y otros más por los que la humanidad está pagando todavía un alto precio. Como nuestro Señor Leto dijo: "Obtuvisteis lo inesperado. Me obtuvisteis a mi, el naipe desparejado. Y yo he conseguido a Siona". Nuestro Señor Leto se negó a glosar esta alusión referente a la hija de su mayordomo, Moneo. El asunto ha sido sometido a estudio. Respecto de otros temas de interés para el Capítulo, nuestras investigadoras adjuntan información sobre:

Las Habladoras Pez

La legiones femeninas de Nuestro Señor Leto han elegido a sus representantes para asistir al Festival de Arrakis que se celebra cada diez años. Cada guarnición planetaria enviará a tres representantes (Véase la lista adjunta de las elegidas). Como es

costumbre, no asistirá ningún varón adulto, ni aún los cónyuges de los oficiales y altos mandos de los cuadros. La lista de los cónyuges ha sufrido muy escasas variaciones en el período que se informa. En el apéndice adjunto se incluyen los nuevos nombres con la información genealógica en los casos en que ha podido obtenerse. Nótese que tan sólo dos de los nombres que en ella aparecen son descendientes de los gholas Duncan Idaho. No podemos añadir ninguna novedad a nuestras teorías sobre el papel de los gholas en el programa genético llevado a cabo por nuestro Señor Leto. Ninguno de nuestros esfuerzos por concluir una alianza entre las Habladoras Pez y la Bene Gesserit ha dado resultado durante este período. El Dios Emperador continúa aumentando el número de determinadas guarniciones, y asimismo, al tiempo que intensifica las misiones alternativas de las Habladoras Pez, sigue minimizando su cometido militar. Ello ha obtenido el resultado apetecido en el sentido de acrecentar la admiración local, el respeto y la gratitud por la presencia de los destacamentos de Habladoras. (Véase la lista adjunta de las guarniciones que han sufrido aumento de contingente. Nota del Editor: Las únicas guarniciones convenientes fueron las destinadas a los planetas natales de la Bene Gesserit, los ixianos y los tleilaxu. No se aumentó el número de monitores de la Cofradía Espacial).

Clero

Excepto las pocas sustituciones y los escasos fallecimientos acaecidos por muerte natural, cuya lista ofrecemos en los apéndices adjuntos, no se han producido cambios significativos. Los cónyuges y oficiales delegados para desempeñar los deberes rituales siguen siendo muy escasos, y sus poderes se hallan fuertemente limitados por la constante exigencia de consultar con Arrakis antes de iniciar cualquier acción de importancia. En opinión de la Reverenda Madre Syaksa y otras personas, el carácter religioso de las Habladoras Pez está siendo lentamente neutralizado.

Programa Genético

Aparte de la inexplicable alusión a Siona y a nuestro fracaso con su padre, no tenemos nada significativo que añadir a la constante observación a que tenemos sometido el programa genético de Nuestro Señor Leto. Existen síntomas de una cierta aleatoriedad en sus proyectos, sintomas que aparecen reforzados por la declaración de Nuestro Señor Leto acerca de sus objetivos genéticos, si bien no podemos asegurar la veracidad de las palabras que dirigió a la Hermana Chenoeh. Deseamos hacer hincapié en las numerosas ocasiones en que ha mentido o cambiado drasticamente de opinión sin previo aviso. El Dios Emperador sigue prohibiendo nuestra participación en su programa genético. Los monitores a su servicio que operan en nuestra guarnición de Habladoras Pez mantienen la postura de eliminar todos aquellos nacimientos nuestros que les parecen dignos de censura. Sólo mediante el ejercicio de un control extremadamente rígido hemos podido mantener el nivel de las Reverendas Madres durante el período objeto de este informe. Nuestras quejas y protestas no han recibido respuesta alguna. Contestando a la pregunta directa de la Hermana Chenoeh, Nuestro Señor Leto dijo: "Agradeced lo que tenéis". Anotamos debidamente la advertencia. Hemos hecho llegar una misiva de agradecimiento a Nuestro Señor Leto.

Economía

El capitulo mantiene su solvencia, si bien no pueden aún relajarse las medidas de conservación. De hecho, y a modo de precaución, deberán instituirse en el próximo período nuevas disposiciones, entre las que se incluyen una reducción de los usos

rituales de la melange y un aumento de las tarifas exigidas a cambio de nuestros habituales servicios. Pensamos asimismo doblar las cuotas de enseñanza de las alumnas de las Grandes Casas en los cuatro períodos próximos. Por el presente se encomienda la elaboración de datos y argumentos en defensa de dichas medidas. Nuestro Señor Leto ha denegado la petición de aumento de nuestra asignación de melange, sin ofrecer explicación alguna. La amistosa relación de nuestra Orden con la Combine Honnete Ober Advancer Mercantiles progresa dia a día. En el periodo precedente la CHOAM ha conseguido un acuerdo de intercambio regional en Joyas Estelares, proyecto que nos ha procurado sustanciosos beneficios a cambio de la gestión de asesoria y negociación llevaba a cabo por nuestros miembros. Las ininterrumpidas ganancias que rendirá este acuerdo compensarán ampliamente las pérdidas sufridas en Giedi Prime. La inversión de Giedi Prime ha sido cancelada debido a su cuantioso déficit.

Grandes Casas

Treinta y una de las antiguas Grandes Casas se han visto abocadas a la quiebra económica duante el período objeto de este informe, consiguiendo tan solo seis de ellas mantener categoría de Casa Menor. (Véase lista adjunta). Ello reafirma la tendencia generalizada sentida a lo largo del pasado milenio, durante el cual las antiguas Grandes Casas han sufrido un proceso de gradual desintegración. Es de subrayar que las seis que lograron evitar el desastre total eran fuertes accionistas de la CHOAM y que cinco de esas seis poseían una importante participación en el proyecto de Joyas Estelares. La Casa restante, como única excepción, mantenía intereses diversificados entre los que destaca una fuerte inversión en el comercio de pieles de ballena antigua con sede en Caladan. (Durante el período objeto de este informe, nuestras reservas de arroz ponji aumentaron hasta casi la suma total a expensas de nuestros valores en cartera del comercio de pieles de ballena. Las razones de esta decisión se someterán a estudio en el próximo período).

Vida familiar

Confirmando la tendencia observada por nuestros investigadores a lo largo de los últimos milenios, la vida familiar continúa su proceso de homogeneización a lo ancho de todo el Imperio. Las únicas excepciones dignas de mención son las imaginables: la Cofradía, las Habladoras Pez, los Cortesanos Reales, los Danzarines Rostro de los tleilaxu, capaces de metamorfosearse (que siguen siendo nulas pese a todos sus esfuerzos por cambiar de condición), y nuestra propia organización, por descontado. Es de subrayar que las estructuras familiares y las condiciones de vida social han ido uniformizándose en todos los planetas de residencia por acusadas que fueran sus diferencias, circunstancia que en modo alguno puede atribuirse al azar. En nuestra opinión, ello constituye una muestra del grandioso designio que se propone llevar a cabo Nuestro Señor Leto. Si bien hasta las familias mas necesitadas tienen hoy en dia cubiertas sus necesidades, las condiciones de la vida cotidiana se han vuelto notablemente mas estáticas. Deseamos recordar ahora unas palabras de Nuestro Señor Leto, citadas ya en esta misma asamblea hace ocho generaciones: "Yo soy el único espectáculo que queda en el Imperio". La Reverenda Madre Syaksa propone para explicar esta tendencia una teoría que muchos de nosotros comenzamos a compartir, y que en esencia atribuye a Nuestro Señor Leto una motivación basada en el concepto del despotismo hidráulico. Como es bien sabido, el despotismo hidráulico tan sólo es posible cuando una sustancia o condición de la que depende por completo toda la vida en general puede ser controlada por una fuerza relativamente reducida y centralizada.

El concepto de despotismo hidráulico nació cuando el caudal de agua de irrigación aumentó las poblaciones humanas locales hasta un nivel de demanda de dependencia absoluto. Cuando esta agua se cortó, las gentes murieron a millones. Este fenómeno, frecuentemente repetido en la historia de la humanidad, ha tenido como protagonista no sólo al agua y los productos del campo, sino también a los combustibles hidrocarburos tales como el petróleo y el carbón, controlados mediante oleoductos, tuberías y otras redes de distribución. En cierto momento en que la distribución de electricidad se efectuaba exclusivamente a través de complejos laberintos de lineas tendidas a lo largo y ancho del paisaje, esa misma fuente de energía se convirtió en materia de despotismo hidráulico. La Reverenda Madre Syaksa sostiene la hipótesis de que Nuestro Señor Leto se propone edificar el Imperio hacia una mayor dependencia de la melange. Merece subrayarse el hecho que el proceso de envejecimiento puede ahora considerarse como una enfermedad que si bien no ha hallado cura, dispone de un tratamiento especifico que es, precisamente, la melange. La Reverenda Madre Syaksa aventura la hipótesis de que Nuestro Señor Leto llegue incluso a introducir una nueva enfermedad que sólo pueda ser combatida con melange. Aunque esta teoría pueda parecer inverosímil, opinamos que no debe ser descartada. Cosas mas extrañas han sucedido, y conviene no olvidar el papel de la sífilis en la primitiva historia de la humanidad.

Transporte / Cofradía

El triple sistema de transporte característico en otros tiempos de Arrakis (esto es, a pie con cargamentos sobre angarillas a suspensor; por aire mediante ornitóptero; o por el espacio a través del transporte de la Cofradía) ha ido extendiéndose progresivamente, pasando a imperar en numerosos planetas del Imperio. En este sentido, Ix constituye la más notoria excepción. A nuestro juicio, este fenómeno debe atribuirse a la regresión planetaria hacia formas de vida más sedentarias y estáticas, aunque también, en parte, al intento de copiar el modelo de Arrakis. En este sentido no debe menospreciarse la influencia ejercida por la generalizada aversión hacia todo lo ixiano, y ha de tenerse en cuenta como factor decisivo la acción de las Habladoras Pez, que estimulan esta actividad pues reduce considerablemente su tarea de mantenimiento del orden. En cuanto al papel de la Cofradía en esta tendencia, es preciso señalar la dependencia total y absoluta de sus Navegantes con respecto de la melange. Por ello, mantenemos bajo estrecha observación el esfuerzo conjunto que realizan Ix y la Cofradía para tratar de lograr un aparato mecánico capaz de sustituir las dotes predictivas de los Navegantes. Sin melange o cualquier otro medio de calcular el rumbo de una nave, toda travesía interestelar se expone abiertamente a un posible fracaso. Aunque dicho proyecto cofrade-ixiano no nos inspira demasiado optimismo, no debe descartarse su viabilidad, por lo que seguiremos informando a medida que su progreso así lo justifique.

El Dios Emperador

Aparte de un reducido aumento en su crecimiento, advertimos pocos cambios en las características corporales fisicas de Nuestro Señor Leto. No han podido confirmarse ciertos rumores relativos a su aversión al agua, aunque el uso del agua como barrera defensiva contra los originales gusanos de arena de Dune se halla bien documentada en nuestros archivos, así como la muerte por agua mediante la cual los Fremen mataban a un pequeño gusano para obtener la esencia de especia necesaria para sus orgías. Numerosas pruebas confirman la hipótesis de que Nuestro Señor Leto ha aumentado la vigilancia sobre Ix, probablemente a causa del proyecto conjunto que

este planeta lleva a cabo con la Cofradía. Ciertamente que el éxito de dicho proyecto reduciría sustancialmente su dominio del Imperio. Por otra parte, continúa manteniendo relaciones comerciales con los ixianos, a los que ha encargado diversas piezas de repuesto para su Carro Real. Los tleilaxu han enviado a Nuestro Señor Leto un nuevo ghola Duncan Idaho. Este hecho demuestra que el anterior ghola ha muerto, si bien no ha podido saberse de qué forma le sobrevino la muerte. Deseamos hacer notar aquí la existencia de anteriores indicios que señalan que el Dios Emperador ha dado muerte personalmente a algunos de sus gholas. Aumentan a diario las sospechas de que Nuestro Señor Leto emplea computadoras para su uso privado. Si llega efectivamente a demostrarse que su actuación desafia sus propias prohibiciones y los preceptos del Jihad Butleriano, la posesión de dicha prueba por nuestra parte nos permitiría aumentar nuestra influencia sobre él hasta el punto de posibilitar la realización de ciertas empresas conjuntas, sueño que por largo tiempo hemos acariciado, puesto que el objetivo primordial de la Orden sigue siendo el control absoluto de nuestro programa genético. Así pues, pensamos mantener vigente nuestra investigación, subrayando, sin embargo, las siguientes advertencias: Al igual que con todos los informes precedentes, debemos consignar la presciencia de Nuestro Señor Leto. No existe duda alguna de que sus dotes de predicción de los sucesos futuros, dotes oraculares mucho más poderosas que las de cualquiera de sus antepasados, siguen siendo el pilar de su hegemonía política. ¡Y no es nuestra intención desafiarla!

En nuestra opinión, conoce toda acción de importancia que vayamos a emprender mucho antes de que podamos llevarla a cabo. Por lo cual nos guiaremos por la norma de no amenazar jamas deliberadamente ni a su persona ni a lo que de su gran proyecto podamos vislumbrar. Continuaremos dirigiéndonos a él con las invocaciones siguientes: "Haznos saber si nuestra acción constituye una amenaza para que desistamos de ella". Y también: "Muéstranos tu gran designio para que en él colaboremos". Durante este período no se ha dignado responder a ninguna de ambas preces.

Los Ixianos

Aparte del programa cofrade-ixiano, existen pocas novedades que merezcan informarse. Ix ha designado nuevo embajador ante la corte de Leto, Nuestro Señor. Se trata de una cierta Hwi Noree, sobrina de Malky, de quien se afirma que fue amigo íntimo y compañero inseparable del Dios Emperador. Se desconoce la razón de la elección de dicha sustituta, aunque existen algunas pruebas de que la mencionada Hwi Noree fue engendrada para un propósito específico, probablemente para ser destinada a representante de Ix ante la Corte de Leto II. Tenemos motivos suficientes para creer que también Malky fue genéticamente diseñado considerando ese mismo contexto oficial. Nuestras investigaciones al respecto siguen vigentes.

Los Fremen De Museo

Esas degeneradas reliquias de los antaño orgullosos guerreros siguen operando como nuestra principal fuente de información sobre todos los asuntos relativos a Arrakis. Constituyen uno de los apartados principales de nuestro presupuesto para el próximo período, puesto que han aumentado sus exigencias crematísticas, y no osamos rechazarlas suscitando inútiles antagonismos. Resulta interesante destacar que aunque su vida cotidiana posea escasa semejanza con la de sus antepasados, su representación de los antiguos ritos Fremen y su interpretación de las antiguas

costumbres son realmente impecables. Ello se debe, a nuestro juicio, a la influencia de las Habladoras Pez en el adiestramiento Fremen.

Los Tleilaxu

No esperamos sorpresa alguna por parte del nuevo ghola Duncan Idaho. Los tleilaxu continúan sumamente escarmentados por la reacción de Nuestro Señor Leto ante su única tentativa de modificación de la naturaleza celular y alteración psicológica del modelo original. Recientemente, un enviado de los tleilaxu renovó sus esfuerzos por convencernos a emprender un proyecto conjunto cuyo propósito sería la producción de una sociedad totalmente femenina que pudiera prescindir del varón a todos los niveles. Por razones obvias, entre las que se cuenta nuestra desconfianza por todo cuanto proceda de los tleilaxu, respondimos con nuestra acostumbrada y cortés negativa. Nuestra Embajada ante el Festival Decenal de Nuestro Señor Leto le hará llegar un exhaustivo informe sobre este particular.

Respetuosamente presentado por:

Reverendas Madres Syaksa. Yitob. Mamulut, Eknekosk y Akeli.

- CAPITULO XIII -

Por extraño que parezca, muchas grandes contiendas como las que se ven surgir en mis diarios no resultan siempre patentes para los que en ellas participan. Mucho depende de lo que sueña la gente en el recóndito secreto de su corazón. Por mi parte, siempre he prestado idéntico interés a la configuración de las acciones. En mi diario bulle entre líneas la lucha con la opinión de la propia humanidad sobre sí misma, encarnizada batalla librada en un campo en el que ciertos motivos de nuestro más sombrio pasado surgen como emergiendo de un embalse inconsciente para con vertirse en acontecimientos con los que nos vemos obligados no sólo a vivir sino a pelear. Es el monstruo quimérico de la hidra de siete cabezas, que ataca siempre por el lado ciego. En consecuencia, elevo mis plegarias para que cuando hayáis recorrido mi tramo de la Senda de Oro, dejéis de ser inocentes infantes danzando al son de una música que no podéis oir.

–Los Diarios Robados

Nayla avanzaba con paso firme y resuelto al subir la escalera circular que conducía al salón de audiencias del Dios Emperador, situado en la última planta de la torre sur de la Ciudadela. Cada vez que cruzaba el arco sudoeste de la torre, las angostas aberturas de las aspilleras arrojaban doradas líneas de polvo sobre su camino. Sabía que la pared central junto a la que pasaba ocultaba un ascensor de manufactura ixiana de suficiente tamaño como para trasladar la ingente mole de su señor al salón superior, y ciertamente capaz de acoger las dimensiones relativamente mas reducidas de su cuerpo, pero no la incomodaba la obligación de tener que subir por la escalera.

La brisa que penetraba por las aspilleras le trajo el olor a piedra foguera de la arena impelida por el viento. El sol de la tarde extraía destellos a las hojuelas de mineral rojo de la pared interna que centelleaban con fuegos de rubí. De vez en cuando, lanzaba por alguna rendija una mirada a las dunas que se extendían a sus pies, pero en ninguna ocasión se detuvo a admirar la belleza de cuanto la rodeaba.

– Tienes una paciencia heroica, Nayla -le había dicho una vez el Señor.

El recuerdo de aquellas palabras la reconfortó.

Desde el interior de la torre, Leto seguía paso a paso la ascensión de Nayla por la larga escalera de caracol que circundaba en espiral el tubo ixiano, observando su avance a través de un transmisor ixiano, aparato que proyectaba su imagen, reducida a una cuarta parte de su tamaño, a una zona de enfoque tridimensional situada directamente delante de sus ojos.

Con cuanta precisión se mueve, pensó.

La precisión, él lo sabía, procedía de una apasionada simplicidad.

Vestía su uniforme azul de Habladora Pez, y una capa-túnica sin el halcón en el pecho. Una vez traspasado el puesto de guardia de la entrada de la torre, se había echado hacia atras la máscara cibus que él le obligaba a utilizar durante estas visitas

personales. El cuerpo de Nayla, robusto y musculado, se parecía al de muchas de sus guardias, pero su rostro era único y distinto de todos los de su recuerdo, era casi cuadrado, con una boca tan ancha que parecía sobresalir de las mejillas, ilusión causada por las profundas arrugas que flanqueaban sus comisuras; tenía los ojos de color verde claro, y el pelo, que llevaba muy corto, como marfil antiguo. La frente aumentaba el efecto cuadrado de la cara, pues era casi plana, con unas cejas palidas que solían pasar inadvertidas a causa de lo intenso de sus ojos. La nariz era una línea recta y poco marcada que terminaba en la boca de labios finos.

Cuando Nayla hablaba, sus grandes mandíbulas se abrían y cerraban como las de un animal primitivo. Su fuerza, conocida por pocas personas fuera del campo de las Habladoras Pez, era allí legendaria. Leto la había visto levantar a un hombre que pesaba cien kilos con una sola mano. Su presencia en Arrakis se había decidido en un principio sin la intervención de Moneo, aunque el mayordomo sabía bien que Leto empleaba a sus Habladoras Pez como agentes secretos.

Leto apartó la vista de la imagen de Nayla, y por la amplia abertura situada a su lado contempló el desierto extendiéndose hacia el sur. Los colores de las lejanas rocas danzaban en su conciencia, pardas, doradas, ámbar oscuro. En un distante acantilado había una línea de un rosa exacto al de una pluma de garceta. Las garcetas ya no existían salvo en la memoria de Leto, pero él podía situar aquella cinta rosa pastel de piedra frente a un ojo interior, y era como si la extinguida ave pasara volando ante su vista.

La ascensión, lo sabía bien, estaría empezando a fatigar hasta a la misma Nayla. Esta se detuvo por fin a descansar, dos peldaños después de dejar atrás la señal de los tres cuartos, exactamente en el punto donde descansaba siempre que subía a la torre. Formaba parte de su precisión, una de las razones por las que él la había hecho volver de la lejana guarnición de Seprek.

Por el ventanal situado junto a Leto apareció un halcón de Dune, suspendido en el aire a pocas alas de distancia del muro de la torre. Tenía la vista fija en las sombras que bordeaban el pie de la Ciudadela; Leto sabía que a veces salían de ellas pequeños animales. En el horizonte, más allá del vuelo del halcón, divisó una línea confusa de nubes.

Qué extrañas cosas eran éstas para los viejos Fremen que habitaban en él: nubes sobre Arrakis, lluvia y agua al descubierto.

Leto recordó las voces interiores; A excepción de este ultimo desierto, mi Sareer, la transformación de Dune en el verdeante Arrakis ha progresado inexorablemente desde los primeros días de mi reinado.

La influencia de la geografía sobre la historia solía pasar inadvertida, pensó Leto. Los humanos tendían a contemplar más la influencia de la historía sobre la geografia.

¿Quién es el dueño de este vado del río? ¿De este verde valle? ¿De esta península?

Ninguno de nosotros.

Nayla había reanudado su ascensión con la mirada fija en los escalones que le faltaban por subir. Leto encerró en ella sus pensamientos.

En muchos aspectos es la asistente más útil que jamás he tenido. Yo soy su Dios. Me adora incondicionalmente. Incluso cuando bromeo atacando su fe, lo toma como si de una prueba se tratara. Se sabe superior a toda prueba.

Cuando le ordenó unirse a la conspiración, insistiéndole en que obedeciera en todo a Siona, no puso reparo alguno. Cuando Nayla dudaba, aún llegando a formular sus dudas con palabras, sus propios pensamientos bastaban para devolverle la fe... o habían bastado. Ultimamente, sin embargo, ciertos mensajes especificaban que Nayla precisaba de la Santa Presencia para vigorizar su fuerza interior.

Leto recordó su primera conversación con Nayla, con ella temblando de ansiedad por agradar.

– Aunque Siona te envíe a matarme, debes obedecer. Jamás debe sospechar que estás a mi servicio.

– Nadie puede mataros, mi Señor.

– Pero tú debes obedecer a Siona.

– Por supuesto. Tal es la orden de mi Señor.

– Debes obedecerla en todo.

– Así lo haré, mi Señor.

Otra prueba. Nayla no pone en duda mis pruebas, Las considera como picadas de pulgas. ¿Su Señor se lo manda?, Nayla obedece. No debo permitir que nada altere esta relación.

Hubiera sido una Shadout soberbia en los viejos tiempos, pensó Leto. Era ésta una de las razones por las que había regalado a Nayla un cuchillo crys, auténtico, originario del Sietch Tabr. Había pertenecido a una de las esposas de Stilgar.

Nayla lo llevaba enfundado en una vaina oculta bajo su túnica, más como un talismán que como un arma. Se lo había entregado cumpliendo el ritual original, ceremonia que le había sorprendido evocando emociones que creía enterradas para siempre.

– Este es el diente de Shai-Hulud.

Y había tendido la hoja hacia ella, con sus manos de piel plateada.

– Acéptalo y pasarás a formar parte del pasado y del futuro. Mancíllalo y el pasado te privará de futuro.

Nayla había aceptado primero el cuchillo y después la vaina.

– Hazte sangre en un dedo -le había ordenado Leto.

Nayla había obedecido.

– Enfunda el cuchillo. No lo retires jamás sin hacer sangre.

Nuevamente Nayla había obedecido.

Leto contemplaba la imagen tridimensional de Nayla subiendo por la escalera, y sus meditaciones sobre aquella ancestral ceremonia se vieron empañadas por un toque de melancolía. A menos que el cuchillo se calara a la antigua usanza Fremen, la hoja se iría tornando progresivamente frágil hasta quedar inutilizable. Conservaría su forma de cuchillo crys durante toda la vida de Nayla, pero poco tiempo más.

He despilfarrado un fragmento del pasado.

¡Qué tristeza que las Shadouts de antaño se hubiesen convertido en las Habladoras Pez de hoy en día! Y los cuchillos crys se habían usado para estrechar la unión de un servidor con su amo. Sabía que muchos pensaban que sus Habladoras Pez eran en realidad sacerdotisas, la respuesta de Leto a la Bene Gesserit.

"Está creando una nueva religión". había proclamado la Bene Gesserit.

¡Tonterías! No estoy creando ninguna religión. ¡Yo soy la religión!

Nayla entró en el santuario de la torre y se detuvo a tres pasos de distancia de Leto, con los ojos bajos en señal de sumisión.

Enfrascado aún en sus recuerdos, Leto dijo:

– ¡Mírame, mujer!

Ella obedeció.

– ¡He creado una sagrada obscenidad! ¡Esta religión erigida en torno a mi persona me repugna!

– Sí, mi Señor.

Los ojos verdes de Nayla, prendidos en las doradas almohadillas de sus mejillas, le contemplaron sin interrogar, sin comprender, sin necesidad alguna de respuesta.

Si la enviase a recoger estrellas, iría y lo intentaría. Piensa que nuevamente la estoy poniendo a prueba. La verdad es que esta mujer llegaría a enojarme.

– ¡Esta condenable religión debe terminar conmigo! -gritó Leto–. ¿Por qué habría yo de desencadenar una nueva religión sobre mi pueblo? ¡Las religiones destruyen con insidia, desde dentro, a imperios e individuos por igual! ¡Siempre es lo mismo!

– Sí, mi Señor.

– Las religiones sólo crean extremistas y fanáticos, como tú.

– Os doy gracias, mi Señor.

Aquel breve acceso de pseudo-rabia se desvaneció, hundiéndose en las profundidades de los recuerdos de Leto. Nada en el mundo lograba desportillar la pétrea superficie de la fe de Nayla.

– Topri me ha enviado un informe a través de Moneo. Háblame de ese Topri.

– Topri es un gusano.

– ¿No es eso lo que me llamáis a mí cuando os reunís los rebeldes?

– Obedezco a mi Señor en todas las cosas.

¡Touché!

– ¿Entonces a Topri no vale la pena cultivarlo?

– Siona lo definió correctamente. Es torpe. Dice cosas que luego otros repiten, revelando así su participación en este asunto. A los pocos segundos de que Kobat empezara a hablar, Siona había confirmado su sospecha de que Topri era un espía.

Todo el mundo coincide, hasta Moneo, pensó Leto. Topri es un pésimo espía.

Esta igualdad de pareceres regocijó a Leto. Las mezquinas intrigas enturbiaban un agua que para él permanecía transparente como el cristal. No obstante, los intérpretes seguían conviniendo a sus designios.

– ¿Siona no sospecha de ti?

– Yo no soy torpe.

– ¿Sabes por qué te he mandado llamar?

– Para poner mi fe a prueba.

Ah, Nayla, qué poco sabes de pruebas.

–Quiero que me des tu opinión de Siona. Quiero verla reflejada en tu rostro, reconocerla en tus movimientos y oírla en tu propia voz -declaró Leto–. ¿Esta lista?

– Las Habladoras Pez la necesitan, mi Señor. ¿Por qué os arriesgáis a perderla?

– Forzar el resultado es el modo más seguro de perder lo que más aprecio en ella -replicó Leto–. Debe venir a mí con todas sus fuerzas intactas.

Nayla bajó los ojos.

– Como mi Señor ordene.

Leto reconoció en seguida esta respuesta. Era la reacción de Nayla ante todo aquello que no lograba comprender.

– ¿Sobrevivirá a la prueba, Nayla?

– Tal como mi Señor describe esta prueba... -Nayla levantó la mirada hasta el rostro de Leto y se alzó de hombros-. No lo sé, mi Señor. Es, ciertamente, una mujer fuerte. Ella fue la única que sobrevivió a los lobos. Pero esta dominada por el odio.

– Es natural. Dime, Nayla, ¿qué se propone hacer con los objetos que me robó?

– ¿Acaso Topri no os informó sobre los libros que según dicen contienen Vuestras Santas Palabras?

Qué singular manera de poner ciertos términos en mayúscula usando sólo la voz, pensó Leto. Y secamente replicó:

– Si, sí. Los ixianos tienen una copia, y pronto la Cofradía y la Bene Gesserit se hallarán trabajando de firme en ellos.

– ¿Qué son esos libros, mi Señor?

– Son las palabras que destino a mi pueblo. Quiero que se lean. Lo que quiero saber es qué ha dicho Siona de los planos de la Ciudadela que se llevó.

– Dice que debajo de Vuestra Ciudadela existe un gran depósito de melange, mi Señor, y que los planos revelarán su emplazamiento.

– Los planos no revelarán nada. ¿Va a construir un túnel?

– Busca herramientas ixianas para ello.

– Ix no se las proporcionará.

– ¿Existe de veras tal depósito de especia, mi Señor?

– Sí.

– Corre una leyenda sobre la defensa de vuestra especia mi Señor. Dice que todo el planeta de Arrakis será destruido si alguien intenta robar vuestra melange. ¿Es cierto?

– Sí. Y eso haría añicos el Imperio. Nada sobreviviría, ni la Cofradía ni la Bene Gesserit, ni Ix ni los tleilaxu, ni tan siquiera las Habladoras Pez.

Con un estremecimiento, Nayla replicó:

– No dejaré que Siona intente apoderarse de Vuestra especia.

– ¡Nayla! ¡Te ordené que obedecieras en todo a Siona! ¿Así es como me sirves?

– ¿Mi Señor?

Quedó desconcertada, temerosa de la cólera de Leto, y más próxima a una pérdida de fe de lo que jamás él la hubiera visto. Se trataba de la crisis que él había creado sabiendo de qué modo iba a terminar. Poco a poco, Nayla se fue relajando. y Leto comenzó a divisar la configuración de los pensamientos de la muchacha con igual claridad que si los hubiera formulado verbalmente.

¡La prueba final!

– Regresarás junto a Siona y preservarás su vida con la tuya –ordenó Leto–. Esta es la tarea que yo te impuse y que tú aceptaste. Por esto fuiste escogida. Por eso llevas un cuchillo perteneciente a la casa de Stilgar.

Nayla llevó su mano derecha al cuchillo crys oculto bajo los pliegues del manto.

Cuán cierto es, pensó Leto, que un arma impone a una persona un modelo de conducta predeterminado.

Contempló fascinado el cuerpo rígido de Nayla. Sus ojos verdes se hallaban exentos de cualquier sentimiento que no fuera adoración.

¡El despotismo retórico final... y yo lo menosprecio!

– ¡Vete ya! -ladró.

Nayla se dio media vuelta y salió huyendo de la Santa Presencia.

¿Merece la pena todo esto?, pensó Leto.

Pero Nayla le había comunicado lo que él precisaba saber. Nayla había vigorizado su fe, revelando al mismo tiempo con toda exactitud lo que Leto no lograba descubrir en la imagen confusa de Siona. Había que confiar en el instinto de Nayla.

Siona ha alcanzado el estado explosivo que me hacía falta.

- CAPITULO XIV -

Los Duncan siempre se extrañan de que escoja a mujeres para mis fuerzas de combate, pero es que mis Habladoras Pez son un ejército temporal en todos los sentidos. Así como pueden mostrarse crueles y violentas, las mujeres son completamente distintas de los hombres en su dedicación a la batalla. La cuna de la génesis las predispone en último extremo a un comportamiento más protector de la vida. Ellas han demostrado ser las que mejor mantienen la Senda de Oro. Hago hincapié en esto en mis designios para su adiestramiento. Durante un tiempo se las aparta de los quehaceres cotidianos. Les ofrezco oportunidades singulares que pueden recordar con placer el resto de su vida. Alcanzan la mayoría de edad en compañía de sus hermanas, preparándose para acontecimientos más profundos. Lo que se comparte en tal camaradería prepara siempre para grandes cosas. El velo de la nostalgia envuelve los días vividos con sus hermanas haciéndolos distintos de lo que fueron. Así, de este modo, cambia hoy la historia. Los coetáneos no habitan todos el mismo tiempo. El pasado cambia siempre, pero pocos se dan cuenta.

–Los Diarios Robados

Al caer la tarde, tras enviar recado a las Habladoras Pez, Leto descendió a la cripta. Le parecía más oportuno comenzar su primera entrevista con el nuevo Duncan Idaho en una estancia sombría donde el ghola oyera a Leto describirse a sí mismo antes de contemplar con sus propios ojos aquel cuerpo de pre-gusano. Había una pequeña cámara excavada en piedra negra a poca distancia de la rotonda central de la cripta, que convenía a la perfección a este propósito. Se trataba de una sala lo bastante capaz como para acoger a Leto con su carro, pero era de techo bajo y estaba iluminada por varios globos luminosos ocultos que él mismo cuidaba de graduar. Poseía la acostumbrada puerta única, dividida en dos secciones: una que se abría al vaivén para dar paso al Carro Real, y otra, mas reducida, adaptada a las proporciones humanas.

Leto se deslizó con su Carro Real penetrando en la sala, selló la puerta grande, y dejó abierta la pequeña. A continuación se dispuso a enfrentarse con la penosa experiencia que le aguardaba.

El aburrimiento. inconveniente principal, se estaba convirtiendo en un auténtico problema, pues el modelo de ghola de los tleilaxu acusaba una monotonía rayana en el tedio. En cierta ocasión Leto había mandado aviso a los tleilaxu de que no enviasen mas Duncans, pero ellos se habían percatado de que en este particular podían desobedecerle.

¡A veces pienso que tan sólo lo hacen para mantener viva la desobediencia!

Los tleilaxu confiaban en un detalle de capital importancia que sabían les protegía en otros asuntos.

La presencia de un Duncan complace al Paul Atreides que habita en mí.

Así se lo había explicado Leto a Moneo al iniciar el mayordomo su servicio en la Ciudadela: "Los Duncans deben venir a mí no sólo con la preparación que les

dispensan los tleilaxu, sino con mucho más. Queda a tu cargo el que mis huríes suavicen a los gholas, que las mujeres contesten a algunas de sus preguntas". "¿Qué clase de preguntas, Señor?". "Ellas ya saben".

Con el paso de los años, Moneo había aprendido ya, por supuesto, todos estos trámites.

Fuera de la sombría sala, Leto oyó la voz de Moneo y luego el sonido de la guardia de Habladoras Pez que acompañaba los pasos claramente vacilantes del nuevo ghola.

– Por esa puerta -dijo Moneo–. Dentro estará oscuro y, al entrar tú, cerraremos la puerta. Pasa y espera a que Nuestro Señor Leto te dirija la palabra.

– ¿Por qué estará oscuro? -La voz del Duncan rezumaba agresivo recelo.

Idaho fue empujado hacia el interior de la sala, y la puerta se selló tras él.

Leto sabía perfectamente lo que estaba viendo el ghola: sombras entre sombras y tinieblas, y una tal oscuridad que ni siquiera podía ubicarse el lugar de donde procedía una voz. Como de costumbre, Leto puso en juego la voz de Paul Muad'Dib.

– Me complace verte de nuevo, Duncan.

– ¡Yo no os veo!

Idaho era un guerrero, y el guerrero ataca. Eso aseguró a Leto que el ghola era una copia fiel del original. El proceso ético-moralizante con el que los tleilaxu reavivaban la conciencia y los recuerdos pre-mortem de un ghola dejaba siempre algunas incertidumbres en la mente de los gholas. Algunos de los Duncans creían haber amenazado a un auténtico Paul Muad'Dib. Este así se lo figuraba.

– Oigo la voz de Paul pero no le veo -dijo Idaho sin tratar de disimular su frustración, antes el contrario, acentuándola con la voz.

¿Por que se entretenía un Atreides con este juego estúpido? Paul estaba muerto y más que muerto desde hacía mucho tiempo, y éste era Leto, el portador de los recuerdos resucitados de Paul... y de muchos otros más, si las historias tleilaxu eran dignas de crédito!

– Te han dicho que no eres sino el último producto de una larga serie de duplicados -dijo Leto.

– No tengo recuerdo alguno de eso.

Leto captó la histeria del Duncan apenas disimulada por la bravata del guerrero. Las malditas tácticas tleilaxu de restauración post-tanque habían producido el caos mental acostumbrado. Este Duncan llegaba en un estado crítico, casi convencido de que estaba loco. Leto sabia que para tranquilizar a aquel pobre desgraciado habría que poner en juego los métodos más sutiles y las palabras más acertadas de aliento, lo cual resultaría emocionalmente agotador para ambos.

– Ha habido muchos cambios, Duncan -dijo Leto–. Sin embargo, hay algo que no cambia. Siempre seré un Atreides.

– Dijeron que vuestro cuerpo estaba...

– Sí, eso ha cambiado.

– Los malditos tleilaxu! Me incitaron a matar a alguien que... bueno, que se parecía a vos. De repente recordé quién era yo... y enfrente tenía a... ¿Pudo existir un ghola Muad'Dib?

– Sería uno de los Danzarines Rostro, te lo aseguro.

– Era idéntico, y hablaba de modo tan parecido a... ¿Estáis seguro?

– Un actor, simplemente ¿Sobrevivió?

– ¡Claro! Así reavivaron mis recuerdos. Me explicaron todo este maldito asunto. ¿Es verdad?

– Es verdad, Duncan. Lo detesto, pero lo permito para disfrutar del placer de tu compañía.

Las víctimas potenciales sobreviven siempre, pensó Leto. Al menos en los Duncans que yo he visto. Ha habido fallos, el falso Paul degollado y los Duncans desperdiciados. Pero siempre quedan células cuidadosamente conservadas del original.

– ¿Y qué le ocurre a vuestro cuerpo? -preguntó Idaho.

Muad'Díb ya podía retirarse; Leto recobró su voz habitual.

– Acepté las truchas de arena como piel. Desde entonces ellas me han ido transformando.

– ¿Por qué?

– Te lo explicaré a su debido momento.

– Los tleilaxu me dijeron que vuestro aspecto es el de un gusano de arena.

– ¿Qué te dijeron mis Habladoras Pez?

– Me dijeron que eráis Dios. ¿Por qué les dais este nombre?

– Se trata de una vieja fábula. Las primeras sacerdotisas hablaban en sueños con los peces. De ese modo conocían secretos muy valiosos.

– ¿Cómo lo sabéis?

– Yo soy esas mujeres... y todo cuanto sucedió antes y después de ellas.

Leto oyó a la reseca garganta de Idaho tragar saliva y luego decir:

– Ahora comprendo la oscuridad. Me estáis dando tiempo para que me adapte.

– Siempre fuiste listo, Duncan.

Salvo cuando no lo eras.

– ¿Cuanto tiempo hace que os estáis transformando?

– Más de tres mil quinientos años.

– Entonces lo que me dijeron los tleilaxu es verdad.

– Ahora raras veces se atreven a mentir.

– Eso es mucho tiempo.

– Mucho.

– ¿Los tleilaxu me han... reproducido muchas veces?

– Muchas.

Ya es hora de que preguntes cuántas, Duncan.

– ¿Cuántos ha habido?

– Te dejaré ver las fichas personalmente.

Y así empieza, pensó Leto.

Este diálogo daba siempre la impresión de satisfacer a los Duncans, pero no había forma de eludir la naturaleza de la pregunta:

– ¿Cuántos ha habido?

Los Duncans no hacían distinciones fisicas, aunque los gholas de un mismo patrón no intercambiaban recuerdos mutuos.

– Recuerdo mi muerte -dijo Idaho–. Espadas Harkonnen. a centenares, tratando de alcanzaros a vos y a Jessica.

Leto reprodujo la voz de Muad'Dib para agilizar momentáneamente el juego:

– Yo estaba allí, Duncan.

– Soy un repuesto ¿no es cierto? -inquirió Idaho.

– Así es, en efecto -replicó Leto.

– ¿El otro yo, cómo... quiero decir, cómo murió?

– Todo lo fisico, la carne, se va deteriorando. Está en la ficha.

Leto esperó paciente, preguntandose cuánto tardaría este Duncan en sentirse insatisfecho con tan insípida excusa.

– ¿Cuál es vuestro aspecto en realidad? -preguntó Idaho–.

¿Cómo es ese cuerpo de gusano de arena que los tleilaxu me describieron?

– Con el tiempo producirá gusanos de arena de varias clases. Ahora se encuentra ya en las últimas fases de su metamorfosis.

– ¿Qué queréis decir con eso de varias clases?

– Tendrá más ganglios. Será consciente.

– ¿No podría encenderse alguna luz? Quisiera veros.

Leto manipuló los focos. Una luz intensa alumbró la sala. Las negras paredes y los focos, dispuestos de antemano, hicieron que la iluminación se concentrara en Leto, poniendo de manifiesto hasta sus mas íntimos detalles.

Idaho paseó la vista por el facetado cuerpo de color gris plateado, observando los rudimentarios inicios de los anillos de un gusano, los sinuosos pliegues, la flexible epidermis... las diminutas protuberancias que antaño fueran los pies y las piernas, una de ellas algo más corta que la otra. Volvió a observar los brazos y las manos de forma neta y bien definida, y finalmente levantó la mirada hacia el rostro con su piel sonrosada casi perdida en la inmensidad de la cogulla gris, como una intrusión ridícula en aquel cuerpo.

– Bien, Duncan -dijo Leto–. Se te había advertido.

Idaho, enmudecido, gesticuló indicando el cuerpo de pregusano.

Leto preguntó por él:

– ¿Por qué?

Idaho asintió
– Sigo siendo un Atreides, Duncan, y te aseguro por el honor sagrado de este nombre, que hubo para ello poderosas razones.

– ¿Qué podría obligar a...?

– Lo sabrás a su debido tiempo.

Idaho se limitó a sacudir la cabeza.

– No es una revelación agradable -dijo Leto–. Es preciso que antes te enteres de otras cosas. Confia en la palabra de un Atreides.

Con el paso de los siglos, Leto había observado que esta invocación a la profunda lealtad de Idaho hacia todo lo Atreides apagaba de inmediato la inagotable fuente de preguntas personales. Una vez más, la fórmula dio resultado.

– De modo que debo servir nuevamente a los Atreides -dijo Idaho–. Suena conocido. ¿Lo es?

– En muchos aspectos, viejo amigo.

– Viejo para vos, tal vez, pero no para mí. ¿En qué consiste mi servicio?

– ¿No te lo dijeron las Habladoras Pez?

– Me dijeron que iba a estar al mando de Vuestra Guardia de Honor, seleccionada entre lo mejor de todas las guarniciones. Esto no lo comprendo. ¿Un ejército de mujeres?

– Necesito un compañero de confianza capaz de ponerse al mando de mi guardia. ¿Alguna objeción?

– ¿Por qué mujeres?

– Existen entre ambos sexos ciertas diferencias de comportamiento que hacen a las mujeres extremadamente aptas para este papel.

– Con eso no contestáis a mi pregunta.

– ¿Te parecen acaso inadecuadas?

– Algunas, sin embargo, eran guapas, pero...

– ¿Otras fueron, ah... blandas contigo?

Idaho se sonrojó. A Leto esta reacción le parecía encantadora. Los Duncan se encontraban entre los pocos humanos de estos tiempos capaces de sonrojarse. Era comprensible. Ese sentido del honor personal era producto de su más temprana educación; muy caballeresco.

– No entiendo cómo confiáis en las mujeres para que os protejan -dijo Idaho. El rubor iba desapareciendo despacio de sus mejillas, y su mirada era feroz.

– Siempre he confiado en ellas igual que confio en ti, con mi vida.

– ¿De qué debemos protegeros?

– Moneo y mis Habladoras Pez te informarán de todo.

Idaho bailoteó nervioso, balanceando el cuerpo al compás de los latidos del corazón y mirando a su alrededor sin fijar la vista en un punto concreto. Con la brusquedad de quien ha tomado una repentina decisión, volvió a centrar su atención en Leto.

– ¿Cómo debo llamaros?

Era la señal de aceptación que Leto había estado esperando.

– ¿Te parece bien 'Mi Señor Leto'?

– Sí... Mi Señor. -Idaho miró directamente a lo ojos azulFremen de Leto– ¿Es cierto lo que dicen vuestras Habladoras Pez, que teneis... recuerdos de...?

– Estamos todos aquí, Duncan. -Leto pronunció estas palabras con la voz de su abuelo paterno, y añadió–: Hasta las mujeres estamos aquí, Duncan. -Era la voz de Jessica, la abuela materna de Leto.

– Los conociste a todos -dijo Leto–. Y ellos te conocen.

Idaho contuvo el aliento, tembloroso.

– Me costará un poco acostumbrarme a eso.

– Idéntica fue mi reacción inicial -declaró Leto.

Un estallido de risa sacudió el cuerpo de Idaho. Pese a considerarlo exagerado, dada la pobreza de su chiste, Leto no dijo nada.

Luego Idaho dijo:

– Vuestras Habladoras Pez tenían orden de ponerme de buen humor. ¿verdad?

– ¿Lo consiguieron?

Idaho estudió el rostro de Leto. reconociendo sus inconfundibles facciones Atreides.

– Vosotros, los Atreides, siempre me conocísteis demasiado bien -dijo Idaho.

– Esto está mejor –replicó Leto-. Veo que empiezas a aceptar que no soy sólo un Atreides, sino todos ellos.

– Paul dijo eso una vez.

– ¡Efectivamente! -Por todo lo que el tono y el acento podían trasmitir de su personalidad original, Idaho oyó hablar a Muad'Dib. Amedrentado, tragó saliva y dirigió la mirada a la puerta de la estancia.

– Nos habéis robado algo -dijo–. Más que saberlo, lo intuyo. Esas mujeres... Moneo...

Nosotros contra ti, pensó Leto. Los Duncan siempre escogen el bando humano.

Idaho centró nuevamente su atención en el rostro de Leto.

– ¿Qué nos habéis dado a cambio?

– ¡A lo largo y ancho del Imperio, la Paz de Leto!

– Y ya veo que todo el mundo se siente feliz y contento. Por eso necesitáis una guardia personal.

Leto sonrió.

– Mi paz es en realidad una tranquilidad forzosa. Los humanos tienen una larga historia de reacciones contra la tranquilidad.

– Y por eso nos entregáis a las Habladoras Pez.

– Y una jerarquía, identificable sin ningún margen de error.

– Un ejército de mujeres -masculló Idaho.

– La última fuerza seductora del varón -dijo Leto–. El sexo fue siempre una manera de someter la agresividad masculina.

– ¿Es eso lo que hacen?

– Impiden o mitigan excesos que de lo contrario podrían provocar otro tipo de violencia más dolorosa.

– Y vos les dejáis que crean que sois Dios. A decir verdad, todo esto no me gusta.

– La maldición de la santidad resulta tan ofensiva para mí como para ti.

Idaho frunció el ceño. No era ésta la réplica que esperaba.

– ¿A qué clase de juego estáis jugando, mi Señor Leto?

– A uno antiguo pero con reglas nuevas.

– ¡Vuestras propias reglas!

– ¿Preferirías retroceder a la CHOAM y al Landsraad y a las Grandes Casas?

– Los tleilaxu afirman que el Landsraad no existe, que vos no permitís ningún tipo de autonomía.

– Bien, podría retirarme y dejar paso a la Bene Gesserit. ¿O quizás a los ixianos o a los tleilaxu? ¿Te gustaría que me dedicara a buscar a otro Barón Harkonnen para que asumiera el poder absoluto del Imperio? ¡Di una sola palabra, Duncan, y te aseguro que abdicaré!

Bajo esta avalancha de preguntas, Idaho se limító a sacudir la cabeza.

– Si no está en las manos adecuadas -dijo Leto–, un poder centralizado monolítico se convierte en un instrumento peligroso y volátil.

– ¿Y vuestras manos son las adecuadas?

– De las mías no estoy seguro, Duncan, pero te diré que sí lo estoy de las de mis predecesores. Les conozco.

Idaho dio media vuelta y le volvió la espalda a Leto.

Qué gesto fascinante y tan humano, pensó Leto. El rechazo unido a la aceptación de la propia vulnerabilidad.

El Dios Emperador siguió hablando, dirigiéndose a la espalda de su interlocutor.

– Objetas acertadamente que utilizo a la gente sin su conocimiento ni su consentimiento.

Idaho ladeó la cabeza, quedando de perfil ante Leto, y finalmente la giró por completo para poder mirar a aquel rostro enmarcado en su cogulla, engallándola un poco para escrutar sus ojos de aquel azul total.

Me está estudiando, pensó Leto, pero sólo dispone del rostro para medirme.

Los Atreides habían enseñado a su gente a interpretar las sutiles señales de una cara y de un cuerpo, y Duncan Idaho era diestro en esa práctica; ahora, sin embargo, su decepción llegaba a ser visible: aquella situación sobrepasaba su destreza.

Idaho carraspeó.

– ¿Qué será lo peor que hayáis de exigirme?

¡Qué tipico de un Duncan!, pensó Leto. He aquí una réplica clásica. Idaho rendirá su lealtad a un Atreides, al guardián de su juramento, pero emite una señal de que jamás traspasará los límites personales de su código ético.

– Se te exige defenderme con cuantos medios estimes necesarios, y también que guardes mi secreto.

– ¿Qué secreto?

– Que soy vulnerable.

– ¿Que no sois Dios?

– No en un sentido total.

– Vuestras Habladoras Pez mencionaron rebeldes.

– Existen.

– ¿Por qué?

– Son jóvenes, y aún no he logrado convencerles de que mi método es mejor. Cuesta mucho convencer a los jóvenes. Nacen sabiéndolo todo.

– Jamás oí a un Atreides mofarse de esta guisa de los jóvenes.

– Quizá se deba a mi provecta edad: viejo sumado a viejo. Y mi tarea se dificulta con el pasar de cada generación.

– ¿Cuál es esa tarea?

– Ya la irás comprendiendo poco a poco.

– ¿Qué ocurre si yo os fallo? ¿Vuestras mujeres me eliminarán?

– Siempre he procurado no agobiar a las Habladoras Pez con sentimientos de culpabilidad.

– ¿Pero me abrumariais a mí?

– Si tú lo aceptas.

– Si os encuentro peor que a los Harkonnen, me volveré contra vos.

Típico de un Duncan. Su medida del mal son los Harkonnen. Qué poco saben del mal.

Leto dijo:

– El Barón devoró planetas enteros. ¿Qué puede haber peor que eso?

– Devorar el Imperio.

– Estoy gestando a mi Imperio en mis entrañas. Moriré dándole a luz.

– Si pudiera creer que...

– ¿Quieres ponerte al mando de mi Guardia?

– ¿Por qué yo?

– Porque eres el mejor.

– Debe ser peligroso, imagino. ¿Así fue como murieron mis predecesores, realizando tan peligroso trabajo?

– Algunos de ellos.

– ¡Ojalá me fuera dado poseer los recuerdos de los otros!

– No podrías poseerlos y ser a la vez el modelo original.

– No obstante, quiero saber de ellos.

– Sabrás, yo te lo digo.

– Así que los Atreides necesitan todavía un puñal afilado, ¿no es cierto?

– Hay trabajos que solamente un Duncan Idaho puede realizar.

– Decís que... nosotros... -Idaho tragó saliva, miró a la puerta, y luego fijó la vista en el rostro de Leto.

Este le habló como Muad'Dib lo hubiera hecho, pero sin transformar la voz, que siguió siendo de Leto.

– Cuando subimos al Sietch Tabr juntos por última vez, gozabas de mi entera lealtad y yo de la tuya. Eso no ha cambiado.

– Aquello fue con tu padre.

– ¡Aquello fue conmigo! -La voz de mando de Paul Muad'Dib surgiendo de la mole de Leto siempre impresionaba a los gholas.

Idaho musitó:

– Todos vosotros... en ese unico.. cuerpo... -Se calló.

Leto guardó silencio. Había llegado el momento de la decisión.

Entonces Idaho se permitió esbozar aquella sonrisa de despreocupación que tan famoso le hiciera en otros tiempos:

– Y ahora me dirijo al primer Leto y a Paul, los que mejor me conocieron: Utilizadme bien porque os amé mucho.

Leto cerró los ojos. Aquellas palabras siempre le afligian. Sabía que era el amor lo que mas podía vulnerarle.

Moneo, que había permanecido a la escucha, acudió en su ayuda. Entrando en la estancia, dijo:

– ¿Mi Señor me autoriza a acompañar a Duncan Idaho ante la guardia que debe comandar?

– Si. -Este monosílabo fue todo lo que Leto pudo pronunciar.

Moneo tomó a Idaho del brazo y se lo llevó.

Mi buen Moneo, pensó Leto. Qué bueno es. Me conoce a la perfección, pero dudo que llegue jamás a comprenderme.

- CAPITULO XV -

Conozco el mal de mis antepasados porque yo soy esa gente. El equilibrio resulta en extremo delicado. Sé que muy pocos de cuantos leéis mis palabras habéis pensado en vuestros antecesores de esta forma. No se os ha ocurrido que vuestros antepasados eran supervivientes y que la supervivencia exige a veces decisiones salvajes, una especie de brutalidad ciega e inmotivada que la humanidad civilizada porfía con mucho empeño en eliminar. ¿Qué precio pagaríais por conseguir suprimirla? ¿Aceptaríais vuestra propia extinción?

– Los Diarios Robados

Mientras se vestía para presentarse por primera vez como Comandante en jefe de las Habladoras Pez, Duncan Idaho trataba de librarse de una pesadilla. Le había despertado por dos veces, y en ambas ocasiones había salido al balcón a contemplar las estrellas, rugiéndole aún el sueño en la cabeza.

¡Mujeres... mujeres desarmadas con armaduras negras... lanzadas contra él con el ronco y necio griterío de una turba... agitando unas manos chorreantes de sangre... y que al abalanzarse sobre él abrían la boca mostrando unos horrendos colmillos!

En aquel instante se despertó.

La luz de la mañana no logró contrarrestar los efectos de la pesadilla.

Le habían asignado una habitación en la torre norte. El balcón daba a un paisaje de dunas que se extendía hasta un lejano farallón rocoso adornado en la base con algo que parecía ser una aldea de chozas de adobe.

Idaho se abotonaba el blusón del uniforme mientras contemplaba la escena.

¿Por que escogerá Leto sólo mujeres para su ejército?

Varias Habladoras Pez sumamente atractivas se habían ofrecido a pasar la noche con su nuevo comandante, pero Idaho las había rechazado.

¡No era propio de un Atreides utilizar el sexo como persuasión!

Bajó la vista para contemplar su atuendo: uniforme negro, ribeteado en dorado, con un halcón rojo en el costado izquierdo. Eso, cuanto menos, le resultaba conocido. Brillaban por su ausencia toda insignia o distintivo de rango.

– Conocen de sobra tu rostro -le había explicado Moneo.

¡Qué extraño hombrecillo, ese Moneo!

Este pensamiento interrumpió las meditaciones de Idaho. Una breve reflexión le indicó que Moneo no era bajo de estatura. Muy dueño de sí mismo sí, pero no más bajo que

yo. Moneo, sin embargo, daba la impresión de ser una persona retraída y al mismo tiempo sosegada.

Idaho lanzó una mirada a su habitación. Estaba amueblada con una serie de comodidades rayanas en el sibaritismo: mullidos almohadones, mecanismos ocultos bajo paneles de barnizada madera oscura. El cuarto de baño ofrecía una elegante combinación de azulejos de color azul pastel y un conjunto de bañera y ducha capaz al menos para seis personas. Toda la estancia invitaba a la molicie; en ella se podían recrear los sentidos con el recuerdo de pasados placeres.

– Muy inteligente -murmuró Idaho.

Los suaves golpes que sonaron en la puerta fueron seguidos por una voz femenina que decía:

– ¿Comandante? Ha llegado Moneo.

Idaho lanzó una mirada a los tostados ocres del lejano farallón.

– ¿Comandante?- El tono de voz sonó algo mas elevado.

– Adelante -contestó Idaho.

Entró Moneo, cerrando la puerta tras de sí. Vestía blusón y pantalones de un blanco deslumbrante que obligaba a fijar la vista en su rostro. Lanzó una mirada que abarcó toda la habitación.

– Así que este es el cuarto que te han asignado. ¡Condenadas mujeres! Supongo que lo harían con su mejor intención, pero a estas alturas debieran estar ya mas enteradas.

– ¿Como es posible que conozcan mis gustos?

En el momento de pronunciar su pregunta se percató Idaho de su propia estupidez. No soy el primer Duncan Idaho que ve Moneo en su vida. Moneo se limitó a sonreír y alzarse de hombros.

– No quise ofenderte, Comandante. ¿Te encuentras cómodo en este alojamiento?

– Me gusta la vista.

– Pero no el mobiliario. -Se trataba de una afirmación.

– Eso podrá arreglarse -replicó Idaho.

– Me ocuparé de ello.

– Supongo que habrás venido a explicarme cuáles son mis deberes.

– En lo que esté a mi alcance. Comprendo lo extraño que debe parecerte todo al principio. Esta civilización es completamente distinta de la que tu conociste.

– Me doy perfecta cuenta. ¿De qué manera murió mi... predecesor?

Moneo se alzó de hombros. Parecía ser su gesto habitual, pero no tenía nada de molesto.

– No fue lo bastante rápido como para escapar a las consecuencias de cierta decisión que había tomado –contestó Moneo.

– Explícate mejor.

Moneo suspiró. Los Duncans eran siempre así: arrogantes y exigentes.

– Lo mató la rebelión. ¿Deseas conocer los detalles?

– ¿Me serían de alguna utilidad?

– No.

– Exijo para hoy mismo un informe completo de esa rebelión, pero antes quiero saber por qué no hay hombres en el ejército de Leto.

– Estas tú.

– Ya sabes a lo que me refiero.

– Sostiene una teoría muy curiosa acerca de los ejércitos. La he discutido con él infinidad de veces. Pero ¿no quieres desayunar antes de que te la explique?

– ¿No podemos hacer ambas cosas a la vez?

Moneo se volvió hacia la puerta y pronunció una única palabra:

– ¡Ahora!.

El efecto fue inmediato, y para Idaho resultó fascinador. Un enjambre de jóvenes Habladoras Pez invadió la habitación. Dos de ellas sacaron una mesa y dos sillas plegables de detrás de un panel de madera y las colocaron frente al mirador. Otras pusieron la mesa, preparándola para dos personas, mientras que las restantes entraban los alimentos: fruta fresca, bollos calientes, y una humeante bebida vagamente perfumada con especia y cafeína. Todo ello se ejecutó con una rapidez, un silencio y una eficacia que testimoniaban una larga práctica. Salieron tal como habían entrado, sin pronunciar palabra.

Idaho se encontró sentado a la mesa frente a Moneo al cabo de un minuto de haber dado comienzo tan curiosa operación.

– ¿Cada mañana es así?

– Solo si tú lo deseas.

Idaho probó la bebida: era melange y café. Reconoció la fruta; se trataba de paradan, el melón blando de Caladan.

Mi fruta preferida.

– Me conocéis bastante bien –comentó Idaho.

Moneo asintió.

– Es la práctica. Pasemos ya a tu pregunta.

– Y a la curiosa teoría de Leto.

– Si. Afirma que el ejército tradicional exclusivamente masculino resultaba demasiado peligroso para la población civil de base.

– ¡Qué tontería! Sin el ejército no hubiera habido...

– Conozco perfectarnente tu argumento. Pero él opina que el ejército masculino fue una reliquia de la función de pantalla delegada en los machos no reproductores de la manada prehistórica. Afirma que es curioso constatar que eran siempre los machos maduros los que enviaban a los jóvenes a la guerra.

– ¿Qué significa eso de función de pantalla?

– Los que se encontraban siempre fuera, en la línea de peligro, protegiendo al núcleo de machos reproductores, hembras y crías. Los primeros en soportar la embestida del predador.

– ¿Y qué tiene eso de peligroso para los civiles? Idaho probó un pedazo de melón, encontrándolo perfecto, maduro y en su punto.

– Nuestro Señor Leto sostiene que, al verse privado de un enemigo externo, el ejército masculino se volvía siempre contra su propia población. Siempre.

– ¿Para luchar por las hembras?

– Tal vez. Sin embargo, es evidente que él no opina que fuera así de simple.

– No veo qué tiene esta teoría de curiosa.

– Aún no la has oído toda.

– ¿Queda algo más?

– En efecto. En su opinión, el ejército exclusivamente masculino muestra una fuerte tendencia hacia las actividades homosexuales.

Idaho miró a Moneo echando fuego por los ojos.

– Yo jamás...

– Claro que no. El se refiere a la sublimación, a las energías contenidas, a las desviaciones y a todo lo demás.

– ¿A todo lo demás de qué? -Idaho se sentía irritado y molesto por lo que consideraba un ataque a su imagen varonil.

– Actitudes adolescentes, muchachos solos en compañía, pullas y chanzas destinadas exclusivamente a molestar y herir, lealtad limitada tan sólo a los miembros de la manada... cosas de este género.

Con gran frialdad, Idaho le preguntó:

– ¿Y cuál es tu opinión?

Moneo volvió la cabeza y, contemplando el paisaje, contestó:

– Yo me recuerdo a mí mismo una cosa que él ha dicho, y que a mi juicio es cierta. El es todos los soldados de la historia de la humanidad. Una vez me propuso ofrecerme un desfile de varios ejemplos, escenas de adolescencia de ciertas celebridades militares. Yo decliné su oferta. He leído la historia con atención, y soy capaz de reconocer esta caracteristica por mí mismo.

Moneo se volvió y clavó fijamente la mirada en los ojos de Idaho.

– Piensa en ello, comandante.

Idaho, que se enorgullecía de su propia honestidad, le comprendió de pronto. ¿Cultos de juventud y adolescencia preservados en el estamento militar? Tenía trazas de verdad. Conocía algunos ejemplos por experiencia propia...

Moneo asintió.

– El homosexual, latente o manifiesto, que mantiene esa condición por razones puramente psicológicas, tiende a recrearse en una conducta que busca causar dolor, bien sea infligiéndoselo a sí mismo, bien a los demás. Nuestro Señor Leto afirma que esta tendencia se remonta al comportamiento de verificación de la manada prehistórica.

– ¿Tú lo crees?

– Sí.

Idaho se llevó a la boca un pedazo de melón. Había perdido toda su dulzura. Lo ingirió y dejó la cuchara.

– Tendré que reflexionar sobre todo esto.

– Por supuesto.

– No comes nada –observó Idaho.

– Me levanté antes del amanecer y desayuné entonces. -Moneo señaló a su plato–. Estas mujeres tratan constantemente de tentarme.

– ¿Y lo consiguen?

– A veces.

– Tienes razón. Esta teoría es bastante curiosa. ¿Hay algo más que la complete?

– Oh... dice que, cuando consigue liberarse de las restricciones adolescente-homosexuales, el ejército masculino es esencialmente violador. La violencia suele ser homicida y no pertenece a una conducta de supervivencia.

Idaho frunció el ceño.

Una prieta sonrisa revoloteó un instante en los labios de Moneo.

– Nuestro Señor Leto afirma que tan sólo la disciplina de los Atreides y las limitaciones de la moral impidieron excesos y atropellos en tus tiempos.

Un profundo suspiro conmovió a Idaho.

Moneo se reclinó en la silla, meditando unas palabras pronunciadas por el Dios Emperador: "Por mucho que busquemos la verdad, el conocimiento de ella en uno mismo suele ser desagradable. Y no sentimos simpatía alguna hacia el que nos la dice".

– ¡Esos malditos Atreides! -exclamó Idaho.

– Yo soy un Atreides -replicó Moneo.

– ¡Cómo! -Idaho experimentó una desagradable sorpresa.

– Su programa genético -dijo Moneo–. Estoy seguro de que los tleilaxu te lo mencionaron. Desciendo directamente de la unión de su hermana con Harq al-Ada.

Idaho se inclinó hacia él.

– Entonces, dime, Atreides, ¿cómo son las mujeres mejores soldados que los hombres?

– Les resulta más fácil madurar.

Idaho agitó la cabeza, desconcertado.

– Poseen una cierta fuerza fisica que las catapulta desde la adolescencia a la madurez –explicó Moneo–. Como dice Nuestro Señor Leto: "Llevar a un hijo en las entrañas nueve meses lo transforma a uno por completo".

Idaho se apoyó en la silla.

– ¿Y qué sabe él de eso?

Moneo se limitó a quedárselo mirando hasta que Idaho recordó de pronto la multitud de seres, varones y hembras, que habitaban en Leto. La comprensión de aquella idea se reflejó en su rostro, y Moneo la percibió rememorando unas palabras del Dios Emperador: "Tus palabras le marcan con el aspecto que deseas que tenga".

Viendo que el silencio se prolongaba, Moneo carraspeó y dijo:

– La inmensidad de los recuerdos de Nuestro Señor Leto también ha hecho enmudecer mi lengua.

– ¿Es honrado con nosotros? -preguntó Idaho.

– Yo lo creo.

– Pero hace tantas... Es decir, este programa genético, por ejemplo. ¿Cuánto tiempo hace que dura?

– Desde el principio de su reinado. Desde el día en que se lo robó a la Bene Gesserit.

– ¿Y que pretende con él?

– Ojalá yo lo supiera.

– Pero tú eres...

– Un Atreides y su primer consejero, cierto.

– No me has convencido de que un ejército femenino sea mejor.

– Ellas continúan la especie.

Por fin la frustración y la cólera de Idaho hallaron un objetivo en que descargar.

– ¿Eso es lo que estuve haciendo con ellas la primera noche? ¿Procrear?.

– Posiblemente. Las Habladoras Pez no toman precaución alguna contra el embarazo.

– ¡Maldita sea! No soy ningún animal que pueda trasladarse de establo en establo como un... como un...

– ¿Como un semental?

– ¡Sí!

– Pero Nuestro Señor Leto se niega a utilizar los métodos tleilaxu de cirugía de los genes y de inseminación artificial.

– ¿Qué tienen que ver los tleilaxu con...?

– Ellos son la lección práctica. Hasta yo me doy cuenta. Sus Danzarines Rostro son seres más próximos a una colonia zoológica que a nosotros, los humanos.

– ¿Los otros... como yo... hicieron también de semental?

– Algunos sí. Tienes descendientes.

– ¿Quiénes?

– Yo soy uno de ellos.

Idaho se quedó mirando a Moneo directamente a los ojos, perdido de improviso en un laberinto de parentescos. Para Idaho los parentescos eran incomprensibles. Moneo evidentemente era mucho mayor que... Pero yo soy... ¿Cuál de los dos era en verdad el más anciano? ¿Cuál el antepasado y cuál el descendiente?

– A veces yo mismo me confundo con todo esto -dijo Moneo–. Si te sirve de ayuda, Nuestro Señor Leto me ha asegurado que no eres descendiente mío, al menos no en el sentido corriente del término. No obstante, podrías muy bien engendrar a algunos de mis descendientes.

Idaho agitó ostensiblemente la cabeza.

– A veces pienso que sólo el propio Dios Emperador es capaz de comprender estas cosas -dijo Moneo.

– ¡Eso es distinto! -exclamó Idaho–. Es un asunto divino.

– Nuestro Señor Leto dice siempre que ha creado una santa obscenidad.

No era la respuesta que Idaho esperaba. ¿Qué me esperaba? ¿Una defensa de Nuestro Señor Leto?

– Una santa obscenidad -repitió Moneo. Las palabras le rodaron morosas por la lengua, como si se relamiera.

Idaho clavó en Moneo una mirada indagadora. ¡Odia a su Dios Emperador! No... le teme. ¿Pero no odiamos siempre a lo que tememos?

– ¿Por qué crees en él? -preguntó Idaho.

– ¿Me estas preguntando si comparto las creencias populares, si soy adepto a su religión?

– ¡No! ¿Acaso él sí?

Creo que en efecto es así.

– ¿Por qué? ¿Por qué lo crees?

– Porque dice que no desea crear más Danzarines Rostro. Insiste en que su raza humana, una vez emparejada, procrea como siempre lo ha hecho.

– ¿Y qué diantre tiene eso que ver?

– Me has preguntado en qué cree él. Pienso que cree en el azar. Pienso que ese es su Dios.

– ¡Eso es pura superstición!

– Teniendo en cuenta las características del Imperio, una superstición muy arriesgada.

Idaho miró a Moneo echando fuego por los ojos.

– ¡Maldito Atreides! -masculló–. Te atreves a todo.

Moneo percibió antipatía y admiración en la voz de Idaho.

Los Duncans siempre empiezan de este modo.

- CAPITULO XVI -

¿Cuál es la más profunda diferencia entre nosotros, entre vosotros y yo? Ya lo sabéis. Son estos recuerdos ancestrales. Los míos me sobrevienen con todo el relumbrar de la consciencia. Los vuestros operan desde vuestro nivel ciego. Algunos lo llaman instinto o azar. Los recuerdos ejercen su influencia en cada uno de nosotros, en lo que pensamos y en lo que hacemos. ¿Pensáis que estáis inmunes a tales influencias? Soy Galileo. Estoy aquí y os digo:"Eppur si muove". Lo que se mueve puede ejercer su fuerza según unas maneras que ningún poder mortal antes de mí osó refrenar. Yo estoy aquí para atreverme a ello.

–Los Diarios Robados.

– Cuando era niña me observaba, ¿recuerdas? Cuando pensaba que no la veía, Siona me vigilaba, como el halcón del desierto se cierne sobre la guarida de su presa. Tú mismo lo mencionaste.

Mientras hablaba desde lo alto del carro, Leto hizo dar un cuarto de vuelta a su cuerpo. Ello aproximó su rostro, prendido en su cogulla, al de Moneo, que avanzaba corriendo junto al Carro Real.

Despuntaba el día en la ruta del desierto que, salvando la elevada cordillera artificial, conducía desde la Ciudadela del Sareer hasta la Ciudad Sagrada. La ruta cruzaba el desierto con una línea de una rectitud semejante a un rayo laser hasta alcanzar el punto en que ahora se encontraban, donde, tras describir una amplia curva, descendía penetrando en unas angostas gargantas bordeadas de terraplenes antes de cruzar el río Idaho. El aire estaba cargado de las espesas nieblas del río que se precipitaba con clamoroso retumbar en la distancia, pero Leto había desplegado la burbuja transparente que aislaba del exterior la parte delantera de su carro. La humedad le producia un molesto hormigueo en su cuerpo de gusano, pero prendido en la niebla perduraba el dulce aroma del desierto con que su olfato humano se deleitaba. De improviso ordenó detenerse al cortejo.

– ¿Por qué razón nos detenemos, Señor? -inquirió Moneo.

Leto no respondió. El carro crujió al arquear su mole de forma pronunciada, lo cual le permitió levantar la cabeza y contemplar al otro lado del Bosque Prohibido la bruñida superficie plateada del Mar de Kynes brillando a la derecha en la distancia. Se volvió hacia la izquierda y divisó los vestigios de la Muralla Escudo, sinuosa sombra baja a la luz de la mañana. Allí habian elevado la cordillera hasta una altura de casi dos mil metros, con el fin de circundar el Sareer y reducir en él la humedad traida por el aire. Desde esa atalaya Leto divisó la distante hendedura donde había ordenado edificar la Ciudad Sagrada de Onn, sede del magno Festival.

– Tengo el capricho de detenerme.

– ¿No debiéramos cruzar el puente antes de descansar?

– No estoy descansando.

Leto siguió mirando al frente. Tras una serie de curvas y recodos, visibles desde ese punto sólo como una sombra sinuosa, la elevada calzada cruzaba el río por un puente colgante, salvaba la barrera de una sierra, y descendía con suavidad hasta la ciudad que desde esta distancia ofrecía un panorama de torres y agujas relucientes.

– El Duncan actúa con gran mansedumbre -comentó Leto-. ¿Mantuviste ya tu larga charla con él?

– Efectivamente, tal como me ordenasteis, Señor.

– Bien, hace sólo cuatro días -observó Leto-. Generalmente tardan más en recuperarse.

– Ha estado muy atareado ocupándose de la Guardia. Anoche salieron de nuevo hasta altas horas.

– A los Duncans les desagrada andar al descubierto. Siempre piensan en todo lo que podría servir para atacarnos.

– Lo sé, Señor.

Leto se volvió y se quedó mirando de lleno a Moneo. El mayordomo vestía un manto verde sobre su blanco uniforme y se hallaba de pie, junto a la abertura de la burbuja, en el lugar exacto que su deber le obligaba a ocupar en estas excursiones.

– Eres formal y cumplidor, Moneo -dijo Leto.

– Gracias, Señor.

Guardias y cortesanos se mantenían a respetuosa distancia, bastante detrás del Carro Real. La mayoría trataba de evitar incluso la apariencia de escuchar el dialogo que Leto y Moneo sostenían. Idaho no. Había situado a varias guardias de las Habladoras Pez a ambos lados del Camino Real, ordenándoles que se desplegaran, y en aquel momento se hallaba erguido contemplando el Carro Real. Vestía un uniforme negro ribeteado de blanco, regalo, según Moneo, de las Habladoras Pez.

– Este les agrada mucho. Conoce bien su oficio.

– ¿Qué hace, Moneo?

– ¡Cómo! Vigilar y guardar vuestra persona, Señor.

Las mujeres de la Guardia vestían todas un uniforme verde muy ceñido, con el halcón rojo de los Atreides en el pecho izquierdo.

– Le observan con gran atención comentó Leto.

– Sí. Les está enseñando a comunicarse con las manos. Dice que forma parte del adiestramiento Atreides.

– Cierto. Me pregunto por qué el anterior no lo haría.

– Señor, si no sabéis...

– Bromeo, Moneo. El anterior Duncan no se sintió amenazado hasta que fue demasiado tarde. ¿Ha aceptado éste nuestras explicaciones?

– Así me lo han comunicado, Señor. Ha emprendido felizmente vuestro servicio.

– ¿Por qué lleva tan sólo ese cuchillo en la cintura?

– Las mujeres le han convencido de que entre ellos sólo los que reciben un adiestramiento especial deben ir armados con rayos laser.

– Exageras en tus precauciones, Moneo. Di a las mujeres que es demasiado pronto para empezar a temer a éste.

– Como mi Señor ordene.

Resultaba evidente para Leto que su nuevo Comandante en jefe de la Guardia no disfrutaba con la presencia de los cortesanos, pues se mantenía francamente apartado de ellos. Según le habian informado a Idaho, casi todos ellos eran funcionarios civiles que hoy aparecían ataviados con sus más finas y lucidas galas, pues debían ostentar su poderío y acceder a la presencia del Dios Emperador. Leto se percataba de lo necios que debían parecer los cortesanos a los ojos de Idaho, pero también recordaba otras elegancias mucho más incongruentes, y pensó que la exhibición de aquellas podía incluso representar una mejora.

– ¿Le has presentado ya a Siona? -preguntó Leto.

Ante la mención de Siona, las cejas de Moneo se fruncieron heladas.

– Calmate -añadió Leto-. Aún cuando me espiara, la sigo queriendo.

– Intuyo peligro en ella, Señor. A veces pienso que es capaz de leer mis más secretos pensamientos.

– La niña lista conoce a su padre.

– No bromeo, Señor.

– Si, ya me doy cuenta. ¿Has notado que el Duncan se impacienta?

– Han explorado la ruta casi hasta el puente -dijo Moneo.

– ¿Y qué han encontrado?

– Lo mismo que yo: unos pocos Fremen de Museo.

– ¿Otra petición?

– No os enojéis, Señor.

Una vez más, Leto escudriñó el paisaje. La obligada exposición al aire libre, el largo y majestuoso viaje con el aparato ritual necesario para satisfacer a las Habladoras Pez, todo ello enervaba a Leto. Y para colmo, una nueva petición.

Idaho avanzó unos pasos, deteniéndose detrás de Moneo.

Los movimientos de Idaho aparecieron teñidos por un toque de amenaza. Tan pronto no será, pensó Leto.

– ¿Por qué nos detenemos, Señor? -preguntó Idaho.

– Suelo parar aquí a menudo -repuso Leto.

Era cierto. Giró la cabeza y dirigió la mirada al otro lado del puente colgante. La ruta serpenteaba descendiendo desde las alturas de las gargantas hacia el Bosque Prohibido, y desde allí atravesaba los campos que bordeaban la orilla del río. Leto solía detenerse aquí a contemplar la salida del sol. Sin embargo, esa mañana tenía algo... el sol brillando en el conocido paisaje... algo que conjuraba recuerdos lejanos.

Los campos de las Plantaciones Reales se extendían rebasando los limites del bosque, y cuando el sol se elevó sobre la distante curva del terreno su luz dorada hizo resplandecer las espigas que ondulaban la campiña. Esas ondas evocaron en Leto el recuerdo de la arena, de las majestuosas dunas que antaño asolaran esta misma comarca.

Y la asolarán una vez más.

Los dorados trigales no poseían el brillante color de ámbar silíceo de su añorado desierto. Leto miró hacia atrás, hacia las amuralladas extensiones del Sareer, su santuario del pasado. Los colores eran completamente distintos. De todas formas, al volver a mirar a su Ciudad Sagrada sintió una punzada de dolor en el lugar en que sus numerosos corazones proseguían su proceso de lenta transformación hacia un nuevo órgano, profundamente extraño.

¿Qué tendrá esta mañana que me hace añorar mi perdida humanidad?, se preguntó Leto.

De todo el cortejo real que contemplaba esa familiar escena de bosques y campos de labor, Leto sabia que tan sólo él consideraba aquel paisaje exuberante como el **bahr bela ma**, *el océano sin agua*.

– Duncan -dijo Leto-. ¿Ves aquello que hay allí, en dirección a la ciudad? Aquello era el Tanzerouft.

– ¿La Tierra del Terror? -Idaho mostró su sorpresa en la rápida mirada que dirigió a Onn, para volverla a fijar después en Leto.

– El bahr bela ma -dijo Leto-. Lleva más de tres mil años oculto bajo una alfombra de vegetación. De todos los que viven actualmente en Arrakis, sólo nosotros dos hemos visto el desierto original.

Idaho miró nuevamente hacia Onn y preguntó:

– ¿Dónde está la Muralla Escudo?

– El Desfiladero de Muad'Dib está ahí, justamente donde edificamos la ciudad.

– ¿Esa linea de colinas? ¿Eso es lo que queda de la Muralla Escudo? ¿Qué ocurrió?

– Estás de pie encima de ella.

Idaho levantó la vista hacia Leto, y después bajó los ojos para observar la calzada y mirar a su alrededor.

– Señor, ¿reanudamos el camino? -preguntó Moneo.

Ese Moneo, siempre con el reloj a cuestas, es la llamada del deber, pensó Leto. Pero había visitantes de rango que recibir, y había que atender a otros asuntos urgentes. El tiempo le apremiaba, y no le agradaba cuando su Dios Emperador se ponía a hablar de los viejos tiempos con los Duncans.

De pronto Leto se dio cuenta de que había prolongado su parada mucho más que de ordinario. La guardia y los cortesanos tenían frío después de la carrera matutina. Casi todos habían elegido sus atuendos con más ánimo de exhibirse que de protegerse de las inclemencias del tiempo.

Tal vez la exhibición sea una forma de proteccción, pensó Leto.

– Había dunas -dijo Idaho.

– En extensiones de miles de kilómetros -añadió Leto.

Moneo se sentía inquieto. Conocía bien el talante reflexivo de su Dios Emperador, pero aquel día su introspección aparecía teñida por un toque de tristeza. Quizá a causa de la reciente desaparición de un Duncan. Leto solía ofrecer información de importancia los días que se sentía triste. Los caprichos o los cambios de humor del Dios Emperador no podían díscutirse, pero en cambio a veces podían emplearse.

Habrá que advertir a Siona, pensó Moneo. ¡Ojalá la muy estúpida me escuche!

Siona se mostraba más rebelde que nunca. Mucho más. Leto había domesticado a Moneo persuadiéndole a aceptar la Senda de Oro y cumplir los deberes para los que había sido engendrado, pero los métodos usados con un Moneo no darían resultado alguno con Siona. Observando este particular, Moneo se había enterado de ciertas cosas relativas a su adiestramiento que jamás hubiera sospechado.

– No diviso ningún punto de referencia identificable -decía Idaho.

– Ahí mismo -indicó Leto, señalando–. Al final del bosque. Ese era el camino de la Roca Astillada.

Moneo prescindió de sus voces. Fue la irresistible fascinación del Dios Emperador lo que en último extremo me doblegó. Leto no cesaba nunca de sorprender y asombrar. Era imprevisible. Moneo lanzó una mirada de soslayo al perfil del Dios Emperador. ¿En qué se ha convertido?

Al entrar al servicio del Dios Emperador, y formando parte de sus deberes, Moneo tuvo que estudiar en los archivos privados de la Ciudadela los informes relativos a la transformación de Leto, pero la simbiosis con las truchas de arena seguía siendo un misterio que ni siquiera las palabras del propio Leto lograban desentrañar. De creer lo que afirmaban los informes, la epidermis formada por las truchas de arena tornaba su cuerpo casi por completo invulnerable al paso del tiempo y a cualquier violencia. Los anillos centrales del gran cuerpo podían incluso absorber ataques hechos con rayos laser.

Primero la trucha de arena, luego el gusano; fases todas del gran ciclo que produjo la melange. Ese ciclo que se hallaba contenido en el Dios Emperador... marcando el tiempo.

– Sigamos -dijo Leto.

Moneo se percató de haber pasado algo por alto y, poniendo punto final a sus meditaciones, observó que Duncan Idaho le contemplaba sonriendo.

– A eso lo llamábamos estar en la luna -dijo Leto.

– Mis excusas, Señor -dijo Moneo-. Estaba...

– En la luna, pero no tiene importancia.

Su humor ha mejorado, pensó Moneo. Creo que debo agradecérselo al Duncan.

Leto se acomodó en el carro, cerró solo una parte de la burbuja delantera y, dejando la cabeza al descubierto, lo activó. Al ponerse en marcha, el carro aplastó los guijarros del camino.

Idaho se situó codo a codo con Moneo y se dispuso a correr a su lado.

– Ese carro va provisto de bulbos de flotación, pero él en cambio emplea las ruedas -comentó Idaho-. ¿Por qué lo hace?

– A Nuestro Señor Leto le agrada utilizar las ruedas en lugar de la antigravedad.

– ¿Con qué funciona ese aparato? ¿Cómo lo conduce?

– ¿Se lo has preguntado?

– No he tenido ocasión.

– El Carro Real es de fabricación ixiana.

– ¿Y eso qué significa?

– Según se dice, Nuestro Señor Leto activa y conduce su carro simplemente pensando en determinada forma.

– ¿Acaso no lo sabes con certeza?

– Las preguntas de esta índole le desagradan. Incluso para sus íntimos, pensó Moneo, el Dios Emperador continúa siendo un misterio.

– ¡Moneo! -exclamó Leto.

– Más te vale que regreses junto a tus guardias -le aconsejó Moneo, indicándole por señas que retrocediera.

– Preferiría ir delante de ellas -replicó Idaho.

– ¡Nuestro Señor no lo quiere! ¡Vuelve atrás!

Moneo se apresuró a situarse junto al rostro de Leto, observando que Idaho retrocedía atravesando las filas de cortesanos hasta el destacamento de retaguardia de sus soldados.

Leto bajó los ojos para mirar a Moneo.

– Encuentro que has manejado ese asunto con suma habilidad, Moneo.

– Gracias, Señor.

– ¿Sabes por qué quiere el Duncan ir en vanguardia?

– Ciertamente, Señor. Es el lugar que le correspondería a vuestra guardia.

– Y este olfatea peligro.

– No os comprendo, Señor. No comprendo por qué hacéis estas cosas.

– Eso es verdad, Moneo.

- CAPITULO XVII -

El sentido femenino de la participación tuvo su origen en la colaboración en los quehaceres familiares: el cuidado de los pequeños, la recolección y preparación de los alimentos, el compartir las alegrías, el amor y las penas. Las lamentaciones fúnebres se originaron con las mujeres. La religión nació como un monopolio femenino que se logró arrancar a las mujeres sólo después de que su poder social se tornara excesivo. Mujeres fueron las primeras en investigar y practicar la medicina. No ha existido jamás un equilibrio claro entre los sexos porque el poder va unido con determinados cometidos, de igual forma que aparece indiscutiblemente ligado a los conocimientos.

–Los Diarios Robados

Para la Reverenda Madre Tertius Eileen Anteac la mañana habia sido desastrosa. Hacía apenas tres horas que en compañía de su colega la Decidora de Verdad Marcus Claire Luyseyal y su séquito oficial habían desembarcado en Arrakis, procedentes del pequeño aparato que realizaba el servicio entre el planeta y la gran nave espacial de la Cofradía suspendida en órbita estacionaria. En primer lugar, el alojamiento que les habían asignado se encontraba al final del Sector Diplomático de la Ciudad Sagrada. Las habitaciones eran pequeñas, y su limpieza dejaba mucho que desear.

– Un poco mas lejos y nos hacen acampar en los suburbios -había comentado Luyseyal al llegar.

Luego les habían negado cualquier medio de comunicación. Por mas interruptores que oprimiesen y diales a palma que manipulasen, las pantallas permanecían inalterablemente vacías.

Anteac se había encarado con la fornida oficial que estaba al mando de su escolta de Habladoras Pez, una mujer ceñuda, cejijunta y con los músculos de un picapedrero.

– ¡Deseo presentar una queja a vuestro Comandante!

– Durante la celebración del Festival quedan suspendidas todas las solicitudes y denuncias -replicó ladrando la amazona.

Anteac la miró echando fuego por los ojos, con una mirada que en el rostro anciano y enjuto de su dueña había hecho temblar incluso a mas de una Reverenda Madre, sus iguales.

La amazona se había limitado a esbozar una sonrisa y replicar:

– Tengo un mensaje para las Reverendas Madres. Debo anunciaros que vuestra audiencia con el Dios Emperador ha sido aplazada, pasando a ocupar el último puesto de la lista.

Casi todos los miembros del séquito de la Bene Gesserit habían escuchado estas palabras, y hasta la última de las postulantes sabía lo que significaban. Para cuando se

celebrara la audiencia, todas las asignaciones de especia estarían repartidas y hasta quizás (¡Los dioses nos protejan!) agotadas.

– Eramos las terceras -había dicho Anteac, con voz considerablemente amable dadas las circunstancias.

– ¡Ordenes del Dios Emperador!

Anteac conocía bien ese tono en boca de una Habladora Pez. Desafiarlo significaba violencia.

¡Una mañana saturada de desastres, y para colmo esto!

Anteac estaba sentada en un taburete apoyado contra la pared de una habitación minúscula y desprovista casi de mobiliario, cercana a la pieza central de su inadecuado alojamiento. Junto a ella se veía un jergón de poca altura, digno apenas de una hermana lega. Las paredes estaban pintadas de un triste verde palido, y no había más que un globo luminoso, viejo ya y tan deteriorado que sólo alcanzaba a graduarse en amarillo. El cuarto mostraba señales de haber sido una especie de almacén. Olía a moho, y su pavimento de plástico negro aparecía repleto de agujeros y desgarrones.

Alisandose en las rodillas los pliegues de su túnica aba, Anteac se inclinó hacia la postulante mensajera que, con la cabeza baja, se hallaba arrodillada a los pies de la Reverenda Madre. Era una muchacha rubia, de grandes ojos pasivos, con el rostro y el cuello cubiertos de un sudor provocado por el miedo y la excitación. Vestía una túnica parda manchada de polvo y con el borde sucio de haber recorrido las calles de la ciudad.

– ¿Estas segura, completamente segura? -Anteac hablaba en tono bajo para tranquilizar a la pobre muchacha que todavía temblaba por la gravedad de su mensaje.

– Sí, Reverenda Madre. -Mantuvo los ojos bajos.

– Repítelo una vez mas -le indico Anteac, y pensó: Estoy ganando tiempo. Lo oí perfectamente.

La mensajera levantó la vista hacia Anteac y la miró directamente a los ojos, totalmente azules, como les enseñaban a hacer a las novicias y postulantes.

– Cumpliendo vuestras órdenes, acudí a la Embajada Ixiana a presentar vuestros respetos, y luego pregunté si había algún mensaje que tuviera que traeros.

– Si, sí, muchacha, lo sé. Vamos al fondo del asunto. La mensajera tragó saliva.

– El portavoz que me atendió se identificó como Othwi Yake, jefe en funciones de la embajada y secretario del antiguo embajador.

– ¿Estas segura de que no se trataba de un Danzarín Rostro que lo suplantase?

– No poseía ningún signo característico de los sustitutos, Reverenda Madre.

– Muy bien. Conocemos de sobra a ese Yake. Prosigue.

– Yake dijo que estaban aguardando la llegada de la nueva...

– Si, Hwi Noree, la nueva embajadora. Tiene prevista su llegada para hoy.

La mensajera se humedeció los labios con la lengua.

Anteac tomó nota mental de someter a la pobrecilla a un programa de adiestramiento elemental; las mensajeras debían poseer mayor dominio de sí mismas, aunque realmente podía disculpársela dada la gravedad de este mensaje.

– Luego me rogó que esperara continuó diciendo la muchacha-. Salió de la habitación, y regresó al poco rato en compañía de un tleilaxu, un Danzarín Rostro, estoy segura de ello. Advertí todos los signos característicos...

– Esta bien, esta bien -apremió Anteac-. Vamos directamente a... -Anteac se interrumpió al ver entrar a Luyseyal.

– ¿Qué es eso que he oído de un mensaje de los ixianos y los tleilaxu? -preguntó Luyseyal.

– Precisamente la muchacha me lo estaba repitiendo -contestó Anteac.

– ¿Por qué razón no se me avisó?

Anteac miró a su interlocutora, Decidora de Verdad como ella, pensando que Luyseyal podía ser una de las practicantes mas expertas de ese arte, pero pecaba sin duda de ser demasiado consciente de su rango. Luyseyal era joven, sin embargo, y poseía las sensuales facciones ovaladas del tipo de Jessica, y esos genes solían producir temperamentos impetuosos. Anteac respondió dulcemente:

– Tu asistenta dijo que estabas en meditación.

Luyseyal asintió, tomó asiento en el jergón y, dirigiéndose a la mensajera, le ordenó:

– Continúa.

– El Danzarín Rostro dijo que era portador de un mensaje para las Reverendas Madres, en plural.

– Sabía que esta vez éramos dos -replicó Anteac.

– Todo el mundo lo sabe -añadió Luyseyal.

Anteac concentró entonces toda su atención en la mensajera y le dijo:

– Muchacha, entra en trance de memoria y repite las palabras del Danzarín Rostro al pie de la letra.

La mensajera asintió, se puso en cuclillas, y juntó las manos descansándolas en la falda. Hizo tres inspiraciones profundas, cerró los ojos y relajó los hombros. Al hablar su voz había adquirido un timbre agudo y nasal.

– Di a las Reverendas Madres que para esta noche el Imperio se habrá librado de su Dios Emperador. Le atacaremos antes de que llegue a Onn. No podemos fracasar.

Una profunda inspiración estremeció a la mensajera, que abrió los ojos y miró a Anteac.

– Yake, el ixiano, me dijo que me apresurara a regresar con el mensaje. Luego me tocó el dorso de la mano izquierda de ese modo especial, convenciéndome aún más de que no estaba...

– Yake es uno de los nuestros -dijo Anteac-. Dile a Luyseyal el mensaje de los dedos.

La mensajera miró a Luyseyal.

– Hemos sido invadidos por los Danzarines Rostro y no podemos movernos.

Anteac, al ver el sobresalto de Luyseyal, que se levantó del jergón, dijo:

– Ya he tomado las medidas necesarias para defender nuestras puertas. -Y, volviéndose hacia la mensajera, añadió-: Puedes retirarte, muchacha. Has realizado convenientemente tu cometido.

– Sí, Reverenda Madre.

La mensajera incorporó su ágil cuerpo con notable elegancia, pero sus movimientos revelaron claramente que había comprendido el significado de las palabras de Anteac. Convenientemente no era lo mismo que muy bien.

Una vez que la mensajera hubo partido, Luyseyal dijo:

– Hubiera tenido que inventar alguna excusa para examinar la Embajada y averiguar cuántos ixianos han sido sustituidos.

– Creo que no -replicó Anteac-. A mi juicio, en ese aspecto actuó bien. No, hubiera sido mejor que hubiese encontrado modo de obtener un informe más detallado de Yake. Temo que a éste le hayamos perdido.

– La razón de que los tleilaxu nos enviaran este mensaje esta bien clara, sin duda comentó Luyseyal.

– Van realmente a atacarle -dijo Anteac.

– Naturalmente. Eso es lo que estos estúpidos harían. Pero a mi me interesa el porqué nos enviaron el mensaje a nosotras.

Anteac asintió.

– Creerán que no tenemos más salida que unirnos a ellos.

– Y si tratamos de avisar a Nuestro Señor Leto, los tleilaxu descubriran a nuestras mensajeras y contactos.

– ¿Y si los tleilaxu consiguen eliminarle? -preguntó Anteac.

– No es probable.

– No conocemos sus planes concretos, sino tan solo el momento en que los llevarán a cabo.

– ¿Y si esa muchacha, esa Siona, tuviera que ver con ello? -aventuró Luyseyal.

– Me he hecho la misma pregunta. ¿Conoces el informe completo de la Cofradía?

– Sólo el resumen. ¿Es suficiente?

– Sí, con elevada probabilidad.

– Tendrías que procurar no emplear expresiones como ésta de elevada probabilidad -advirtió Luyseyal-. No queremos que nadie sospeche que eres un Mentat.

Secamente, Anteac replicó:

– Supongo que no me descubrirás.

– ¿Opinas que la Cofradía tiene razón acerca de esa Siona? -preguntó Luyseyal.

– Carezco de suficiente información. De tener razón, esa muchacha es realmente algo extraordinario.

– ¿Tan extraordinaria como el padre de Nuestro Señor Leto?

– Un navegante de la Cofradía podía ocultarse del ojo oracular del padre de Nuestro Señor Leto.

– Pero no de Nuestro Señor Leto.

– He leído con suma atención el informe completo de la Cofradía. No es tanto que se oculte ella o trate de ocultar las acciones que la rodean como que...

– Se desvanece, dijeron. Se desvanece desapareciendo de su vista.

– Ella sola -dijo Anteac.

– ¿Y de la vista de Nuestro Señor Leto también?

– Eso lo ignoran.

– ¿Osaremos ponernos en contacto con ella?

– ¿Quizá no nos atreveremos?

– Todo esto sería discutible si los tleilaxu... Anteac, por lo menos tenemos que intentar darle aviso.

– Los medios de comunicación no funcionan, y ahora tenemos guardias Habladoras Pez a la puerta que permiten entrar pero no salir a nuestro personal.

– ¿Hablamos con alguna de ellas?

– Ya he pensado en eso. Siempre podemos alegar que temimos que fuesen Danzarines Rostro sustitutos.

– Guardias en la puerta -murmuró Luyseyal-. ¿Es posible que lo sepa?

– Todo es posible.

– Con Nuestro Señor Leto eso es lo único que puede afirmarse con certeza -dijo Luyseyal.

Anteac se permitió emitir un leve suspiro al levantarse del taburete donde había estado sentada.

– Cuánto añoro aquellos tiempos en que teníamos toda la especia que por siempre pudiéramos necesitar.

– Eso de siempre era también otra ilusión -replicó Luyseyal-. Espero que nos hayamos aprendido bien la lección, independientemente de lo que consigan hoy los tleilaxu.

– Sea cual sea el resultado, lo harán con torpeza -refunfuñó Anteac-. ¡Dioses! Hoy en día ya no se encuentran buenos asesinos.

– Siempre quedan los gholas Idaho -dijo Luyseyal.

– ¿Qué has dicho? -Anteac se quedó mirando fijamente a su compañera.

– Que siempre estan...

– ¡Sí!

– Los gholas son demasiado lentos de movimientos.

– Pero de cabeza no.

– ¿Qué estas pensando?

– ¿Sería posible que los tleilaxu...? No, ni siquiera ellos podrían ser tan...

– ¿Un Danzarín Rostro sustituto de Idaho? -murmuró Luyseyal.

Anteac asintió en silencio.

– Sácatelo de la cabeza -replicó Luyseyal-. No serían tan estúpidos.

– Ese es un juicio en extremo aventurado acerca de los tleilaxu –contestó Anteac-. Debemos prepararnos para lo peor. ¡Haz entrar a una de esas guardias Habladoras Pez!

- CAPITULO XVIII -

La actividad lúdica incesante origina sus propias condiciones sociales, que han sido similares en todas las épocas. Para defenderse de los ataques, la gente adopta un estado de alerta permanente. Y se advierte el gobierno absoluto del autócrata. Todo lo nuevo se convierte en zona fronteriza peligrosa, nuevos planetas, nuevos distritos de explotación económica, nuevas ideas o nuevos instrumentos, visitantes, todo se convierte en sospechoso. Y se instaura un fuerte feudalismo, disimulado a veces bajo la forma de un politburó u otra estructura similar pero siempre presente. La sucesión hereditaria sigue las líneas de poder. Domina la sangre de los poderosos. Los virreyes del cielo o sus equivalentes distribuyen la riqueza. Y ellos saben que deben controlar la herencia o dejar que el poder se vaya fundiendo lentamente. Bien, ¿comprendéis ahora la Paz de Leto?

–Los Diarios Robados

– ¿Se ha informado a la Bene Gesserit de los cambios de horario introducidos en el programa?

El séquito había entrado en la primera de las gargantas, ésta de poca profundidad, que tras salvar los escarpados altibajos del terreno conducían en recodos hasta el puente por donde habían de cruzar el río Idaho. El sol se hallaba en el primer cuadrante de la mañana, y algunos cortesanos empezaban a despojarse de sus capas. Idaho avanzaba por el flanco izquierdo con un pequeño grupo de Habladoras Pez. empezando a mostrar su uniforme trazas de polvo y sudor. Marchar al ritmo de una peregrinación real era bastante cansado.

Moneo tropezó y estuvo a punto de caer.

– Efectivamente, Señor, se les ha informado.

El cambio de horarios no había sido fácil, pero Moneo había aprendido a esperar órdenes y contraórdenes repentinas durante la celebración del Festival. Por ello disponía siempre de algún plan de emergencia preparado.

– ¿Siguen solicitando una Embajada permanente en Arrakis? -preguntó Leto.

– Así es, Señor. Las hice llegar nuestra habitual respuesta.

– Hubiera bastado un simple no -dijo Leto-. Ya no necesitan que se les recuerde que aborrezco sus pretensiones religiosas.

– Sí, Señor. -Moneo se mantenía justo dentro de los límites de la distancia prescrita junto al carro de Leto. El Gusano se hallaba muy presente esa mañana, con todos los signos corporales bien patentes a los ojos de Moneo. Se debía sin duda a la humedad del aíre, que indefectiblemente lo hacía asomar a la superficie.

– La religión conduce siempre al despotismo retórico -dijo Leto-. Antes de la Bene Gesserit, los Jesuitas constituyeron el más claro ejemplo de lo que acabo de decir.

– ¿Los Jesuitas, Señor?

– Te habrás topado con ellos en los libros de historía.

– No estoy seguro, Señor. ¿En qué época vivieron?

– No tiene importancia. Para ilustrar el despotismo retórico basta con un estudio de la Bene Gesserit. Como es de esperar, no empiezan por engañarse ellas mismas con ello.

Mal momento para las Reverendas Madres, se dijo Moneo. Les va a pronunciar un sermón, cosa que ellas detestan. Y esto podría traer serios problemas.

– ¿Cual fue su reacción? -preguntó Leto.

– Según me han dicho, se llevaron una decepción, pero no insistieron en el tema.

Y Moneo pensó: Será mejor que las prepare para nuevas decepciones. Y habrá que mantenerlas apartadas de las delegaciones de Ix y los tleilaxu.

Moneo agitó la cabeza. Todo esto podía conducir a una peligrosa conjura. Habría que comunicárselo al Duncan.

– Conduce a profecías que por su propia naturaleza contribuyen a cumplirse y a la justificación de toda clase de obscenidades –siguió perorando Leto.

– ¿Esto... el despotismo retórico, Señor?

– ¡Sí! ¡Defiende al mal con murallas de santurronería resistentes a todos los argumentos contrarios al mal!

Moneo lanzó una mirada cautelosa al cuerpo de Leto, observando la forma en que se retorcían sus manos, con movimientos casi espasmódicos, y las contracciones de los grandes segmentos anillados. ¿Qué voy a hacer si el Gusano se apodera de él aquí? Un sudor helado perló la frente de Moneo.

– Se alimenta de conceptos deliberadamente deformados para desacreditar a la oposición -insistía Leto.

– ¿Todo eso, Señor?

– Los Jesuitas lo llamaban "asegurar la base de poder". Conduce directamente a la hipocresía, que se ve siempre traicionada por el vacío existente entre las acciones y las explicaciones. Jamas coinciden.

– Debo estudiar este punto con más detenimiento, Señor.

– Y en último término gobierna empleando el sentimiento de culpabilidad, porque la hipocresía provoca la caza de brujas y reclama la designación de víctimas propiciatorias.

– Realmente trágico, Señor.

El cortejo había doblado un recodo donde se había horadado la roca para ofrecer una vista del puente todavía distante.

– ¿Me estas prestando atención, Moneo?

– Naturalmente. Señor.

– Estoy describiendo una de las herramientas de la base del poder religioso.

– Me doy cuenta de ello, Señor.

– Estonces, ¿por qué estas tan asustado?

– Hablar del poder religioso me intranquiliza siempre, Señor.

– ¿Quizá porque tú y las Habladoras Pez lo ejercéis en mi nombre?

– Será por eso, Señor.

– Las bases del poder son extremadamente peligrosas porque atraen a personas que no están en su sano juicio, personas con tantas ansias de poder que no se detienen ante ningún obstáculo con tal de ejercerlo. ¿Me comprendes?

– Si, Señor, Por eso satisfacéis vos tan pocas solicitudes de las que os llegan para formar parte de vuestro gobierno.

– ¡Excelente, Moneo!

– Gracias, Señor.

– Replegado en las sombras de toda religión acecha un Torquemada -dijo Leto-. No habrás encontrado jamas ese nombre. Lo sé porque yo mismo ordené que se borrara de todos los textos y documentos históricos.

– ¿Por qué, Señor?

– Porque era una obscenidad. Porque a la gente que se mostraba disconforme con él los convertía en antorchas vivientes.

Moneo bajó el tono de su voz.

– ¿Como los historiadores que provocaron vuestras iras, Señor?

– ¿Cuestionas acaso mis acciones, Moneo?

– Eso jamás, Señor!

– Bien. Los historiadores murieron pacíficamente. Ni uno solo de ellos sintió el dolor producido por las llamas. Torquemada, en cambio, se deleitaba en encomendar a su dios los gritos de sus victimas agonizantes en la hoguera.

– Qué espantoso, Señor.

El cortejo dobló otro recodo desde el que se divisaba el puente. La distancia no parecía acortarse.

Una vez más, Moneo escudriñó la mole de su Dios Emperador. El Gusano no daba la impresión de haber progresado, pero aún se sentía su apariencia. Moneo percibió la amenaza de aquella imprevisible presencia, la Santa Presencia capaz de matar sin previo aviso.

Moneo se estremeció.

¿Cuál sería el significado de aquel extraño... sermon? Moneo sabía que pocos eran los que alguna vez habían oído hablar al Dios Emperador de este modo. Se trataba a la vez de un privilegio y una carga, del precio que había que pagar por la paz de Leto. Generación tras generación se sucedían en orden y concierto bajo los dictados de esa paz. Solo el círculo intimo de la Ciudadela tenía conocimiento de las infrecuentes rupturas de esta paz, los Incidentes, tal nombre recibían, que las Habladoras Pez recibían encargo de solventar anticipándose a la violencia.

¡Anticipación!

Moneo lanzó una mirada a Leto, que ahora guardaba silencio. Los ojos del Dios Emperador se hallaban cerrados, y una expresión de reflexiva melancolía le nublaba la cara. Ese era otro de los signos del Gusano, y bien malo por cierto. Moneo se echó a temblar.

¿Era capaz Leto de anticipar incluso sus propios accesos de salvaje violencia? Era la anticipación de la violencia lo que difundía temblores de horror y espanto a lo largo y ancho del Imperio. Leto sabía dónde había que apostar a los guardias para sofocar un levantamiento transitorio. Lo sabía antes de que se produjera el acontecimiento.

Sólo de pensar en estos temas a Moneo se le secaba la boca, pues había ocasiones, o así lo creía él, en que el Dios Emperador traspasaba cualquier mente pudiendo leer hasta los más recónditos pensamientos. Cierto que Leto empleaba espias. De vez en cuando una figura embozada pasaba junto a las Habladoras Pez de subida al refugio de la torre de Leto o bajaba a la cripta. Eran espias, sin duda alguna, pero Moneo sospechaba que Leto los empleaba tan sólo para confirmar lo que ya sabía.

Como corroborando los callados temores de Moneo, Leto dijo:

– No te fuerces a comprender mis métodos, Moneo. Deja que la comprensión se produzca por si sola.

– Lo intentaré, Señor.

– No, no lo intentes tan sólo, hazlo. Dime, ¿han anunciado ya que no va a haber cambio alguno en las asignaciones de especia?

– Todavía no, Señor.

– Retrasa el anuncio. Estoy cambiando de idea. Sabes, por supuesto, que habrá nuevas ofertas de sobornos.

Moneo suspiró. Las sumas que se le ofrecían en concepto de soborno habían alcanzado cifras astronómicas, y sin embargo Leto parecía divertírse con esta escalada.

– Finge que las aceptas -le había dicho anteriormente-. A ver hasta dónde llegan. Hazles creer que al fin te dejas sobornar.

Ahora, al doblar un nuevo recodo que ofrecía una vista sobre el puente, Leto preguntó:

– ¿Te ha ofrecido un soborno la Casa de Corríno?

– Si, Señor.

– ¿Conoces la leyenda que afirma que algún día la Casa de Corrino recuperará su antiguo poderío y esplendor?

– La he oído alguna vez, Señor.

– Da orden de matar a los Corríno. Es trabajo para el Duncan. Con eso lo probaremos.

– ¿Tan pronto, Señor?

– Es del dominio público que la melange prolonga la vida humana. Que se conozca que la especia también puede acortarla.

– Como Vos ordenéis, Señor.

Moneo reconoció el tono inconfundible de su respuesta. Constituía su forma de hablar en las ocasiones en que no podía formular las graves y profundas objeciones que sentía. Sabía además que Leto estaba al corriente de aquel conflicto y que le divertía sobremanera. La diversión le afligió amargamente.

– No te impacientes conmigo, Moneo -le dijo Leto.

Moneo sofocó su sentimiento de amargura. La amargura no provocaba más que peligros Los rebeldes eran unos amargados. Los Duncans rezumaban amargura poco antes de morir.

– El tiempo tiene un sentido distinto para Vos que para mí, Señor -replicó Moneo-. Ojalá pudiera conocer el vuestro.

– Podrías, pero no lo conseguirás.

Moneo captó la velada reprensión de la respuesta y guardó silencio, centrando sus pensamientos en los problemas que planteaba la melange. No era frecuente que Leto hablase de la especia, y cuando lo hacía era o bien para conceder asignaciones o retirarlas, o bien para distribuir recompensas, o bien para enviar a las Habladoras Pez en pos de algún depósito recién descubierto. La mayor reserva de especia que existía, Moneo lo sabía bien, se hallaba en algún lugar conocido tan sólo por el Dios Emperador. A los pocos días de ingresar en el Servicio Real para desempeñar las funciones de Mayordomo, Moneo, cubierto el rostro por una capucha que le impedía toda visión, había sido conducido por el propio Dios Emperador hasta aquel lugar secreto, luego de recorrer un laberinto de tortuosos pasadizos que por intuición creía que eran subterráneos.

Cuando me quité la capucha estábamos bajo tierra.

El lugar había producido en Moneo verdadero pavor. Enormes recipientes de melange atestaban una estancia gigantesca tallada en la roca viva e iluminada por globos luminosos de antiguo diseño coronados por arabescos de metal. La especia resplandecía azul radiante en la plateada penumbra. Y el olor a canela amarga, inconfundible. Se oía cerca un gotear de agua, y sus voces resonaban contra la piedra.

– Un día toda esta cantidad se habrá agotado -había comentado Leto.

Impresionado, Moneo había replicado:

– ¿Y qué harán entonces la Cofradía y la Bene Gesserit?

– Lo mismo que ahora pero con mayor violencia.

su Contemplando a su alrededor la gigantesca estancia con ingente reserva de melange, Moneo no pudo pensar más que en ciertos sucesos que sabía que se estaban produciendo en esos momentos: asesinatos sanguinarios, incursiones piratas, casos de espionaje, intrigas. El Dios Emperador mantenía encubiertos los peores, pero lo que restaba no era para alegrar a nadie.

– La tentación -murmuró Moneo.

– La tentación, en efecto.

– ¿No habrá melange nunca jamás, Señor?

– Algún día regresaré a la arena, y entonces seré yo la fuente de la especia.

– ¿Vos, Señor?

– Y produciré algo igual de prodigioso, más truchas de arena, un producto híbrido y altamente reproductor.

Temblando ante esta revelación, Moneo se quedó mirando la figura envuelta en sombras del Dios Emperador que hablaba de tales portentos.

– Las truchas de arena -explicaba el Dios Emperador- se unirán entre si formando grandes burbujas vivientes que absorberán el agua de este planeta manteniéndola embolsada en el subsuelo. Exactamente igual que en los tiempos de Dune.

– ¿Toda el agua, Señor?

– La mayor parte. Dentro de trescientos años el gusano de arena reinará de nuevo en estas tierras. Será una nueva especie de gusano, lo prometo.

– ¿Cómo, Señor?

– Poseerá conciencia animal y desconocida astucia. Y la especia será más arriesgada de buscar y mucho más peligrosa de conservar.

Moneo había levantado la vista hacia el techo rocoso de la estancia, perforando la roca en su imaginación hasta llegar a la superficie.

– ¿Y nuevamente todo será desierto, Señor?

– Las corrientes de agua se cegaran de arena. Las cosechas, resecas por falta de humedad, se perderán. Los árboles quedarán cubiertos por grandes dunas móviles. Y la muerte de arena se extenderá por todos los rincones hasta que... hasta que una sutil señal se escuche en las tierras yermas.

– ¿Qué señal, Señor?

– La señal del próximo ciclo, la venida del Hacedor, la venida del Shai-Hulud.

– ¿Seréis Vos, Señor?

– ¡Sí! El gran gusano de arena emergerá una vez más de las profundidades, y esta tierra volverá a convertirse en dominio de la especia y del gusano.

– ¿Y la gente, Señor? ¿Qué será de toda la gente?

– Morirán muchos. Las factorías alimenticias y la abundancia y riqueza de estas tierras se agotarán. Privados de alimento, los animales carnívoros morirán.

– ¿Habrá hambre, Señor?

– La desnutrición y las antiguas enfermedades asolarán la tierra y sólo los más fuertes sobrevivirán... los más fuertes y los más brutales.

– ¿Y es necesario que así sea, Señor?

– Las alternativas son peores.

– Explicadme esas alternativas, Señor.

– Con el tiempo las conocerás.

Al avanzar junto al Dios Emperador bajo el sol de la mañana del día de la peregrinación a Onn, Moneo tuvo que admitir que ciertamente ahora sabía ya cuáles eran los males que aparecían como alternativas.

Moneo sabía que para la mayor parte de los dóciles ciudadanos del Imperio el firme conocimiento que él albergaba en la cabeza permanecía oculto en la Historia Oral, en las leyendas y relatos narrados por los escasos profetas, santones o visionarios que ocasionalmente aparecían en uno u otro planeta obteniendo un efímero número de seguidores.

Pero yo sé a lo que se dedican las Habladoras Pez.

Y también sabía de hombres malvados que se sentaban a la mesa a saciarse de delicados manjares mientras contemplaban las torturas a que eran sometidos otros seres humanos.

Hasta que se presentaban las Habladoras Pez y una sanguinaria degollina ponía fin a tales escenas.

– Me gustaba la manera en que me miraba tu hija -dijo Leto-. No se percataba de que yo lo advertía.

– ¡Señor, temo por ella! ¡Es sangre de mi sangre, mi...!

– Mía también, Moneo. ¿No soy acaso un Atreides? Mejor harías temiendo por ti mismo.

Moneo lanzó una temerosa mirada al cuerpo del Dios Emperador. Los signos del Gusano continuaban mostrándose patentes. Moneo miró entonces al cortejo que les seguía y luego al camino que les faltaba por recorrer. Se encontraban ahora en pleno descenso, en una zona escarpada en la que los recodos cortos y pronunciados serpenteaban entre las altas paredes de rocas apiladas por el hombre que constituían la barrera defensiva que circundaba el Sareer.

– Siona no me ofende, Moneo.

– Pero ella...

– ¡Moneo! Aquí, en su misteriosa cápsula se encuentra uno de los grandes secretos de la vida. Ser sorprendido, hacer que ocurra algo nuevo, eso es lo que yo más deseo.

– ¡Señor, yo!

– ¡Nuevo! ¿No es esa una palabra radiante, maravillosa?

– Si vos lo decís. Señor.

Leto se obligó a recordarse a sí mismo: Moneo es mi obra, mi criatura. Yo lo creé.

– Tu hija vale para mí cualquier precio que se le ponga, Moneo, Tú desacreditas a sus compañeros, pero tal vez entre ellos haya alguno al que pueda amar.

Moneo lanzó una involuntaria mirada a Duncan Idaho, que marchaba detrás con la guardia. Idaho escudriñaba el camino como tratando de explorar cada curva antes de llegar a ella. Le desagradaba este lugar, rodeado de altas paredes aptas para cualquier ataque. La noche anterior Idaho había enviado exploradores a las alturas, y Moneo sabía que algunos todavía no habían descendido, por añadidura, les esperaba una zona de abismos y barrancos antes de llegar al río, y no disponían de guardias suficientes para apostarles en cada zona de peligro.

– Tendremos que contar con la ayuda de los Fremen -le había dicho Moneo para tranquilizarle.

– ¿Fremen? -A Idaho no le gustaba lo que había oído decir sobre los Fremen de Museo.

– Al menos sabrán dar la alarma si avistan a algún intruso -había replicado Moneo.

– ¿Hablaste tú con ellos y les pediste que lo hiciesen?

– Naturalmente.

Moneo no se había atrevido a abordar el tema de Siona con Idaho. Pensaba que habría tiempo de sobra para ello, pero en cambio el Dios Emperador acababa de decir algo sumamente inquietante. ¿Habría habido algún cambio de planes?

Moneo centró nuevamente la atención en el Dios Emperador y bajó la voz.

– ¿Amar a un compañero, Señor? Pero vos dijistéis que el Duncan...

Dije amar, no procrear con él!

Moneo se echó a temblar pensando en cómo se había dispuesto de antemano su propio enlace, el dolor de la separación de... ¡No! ¡Mejor no proseguir esos recuerdos! Había habido afecto, incluso verdadero amor... después, pero los primeros días...

– Estás otra vez en la luna, Moneo.

– Perdonadme, Señor, pero cuando habláis de amor...

– ¿Piensas que desconozco la ternura?

– No es eso, Señor, pero...

– ¿Crees acaso que no tengo recuerdos de amor y engendramiento? -El carro giró con una brusca sacudida hacia Moneo, obligándole a esquivarlo de un salto, asustado por la mirada de fuego que despedían los ojos de Leto.

– Señor, os ruego...

– ¡Quizá este cuerpo no haya conocido tal ternura, pero conservo todo su recuerdo!

Moneo observó que los signos del Gusano iban apoderándose del cuerpo del Dios Emperador, sin disponer de más alternativa que aceptar un hecho traicionado ya por su estado de ánimo.

Me hallo en grave peligro. Todos nos hallamos en peligro.

Súbitamente Moneo percibió todos los sonidos que le rodeaban, el crujir del Carro Real, los carraspeos y murmullos del cortejo, el rumor de las pisadas en el camino. El Dios Emperador exhalaba un olor a canela. El aire encerrado en los angostos desfiladeros de roca conservaba todavía el frío de la mañana, y del río subía humedad. ¿Era la humedad lo que hacia surgir al Gusano?

– Escúchame, Moneo, escúchame bien, como si toda tu vida dependiera de ello.

– Sí, Señor -musitó Moneo, sabiendo que, en efecto, su vida dependía del cuidado que pusiera no sólo en escucharle sino en observarle.

– Una parte de mi ser habita sumergida en lo profundo sin ningún pensamiento -dijo Leto-. Esta parte reacciona y actúa cometiendo actos sin respeto ni al conocimiento ni a la lógica.

Moneo asintió, con la atención clavada en el rostro del Dios Emperador. ¿Se estaban tornando vidriosos sus ojos?

– Yo me veo obligado a mantenerme al margen y limitarme a observar estos actos, nada más -dijo Leto-. Una tal reacción podría causarte la muerte. Pero la elección no me corresponde. ¿Me oyes?

– Os oigo, Señor -murmuró Moneo.

– ¡No existe la elección en tal proceso! No hay más que aceptarlo, simplemente aceptarlo. No se llega jamás a comprender ni a conocer. ¿Qué me dices a eso?

– Temo lo desconocido, Señor.

– ¡Pero yo no lo temo! ¡Dime por qué!

Moneo, que esperaba una crisis de este estilo, ahora que se había producido casi se alegraba de ello. Sabía perfectamente que su vida dependía enteramente de su respuesta. Se quedó contemplando a su Dios Emperador con la mente trabajando a toda velocidad.

– Ello es a causa de todos vuestros recuerdos, Señor.

– ¿Sí?

Luego había que completar la respuesta. Moneo se concentró eligiendo las palabras:

– Vos contempláis todo cuanto conocemos... tal como fue en un momento: ¡desconocido! Una sorpresa para Vos... una sorpresa debe ser simplemente algo nuevo, ¿algo que no conozcáis? -A medida que iba hablando, Moneo se dió cuenta de

haber puesto un interrogante defensivo en un concepto que hubiera debido ser una simple afirmación, pero el Dios Emperador se limitó a sonreirle.

– Por tan gran sabiduría, Moneo, te concedo lo que pidas. ¿Cuál es tu deseo?

El repentino alivio del mayordomo no sirvió más que para abrir paso a otros temores.

– ¿Puedo ordenar que Siona regrese a la Ciudadela?

– Eso no hará más que acelerar el momento de su prueba.

– Debe separársela de sus compañeros, Señor.

– Muy bien.

– Mi Señor es generoso.

– Soy egoísta.

El Dios Emperador se apartó de Moneo y cayó en un profundo silencio.

Al contemplar el gran cuerpo segmentado, Moneo observó que los signos del Gusano habían cedido. Después de todo. había salvado el escollo con bastante habilidad. Pensó entonces en los Fremen y en la petición que tenían preparada, y sintió reavivarse sus temores.

Qué equivocación. No harán más que excitarle de nuevo. ¿Por qué les autorizaría yo a presentar su petición?

Los Fremen estarían aguardándoles un poco más adelante, en ordenada formación en esta orilla del río, con sus estúpidos papeles agitándose en las manos.

Moneo avanzó en silencio, aumentando su aprensión a cada paso.

- CAPITULO XIX -

Aquí sopla la arena;
ahí sopla la arena.

Ahí espera un hombre rico;
aquí espero yo.

-La voz de Shai-Hulud, de la Historia Oral

Informe de la Hermana Chenoeh, hallado entre sus papeles después de su muerte:

Obedezco a mis votos Bene Gesserit y al mandato del Dios Emperador al omitir estas palabras de mi informe y ocultarlas de manera que puedan ser halladas cuando yo haya partido. Pues Nuestro Señor Leto me dijo:"Regresarás ante tus Superioras con mi mensaje, pero estas palabras las mantendrás en secreto por el momento. Descargaré mi furia sobre la Orden si me desobedeces".

Como la Reverenda Madre Syaksa me había advertido antes de partir: "No harás nada que pueda atraer su cólera sobre nosotras"

»Mientras corría junto a Nuestro Señor Leto en la breve peregrinación de la que ya he hablado, creí oportuno interrogarle sobre su semejanza con una Reverenda Madre, y le dije:

– Señor, sé cómo sucede que una Reverenda Madre adquiere los recuerdos de sus antepasados y de otras personas. ¿Cómo sucedió con vos?

– Fue consecuencia del designio de nuestra historia genética, junto con los efectos de la especia. Mi hermana gemela, Ghanima, y yo, despertamos en el vientre de nuestra madre, y se nos estimuló antes de nacer a asumir la presencia de nuestros recuerdos ancestrales.

– Señor... mi Orden llama a esto abominación.

– Y no se equivoca -replicó Leto-. Los números ancestrales pueden resultar abrumadores. ¿Y quién sabe antes de que el suceso se produzca cuál será la fuerza que capitaneará a tal horda, o el bien o el mal?

– Señor ¿cómo vencisteis a esa fuerza?

– No la vencí -contestó Nuestro Señor Leto-. Pero la persistencia del modelo faraónico nos salvó a Ghani y a mi. ¿Conoces ese modelo, Hermana Chenoeh?

– A las miembros de nuestra Orden se nos enseña historia a fondo.

– Si, pero sobre este punto no pensáis igual que yo -dijo Nuestro Señor Leto-. Yo me refiero a una enfermedad del gobierno que se originó en los griegos. quienes la

traspasaron a los romanos. los cuales, a su vez, la desparramaron por tantos lugares que jamás pudo ser completamente erradicada.

– ¿Habla mi Señor con acertijos?

– Nada de acertijos. Detesto este asunto, pero fue lo que nos salvó. Ghani y yo formamos diversas alianzas internas muy poderosas con ciertos antepasados adeptos al modelo faraónico. Ellos nos ayudaron a constituir una identidad entremezclada en el seno de aquella turba aletargada.

– Vuestras palabras me perturban. Señor.

– Es que son perturbadoras.

– ¿Por qué me explicáis estas cosas ahora, Señor? Jamás habiais respondido a ninguna de nosotras de esta forma, por lo menos que yo sepa.

– Porque sabes escuchar, Hermana Chenoeh; porque me obedecerás, y porque jamás volveré a verte.

Nuestro Señor Leto me dijo estas extrañas palabras y después me preguntó:

– ¿Por qué no has hecho ninguna pregunta sobre lo que tu Orden denomina mi demencial tiranía?

Envalentonada por su actitud, me atreví a decir:

– Señor, tenemos noticias de algunas de vuestras sangrientas ejecuciones. Debo deciros que nos preocupan sobremanera.

Entonces Nuestro Señor Leto hizo una cosa muy extraña. Cerró los ojos mientras seguía avanzando y dijo:

– Porque sé que has sido adiestrada para registrar fielmente cuantas palabras escuches, te voy a hablar a ti, Hermana Chenoeh, como si fueras una página de mis diarios. Preserva con esmero estas palabras, pues no quiero que se pierdan.

Aseguro a mis Reverendas Madres y a mis Hermanas en la Orden que lo que sigue a continuación son las palabras textuales de Nuestro Señor Leto, exactamente tal y como él las pronunciara en aquella ocasión:

– Por mi conocimiento, cuando ya no me encuentre conscientemente presente aquí entre vosotros, cuando me halle aquí sólo como una pavorosa criatura del desierto, mucha gente al recordarme dirá de mi que fui un tirano.

"Justo es. He sido un tirano.

"Un tirano. Ni completamente humano ni demente, simplemente un tirano. Pero aún los tiranos corrientes poseen motivos y sentimientos superiores a los que acostumbran a asignarles los miopes historiadores de su época, y ellos me considerarán a mí un gran tirano. Y así mis sentimientos y motivos son un legado que deseo preservar para

que la historia no los distorsione en demasía, pues la historia suele magnificar ciertas circunstancias mientras descarta algunas otras.

"La gente intentará comprenderme y tratará de explicarme con palabras. Buscarán la verdad, mas la verdad siempre acarrea la ambigüedad de las palabras que se emplean para expresarla.

"Tú no me comprenderás. Cuanto más lo intentes, más me alejaré yo, hasta desvanecerme por completo en el eterno mito. ¡Al fin un Dios Viviente!

"Ya ves. Es así. No soy un caudillo, ni tan siquiera un guía. Un dios. Recuerda eso. Completamente distinto de guías y caudillos. Los dioses no tienen que aceptar más responsabilidades que la de la génesis. Los dioses lo aceptan todo, y de ese modo no aceptan nada. Los dioses deben ser identificables y al mismo tiempo permanecer anónimos. Los dioses no necesitan un mundo espiritual. Mis espíritus moran en mi interior, dispuestos a responder a mi más leve llamada. Comparto contigo, porque me conplace hacerlo, lo que he aprendido sobre y a través de ellos. Ellos son mi verdad.

"Desconfia de la verdad, gentil Hermana. Aunque es muy buscada, la verdad puede resultar peligrosa para el que la busca. Los mitos y las leyendas y las mentiras consoladoras son mucho más fáciles de encontrar y de creer. Si encuentras una verdad, aunque sea temporal, quizás te exija realizar cambios dolorosos. Oculta tus verdades en el interior de las palabras. Entonces te veras protegida por la ambigüedad natural. Las palabras resultan mucho más fáciles de asimilar que las agudas puñaladas délficas de mudo portento. Con palabras se puede gritar en el coro:

"-¿Por qué nadie me avisó?

"Pero yo sí te avisé. Te avisé con el ejemplo. No con palabras.

"Inevitablemente. las palabras sobran. Ahora mismo las estás registrando en tu prodigiosa memoria. Y algún día mis diarios serán descubiertos: ¡más palabras! Te advierto a ti que lees mis palabras que lo haces a tu riesgo. Justo debajo de tu superficie yace el mudo movimiento de terribles sucesos. ¡Hazte sordo! No es preciso que oigas, y si oyes, no hace falta que recuerdes. ¡Qué consuelo es olvidar! ¡Y qué peligro!

"Hace tiempo que a las palabras como las mías se les asigna un poder misterioso. Y existe un conocimiento secreto que puede utilizarse para gobernar a los olvidadizos. Mis verdades son la esencia de los mitos y leyendas con que los tiranos siempre han contado para manipular a las masas en beneficio propio.

"¿Lo ves? Lo comparto todo contigo, hasta el misterio mayor de todo el tiempo, el misterio por el cual compongo yo mi vida. Te lo voy a revelar en dos palabras:

"El único pasado que resiste yace enmudecido en tu interior".

Entonces el Dios Emperador guardó silencio, y yo me atreví a preguntar:

– ¿Son estas todas las palabras que mi Señor desea que registre?

– Estas son las palabras -replicó el Dios Emperador, y pensé que sonaba cansado y desalentado. Su voz parecía la de quien acaba de dictar su testamento. Recordé que había dicho que jamás volvería a verme y tuve miedo, pero alabo a mis maestras porque el miedo no se traslució en mi voz.

– Mi Señor Leto -dije yo-, esos diarios de los que habláis, ¿para quién han sido escritos?

– Para la posteridad, para los que vengan dentro de varios milenios. Puedo individualizar bien a esos remotos lectores, Hermana Chenoeh. Pienso en ellos como en esos primos lejanos repletos de curiosidades familiares. Se han propuesto desenmarañar enigmas que sólo yo puedo relatar. Quieren realizar las conexiones personales con sus propias vidas. Quieren los significados. ¡Quieren la verdad!

– Pero vos nos advertís en contra de la verdad, Señor -dije yo.

– ¡Cierto! La historia es en mis manos como un instrumento maleable. Ohhh... he acumulado todos estos pasados y poseo todos los hechos; y sin embargo, los hechos son míos, para usarlos como me plazca, pero aun usándolos con veracidad, los cambio. ¿De qué te estoy hablando ahora? ¿Qué es un diario, qué un relato? Palabras.

Nuevamente Nuestro Señor Leto guardó silencio. Yo medité el portento de cuanto acababa de decir, ponderando la advertencia de la Reverenda Madre Syaksa y las cosas que el propio Dios Emperador me había comunicado anteriormente. Me dijo que yo era su mensajera, y por eso me sentí bajo su protección y capaz de atreverme a más que cualquier otra. Por ello osé decir:

– Mi Señor Leto, habéis dicho que no volveréis a verme. ¿Quiere eso decir que estáis a punto de morir?

Juro aquí, en mi registro de este suceso, que Nuestro Señor Leto se echó a reír y luego dijo:

– No, mi gentil Hermana, tú eres la que vas a morir. No llegarás a ser una Reverenda Madre. No te entristezcas, pues por haber estado hoy aquí presente, por transportar mi mensaje a tu Orden, por preservar con tanto celo mis palabras secretas, alcanzarás mayor nombradía. Así te conviertes en parte integrante de mi leyenda. ¡Nuestros primos lejanos te rezarán a ti para que intercedas ante mí!.

Otra vez Nuestro Señor Leto se echó a reír con una risa afable, y me sonrió con afecto. Me cuesta registrar aquí todos los detalles con la exactitud que se me exhortó a emplear en todos los relatos como éste, pero en el momento en que Nuestro Señor Leto me dijo estas terribles palabras, sentí un profundo vínculo de amistad hacia él, como si algo físico hubiera saltado entre nosotros, uniéndonos de un modo que las palabras no logran expresar. No fue sinó hasta ese instante de mi experiencia cuando comprendí lo que había querido decir con su expresión, la verdad sín palabras.

Nota del Archivero:

A causa de una serie de sucesos intermedios, el descubrimiento de este informe privado se ha convertido en poca cosa más que una nota al pie de página del libro de la historia, interesante porque contiene una de las más tempranas referencias a los Diarios Secretos del Dios Emperador. Quienes deseen estudiar más extensamente este particular, pueden acudir a los Registros de Archivos, subtítulos: Chenoeh, Santa Hermana Quintinius Violet: El informe Chenoeh y Rechazo de la Melange, Aspectos Médicos del.

(Nota: La Hermana Quintinius Violet murió en el año quincuagésimo tercero de su profesión en la Orden, atribuyéndose la causa a una incompatibilidad de la melange durante su período de postulado para acceder a la categoría de Reverenda Madre).

- CAPITULO XX -

Nuestro antecesor, Assur-nasir-apli, conocido como el más cruel entre los crueles, se apoderó del trono tras degollar a su propio padre e iniciar el reinado de la espada. Sus conquistas incluyeron la región del lago Urumia que le abrió las puertas de Commagene y Khabur. Su hijo recibió tributo de los Suitas y también de Tiro, Sidón, Gebel y hasta de Jehu, hilo de Omri, cuyo solo nombre sembraba el terror entre millares. Las conquistas iniciadas por Asur-nasir-apli levantaron en armas los territorios de Media y posteriormente Israel, Damasco, Edom, Aspad, Babilonia y Umlias. ¿Recuerda alguien ahora estos nombres y lugares? Os he dado claves suficientes. Tratad de localizar el planeta.

–Los Diarios Robados

En la profunda garganta del Camino Real que descendía hasta el llano donde se erigía el puente sobre el río Idaho, el aire estaba estancado, en suspenso. La ruta discurría ahora hacia la derecha dejando atrás la inmensa barrera de tierra, piedra y rocas creada por el hombre. Moneo, que caminaba junto al Carro Real, contemplaba la cinta empedrada del camino que, tras salvar una estrecha serranía, conducía a la filigrana de plastiacero que era el puente divisado a un kilómetro de distancia.

El río, hundido aún en un barranco, se replegaba sobre sí mismo describiendo una curva a la derecha y luego se precipitaba en línea recta a través de múltiples cascadas hasta el extremo opuesto del Bosque Prohibido, donde las murallas que circundaban todo el territorio descendían casi hasta el nivel del agua. Allí, a las afueras de Onn, se extendían las huertas y frutales de que se alimentaba la ciudad.

Moneo, contemplando el distante tramo del río visible desde el lugar donde se encontraban, vio que las rocas que coronaban el barranco se hallaban bañadas por la luz, mientras que las aguas borboteaban aún en las sombras rotas tan sólo por el pálido esplendor plateado de las cascadas.

Ante su vista la calzada que conducía al puente brillaba al sol flanqueada por las sombras de los barrancos de erosión, semejantes a enormes flechas negras colocadas allí para indicar el camino. Pese a lo temprano de la hora, el calor agobiaba ya el camino, cuyo aire tremolaba anunciando el sofocante día que se avecinaba.

Estaremos ya en la ciudad antes de que arrecie el calor, pensó Moneo.

Avanzaba corriendo con la fatigada paciencia que solía invadirle en ese punto, con la atención fija en los Fremen de Museo y la petición con que habían de salirles al paso. Sabía que saldrían de uno de los barrancos de erosión, en cualquier lugar antes de cruzar el puente, pues tal era lo que con ellos había convenido. Imposible detenerlos a estas alturas, y el Dios Emperador mostraba todavía signos del Gusano.

Leto oyó a los Fremen antes de que cualquier miembro de su séquito pudiera verlos u oírlos.

– ¡Escucha! -exclamó. Moneo se puso alerta.

Leto balanceó el cuerpo en el carro, arqueó la parte delantera, y sacó la cabeza de la burbuja para investigar.

Moneo conocía perfectamente aquellos movimientos. Los sentidos del Dios Emperador, superiores en agudeza a los de todos cuantos le rodeaban, habían percibido una perturbación en el camino. Los Fremen empezaban a subir hacia la calzada. Moneo se retrasó un paso para desplazarse hasta el límite de la posición que le obligaba a ocupar el protocolo. Entonces también lo oyó él.

Era ruido de gravilla suelta.

Del fondo de los barrancos que bordeaban ambos lados de la ruta, y a unos cien metros de distancia del Cortejo Real, aparecieron los primeros Fremen.

Duncan Idaho corrió a colocarse junto a Moneo. Aminorando el paso, le preguntó:

– ¿Son estos los Fremen?

– Sí -contestó Moneo, con la atención fija en el Emperador, que había vuelto a acomodar su mole en el carro.

Los Fremen de Museo se congregaron en mitad del camino y comenzaron a despojarse de sus mantos, mostrando sus túnicas de color rojo y morado. Moneo contuvo la respiración. Los Fremen se habían ataviado de peregrinos, con una especie de prendas negras asomando por debajo de las túnicas. Los situados en las filas delanteras comenzaron a agitar unos rollos de papel, mientras el grupo al unísono comenzaba a cantar y bailar en dirección al Cortejo Real.

– ¡Una petición, Señor! -exclamaban los jefes-. ¡Oid nuestra petición!

– ¡Duncan! -bramó Leto- ¡Despeja el camino!

Al escuchar el grito de su Señor, un grupo de Habladoras Pez salió de entre los cortesanos, Idaho les ordenó con un gesto que avanzaran y comenzó a correr en dirección a la turba de Fremen. Las guardias se ordenaron en formación de falange, y Duncan Idaho ocupó la posición del vértice.

Leto cerró violentamente la cubierta burbuja de su carro, aceleró su velocidad, y comenzó a gritar a través de un amplificador:

– ¡Despejad el camino! ¡Despejad el camino!

Los Fremen de Museo, viendo que la guardia se abalanzaba contra ellos y que a los gritos de Leto el carro ganaba velocidad, hicieron como que abrían un paso por el centro del camino. Moneo, obligado a correr para no distanciarse del vehículo real, y atento momentaneamente al ruido de las pisadas de los cortesanos que corrían detrás de él, vio con gran sorpresa el primer cambio de programa de los Fremen.

En efecto, como un solo hombre, la desordenada turba de cantores arrojaron sus mantos de peregrino, revelando unos uniformes negros idénticos al utilizado por Idaho.

¿Qué están haciendo?, se preguntó Moneo.

En el preciso momento en que se hacía esta pregunta, Moneo vio diluirse las facciones de las caras de sus atacantes a la manera de los Danzarines Rostro, y adoptar todas ellas la identidad de Duncan Idaho.

– ¡Danzarines Rostro! -gritó alguien.

También Leto se había desconcertado ante lo confuso de los acontecimientos, ensordecido por el ruido de las pisadas que corrían por el camino y por los gritos que ordenaban a las Habladoras Pez formarse en orden de combate. Había aumentado la velocidad del carro para acortar la distancia que le separaba de su guardia y entonces, tras poner en funcionamiento una sirena, había empezado a tocar la bocina de distorsión con que iba provisto su vehículo. Un ruido blanco ensordeció la escena, desorientando incluso a algunas de las Habladoras Pez que se hallaban condicionadas para él.

En ese momento los peregrinos se despojaron de sus ropas y comenzaron su maniobra de transformación, convirtiendo sus caras en una innumerable repetición de Duncan Idahos. Leto oyó gritar: "¡Danzarines Rostro!", e identificó al que lo había proferido, un funcionario consorte del Departamento de Contabilidad Real.

La reacción inicial de Leto fue de regocijo.

Guardias y Danzarines Rostro se lanzaron al ataque. Los cánticos de los suplicantes se vieron reemplazados por gritos y bramidos, entre los cuales Leto distinguió órdenes tleilaxu. Un espeso nudo de Habladoras Pez se formó en torno a la figura negra de su Duncan. Las Guardias obedecían las reiteradas instrucciones de Leto de que protegiesen a su comandante-ghola.

¿Pero cómo le distinguirán de los demás?

Leto frenó el carro hasta casi detenerlo. A su izquierda veía a las Habladoras Pez blandiendo sus mazas. El sol centelleaba en los puñales. Luego se oyó el sordo zumbido de las pistolas láser, sonido que la abuela de Leto describió una vez como "el más horrible de todo nuestro universo". Nuevos gritos y chillidos emergieron de las filas de vanguardia.

Leto reaccionó al escuchar el primer zumbido de las pistolas láser. Con un brusco giro a la derecha apartó el Carro Real del centro de la calzada, cambió la suspensión del vehículo de ruedas a suspensores, y lo lanzó como un ariete contra un nutrido grupo de Danzarines Rostro que pugnaban por unirse desde aquel lado a la refriega. Describiendo un arco muy cerrado, aplastó a varios mas por el otro lado, percibiendo el crujiente impacto de los cuerpos contra el plastiacero y un chorro de sangre, antes de salirse del camino y precipitarse a uno de los barrancos de erosión. Los pardos bordes dentados del barranco pasaron como rayos por su lado. Se lanzó hacia arriba y de un salto cruzó el curso del río, avanzando hacía un baluarte rocoso que se elevaba junto al Camino Real. Allí, fuera del alcance de las pistolas láser, se detuvo y se volvió para contemplar la escena.

¡Qué sorpresa!

Las carcajadas sacudieron su gigantesco cuerpo con convulsiones incontenibles y temblorosas. Lentamente, su risa se fue calmando.

Desde su atalaya, Leto dominaba el puente y la zona del combate. Los cadáveres yacían desparramados en confuso desorden alfombrando la escena de la batalla y los barrancos de los lados. Divisó entre ellos elegantes atavios cortesanos, uniformes de Habladoras Pez, y el negro ensangrentado del disfraz de los Danzarines Rostro. Los cortesanos supervivientes se habían congregado al fondo en un apretado grupo, mientras que las Habladoras Pez corrían por entre los caídos asegurándose de que los atacantes estaban muertos propinando una certera puñalada a todos los cadáveres.

Leto escudriñó la escena buscando el uniforme negro de su Duncan. No vio ningún uniforme como aquel de pie. Ni uno solo. Leto contuvo una oleada de frustración, y luego vió a un racimo de Habladoras Pez agrupadas entre los cortesanos, y en medio una... una figura desnuda.

¡Desnuda!

¡Era su Duncan! ¡Desnudo! ¡Claro! ¡El único Duncan Idaho sin uniforme no era un Danzarín Rostro!

Nuevamente las carcajadas le estremecieron. Sorpresas por todos lados. Qué inesperado para los atacantes. Evidentemente, no habían calculado aquella reacción.

Leto condujo nuevamente el carro hacia el camino, colocó las ruedas otra vez en posición, y se dirigió hacia el puente. Lo cruzó con una sensación de hastio, rememorando aburrido los innumerables puentes que había visto en sus recuerdos y las numerosas veces que los habría cruzado para contemplar los estragos y despojos causados por una batalla. Terminaba de cruzarlo cuando Idaho, separándose del grupo de guardias, corrió hacia él saltando y esquivando los cadáveres. Leto detuvo el carro y se quedó observando a la figura desnuda que se acercaba corriendo. El Duncan parecía un guerrero griego, un mensajero que corriera hacia su comandante para informarle del resultado de la batalla. La condensación de la historia aturdió los recuerdos de Leto.

Con un patinazo, Idaho se detuvo junto al carro, y Leto abrió la cubierta transparente de la burbuja.

– ¡Danzarines Rostro, malditos ellos! -jadeó Idaho.

Sin intentar disimular su regocijo, Leto preguntó:

– ¿De quién fue la idea de despojarte de tu uniforme?

– ¡Mia! ¡Pero no me dejaron pelear!

Entonces llegó Moneo corriendo con un grupo de guardias. Una de las Habladoras Pez le lanzó a Idaho un manto azul de una de las guardias, al tiempo que le gritaba:

– Estamos intentando reunir un uniforme completo entre todos los cadáveres!

– El mío lo desgarré -explicó Idaho.

– ¿Escapó alguno de los Danzarines Rostro? -preguntó Moneo.

– Ni uno -respondió Idaho-. Debo admitir que vuestras mujeres son buenas luchadoras, pero no me dejaron penetrar en...

– Porque tienen instrucciones de protegerte -dijo Leto-. Siempre protegen al más valioso...

– ¡Murieron cuatro sacándome de allí! -dijo Idaho.

– En total hemos sufrido más de treinta bajas, Señor -informó Moneo-. Aún no hemos finalizado el recuento.

– ¿Cuántos Danzarines Rostro? -quiso saber Leto.

– Parece que eran una cincuentena, Señor -contestó Moneo, en voz baja y con expresión afligida.

Leto empezó a reírse.

– ¿De qué os reís? -preguntó Idaho-. Más de treinta personas de nuestro...

– ¡Qué ineptos se han vuelto esos tleilaxu! -exclamó Leto- ¿No te das cuenta de que tan sólo quinientos años atrás hubieran sido mucho más eficientes, mucho más peligrosos? Imagínatelos preparando esta estúpida mascarada y sin calcular tu brillante reacción!

– Iban armados con pistolas láser -dijo Idaho.

Leto retorció sus abultados segmentos frontales y, hacia la mitad del dosel de su carro, señaló un agujero cuyos bordes, arrugados y derretidos revelaban ser producto de una quemadura.

– También me dispararon debajo, en varios sitios, pero por fortuna no alcanzaron ni las ruedas ni los suspensores.

Idaho se quedó mirando el agujero del dosel, observando que coincidía con el cuerpo de Leto.

– ¿No os alcanzó este disparo? -pregunto.

– Si -contestó Leto.

– ¿Estáis herido?

– Soy inmune a los rayos láser -mintió Leto-. Cuando tengamos tiempo te lo demostraré.

– Pues yo no soy inmune -replicó Idaho-, ni vuestra guardia tampoco. Tendríamos que llevar todos un cinturón escudo.

– Los escudos estan prohibidos en todo el Imperio -dijo Leto-. Es delito capital estar en posesión de un escudo.

– La cuestión de los escudos... -se aventuró a decir Moneo.

Idaho, creyendo que Moneo solicitaba una explicación acerca de estos artefactos, dijo:

– Los cinturones desarrollan un campo de fuerza capaz de repeler cualquier objeto que trate de penetrar en él a velocidad peligrosa. Tienen, sin embargo, un inconveniente grave. Si se intersecta un campo de fuerza con un rayo láser, la explosión resultante equivale a la de una gran bomba de fusión. Y así, atacante y atacado desaparecen juntos.

Moneo se limitó a quedarse mirando a Idaho, que asentía con la cabeza.

– Ya veo por qué estan prohibidos -dijo al fin-. Supongo que la Gran Convención contra las armas atómicas continúa vigente y operando con óptimos resultados.

– Efectivamente, aún funciona mejor desde que localizamos las atómicas de la Familia y las pusimos a buen recaudo -replicó Leto-. Pero ahora no tenemos tiempo de discutir tales asuntos.

– De un asunto si deberíamos hablar -dijo Idaho-. Andar por aquí al descubierto es demasiado arriesgado. Tendríamos que...

– Es la tradición, y no vamos a quebrantarla -dijo Leto.

Moneo se inclinó hacia Idaho para decirle al oído:

– Estas irritando a Nuestro Señor Leto.

– Pero...

– ¿No has pensado cuánto más fácil resulta controlar a una población andante? -preguntó Moneo.

Idaho dio un brinco y se quedó mirando a Moneo, al comprender de repente su sugerencia.

Leto aprovechó la oportunidad para comenzar a dictar órdenes.

– Moneo, ocúpate de que no quede aquí rastro alguno del ataque, ni una mancha de sangre, ni un jirón de un uniforme, nada.

– Sí, Señor.

Idaho se dio la vuelta al oír pasos de gente que se acercaba y vio que todos los supervivientes, incluso los heridos, pertrechados con vendajes de emergencia, se habían acercado a escuchar.

– Y todos vosotros -añadió Leto, dirigiéndose al grupo que se había congregado en torno al carro-, no digáis sobre este asunto una palabra. Dejad que los tleilaxu se preocupen.

Miró a Idaho.

– Duncan ¿cómo entraron esos Danzarines Rostro en mi territorio, donde sólo mis Fremen de Museo estan autorizados a vagar en libertad?

Idaho lanzó una mirada involuntaria a Moneo.

– Señor, es culpa mía -declaró Moneo-. Yo fui quien dispuso que los Fremen os entregaran aquí su petición. Hasta incluso tranquilicé las aprensiones de Duncan Idaho respecto a ellos.

– Recuerdo vagamente que mencionaste la petición -replicó Leto.

– Pensé que quizás os divirtiera, Señor.

– Las peticiones no me divierten, me molestan. Y me molestan especialmente la de aquellos que se hallan presentes en mi estructura y esquema de gobierno con el único propósito de preservar formas de vida y costumbres arcaicas.

– Señor, habiais mencionado tantas veces el aburrimiento de estas peregrinaciones a...

– ¡Yo no estoy aquí para aliviar el aburrimiento de los demás!

– ¿Señor?

– Los Fremen de Museo no saben ni entienden nada de las antiguas costumbres. Sólo sirven para reproducir los movimientos. Esto, como es natural, les aburre, y sus peticiones sólo buscan introducir cambios. Eso es lo que me molesta. No voy a permitir cambio alguno. Bien, dime: ¿Quién te informó de la supuesta petición?

– Fueron los propios Fremen -respondió Moneo-. Una dele... -Se interrumpió, frunciendo el ceño.

– ¿Conocías a los componentes de esa delegación?

– Por supuesto, Señor; de lo contrarío...

– Estan muertos -dijo Idaho.

Moneo le miró sin comprender.

– Los que se pusieron en contacto contigo fueron muertos y sustituidos por Danzarines Rostro.

– He sido muy descuidado -manifestó Leto-. Hubiera debido enseñaros a todos cómo detectar a un Danzarín Rostro. Bien, corregiremos este fallo ahora que se vuelven tan estúpidamente descarados.

– ¿Por qué se muestran tan atrevidos? -preguntó Idaho.

– Tal vez para distraernos de otra cosa -sugíríó Moneo.

Leto sonrió a Moneo. A pesar de hallarse bajo la tensión de una amenaza personal, la mente del mayordomo funcionaba con toda normalidad. Le había fallado a su Señor confundiendo a unos Danzarines Rostro con unos Fremen, y Moneo intuía que la continuación de su servicio pudiera depender de las cualidades que habían movido originariamente al Dios Emperador a elegirle para el puesto que ocupaba.

– Y ahora tenemos tiempo de organizarnos -dijo Leto.

– ¿Distraernos de qué? -preguntó Idaho.

– De otra conspiración en la que también participan -repuso Leto-. Piensan que les voy a castigar severamente por esto, pero la esencia tleilaxu permanece a salvo gracias a ti, Duncan.

– Aquí no querían fracasar -replicó Idaho.

– Pero se trataba de una contingencia para la cual estaban preparados -dijo Moneo.

– Ellos creen que nunca les destruiré porque tienen en su poder las células originales de mi Duncan Idaho -dijo Leto-. ¿Lo entiendes ahora, Duncan?

– ¿Y tienen razón? -preguntó Idaho.

– Cada vez la tienen menos -replicó Leto; y dirigiéndose a Moneo añadió-: No hay que llevar a Onn ninguna señal que revele este suceso. Nuevos uniformes, guardias de repuesto para sustituir a los muertos y heridos... todo exactamente igual que estaba.

– Hay algunos muertos entre los cortesanos, Señor -dijo Moneo.

– ¡Reemplázalos!

Moneo se inclinó.

– Sí, Señor.

– ¡Y manda traer un dosel nuevo para mi carro!

Leto hizo retroceder levemente el carro, giró y enfiló hacia el puente, gritando a Idaho:

– ¡Duncan, me acompañarás tú!

Lentamente al principio, con la desgana patente en todos sus movimientos, Idaho abandonó a Moneo y al resto del cortejo y, apresurando el paso, se situó junto a la burbuja abierta del carro, desde donde se puso a caminar con el rostro vuelto hacia Leto.

– ¿Qué te preocupa, Duncan? -preguntó Leto.

– ¿Pensáis en mí como en vuestro Duncan?

– Claro; igual que tú piensas en mí como en tu Leto.

– ¿Como es que no supisteis que iba a producirse este ataque?

– ¿Mediante mí tan alardeada presciencia?

– Sí.

– Hace mucho tiempo que los Danzarines Rostro no merecen mi atención.

– Supongo que esto ahora habrá cambiado.

– No en demasía.

– ¿Por qué no?

– Moneo tiene razón. No voy a permitir que me distraigan.

– ¿Podían realmente haberos matado?

– Cabía la posibilidad. ¿Sabes, Duncan?, pocos comprenden el gran desastre que significaría mi muerte.

– ¿Qué traman los tleilaxu?

– Una trampa, creo yo. Una trampa encantadora. Duncan, me han enviado una señal.

– ¿Qué clase de señal?

– Se ha producido una nueva escalada en los desesperados motivos que impulsan a algunos de mis súbditos.

Dejaron atrás el puente y comenzaron a subir a la atalaya de Leto. Idaho caminaba en un silencio en estado de ebullición.

Llegados a la cima, Leto paseó la mirada por los lejanos acantilados, y permaneció unos instantes contemplando los desérticos parajes del Sareer.

Las lamentaciones de los miembros de su séquito que habían perdido a algún ser querido en la refriega seguían elevándose en el escenario de la batalla al otro lado del puente. Con su agudo oído, Leto logró identificar la voz de Moneo advirtiéndoles de la necesidad de abreviar sus llantos, pensar en los familiares que les aguardaban en la Ciudadela, y no provocar con su actitud las iras del Dios Emperador, por todos conocidas.

Cuando lleguemos a Onn habrán enjugado sus lágrimas y exhibirán sonrisas de muñecos, pensó Leto. Piensan que les espoleo. ¿Qué importa eso en realidad? Eso es una ínfima molestia entre los que viven poco y los que piensan poco.

La vista del desierto le tranquilizó. Desde este lugar no divisaba el río hundido en su garganta a menos que girase en redondo y mirase en dirección a la Ciudad Sagrada. El Duncan, por fortuna, permanecía en silencio al lado del carro. Desviando la vista ligeramente hacia la izquierda, Leto divisaba uno de los bordes del Bosque Prohibido. Estimulada por la imagen de aquel exuberante paisaje, su memoria comprimió la vasta extensión del Sareer en un débil y minúsculo vestigio de aquel planeta enteramente desierto, antaño tan poderoso que era temido por todos los hombres, incluso por los salvajes Fremen que lo habían habitado.

Es el río, pensó Leto. Si me vuelvo, veré lo que he hecho.

El cauce artificial por el que se precipitaba el río Idaho no era mas que una prolongación del Desfiladero abierto con ayuda de explosivos por Paul Muad'Dib en la Muralla Escudo para permitir el paso de sus legiones montadas a lomos de gusanos. Por aquel camino, sepultado ahora bajo las aguas, condujo Muad'Dib a sus huestes Fremen líbrándolas del polvo de una tormenta de coriolis y abriéndoles las puertas de la historía... y de esto.

Leto oyó las conocidas pisadas de Moneo y los jadeos del mayordomo que ascendía trabajosamente a la atalaya. Moneo llegó junto a Idaho, y se detuvo un instante a recobrar el aliento.

– ¿Cuánto falta para que podamos irnos? -pregunto Idaho.

Moneo le indicó con un gesto que guardara silencio y, dirigiéndose a Leto, dijo:

– Señor, hemos recibido un mensaje de Onn. La Bene Gesserit informa que los tleilaxu nos atacarán antes de cruzar el puente.

– Llegan un poco tarde ¿no? comentó Idaho con un bufido.

– No es culpa suya -replicó Moneo-. El capitan de la Guardia de Habladoras Pez no quiso dar crédito a estas palabras.

Varios miembros del cortejo de Leto comenzaron a subir a la atalaya. Algunos parecían drogados, conmocionados aún por el suceso que acababan de vivir. Las Habladoras Pez revoloteaban enérgicas entre ellos, ordenándoles mostrar una actitud menos doliente.

– Suprimid la Guardia destacada en la Embajada de la Bene Gesserit -ordenó Leto-, y enviadles un mensaje diciendo que su audiencia sigue siendo la última, pero que no

teman por ello. Decidles que los últimos serán los primeros. Seguro que comprenden la alusión.

– ¿Y en cuanto a los tleilaxu? -quiso saber Idaho.

Leto no desvió su atención de Moneo.

– Sí, los tleilaxu. Les mandaremos una señal.

– ¿Señor?

– Cuando yo lo ordene, pero no hasta entonces, harás que el embajador tleilaxu sea públicamente azotado y expulsado del país.

– ¡Señor!

– ¿No estas de acuerdo?

– Si queremos mantener en secreto lo... -Moneo lanzó una mirada por encima del hombro-, ¿qué explicación vamos a dar de los azotes?

– No vamos a dar ninguna explicación.

– ¿No vamos a ofrecer razón alguna?

– Ninguna.

– Pero, Señor, los bulos y rumores que eso...

– ¡Estoy reaccionando, Moneo! Que sientan esa parte subterránea de mí ser que actúa sin mí conocimiento porque no posee ni el medio ni los recursos del conocimiento.

– Esto provocará un gran temor, Señor.

Un repentino estallido de risa escapó de la boca de Idaho, que se interpuso entre Moneo y el vehículo real.

– ¡Pero si es una finura tratar así a ese embajador! Gobernantes ha habido que a un necio de esa clase lo hubieran hecho matar a fuego lento.

Moneo trató de dirígirse a Leto por encima del hombro de Idaho.

– Pero Señor, tal acción confirmará a los tleilaxu que fuísteis efectivamente atacado.

– Eso ya lo saben -repuso Leto-. Pero no hablarán de ello.

– Y cuando ninguno de los atacantes regrese... -dijo Idaho.

– ¿Lo entiendes, Moneo? -siguió diciendo Leto-. Cuando entremos en Onn aparentemente ilesos, los tleilaxu creerán que han sufrido un rotundo fracaso.

Moneo lanzó una mirada a su alrededor, contemplando a las Habladoras Pez y cortesanos que escuchaban hipnotizados esta conversación. Rara vez había oido alguno de ellos un dialogo tan revelador entre el Dios Emperador y sus más íntimos colaboradores.

– ¿Cuándo dará mi Señor la señal de castigar al embajador? -preguntó Moneo.

– Durante la audiencia.

Leto oyó acercarse a varios tópteros, divisó el centelleo del sol en sus alas y rotores, y al fijar la vista distinguió el dosel de repuesto para su carro suspendido de uno de ellos. Ordena que el dosel estropeado se lleve a la Ciudadela para que lo reparen -dijo Leto, observando todavía la llegada de los tópteros-. Decid a los operarios que a todos cuantos pregunten contesten que es cosa de rutina, otro dosel estropeado por una tormenta de arena.

– Sí, Señor. -suspiró Moneo-. Se hará como vos digáis.

– Vamos, Moneo, arriba ese ánimo -le exhortó Leto-. Ven a caminar al lado mío en cuanto reanudemos la marcha.

– Y, volviéndose hacia Idaho, añadió-: Toma a unos cuantos guardias y ve a explorar el camino.

– ¿Creéis que puede producirse un nuevo ataque?

– No, pero así los guardias tendrán algo que hacer. Y ponte un uniforme nuevo. No quiero que lleves una prenda contaminada por los sucios tleilaxu.

Idaho se alejó para obedecer las órdenes.

Leto hizo entonces señas a Moneo de que se aproximara al carro, y cuando éste se inclinaba hacia el interior del vehículo, con el rostro a menos de un metro de distancia del del Emperador, Leto bajo la voz y le dijo:

– Hay una lección muy especial para ti, Moneo, en todo esto.

– Señor, sé que hubiera debido sospechar de los Danzarines...

– ¡Nada de Danzarines Rostro! Es una lección para tu hija.

«¿Siona? ¿Qué tiene ella que...?”

– Dile esto: en cierta manera, en una muy frágil manera, ella es como esa fuerza mía interna que actúa sin conocimiento. A causa de ella, de tu hija, yo recuerdo lo que era ser humano... y amar.

Moneo se quedó mirando a Leto sin comprender.

– Transmitele simplemente este mensaje -dijo Leto-. No hace falta que intentes comprenderlo. Limítate a comunicarle mis palabras.

Moneo se retiró.

– Como mi Señor lo ordene.

Leto cerró entonces el dosel de la burbuja, unificando la superficie de la cubierta para que los operarios llegados en los tópteros pudieran cambiarlo.

Moneo se volvió y se quedó contemplando a la gente que esperaba en la pequeña explanada de la atalaya. Entonces notó un detalle que antes le había pasado por alto, un detalle puesto de manifiesto por el desaliño que muchos ostentaban sin haber podido aún remediar. Algunos cortesanos iban equipados con delicados dispositivos para mejorar la audición. Habían estado escuchando. Y tales aparatos sólo podían proceder de Ix.

Tendré que avisar al Duncan y a la Guardia, pensó Moneo.

En cierta manera, consideró este descubrimiento como un síntoma de podredumbre. ¿Cómo podían prohibir tales aparatos cuando casi todos los cortesanos y las Habladoras Pez sabían o sospechaban que el Dios Emperador compraba a Ix máquinas prohibidas?

- CAPITULO XXI -

Estoy empezando a odiar el agua. La piel de trucha de arena que impulsa mi metamorfosis ha adquirido ya la sensibilidad del gusano. Moneo y muchas de mis guardias conocen mi aversión. Sólo Moneo sospecha la verdad, es decir, que esto constituye un hito importante. En él siento mi final, que ocurrirá no pronto para como Moneo mide el tiempo, pero si lo bastante para como yo lo soporto. Las truchas de arena se abalanzaban sobre el agua en los tiempos de Dune, lo cual fue un problema durante las primeras fases de nuestra simbiosis. A fuerza de voluntad logré dominar aquella necesidad, entonces y durante el período que tardamos en alcanzar un estado de equilibrio. Ahora debo evitar el agua porque no existen más truchas de arena que las semialetargadas criaturas que componen mi epidermis. Sin las truchas de arena que devuelvan este mundo al desierto que fue, Shai-Hulud no emergerá; el gusano de arena no puede desarrollarse hasta que la tierra esté reseca. Yo soy su única esperanza.

–Los Diarios Robados

Era ya media tarde cuando el Cortejo Real enfiló el descenso de la última cuesta que iba a conducirlo al interior del recinto de la Ciudad Sagrada. Una inmensa muchedumbre, a la que trataban de contener nutridas hileras de corpulentas Habladoras Pez, ataviadas con uniformes de la casa Atreides y las mazas en cruz y enlazadas, se agolpaba en las calles para darle la bienvenida.

Al ver acercarse a la comitiva real, un ensordecedor clamor de vítores y aplausos se elevó de la multitud. En aquel momento las Guardias Habladoras Pez empezaron a salmodiar:

– ¡Siaynoq! ¡Siaynoq! ¡Siaynoq!

Aquella repetida palabra resonando entre los elevados edificios de la ciudad produjo un extraño efecto en la muchedumbre, que no se hallaba iniciada en su significado. Una oleada de silencio invadió las aglomeradas avenidas mientras las guardias continuaban repitiendo su salmodia. La gente contemplaba amedrentada a las mujeres armadas con sus mazas, encargadas de escoltar el paso de la comitiva, a las mujeres que repetían su grito con la mirada fija en el rostro de su Señor.

Idaho, que marchaba con las Guardias Habladoras Pez detras del Carro Real, oía la salmodia por primera vez, y sintió el pelo de su nuca ponérsele de punta.

Moneo caminaba junto al carro sin mirar a derecha ni a izquierda. En una ocasión le había preguntado a Leto el significado de aquella palabra.

– Yo exijo a mis Habladoras Pez un único ritual -había dicho Leto. Se encontraban entonces en el Salón de Audiencias situado bajo la plaza central de Onn, con Moneo fatigado tras un día agotador dedicado a dirigir y acomodar el flujo de dignatarios que atestaban la ciudad para participar en las celebraciones y festejos de su Festival Decenal.

– ¿Qué tiene que ver con ello esa palabra que salmodiaban. Señor?

– El ritual se llama Siaynoq, que quiere decir la Fiesta de Leto. Consiste en la adoración de mi persona en mi presencia.

– ¿Es un ritual antiguo, Señor?

– Lo poseían los Fremen antes ya de ser Fremen. Pero las claves de los secretos del Festival murieron con los mas viejos. Ahora tan sólo yo los recuerdo. Por eso he recreado el festival a mí propia semejanza y para mis propios fines.

– ¿Entonces los Fremen de Museo no utilizan este ritual?

– No, jamas. Este ritual es mío y solo mío. Y exijo sobre él derecho eterno, porque este ritual soy yo.

– Es una palabra extraña. Jamas había oído nada parecido.

– Posee muchos significados, Moneo. Si te los digo, ¿sabrás guardar el secreto?

– ¡Es orden de mi Señor!

– No compartas jamas con nadie ni reveles a las Habladoras Pez esto que ahora voy a decirte.

– Lo juro, Señor.

– Muy bien. Siaynoq significa honrar al que habla con sinceridad. Significa el recuerdo de cosas dichas con sinceridad.

– Pero, Señor, ¿la sinceridad no significa acaso que el que habla cree... tiene fe en lo que se dice?

– Si, pero Siaynoq contiene también la idea de la luz como aquello que revela la realidad. Pues se continúa arrojando luz sobre aquello que se ve.

– Realidad... qué palabra tan ambigua, Señor.

– ¡En efecto! Pero Siaynoq alude también a la fermentación porque la realidad, o la creencia de que se conoce la realidad, que es lo mismo, provoca siempre un fermento en el universo.

– ¡Todo eso en una única palabra, Señor!

– ¡Y mucho mas! Siaynoq contiene también la llamada a la oración y el nombre del Angel del Registro, Sihaya, que interroga a los que acaban de morir.

– Una gran carga para una sola palabra.

– Las palabras pueden acarrear cualquier carga que nosotros deseemos. Todo lo que se requiere es concordancia y una tradición sólida, capaz de sustentar lo que se desea construir.

– ¿Por qué no debo hablar de esto a las Habladoras Pez?

– Porque es una palabra especialmente reservada para ellas, y les ofende el que yo la comparta con un varon.

Los labios de Moneo se apretaron en una fina línea que evocaba el recuerdo al penetrar al lado del Carro Real en el recinto de la Ciudad Sagrada. Había oído a las Habladoras Pez cantar al Dios Emperador en su presencia muchas veces desde aquella ocasión en que obtuviera la primera explicación, y desde entonces había añadido incluso sus propios significados a la extraña palabra.

Significa misterio, prestigio. Significa poder. Invoca la licencia de actuar en el nombre de Dios.

– ¡Siaynoq! ¡Siaynoq! ¡Siaynoq!

La palabra sonaba agría a oídos de Moneo.

Se hallaban ya en el interior de la ciudad, llegando casi a su plaza central. La luz del sol poniente iluminaba el Camino Real que el cortejo iba dejando atras, daba gran esplendor a los vistosos atavios de los habitantes de la ciudad, y brillaba en las caras arrobadas de las Habladoras Pez apostadas a lo largo del recorrido.

Idaho, que avanzaba junto al carro con la guardia, provocó la primera alarma mientras duraba la salmodia al preguntar su significado a una de las guardias de su grupo.

– No es una palabra para hombres -respondió la Habladora Pez-, pero a veces Nuestro Señor Leto comparte Siaynoq con un Duncan.

¡Un Duncan! Se lo había preguntado a Leto un poco antes, sin conseguir mas que disgustarse por sus continuas evasivas.

– Lo sabras dentro de poco.

Idaho relegó a segundo plano su interés por la salmodia y se dedicó a mirar a su alrededor con curiosidad de turista. Como preparación para sus deberes de Comandante en jefe de la Guardia, Idaho había solicitado información sobre la historía de Onn, descubriendo que compartía el perverso regocijo de Leto ante el hecho de que el río Idaho estuviera discurriendo cerca.

Se encontraban en aquella ocasión en una de las amplias estancias abiertas de la Ciudadela, una pieza aireada e invadida por el sol de la mañana, amueblada con unas grandes mesas sobre las cuales varias archiveras Habladoras Pez habían desplegado planos del Sareer y de Onn. Leto había conducido su carro hasta una pequeña rampa que le permitía contemplar los planos, mientras que Idaho estaba de pie ante una mesa atestada de ellos, examinando el que correspondía a la Ciudad Sagrada.

– Extraño trazado el de esta ciudad -comentó Idaho.

– Fue concebida para un propósito primordial: la exposición y contemplación pública del Dios Emperador.

Idaho levantó la vista para dirigirla al enorme cuerpo segmentado que reposaba en el carro, y luego la detuvo en el rostro enmarcado en su cogulla, preguntándose si llegaría alguna vez a acostumbrarse a contemplar sin extrañeza aquella insólita figura.

– Pero eso ocurre sólo una vez cada diez años -replicó Moneo.

– Si, en efecto, durante la gran participación.

– ¿Y simplemente se cierra en los períodos comprendidos entre dos festivales?

– Bueno, tienen en ella su sede las embajadas, las oficinas de las agencias comerciales, las escuelas de Habladoras Pez, los cuadros de servicios y mantenimiento, y los museos y las bibliotecas.

– ¿Y qué espacío ocupan todas estas entidades? -Idaho golpeó suavemente el plano con los dedos-. ¿Una décima parte de la ciudad como mucho?

– Bastante menos.

Idaho dejó vagar su mirada por el plano, pensativo.

– ¿Hay algún otro propósito en este trazado, Señor?

– Responde basicamente a la necesidad de exponer públicamente mi persona. Una vez cada diez años.

– Pero debe haber funcionarios, empleados del gobierno y hasta operarios y obreros. ¿Dónde vive esta gente?

– En general en los suburbios.

Idaho señaló el plano.

– ¿Esas gradas de apartamentos?

– Fíjate en los balcones, Duncan.

– Todos alrededor de la plaza. -Se inclinó para estudiar el esquema-. ¡Esa plaza tiene dos kilómetros de ancho!

– Fijate que los balcones están dispuestos en escalones justo hasta el círculo de espiras. Las espiras están reservadas para los ciudadanos mas selectos.

– ¿Y así todos pueden contemplaros en la plaza?

– ¿No te gusta, acaso?

– ¡No hay siquiera una barrera energética que os proteja!

– Qué blanco tan atractivo ofrezco, ¿verdad?

– ¿Por qué lo hacéis?

– Existe una leyenda deliciosa sobre el trazado de Onn, que yo fomento cuanto puedo. Se dice que en tiempos vivió aquí un pueblo que exigía a su rey caminar entre sus súbditos una vez al año en total oscuridad, desarmado y desprovisto de toda armadura. Este legendario rey se ataviaba con un vestido luminescente para realizar su paseo por entre la muchedumbre envuelta en sombras de sus súbditos. Y ellos, sus súbditos, para esta ocasión, vestían de negro, y jamas se les registraba en busca de armas.

– ¿Qué tiene eso que ver con Onn... y con vos?

– Bueno, pues evidentemente, si el rey salía con vida del paseo, es que era un buen rey.

– ¿Vos tampoco efectuáis registros de armas?

– Abiertamente no.

– Pensáis que la gente os identifica con esta leyenda -No se trataba de una pregunta.

– Muchos así lo creen.

Idaho contempló el rostro de Leto hundido en los pliegues grises de su cogulla. Sus ojos completamente azules, de un azul sobre azul, le devolvieron inexpresivos la mirada.

Ojos de melange, pensó Idaho. Pero Leto afirmaba que no consumía ni un gramo de especia, puesto que su organismo proporcionaba toda la que su adicción requería.

– No te agrada mi santa obscenidad, mi forzosa tranquilidad -dijo Leto.

– ¡No me agrada que juguéis a ser dios!

– Pero un dios puede dirigir un imperio de igual modo que un director de orquesta dirige una sinfonía, a través de sus movimientos. Mi actuación tan sólo se ve limitada por mi restricción al territorio de Arrakis. Debo dirigir la sinfonía desde aquí.

Idaho agitó la cabeza y contempló una vez mas el plano de la Ciudad.

– ¿Qué son esos apartamentos situados detras de las espiras?

– Alojamientos de inferior categoría para nuestros visitantes.

– No ven la plaza.

– Sí la ven. Ciertos aparatos ixianos proyectan mi imagen al interior de esas habitaciones.

– Mientras que el círculo interno os contempla directamente al natural. ¿Cómo entrais en la plaza?

– Ascendiendo en una plataforma de presentación situada en el centro de la plaza y apareciendo públicamente ante los ojos de mi pueblo.

– ¿La gente aplaude? -Idaho miró a Leto directamente a los ojos.

– Les está permitido aplaudir.

– Vosotros, los Atreides, siempre os considerasteis personajes de la Historia.

– Qué astucia la tuya al comprender el sentido del aplauso.

Idaho devolvió la mirada al plano de la ciudad.

– ¿Y las escuelas de Habladoras Pez están aquí?

– Bajo tu mano izquierda, sí. Esa es la academia donde ingresó Siona para recibir su educación. Entonces tenía diez años.

– Siona... quiero saber mas de ella -musitó Idaho.

– Te aseguro que ningún obstáculo entorpecerá este deseo. Idaho, que avanzaba con la comitiva real, salió de su ensueño al notar que la salmodia de las Habladoras Pez disminuía. Delante de él, el Carro Real había iniciado el descenso hacia las salas situadas en los sótanos de la plaza, deslizándose por una larga rampa. Idaho, bañado todavia por la luz del sol, levantó la vista y contempló las brillantes espiras que coronaban el conjunto, aquella realidad para la que los mapas no le habían preparado. Una inmensa muchedumbre se agolpaba en los balcones de las gradas que cerraban el gran ruedo de la plaza, una muchedumbre callada que contemplaba en silencio el paso de la comitiva.

Ni un solo aplauso de los privilegiados, pensó Idaho. El impresionante silencio de la multitud llenó a Idaho de aprensivos presagios.

Penetró en el túnel que descendía al sótano de la plaza, perdiendo de vista la escena exterior. A medida que bajaba, la salmodia de las Habladoras Pez se fue desvaneciendo, sustituida por un creciente ruido de pasos que resonaban con fuerza a todo su alrededor.

Un sentimiento de curiosidad reemplazó a sus opresivos presentimientos y, dejándose llevar de ella, se dedicó a observar lo que le rodeaba. El túnel de suelo plano por el que caminaba poseía iluminación artificial y era inmensarnente ancho. Idaho calculó que hasta setenta personas podrían avanzar de frente hacia las entrañas de la plaza.

Aquí no se veían multitudes enardecidas, sino tan sólo una esparcida hilera de Habladoras Pez que no salmodiaban, contentándose con observar el paso de su Dios.

El recuerdo de los planos le permitió a Idaho visionar el esquema del gigantesco complejo situado debajo de la plaza, una ciudad privada dentro de la ciudad, un lugar al que sólo podían acceder sin escolta el Dios Emperador, los cortesanos y las Habladoras Pez. Pero los planos no le habían mostrado los macizos pilares ni aquella sensación de espacios enormes, vigilados, del misterioso silencio interrumpido tan solo por el ruido de pisadas y los crujidos del carro del Dios Emperador.

Idaho miró de pronto a las Guardias Habladoras Pez apostadas a lo largo del túnel, y se dió cuenta de que movían los labios al unísono, con una callada palabra en la boca. Poco trabajo le costó identificarla:

– Siaynoq.

- CAPITULO XXII -

- ¿Otro Festival, tan pronto? -preguntó Nuestro Señor Leto.

– Han pasado diez años -contestó el mayordomo.

¿Os induce este dialogo a pensar que Nuestro Señor Leto traiciona su desconocimiento del paso del tiempo?

–La Historia Oral

Durante el período reservado a las audiencias privadas que precedía a las celebraciones propias del Festival, suscitó muchos comentarios el hecho de que el Dios Emperador pasara mas tiempo del asignado con el nuevo embajador de Ix, cargo que ocupaba una joven mujer llamada Hwi Noree.

La embajadora fue introducida a media mañana por dos Habladoras Pez rebosantes todavía de la excitación del primer día del Festival. El salón de audiencias privadas, situado debajo de la gran plaza, se hallaba brillantemente iluminado. Se trataba de una estancia de unos cincuenta metros de largo por treinta y cinco de ancho. Decoraban sus paredes antiguas alfombras Fremen con sus alegres motivos realizados con piedras y metales preciosos, combinados con un tejido de valiosísímas fibras de especia y en cuyo colorido predominaban los rojos y los granates, tonos preferidos de los antiguos Fremen. El suelo del salón era casi todo transparente, marco para exóticos peces de colores realizados en cristal radiante. Por debajo del suelo discurría una corriente de purísima agua azul con toda su humedad herméticamente aislada de la sala pero tentadoramente cercana a Leto, que reposaba en una elevada peana acolchada situada al fondo de la estancia y frente a la puerta.

Su primera visión de Hwi Noree le reveló un extraordinario parecido con su tío Malky, pero la gravedad de sus movimientos y la elegante lentitud de sus andares le parecieron también extraordinarios por lo opuestos que resultaban a los de él. Poseía como Malky, en cambio, aquella piel oscura y aquel rostro de corte ovalado y facciones proporcionadas. Unos ojos oscuros de sereno mirar devolvieron a Leto su mirada. Y así como el cabello de Malky era ya gris, el de ella era de un luminoso color castaño.

Hwi Noree irradiaba una paz interior cuya influencia percibió Leto casi fisícamente al acercarse la muchacha. Esta se detuvo a díez pasos de distancia, situándose debajo de él. Había en toda ella un equilibrio clasico que no tenía nada de accidental.

Con creciente interés, Leto descubrió en la nueva embajadora una muestra de las maquinaciones de los ixianos, cuyo programa genético de selección de tipos adecuados a funciones específicas progresaba a buen ritmo. La función de Hwi Noree era penosamente manifiesta. seducir al Dios Emperador, tratar de descubrir un resquicio en su armadura.

A pesar de esta circunstancia, a medida que la entrevista adelantaba, Leto se encontró disfrutando de la compañía de la muchacha. Hwi Noree se hallaba de pie en un charco de luz diurna introducida en el interior del salón mediante un sistema de prismas

ixianos. Esa luz iluminaba el extremo del salón de Leto con un resplandor dorado centrado en la embajadora y que se apagaba detrás del Emperador, lugar donde montaban guardia una corta fila de Habladoras Pez, doce mujeres especialmente escogidas por su incapacidad para oir y para hablar.

Hwi Noree vestía una sencilla túnica de ambiel color morado, adornada solamente con un collar de plata del que pendía una placa grabada con el símbolo de Ix.

Unas flexibles sandalias del color de su vestido asomaban bajo el borde de su túnica.

– ¿Sabes que maté a un antepasado tuyo? -le preguntó Leto.

– Mi tío Malky incluyó esta información en mis primeros estudios, Señor.

Al oírla hablar, Leto se dio cuenta de que una parte de su educación había corrido a cargo de la Bene Gesserit. Poseía aquella característica manera de controlar sus respuestas, y de captar los matices y trasfondos de una conversación. Sin embargo, advirtió que la influencia Bene Gesserit se había superpuesto con delicadeza, sin destruir la dulzura esencial de su temperamento.

– Te advirtieron que sacaría a relucir este tema.

– En efecto, Señor. Sé que mi antepasado tuvo la osadía de introducir aquí un arma con intención de atentar contra vos.

– Exactamente igual que tu inmediato predecesor en el cargo. ¿También te dijeron eso?

– No tuve noticia de ello sino hasta mi llegada, Señor. Qué necios fueron! ¿Por qué salvasteis la vida de mi predecesor?

– ¿No habiendo salvado la de tu antepasado?

– Sí, Señor.

– Kobat, tu predecesor, me resultaba mas útil como mensajero.

– Entonces me dijeron la verdad -replicó ella. Nuevamente sonrió-. No siempre puede fiarse una de escuchar la verdad en labios de superiores y colegas.

La respuesta manifestaba tal franqueza que Leto no pudo reprimir la risa, y aún riéndose comprendió que esta mujer poseía todavía la Mente del Primer Despertar, es decir la mente elemental que despertaba con el primer impacto inconsciente del nacimiento a la vida. ¡Estaba viva!

– Entonces, ¿no me reprochas que matara a tu antepasado?

– ¡El trató de asesinaros, Señor! Me han dicho que lo aplastásteis con vuestro propio cuerpo.

– Cierto

– Y que disparásteis su arma contra Vuestra Santa Persona para demostrar que el arma resultaba totalmente ineficaz... y se trataba de la pistola láser mas perfeccionada que nosotros éramos capaces de hacer.

– Los testigos informaron de todo correctamente -aseveró Leto.

Y pensó: ¡Lo cual demuestra lo mucho que se puede uno fiar de los testigos! Como detalle de interés puramente histórico, él sabia que había disparado el arma tan sólo contra las zonas anilladas de su cuerpo, evitando las manos, la cara y las aletas; y su cuerpo de pre-gusano poseía una notable capacidad de absorción de calor, pues procesos químicos internos convertían el calor en oxígeno.

– Jamás dudé de lo que dijeron -replicó ella.

– ¿Por qué ha repetido Ix este estúpido gesto? -preguntó Leto.

– No me lo han dicho. Tal vez Kobat decidiera por sí solo actuar de esa forma.

– Creo que no. Pienso que tu pueblo deseaba sólo la muerte del asesino que habían elegido.

– ¿La muerte de Kobat?

– No, la muerte del que eligieron para manejar el arma.

– ¿Quién fue, Señor? No me lo han dicho.

– Carece de importancia. ¿Recuerdas lo que dije en la época en que tu antepasado cometió su estupidez?

– Amenazásteis con terribles castigos si la violencia volvía a ocupar nuestros pensamientos. -Bajó la vista, pero no antes de que Leto vislumbrara en sus ojos una firme determinación: utilizar toda su capacidad para calmar la ira del Dios Emperador.

– Juré que ninguno de vosotros escaparía a mi cólera -dijo Leto.

Ella levantó la vista hasta fijarla en el rostro del emperador:

– Sí, Señor. -Y toda su actitud reveló el miedo que sentía.

– Nadie puede escapar de mí, nadie, ni tan siquiera esa inoperante colonia que habéis fundado en... -Y Leto desplegó ante la muchacha las coordenadas cartográficas de una nueva colonia que los ixianos habían fundado en secreto en un remoto lugar, alejado a su entender del alcance del Dios Emperador.

La muchacha no reveló sorpresa alguna.

– Creo, Señor, que me eligieron como embajador porque les advertí que no lograrían engañaros, y que tendríais conocimiento de ello.

Leto la observó con mayor atención. ¿Qué tengo ante mis ojos?, se preguntó. La réplica de la muchacha había sido sutil y penetrante. Los ixianos opinaban que la distancia y los elevadísimos costes de transporte aislarían a la nueva colonia; Hwi Noree no lo creía así, y en consecuencia así lo dijo, pero, en cambio, sus superiores la habían designado para el cargo de embajador precisamente por este motivo; lo cual decía mucho en favor de la prudencia ixiana, pues la muchacha, al mismo tiempo que representante oficial de los intereses de su pueblo, sería considerada adicta a Leto. El emperador asintió sonriendo a medida que aparecían las líneas generales del esquema. Al poco tiempo de ascender al trono había revelado a los ixianos la localización exacta del Núcleo ixíano, el corazón de la federación tecnológica que ellos gobernaban, celosamente mantenido en secreto, un secreto que los ixianos creían a salvo pues pagaban por él sobornos gigantescos a la Cofradía Espacial. Pero sin embargo, Leto lo había deducido utilizando sus dotes lógicas de observación prescíente... y consultando asimismo sus recuerdos que albergaban a mas de un ixiano.

Por aquel entonces Leto había advertido a los ixianos que les castigaría si actuaban en contra de él. Ellos habían respondido consternados, acusando a la Cofradía de haberles traicionado, lo cual había divertido sobremanera a Leto, que estalló en tales carcajadas que los ixianos quedaron anonadados. A continuación, en tono frío y acusador, les había informado de que no precisaba de espías ni traidores ni otros instrumentos corrientes de gobierno.

¿Acaso no creían que era un dios?

Durante cierto tiempo a partir de aquel suceso, los ixianos se mostraron bien dispuestos a satisfacer sus exigencias. La verdad es que Leto no abusaba de esta relación, y sus demandas eran modestas: una máquina para esto, un aparato para lo otro. El se limitaba a explicar lo que necesitaba, y los ixíanos le proporcionaban el juguete tecnológico indicado. Solamente una vez se retrasaron en la entrega de un instrumento violento que debía acoplarse a una de sus máquinas; degolló a toda la delegación ixiana antes de que pudieran siquiera desenvolver el artefacto.

Hwi Noree esperaba paciente mientras Leto meditaba. Ni el mas leve signo de impaciencia afloraba al exterior.

Qué hermosa es, pensó.

A la luz de su ya dilatada relación con los ixianos, esta nueva postura hizo hervir la sangre a Leto. De ordinario las pasiones, crisis y necesidades que le habían producido e impulsado ardían a fuego lento, y a menudo pensaba que había sobrevivido a sus tiempos. Pero en cambio la presencia de una Hwí Noree le decía que aún se le necesitaba, y ello le complacía. Hasta pensó que quizá fuera posible que los ixianos hubieran conseguido un éxito parcial en la puesta a punto de su máquina amplificadora de la presciencia lineal de los navegantes de la Cofradía; podría habérsele escapado un ínfimo pormenor en el curso de los grandes acontécimientos. ¿Serían capaces de conseguir dicha máquina? ¡Qué portento sería eso! Deliberadamente, se negó a utilizar sus poderes para explorar el menor detalle de dicha posibilidad.

¡Deseo que me sorprendan!

Leto sonrió benigno a Hwi.

– ¿De qué modo te han preparado para que me seduzcas? -preguntó.

Ella no pestañeó.

– He sido equipada con una serie de respuestas memorizadas para determinadas exigencias -contestó-. Las aprendí tal como me las enseñaron, pero no pienso utilizarlas.

Que es precisamente lo que ellos quieren, pensó Leto.

– Di a tus amos que eres exactamente el cebo apropiado para agitar ante mis ojos.

Ella inclinó la cabeza respetuosamente.

– Me complace que así sea, mi Señor.

– Sí, así es.

Entonces se recreó realizando una pequeña indagación temporal, para examinar el inmediato futuro de Hwi rastreando los hilos de su pasado. Hwi aparecía en un futuro fluido, en una corriente cuyos movimientos eran susceptibles de numerosas desviaciones. Conocería a Siona de forma superficial, a menos que... Numerosas preguntas asaltaron la mente de Leto. Un piloto de la Cofradía aconsejaba a los ixianos, y evidentemente había detectado el disturbio de Siona en la trama temporal. ¿Creería el piloto en realidad que podía ofrecer seguridad contra el descubrimiento del Emperador?

La indagación temporal duró varios minutos, pero Hwi no dio muestras de impaciencia. Leto la miró atentamente. Parecía intemporal, situada fuera del tiempo, rodeada de una aureola de pacífica serenidad. Jamás había conocido a ningún mortal capaz de aguardar de esta forma ante él, sin el menor atisbo de nerviosismo.

– ¿Dónde naciste, Hwi? -le preguntó.

– En Ix, Señor.

– Me refiero específicamente: el edificio, su situación, tus padres, el ambiente que te rodeaba, amigos y familia, escuela, en fin, todo eso.

– No conocí a mis padres, Señor. Me dijeron que habían muerto siendo niña.

– ¿Lo creíste?

– Al principio, si... naturalmente. Luego comencé a figurarme imaginaciones. Llegué a imaginar que Malky era mi padre... pero... -Lo negó, agitando la cabeza.

– ¿No te gustaba tu tío Malky?

– No, en absoluto. Es decir, le admiraba.

– Exactamente mi misma reacción -comentó Leto-. ¿Y que me dices de tus amigos y la escuela?

– Tuve a los mejores maestros; incluso trajeron a varias Bene Gesserit para adiestrarme en el control emocional y en la observación. Malky decía que se me estaba preparando para grandes cosas.

– ¿Y tus amigos?

– Creo que nunca tuve verdaderos amigos, tan sólo personas con las que me hallaba en contacto por algún propósito específico de mi educación.

– Y esas grandes cosas para las que te estaban preparando... ¿te hablaron alguna vez de ellas?

– Malky me dijo que me preparaban para seducíros, Señor.

– ¿Cuantos años tienes, Hwi?

– Desconozco mí edad exacta. Supongo que debo tener unos veintiséis años, pero no he celebrado jamás un cumpleaños. Supe que existían esas fechas por pura casualidad, porque una de mis maestras presentó esa excusa para una ausencia. A aquella maestra jamas volví a verla.

Leto descubrió que esta respuesta le había fascinado. Sus observaciones le aseguraron que no había habido intervención tleilaxu en la muchacha ixiana. No procedía de un tanque axlotl. ¿A qué, pues, tanto secreto?

– ¿Tu tío Malky conoce tu edad?

– Es posible. Pero hace muchos años que no le he visto.

– ¿Jamas te dijo nadie cuántos años tenias?

– No.

– ¿Y por qué te imaginas que no lo hicieron?

– Tal vez pensaron que ya lo preguntaría yo si me interesaba.

– ¿Y te interesaba?

– Si.

– ¿Entonces por qué no lo preguntaste?

– Al principio pensé que tenía que existir alguna ficha mía en alguna parte. La busqué, y no había nada. Entonces deduje que no contestarían a mi pregunta.

– Por todo cuanto revela de ti, Hwi, esta respuesta me agrada, me agrada mucho. Yo también ignoro tu procedencia. pero puedo adivinar con bastante exactitud tu lugar de nacimiento.

Los ojos de la muchacha se fijaron en su rostro con una intensidad exenta de afectación.

– Naciste en el interior de esa máquina que tus amos tratan de perfeccionar para la Cofradía -dijo Leto-. Y allí también fuiste engendrada. Podría ser muy bien que tu padre fuera Malky. pero este detalle carece de importancia. ¿Sabes algo de esa máquina, Hwi?

– Se supone que no debiera, Señor, pero...

– ¿Otra indiscreción de tus maestros?

– Esta vez fue mi propio tío.

Qué canalla -exclamó-. ¡Qué simpático canalla!

– ¿Señor?

– Esta es su venganza contra tus amos. No le gustó que lo apartaran de mi corte. Me dijo entonces que su sustituto era poco menos que un estúpido.

Hwi se alzó de hombros.

– Un hombre muy complejo, mi tío.

– Escúchame con atención, Hwi. Aquí en Arrakis algunas de tus relaciones podrian resultar peligrosas para ti. Yo te protegeré en todo lo que pueda. ¿Me comprendes?

– Creo que sí, Señor -respondió la muchacha, mirándole solemnemente.

– Y ahora te voy a transmitir un mensaje para tus amos. Sé con toda certeza que han seguido los consejos de un piloto de la Cofradía, y que se han asociado con los tleilaxu de manera peligrosa. Diles de mi parte que sus propósitos resultan transparentes.

– Señor, no tengo conocimiento alguno de...

– Me doy perfecta cuenta de cómo te están usando. Hwi. Por este motivo, puedes comunicar también a tus amos que habrá de designarte embajador permanente ante mi corte. No aceptaré a ningún otro ixiano. Y si tus amos hacen caso omiso de mis advertencias, obstaculizando con nuevas interferencias mis deseos, les aplastaré.

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas que resbalaron por sus mejillas, pero Leto le agradeció que no se permitiera otras muestras de consternación tales como la de caer ante su Señor de rodillas.

– Ya se lo he advertido -replicó ella-, en varias ocasiones. Les dije que debían obedecer.

Leto se dio cuenta de que lo que decía era verdad.

Que maravillosa criatura, esta Hwi Noree, pensó. Parecía la destilación de la bondad, y evidentemente había sido educada y condicionada para ello por sus amos, los ixianos, con el propósito específico de comprobar qué efecto produciría ello en el Dios Emperador.

De entre la multitud de sus ancestrales recuerdos, Leto la veía como una monja idealizada, amable, sacrificada, y toda sinceridad. Este era su temperamento natural, su manera de ser y de actuar. Para ella lo mas fácil era ser franca y abierta, capaz de ensombrecer esta tendencia sólo para impedir un daño en los demás. Para Leto, este último rasgo era el cambio mas profundo que la Bene Gesserit habia logrado efectuar en ella. El verdadero carácter de Hwi seguía siendo extrovertido, sensible, y dulce por naturaleza. Pocos sentimientos calculadores o ansias de manipulación hallaba Leto en ella. Se mostraba dispuesta de inmediato, interesada por todo, era saludable, y sabía escuchar (otra cualidad Bene Gesserit). En ella no había nada abiertamente seductor, y precisamente este hecho mismo la tornaba irresistiblemente seductora para Leto.

Como había comentado a uno de los anteriores Duncans en una ocasión similar:

– Debes comprender de mí una cosa que evidentemente muchos sospechan, y es que a veces es inevitable que sufra sensaciones ilusorias, que tenga la impresión de que en algún lugar dentro de mí, dentro de esta mutante forma mía, existe un cuerpo humano adulto con todas y cada una de sus funciones vitales.

– ¿Todas ellas, Señor? -había preguntado el Duncan.

– ¡Todas! Siento los desaparecidos miembros de mi persona. Siento mis piernas, tan insignificantes ahora, y sin embargo tan reales para mis sentidos. Siento la palpitación de mis glándulas humanas, algunas de las cuales ya no existen. Siento incluso mis genitales, que intelectualmente sé que desaparecieron hace varios siglos.

– Pero si sabéis...

– El conocimiento no suprime tales sentimientos. Todas las partes desaparecidas de mi cuerpo perduran en mis recuerdos personales y en la múltiple identidad de todos mis antepasados.

Mirando a Hwi, de pie delante suyo, en nada le ayudaba saber que no poseía cráneo y que lo que antaño fuera su cerebro era ahora una ingente telaraña de ganglios esparcidos por toda su carne de pregusano. En nada le ayudaba. Sentía todavía el cerebro doliéndole en el lugar donde antaño reposara, y percibía claramente los latidos de sus sienes.

Por el simple hecho de encontrarse de pie delante de él, Hwi llamaba a gritos a su perdida humanidad. Era demasiado insoportable, y por eso gimió desesperado:

– ¿Por qué me torturan así tus amos?

– ¿Señor?

– ¡Enviándote a tí!

– Jamas os haría daño.

– Sólo por existir ya me haces daño.

– No lo sabía. -Un torrente de lagrimas bañó sus mejillas-. Jamás me dijeron lo que estaban haciendo en realidad. Leto procuró tranquilizarse y le dijo dulcemente:

– Vete ahora y déjame, Hwi. Ve a cumplir tu cometido, pero vuelve en seguida si te llamo.

La muchacha se retiró en silencio, pero Leto se dio cuenta de que también ella sufría una gran congoja. No podía confundirse la profunda tristeza que la invadía por la humanidad que Leto sacrificara. Pues Hwi sintió también lo que Leto sentía: que hubieran sido amigos, amantes, compañeros, con una entrega y una unión total entre ambos sexos. Sus amos habían planeado que ella también lo sintiera.

¡Qué crueles son los ixianos!, pensó Leto. Sabían muy bien cómo causarnos dolor.

La partida de Hwi suscitó el recuerdo de su tío Malky. Malky era cruel, pero Leto había disfrutado bastante de su compañía. Malky poseía todas las virtudes de su industrioso pueblo y los vicios suficientes como para resultar profundamente humano. Malky se había deleitado ilimitadamente con la compañía de las Habladoras Pez de Leto: "Vuestras huríes", solía llamarlas, y Leto pocas veces pensaba luego en sus soldados sin recordar el epíteto de Malky.

¿Por qué estoy pensando en Malky ahora? No es solamente a causa de Hwi. Tendré que preguntarle qué encargo le dieron sus amos al enviarla a mí.

Leto estuvo dudando de llamarla a su presencia.

Si se lo pregunto me lo dirá.

Los embajadores ixianos siempre habían recibido la misión de averiguar por qué razón el Dios Emperador toleraba a Ix. Sabían que eso no podían ocultarselo. ¡Esa necia tentativa de fundar una colonia fuera del alcance de su visión!

¿Estaban acaso poniendo a prueba sus límites? Los ixianos sospechaban que en realidad Leto no necesitaba sus industrias.

Jamas he ocultado la opinión que me merecen. Y así se lo dije a Malky.

– ¿Innovadores tecnológicos? ¡En absoluto! Vosotros sois los criminales de la ciencia de mi Imperio.

Malky se había echado a reír.

Irritado, Leto le había lanzado la acusación:

– ¿Por qué tratar de ocultar laboratorios secretos y talleres fuera de las fronteras del Imperio? No podréis escapar de mí.

– Si, Señor. -Riéndose.

– Conozco vuestro propósito: volver a introducir un poquito de esto y otro de aquello en mis dominios imperiales. ¡Causar la subversión! ¡Diseminar la duda y la discordia!

– ¡Señor, vos mismo sois uno de nuestros mejores clientes!

– ¡No me refiero a eso y tú lo sabes, descarado!

– Os gusto precisamente porque soy un descarado, porque os explico historias de lo que hacemos por ahí.

– ¡Lo sé sin que tú me las cuentes!

– Pero algunas historias son verídicas, y de otras se duda. Yo disipo vuestras dudas.

– ¡Yo no tengo nunca dudas!

Lo cual no había hecho mas que desencadenar las carcajadas de Malky.

Y debo seguir tolerándoles, pensó Leto.

Los ixianos operaban en la tierra incógnita de la invención creativa que había sido proscrita por el Jihad Butleriano. Fabricaban máquinas a semejanza de la mente humana, que era precisamente lo que había provocado la destrucción y las matanzas del Jihad. Eso era lo que hacían en Ix, y Leto se veia obligado a dejarles continuar.

¡Yo les compro sus productos! Ni siquiera podría escribir mis diarios sin sus dictateles, que responden al pensamiento no expresado. Sin el concurso de Ix no podría haber escondido ni mis diarios ni los impresores.

¡Pero hay que recordarles el peligro que entraña lo que hacen!

Ni tampoco podía permitirse que la Cofradía le olvidase. Eso era mas fácil. Aún cuando los hombres de la Cofradía cooperasen con Ix, desconfiaban poderosamente de los ixianos.

¡Si la nueva máquina ixiana funciona, la Cofradía habrá perdido el monopolio de los viajes espaciales!

- CAPITULO XXIII -

De ese revoltijo de recuerdos que puedo convocar a voluntad, emergen ciertas formas. Son como un segundo lenguaje que percibo con toda claridad. Los signos socio-alarmantes que inducen a una sociedad a adoptar las posturas de defensa o ataque son para mí como gritos perfectamente audibles. Como pueblo, se reacciona contra las amenazas que ponen en peligro a la inocencia y a los jóvenes indefensos. Sonidos, visiones y olores inexplicables provocan los arrestos que uno ha olvidado que posee. Al asustarse se aferra uno a su lengua materna porque todos los demás sonidos coordinados suenan extraños. Y se exige un ropaje aceptable porque en atavío extraño resulta amenazador. Esto es programación de sistemas a su más primitivo nivel. Las células recuerdan.

–Los Diarios Robados

Las Habladoras Pez subalternas que actuaban de pajes a la entrada del salón de audiencias de Leto introdujeron ante el Dios Emperador a Duro Nunepi, el embajador tleilaxu. Era temprano para una audiencia, y Nunepi veía cambiado el horario que le habían anunciado, pero así y todo avanzaba con calma, sin mas que un muy leve indicio de resignada conformidad.

Sobre la plataforma elevada del fondo del salón, Leto esperaba en silencio acomodado en su carro. Al ver avanzar a Nunepi no pudo evitar compararle en su recuerdo con la cabeza de un periscopio surcando las aguas con su casi imperceptible estela. El recuerdo esbozó una leve sonrisa en los labios de Leto. Aquel era Nunepi, un hombre orgulloso, de facciones pétreas, que había ido ascendiendo de categoría en la dirección de los asuntos tleilaxu. No siendo él un Danzarín Rostro, consideraba a estos especímenes como sus sirvientes personales, los componentes que formaban el agua en la cual él se movía. Y había que ser un auténtico experto para distinguir su estela; Nunepi era en efecto un elemento de cuidado, que había dejado sus huellas en el ataque perpetrado en el Camino Real.

A pesar de lo temprano de la hora, Nunepi vestía de uniforme con todos los atributos de su cargo diplomático, es decir amplios pantalones negros, sandalias negras con ribetes dorados, y una floreada chaquetilla roja abierta en el pecho que revelaba un torso velludo en el cual relucía el escudo tleilaxu realizado en oro y piedras preciosas.

A la protocolaria distancia de diez pasos, Nunepi se detuvo y abarcó con una larga mirada a la hilera de Habladoras Pez armadas que, dispuestas en semicírculo, montaban guardia alrededor de Leto. Los ojos grises de Nunepi brillaban con secreto regocijo al elevar la mirada al Dios Emperador y saludar inclinandose con una leve reverencia.

En aquel momento, con una pistola laser enfundada al cinto, entró en el salón Duncan Idaho, que fue a colocarse junto al rostro enmarcado del Dios Emperador. La aparición de Idaho indujo a Nunepi a realizar un detenido exámen del aspecto del ghola, examen que no satisfizo al embajador.

– Encuentro particularmente repugnantes a los Morfocambiantes -declaró Leto.

– Yo no soy uno de ellos, Señor -replicó Nunepi, con una voz baja de cultivado acento con apenas un rastro de vacilación en ella.

– Pero eres su representante, y sólo por eso resultas molesto -le espetó Leto.

Nunepí esperaba una franca declaración de hostilidad, pero aquel no era un lenguaje diplomático, y tanto le irritó que tuvo el atrevimiento de aludir sin recato a lo que él consideraba la fuerza de los tleilaxu.

– Señor, al preservar una porción del Duncan Idaho original y abasteceros de gholas reproducidos a su imagen y semejanza, siempre hemos supuesto que...

– Duncan -exclamó Leto, mirando a Idaho-. Si te lo ordeno, Duncan, ¿querrás capitanear una expedición para exterminar a los tleilaxu?

– Con sumo placer, mi Señor.

– ¿Aún cuando ello signifique la pérdida de tus células originales y la de todos los tanques axlotl?

– No tengo muy buenos recuerdos de los tanques, Señor, y esas células no son yo.

– Señor, ¿en qué os he ofendido? -preguntó Nunepi.

Leto frunció el ceño. ¿Esperaba acaso este estúpido inepto que el Dios Emperador hablara abiertamente del reciente ataque de los Danzarines Rostro?

– Me han llegado noticias -repuso Leto- de que tú y tu gente habéis estado esparciendo mentiras sobre lo que vosotros llamáis "mis repugnantes costumbres sexuales".

Nunepi se quedó boquiabierto. La acusación era una pura patraña, y ademas completamente inesperada. Pero Nunepi se dio cuenta de que si lo negaba nadie le creería, pues era el propio Dios Emperador quien lo afirmaba. Se trataba de un ataque de desconocidas dimensiones. Nunepi empezó a responder mirando a Idaho.

– Señor, si en alguna forma nosotros...

– ¡Mírame a mí! -le interrumpió Leto.

Nunepi no perdió un instante en trasladar la mirada al rostro de Leto.

– Te voy a comunicar una cosa de una vez por todas -dijo Leto-. Yo no tengo costumbres sexuales. Ni una.

Gotas de sudor corrían por la cara de Nunepi, que miraba a Leto con la fija intensidad de un animal atrapado. Cuando logró emitir un sonido, su voz no era ya el bajo y pulido instrumento de un diplomático sino un tembloroso y amedrentado farfulleo.

– Señor, yo... Debe haber un error...

– ¡Callate, tleilaxu traidor! -rugió Leto, y añadió a grandes gritos-: ¡Yo soy un vector metamórfico del gusano de arena sagrado, Shai-Hulud! ¡Yo soy vuestro Dios!

– Perdónanos, Señor -murmuró Nunepi.

– ¿Perdonaros? -La voz de Leto rezumaba misericordia y comprensión-. Por supuesto que os perdono. Esa es la misión de Dios: perdonar. Vuestro crimen os es perdonado. Pero vuestra estupidez merece un castigo.

– Señor, si pudiera...

– ¡Silencio! La asignación de especia de los tleilaxu queda anulada por esta década. Os quedáis sin nada. En cuanto a ti, personalmente a ti, ahora mis Habladoras Pez te sacarán a la plaza.

Dos corpulentas guardias avanzaron y agarraron a Nunepi por los brazos. Luego levantaron la mirada hacia Leto en espera de instrucciones.

– Al llegar a la plaza -dijo Leto-, será despojado de sus vestidos y públicamente azotado. Su castigo será cincuenta azotes.

Nunepi trató de desasirse de las guardias, con el rostro contraido de furia y consternación.

– Señor, os recuerdo que soy el Embajador de...

– Tú no eres mas que un delincuente común, y como tal serás tratado. -Y Leto hizo una leve inclinación de cabeza a sus guardias, que comenzaron a llevarse a rastras a Nunepi.

– ¡Ojalá te hubieran matado! -gritó Nunepi- Ojalá...

– ¿Quién? -voceó Leto- ¿Quién había de matarme? ¿No sabes que a mí no se me puede dar muerte?

Los guardias acabaron de sacar a rastras del salón a Nunepi, que seguía gritando:

– ¡Soy inocente! ¡Soy inocente! -Sus protestas se fueron desvaneciendo.

Idaho se acercó a Leto

– ¿Sí, Duncan? -le preguntó Leto.

– Señor, todos los delegados y embajadores temerán vuestras iras al enterarse de esto.

– Sí. Les acabo de dar una lección de responsabilidad.

– ¿Señor?

– Participar en una conspiración, al igual que pertenecer a un ejército, libera a las personas del sentimiento de responsabilidad personal.

– Pero esto causará problemas, Señor. Mejor será que aumenteis la guardia.

– ¡No quiero ni una sola guardia mas!

– Pero estais invitando a...

– Estoy invitando a que se produzca un pequeño disparate militar.

– Eso es lo que yo...

– Duncan, yo soy un maestro. Ténlo siempre presente. Inculco la lección a base de repetirla.

– ¿Qué lección?

– La naturaleza fundamentalmente suicida de la estupidez militar.

– Señor, no acierto a...

– Duncan, piensa en ese inepto de Nunepi. El es la esencia de esta lección.

– Disculpad mi torpeza, Señor, pero no alcanzo a comprender esta teoría sobre la estupidez militar.

– Creen que el hecho de arriesgar la vida les autoriza a emprender cualquier tipo de violencia contra cualquier persona que elijan como enemigo. Tienen la mentalidad del invasor. Nunepi, estoy seguro, no se siente responsable de nada que haya podido cometer contra los extranjeros.

Idaho miró hacia la gran puerta por donde las guardias se habían llevado a Nunepi.

– El lo intentó y perdió la partida, Señor.

– Pero él se burló de las restricciones del pasado y ahora no quiere pagar el precio.

– Para su pueblo es un patriota.

– ¿Y cómo se ve a sí mismo, Duncan? Como un instrumento de la historia.

Idaho bajó la voz y se acercó mas a Leto.

– ¿Y en qué os diferenciáis vos, Señor?

Leto se rió.

– Ah, Duncan, cuánto me agrada tu perspicacia. Has observado que en último extremo soy el extranjero por antonomasia. ¿Te has preguntado si también puedo llegar a perder la partida?

– Debo admitir que la idea me ha cruzado por la mente.

– Hasta los perdedores pueden embozarse bajo el orgulloso manto del "pasado", amigo.

– ¿Sois pues igual a Nunepi en eso?

– Las religiones militares y misioneras comparten esta ilusión del "pasado orgulloso", pero pocas comprenden el grave peligro que para la humanidad encierra su postura, que es el crear un falso sentido de libertad de la responsabilidad de las propias acciones.

– Extrañas son vuestras palabras, Señor. ¿Cómo debo interpretar su significado?

– Su significado es el que tú entiendas. ¿Eres acaso incapaz de escuchar?

– ¡Tengo orejas, Señor!

– ¿Seguro? No las veo.

– Vedlas, Señor, aquí y aquí -dijo Idaho, señalándose las orejas.

– Pero no oyen. Por lo tanto ni tienes orejas aquí, ni oyes.

– ¿Os estáis burlando de mí, Señor?

– Oir es decir. Lo que existe no puede transformarse en si mismo puesto que ya existe. Ser es ser.

– Vuestras extrañas palabras...

– No son mas que palabras. Las he dicho. Ya no están. Nadie las ha oído, por lo tanto ya no existen. Si ya no existen, quizas sea posible hacer que vuelvan a existir, y entonces tal vez las oiga alguien.

– ¿Me hostigáis acaso para burlaros de mí?

– Yo no hostigo con nada sino con palabras. Y lo hago sin temor a ofenderte, pues acabo de enterarme de que careces de orejas.

– No os comprendo, Señor.

– Este es el principio del conocimiento: el descubrimiento de alguna cosa que no comprendemos.

Antes de que Idaho pudiera responder, Leto hizo un pequeño gesto a una de las guardias mas cercanas, y ella agitó una mano ante un panel de control cristalino empotrado en la pared situada detras del estrado del Dios Emperador. En el centro de la estancia apareció una imagen tridimensional del castigo de Nunepi.

Idaho descendió del estrado para observar detenidamente la escena. Se transmitía desde una ligera elevación que dominaba la plaza, y la impresión de realidad veíase aumentada por el audible griterío de la muchedumbre que se había congregado para contemplarla nada más conocerse la noticia. Nunepi estaba atado a dos patas de un trípode, con las piernas abiertas y los brazos ligados juntos encima de la cabeza, casi en el vértice del triángulo. Se le había despojado de sus ropas, que yacían en el suelo a su alrededor hechas jirones. Una corpulenta Habladora Pez, con el rostro enmascarado, estaba junto a él sujetando en la mano un improvisado látigo confeccionado con cuerda de fibra de elacca, uno de cuyos extremos había sido deshilachado en hebras finas semejantes a alambres. Idaho creyó reconocer en la enmascarada a la Amiga de su primera entrevista.

A una señal de una oficial de la Guardia, la Habladora Pez enmascarada adelantó un paso y, describiendo un arco velocisimo, descargó el látigo elacca sobre la espalda desnuda de Nunepi.

Idaho hizo una mueca de dolor. La multitud emitió un grito sofocado.

En el lugar golpeado por el látigo aparecieron unos verdugones, pero Nunepi no profirió ni un quejido.

El látigo volvió a caer. Esta vez la sangre marcó las líneas del segundo golpe.

Nuevamente el látigo azotó la espalda de Nunepi, haciendo manar más sangre.

Leto sintió una remota tristeza. Nayla es demasiado fogosa, pensó. Le va a matar, y eso traerá problemas.

– ¡Duncan! -llamó.

Idaho cesó de contemplar fascinado la escena en el momento en que la muchedumbre elevaba un gemido en respuesta a algún golpe especialmente sangriento.

– Envía a alguien a que detenga el castigo después de veinte latigazos -ordenó Leto-. Que anuncien que la magnanimidad del Dios Emperador ha reducido el castigo.

Idaho levantó una mano en señal a una de sus guardias, que asintió y salió corriendo de la estancia.

– Ven aquí, Duncan -dijo Leto.

Picado todavía por lo que creía una burla de Leto, Idaho regresó junto al Emperador.

– Todo lo que hago es para enseñar una lección.

Idaho se obligó a no mirar de nuevo la escena del castigo de Nunepi.

– ¿Eran aquellos sonidos los quejidos de Nunepi? Los gritos de la multitud traspasaron a Idaho. Levantó la vista y se quedó mirando a Leto directamente a los ojos.

– Tienes una pregunta en la mente -dijo Leto.

– Muchas preguntas, Señor.

– Hazlas todas.

– ¿Cual es la lección del castigo de este necio? ¿Qué decimos cuando nos pregunten?

– Diremos que a nadie le esta permitido blasfemar contra el Dios Emperador.

– Una lección sangrienta, Señor.

– No tanto como otras que he enseñado.

Idaho agitó la cabeza con evidente consternación.

– ¡No va a salir nada bueno de todo esto!

– ¡Exactamente!

- CAPITULO XXIV -

Mis expediciones a través de mis recuerdos ancestrales me enseñan muchas cosas. Las normas de conducta, ah, las normas de conducta. Los liberales fanáticos son los que más me preocupan. Desconfío de los extremos. Escarba en un conservador, y encontrarás a un hombre que prefiere el pasado antes que el futuro. Escarba en un liberal, y hallarás a un aristócrata en ciernes. ¡Es así! Los gobiernos liberales se convierten irremisiblemente en aristocracias. Las burocracias traicionan la verdadera intención de las personas que forman dichos gobiernos. Desde el primer momento, los hombrecitos que formaron los gobiernos que prometieron equiparar las cargas sociales se hallaron inopinadamente en manos de aristocracias burocráticas. Ya se sabe que todas las burocracias siguen esta pauta, pero qué hipocresía descubrirla incluso bajo una enseña comunizada. Ah... bien, si las pautas me enseñan alguna cosa, es que se repiten y se repiten incansablemente. Mis congojas, en conjunto, no son más angustiosas que las de los demás, y al menos yo enseño una lección nueva.

–Los Diarios Robados

Hacía ya un buen rato que había oscurecido el Día de Audiencias cuando Leto recibió a la delegación Bene Gesserit. Moneo habia preparado a las Reverendas Madres para el retraso reiterándoles las tranquilizadoras promesas del Dios Emperador.

Al informar de ello a su Señor, Moneo había añadido:

– Esperan una sustanciosa recompensa.

– Veremos -replicó Leto-, veremos. Ahora dime, ¿qué te preguntaba el Duncan al entrar?

– Quería saber si alguna vez habíais hecho azotar a alguien.

– ¿Y tú respondiste?

– Que no quedaba constancia en ningún expediente, ni yo jamás había contemplado antes semejante castigo.

– ¿Su respuesta?

– Esto no es propio de los Atreides.

– ¿Se piensa que estoy loco?

– No dijo tal cosa.

– Hay algo mas, según veo. ¿Qué es lo que preocupa a nuestro nuevo Duncan?

– Ha conocido a la embajadora ixiana, Señor, y encuentra a Hwi Noree muy atractiva. Quería saber si...

– ¡Hay que impedirlo, Moneo! Confio en ti para que impidas por todos los medios cualquier relación entre el Duncan y Hwi.

– Como mi Señor desee.

– ¡Sí, lo ordeno, lo ordeno! Puedes retirarte y preparar nuestra entrevista con esas Bene Gesserit. Las recibiré en el Falso Sietch.

– Señor, ¿tiene algún significado la elección de tal lugar para celebrar la audiencia?

– Puro capricho. Al salir dile al Duncan que reúna a un grupo de guardias y salga a mantener el orden en las calles.

Mientras esperaba en el Falso Sietch la llegada de la delegación Bene Gesserit, Leto recordó este dialogo, encontrándolo ciertamente divertido. Podía imaginar perfectamente la reacción de las turbas de la Ciudad Sagrada al ver aparecer a un trastornado Duncan Idaho al mando de un destacamento de Habladoras Pez.

Como el veloz silencio de las ranas al sentir acercarse a un predador.

Ahora que se encontraba en el Falso Sietch, Leto se alegró de haberlo elegido para la entrevista. Edificio de forma libre y cúpulas irregulares situado a las afueras de Onn, el Falso Sietch tenía casi un kilómetro de ancho. Había sido la primera morada de los Fremen de Museo, y ahora se había convertido en su escuela, en cuyas aulas y corredores patrullaban las Habladoras Pez.

El salón de actos donde se encontraba Leto, una estancia ovalada de unos doscientos metros de longitud, se hallaba iluminada por gigantescos globos que flotaban en un aíslamiento verdiazul a unos treinta metros del suelo. La luz apagaba los pardos, marrones y ocres de las paredes de imitación de piedra con que se había decorado todo el edificio. Leto aguardaba instalado en una plataforma baja al fondo de la sala, mirando al exterior a través de una ventana semicircular mas larga que su cuerpo. La abertura, que tenía una altura de mas de cuatro pisos, enmarcaba una vista que incluia una de la antigua Muralla Escudo, conservado a causa de vestigios cuevas en las que un grupo de soldados Atreides fueron brutalmente asesinados por los Harkonnen. La gélida luz de la Primera Luna plateaba el contorno del gran acantilado. Numerosas fogatas punteaban sus riscos indicando lugares en los que ningún Fremen hubiera osado traicionar su presencia. Leto veía parpadear las hogueras cuando la gente pasaba por delante de ellas; eran sin duda Fremen de Museo ejercitando su derecho a ocupar los recintos sagrados.

¡Fremen de Museo! pensó Leto. ¡Qué pequeñez de miras, qué estrechez de horizontes los suyos! ¿Pero de qué me quejo? Son lo que yo hice de ellos.

Entonces oyó a la delegación Bene Gesserit. Venían entonando una salmodia de solemne sonido, cuajada de vocales.

Las precedía Moneo con un destacamento de Habladoras Pez, que se situaron en la repisa de Leto. Moneo permaneció en el suelo del salón, justo debajo del rostro de Leto; miró al Dios Emperador, y se volvió de cara al salón.

Entonces entraron las Bene Gesserit. Eran diez y avanzaban en dos filas, encabezadas por dos Reverendas Madres, que vestían sus seculares túnicas negras.

– La de la izquierda es Anteac, y Luyseyal la de la derecha -dijo Moneo.

Sus nombres recordaban a Leto los comentarios, suspicaces y vehementes, de Moneo acerca de las Reverendas Madres antes de celebrarse la entrevista. Moneo no soportaba a las brujas.

– Ambas son Decidoras de Verdad -le había dicho Moneo-. Anteac es mucho mas anciana que Luyseyal, pero esta última lleva fama de ser la mejor Decidora de Verdad de toda la orden. Notaréis que Anteac tiene una cicatriz en la frente, cuyo origen no hemos podido descubrir. Luyseyal es pelirroja y de aspecto extremadamente juvenil para una mujer de su reputación.

Al contemplar a las Reverendas Madres acercarse con todo su cortejo, Leto sintió el veloz resurgir de sus recuerdos. Las mujeres llevaban puesta la capucha del manto tapándoles la cara. Las postulantes y asistentas iban detrás a respetuosa distancia... todo concordaba. Algunas normas de conducta no cambiaban. Estas mujeres podrían estar entrando en un Sietch real para aceptar el homenaje de auténticos Fremen.

Sus cabezas conocen lo que sus cuerpos niegan, pensó.

La penetrante visión de Leto distinguió la cautela servil que brillaba en sus ojos, pero ellas avanzaban por la inmensa estancia con la seguridad de quien se sabe dueño de un gran poder religioso.

A Leto le complacía pensar que la Bene Gesserit poseía tan sólo los poderes que él autorizaba, y las razones de su indulgencia le parecían bien claras. De todos los ciudadanos de su Imperio, las Reverendas Madres eran lo más parecido a él, y aunque sus recuerdos quedasen limitados únicamente a sus antepasados femeninos y a las identidades femeninas colaterales de su herencia ritual, cada una de ellas existía como parte integrante de una comunidad.

Las Reverendas Madres se detuvieron a los diez pasos obligatorios de la plataforma de Leto, y el cortejo se abrió colocándose a ambos lados de ellas.

Una de las diversiones de Leto consistía en saludar a esta delegación con la voz y la actitud de su abuela Jessica. Las Bene Gesserit ya lo esperaban y, sabiéndolo, no quiso decepcionarlas.

– Bienvenidas, Hermanas -les dijo. Era una nueva voz de contralto, decididamente la controlada inflexión femenina del timbre de Jessica, con un levísimo toque de burla, voz registrada y estudiada a menudo en el capítulo de la Orden.

En el momento de pronunciar estas palabras, Leto percibió una sensación de amenaza. A las Reverendas Madres les molestaba siempre que las saludase en esa forma, pero esta vez la reacción comportaba matices algo distintos. Moneo también lo notó. Levantó un dedo y la guardia se acercó a Leto.

Fue Anteac la que tomó primero la palabra para decir:

– Señor, esta mañana hemos contemplado el lamentable espectáculo que ha tenido lugar en la plaza. ¿Qué ganáis con tales bufonadas?

De modo que ese es el tono que deseamos imponer, pensó Leto.

Hablando con su propia voz, le respondió:

– Disfrutáis temporalmente de mi favor. ¿Queréis acaso que eso cambie?

– Señor -replicó Anteac-, nos disgusta que castigárais de ese modo a un embajador. ¿Qué ganáis con ello?

– No gano nada. Al contrario, pierdo.

Luyseyal dijo en voz alta:

– Eso no hace más que reforzar los rumores de opresión.

– Me pregunto por qué tan poca gente consideró a las Bene Gesserit como opresores.

Anteac, entonces, dirigiéndose a su compañera, le dijo:

– Si el Dios Emperador desea informarnos, así lo hará. Vayamos al propósito de nuestra embajada.

Leto sonrió.

– Podéis acercaros las dos. Dejad a vuestras asistentas y acercaos.

Moneo se apartó dos pasos a la derecha al ver que las Reverendas Madres se acercaban con aquel, su característico caminar que era un silencioso deslizarse hasta tres pasos de la plataforma del Emperador.

– Parece como si no tuvieran pies -había comentado Moneo, irritado, en una ocasión.

Al recordar esa escena, Lato observó con qué atención vigilaba Moneo a las dos mujeres. Se mostraban amenazadoras, pero Moneo no osaba protestar por su proximidad: el Dios Emperador lo había ordenado, y así había de ser.

Leto dirigió entonces su atención a las asistentas que esperaban en el lugar donde se había detenido el cortejo. Vestían túnicas negras desprovistas de capuchas, y distinguió en ellas ciertos detalles insignificantes que hablaban de ceremonias y rituales prohibidos: un amuleto, un minúsculo dije, la coloreada punta de un pañuelo arreglado de forma que proyectara más color. Leto sabía que las Reverendas Madres permitían tales actividades porque ya no podían compartir la especia como antes.

Sustitutos rituales.

Se habían producido cambios significativos en los últimos diez años; una austeridad desconocida impregnaba las directrices de la Orden.

Están emergiendo, se dijo Leto. Los antiguos misterios aún se encuentran aquí Las ancestrales normas de conducta habían permanecido aletargadas en los recuerdos de la Bene Gesserit durante todos estos años.

Ahora están empezando a resurgir. Debo advertir a mis Habladoras Pez.

Volvió a contemplar a las Reverendas Madres.

– ¿Traéis alguna pregunta o solicitud?

– ¿Qué se siente siendo lo que sois? -preguntó Luyseyal.

Leto parpadeó. Interesante ataque. Llevaban más de una generación sin practicarlo. Bien... ¿por qué no?

– A veces mis sueños se ven interrumpidos y dirigidos a extraños lugares -respondíó-. Si mis recuerdos cósmicos son una telaraña, como las dos sabéis muy bien, tratad de imaginar las dimensiones de mi telaraña y a dónde pueden conducir tales recuerdos y tales sueños.

– Mencionáis nuestro innegable conocimiento -dijo Anteac- ¿Por qué no podemos por fin unir nuestras fuerzas con vos? Tenemos más puntos en común que divergencias.

– ¡Antes me aliaría con esas degeneradas Grandes Casas que no saben más que lamentar sus perdidas riquezas!

Anteac permaneció inmóvil, pero Luyseyal, señalando a Leto con el dedo, dijo:

– ¡Os estamos ofreciendo comunidad y colaboración!

– ¿Y yo insisto en el conflicto?

Anteac se agitó nerviosa y luego replicó:

– Dicen que el principio del conflicto se originó en la primera célula y que jamás se ha deteriorado.

– Ciertas cosas son, en efecto, incompatibles -asintió Leto.

– ¿Entonces cómo puede mantener nuestra Orden su comunidad? -inquirió Luyseyal.

Endureciendo la voz, Leto respondió:

Como muy bien sabéis, el secreto de la comunidad consiste en suprimir lo incompatible.

– La colaboración puede resultar muy valiosa -dijo Anteac.

– Para vosotras, no para mí.

Anteac emitió un profundo suspiro.

– En ese caso, Señor, habladnos de los cambios físicos que se han producido en vuestra persona.

– Alguien más aparte de vos debe estar enterado de ellos para poder registrarlos -dijo Luyseyal.

– ¿Por si me ocurre alguna desgracia? -preguntó Leto.

– ¡Señor! -protestó Anteac-. Nosotras no...

– Me seccionáis con palabras cuando preferiríais instrumentos más cortantes -le interrumpió Leto-. La hipocresía me ofende.

– Debo protestar, Señor -dijo Anteac.

– Sí, sí, ya me doy cuenta. Os estoy oyendo.

Luyseyal avanzó unos milímetros en dirección a la plataforma, mereciendo una reprobadora mirada de Moneo, que levantó la vista hacia Leto.

La expresión de Moneo demandaba acción, pero Leto prefirió ignorarle, curioso por conocer las intenciones de Luyseyal. La sensación de amenaza procedía de la pelirroja.

¿Qué es esta mujer?, se preguntó Leto ¿Podría tratarse de un Danzarín Rostro, después de todo?

No, no presentaba ninguno de los signos característicos. Luyseyal ofrecía un aspecto elaboradamente relajado, sin la más leve mueca o contracción de sus facciones que pudiera poner a prueba las dotes de observación del Dios Emperador.

– ¿No vaís a hablarnos, Señor, de vuestros cambios físicos? -reiteró Anteac.

¡Desviación! pensó Lato.

Mi cerebro esta creciendo enormemente -respondió-. La mayor parte de mi antiguo cráneo humano se ha disuelto, con lo cual los límites del crecimiento de mi cortex cerebral y su correspondiente sistema nervioso han desaparecido.

Moneo lanzó una sobresaltada mirada de alarma a Leto. ¿Por qué revelaba el Dios Emperador tan vital información? Esas dos la venderían, sin duda.

Pero las dos mujeres se sentían evidentemente impresionadas por dicha información, que las hacía vacilar en los proyectos elaborados de antemano.

– ¿Posee un centro vuestro cerebro? -preguntó Luyseyal.

– Yo soy el centro -contestó Leto.

– ¿Localización? -inquirió a su vez Anteac, con un gesto vago que abarcaba a toda la persona del Dios Emperador. Luyseyal, deslizándose, se acercó unos milímetros a la repisa.

– ¿Qué valor asignáis a la información que os estoy revelando? -dijo Leto.

Las dos mujeres no traicionaron el menor cambio de expresión, lo cual ya fue en si mismo sobradamente revelador. Una ligera sonrisa revoloteó en los labios de Leto.

– El ansia de los negocios y el tráfico comercial os domina -acusó Leto-. Hasta la Bene Gesserit se ha contagiado de la mentalidad suk.

– No merecernos tal acusación -protestó Anteac.

– Ah, si la merecéis. La mentalidad suk domina en todo mi Imperio. Los usos del mercado no han hecho más que aumentar y agudizarse por la ingente demanda de nuestro tiempo. Todos nos hemos vuelto comerciantes.

– ¿Incluso vos, Señor? -dijo Luyseyal.

– Estás poniendo a prueba mis iras -replicó Leto-. Eres especialista en eso, ¿no es cierto?

– ¿Señor? -La voz de Luyseyal sonó tranquila, desdeñosamente controlada.

– No se debe confiar en los especialistas -añadió Leto-. Los especialistas son maestros de la exclusión, expertos en la estrechez.

– Confiamos ser los arquitectos de un futuro mejor -dijo Anteac.

– ¿Mejor que cuál? replicó Leto.

Luyseyal se proximó una fracción de paso a Leto.

Esperamos establecer nuestros criterios conforme a vuestro juicio, Señor -contestó Anteac.

– Si seríais arquitectos. Si, para edificar paredes más altas, ¿verdad? No olvidéis. Hermanas, que os conozco bien. Sois unas magníficas proveedoras de subterfugios.

– La vida sigue, Señor -repuso Anteac.

– Cierto. Y también el universo.

Luyseyal se acercó nuevamente unos milímetros, haciendo caso omiso a la furibunda mirada de Moneo.

Entonces fue cuando Leto percibió el olor, y casi estalló en una fuerte carcajada.

¡Esencia de especia!

Traían consigo un poco de esencia de especia. Conocían las antiguas historias sobre los gusanos de arena y la esencia de especia, claro está. Era Luyseyal la que la llevaba encima, creyéndola veneno específico contra los gusanos de arena. Evidente, las crónicas de la Bene Gesserit y la Historia Oral concordaban sobre este particular. La esencia destruía al gusano, precipitando su disolución y convirtiéndolo al final de un proceso en truchas de agua que, a su vez, producirían nuevos gusanos, y así sucesivamente.

– Se ha producido en mí otro cambio fisico que quiero que conozcáis -dijó Leto-. Aún no soy un verdadero gusano de arena, no del todo. Consideradme más bien una criatura colectiva con alteraciones sensoriales.

La mano izquierda de Luyseyal se desplazó casi imperceptiblemente hacia un pliegue de su túníca. Moneo se dio cuenta y miró a Leto en espera de instrucciones, pero el emperador se limitó a devolver la velada mirada de los ojos de Luyseyal.

– Existen muchas falacias en eso de los olores -dijo Leto.

La mano de Luyseyal vaciló.

– Perfumes y esencias -continuó diciendo él-. Los recuerdo todos, hasta los cultos de la ausencia de olor. La gente usaba desodorantes en las axilas y en el escroto para enmascarar los olores naturales. ¿Sabíais eso? ¡Naturalmente que sí!

La mirada de Anteac se dirigió hacia Luyseyal.

Ninguna de las dos se atrevió a replicar.

– La gente sabía instintivamente que sus feromonas les traicionaban -añadió Leto.

Las dos mujeres estaban inmóviles, escuchándole. De todos sus súbditos, las Reverendas Madres eran las mejor dotadas para captar su oculto mensaje.

– Quisiérais desposeerme de las riquezas de mis recuerdos -declaró Leto en tono acusador.

– Nos sentimos celosas -confesó Luyseyal.

– Habéis leído mal la historia de la esencia de especia -dijo Leto-. Para la trucha de arena es como si fuera agua.

– Se trataba de una prueba, Señor. Eso es todo -dijo Anteac.

– ¿Queríais ponerme a prueba?

– Culpad de ello a nuestra curiosidad -contestó Anteac.

– Yo también siento curiosidad. Colocad la esencia de especia en la plataforma junto a Moneo. Yo la guardaré.

Lentamente, demostrando con la serenidad de sus movimientos que no pretendia realizar ataque alguno, Luyseyal metió la mano bajo los pliegues de su túnica y sacó un frasquito cuyo contenido brillaba con un intenso fulgor azul. Con sumo cuidado, lo colocó en la plataforma, sin el menor gesto que indicase que pudiera intentar alguna acción desesperada.

– Decidora de Verdad de la cabeza a los pies -declaró Leto.

Ella condescendió a agradecer el elogio con una débil mueca que quería pasar por una sonrisa, y luego se retiró colocándose junto a Anteac.

– ¿Dónde obtuvisteis la esencia de especia? -preguntó Leto.

– La compramos a unos contrabandistas -contestó Anteac.

– Hace más de dos mil quinientos años que no existe un solo contrabandista -replicó Leto.

– Quien no gasta, no malgasta -repuso Anteac.

– Ya veo. Y ahora deseais revalorizar lo que consideráis producto de vuestra paciencia, ¿no es así?

– Hace tiempo que venimos observando la evolución de vuestro cuerpo, Señor -dijo Anteac-. Pensamos que... -Se permitió realizar un leve alzarse de hombros, gesto que no desdecía de su rango y que ella no prodigaba.

Leto frunció los labios para responder:

– Yo no puedo alzarme de hombros.

– ¿Nos castigaréis? -preguntó Luyseyal.

– ¿Por entretenerme?

Luyseyal lanzó una mirada al frasco que reposaba en la plataforma.

– Juro que os recompensaré -manifestó Leto-. Lo juro.

– Preferiríamos protegeros en nuestra comunidad, Señor -dijo Anteac.

– No esperéis una recompensa exagerada -advirtió Leto.

Anteac asintió.

– Vos tratáis con los ixianos, Señor. Tenemos motivos para creer que tal vez conspiren contra vos.

– Les temo tanto como a vosotras.

– Estaréis sin duda informado de lo que los ixianos se traen entre manos -dijo Luyseyal.

– De vez en cuando Moneo me trae la copia de algún mensaje interceptado a personas o grupos de mi Imperio. Me entero de toda clase de historias.

– Estamos hablando de una nueva abominación, Señor -exclamó Anteac.

– ¿Creéis que los ixianos son capaces de producir una inteligencia artificial? -preguntó- ¿Consciente en la forma en que vosotras sois conscientes?

– Nos tememos que así sea, Señor -contestó Anteac.

– ¿Pretendéis hacerme creer que el Jihad Butleriano sigue vigente en las filas de la Bene Gesserit?

– Desconfiamos de lo desconocido que pueda producir la tecnología imaginativa -repuso Anteac.

Luyseyal se inclinó hacia Leto.

– Los ixianos alardean de que su máquina trascenderá al Tiempo en la forma en que vos lo hacéis, Señor.

– Y la Cofradía afirma que existe un caos temporal alrededor de los ixianos -replicó Leto en mofa-. ¿Habremos, pues, de temer cualquier tipo de creación?

Anteac se irguió con rigidez.

– A vosotras os digo la verdad, pues reconozco vuestras aptitudes -dijo Leto. ¿No queréis acaso reconocer las mías?

Luyseyal asintió con un brusco movimiento de cabeza.

– Tleilax e Ix han firmado una alianza con la Cofradía, y pretenden nuestra plena colaboración.

– ¿Y a quien más teméis es a Ix?

– Tememos todo lo que no podemos controlar -repuso Anteac.

– Y a mí no me controláis.

– ¡Sin Vos, la gente nos necesitaría! -exclamó Anteac.

– ¡He aquí finalmente la verdad! -replicó Leto-. Venís a mí como a un oráculo, a pedirme que tranquilice vuestros temores.

La voz de Anteac sonó entonces frígidamente controlada:

– ¿Es capaz Ix de contruir un cerebro mecánico?

– ¿Un cerebro? ¡Por supuesto que no!

Luyseyal pareció relajarse, pero Anteac permaneció inmóvil. No se sentía satisfecha de la respuesta del oráculo.

¿Por qué será que la estupidez se repite con tan monótona precisión?, se preguntó Leto. Sus recuerdos le ofrecian innumerables escenas equiparables a esta: cuevas, grutas, sacerdotes y sacerdotisas arrobados en éxtasis divino, voces portentosas pronunciando peligrosas profecías entre los vahos de narcóticos sagrados.

Bajó la vista hasta el frasco iridiscente que reposaba en la plataforma junto a Moneo. ¿Cuál sería el valor actual de aquel objeto? Incalculable. Era la esencia, concentrada del destilado de riqueza.

– Ya habéis pagado los servicios del oráculo -dijo-. Me divierte concederos el máximo valor.

Las Reverendas Madres se pusieron alerta.

– ¡Escuchadme! -exclamó-. Lo que teméis no es lo que teméis.

A Leto le agradó en efecto de su frase. Suficientemente prodigiosa para cualquier oráculo.

Anteac y Luyseyal le contemplaron en actitud de súplica sumisa.

Detrás de ellas se oyó carraspear a una asistenta.

La identificarán y luego le propinarán una reprimenda, pensó Leto.

Anteac, que había tenido tiempo suficiente de meditar las palabras de Leto, dijo:

– Una verdad oscura no es la verdad.

– Pero he dirigido vuestra atención por el camino correcto -afirmó Leto.

– ¿Nos estáis diciendo acaso que no temamos a esa máquina? -preguntó Luyseyal.

– Disponéis de la facultad de la razón -repuso Leto-. ¿Por qué venis a mendigar ante mí?

– Porque carecemos de vuestros poderes -contestó Anteac.

– Os quejáis de no sentir la sutil finura de las olas del Tiempo. No sentis mi continuidad. ¡Y teméis a una simple máquina!

– Entonces no vais a respondernos -dijo Anteac.

– No cometáis el error de creerme ignorante de los métodos y maneras de vuestra Orden -les advirtió-. Estáis vivas. Vuestros sentidos se hallan exquisitamente sintonizados. Yo esto no lo detengo, y vosotras tampoco deberíais hacerlo.

– ¡Pero los ixianos juegan con mecanismos automáticos! -exclamó Anteac.

– Piezas discretas, elementos finitos ligados entre sí -asíntió-. Una vez puestos en movimiento, ¿quién podrá detenerlos?

Luyseyal descartó toda pretensión de autodominio a la manera Bene Gesserit, sutil reconocimiento de los poderes de Leto, y con una voz que era casi un chirrido replicó:

– ¿Sabéis de lo que alardean los ixianos? ¡De que su máquina será capaz de predecir vuestras acciones!

– ¿Y por qué habría yo de temer tal cosa? Cuanto más se acerquen a mi, más querrán ser mis aliados. Porque ellos a mí no pueden conquistarme, pero yo si puedo conquistarlos a ellos.

Anteac hizo como que iba a replicar, pero se detuvo al notar que Luyseyal la tocaba en el brazo.

– ¿Os habéis aliado ya con Ix? -preguntó Luyseyal-. Hemos oido decir que celebrasteis una larga entrevista con Hwi Noree, la embajadora.

– No tengo aliados -repuso él-. Tan solo servidores, alumnos y enemigos.

– ¿Y no temeis a la máquina de los ixianos? -insistió Anteac.

– ¿Es acaso la automatización sinónimo de inteligencia consciente? -preguntó Leto.

Los ojos de Anteac se abrieron portentosamente, y se velaron al replegarse ella en sus recuerdos. Leto se sintió a pesar suyo fascinado por lo que debía estar encontrando en su interior, dentro de su turba interna.

Algunos de esos recuerdos los compartimos, pensó.

Y entonces Leto sintió lo seductor y atractivo que seria colaborar en comunidad con las Reverendas Madres. Seria una relación tan familiar, tan de apoyo mutuo... y tan mortal. Anteac trataba una vez más de persuadirle; dijo:

– La máquina no puede anticipar todos los problemas de importancia para los humanos. Es la diferencia entre unas cuantas piezas de serie y una continuidad ininterrumpida. Nosotros disponemos de esto último; las máquinas se hallan confinadas a lo primero.

– Seguís teniendo el poder de la razón -dijo él.

– ¡Compartir! -exclamó Luyseyal. Esta palabra se trataba en realidad de una orden a Anteac, que revelaba con abrupta brusquedad cuál de las dos mujeres dominaba, la más joven sobre la anciana.

Exquisito, pensó Leto.

– La inteligencia se adapta -añadió Anteac.

Austera también hasta en la concisión de sus palabras, pensó Leto, disimulando su regocijo.

– La inteligencia es creadora -dijo-. Lo cual significa enfrentarse a respuestas desconocidas, es decir, encararse con la novedad.

– O sea, con una posibilidad como la de la máquina ixiana -replicó Anteac, con unas palabras que eran más una declaración que una pregunta.

– ¿No es interesante comprobar que el hecho de ser una magnífica Reverenda Madre no resulta suficiente?

Sus agudos sentidos detectaron la repentina tensión del miedo en ambas mujeres. ¡Decidoras de Verdad, realmente!

– Hacéis bien en temerme -declaró. Y elevando el tono de su voz preguntó-: Decidme, ¿cómo sabéis que estáis vivas?

Al igual que Moneo en repetidas ocasiones, las Reverendas Madres notaron en su voz las mortales consecuencias que tendría para ellas fracasar en la respuesta. Y a Leto le fascinó observar que ambas mujeres lanzaban una mirada a Moneo antes de contestar.

– Yo soy el espejo de mi misma contestó Luyseyal, con una estereotipada respuesta a la manera Bene Gesserit que Leto encontró ofensiva.

– Yo no necesito de instrumentos preestablecidos para manejar mis problemas humanos -fue la respuesta de Anteac, que añadió-: Vuestra pregunta es sofomórfica.

Leto se echó a reir a carcajadas.

– ¿Qué me dirías de abandonar la Bene Gesserit para unirte a mi?

El la vio considerar y luego rechazar esta propuesta, sin tratar de ocultar el regocijo que le había producido.

Leto se dirigió entonces a la desconcertada Luyseyal:

– Si esto cae fuera de tus criterios, entonces es que estas engranada con la inteligencia y no con la automatización.- Y pensó: Esta Luyseyal no volverá a dominar jamás a la vieja Anteac.

Luyseyal, que estaba muy enojada, no se tomó la molestia de disimularlo. Replicó:

– Se rumorea que los ixianos os han proporcionado máquinas construidas a semejanza de la mente humana. Si tan pobre opinión tenéis de ellos, ¿por qué...?

– No debe permitírsele salir de la Sala Capitular sin escolta comentó Leto, dirigiéndose a Anteac-. Tiene miedo de enfrentarse a sus propios recuerdos.

Luyseyal palideció, pero guardó silencio.

Leto se dispuso a estudiarla con frialdad.

– La prolongada e inconsciente relación de nuestros antepasados con las máquinas nos ha enseñado alguna cosa, ¿no crees?

Luyseyal se limitó a mirarle echando fuego por los ojos, sin atreverse a arriesgar su vida por desafiar abiertamente al Dios Emperador.

– ¿Dirías que por lo menos conocemos el atractivo de las máquinas? -preguntó Leto.

Luyseyal asintió.

– Una máquina en buen estado puede resultar más de fiar que un sirviente humano -declaró Leto-. Las máquinas, al menos, no se permiten distracciones emotivas.

Luyseyal recobró el habla para replicar:

– ¿Significa eso acaso que pensáis levantar la prohibición Butleriana contra las máquinas abominables?

– Te juro -replicó Leto, con el desdén helándole la voz -que si vuelves a hacer una nueva demostración de estupidez, te haré ejecutar públicamente. ¡Yo no soy vuestro oráculo!

Luyseyal abrió la boca, y volvió a cerrarla sin decir nada.

Anteac tocó a su compañera en el brazo, produciendo un inmediato temblor en todo el cuerpo de Luyseyal. Y con una exquisita demostración de su dominio de la Voz, dijo dulcemente:

– Nuestro Dios Emperador no desafiará jamás abiertamente las proscripciones del Jihad Butleriano.

Leto le dirigió una sonrisa como gentil elogio a su actitud. Qué gran placer producía contemplar a una gran profesional desempeñando con eficiencia su cometido.

– Eso tendría que ser evidente para toda inteligencia de mediano orden -replícó-. Existen ciertos limites impuestos por mí mismo, lugares y preceptos con los que jamás interferiré.

Contempló a las dos mujeres asimilando la múltiple complejidad de sus palabras, sopesando su significado y su posible intencionalidad. ¿Se proponía el Dios Emperador distraerlas, dirigiendo su atención hacia los ixianos mientras él actuaba en otro frente? ¿Estaba diciendo acaso a la Bene Gesserit que había llegado el momento de tomar partido en contra de los ixianos? ¿Era posible que sus palabras no respondieran más que a sus aparentes motivos? Fuesen cuales fuesen las razones del Dios Emperador,

no podían ignorarse, pues se trataba indudablemente del ser más tortuoso que jamás produjera el universo.

Leto frunció el ceño a Luyseyal, sabiendo que ello no haría más que aumentar la confusión de las mujeres, y dijo:

– Quiero subrayar para ti, Marcus Claire Luyseyal, una lección de las antiguas civilizaciones supermecanizadas que por lo visto tú no has aprendido. Las máquinas condicionan a quienes las emplean a utilizar a sus semejantes como si fueran máquinas.

Y dirigiéndose a Moneo. llamó:

– ¿Moneo?

– Lo veo, Señor.

Moneo estiró el cuello para mirar por encima del cortejo Bene Gesserit. Duncan Idaho acababa de entrar por la gran puerta del salón, y avanzaba por él en dirección a Leto. No por ello relajó Moneo su cautela ni su desconfianza hacia las Bene Gesserit, pero en cambio reconoció la intención del discurso de Leto. Está comprobando, siempre comprobando.

Anteac carraspeó.

– Señor, ¿qué decís de vuestra recompensa?

– Eres valiente -replicó Leto-. Sin duda por esto te eligieron para esta embajada. Muy bien. Para la próxima década voy a mantener vuestra asignación de especia a sus mismo nivel actual. En cuanto a lo demás, he decidido ignorar lo que realmente pretendíais con la esencia de especia. ¿No os parezco generoso?

– Extraordinariamente generoso -contestó Anteac, sin el menor rastro de amargura en la voz.

Duncan Idaho pasó rozando a la mujer y se detuvo junto a Moneo para mirar a Leto:

– Mi Señor, hay... -Se interrumpió y miró a las dos Reverendas Madres.

– Habla sin reservas -ordenó Leto.

– Si, mi Señor.- Aunque de mala gana, obedeció-. Hemos sido atacados en el borde sudoriental de la ciudad. Supongo que se trata de una maniobra de distracción, pues llegan informes de nuevos brotes de violencia en la Ciudad y en el Bosque Prohibido a cargo de numerosas bandas de saqueo.

– Están cazando a mis lobos -dijo Leto-. En el bosque y en la ciudad están cazando a mis lobos.

Idaho frunció el ceño con desconcierto.

– ¿Lobos en la ciudad, Señor?

– Predadores -contestó Leto-. Lobos. Para mí no existen diferencias básicas.

Moneo contuvo el aliento.

Leto le sonrió, pensando qué hermoso era contemplar un momento de comprensión, con el velo de los ojos corrido y la mente abierta.

– He traído conmigo a un nutrido grupo de soldados para defender este lugar -dijo Idaho-. Los he apostado a lo largo de...

– Sabía que lo harías -repuso Leto-. Ahora escucha atentamente dónde quiero que envíes el resto de las tropas.

Y mientras las Reverendas Madres contemplaban la escena en un silencio teñido de pavor y respeto, Leto expuso a Idaho los lugares exactos para las emboscadas, especificando el contingente de cada destacamento, y en ciertos casos hasta el número de personal especializado, el horario, el armamento necesario y la organización precisa para cada ocasión. La prodigiosa memoria de Idaho iba registrando todas las instrucciones. Estaba demasiado inmerso en los preparativos de la acción como para pensar en discutirlos hasta que Leto guardó silencio, momento en que una expresión de temor y desconcierto se reflejó en el rostro de Idaho.

Para Leto fue como penetrar hasta la consciencia esencial de Idaho y leer sus más recónditos pensamientos. Fui soldado de confianza del primer Leto, pensaba Idaho. Aquel Leto, el abuelo de éste, me salvó la vida y me acogió en su casa como a un hijo. Pero aunque aquel Leto tenga una cierta forma de existencia en este... este no es él.

– Mi Señor, ¿para qué me necesitáis a mi?

– Por tu fortaleza y tu lealtad.

Idaho agitó la cabeza.

– Pero...

– Obedece -dijo Leto, observando la forma en que estas palabras eran asimiladas por las Reverendas Madres. La verdad, solo la verdad, pues son Decidoras de Verdad.

– Porque tengo una deuda con los Atreides -dijo Duncan.

– En ella reposa nuestra confianza -replicó Leto-. ¿Duncan?

– Señor. -La voz de Idaho revelaba haber hallado terreno firme que pisar.

– Deja al menos un superviviente en cada acción. De lo contrario todos nuestros esfuerzos resultarán inútiles.

Idaho saludó con una única inclinación brusca de cabeza y se retiró, cruzando el salón tal como había entrado. Y Leto pensó que serían menester unos ojos extremadamente agudos para darse cuenta de que el Idaho que salia ahora era completamente distinto del que había entrado.

Anteac dijo:

– Esto ocurre por haber azotado a ese Embajador.

– Exactamente -concedió Leto-. Explicadle con toda exactitud lo sucedido a vuestra superiora, la muy admirable Reverenda Madre Syaksa. Decidle de mi parte que prefiero la compañía de los predadores a la de la presa. -Y mirando a Moneo, que no le estaba prestando atención, añadió-: Moneo, los lobos de mi bosque han desaparecido. Sustitúyelos por lobos humanos. Ocúpate de ello.

- CAPITULO XXV -

El estado de trance de la profecía no se asemeja a ninguna otra experiencia visionaria. No se trata de una retirada de la cruda exposición de los sentidos, como muchos otros estados de trance, sino de una inmersión en una multitud de nuevos movimientos. Las cosas se mueven. Se trata de un pragmatismo final en medio del Infinito, de una consciencia exigente que al final se convierte en la intensa convicción de que el universo se mueve de por si de que cambia, de que sus leyes de transforman, de que no hay nada permanente ni absoluto durante todo este movimiento, de que las explicaciones mecánicas de cualquier cosa operan solamente dentro de límites precisos y que, una vez se derriban las paredes, las antiguas explicaciones se derrumban y se disuelven barridas por nuevos movimientos. Las cosas que se ven en este trance son sedantes y a menudo demoledoras. Exigen del que lo sufre un supremo esfuerzo por permanecer entero, y aun así se emerge de ese estado profundamente cambiado.

–Los Diarios Robados

La noche del dia de Audiencias, mientras otros dormían y luchaban, soñaban y morían, Leto se entregó al reposo en la soledad de su Salón de Audiencias sin más compañía que la de unas pocas Habladoras Pez que montaban guardia apostadas en la puerta.

No lograba dormir. Su mente se agitaba en remolinos de necesidades y desilusiones.

¡Hwi! ¡Hwi!

Ahora sabia por qué le habían enviado a Hwi Noree. Y bien que lo sabia!

Mi más recóndito secreto ha salido a la luz. Habían descubierto su secreto. Hwi era la prueba de ello.

Desesperado, se entregó a pensar descabelladas ideas. ¿Se podría revertir su terrible metamorfosis? ¿Podría recuperar su estado humano?

Era imposible.

Y aún suponiendo que no lo fuese, el proceso tardaría en retroceder el mismo tiempo empleado para llegar a la presente fase. ¿Donde estaría Hwi dentro de más de tres mil años? En la cripta, convertida en un montón de polvo y huesos.

Podría engendrar a otra como ella y prepararla para mí... pero ya no sería mi dulce Hwi.

¿Y qué seria de la Senda de Oro mientras él se entregaba a tan egoístas fines?

¡Al infierno con la Senda de Oro! ¿Han pensado estos cretinos insensatos una sola vez en mi? No, ni una sola vez.

Pero no era cierto. Hwi pensaba en él y compartía su tortura.

Procuró alejar de sí estos pensamientos de locura, concentrando los sentidos en el cuidadoso movimiento de los guardias y en el fluir del agua bajo el pavimento del salón.

Cuando tomé esta decisión ¿qué era lo que esperaba?

¡Cómo se reía de esta pregunta la muchedumbre que moraba en su interior! ¿No era acaso la esencia misma del acuerdo lo que mantenía a las turbas bajo control?

– Tienes una tarea que cumplir -le decían-. No tienes más que un único objetivo.

El objetivo único es la marca distintiva del fanático, y yo no soy un fanático.

– Debes ser cínico y cruel. No puedes quebrantar nuestra confianza.

¿Por qué no?

¿Acaso no prestaste juramento? Lo hiciste. Tú elegiste este camino.

¡Esperanzas!

– Las esperanzas que la historia crea para una generación suelen derrumbarse en la siguiente. ¿Quién puede saberlo mejor que tú?

Cierto... y las esperanzas destruidas son capaces de alienar a una población entera. ¡Y yo solo ya soy una población entera!

– ¡Recuerda tu juramento!

Lo recuerdo. Soy la fuerza destructiva que se desata a través de los siglos. Yo limito las esperanzas, incluidas las mías. Yo amortiguo el movimiento del péndulo.

– Y luego lo impulsas. No lo olvides.

Estoy cansado. ¡Qué cansado estoy! Si pudiera dormir... dormir de verdad.

– Y rebosas autocompasión ademas.

– ¿Y por qué no? ¿Qué soy yo? El último solitario obligado a contemplar lo que hubiera podido ser. Cada día lo contemplo... y ahora, ¡Hwi!

– Tu altruista decisión original te llena ahora de egoísmo.

Me rodea el peligro. Debo vestir mi egoísmo como una armadura.

– El peligro existe para todo aquel que te toca. ¿No es esa tu verdadera naturaleza?

Peligro incluso para Hwi. Mi querida Hwi, mi deliciosa y querida Hwi.

– ¿Te rodeaste de altas murallas sólo para quedarte en su interior entregado a la autocompasión?

Construí las murallas porque enormes fuerzas se han desatado en mi Imperio.

– Las desencadenaste tú. ¿Por qué no pactas con ellas?

Eso es obra de Hwi. Jamás estos pensamientos fueron tan poderosos en mi. ¡Por culpa de los malditos ixianos!

– ¡Qué interesante que te ataquen con la carne en vez de con una máquina!

Porque han descubierto mi secreto.

Conoces el remedio.

El gran cuerpo de Leto empezó a temblar en toda su longitud ante esa idea. Sabía bien cuál era el remedio que hasta entonces siempre le había dado resultado. perderse durante un tiempo en su propio pasado. Ni siquiera las Hermanas Bene Gesserit podían realizar tales expediciones siguiendo hacia atras el eje de los recuerdos, hacia atras, hacia atras, hasta los mismos límites de la conciencia celular, o bien deteniéndose al borde del camino a entregarse a una sofisticada orgía sensorial. Una vez, tras la muerte de un Duncan singularmente querido, había recorrido las grandes actuaciones musicales almacenadas en su memoria. Mozart le había fatigado en seguida. ¡Presuntuoso! Pero Bach... ¡ah Bach!

Leto recordaba el gran placer que había sentido.

Me senté al órgano y dejé que la música me penetrara y me invadiera.

Solo tres ocasiones en todo su recuerdo podían equipararse a Bach. Y ni siquiera Lícallo lo superaba; era comparable, pero no mejor que Bach.

¿Serían las intelectuales femeninas tema apropiado para esta noche? La abuela Jessica era una de las mejores. La experiencia le decía que alguien tan cercano como Jessica no sería el remedio adecuado para su tensión. La búsqueda debería llevarle mucho mas lejos.

Se imaginó entonces describiendo tal recorrido a algún visitante amedrentado, a un ser completamente imaginario puesto que nadie de quien le visitaba se atrevería jamas a preguntarle por tan sagrado tema.

– Desciendo por el curso de mis antepasados buscando los afluentes, explorando rincones y grietas. No reconocerías la mayoría de sus nombres. ¿Quién ha oído hablar de Norma Cenva? Yo la he vivido.

– ¿Vivirla? -preguntaba su imaginario visitante.

– Naturalmente. ¿Para qué otra cosa conservaría uno cerca a sus antepasados? Crees que fue un hombre el que diseñó la primera nave de la Cofradía, ¿verdad? Tus libros de Historia afirman que fue Aurelius Venport. Mienten. Fue su amante, Norma. Ella le

dio el diseño junto con cinco hijos. Creía que su ego no podía aceptar menos. Al final, el saber que no había cumplido con su propia imagen fue lo que le mató.

– ¿También le habéis vivido a él?

– En efecto. Y he atravesado los remotos vagabundeos de los Fremen. Y a través del linaje de mi padre me he remontado hasta la Casa de Atreus.

– ¡Qué ilustre linaje!

– Con su buena proporción de cretinos.

Lo que necesito es distracción, pensó.

¿Serviría entonces un recorrido por los episodios y hazañas sexuales?

– ¡No tienes ni idea de las orgías internas que encuentro a mi disposición! Soy el último mirón-participante(s) y observador(es). La ignorancia y los malos entendidos sobre la sexualidad han causado inmenso daño. ¡Qué estrechez de miras la nuestra, qué mezquindad!

Leto sabía que no podía elegir ese tema, no aquella noche, no con Hwi en la Ciudad.

¿Eligiría pues un recorrido por la guerra?

– ¿Cual Napoleón fue el mas cobarde? -preguntó a su imaginario visitante. No voy a revelarlo, pero lo sé. Oh, sí, lo sé.

¿Adónde puedo ir? Con todo el pasado abierto ante mis ojos, ¿adónde puedo ir?

Los burdeles, las atrocidades, los tiranos, los acróbatas, nudistas, cirujanos, prostitutos, músicos, magos, ungencieros, sacerdotes, artesanos, sacerdotisas...

– ¿Te das cuenta -preguntó a su imaginario visitante de que el huía conserva un antiguo lenguaje de signos que en tiempos perteneció exclusivamente a los varones? ¿Nunca has oído hablar del huía? Claro. Ya nadie lo baila. Sin embargo, los Danzarines han conservado muchas cosas. Las traducciones se han perdido, pero yo las conozco.

"Durante una noche entera fui una serie de califas avanzando hacia oriente y occidente con las oleadas del Islam a través de los siglos. Pero no quiero aburrirte con detalles. Retírate ya, visitante.

Qué seductor es, pensó, este canto de sirena que quisiera tenerme viviendo solamente en el pasado.

Y qué inútil es ahora este pasado gracias a los malditos ixianos. Qué aburrido es el pasado cuando Hwi está aquí. Si la llamara, acudiría de inmediato. Pero no puedo llamarla. Ahora no... Esta noche no.

El pasado le seguía llamando.

Podría emprender una peregrinación a mi pasado. No tiene por qué ser una expedición. Podría ir solo. Las peregrinaciones purifican. Las expediciones, por el contrario, me convierten en turista. Esta es la diferencia. Podría ir yo solo a mi mundo interior.

Y no regresar jamás.

Leto intuyó el fatalismo de todo aquello, de que el estado onírico acabara por atraparle.

Yo creo un estado onírico en todo mi Imperio. Dentro de él se forjan nuevos mitos, aparecen nuevas direcciones y nuevos movimientos. Nuevo... nuevo... nuevo... Las cosas emergen de mis propios sueños, de mis propios mitos. ¿Quién será más susceptible a ellas que yo mismo? El cazador cazado en sus propias redes.

Leto se daba cuenta de haber alcanzado una situación para la cual no existía remedio, ni pasado ni presente ni futuro. Su gran cuerpo temblaba estremecido en la penumbra de su Salón de Audiencias.

En la puerta, una de las Guardias Habladoras Pez le dijo a otra:

– ¿Está Dios acongojado?

Y su compañera contestó:

– Los pecados de este mundo acongojarían a cualquiera.

Leto las oyó y lloró en silencio.

- CAPITULO XXVI -

Cuando me propuse guiar a la humanidad por mi Senda de Oro prometí enseñarle una lección que jamás olvidaría. Conozco una norma de conducta muy profunda que los humanos niegan con sus palabras aún cuando con sus acciones la confirmen. Dicen que buscan seguridad y calma, la condición que ellos llaman paz. Pero incluso al hablar van creando ya las semillas del tumulto y la violencia. Si llegan a encontrar su calmada seguridad, se retuercen inquietos en ella. Qué aburrida la encuentran. Mírales ahora. Mira lo que hacen mientras registro estas palabras. Ah, yo les doy interminables eras de tranquilidad forzosa, que perduran y perduran pese a sus muchos esfuerzos por escapar al caos. Creedme, el recuerdo de la Paz de Leto morará con ellos para siempre. Después buscarán su calmada seguridad sólo con extrema cautela y constante tenacidad.

–Los Diarios Robados

Muy en contra de su voluntad, Idaho se encontró al amanecer con Siona a su lado a bordo de un ornitóptero Imperial que los conducía a un lugar seguro. El aparato volaba hacia el este, en dirección al arco dorado de la luz solar que disipaba las tinieblas de un paisaje compuesto por una verde cuadrícula de plantaciones. El tóptero era un aparato de gran tamaño, lo bastante capaz para transportar a un pequeño pelotón de Habladoras Pez y a sus dos invitados. La piloto y capitana del pelotón, una mujer fornida con una cara que en opinión de Idaho no había sonreído jamas, respondía al nombre de Inmeir. Estaba sentada en el asiento del piloto, justamente delante de Idaho, con dos musculosas guardias una a cada lado. Cinco guardias mas estaban sentadas detras de Idaho y Siona.

– Dios me ha ordenado que te saque de la Ciudad -le había dicho Idaho, acercándose al pueso de mando situado en el sótano de la plaza central-. Es por tu propia seguridad. Regresaremos mañana por la mañana para Siaynoq.

Idaho, fatigado tras una noche de alarmas, había intuido la inutilidad de discutir "las órdenes del propio Dios". Inmeir parecía enteramente capaz de llevárselo a rastras bajo uno de sus brazos. Le había hecho salir del puesto de mando a una noche helada y cuajada de estrellas, que brillaban como las facetas de innumerables diamantes. Sólo al reconocer a Siona aguardando a bordo del tóptero había comenzado a preguntarse Idaho el propósito de esta excursión.

A lo largo de la noche, Idaho había ido comprobando que no toda la violencia que azotaba Onn procedía de la organización de los rebeldes. Al preguntar por Siona, Moneo le había enviado recado de que "mi hija está a salvo y fuera de problemas, añadiendo al final del mensaje: "La entrego a tu cuidado".

A bordo del tóptero, Siona no había contestado a ninguna de las preguntas de Idaho, e incluso en este momento seguía sentada a su lado sumida en un hosco silencio. Le recordaba a sí mismo en aquellos primeros días de amargura en los que habia jurado venganza contra los Harkonnen. Le extrañaba el resentimiento de la muchacha. ¿Qué podía inducirla a ello?

Sin saber por qué, Idaho se encontró comparando a Siona con Hwi Noree. Encontrarse con Hwi no había sido fácil, pero al final lo había conseguido pese a las inoportunas demandas de las Habladoras Pez de que atendiera a ciertos asuntos en otro lugar.

Gentil, ese era el epíteto que le cuadraba a Hwi. Actuaba desde un núcleo de permanente gentileza que, a su modo, era algo de un enorme poder, y que él encontraba intensamente atractivo.

Tengo que verla otra vez.

Por el momento no podía sino pelear contra el hosco silencio de Siona, sentada a su lado. Bien... contra silencio, silencio.

Idaho se dedicó a contemplar el paisaje. Aquí y allá se veían las luces arracimadas de las aldeas que comenzaban a apagarse a medida que se acercaba la salida del sol. El desierto del Sareer se hallaba muy distante, y éstas eran tierras que por su aspecto nadie hubiera dicho que fueran yermas.

Algunas cosas no cambian demasiado, pensó. Simplemente se van de un sitio y se transforman en otro.

Este paisaje, que le recordaba los exuberantes jardines de Caladan, le hizo pensar en el verdeante planeta en que los Atreides vivieran durante tantas generaciones antes de trasladarse a Dune. Divisó estrechos caminos, caminos de mercados con un disperso tráfico de vehículos tirados por unos animales de seis patas que adivinó que eran chaballos. Moneo le había dicho que estos equinos, adaptados a las necesidades del terreno, eran las principales bestias de carga no sólo del planeta sino de todo el Imperio.

– Una población que camina es mas fácil de controlar.

Las palabras de Moneo resonaron en la memoria de Idaho al mirar hacia abajo. Delante del tóptero se extendía una comarca de ricos pastos ondulada por suaves colinas caprichosamente divididas por muros de piedra negra. Idaho distinguió ovejas y varias otras clases de reses. El tóptero sobrevolaba ahora un angosto valle todavía en tinieblas con una estrecha cinta de agua discurriendo por sus profundidades. Una única luz y una columna de humo azul que subía desde las sombras del valle constituían todos los indicios de que se hallaba habitado.

De repente Siona se irguió y palmeó al piloto en el hombro, señalando al mismo tiempo hacia un punto a la derecha del aparato.

– ¿Aquello de allí no es el Goygoa? -preguntó.

– Sí -contestó Inmeir sin volverse, con voz entrecortada e invadida por una emoción que Idaho no supo a qué atribuir.

– ¿No es un lugar seguro? -preguntó Siona.

– Si lo es.

Siona miró a Idaho y le dijo:

– Ordénale que nos lleve a Goygoa.

Sin saber por qué la obedecía, Idaho dijo:

– Llévanos a ese lugar.

Inmeir se volvió entonces y sus facciones, que por la noche Idaho habia considerado como una inexpresiva masa pétrea, revelaron las señales inequívocas de una profunda emoción. Con la boca torcida y el ojo derecho parpadeando de nerviosismo, Inmeir suplicó:

– A Goygoa no, Comandante. Hay mejores...

– ¿Acaso el Dios Emperador te ordenó llevarnos a algún lugar en particular? -preguntó Siona.

Inmeir, que estaba furiosa por la interrupción, no miró a Siona directamente. Respondió:

– No, pero...

– Entonces llévanos a ese Goygoa -dijo Idaho.

Inmeir volvió a concentrar su atención en los mandos del tóptero, e Idaho cayó sobre Siona al ladearse bruscamente el aparato para dirigirse a una oquedad acurrucada en las verdes colinas.

Idaho alargó la cabeza por encima del hombro de Inmeir para mirar a su destino. En el centro de la oquedad se divisaba un pueblo construido con la misma piedra negra de los muros de los prados. En las laderas que rodeaban el pueblo Idaho distinguió huertas y frutales dispuestos en terrazas que ascendían hasta un pequeño collado, sobre el que se cernían varios halcones planeando en los primeros albores del día.

Mirando a Siona, Idaho pregunto:

– ¿Qué es eso de Goygoa?

– Ya verás.

Inmeir hizo descender el tóptero para aterrizar con gran suavidad en una verde franja de terreno en las afueras del pueblo. Una de las Habladoras Pez abrió la puerta del aparato que quedaba situada frente al pueblo. El olfato de Idaho se vio de inmediato asaltado por una penetrante mezcla de aromas, entre los cuales destacaban un olor a hierba cortada y estiércol y el acre perfume de los fuegos de cocina. Saltó del aparato y se encontró frente a una calle de pueblo que iba llenándose de gente que salía de sus casas para contemplar a los visitantes. Idaho vio que una mujer de edad, vestida con un traje largo verde, se inclinaba para murmurarle algo a un niño, que al instante echó correr calle arriba.

– ¿Te gusta este lugar? -le preguntó Siona, colocándose de un salto a su lado.

– Parece agradable.

Siona miró a Inmeir al ver que la piloto y las demás Habladoras Pez se reunían con ellos en la hierba.

– ¿Cuándo regresamos a Onn?

– Tú no vuelves -respondió Inmeir-. Mis órdenes son llevarte a la Ciudadela. El Comandante sí regresa.

– Ya veo -asintió Siona-. ¿Cuándo nos iremos?

– Mañana al amanecer. Voy a hablar con el jefe del pueblo para la cuestión del alojamiento.

– Goygoa, qué nombre tan extraño -dijo Idaho- ¿Cómo debía ser este lugar en los tiempos de Dune?

– Yo lo sé -contestó Siona-. Aparece en los antiguos mapas como Shuloch, que significa "lugar embrujado". La Historia Oral dice que aquí se cometieron grandes crímenes antes de que todos sus habitantes fuesen aniquilados.

– Jacurutu -murmuró Idaho, recordando las viejas leyendas de los ladrones de agua. Miró a su alrededor buscando restos de dunas y serranías, pero no vio nada; tan sólo dos ancianos de rostro plácido que regresaban en compañía de Inmeir. Vestían pantalones azules desteñidos y camisas harapientas, y andaban descalzos.

– ¿Conocías este lugar? -preguntó Siona.

– Tan sólo como un nombre de Leyenda.

– Algunos dicen que hay fantasmas -dijo ella-, pero yo no lo creo.

Inmeir se detuvo delante de Idaho, indicando a los dos hombres que esperaran detrás de ella.

– Las habitaciones son modestas pero convenientes -declaró-, a menos que prefiráis alojaros en una de las residencias privadas. -Y al decir estas palabras se volvió y miró a Siona.

– Lo decidiremos luego -respondió la muchacha. Y cogiendo a Idaho del brazo añadió-: El Comandante y yo deseamos pasear por Goygoa para admirar sus vistas.

Inmeir abrió la boca para decir alguna cosa, pero guardó silencio.

Idaho hizo pasar a Siona ante los rostros rebosantes de curiosidad de los dos ancianos del pueblo.

– ¡Enviaré a dos guardias con vosotros! - ritó Inmeir.

Siona se detuvo y girándose, contestó:

– ¿No es seguro Goygoa?

– Este es un sitio muy tranquilo -dijo uno de los dos hombres.

– Entonces no necesitamos guardias -replicó Siona-. Que se queden vigilando el aparato.

Y echó a andar hacia el pueblo con Idaho.

– Muy bien -dijo Idaho, desasiéndose de Siona -¿Qué le pasa a este lugar?

– Es muy probable que lo encuentres muy tranquilo. No tiene nada que ver con el antiguo Shuloch. Muy tranquilo.

– Tú estas tramando algo -dijo Idaho, caminando junto a ella-. ¿Qué es?

– Siempre he oido decir que los gholas no cesaban de hacer preguntas. Yo también deseo que se me contesten algunas.

– ¿Ah, sí?

– ¿Cómo era, en tus tiempos, Leto?

– ¿Cuál de ellos?

– Si, olvidaba que hubo dos: el abuelo y nuestro Leto. Me refiero a nuestro Leto, claro.

– Era un niño, es todo lo que sé.

– La Historia Oral dice que una de sus primeras novias era de este pueblo.

– ¿Novias? Creí que...

– Cuando todavía tenía aspecto humano. Fue poco antes de la muerte de su hermana cuando comenzó a transformarse en el Gusano. La Historia Oral afirma que las novias de Leto desaparecieron en los laberintos de la Ciudadela Imperial, sin que jamás volvieran a ser vistas excepto como rostros y voces transmitidas por holo. Ahora hace miles de años que no ha tenido novia.

Habían llegado a una pequeña plaza cuadrada situada en el centro del pueblo; tendría unos cincuenta metros de lado, y estaba adornada con un estanque de agua clara y pretiles bajos. Hacia allí cruzó Siona, tomando asiento al borde del estanque y palmeando a su lado, invitando a Idaho a que se le reuniera. Idaho lanzó primero una mirada a su alrededor, notando que la gente observaba atisbando detrás de las cortinas de las ventanas y que los niños murmuraban señalándole con el dedo. Se dio media vuelta y se quedó mirando a Siona.

– ¿Qué ocurre en este lugar?

– Ya te he dicho. Háblame de como era Muad'Dib.

– Era el mejor amigo que pudiera tener un hombre.

– Así pues, la Historia Oral es cierta. Pero llama al califato de sus herederos El Desposyni, que suena a siniestro.

Me está mostrando el cebo, pensó Idaho.

Se permitió esbozar una tensa sonrisa, preguntándose los motivos de Siona para actuar de esa forma. Parecía estar esperando algún suceso importante, se la notaba nerviosa... incluso asustada... pero con un matiz de elación. Nada de lo que decía podía considerarse más que pura charla, comentarios intrascendentes para ocupar los minutos hasta... ¿hasta qué?

El leve sonido de unos pasos que corrían interrumpió las reflexiones de Idaho. Se volvió y vio a un niño de unos ocho años que se dirigía corriendo hacia él por una calle lateral. Sus pies descalzos levantaban al correr nubecitas de polvo, y se oía gritar con desespero a una mujer un poco más arriba de la calle. El niño se detuvo a unos diez pasos de Idaho y se quedó mirándolo con una mirada ansiosa, de tal intensidad que Idaho la encontró perturbadora. El niño parecía vagamente conocido, era un muchachito robusto de ensortijado pelo negro, de inacabadas facciones que preludiaban al hombre que sería, pómulos más bien salientes y una línea plana entre las cejas. Vestía un mono de un azul desteñido que traicionaba sus muchos lavados, pero que se veía una prenda de una ropa excelente. Parecía de algodón punjí tejido a canutillo, lo que hacía que ni los desgastados bordes se deshilacharan.

– Tú no eres mi padre -dijo el niño, y echando a correr calle arriba, desapareció detrás de una esquina.

Idaho se dio media vuelta y se quedó mirando a Siona con el ceño fruncido, temiendo pronunciar la pregunta que martilleaba en su interior: ¿Era este un hijo de mi predecesor?. Conocía la respuesta sin necesidad de hacerla: el rostro familiar, todas las características del genotipo. Yo de niño. El darse cuenta de ello le dejó con una sensación de vacío, con un sentímiento de frustración. ¿Tengo alguna responsabilidad?

Siona se cubrió la cara con las manos y se encogió de hombros. Las cosas no habían sucedido tal como ella se había imaginado. Se sentía traicionada por sus propios deseos de venganza. Idaho no era simplemente un ghola, un ser ajeno e indigno de consideración. Le había visto caerse sobre ella en el tóptero, percibiendo las emociones que revelaba su rostro. Y aquel niño...

– ¿Qué le ocurrió a mi predecesor? -preguntó Idaho. Su voz, sin inflexión alguna, sonaba con tono acusador.

Ella se descubrió el rostro, advirtiendo la contenida furia que se reflejaba en el de él.

– No lo sabemos a ciencia cierta -repuso-. Un día entró en la Ciudadela, y no volvió a salir mas.

– ¿Ese era su hijo?

Siona asintió.

– ¿Seguro que no mataste tú a mi predecesor?

– Yo... -Agitó la cabeza, horrorizada por las dudas y la latente acusación de sus palabras.

– ¿Ese niño era el motivo de que viniéramos aquí?

Ella tragó saliva y contestó:

– Sí.

– ¿Y qué se supone que debo hacer con él?

Ella se alzó de hombros, sintiéndose sucia y culpable a causa de su acción.

– ¿Y su madre? -preguntó Idaho.

– Vive con los otros en esa calle. -Siona indicó con la cabeza la dirección en que había partido el muchacho.

– ¿Hay otros?

– Hay un hijo mayor... y una hija... ¿Te gustaría...? Quiero decir, podría disponer...

– ¡No! El niño tenía razón. Yo no soy su padre.

– Lo siento -musitó Siona-. Nunca hubiera debido hacer esto.

– ¿Por que eligió él este lugar? -preguntó Idaho.

– ¿El padre... tu...?

– ¡Mi predecesor!

– Porque este era el pueblo de Irti, y ella no quiso marcharse. Eso es lo que la gente decía.

– ¿Irtí... la madre?

– Esposa, según el ritual antiguo; el de la Historía Oral.

Idaho miró a su alrededor, a las fachadas de piedra de los edificios que cercaban la plaza, las ventanas con sus cortinas, las puertas estrechas.

– ¿De modo que aquí vivía?

– Siempre que podía.

– ¿Cómo murió, Siona?

– De verdad, no lo sé... Pero el Gusano ha matado a otros. ¡Eso lo sabemos seguro!

– ¿Cómo lo sabéis? -La traspasó con una mirada acusadora de tal intensidad que ella tuvo que desviar la suya.

– No dudo de las historias de mis antepasados contestó Siona-. Las cuentan a trozos. una nota aquí, un susurro allá, un relato incompleto, pero las creo. ¡Y mi padre también las cree!

– Moneo no me ha dicho nada de esto.

– Si algo se puede decir de los Atreides, es que somos leales -replicó ella-. Sabemos cumplir nuestra palabra.

Idaho abrió la boca como para hablar, y la cerró sin pronunciar palabra. ¡Claro, también Siona es una Atreides! Esta idea le conmovió. Ya lo sabía, pero no lo había aceptado. Siona era en cierto modo una rebelde, una proscrita cuyas acciones merecían la desaprobación y casi el castigo de Leto. Los limites de permisividad del Dios Emperador estaban algo confusos, pero Idaho intuía que existían.

– No debes hacerle ningún daño -le había dicho Leto-. Ha de ser puesta a prueba.

Idaho se dio la vuelta, quedando de espaldas a Siona.

– No sabes nada con certeza -dijo-. Palabras, indicios, puros rumores.

Ella no contestó.

– ¡Es un Atreides! -exclamó Idaho.

– ¡Es el Gusano! -replicó Siona, con un veneno en la voz que casi podía tocarse.

– ¡Tu maldita Historia Oral no es más que una colección de chismorreos! -acusó Idaho-. Solo un estúpido podría darle crédito.

– Todavía confías en él -dijo Siona-. Pero ya cambiarás.

Idaho se volvió con rapidez y la miró, echando fuego por los ojos.

– Tú no has hablado nunca con...

– ¡Si! Cuando era niña.

– Aún eres una niña. El es todos los Atreides que han existido, todos ellos. Es terrible, pero yo conocí a esa gente. Eran mis amigos.

Siona no hizo mas que agitar la cabeza.

Nuevamente Idaho se dió la vuelta. Se sentía como si le hubiesen exprimido todas sus emociones, espiritualmente sin apoyo. Sin quererlo, echó a andar cruzando la plaza en dirección a la calle por donde había desaparecido el muchacho. Siona se le acercó corriendo y se puso a caminar a su lado, pero él no le prestó atención.

Era una calle estrecha flanqueada por casas de piedra de un piso y puertas retiradas al fondo de unos arcos, todas ellas cerradas. Las ventanas eran la versión reducida de las puertas. A su paso se agitaban las cortinas.

Al llegar a la primera bocacalle, Idaho se detuvo y miró hacia la derecha por donde el niño se había marchado. Dos viejas de pelo blanco vestidas con largas faldas negras y blusas verde oscuro cuchicheaban con las cabezas juntas un poco más abajo. Al ver a Idaho se callaron y se quedaron mirándole con franca curiosidad. El les devolvió la mirada, después examinó la calle. Estaba vacía.

Idaho se volvió hacia las dos mujeres y pasó por su lado casi rozándolas. Ellas se apartaron para dejarle paso y se volvieron para observarle. Miraron a Siona una sola vez y luego volvieron a concentrar su atención en Idaho. Siona caminaba en silencio a su lado, con una extraña expresión en el rostro.

¿Tristeza? se preguntó Idaho. ¿Remordimientos? ¿Curiosidad? Era dificil decirlo. Le interesaban más las puertas y ventanas ante las que pasaban.

– ¿Habías estado antes de Goygoa? -preguntó Idaho.

– No -respondió Siona con voz sumisa, como temerosa de hablar.

¿Por qué estoy andando por esta calle? se preguntó Idaho, y en el momento de formularse esta pregunta conoció la respuesta: Esa mujer, Irti... ¿Qué clase de mujer podría atraerme a mí a Goygoa?

A su derecha se levantó la punta de una cortina e Idaho divisó una cara: el niño de la plaza. La cortina cayó y luego la descorrieron, apareciendo una mujer de pie junto a la ventana. Idaho se quedó mirando enmudecido su cara, clavado en el suelo a mitad de un paso. Era un rostro de mujer conocido sólo por sus más secretas fantasías, un dulce rostro ovalado de penetrantes ojos oscuros, boca llena y sensual...

– Jessica -murmuró.

– ¿Qué has dicho? -preguntó Siona.

Idaho no pudo responder. Era la cara de Jessica, resucitada de un pasado que él creía enterrado para siempre, una diablura genética: la madre de Muad'Dib recreada en otro ser.

La mujer corrió la cortina, dejando impreso el recuerdo de sus facciones en la mente de Idaho, imagen que él sabía que jamás podría borrar. Tendría más edad que la Jessica con quien había compartido los peligros de Dune: arrugas en la comisura de los labios y en los ojos, la figura algo más llena...

Más maternal, se dijo Idaho. Y luego pensó: ¿Le dije alguna vez... a quién se parecía?

Siona le tiró de la manga.

– ¿Quieres entrar a conocerla?

– No. Ha sido una equivocación.

Empezaba a volverse para regresar por donde habían venido, cuando la puerta de la casa de Irti se abrió de par en par. Un joven salió de ella, cerrándola antes de encararse con Idaho.

Idaho calculó que tendría unos dieciséis años, sin que pudiera negar el parentesco: el mismo pelo negro ensortijado, las mismas recias facciones.

– Tú eres el nuevo -dijo el joven. Tenía una voz de acento ya viril.

– Si. -A Idaho le costaba trabajo responder.

– ¿Por qué has venido? -preguntó el muchacho.

– No fue idea mía -contestó Idaho. Le resultó más fácil contestar así, impulsado por un sentimiento de rencor hacia Siona.

El muchacho miró entonces a Siona.

– Nos han llegado noticias de que mi padre ha muerto.

Siona asintió.

El muchacho volvió a mirar a Idaho.

– Vete, por favor, y no vuelvas más. Causas dolor a mi madre.

– Sí -respondió Idaho-. Quisiera que me disculpases ante Dama Irti por esta intrusión. Me trajeron aquí contra mi voluntad.

– ¿Quién te trajo?

– Las Habladoras Pez.

El muchacho asintió una vez, con un brusco movimiento de cabeza, y miró de nuevo a Siona:

– Siempre creí que a vosotras, las Habladoras Pez, os enseñaban a tratar a los nuestros con mayor consideración.

– Y con estas palabras dio media vuelta y entró en la casa, cerrando la puerta firmemente tras él.

Idaho echó a andar regresando por el mismo camino por donde habían venido, sujetando del brazo a Siona. Ella tropezó y luego se puso a su lado tras haberse desasido.

– Creyó que yo era una Habladora pez -comentó.

– Claro. Tienes todo el aspecto. -La miró-. ¿Por qué no me dijiste que Irti era una Habladora Pez?

– No lo juzgué importante.

– Ya.

– Así se conocieron.

Habían llegado al punto en que la calle desembocaba en la plaza. Idaho la cruzó a paso vivo, dirigiéndose a las afueras del pueblo, allí donde las viviendas dejaban paso a numerosas huertas y vergeles. Se sentía aislado por el cúmulo de emociones que acababa de vivir, como si su conciencia rechazara un exceso de sentimientos que no pudiera asimilar.

Un muro bajo le bloqueó el camino. Lo saltó, y oyó que Siona le seguía. Los árboles frutales se hallaban en flor, cuajados de flores blancas de corazón naranja sobre el cual destacaban las manchas pardas de los insectos. El aire estaba lleno del zumbido de los insectos y de un suave perfume que le recordó a Idaho el de las flores que poblaban las junglas de Caladan.

Se detuvo al alcanzar la cima de una colina, desde donde se divisaba el limpio trazado rectangular de Goygoa. Los terrados eran planos y negros.

Siona se sentó en la espesa hierba que tapizaba la colina, abrazándose las rodillas.

– No fue como tú querías, ¿verdad?

Agitó la cabeza, y él se dio cuenta de que estaba a punto de llorar.

– ¿Por qué le odias tanto? -preguntó.

– ¡No tenemos vida propia!

Idaho miró hacia el pueblo.

– ¿Existen muchos pueblos como este?

– ¡Así es el aspecto del Imperio del Gusano!

– ¿Qué tiene de malo?

– Nada, si no se desea otra cosa.

– ¿Quieres decir que esto es lo máximo que permite?

– Esto, unas pocas ciudades donde tiene lugar un mercado... Onn. Me han dicho que hasta las capitales planetarias no son más que pueblos grandes.

– Y yo repito: ¿qué tiene eso de malo?

– ¡Es una cárcel!

– Márchate pues de ella.

– ¿Adónde? ¿Cómo? ¿Crees que podemos subir así como así a una nave de la Cofradia y marcharnos, adónde queramos? -Y señalando hacia Goygoa, al lugar donde se divisaba el tóptero con las Habladores Pez sentadas en la hierba a su alrededor, dijo-: Nuestras carceleras no nos dejan marchar.

– Ellas lo hacen. Ellas van adonde quieren.

– ¡Ellas van adonde el Gusano las envía!

Apoyó la cara en las rodillas y, con voz apagada, preguntó:

– ¿Cómo era la vida en los viejos tiempos?

– Muy distinta, generalmente más peligrosa. -Idaho miró a su alrededor, a las paredes que cercaban pastos, huertas y frutales-. Aquí, en Dune, no existían demarcaciones que señalaran los limites de propiedad de la tierra. Todo pertenecía al Ducado de los Atreides.

– Menos los Fremen.

– Sí, pero ellos sabían a qué lugar pertenecían, a una comarca situada detrás de una determinada escarpadura... o más allá de donde los charcos se vuelven blancos sobre la arena.

– ¡Podían ir a donde querían!

– Con ciertas limitaciones.

– Algunos de nosotros añoramos el desierto.

– Tenéis el Sareer.

Ella levantó la cabeza y, furiosa, replicó:

– Eso tan pequeño.

– Una extensión de mil quinientos por quinientos kilómetros no me parece tan pequeña.

Siona se puso de pie.

– ¿Le has preguntado el Gusano por qué nos confina de esa forma?

– Es la Paz de Leto, la Senda de Oro. para asegurar nuestra supervivencia. Eso es lo que dice.

– ¿Sabes lo que le dijo a mi padre? Yo los espiaba cuando era niña y lo oí.

– ¿Qué le dijo?

– Que limita todas nuestras crisis para evitar que se formen de nuevo nuestras fuerzas. Dijo textualmente: "A la gente la sostiene la aflicción, y ahora yo soy la aflicción. A veces los dioses se convierten en aflicciones". Estas fueron sus palabras, Duncan, ¡Maldito sea el Gusano!

Idaho, que no dudaba de la veracidad de cuanto Siona le decía, sintió a pesar de todo que sus palabras no lograban conmoverle. Se encontraba pensando, en cambio, en el Corrino a quien tenía orden de matar. Aflicción. El Corrino, descendiente de una Familia que en tiempos rigiera los destinos del Imperio, había resultado ser un hombre de mediana edad, gordo y fofo, que por ansias de poder conspiraba dedicándose al contrabando de especia. Idaho había delegado la ejecución en una Habladora Pez, acto que suscitó en Moneo un inacabable interrogatorio.

– ¿Por qué no le diste muerte tú en persona?

– Quería ver cómo se desenvolvían las Habladoras Pez.

– ¿Y qué juicio te mereció su actuación?

– Eficiente.

Pero la muerte del Corrino había abrumado a Idaho con una sensación de irrealidad. Un hombrecillo obeso, caído en un charco de su propia sangre, una sombra imprecisa entre las sombras de la noche en una calle empedrada. Era irreal. Idaho recordaba a Muad'Dib diciendo: "La mente impone este marco que denomina realidad. Dicho marco arbitrario tiene tendencia a mostrarse totalmente independiente de lo que afirman los sentidos". ¿Qué realidad movia a Leto?

Idaho contempló a Siona de pie, recortada contra el fondo de colinas, huertas y frutales que componían el paisaje de Goygoa.

– Bajemos al pueblo, a nuestro alojamiento. Quisiera estar un rato a solas.

– Las Habladoras Pez nos habrán instalado en la misma habitación.

– ¿Con ellas?

– No. Nosotros dos solos. Por una razón muy simple. El Gusano quiere que yo conciba un hijo del gran Duncan Idaho.

– Me sobro y me basto para elegir a mis amantes -masculló Idaho.

– Estoy segura de que cualquiera de nuestras Habladoras Pez estaría encantada -replicó Siona. Se apartó con un salto de él y echó a correr colina abajo.

Idaho la contempló un instante, observando su cuerpo esbelto y juvenil balanceándose como las ramas de los frutales con el viento.

– No soy un semental -murmuró Idaho-. Esto va a tener que comprenderlo.

- CAPITULO XXVII -

Cada día que pasa os tornáis progresivamente irreales, más ajenos y remotos de lo que yo me siento en ese nuevo día. Y soy la unica relidad y, en cuanto que diferís de mí; vosotros vais perdiendo realidad. Cuando más curioso me vuelvo, menos lo son quienes me adoran. La religión suprime la curiosidad. Lo que yo hago mengua a quien me adora. Por eso llegará la hora en que no haré nada y todo lo devolveré a la gente que, amedrentada, se encontrará ese día sola y se verá forzada a actuar por si misma.

–Los Diarios Robados

Era un rumor distinto a todos, el rumor de una muchedumbre que esperaba y procedía del largo túnel hacia el que avanzaba Idaho a la cabeza del Carro Real: murmullos nerviosos magnificados en un inmenso murmullo, el arrastrar de unos pies gigantescos, el rozar de un enorme vestido. Y el olor: aquella inconfundible mezcla de sudor dulzón y el lechoso aliento de la excitación sexual.

Inmeir y las Habladoras Pez de la escolta habían traído a Idaho aquí poco después de la primera luz de alba, descendiendo inmediatamente tras entregarlo a otras Habladoras, con Inmeir obviamente muy contrariada de tener que conducir a Siona a la Ciudadela, pues aquello significaba perderse la ceremonia ritual de Siaynoq.

Su nueva escolta, vibrante de contenida emoción, le había guiado hasta una zona situada en lo mas profundo de los subterraneos de la plaza, un lugar que no aparecía señalado en ninguno de los planos de la ciudad que Idaho había estudiado. Se trataba de un laberinto, primero en una dirección, luego en otra, a través de corredores lo bastante amplios como para permitir el paso del Carro Real. Idaho perdió la cuenta de la dirección que llevaban, y se encontró reflexionando sobre lo acaecido la noche anterior.

Los aposentos donde se alojaron en Goygoa, aunque reducidos y de una austeridad espartana, habían resultado confortables: dos camas por habitación, cada habitación un cajón de paredes encaladas con una sola ventana y una puerta. Las habitaciones se encontraban a lo largo de un pasillo de un edilicio designado con el nombre de Casa de Huéspedes de Goygoa.

Y Siona tenía razón. Sin ni siquiera preguntarle su opinión, Idaho había sido alojado con ella, actuando Inmeir como si aquello fuera un hecho aceptado.

En el momento en que la puerta se cerraba tras ellos, Siona le había dicho:

– Si me tocas, intentaré matarte -sus palabras fueron pronunciadas con tan brusca sinceridad que Idaho casi se echó a reir.

– Prefiero la intimidad. Considérate sola.

Había dormido receloso, con un sueño ligero, recordando noches de peligro al servicio de los Atreides, la prontitud del combate. La habitación no quedó a oscuras casi en ningún momento, pues las cortinas de la ventana dejaban filtrar la luz de la luna, y

hasta las estrellas se reflejaban en las encaladas paredes. Descubrió que se hallaba nervioso y sensible hacia Siona, hacia su olor, sus movimientos, su respiración. Varias veces se despertó del todo para escuchar, advirtiendo en dos de estas ocasiones que también ella estaba despierta y escuchando.

El amanecer y el traslado de Onn habían representado un gran alivio. Después de desayunar un zumo de frutas frío, Idaho se había alegrado de salir al frío de la oscuridad que precede al alba para dirigirse a paso vivo hasta el tóptero. No habló directamente con Siona, y descubrió que le molestaban las miradas de curiosidad de las Habladoras Pez.

Siona sólo le dirigió la palabra una vez, asomandose fuera del tóptero al desembarcar él en la plaza, para decirle:

– No me ofendería contar con tu amistad.

Qué curiosa manera de expresarlo. Se había sentido vagamente violento.

– Sí... claro, naturalmente.

Luego, su nueva escolta se lo había llevado, dejandole finalmente en la sala terminal del laberinto. Allí le aguardaba Leto, aposentado en su Carro Real. El punto de reunión consistía en un ensanchamiento de un pasillo que se extendía hacia la derecha de Idaho. Las paredes eran de un marrón oscuro veteado con lineas de oro, que resplandecían a la amarilla luz de los globos luminosos.

Sin perder un momento, la escolta se colocó detras del carro, dejando a Idaho de pie frente al rostro de Leto enmarcado en su cogulla.

– Duncan, caminaras delante de mi cuando salgamos para Siaynoq -dijo Leto.

Idaho contempló los pozos de azul oscuro que eran los ojos de Emperador, irritado por el misterioso secreto y el obvio ambiente de diversión privada que exhalaba ese lugar. Pensaba que todo cuanto le habían explicado de Siaynoq no hacía mas que aumentar su misterio.

– ¿Soy verdaderamente el Comandante en jefe de vuestra guardia, Señor? -preguntó, con el rencor pesándole en la voz.

– ¡Por supuesto! Y voy a concederte un gran honor. Pocos son los varones adultos que hayan participado alguna vez de Siaynoq.

– ¿Qué ocurrió anoche en la ciudad?

– Brotes de violencia en algunas zonas. Esta mañana, en cambio, todo está en calma.

– ¿Heridos?

– De poca consideración.

Idaho asintió. Los poderes prescientes de Leto le habían advertido de cierto peligro para su Duncan, de ahí la huida a la rural seguridad de Goygoa.

– Has estado en Goygoa -dijo Leto-. ¿Te has sentido tentado a quedarte?

– ¡No!

– No te enfades conmigo. No fui yo quien te envió a Goygoa.

Idaho suspiró.

– ¿Cual fue el peligro que exigió que me alejárais de la ciudad?

– No eras tú quien corrías peligro -dijo Leto-. Pero suscitas en mis guardias excesivos afanes de superación, y las actividades de anoche no requerían tanto.

La respuesta de Leto desconcertó a Idaho. Jamas se habia creído capaz de inspirar especial heroísmo, a menos que personalmente lo exigiese. Pero había caudillos cuya sola presencia enardecía a las tropas. Leto I, el abuelo del actual, había sido de ésos.

– Eres extremadamente valioso para mí, Duncan -le dijo Leto.

– Bien... sí... pero aún no soy un semental a vuestra disposición.

– Tus deseos seran respetados, por supuesto. Hablaremos de este asunto en cualquier otra ocasión.

Idaho lanzó una mirada a la escolta de Habladoras Pez, que escuchaban atentas y con los ojos bien abiertos.

– ¿Hay brotes de violencia siempre que venís a Onn? -preguntó Idaho.

– Va por ciclos. En este momento los descontentos estan sometidos, por lo que disfrutaremos de paz durante una temporada.

Idaho miró entonces al inescrutable rostro de Leto.

– ¿Qué le ocurrió a mi predecesor?

– ¿No te lo han contado mis Habladoras Pez?

– Me dijeron que había muerto en defensa de su Dios.

– Y a ti te ha llegado un rumor contrario.

– ¿Qué ocurrió?

– Murió porque se hallaba demasiado cerca de mí. No lo envié a un lugar seguro a tiempo.

– Un lugar como Goygoa.

– Hubiera preferido que acabara allí sus días en paz, pero bien sabes tú, Duncan, que no buscas precisamente la paz.

Idaho tragó saliva, notando de pronto un nudo en la garganta.

– A pesar de todo, quisiera conocer los detalles de su muerte. Tiene familia y...

– Conoceras los detalles, y no temas por su familia. Esta a mi cargo, y me ocupo de mantenerlos a salvo a distancia. Ya sabes cómo me persigue la violencia. Esa es una de mis funciones. Es muy lamentable que aquellos a quienes amo y admiro tengan que sufrir por esta causa.

Idaho frunció los labios, insatisfecho con lo que acababa de oir.

– Serena tus dudas, Duncan -le dijo Leto-. Tu predecesor murió porque se encontraba demasiado cerca de mi.

La escolta de Habladoras Pez se mostraba inquieta. Idaho les lanzó una mirada, y luego se volvió hacia la derecha para observar el túnel.

– Si, es hora ya de irse -dijo Leto-. No hagamos esperar a las mujeres. Marcha delante mío sin avanzar demasiado, e iré repondiendo a tus preguntas sobre Siaynoq.

Obedeciendo, porque no se le ocurrió otra alternativa conveniente, Idaho se retiró con un taconazo y se situó en cabeza del cortejo. Detras de sí oyó el crujir del carro al ponerse en movimiento y las débiles pisadas de la escolta que lo seguían.

De pronto, el carro se tornó silencioso con una brusquedad tal que hizo que Idaho se girase sobresaltado. Inmediatamente comprendió la razón.

– Habéis puesto en funcionamiento los suspensores -comentó, volviendo a mirar al frente.

– He retraído las ruedas porque las mujeres se agolparán a mi alrededor y no quiero aplastarles los pies.

– ¿Qué es Siaynoq? ¿Qué es en realidad? -preguntó Idaho.

– Ya te lo he dicho; es la Gran Participación.

– ¿Huelo a especia?

– Tienes el olfato fino. Hay una pequeña cantidad de melange en las obleas.

Idaho agitó la cabeza.

Deseoso de comprender este acontecimiento, Idaho le había preguntado directamente a Leto en la primera oportunidad que encontró después de llegar a Onn:

– ¿En qué consiste la Fiesta de Siaynoq?

– Compartimos una oblea, nada mas. Hasta yo tomo parte en la ceremonia.

– ¿Algo parecido al ritual Católico Naranja?

– Ah, no. no se trata de mi carne. Es una simple participación en la que se les recuerda que ellas son sólo hembras, como tú eres sólo varón, pero que yo soy todo. Y ellas participan de ese todo.

A Idaho no le agradó el tono de estas palabras.

– ¿Sólo varón?

– ¿Sabes a quién satirizan en la fiesta, Duncan?

– ¿A quién?

– A los hombres que las han ofendido. Escúchalas cuando hablen en voz baja entre ellas.

Idaho había aceptado eso como una advertencia: "No ofendas a las Habladoras Pez. Incurres en sus iras con riesgo de tu vida".

Ahora, al avanzar delante de Leto por el túnel, pensó que había oído las palabras correctamente, pero que no significaban nada para él, y por ello, hablando hacia atras por encima del hombro, preguntó:

– No entiendo eso de la participación.

– Estaremos juntos en la ceremonia ritual. Ya lo veras. Lo captarás sin darte cuenta. Mis Habladoras Pez son las depositarias de un conocimiento especial, de una línea ininterrumpida que tan sólo ellas comparten. Ahora tu participaras de ello, y ellas te amarán por eso. Escúchalas con atención. Están abiertas a ideas de afinidad. Su ternura para con ellas mismas no conoce limites.

Más palabras, pensó Idaho, Más misterio.

Apreció una gradual ampliación del túnel; el techo se elevaba. y se veian mas globos luminosos graduados en un naranja intenso. A unos trescientos metros de distancia divisó el elevado arco de una abertura tras el cual aparecía una luz roja oscura en la que se vislumbraban caras resplandecientes balanceándose despacio a derecha e izquierda. Los cuerpos que se veían bajo esas caras parecían una oscura muralla de vestidos. En el aire flotaba el denso olor del sudor de la excitación.

Al aproximarse a las mujeres, Idaho distinguió un paso que se abría entre ellas y que conducía a través de una suave rampa ascendente a una plataforma baja situada a su derecha. Un gran techo abovedado de gigantescas proporciones coronaba la estancia, iluminado por globos luminosos graduados en rojo.

– Sube por la rampa de la derecha -le ordenó Leto-. Parate justo después del centro de la plataforma y vuélvete de cara a las mujeres.

Idaho levantó la mano derecha para demostrar que lo había oído. Empezaba a adentrarse ahora en el gran espacio abierto, y sus dimensiones le acobardaron. Impuso a sus ojos, entrenados para ello, la tarea de calcular las medidas mientras ascendía hacia la plataforma y dedujo que la sala, de forma cuadrada con las esquinas redondeadas, tendría cuando menos unos mil cien metros de lado. Se hallaba atestada de mujeres, e Idaho se acordó de que estas eran solamente las representantes de los lejanos regimientos de Habladoras Pez dispersos por todo el Imperio, tres mujeres elegidas de cada planeta. Allí estaban de pie, tan aglomeradas que Idaho dudaba de que alguna pudiera caer al suelo. Tan sólo habían dejado un espacio de unos cincuenta metros de ancho en torno a la plataforma en la que Idaho acababa de detenerse y desde donde contemplaba la escena. Todas las caras estaban vueltas hacia él, mirándole: caras, caras, sólo caras.

Inmediatamente un atronador grito de "¡Siaynoq! ¡Siaynoq!" llenó la sala.

Idaho quedó ensordecido. Este grito se habrá oído en toda la ciudad, pensó, a menos que nos hallemos a muchos metros bajo tierra.

– Novias mías -les dirigió la palabra Leto-, bienvenidas seáis a Siaynoq.

Idaho levantó la vista hacia Leto y observó el fulgor de sus ojos azules y la radiante expresión de su rostro. Era Leto quien había exclamado un día: "¡Esta maldita santidad!", pero en el fondo se recreaba en ella.

¿Habrá visto Moneo alguna vez esta asamblea?, se preguntó Idaho. Se trataba de un extraño pensamiento, pero Idaho creía conocer su origen. Tenía que existir algún otro mortal con quien pudiera hablar de este suceso. Su escolta le había dicho que Moneo había sido enviado a despachar ciertos "asuntos de estado" cuyos detalles ignoraban. Al enterarse de ello, Idaho había creído captar un nuevo elemento en el sistema de gobierno de Leto. Los canales de poder se dirigían directamente desde Leto al populacho, pero esas líneas no acostumbraban a cruzarse, lo cual suponía un sinfin de requisitos, incluidos servidores de probada confianza dispuestos a aceptar la responsabilidad de cumplir ciertas órdenes sin hacer preguntas.

– Pocos ven al Emperador cometer atrocidades -había dicho Siona-. ¿Concuerda eso con los Atreides que conociste?

Con estos pensamientos revoloteándole en la mente, Idaho contempló a la masa de Habladoras Pez concentradas en la sala. ¡La adulación de sus ojos! ¡Y el temeroso respeto! ¿Cómo había logrado Leto esto? ¿Por qué?

– Amadas mías -invocó Leto. Su voz resonó sobre las caras vueltas hacia él. transportada hasta los mas remotos rincones de la sala por sutiles amplificadores ixianos ocultos en el Carro Real.

Las difusas imágenes de las caras de las mujeres invadieron la memoria de Idaho con el recuerdo de la advertencia de Leto: ¡Incurre en sus iras con riesgo de tu vida!

Qué fácil resultaba aceptar esa advertencia en este lugar. Una palabra de Leto, y esas mujeres destrozarían a un culpable en un segundo. Sin dudar, sin preguntar, pasarían directas a la acción. Idaho comenzó a descubrir una nueva dimensión del valor de esas mujeres como ejército. El peligro personal jamás las detendría, ¡pues servían a Dios!

El Carro Real emitió un débil crujido al arquear Leto sus segmentos frontales para levantar la cabeza.

– ¡Vosotras sois las guardianas de la fe! -proclamó Leto.

Y ellas, con una sola voz, contestaron:

– ¡Señor, te obedecemos!

– ¡En mi vivís eternamente! -exclamó Leto.

– ¡Somos el infinito! -contestaron.

Os amo como jamas amé a nadie! -gritó Leto.

Amor! -gritaron ellas.

Idaho sintió temblar todo su cuerpo, pensando que el peso de esta adulación podría derribarle. Quería echar a correr, y al mismo tiempo deseaba quedarse y aceptar el homenaje del poder concentrado en aquella sala. ¡Poder, allí había poder! Entonces, con voz menos potente, Leto ordenó:

– Cambiad la guardia.

Las mujeres inclinaron sin vacilar la cabeza, con un único movimiento. A la derecha de Leto apareció una hilera de mujeres ataviadas de blanco. Avanzaron hasta el espacio libre situado debajo de la plataforma, e Idaho observó que varias de ellas llevaban en brazos a niños recién nacidos y otros cuya edad no pasaría de los dos años.

De la explicación general proporcionada a Idaho de antemano, éste dedujo que esas mujeres eran las que abandonaban el servicio activo de las Habladoras Pez, algunas para convertirse en sacerdotisas, otras para dedicarse por entero a sus hijos, pero ninguna cesando en realidad de hallarse al servicio de su Dios.

Al mirar a los niños, Idaho pensó en lo mas hondo que el recuerdo de esta experiencia calaría en la memoria de los niños varones. Acarrearían su misterio a lo largo de toda su vida, recuerdo perdido en la conciencia pero siempre presente, matizando a partir de este momento todo su comportamiento.

La última de las recién llegadas se detuvo debajo de Leto y levantó la mirada para contemplarle, y las demas mujeres de la sala elevaron sus rostros hacia el Dios Emperador.

Idaho miró a derecha e izquierda. Las mujeres vestidas de blanco atestaban el espacio situado debajo de la plataforma, al menos a lo largo de quinientos metros en ambas direcciones. Algunas elevaban a sus hijos, presentándolos a Leto, y en todas el pavor y

la sumisión eran absolutos. Idaho intuía que si Leto lo ordenase estas mujeres arrojarían a sus hijos aplastándolos contra la plataforma. ¡Por él harían cualquier cosa!

Leto inclinó sus segmentos frontales desde el carro con un suave movimiento ondulado y, contemplándolas con benigna sonrisa, les dijo con voz dulce y acariciadora:

– Os entrego la recompensa que vuestra lealtad y servicio se merecen. Pedid y se os dará.

La sala entera retumbó al oirse la respuesta:

– ¡Se os dará!

– ¡Todo lo mío es tuyo! -dijo Leto.

– ¡Todo lo mío es tuyo! -gritaron las mujeres.

– Participad conmigo en la callada plegaria por mi intercesión en todas las cosas, para que la humanidad no perezca.

Con un gesto unánime, todas las cabezas de la sala se inclinaron. Las mujeres vestidas de blanco estrecharon en sus brazos a sus hijos, contemplándoles. Idaho percibió la silenciosa unidad que las vinculaba como una fuerza que intentase penetrar en él para invadirle. Abrió la boca e inspiró profundamente, luchando contra algo que le producía la sensación de una invasión física, mientras su mente rebuscaba frenética algo en que agarrarse, algo que le protegiese.

Esas mujeres formaban un ejército cuya fuerza y cohesión Idaho no había sospechado. Sabía que no lograba comprender dicha fuerza, sin poder mas que observarla y constatar su existencia.

Esto era lo que Leto habia creado.

Entonces le vinieron a la mente ciertas palabras que Leto pronunciara durante una entrevista en la Ciudadela: "En un ejército masculino la lealtad vincula al soldado con el mismo ejército antes que con la civilización que fomenta la existencia del ejército. En un ejército femenino, la lealtad vincula al soldado con el caudillo".

Idaho se dedicó a contemplar la prueba visible de la creación de Leto, viendo ante sus ojos la penetrante exactitud de estas palabras, temiendo esa misma exactitud.

Me ofrece participar de esto, pensó Leto.

Su propia respuesta a las palabras de Leto le pareció ahora a Idaho completamente pueril.

– No veo la razón -había contestado Idaho.

– La mayoría de la gente no son criaturas de razón.

– ¡Ningún ejército, masculino o femenino, garantiza la paz! ¡Vuestro Imperio no es pacífico! ¡Vos sólo...!

– ¿Te han proporcionado ya mis Habladoras Pez nuestras crónicas?

– Si, pero también he paseado por vuestra ciudad y he podido contemplar a vuestro pueblo. ¡Vuestro pueblo es agresivo!

– ¿Lo ves, Duncan? La paz fomenta la agresión.

– Y vos afirmáis que vuestra Senda de Oro...

– No se trata de paz precisamente. Se trata de tranquilidad, terreno fértil para el desarrollo de una estructura rígida de clases y otras muchas formas de agresión.

– ¡Habláis en metáforas!

– Hablo de observaciones acumuladas que me aseguran que la postura pacífica es la postura del derrotado. Es la postura de la víctima. Y las víctimas invitan a la agresión.

– ¡Vuestra maldita tranquilidad forzosa! ¿Para qué sirve?

– Cuando el enemigo no existe, hay que inventar uno. La fuerza militar que se ve privada de un objetivo externo acaba por volverse contra su propio pueblo.

– ¿Cuál es pues vuestro juego?

– Modificar el deseo del hombre por la guerra.

– ¡La gente no desea la guerra!

– La gente desea el caos, y la guerra es la forma de caos mas asequible de todas.

– No creo nada de todo esto. Os divertís con un juego peligroso que sólo vos conocéis.

– Muy peligroso. Enderezo antiguas fuentes de conducta humana para modificar su curso. El peligro reside en que fácilmente podría suprimir las fuerzas de la supervivencia humana. Pero te aseguro que mi Senda de Oro sobrevive.

– ¡No habéis logrado suprimir el antagonismo!

– Desvío las energías de un lugar para dirigirlas a otro. Lo que no se puede controlar hay que utilizarlo.

– ¿Qué es lo que impide a vuestro ejército femenino hacerse con el poder?

– Soy su caudillo.

Al mirar a las mujeres congregadas en la sala, Idaho no pudo negar el atractivo que en ellas ejercía su caudillo. Comprobó también que gran parte de la adulación de las

mujeres iba dirigido hacia la propia persona de su jefe. La tentación lo mantenía inalterable: cualquier cosa que quisiera de ellas se la darían... ¡cualquier cosa! El darse cuenta de este hecho le llevó a meditar con mayor profundidad ciertas palabras que Leto pronunciara anteriormente.

Se referían a la explosión de la violencia. Al contemplar a las mujeres entregadas a sus silenciosas plegarias, Idaho recordó lo que dijera Leto:

– Los hombres son susceptibles a fijaciones de clase. Crean sociedades estratificadas, y la sociedad estratificada es en último extremo una invitación a la violencia. Que no se desmorona. Explota.

– ¿Y las mujeres no hacen los mismo?

– No a menos que se encuentren completamente dominadas por los hombres o encajonadas en un modelo de conducta varonil.

– Los sexos no pueden ser tan distintos.

– Pues lo son. Las mujeres hacen causa común basándose en el sexo, siendo capaces de abrazar una causa que trascienda clase y casta. Por eso dejo que mis mujeres empuñen las riendas.

Idaho se vio obligado a admitir que esas fervorosas mujeres empuñaban ciertamente las riendas.

– ¿Que parcela de ese poder pasaría a mis manos?

¡La tentación era monstruosa! Idaho se encontró temblando a causa de ella. Con glacial brusquedad, comprendió de pronto que aquélla era la intención de Leto: ¡Tentarme!

En la gran sala, las mujeres daban fin a su plegaria y elevaban los ojos a Leto. Idaho pensó que jamas habia visto tal éxtasis en ningún rostro humano, ni en los arrebatos del orgasmo, ni en la gloria de la victoria de las armas, jamás había visto nada que pudiera compararse a la intensidad de esta adulación.

– Hoy está junto a mí Duncan Idaho -anunció Leto-. Duncan se encuentra aqui para declarar públicamente su lealtad y que todas podáis oirlo. ¿Duncan?

Idaho sintió un escalofrío fisico revolverle las tripas. Leto le ofrecía una bien simple elección: ¡Declara tu lealtad al Dios Emperador o muere!

Si bromeo, vacilo o protesto en cualquier forma, estas mujeres me matarán con sus propias manos.

Una ira sorda invadió a Idaho. Tragó saliva, carraspeo para aclararse la garganta y luego dijo:

– Que nadie ponga en duda mi lealtad. Yo soy leal a los Atreides.

Oyó su propia voz resonar en la gran sala, amplificada por el aparato ixiano de Leto, y este efecto le produjo un sobresalto.

– ¡Participamos! -gritaron las mujeres- ¡Participamos! ¡Participamos!

– Participamos -dijo Leto.

Un enjambre de jóvenes aspirantes a Habladoras Pez, identificables por las cortas túnicas verdes que vestían, invadieron la sala desde diversos puntos, formando pequeños núcleos de movimiento que expandían sus olas por el mar de rostros extasiados. Cada una de ellas portaba una bandeja repleta de pequeñas obleas de color marrón. A medida que las bandejas pasaban entre la muchedumbre, un sinfin de manos alcanzaban su contenido con un gracioso gesto que provocaba una ondulada danza de los brazos. Cada mano tomaba una oblea y la sostenía en alto. Cuando una de las muchachas que portaban las bandejas se acercó a la plataforma y levantó su carga hacia Idaho, Leto dijo:

– Toma dos y pónme una en la mano.

Idaho se hincó de rodillas y tomó dos obleas. Eran crujientes y frágiles. Luego se puso de pie y con cuidado le pasó una a Leto.

Con voz estentórea, Leto preguntó entonces:

– ¿Ha sido elegida la Nueva Guardia?

– ¡Si Señor! -gritaron las mujeres.

– ¿Seguiréis siéndome fieles?

– ¡Sí, Señor!

– ¿Caminaréis por la Senda de Oro?

– Sí, Señor!

La vibración de los gritos de las mujeres traspasó a Idaho, aturdiéndole.

– ¿Compartimos? -preguntó Leto.

– ¡Sí, Señor!

Una vez escuchada la respuesta de las mujeres, Leto se metió la oblea en la boca. Todas las madres que estaban situadas bajo la plataforma mordieron un pedazo de la oblea y ofrecieron el resto a sus hijos. Las Habladoras Pez agrupadas tras las mujeres vestidas de blanco bajaron el brazo e ingirieron su oblea.

– Duncan, come tu oblea -le ordenó Leto.

Idaho se la metió en la boca. Su cuerpo de ghola no había sido condicionado para la especia, pero el recuerdo despertó sus sentidos. La oblea tenía un sabor débilmente amargo con un suave toque de melange. Este sabor suscitó viejos recuerdos en la memoria de Idaho: comidas en los sietch, banquetes en la Residencia de los Atreides... igual que en los viejos tiempos, en los que el aroma de la especia lo impregnaba todo.

Al ingerir la oblea Idaho se percató de la quietud que reinaba en la sala, un silencio de aliento contenido en el que resonó con fuerza un leve chasquido del carro de Leto. Idaho se dio la vuelta, buscando el origen del ruido. Leto acababa de abrir un compartimiento de la base del carro y estaba sacando de él una caja de cristal. Leto colocó esa caja en la base del carro, abrió la resplandeciente tapa, y extrajo de ella un cuchillo crys.

Idaho reconoció al punto el arma: el halcón grabado en el extremo del mango, las piedras verdes de la empuñadura.

¡El cuchillo crys de Paul Muad'Dib!

Idaho se sintió hondamente conmovido al contemplar aquel arma, y se quedó mirándola como si la imagen de sus ojos pudiera reproducir a su dueño original.

Leto levantó el cuchillo y lo sostuvo en alto, mostrando su elegante curvatura y su lechosa iridiscencía.

– El talismán de nuestras vidas -declaró Leto.

Las mujeres seguían en silencio, arrobadas por la visión.

– El cuchillo de Muad'Dib -dijo Leto-. El diente de Shai-Hulud. ¿Vendrá de nuevo Shai-Hulud?

La respuesta se produjo en forma de un rumor sumiso, doblemente poderoso en contraste con los anteriores gritos.

– Sí. Señor.

Idaho centró nuevamente su atención en los rostros extasiados de las Habladoras Pez.

– ¿Quién es Shai-Hulud? -preguntó Leto.

Nuevamente, el sordo rumor:

– Vos, Señor.

Idaho asintió para sí mismo. Aquí se veía con innegable evidencia que Leto había concentrado una mostruosa reserva de poder que jamás se había desencadenado en esa forma. Leto así lo había manifestado, pero las palabras eran meros ruidos sin sentido comparadas a lo que se veía y percibía en esta gran estancia. Las palabras de Leto, sin embargo, acudieron a la mente de Idaho como si hubiesen esperado este momento para revestirse de su verdadero significado. Idaho recordaba que se encontraban en la cripta, aquel sombrío y húmedo lugar tan del agrado de Leto y que

Idaho encontraba repelente, por el polvo de siglos acumulado bajo sus bóvedas y el olor a antigua pobredumbre que lo invadía.

– Llevo más de tres mil años formando esta sociedad humana, modelándola, abriendo la puerta que deja atrás la adolescencia para toda la especie -le había dicho Leto.

– ¡Nada de lo que decís explica la necesidad de un ejército femenino! -había protestado Idaho.

– El estupor es ajeno a las mujeres. ¿No pedías una diferencia de comportamiento de raíz sexual? Ahí tienes una.

– ¡Dejad de cambiar de tema!

– No cambio de tema. El estupor y la violación fueron siempre la recompensa de la conquista militar masculinas. Los hombres no tenían que abandonar sus fantasías adolescentes para dedicarse a la violación.

Idaho recordó la cólera incontenible que le había invadido al escuchar tal ataque.

– Mis huríes someten a los varones -añadió Leto-. Eso es domesticación, algo que las hembras conocen tras siglos y siglos de necesidad.

Idaho se quedó mudo mirando al rostro de Leto enmarcado en su cogulla.

– Domesticar -decía Leto-. Adaptar una ordenada norma de supervivencia. Las mujeres lo aprendieron en manos de los hombres, y ahora éstos deben aprenderlo en manos de las mujeres.

– Pero vos dijísteis...

– Mis huríes suelen someterse al principio a una forma de violación con el único propósito de convertirla en una profunda y obligatoria dependencia mutua.

– ¡Maldita sea! Estáis...

– Obligatoria, Duncan, obligatoria.

– Yo no me siento obligado a...

– La educación lleva tiempo. Tú eres la norma antigua gracias a la cual puede medirse la nueva.

Las palabas de Leto vaciaron momentáneamente a Idaho de toda emoción, excepto una honda sensación de perplejidad.

– Mis huríes enseñan a madurar. Saben que deben supervisar el proceso de maduración de los varones, a través del cual alcanzan ellas su propia maduración. Al final del proceso, las huríes se convierten en esposas y madres, y de este modo

conseguimos que los impulsos violentos vayan desarraigándose de sus fijaciones adolescentes.

– ¡Tendrá que verse para creerse'

– Lo verás en la Gran Participación.

De pie junto a Leto en la sala de Siaynoq, Idaho tuvo que reconocer que acababa de contemplar una fracción de un poder enorme, algo capaz de generar la clase de universo humano que las palabras de Leto proyectaban.

Leto, entretanto, devolvía el cuchillo crys a su estuche y lo depositaba en su compartimento de la base del Carro Real. Las mujeres le contemplaban en silencio, hasta los niños callaban, sometidos todos los presentes a la grandiosa fuerza que se sentía presente en la sala.

Idaho bajó la mirada hacia los niños, sabiendo por las explicaciones previas de Leto que se les recompensaría concediéndoles un puesto de poder, fueran niños o niñas, todos obtendrían una posición envidiable. Los niños serían dominados por las mujeres durante toda su vida, sufriendo, para utilizar las palabras textuales de Leto, "una fácil transición desde la adolescencia a la edad viril para convertirse en simples reproductores".

Las Habladoras Pez y su progenie vivían una existencia "dominada por una cierta ilusión inasequible para muchas otras personas".

¿Qué ocurrirá con los hijos de Irti?, se preguntó Idaho.

¿Habría estado aquí mi predecesor contemplando a su mujer vestida de blanco participando del ritual de Leto?

¿Qué es lo que Leto me ofrece?

Con ese ejército femenino, un Comandante ambicioso podría apoderarse del Imperio de Leto. ¿Podría, realmente? No... no podría mientras Leto siguiera con vida. Leto decía que las mujeres no eran militarmente agresivas "por naturaleza
– No fomento en ellas esta característica. Están acostumbradas a un ritmo cíclico con un Festival Real cada diez años, con el cambio de la Guardia, la bendición de las nuevas generaciones, la plegaria en silencio por las hermanas caídas y los seres queridos desaparecidos para siempre. Siaynoq tras Siaynoq, avanza con previsible mesura. El cambio se convierte en un no cambio.

Idaho apartó la vista de las mujeres vestidas de blanco y sus hijos para mirar a la masa de rostros silenciosos, diciéndose que eso era solo un pequeño núcleo de aquellas ingentes fuerzas femeninas que tendían su sutil telaraña hasta los más remotos rincones del Imperio. Bien podía creer las palabras de Leto:

– El poder no se debilíta. Se fortalece con cada década.

¿Para qué fin?, se preguntó Idaho.

Miró a Leto, que alzaba las manos bendiciendo a la masa de sus huríes.

– Pasaremos ahora entre vosotras -dijo Leto.

Las mujeres situadas bajo la plataforma abrieron paso apiñándose hacia atrás. El camino fue abriéndose entre la muchedumbre, como una fisura que agrietase la tierra tras un violento terremoto.

– Duncan, tú me precederás -ordenó Leto.

Idaho tragó saliva, con la garganta reseca. Apoyó una mano en el borde de la plataforma y se dejó caer al vacío, avanzando por la fisura, pues sabía que sólo aquello podía poner fin a su suplicio.

Una rápida ojeada hacia atrás le permitió vislumbrar el carro de Leto descendiendo majestuoso sobre sus suspensores.

Idaho se volvió y avivó el paso.

Las mujeres estrecharon el camino, cerrando filas. Lo hicieron con una extraña quietud, con una atenta fijeza, primero sobre Leto y luego sobre aquel enorme cuerpo de pre-gusano que se deslizaba detrás de Idaho en su carro ixiano.

Idaho avanzaba estoicamente, abriendo paso entre mujeres que desde todas partes se agolpaban para tocarle, para tocar a Leto, o simplemente para rozar el Carro Real. Idaho sintió la pasión contenida en su contacto, y conoció el miedo más profundo de toda su existencia.

- CAPITULO XXVIII -

El problema de la jefatura es siempre el mismo: ¿Quien hará el papel de Dios?

-Muad'Dib, de la Historia Oral

Hwi Noree caminaba tras una joven Habladora Pez por una amplia rampa que descendía en espiral a las profundidades de Onn. La llamada del Dios Emperador se había producido a última hora de la tarde del tercer día del Festival, interrumpiendo un proceso que había puesto a prueba su capacidad de mantener un aceptable equilibrio emocional.

Su primer asistente, Othwi Yake, no era un hombre agradable, era un sujeto pelirrojo de cara estrecha y alargada que no solía reposar la vista en ningún sitio, y que jamás miraba directamente a los ojos de la persona con quien hablaba. Yake le acababa de presentar un informe en un solo folio en papel de memerase que contenía lo que él describió como "un resumen de los recientes disturbios acaecidos en la Ciudad Sagrada".

Puesto en pie, junto al escritorio al que ella se sentaba, y mirando hacia abajo a algún punto de su izquierda, había comentado:

– Las Habladoras Pez estan degollando Danzarines Rostro por toda la Ciudad -sin mostrarse demasiado conmovido por ello.

– ¿Por qué? -preguntó la embajadora.

– Se rumorea que la Bene Tleilax ha perpetrado un atentado contra la vida del Dios Emperador.

Un estremecimiento de horror recorrió todo su cuerpo. Recostándose en el respaldo de la silla, contempló el despacho de la embajada, una habitación redonda con una única mesa semicircular que ocultaba los mandos y controles de innumerables aparatos ixianos bajo su reluciente superficie. La habitación era una pieza sombría e imponente, forrada de oscuros paneles de madera que la protegían de los intentos de espionaje. Carecía de ventanas.

Procurando no demostrar su preocupación, Hwi miró a Yake:

– Y Nuestro Señor Leto está...

– Por lo visto el atentado ha resultado totalmente infructuoso. Pero podría explicar esos azotes.

– ¿Entonces crees que se produjo efectivamente un atentado?

– Sí.

En aquel momento entró la Habladora Pez enviada por Leto, apenas anunciada su presencia en la oficina exterior. La seguía una vieja Bene Gesserit, a la que presentó como "la Reverenda Madre Anteac". Esta se quedó mirando fijamente a Yake mientras la Habladora Pez, una joven de facciones suaves, casi infantiles, comunicaba su mensaje.

– Me ha dicho que os recordara: "Regresa pronto si te llamo". El os llama.

Yake empezó a agitarse nervioso mientras la Habladora Pez hablaba, inspeccionando con la mirada la habitación, como buscando algo que no se encontraba allí. Hwi se entretuvo sólo lo suficiente para echarse un manto azul oscuro sobre el vestido y ordenar a Yake que permaneciera en el despacho hasta su regreso.

A la luz anaranjada del atardecer, ya fuera de la Embajada, y en una calle singularmente vacía de otros transeúntes, Anteac miró a la Habladora Pez y dijo simplemente: "Sí". Entonces Anteac las abandonó, y la Habladora Pez condujo a Hwi a través de las calles vacías hasta un edificio elevado y sin ventanas cuyos sótanos albergaban esa rampa en espiral por la que ahora descendían.

Las pronunciadas curvas de la rampa mareaban a Hwi. Brillantes globos luminosos blancos de pequeño tamaño flotaban en el orificio central iluminando una parra verde-púrpura de hojas elefantinas. La parra se enredaba en relucientes alambres de oro.

El blando pavimento negro de la rampa absorbía el ruido de sus pisadas, haciendo que Hwi notara a cada paso el débil roce causado por el movimiento de los pliegues de su manto.

– ¿Adónde me llevas? -preguntó Hwi.

– Ante Nuestro Señor Leto.

– Lo sé, pero ¿dónde está?

– En sus aposentos privados.

– Están muy abajo.

– Sí, al Señor le agradan las profundidades.

– Con tanto girar me estoy mareando.

– Procurad no mirar a la parra.

– ¿Qué clase de planta es ésa?

– Se llama Parra de Tunyon, y dicen que no tiene olor.

– Nunca oí hablar de ella. ¿De dónde procede?

– Sólo el Señor lo sabe.

Siguieron caminando en silencio, Hwi tratando de comprender sus propios sentimientos. El Dios Emperador la llenaba de tristeza; era sensible al hombre que habitaba en él, al hombre que hubiera podido ser. ¿Por qué un hombre como él había elegido tal rumbo para su vida? ¿Sabía alguien el motivo? ¿Lo sabría Moneo?

Tal vez lo supiera Duncan Idaho.

Sus pensamientos se desviaron hacia Idaho, aquel hombre físicamente tan atractivo. Qué intensidad la suya; la atraía con una fuerza irresistible. Si Leto poseyera el cuerpo y el aspecto de Idaho. Pero comprendió que no podía comentar la transformación de Leto con Idaho. Moneo, en cambio, ya era otro asunto. Se quedó pensativa, mirando la espalda de la guardia Habladora Pez.

– ¿Puedes decirme una cosa de Moneo? -le preguntó Hwi.

La Habladora Pez miró hacia atrás por encima del hombro, con una extraña expresión en sus ojos azules, una como aprensión o alguna forma rara de temor.

Hwi preguntó:

– ¿Ocurre algo?

– El Señor dijo que me preguntaríais por Moneo -contestó.

– Entonces, háblame de él.

– ¿Qué puedo decir? Es el más íntimo confidente de nuestro Señor Leto.

– ¿Más aún que Duncan Idaho?

– Oh, sí, Moneo es un Atreides.

– Moneo vino a verme ayer -manifestó Hwi-, a decirme que yo debía saber una cosa acerca del Dios Emperador. Me dijo entonces que el Dios Emperador es capaz de hacer cualquier cosa, cualquier cosa siempre que considere que es instructiva.

– Muchos así lo creen -respondió la Habladora Pez.

– ¿Tú no lo crees?

Hwi formuló la pregunta en el momento en que la rampa, tras describir la curva final, desembocaba en una pequeña antesala con un arco de entrada situado a pocos pasos de distancia.

– Nuestro Señor Leto os recibirá inmediatamente -dijo la Habladora Pez. Y dándose vuelta comenzó a subir por la rampa sin contestar lo que creía.

Hwí atravesó el arco y se encontró en una cámara de techo bajo, mucho más reducida que el Salón de Audiencias, de ambiente frío y seco, iluminada en las esquinas superiores por una pálida luz amarilla procedente de unos puntos que resultaban

invisibles. Se detuvo unos instantes para adaptar la vista a la penumbra, distinguiendo alfombras y mullidos almohadones alrededor de un bajo montículo de... Se llevó una mano a la boca al ver que el montículo se movía, dándose cuenta entonces de que era el propio Leto instalado en su carro, pero que este se encontraba hundido en un desnivel del suelo. Comprendió inmediatamente que la estancia estaba construida de esa forma con objeto de que el Dios Emperador resultara menos imponente para sus visitantes humanos, menos abrumador por sus dimensiones físicas. Nada podía hacerse, sin embargo, en lo relativo a su longitud y a la impresionante mole de su cuerpo, excepto mantenerlo en sombras proyectando casi toda la luz hacia el rostro y las manos.

– Ven a sentarte -le dijo Leto, con una voz baja y agradable que invitaba a la conversación.

Hwi cruzó la estancia hasta su almohadón granate situado a escasos metros del rostro de Leto y se sentó en él.

Leto contemplaba sus movimientos con evidente placer. Hwi vestía una túnica de color dorado oscuro y llevaba el pelo recogido con trenzas, lo que daba a su rostro un aspecto juvenil e inocente.

– He enviado vuestro mensaje a Ix -dijo ella-, y les he dicho que deseáis saber mi edad.

– Tal vez respondan -contestó él-. Tal vez hasta respondan la verdad.

– A mi me gustaría saber dónde nací y todos los demás detalles, pero no comprendo cómo esto puede interesaros a vos -replicó ella.

– Todo lo suyo me interesa.

– No les va a gustar que me designéis Embajador permanente.

– Tus amos son una curiosa mezcla de meticulosidad y dejadez comentó él-, y yo no soporto de buen humor a los necios.

– ¿Me encontráis necia, Señor?

– Malky no era necio; ni tú tampoco.

– Hace años que no he sabido nada de mi tío. A veces pienso si aún vivirá.

– A lo mejor también nos contestan a eso. ¿Te habló Malky alguna vez de mi costumbre de practiar el Taquiyya?

Ella quedó pensativa un instante y luego replicó:

– ¿Es lo que se llamaba Ketman entre los antiguos Fremen?

– Sí. Es la práctica de ocultar la identidad cuando el revelarla puede ser perjudicial.

– Ahora lo recuerdo. Me explicó que escribíais historias bajo seudónimos, y que algunas de ellas se hicieron famosas.

– Aquella fue la ocasión en que hablamos del Taquiyya.

– ¿Por qué habláis de ello, Señor?

– Para evitar otros temas. ¿Sabías que fui yo quien escribió los libros de Noah Arkwright?

Ella no pudo contener la risa.

– ¡Qué divertido, Señor! A mí me obligaron a leer su vida.

También escribí yo ese relato. ¿Qué secretos te pidieron que arrancases de mí?

Ella ni tan siquiera pestañeó ante su estratégico cambio de tema.

– Tienen curiosidad por conocer el funcionamiento interno de la religión de Nuestro Señor Leto.

– ¿Ah, sí?

– Desearían saber cómo privasteis de control religioso a la Bene Gesserit.

– Confiando sin duda en imitar mi acción para su propio provecho.

– Seguro que es esto lo que tienen en mente.

– Hwi, eres un pésimo representante de los ixianos.

– Soy vuestra servidora, Señor.

– ¿Y tú no tienes ninguna curiosidad personal?

– Temo que mi curiosidad pudiera llegar a molestaros, Señor.

El se la quedó mirando un instante, y luego contestó:

– Ya. Sí, tienes razón. De momento debemos evitar toda conversación de tipo íntimo ¿Te gustaría que te hablara de la Bene Gesserit?

– Si, seria interesante. ¿Sabéis que hoy he conocido a una de las representantes de la Orden?

– Sería Anteac.

– Me ha parecido aterradora.

– No tienes nada que temer de Anteac. Acudió a la Embajada de Ix por orden mía. ¿Te diste cuenta de que habíais sido invadidos por los Danzarines Rostro?

Hwi emitió un grito sofocado y luego se quedó inmóvil, mientras una sensación de frialdad le oprimía el pecho.

– ¿Othwi Yake? -preguntó.

– ¿Lo sospechabas?

– Es que simplemente me repelía, y me habían dicho que... -Se alzó de hombros y luego, tras comprender lo ocurrido, añadio-: ¿Qué le ha sucedido?

– ¿Al verdadero? Está muerto. Eso es lo que acostumbran a hacer corrientemente los Danzarines Rostro. Mis Habladoras Pez tienen órdenes explícitas de no dejar un Danzarín Rostro vivo en tu embajada.

Hwi permaneció en silencio, mientras gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas. Eso explica las calles vacías y el enigmático "Sí" de Anteac. Eso explica muchas cosas.

– Hasta que puedas disponer las cosas de otro modo, cuenta con la ayuda de mis Habladoras Pez -dijo Leto-. Mis Habladoras te cuidarán bien.

Hwi se enjugó las lágrimas del rostro. Los Inquisidores de Ix reaccionarían con furia contra Tleilax. ¿Daría Ix crédito a su informe? Todo el personal de la Embajada sustituido por Danzarines Rostro. Resultaba dificil de creer.

– ¿Los mataron a todos? -preguntó.

– No había razón para que los Danzarines Rostro dejaran a alguien con vida. A continuación te tocaba a ti.

Ella se estremeció.

– Se demoraron -explicó Leto- porque sabían que tendrían que reproducirte con una exactitud capaz de desafiar mis sentidos. Y no están muy seguros de mis dotes sensoriales.

– Luego Anteac...

– La Orden y yo poseemos la aptitud de detectar a los Danzarines Rostro. Y Anteac... bien, es extremadamente eficiente en su cometido.

– Nadie confia en los tleilaxu. ¿Por qué no han sido eliminados hace tiempo?

– Los especialistas, aparte de sus limitaciones, siempre tienen una utilidad. Me sorprendes, Hwi. No te imaginaba tan sanguinaria.

– Los tleilaxu... son demasiado crueles para ser humanos. ¡No son humanos!

– Te aseguro que los hombres pueden ser tan crueles como ellos. Yo mismo he sido muy cruel en ocasiones.

– Lo sé, Señor.

– Ante la provocación -afirmó Leto-. Pero las únicas personas a quienes a veces he pensado eliminar son las Bene Gesserit.

La conmoción de Hwi al oír aquellas palabras fue demasiado violenta para poder expresarse.

– Están tan próximas a lo que debieran ser y al mismo tiempo tan lejos de ello -se dolió Leto.

Ella recuperó el habla.

– Pero la Historia Oral afirma...

– La Religión de las Reverendas Madres, sí. En tiempos establecieron religiones específicas para determinadas sociedades. Y a ello lo llamaron ingeniería. ¿Qué opinas de ello?

– Que fue una crueldad.

– En efecto. Y los resultados demuestran el gran error que fue. Incluso después de los grandes intentos de ecumenismo quedaron incontables dioses, divinidades menores y aspirantes a profeta dispersos por todo el Imperio.

– Vos cambiásteis todo eso, Señor.

– En cierto modo, Hwi. Pero los dioses tardan en morir. Mi monoteísmo predomina pero el primitivo panteón perdura en la clandestinidad, oculto bajo diversos disfraces.

– Señor, percibo en vuestras palabras un... un... -Agitó la cabeza.

– ¿Soy tan frío y calculador como la Hermandad?

Ella asintió.

– Fueron los Fremen quienes divinizaron a mi padre, el gran Muad'Dib. Aunque a él no le agrada demasiado que se le llame Grande.

– ¿Pero los Fremen tenían...?

– ¿Tenían razón? Mi querida Hwi, eran harto sensibles a la utilidad del poder, y estaban ansiosos por conservar su hegemonía.

– Encuentro todo esto... perturbador, Señor.

– Me doy cuenta. No te agrada la idea de que convertirse en dios resulte tan fácil que pueda hacerlo cualquiera.

– Suena demasiado frívolo, Señor. -Su voz tenía un matiz vagamente reprobador.

– Te aseguro que no puede hacerlo cualquiera.

– Pero vos dáis a entender que heredásteis vuestra divinidad de...

– No sugieras jamás eso a una Habladora Pez -la interrumpió él-. Reaccionan con incontrolable violencia contra la herejía.

Ella intentó tragar saliva, notando reseca la garganta.

– Sólo he dicho eso para protegerte -añadió Leto.

– Gracias, Señor. -Su voz era débil.

– Mi divinidad comenzó el día que comuniqué a mis Fremen que ya no podía dar el agua de muerte a las tribus. ¿Sabes lo que es el agua de muerte?

– Sí, en los tiempos de Dune, el agua que se recuperaba de los cadáveres de los muertos.

– Ah... veo que has leído a Noah Arkwright.

Ella consiguió esbozar una sonrisa.

– Les dije a mis Fremen que el agua se consagraría a una Divinidad Suprema, innominada por aquel entonces. Mi magnanimidad permitía todavía a los Fremen controlar dicha agua.

– El agua debió ser valiosísima en aquellos tiempos.

– Mucho. Y yo, como delegado de la innominada deidad, ejercí un control no muy estricto sobre esa agua preciosa durante casi trescientos años.

Ella se mordió el labio inferior.

– ¿Todavía te suena a frío y calculador? -preguntó él.

Ella asintió con la cabeza.

– Lo era. Cuando llegó el momento de consagrar el agua de mi hermana, realicé un milagro. Desde la urna de Ghani hablaron las voces de todos los Atreides. Así mis Fremen descubrieron que yo era la Divinidad Suprema.

Amedrentada, con la voz rebosante de incertidumbre y desconcierto ante esta revelación, Hwi dijo:

– ¿Señor, estáis acaso diciéndome que no sois en realidad un dios?

– Te estoy diciendo que no juego al escondite con la muerte.

Ella quedó mirándole varios minutos antes de responderle con una palabras reveladoras de que había comprendido el significado más profundo de cuanto le había dicho. Fue una reacción que sólo sirvió para intensificar su ternura hacia él.

– Vuestra muerte no será como otras muertes -dijo.

– Hwi, mi preciosa -murmuró él.

– Me extraña que no temáis el juicio de una verdadera Deidad Suprema -añadió ella.

– ¿Acaso estás juzgándome, Hwi?

– No, pero temo por vos.

– Piensa en el precio que pago por ello -replicó Leto-. Toda partícula que de mí descienda llevará encerrada en si una ínfima porción de mi conciencia, perdida e indefensa.

Ella se llevó ambas manos a la boca y se quedó mirándole sin decir nada.

– Este es el horror al que mi padre no pudo enfrentarse y que yo trato de impedir: la infinita división y subdivisión de una identidad ciega.

Ella bajó las manos y murmuró en un susurro:

– ¿Estaréis consciente?

– En cierto modo sí... pero quedaré mudo. Una pequeña perla de mi consciencia partirá con cada gusano de arena, con cada trucha de arena, sabiéndolo y al mismo tiempo viéndose imposibilitada de mover ni una sola célula, consciente en un sueño eterno.

Ella se estremeció.

Leto la observó tratar de comprender tal existencia. ¿Podría imaginarse el clamor final cuando los subdivididos fragmentos de su identidad luchasen por apoderarse de un debilitado control de la máquina ixiana que registraba sus Diarios? ¿Podría ella captar el angustioso silencio que seguiría a tan espantosa fragmentación?

– Señor, usarían esta información contra vos si yo revelara cuanto me habéis dicho.

– ¿Lo harás?

– No, claro que no. -Agitó la cabeza lentamente. ¿Por que habría aceptado esta terrible transformación? ¿No había una salida?

Entonces dijo:

– La máquina que registra vuestros pensamientos, ¿no podría adaptarse a...?

– ¿A un millón de yoes? ¿A un billón? ¿A más quizá? Mí querida Hwi, ninguna de esas perlitas conscientes seré verdaderamente yo.

Los ojos de la muchacha se empañaron de lágrimas. Parpadeó repetidamente y realizó una profunda inspiración. Leto reconoció en ello el adiestramiento Bene Gesserit, en su manera de aceptar el advenimiento de un flujo de serenidad.

– Señor, lo que me habéis dicho me causa un grandísimo miedo.

– Y no comprendes por qué lo he hecho.

– ¿Es posible que lo comprenda?

– Oh, sí. Muchos pudieron comprenderlo. Lo que luego hizo la gente con lo que había comprendido ya es otro asunto.

– ¿Me enseñaréis lo que debo hacer?

– Ya lo sabes.

Hwi asimiló estas palabras en silencio, luego dijo:

– Es algo relacionado con vuestra religión. Lo intuyo.

Leto sonrió.

– Puedo perdonarles a tus amos ixianos casi todo por el valioso regalo que me han hecho contigo. Pide y recibirás.

Ella se inclinó hacia él, balanceándose hacia adelante en el almohadón.

– Pronto lo sabrás todo de mí, Hwi. Te lo prometo. Recuerda simplemente que el culto al sol que practicaron nuestros primitivos antepasados no era descabellado.

– ¿Culto... al sol...? -Se balanceó hacia atrás.

– Ese sol que controla la vida y todo el movimiento, pero que no puede tocarse porque ese sol es la muerte.

– ¿Vuestra... muerte?

– Toda religión gira como un planeta alrededor de un sol que le proporciona la energía, y del que depende para su misma existencia.

La voz de Hwi fue poco más que un susurro:

– ¿Qué veis en vuestro sol, Señor?

– Un universo de innumerables ventanas a las que me asomo. El paisaje que enmarca la ventana, eso es lo que veo.

– ¿El futuro?

– El universo es en su esencia intemporal, y por lo tanto contiene todos los tiempos y todos los futuros.

– Entonces es cierto -replicó ella-. Vísteis alguna cosa que esto -y señaló al inmenso cuerpo segmentado- puede impedir.

– ¿Alcanzas a comprender que, aún a pequeña escala, eso puede ser sagrado?

Ella no pudo hacer más que asentir con la cabeza.

– Debo advertirte que si decides compartir todo conmigo, la carga será terrible.

– ¿Aligeraría eso vuestra carga, Señor?

– Aligerarla no, pero la haría más fácil de aceptar.

– Entonces quiero compartirlo. Habladme, Señor.

– Todavía no, Hwi. Debes tener paciencia un poco mas.

Ella ocultó su desilusión con un suspiro.

– Es sólo que mi Duncan Idaho se impacienta. Debo ocuparme de él.

Ella miró hacia atrás, pero la pequeña antesala permanecía vacía.

– ¿Deseáis que me retire?

– Desearía que no te retirases nunca.

Ella se quedó observándole, emocionada por la intensidad de su mirada y el ansioso vacío de su expresión que la llenó de tristeza.

– Señor. ¿Por qué me contáis a mí vuestros secretos?

– No podría pedirte que fueses la novia de un dios.

Los ojos de Hwi se abrieron sobresaltados.

– No me respondas -dijo él.

Moviendo imperceptiblemente la cabeza, ella recorrió con la mirada la mole de su cuerpo envuelto en sombras.

– No busques elementos o miembros de mi cuerpo que ya no existen -dijo él-. Para mí ciertas formas de intimidad física resultan imposibles.

Ella devolvió la mirada al rostro enmarcado en la cogulla, notando la sonrosada piel de las mejillas y el efecto intensamente humano de aquellas facciones engarzadas en aquel medio extraño.

– Si quisieras tener hijos -añadió él-, te pediría tan sólo que me dejases elegir el padre. Pero aún no te he preguntado.

Con una voz muy débil, ella contestó:

– Señor, no sé que...

– Pronto regresaré a la Ciudadela -replicó él-. Allí vendrás a verme y hablaremos. Entonces te explicaré lo que yo, con mi transformación, impido.

– Estoy asustada, Señor, más de lo que nunca imaginé poder estar.

– No tengas miedo de mi. No puedo ser más que muy dulce con mi dulce Hwi. En cuanto a los restantes peligros, mis Habladoras Pez te defenderán con sus propios cuerpos sin permitir que nada malo te ocurra.

Hwi se puso de pie y se quedó temblando.

Leto vio lo hondo que sus palabras la habían afectado, y se afligió por ello. Los ojos de Hwi estaban empañados en lágrimas, apretaba las manos con fuerza para dominar su temblor. El sabia que ella acudiría de buen grado a la Ciudadela y que, fuera cual fuese su pregunta, la respuesta de Hwi sería idéntica a la de sus Habladoras Pez:

– Sí, Señor.

Leto pensó entonces que si ella pudiera cambiar de sitio con él para aceptar su carga, Hwi se ofrecería para ello, pues el hecho de no poder hacerlo no servía sino para aumentar su angustia. Ella era la personificación de la inteligencia sobre la base de una profunda sensibilidad, sin ninguna de las debilidades hedonísticas de Malky. La perfección de Hwi inspiraba temor. Todo en ella reafirmaba el convencimiento de Leto de que era precisamente la clase de mujer que, de haber alcanzado una virilidad normal, hubiera deseado, no, exigido, como su compañera.

Y los ixianos lo sabían.

– Retírate ya -murmuró.

- CAPITULO XXIX -

Yo soy para mi pueblo padre y madre. He conocido el éxtasis del nacer y el éxtasis del morir, y conozco las normas de conducta que debéis aprender. ¿No he vagado acaso embriagado a través del universo de las formas? ¡Sí! Os he visto esbozados a la luz. Ese universo que decís que veis y que captáis, ese universo es mi sueño. Mis energías se concentran en él, y yo me encuentro en cualquier reino y en todos los reinos. Así nacéis.

–Los Diarios Robados.

– Mis Habladoras Pez me han dicho que te dirigiste inmediatamente a la Ciudadela después de Siaynoq -dijo Leto.

Contemplaba acusadamente a Idaho, que estaba sentado muy cerca de donde lo hiciera Hwi menos de una hora antes. Tan breve espacio de tiempo... y Leto sentía un vacío de siglos.

– Necesitaba tiempo para reflexionar -contestó Idaho, mirando el hueco sombrio en el que se encontraba el carro de Leto.

– ¿Y para hablar con Siona?

– Si contestó Idaho, levantando la mirada hacia el rostro de Leto.

– Pero preguntaste por Moneo -insistió Leto.

– ¿Es que se os informa acaso de todos los movimientos que hago? -protestó Idaho.

– De todos no.

– A veces la gente necesita estar a solas.

– Naturalmente. Pero no culpes a las Habladoras Pez por preocuparse de ti.

– Siona dice que ha de ser sometida a prueba.

– ¿Por eso fue por lo que preguntaste por Moneo?

– ¿De qué prueba se trata?

– Moneo lo sabe. Supongo que fue por eso por lo que deseabas verle.

– ¡Vos no suponéis nada! ¡Vos sabéis!

– Siaynoq te ha trastornado, Duncan. Lo siento.

– ¿Tenéis idea de lo que es ser yo... aquí?

– El destino del ghola no es facil -dijo Leto-. Algunas vidas son mas duras que otras.

– ¡No necesito consuelos ni filosofias juveniles!

– ¿Qué necesitas pues, Duncan?

– Necesito saber algunas cosas.

– ¿Como por ejemplo?

– ¡No comprendo a ninguna de las personas que os rodean! Sin mostrar la menor sorpresa, Moneo me dice que Siona participó en una conjura contra vos. ¡Su propia hija!

– En su época, Moneo también fue un rebelde y un conspirador.

– ¿Véis lo que os digo? ¿También le pusisteis a prueba?

– Si.

– ¿Y a mi, me pondréis a prueba?

– Te estoy probando. Duncan.

Idaho, echando fuego por los ojos, le miró fijamente.

– No comprendo ni vuestro gobierno, ni vuestro Imperio, ni nada! Cuanto mas averiguo, mas cuenta me doy de que no comprendo lo que ocurre!

– ¡Qué suerte tienes de haber descubierto el camino de la sabiduria -replicó Leto.

– ¿Qué? -El desconcierto y la irritación de Idaho convirtieron su voz en un belicoso rugido que invadió la pequeña habitación.

Leto sonrió.

– Duncan, ¿no te he dicho que el pensar que se sabe alguna cosa es la barrera mas efectiva para aprender?

– Entonces, explicadme lo que esta ocurriendo aqui.

– Mi amigo Duncan Idaho está adquiriendo una costumbre desusada. Esta aprendiendo a mirar mas allá de lo que cree conocer.

– Muy bien, muy bien. -Idaho asintió lentamente con la cabeza, adaptando este movimiento al ritmo de sus palabras-. Entonces decidme, ¿qué es lo que hay más allá de mi participación en la ceremonia de Siaynoq?

– El propósito de vincular estrechamente a mis Habladoras Pez con el Comandante en jefe de mi guardia.

– ¡Y yo tengo que defenderme de ellas! La escolta que me sacó de la Ciudadela me deseaba para participar en una orgía, y las que me trajeron aquí cuando vos...

– Ellas saben lo mucho que me agrada ver los hijos de Duncan Idaho.

– ¡Maldita sea! ¡No soy vuestro semental!

– No es preciso que grites, Duncan.

Idaho realizó varias inspiraciones profundas, luego replico:

– Cuando les digo que no, al principio se muestran dolidas, pero luego me tratan como a un maldito... -agitó la cabeza- ermitaño o algo asi.

– ¿No te obedecen?

– No preguntan ni dudan de nada... a menos que resulte contrario a vuestras órdenes. Yo no quería volver aqui.

– Y sin embargo, ellas te trajeron.

– ¡Maldita sea, sabéis perfectamente que a vos no os desobedecen jamas!

– Me alegro de que vinieras, Duncan.

– ¡Ya me doy cuenta!

– Las Habladoras Pez saben lo mucho que significas para mi, lo mucho que te debo, y el gran cariño que te tengo. En lo que a ti y a mí se refiere, no se trata jamas de una cuestión de obediencia o desobediencia.

– ¿Entonces de qué es cuestión?

– De lealtad.

Idaho cayó en un pensativo silencio.

– ¿Percibiste el poder de Siaynoq? -preguntó Leto.

– Pura superstición idólatra.

– Entonces, ¿por qué te perturba tanto?

– Vuestras Habladoras Pez no constituyen un ejército, sino una fuerza policial.

– Por mi nombre, te aseguro que eso no es cierto. La policía acaba inevitablemente corrupta.

– Me tentasteis con poder -acusó Idaho.

– Esa es la prueba, Duncan.

– ¿No confiáis en mí?

– Confio íntegramente, sin el menor atisbo de duda, en tu lealtad para con los Atreides.

– Entonces, ¿para que hablar de corrupción y pruebas?

– Fuiste tú quien me acusaste de poseer una fuerza policial. La policía procura siempre que los criminales prosperen. Hay que ser un policía bastante torpe para no darse cuenta de que la posición de autoridad es la posición criminal mas próspera de todas las existentes.

Idaho se humedeció los labios con la punta de la lengua y se quedó mirando a Leto con evidente perplejidad.

– Pero el adiestramiento moral... es decir, el legal... las cárceles de...

– ¿De qué sirven las leyes y las cárceles cuando la transgresión de la ley no es un delito o pecado?

Idaho ladeó ligeramente la cabeza hacia la derecha.

– ¿Estáis acaso tratando de decirme que vuestra maldita religión es...?

– El castigo del pecado puede ser exorbitante.

Señalando por encima del hombro con el pulgar hacia la puerta que les aislaba del mundo exterior, Idaho dijo:

– ¿Y todas esas habladurías sobre penas de muerte... y azotes... y...?

– Procuro prescindir en lo posible de leyes arbitrarias y de prisiones.

– ¡Pero deben existir algunas cárceles!

– ¿Si? Las cárceles se necesitan sólo para crear la ilusión de que los tribunales y la policía son efectivos. Son una especie de seguro de empleo.

Idaho se volvió ligeramente y lanzó un dedo acusador contra la puerta por la que había penetrado en la pequeña habitación:

– ¡Tenéis planetas enteros que no son mas que prisiones!

– Pienso que si uno se lo imagina, cualquier sitio puede parecer una prisión.

– ¡Imaginar! -Idaho dejó caer la mano, mudo de asombro.

– Sí. Tú me hablas de cárceles y de policía y de legalidad, imaginaciones perfectamente ilusorias tras las cuales funciona una próspera estructura de poder, observando al mismo tiempo, con toda exactitud, que se encuentra por encima de sus propias leyes.

– Y vos creéis que los delitos pueden tratarse...

– Los delitos no, Duncan; los pecados.

– Y así pensáis que vuestra religión puede...

– ¿Has observado cuales son los pecados capitales?

– ¿Cuáles?

– Tratar de corromper a un miembro de mi gobierno y ser corrompido por un miembro de mi gobierno.

– ¿Y qué es esa corrupción?

– Basicamente la falta de observancia y veneración de la santidad del Dios Leto.

– ¿Vos?

– Yo.

– Pero al principio me dijisteis...

– ¿Piensas que no creo en mi propia divinidad? Ve con cuidado, Duncan.

La voz de Duncan adquirió entonces un irritado tono monocorde:

– Me dijisteis que una de mis funciones era contribuir a mantener el secreto de que vos...

– Tú no conoces mi secreto.

– ¿Que sois un tirano? Eso no es...

– Los dioses tiene mas poder que los tiranos, Duncan.

– Lo que escucho no resulta de mi agrado.

– ¿Cuándo te preguntó jamas un Atreides si te agradaba tu trabajo?

– Me pedís que esté al mando de las Habladoras Pez que son juez, jurado y verdugo, y... -Idaho se interrumpió.

– ¿Y qué?

Idaho guardó silencio.

Leto contempló la gélida distancia que les separaba, tan corta en el espacio y sin embargo tan remota.

Es como cansar a un pez que ha mordido el anzuelo, pensó Leto. Hay que calcular el punto de máxima tensión de todos los elementos que entran en juego.

El problema de Idaho era que acorralarle significaba siempre acelerar su final. Y esta vez todo se estaba produciendo con excesiva rapidez. Leto se sintió triste.

– No os adoraré -declaró Idaho.

– Las Habladoras Pez saben que gozas de dispensa especial -contestó Leto.

– ¿Como Moneo y Siona?

– Muy distinta.

– Así que los rebeldes son otro caso especial.

Leto sonrió.

– Todos mis mas fieles administradores fueron en tiempos rebeldes.

– Yo no fui...

– ¡Tú fuiste un rebelde brillante! Tu ayudaste a los Atreides a arrancar un Imperio a un monarca reinante.

Los ojos de Idaho se desenfocaron para reflexionar.

– Es verdad. -Entonces agitó la cabeza con brusquedad, como si estuviera sacudiéndose algo del pelo-. ¡Y mirad lo que habéis hecho vos con ese Imperio!

– He impuesto en él una norma de conducta, una norma de normas.

– Eso decís.

– La información queda congelada en distintos modelos de normas, Duncan, y podemos utilizar uno de ellos para resolver los problemas de otro. Las normas fluidas son las mas dificiles de reconocer y de comprender.

– Mas superstición idólatra.

– Ya has cometido este error una vez.

– ¿Por qué dejáis que los tleilaxu me sigan devolviendo a la vida, un ghola tras otro? ¿Dónde está aquí el modelo, la norma de conducta?

– En las cualidades que posees en grado sumo. Voy a dejar que sea mi padre quien lo diga.

La boca de Idaho dibujó una línea severa.

Leto habló entonces con la voz de Paul Muad'Dib, y hasta el rostro enmarcado en su cogulla adquirió una cierta semejanza con las facciones paternas.

– Fuiste mi mejor amigo, mas íntimo aún que Gurney Halleck. Pero yo soy el pasado.

Idaho tragó saliva.

– ¡Qué cosas hacéis!

– ¿Contrarias a la actitud de los Atreides?

– ¡Sí, maldita sea, sí!

Leto reasumió su propia voz.

– Yo soy un Atreides.

– ¿Lo sois en realidad?

– ¿Qué otra cosa podría ser?

– ¡Ojalá lo supiera!

– ¿Crees que hago trampas con las palabras y las voces?

– Por todos los demonios del infierno, ¿qué es en realidad lo que estáis haciendo?

– Preservar la vida y establecer las bases del próximo ciclo.

– ¿Las preserváis matando?

– Muchas veces la muerte le es muy útil a la vida.

– ¡Eso no es propio de un Atreides!

– Sí lo es. Siempre supimos el valor de la muerte. Los ixianos, en cambio, jamas han llegado a comprender ese valor.

– ¿Qué tienen que ver los ixianos con...?

– Mucho. Construirían una máquina para ocultar sus restantes maquinaciones.

Como sin darle importancia, Idaho preguntó:

– ¿Por eso estaba aquí la embajadora de Ix?

– ¿Has visto a Hwi Noree? Idaho señaló hacia arriba.

– Salía cuando yo llegué.

– ¿Hablaste con ella?

– Le pregunté qué estaba haciendo aquí. Me contestó que eligiendo un bando.

Una fuerte carcajada sacudió a Leto.

– ¡Oh! ¡Qué extraordinaria es! -exclamó-. ¿Te dijo cuál había elegido?

– Dice que ahora sirve al Dios Emperador. No la creí, por supuesto.

– Pues debieras creerla.

– ¿Por qué?

– Ahh... sí, olvidaba que una vez hasta dudaste de mi abuela, Dama Jessica.

– ¡Tenía buenos motivos!

– ¿Dudas también de Siona?

– ¡Estoy empezando a dudar de todo el mundo!

– Y dices que no sabes lo que vales para mí -replicó Leto en tono acusador.

– ¿Y Siona? -preguntó Idaho-. Dice que queréis que nosotros... Quiero decir, maldita sea...

– De Siona en lo que mas debes confiar es en su creativídad. Es una mujer capaz de crear novedad y belleza. Y siempre se puede confiar en los verdaderos creadores.

– ¿Hasta en las maquinaciones de los ixianos?

– Eso no es creación. La creación se reconoce siempre porque se revela abiertamente. El encubrimiento revela siempre la existencia de otra fuerza completamente distinta.

– Luego no confiáis en esa Hwi Noree, pero...

– Confío enteramente en ella, y precisamente por los motivos que acabo de exponerte.

Idaho frunció el ceño y luego se relajó con un suspiro:

– Será mejor que cultive su amistad. Si se trata de alguien en quien vos...

– ¡No! Te mantendras alejado de Hwi Noree. Tengo pensado para ella algo muy especial.

- CAPITULO XXX -

He aislado la experiencia urbana que albergo en mi interior para examinarla con detalle. La idea de una ciudad me fascina. La formación de una comunidad biológica sin el apoyo de una comunidad social operante conduce a la destrucción. Mundos enteros se han convertido en simples comunidades biológicas carentes de una estructura social interrelacionada, y ello ha desembocado siempre en la ruina. Lo cual adquiere un dramático valor instructivo en condiciones de superpoblación. El ghetto es letal. Las tensiones psicológicas de la superpoblación crean una presión que tarde o temprano explota. La ciudad constituye la tentativa de manejar estas fuerzas. Las normas sociales mediante las cuales las ciudades realizan dicha tentativa son dignas de estudio. Recordad que existe una cierta malevolencia sobre la formación de cualquier orden social. Es la lucha por la existencia mediante una entidad artificial. En los extremos se ciernen el despotismo y la esclavitud. Se producen muchas lesiones, y de ahí la necesidad de las leyes. La Ley desarrolla su propia estructura de poder, creando más heridas y nuevas injusticias. Este trauma sólo puede sanar mediante la cooperación, no con la confrontación. La llamada a la cooperación identifica al que desea emprender la tarea de sanarlo.

–Los Diarios Robados.

Moneo entró en el pequeño aposento de Leto con evidente agitación. Preferia ese lugar para entrevistarse con él porque el carro del Dios Emperador estaba situado en un desnivel desde el cual un ataque del Gusano seria mas dificil existiendo ademas el hecho de que Leto permitía a su mayordomo descender en un ascensor-tubo ixiano en lugar de obligarle a utilizar aquella interminable rampa. Pero Moneo estaba seguro de que las noticias de que era portador esa mañana provocarían la aparición de El Gusano que es Dios

¿Cómo comunicárselas?

Hacia una hora que había amanecido el Cuarto Día del Festival, cosa que Moneo celebraba solamente porque aproximaba mucho su conclusión, y con ella el final de esas tribulaciones.

Al entrar Moneo en el pequeño aposento, Leto se movió y, ante esta señal, se encendieron las luces de la estancia iluminando tan sólo su rostro.

– Buenos días, Moneo. Mis guardias me han dicho que has insistido en verme inmediatamente. ¿Por qué?

El peligro, como bien sabía Moneo por experiencia, estribaba en la tentación de revelar demasiadas cosas demasiado pronto.

– He pasado esos dias bastantes ratos con la Reverenda Madre Anteac -dijo Moneo-, y aunque lo lleva con mucho disimulo, estoy seguro de que es un Mentat.

– Si. Las Bene Gesserit tienen que desobedecerme alguna vez. Esta forma de desobediencia me divierte.

– ¿Entonces no vais a castigarlas?

– Moneo, soy realmente el padre de mi pueblo, y un padre a la vez que severo debe mostrarse generoso.

Está de buen humor, pensó Moneo. De su boca escapó un pequeño suspiro que hizo sonreir a Leto.

– Anteac protestó cuando le dije que habíais concedido la amnistia a unos pocos Danzarines Rostros seleccionados entre los prisioneros.

– Les voy a utilizar para cierto festejo del Festival -replicó Leto.

– ¿Señor?

– Te lo explicaré luego. Vamos con las noticias que te traen por aquí a estas horas.

– Yo... ahh... -Moneo se mordió el labio superior-. Los tleilaxu se han mostrado bastante indiscretos en su forma de congraciarse conmigo.

– Me lo figuraba. Qué menos. ¿Y que es lo que han revelado?

– Que... ahhh... proporcionaron a los ixianos asesoramiento y equipo suficientes para producir... ahhh, un... no exactamente un ghola, ni tampoco un clon. Quizas convendría utilizar el término tleilaxu: una reestructuración celular. El... ahhh, experimento fue llevado a cabo en el interior de una especie de aparato protector que los miembros de la Cofradía aseguraron que vuestros poderes no podrían traspasar.

– ¿Y el resultado? -Leto se cuidó de formular la pregunta en tono frío e inexpresivo.

– No están del todo seguros. No se permitió la entrada a los tleilaxu. No obstante, vieron entrar a Malky en esa.. -ahhh... cámara, y salir al cabo de un rato con un recién nacido.

– Lo se.

– ¿Lo sabíais? -Moneo estaba perplejo.

– Si, por deducción. Y todo esto ocurrió hace unos veintiséis años, ¿verdad?

– Correcto, Señor.

– ¿Y han identificado al recién nacido como Hwi Noree?

– No están seguros, Señor, pero... -Moneo se alzó de hombros.

– Claro. ¿Y qué deduces de todo esto, Moneo?

– Que existe un propósito bien determinado implantado en la nueva Embajadora de Ix.

– Ciertamente es así. Moneo, ¿no te extraña lo mucho que Hwi, la gentil Hwi, representa un espejo del formidable Malky? Es su opuesto en todo, incluido el sexo.

– No había pensado en ello, Señor.

– Yo si.

– Ordenaré que sea enviada de regreso a Ix inmediatamente -dijo Moneo.

– ¡En absoluto!

– Pero Señor, si ellos...

– Moneo, he notado que pocas veces vuelves la espalda al peligro. Otros lo hacen a menudo, pero tú no. ¿Por qué querrias que cometiese tan evidente estupidez?

Moneo tragó saliva.

– Bien. Me gusta que reconozcas los errores de tus métodos -dijo Leto.

– Gracias, Señor.

– También me gusta que expreses tu gratitud con sinceridad, como acabas de hacer. Dime, ¿estaba Anteac contigo cuando te comunicaron esta información?

– Tal como lo ordenasteis, Señor.

– Excelente. Eso anima un poco todo este asunto. Bien. Quiero que ahora te retires y acudas ante Dama Hwi. Le dirás que deseo verla inmediatamente. Eso la turbará, pues piensa que no hemos de volver a vernos hasta que la llame a la Ciudadela. Quiero que tú tranquilices sus temores.

– ¿De qué forma, Señor?

Con gran tristeza, Leto replicó:

– Moneo ¿por qué me pides consejo sobre un tema en el que eres experto? Calmala y tráela aquí convencida de mis bondadosas intenciones para con ella.

– Sí, Señor. -Moneo hizo una reverencia y retrocedió.

– ¡Un instante, Moneo!

Moneo se cuadró, con la mirada fija en el rostro de leto.

– Estas perplejo, Moneo -le dijo Leto-. A veces no sabes qué pensar de mí. ¿Soy todopoderoso y omnipotente? Me vienes con todos esos cuentos y te preguntas: ¿Debe saber eso? Si lo sabe, ¿para qué me preocupo? Pero yo te he ordenado informarme de esas cosas, Moneo. ¿Acaso tu obediencia no resulta instructiva?

Moneo empezó a hacer el gesto de alzarse de hombros, pero lo pensó mejor y se detuvo. Le temblaban los labios.

– El tiempo también puede ser un lugar, Moneo -siguió diciendo Leto-. Todo depende de donde se está, adonde se mire o lo que se oiga. La medida de ello se encuentra en la propia consciencia.

Tras un prolongado silencio, Moneo se arriesgó a decir:

– ¿Es todo, Señor?

– No. No es todo. Siona recibirá hoy un paquete que le será entregado por un correo de la Cofradía. Nada debe interferir la entrega de ese paquete. ¿Me entiendes?

– ¿Qué hay.. - qué hay en el paquete, Señor?

– Traducciones, textos, materia la lectura que quiero que examine. No hagas nada que pueda interferir con ello. Ah, no hay melange en el paquete.

– ¿Cómo... cómo sabias lo que temía que contuviera...?

– Porque temes a la especia. Podría prolongar tu vida, pero la evitas.

– Temo sus otros efectos, Señor.

– Una naturaleza generosa ha decretado que la melange desvele para algunos de vosotros profundidades inesperadas de la psique y tú, sin embargo, lo temes.

– ¡Soy un Atreides, Señor!

– Ahhh... si, y para los Atreides la melange puede enrollar el misterio del Tiempo mediante un peculiar proceso de revelación interna.

– Sólo tengo que recordar la prueba a que me sometisteis, Señor.

– ¿No ves la necesidad de mostrarte sensible hacia la Senda de Oro?

– No es eso lo que temo, Señor.

– Tú temes la otra estupefacción, aquello que me obligó a decidir mi elección.

– No tengo mas que miraros a Vos, Señor, y conozco ese miedo. Nosotros los Atreides... -Se interrumpió, con la boca reseca.

– ¡Tú no quieres todos esos recuerdos de antepasados y otras gentes que se amontonan dentro de mí!

– A veces... ¡a veces pienso, Señor, que la especia es la maldición de los Atreides!

– ¿Quisieras que yo no hubiera ocurrido?

Moneo guardó silencio.

– Pero la melange tiene su valor. Los navegantes de la Cofradía la necesitan, ¡y sin ella la Bene Gesserit degeneraría en una patética pandilla de gemebundas mujeres!

– Debemos vivir con ella o sin ella, Señor. Eso si lo se.

– Muy perspicaz, Moneo. Pero tú has escogido vivir sin ella.

– ¿No tengo derecho a tal elección, Señor?

– De momento.

– Señor, ¿qué queréis...?

– Existen veintiocho términos distintos para la melange en galach: según su empleo, según su grado de dilución, según su edad, según si se obtuvo mediante adquisición honesta mediante robo o conquista, según si se trataba de la dote de un varón o de una mujer. Y se describe en muchas formas. ¿Qué te hace pensar eso, Moneo?

– Que se nos ofrecen numerosas posibilidades de elección.

– ¿Sólo en lo que a la especia se refiere?

Moneo frunció el ceño pensativo, y luego dijo:

– No.

– Raras veces dices no en mi presencia -replicó Leto-. Me gusta observar tus labios redondeandose para formar esa palabra.

La boca de Moneo se torció en una mueca que quiso ser una sonrisa.

Leto dijo con gran animación:

– Bien. Y ahora quiero que acudas ante Dama Hwi. Pero antes de partir, te daré un consejo que puede ayudarte.

Moneo prestó una aplicada atención al rostro de Leto.

– El conocimiento de las drogas se originó principalmente en el varón porque este tiende a ser más audaz que la mujer. Simple proyección de la agresividad masculina. Tú has leido la Biblia Católica Naranja y conoces la historia de Eva y la manzana. He aquí un hecho interesante de esa historia. Eva no fue la primera en coger la fruta y comer de ella. Adán lo hizo antes y aprendió a echar la culpa a Eva. Mi historia alude a la manera como nuestra sociedad encuentra una necesidad estructural para la presencia de subgrupos.

Moneo ladeó ligeramente la cabeza a la izquierda.

– Señor, ¿cómo puede ayudarme eso?

– Te ayudará, y mucho, para tratar con Dama Hwi.

- CAPITULO XXXI -

La singular multiplicidad de este universo atrae mi más profunda atención. Es algo de ínclita belleza.

–Los Diarios Robados.

Leto oyó a Moneo en la antecámara justo antes de que Hwi entrara en el pequeño salón de audiencias. Vestía unos voluminosos pantalones abombachados de color verde pálido, ceñidos en los tobillos con unos lazos verde oscuro a juego con las sandalias. Una blusa suelta del mismo verde oscuro asomaba por debajo de su manto negro.

Se le veía calmada al acercarse a Leto y tomar asiento sin que la invitaran, eligiendo un almohadón dorado en lugar del granate que había ocupado anteriormente. Menos de una hora había tardado Moneo en traerla hasta aquí. El fino oído de Leto percibió a Moneo correteando nervioso en la antesala y con una señal selló la puerta que separaba ambas piezas.

– Algo preocupa a Moneo -dijo Hwi-. Se esforzó por no demostrarmelo, pero cuanto más trataba de calmarme, más suscitaba mi curiosidad.

– ¿No te asustó?

– Oh, no. En cambio hizo un comentario muy interesante. Dijo que debía recordar siempre que el Dios Leto es diferente para cada uno de nosotros.

– ¿Que tiene eso de interesante? -preguntó Leto.

– Lo interesante es la pregunta a la que el comentario servía de prefacio. Dijo que muchas veces se pregunta qué papel desempeñamos nosotros en la creación de tales diferencias en vos.

– Esto si que es interesante.

– Lo encuentro de una penetración sorprendente -declaró Hwi-. ¿Para qué me habéis llamado?

– En una cierta época, tus amos de Ix...

– Ellos ya no son mis amos, Señor.

– Perdóname. De ahora en adelante les llamaré los ixianos.

Ella asintió muy seria, repitiendo:

– En una cierta época...

– Los ixianos estudiaron la posibilidad de construir un arma, una especie de cazador-buscador, un instrumento asesino autopropulsado, con una mente mecánica. Debía diseñarse como un objeto autoperfeccionable capaz de detectar vida y reducir esta vida a materia inorgánica.

– No tengo noticia de tal cosa, Señor.

– Lo sé. Los ixianos no quieren reconocer que los constructores de máquinas siempre corren el riesgo de convertirse en máquinas totales. Eso es la esterilidad final. Las máquinas fallan siempre... con el tiempo. Y cuando esas máquinas fallasen, no quedaría nada, ni un rastro de vida.

– A veces pienso que están locos -dijo ella.

– La misma opinión de Anteac. Este es el problema inmediato. Los ixianos han emprendido ahora un nuevo proyecto que mantienen oculto.

– ¿Hasta de vos?

– Hasta de mí. Y voy a enviar a la Reverenda Madre Anteac a que lo investigue en mi nombre. Para ayudarla quiero que le digas todo cuanto puedas recordar sobre el lugar donde pasaste tu infancia. No omitas detalle alguno, por insignificante que parezca. Anteac te ayudará a recordar. Queremos todos los sonidos, todos los olores, el aspecto y los nombres de los visitantes, los colores, y hasta los escalofríos de tu piel. El mas ínfimo detalle puede resultar vital.

– ¿Pensáis que ese es el lugar donde lo ocultan?

– Sé que lo es.

– ¿Y creéis que están construyendo esa arma en...?

– No, pero esa será la excusa para investigar el lugar donde naciste.

Ella abrió la boca, y lentamente formó una sonrisa para decir:

– Mi Señor es sagaz y tortuoso. Voy a hablar con la Reverenda Madre inmediatamente. -Hwi se puso en pie para retirarse, pero él la detuvo con un gesto.

– No hemos de dar la impresión de apresurarnos -manifestó.

Ella volvió a recostarse en el almohadón.

Cada uno de nosotros es diferente, según la observación de Moneo -dijo Leto-. La génesis no se detiene. Tu dios continúa creándote.

– ¿Qué descubrirá Anteac? Lo sabéis, ¿no es verdad?

– Digamos que tengo una fuerte convicción. Bien, pero no has mencionado siquiera el tema que abordé anteriormente. ¿No tienes ninguna pregunta?

– Vos mismo me proporcionaréis las respuestas que necesite. -Era una declaración tan rebosante de confianza que detuvo en seco la voz de Leto. No pudo hacer otra cosa que mirarla pensando en lo extraordinario que era este producto de la técnica ixiana... este ser humano. Hwi permanecía intensamente fiel a los dictados de la moralidad personalmente elegida por ella. Era atractiva, afable y honesta, y poseía una honda cualidad que la obligaba a compartir toda aflicción de aquellos con quien se identificaba. Leto imaginaba perfectamente el desespero de sus maestras Bene Gesserít al enfrentarse con este núcleo inamovible de honestídad. Las maestras, evidentemente, habían visto reducida su tarea de añadir un toque aquí, una destreza allá, fortaleciendo ese poder que le impedía convertirse en una Bene Gesserit. ¡Qué amargura debieron sentir!

– Señor -dijo ella-, quisiera conocer los motivos que os forzaron a elegir la vida que lleváis.

– Primero debes comprender lo que es contemplar el futuro.

Con vuestra ayuda lo intentaré.

– Nada se separa jamas de su fuente -dijo Leto-. La visión del futuro es la imagen de una continuidad en la que todas las cosas adquieren forma, como las burbujas que se forman al pie de la catarata. Se ven, y a continuación se desvanecen en la corriente. Si la corriente se acaba, es como si las burbujas jamas hubiesen existido. Esa corriente es mi Senda de Oro, de la cual vi el final.

– ¿Vuestra elección -señaló a su cuerpo- cambió eso?

– Lo está cambiando. El cambio procede no sólo de mi forma de vivir, sino de mi forma de morir.

– ¿Sabéis cómo moriréis?

– No cómo. Sólo conozco la Senda de Oro en la que ocurrirá.

– Señor, no...

– Es díficil de comprender, lo sé. Sufriré cuatro muertes: la muerte de la carne, la muerte del alma, la muerte del mito y la muerte de la razón. Y todas esas muertes contienen la semilla de la resurrección.

– Regresaréis de...

– Las semillas regresarán.

– Y cuando hayáis partido ¿qué será de vuestra religión?

– Todas las religiones son una única comunión. Dentro de la Senda de Oro el espectro permanece intacto. Lo único es que los humanos ven primero una parte y luego la otra. Las ofuscaciones pueden llamarse accidentes de los sentidos.

– La gente seguirá adorándoos.

– Sí.

– Pero cuando el para siempre se termine, vendrá la ira, vendrá la negación -replicó ella-. Algunos dirán que no fuísteis más que un tirano corriente.

– Pura ofuscación -afirmó él.

Hwí notó un nudo en la garganta que le impedía seguir hablando; luego dijo:

– ¿En qué forma vuestra vida y vuestra muerte cambiará la...? -Agitó la cabeza.

– La vida continuará.

– Lo creo, Señor, pero ¿de qué manera?

– Todos los ciclos son la reacción al ciclo precedente. Si de mí piensas en la forma de mi Imperio, conoceras la forma del próximo ciclo.

Ella apartó la vista de él.

– Todo lo que aprendí sobre vuestra Familia me indicaba que haríais esto -hizo un gesto a ciegas en dirección a él sin mirarlo- por una razón puramente altruista. Y sin embargo, no creo conocer verdaderamente la forma de vuestro Imperio.

– ¿La Paz Dorada de Leto?

– Hay menos paz de la que algunos nos quisieran hacer creer -declaró ella, volviendo a mirarle.

Qué honestidad la suya, pensó Leto. Nada la desalentaba.

– Este es el tiempo del estómago -dijo él-. Este es el momento en que nos desarrollamos como se desarrolla una única célula.

– Pero falta algo -replicó ella.

Es igual que los Duncans, pensó él. Falta algo, y lo detectan de inmediato.

– La carne cree pero la psique no -afirmó Leto.

– ¿La psique?

– Esa conciencia reflexiva que nos revela lo profundamente vivos que podemos llegar a estar. Tú bien lo sabes, Hwí. Es ese sentido que te dice como ser fiel a ti misma.

– Vuestra religión no basta -dijo ella.

– Ninguna religión puede ser suficiente. Es cuestión de elección; de una única y solitaria elección. ¿Entiendes ahora por qué tu amistad y tu compañía significan tanto para mí?

Ella parpadeó un instante con los ojos llenos de lágrimas, asintió y dijo:

– ¿Por qué la gente no sabe esto?

– Porque las condiciones no lo permiten.

– ¿Las condiciones que vos dictáis?

– Precisamente. Contemplo mi Imperio. ¿No distingues su forma?

Ella cerró los ojos, pensativa.

– ¿Uno desea sentarse a la orilla de un río y pescar cada día? -Siguió diciendo Leto-. Excelente. Eso es esta vida. ¿Deseas navegar en un barco pequeño y cruzar un gran lago y visitar a gentes? ¡Soberbio! ¿Qué más se puede hacer?

– ¿Viajar por el espacio? -preguntó ella, con una nota de desafío en la voz. Y a continuación abrió los ojos.

– Habrás observado que ni la Cofradía ni yo lo permitimos.

– Vos no lo permitís.

– Cierto. Si la Cofradía me desobedece, pierde su ración de especia.

– Y mantener a la gente dentro de los límites de un planeta, le impide cometer atrocidades.

– Y aún hace algo más importante que eso. Les inspira el anhelo de viajar. Crea la necesidad de realizar viajes lejanos y contemplar casas nuevas. Y al final, viajar viene a significar libertad.

– Pero la especia disminuye -replicó ella.

– Y la libertad se torna más valiosa cada día.

– Eso sólo puede conducir a la desesperación y a la violencia -dijo ella.

– Uno de mis antepasados, un hombre sabio... yo fui en realidad esa persona, lo sabes ¿verdad? ¿Comprendes que en mi pasado no hay extraños?

Ella asintió, aterrada.

– Ese sabio observó que la riqueza es un instrumento de la libertad. Pero que la persecución de la riqueza es el camino a la esclavitud.

– ¡La Cofradía y la Orden se esclavizan!

– Y los ixianos, y los tleilaxu, y todos los demás. Oh, de vez en cuando descubren un poquito de melange escondida, y eso les mantiene la atención ocupada. Un juego muy interesante, ¿no te parece?

– Pero cuando estalle la violencia...

– Habrá escasez y dificultades.

– ¿También aquí, en Arrakís?

– Aquí y en todas partes. La gente recordará mi tiranía como los buenos tiempos. Yo seré el espejo de su futuro.

– ¡Pero será terrible! -exclamó ella.

No podía tener otra reacción, pensó él.

Y añadió en voz alta:

– Cuando la tierra se niegue a alimentar a la gente, los supervivientes se amontonarán en refugios cada vez mas pequeños. Y en numerosos mundos se repetirá un terrible proceso de selección: superpoblación y escasez de alimentos.

– ¿Pero no podría la Cofradía...?

– La Cofradía se encontrará impotente por falta de melange suficiente para realizar su transporte.

– ¿Escaparán los ricos?

– Algunos de ellos.

– Entonces, en realidad no habéis cambiado nada. Seguiremos igual, luchando y muriendo.

– Hasta que el gusano de arena reine de nuevo en Arrakis. Entonces nos habremos puesto a prueba tras compartir entre todos una profunda experiencia. Habremos aprendido que un suceso que ocurre en un planeta puede ocurrir en cualquier otro.

– Tanto dolor y tanta muerte- murmuró ella.

– ¿Entiendes la muerte? -le preguntó él-. Debes entenderla. La especia debe entenderla. Toda la vida debe entenderla.

– Ayudadme, Señor -musitó.

– Es la experiencia más profunda de cualquier criatura -afirmó Leto-. A excepción de la muerte, produce todo, lo que la aproxima y la refleja: las enfermedades, heridas y accidentes que ponen en peligro la vida... el parto para una mujer... y en otros tiempos el combate para los varones.

– Pero vuestras Habladoras Pez son...

– Ellas enseñan a sobrevivir -contestó él.

Los ojos de Hwi se abrieron, comprendiéndolo.

– Las supervivientes. ¡Claro!

– ¡Qué valiosa eres! -exclamó Leto-. ¡Que rara y valiosa! ¡Benditos sean los ixianos!

– ¿Y malditos?

– Eso también.

– Nunca creí que pudiera comprender a vuestras Habladoras Pez -comentó ella.

– Ni siquiera Moneo se da cuenta -dijo él-. Y desespero ya de los Duncans.

– Hay que apreciar la vida antes de desear preservarla -dijo ella.

– Y son los supervivientes los que mantienen un dominio más ligero y conmovedor de las bellezas del vivir. Las mujeres lo saben más que los hombres, porque el nacer es reflejo del morir.

– Mi tío Malky siempre decía que teníais buenas razones para prohibir el combate y la violencia gratuita a los hombres. ¡Qué amarga lección!

– Sin violencia disponible, los hombres disponen de escasos medios de comprobar cómo responderan a esa experiencia última -dijo él. -Falta algo. La psique no crece. ¿Que es lo que dice la gente de la Paz de Leto?

– Que nos hacéis revolcar en una absurda decadencia, cual cerdos en una pocilga.

– Reconoce siempre la justeza de la sabiduría popular -afirmó él-. Decadencia.

– La mayoría de los hombres carecen de principios. Las mujeres de Ix se quejan de ello constantemente.

– Cuando tengo que identificar rebeldes, busco siempre hombres con principios -dijo él.

Ella se lo quedó mirando silenciosa, y él pensó que aquella tan simple reacción revelaba profundamente su gran inteligencia.

– ¿Dónde crees que encuentro a mis mejores administradores? -preguntó él.

Un pequeño gemido escapó de su garganta.

– Los principios son aquello por lo que se lucha -afirmó Leto-. Casi todos los hombres pasan por la vida sin recibir más desafío que el del momento final. Disponen de muy escasas palestras en que ponerse a prueba.

– Os tienen a vos.

– Pero yo soy tan poderoso -replicó él-, que soy el equivalente del suicidio. ¿Quien correría a una muerte segura?

– Un loco... o un desesperado. ¿Un rebelde?

– Yo soy el equivalente a la guerra -declaró él-. El último predador. Soy la fuerza cohesiva que los destroza.

– Jamas pensé en mi como un rebelde -dijo ella

– Tú eres algo mejor.

– ¿Y podríais confiarme algún trabajo?

– Sí.

– No en la administración.

– Tengo ya excelentes administradores, incorruptibles, sagaces, inteligentes y dispuestos a reconocer sus errores, rápidos en la decision.

– ¿Fueron rebeldes?

– Casi todos.

– ¿Cómo se les escoge?

– En realidad. podría decir que escogen ellos.

– ¿Sobreviviendo?

– No sólo por eso. Hay algo mas. La diferencia entre un buen administrador y un mal administrador se reduce a cinco latidos del corazón. Los buenos administradores toman decisiones inmediatas.

– ¿Y aceptables?

– Generalmente dan resultado. Un mal administrador, en cambio, vacila, titubea, reclama comités, datos, informes. Y al final actúa de una forma que crea nuevos y serios problemas.

– ¿Pero no necesitan a veces prolija información para...?

– Al mal administrador le interesan mas los informes que las decisiones. Y exige siempre el documento que exhibirá como excusa de sus errores.

– ¿Y los buenos administradores?

– Esos dependen de las órdenes verbales. No mienten jamas sobre su actuación, si es que sus órdenes verbales llegan a causar problemas, y se rodean de colaboradores capaces de actuar con acierto a base de órdenes verbales. Generalmente, el dato mas importante de la información que reciben es que algo no funciona. Los malos administradores, en cambio, disimulan sus errores hasta que es demasiado tarde para corregirlos.

Leto la observó mientras ella pensaba en la gente que tenía a su servicio el Dios Emperador, especialmente Moneo.

– Hombres de decisión -dijo por fin.

– Una de las cosas mas dificiles de hallar para un gobernante es gente que sea capaz de tomar decisiones -manifestó Leto.

– ¿Y vuestro íntimo conocimiento del pasado no os proporciona...?

– Lo que me proporciona es un cierto regocijo. Casi todas las burocracias anteriores a la mía buscaron y promocionaron a hombres que evitaron tomar decisiones.

– Comprendo. ¿Qué trabajo tendríais para mí, Señor?

– ¿Te casaras conmigo?

Una débil sonrisa apareció en sus labios.

– También las mujeres saben tomar decisiones. Sí. Me casaré con vos.

– Entonces ve a informar a la Reverenda Madre. Asegúrate de que conozca lo que está buscando.

– Busca mi génesis -replicó Hwi. -Vos y yo conocemos ya el propósito de mi existencia.

– Que no se halla separada de su origen -replicó él.

Ella se puso en pie y entonces preguntó:

– Señor, ¿podríais equivocaros con vuestra Senda de Oro? ¿Acaso la posibilidad del fracaso...?

– Cualquier ser y cualquier proyecto puede fracasar -contestó él-, pero el tener buenos amigos ayuda.

- CAPITULO XXXII -

Los grupos tienden a condicionar su entorno para la supervivencia de la comunidad. Siempre que se desvían de este objetivo, es señal de que el grupo como tal se encuentra enfermo. Existen numerosos síntomas reveladores de la salud del grupo. Yo observo, por ejemplo, la distribución de alimentos. Es una forma de comunicación, una ineludible señal de ayuda mutua que contiene también un elemento mortal de dependencia. Resulta interesante comprobar que son los hombres los que hoy atienden las tierras. Son hombres y maridos. Antes ese era dominio absoluto de las mujeres.

–Los Diarios Robados..

"Disculpad las inexactitudes de este informe, que os ruego atribuyáis a la urgencia con que lo redacto", escribía la Reverenda Madre Anteac.

"Parto mañana por la mañana hacia Ix con el próposito del que ya informé con mas detalle anteriormente. El intenso y sincero interés del Dios Emperador por Ix es innegable, pero lo que me propongo relatar ahora es la extraña visita que acabo de recibir de la Embajadora ixiana, Hwi Noree".

Anteac estaba sentada en el incómodo taburete que era lo mejor que le ofrecía la austeridad espartana de su alojamiento. Estaba sola en su minúsculo dormitorio, ese espacio-dentro-del-espacio que el Dios Emperador se había negado a mejorar aun a pesar de la adventencia de la Bene Gesserit sobre la traición de los tleilaxu.

Sobre las rodillas de Anteac había un pequeño rectángulo de tinta negra, de unos diez milímetros de largo por no más de tres de ancho. Estaba escribiendo en este rectangulo con ayuda de una aguja reluciente, grabando una sobre otra las palabras que eran absorbidas por el rectangulo. Una vez el mensaje se hallase completo, quedaría impreso en los receptores nerviosos de los ojos de la postulante-mensajera, y allí quedaría en estado latente hasta que pudiera proyectarse en el Capitulo de la Orden.

¡Qué gran dilema planteaba Hwi Noree!

Anteac conocía los informes de las maestras Bene Gesserit enviadas a Ix para educarla, pero dichos informes omitían mas información de la que revelaban, suscitando mas serias preguntas.

¿Qué aventuras has experimentado, niña?

¿Cuáles fueron los infortunios de tu juventud?

Anteac husmeó y contempló el rectángulo de tinta negra que reposaba en sus rodillas. Aquellos pensamientos le recordaban la creencia Fremen de que la tierra natal convertía a un hombre en lo que era.

"¿Hay animales extraños en tu planeta?" solían preguntar los Fremen.

Hwi Noree había llegado acompañada por una impresionante escolta de Habladoras Pez, mas de un centenar de fornidas mujeres, todas ellas armadas hasta los dientes. Raras veces había visto Anteac un tal surtido de armas: pistolas laser, cuchillos largos, puñales de hoja fina, granadas aturdidoras...

Mediaba la mañana. Hwi había entrado majestuosa, dejando a las Habladoras Pez apostadas en todos los rincones de la legación Bene Gesserit salvo en este espartano dormitorio. Anteac paseó la mirada por su alojamientó. Manteniéndola en él. Leto le manifestaba algo concreto.

– ¡Así es como mides tu respeto por el Dios Emperador!

Salvo que... ahora enviaba a una Reverenda Madre a Ix, y el confesado propósito de este viaje sugería muchas cosas sobre Nuestro Señor Leto. Tal vez cambiasen los tiempos, y reservaran nuevos honores y mas melange para la Bene Gesserit.

Todo depende de la eficiencia con que desempeñe mi cometido.

Hwi había entrado sola en la pequeña habitación, y se había sentado con solemnidad y recato en el jergón de Anteac, con la cabeza algo mas baja que la de la Reverenda Madre, gentil detalle que no tenía nada de accidental. Las Habladoras Pez hubieran podido colocar a las dos en su lugar respectivo obedeciendo las órdenes de Hwi. Las pasmosas palabras con que Hwi iniciara la conversación dejaban pocas dudas al respecto.

– Debéis saber desde el principio que voy a desposarme con Nuestro Señor Leto.

Había tenido que echar mano a su mas férreo control para no quedarse boquiabierta. Su sentido de la verdad aseguraba a Anteac de la sinceridad de las palabras de Hwi, sin que pudiera todavía valorarse todo su significado.

– Nuestro Señor Leto ordena que no comuniquéis esta noticia a nadie -añadió.

¡Qué dilema!, pensó Anteac. ¿Es que puedo informar de esto a mis Hermanas de la Orden?

– La noticia se hará pública a su debido tiempo -dijo Hwi-. Aún no ha llegado el momento, os digo esto para ayudaros a comprender la gravedad de la confianza de Nuestro Señor Leto.

– ¿Su confianza en ti?

– En las dos.

Eso había provocado un estremecimiento de emoción apenas desimulado en todo el cuerpo de Anteac. ¡El poder inherente a tal confianza!.

– ¿Sabes por qué te eligió Ix para el puesto de Embajador? -preguntó Anteac.

– Sí. Pretendían que le sedujera.

– Al parecer lo has conseguido. ¿Significa eso que los ixianos creen esas groseras historias tleilaxu sobre ciertas costumbres de Nuestro Señor Lato?

– Ni siquiera los tleilaxu se las creen.

– ¿De lo cual deduzco que confirmas la falsedad de dichas historias?

Hwi hablaba con una peculiar inexpresividad que hasta el sentido de la verdad de Anteac y sus dotes de Mentat tenían dificultad en descifrar.

– Vos habéis hablado con él y habéis podido observarle. Responded vos misma a esta pregunta.

Anteac sofocó una pequeña punzada de irritación. A pesar de su juventud, esta Hwi Noree no era una postulante... ni sería jamas una buena Bene Gesserit. ¡Qué lastima!

– ¿Has informado de ello al gobierno de Ix? -preguntó Anteac.

– No.

– ¿Por qué?

– Pronto recibiran información. La revelación prematura de esta noticia podría perjudicar a Nuestro Señor Lato.

Es sincera, tuvo que recordarse Anteac.

– ¿No debe ser para Ix tu lealtad primordial? -preguntó Anteac.

– Mi lealtad primordial es la verdad. -Entonces esbozó una sonrisa-. Ix logró mas de lo que se proponía.

– ¿Te considera Ix una amenaza para el Dios Emperador?

– Creo que su principal preocupación es el conocimiento. Hablé de ello con Ampre antes de partir.

– ¿El Director de Asuntos Extrafederales de Ix? ¿Te refieres a ese Ampre?

– Sí. Ampre está convencido de que Nuestro Señor Lato permite amenazas contra su persona sólo hasta un cierto límite.

– ¿Ampre dijo eso?

– Ampre no cree que se pueda esconder el futuro a Nuestro Señor Leto.

– Pero la misión que me lleva a Ix implica que... -Anteac se interrumpió y agitó la cabeza-. ¿Por qué abastece Ix al Señor con máquinas y armamento?

– Ampre opina que Ix no posee otra alternativa. Las fuerzas arrolladoras aniquilan a las personas que constituyeron una amenaza excesiva.

– Y el que Ix se negara traspasaría los límites de Nuestro Señor Leto. No existe punto intermedio. ¿Has pensado en las consecuencias de desposarte con Nuestro Señor Leto?

– ¿Os referís a las dudas que suscitará tal acción sobre su divinidad?

– Algunos darán crédito a las historias tleilaxu.

Hwi se limitó a sonreír.

¡Condenación! pensó Anteac. ¿Cómo nos dejamos perder a esta muchacha?

– El está cambiando el designio de su religión -acusó Anteac-. Es eso, por supuesto.

– No cometáis el error de juzgar a los demas según vosotras mismas -replicó Hwi, y como Anteac se mostrara ofendida, añadió-: Pero no vine aquí a discutir con vos sobre el Dios Emperador.

– No. Claro que no.

– Nuestro Señor Leto me ha ordenado que os cuente todos los detalles que mi memoria recuerde del lugar donde nací y fui educada.

Reflexionando ahora sobre las palabras de Hwi, Anteac bajó los ojos al críptico rectángulo negro que reposaba en su falda. Hwi había procedido a relatar los detalles que su Señor, ¡y ahora novio!, le había ordenado, detalles que a ratos hubieran resultado muy tediosos de no ser por sus dotes de Mentat para la asimilación de datos.

Anteac agitó la cabeza al considerar lo que debía informar al Capítulo de su orden, que sin duda se hallaría entregada al estudio del anterior mensaje que les había enviado. ¿Una máquina capaz de protegerse a sí misma y a su contenido de los poderes prescientes del Dios Emperador? ¿Sería eso posible? ¿O se trataba de una distinta clase de prueba, una prueba de la franqueza de la Bene Gesserit para con su Señor Leto? ¡Pero bien! Si él no hubiera conocido de antemano la génesis de esa enigmática Hwi Noree...

Esta nueva posibilidad reforzó la convicción Mentat de Anteac del por qué había sido escogida para la misión de Ix.

El Dios Emperador no deseaba confiar este hecho a sus Habladoras Pez. ¡No quería que sus soldados sospechasen la existencia de una debilidad en el Dios Emperador!

¿O era tan evidente como parecía? Ruedas dentro de ruedas, esa era la forma de actuar de Leto.

Nuevamente Anteac agitó la cabeza. Se inclinó y reanudó su informe para el Capítulo, omitiendo la información de que el Dios Emperador había decidido desposarse.

Pronto se enterarían. Entretanto, Anteac consideraría a solas las implicaciones de tal decisión.

- CAPITULO XXXIII -

Si conoces a tus antepasados, eres testigo personal de los acontecimientos que crearon los mitos y religiones de nuestro pasado. Si admites este hecho, debes considerarme un creador de mitos.

–Los Diarios Robados.

La primera explosión se produjo cuando las tinieblas empezaban a caer sobre la Ciudad de Onn. La descarga alcanzó a unos cuantos trasnochadores arriesgados que pasaban junto a la Embajada ixiana de camino a una fiesta donde, según se había anunciado, los Danzarines Rostro representarían una antigua función sobre el rey que degollaba a sus hijos. Tras los violentos acontecimientos de los cuatro primeros Días de Festival, hacía falta ciertas dosis de valor para que los aficionados a trasnochar decidieran abandonar la relativa seguridad de sus alojamientos. Circulaban por toda la ciudad rumores de muerte y peligro para los inocentes transeúntes, y ahí aparecían de nuevo mas motivos de alarma para los cautelosos.

Ninguna de las víctimas ni de los supervivientes hubiera apreciado la observación de Leto de que los transeúntes inocentes parecían escasear últimanente.

Las agudos sentidos de Leto detectaron la explosión, localizándola de inmediato. En un ataque de furia que mas tarde habría de lamentar, convocó a gritos a sus Habladoras Pez para ordenarles que "exterminaran a los Danzarines Rostro", incluidos aquellos que habían sido amnistiados.

Tras un inmediato análisis, aquella sensación de furia fascinó a Leto, que hacía largo tiempo que no sentía como emoción más que un leve enojo. Frustración, irritación, aquellos habían sido sus límites. Pero ahora, ante una amenaza a Hwi Noree, ¡le invadía la furia!

Unos instantes de reflexión le hicieron modificar sus órdenes iniciales, pero no antes de que algunas Habladoras Pez abandonaran la Santa Presencia, enardecidas sus ansias más violentas por el fuego que despedían los ojos de su Señor.

– ¡Dios esta furioso! -gritaban algunas.

La segunda explosión alcanzó a varias Habladoras Pez que salían en aquel momento a la plaza para comunicar la contraorden del Dios Emperador desencadenando nueva violencia. La tercera explosión, localizada cerca de la primera, obligó al propio Leto a entrar en acción. Impulsó su carro como una incontenida hecatombe, salió de sus aposentos, y en el ascensor ixiano emergió a la superficie.

Leto apareció en el borde de la plaza, encontrando ante sí una escena de caos y desorden iluminada por miles de globos luminosos que las Habladoras Pez habían soltado. El escenario central de la plaza había sido destruido, quedando tan solo la base de plastiacero que sustentaba el pavimento. Escombros y pedruscos yacían esparcidos y mezclados en tremenda confusión con los muertos y heridos.

En dirección a la Embajada ixiana, situada frente a él al otro lado de la plaza, tenía lugar un encarnizado combate.

– ¿Dónde está mi Duncan? -vociferó Leto.

Una bashar de la guardia atravesó la plaza y se acercó a su lado para informarle entre jadeos:

– ¡Le hemos conducido a la Ciudadela, Señor!

– ¿Qué ocurre allí? -preguntó Leto, señalando la batalla que se desarrollaba ante la Embajada Ixiana.

– Los rebeldes y los tleilaxu atacan la Embajada de Ix, Señor. Tienen explosivos.

Se hallaba aún diciendo estas palabras cuando una nueva explosión estalló ante la deteriorada fachada de la Embajada. Vio cuerpos retorcerse en el aire, arqueándose y cayendo dentro del perímetro de un intenso fogonazo que dejó en los ojos una segunda imagen naranja salpicada de motas negras.

Sin pensar en las consecuencias, Leto traspasó la propulsión de su carro a suspensores y lo impulsó lanzándose como una bala a través de la plaza, cual desbocado mastodonte que arrastraba globos luminosos a su paso. Al llegar al borde exterior de la batalla, se arqueó por encima de sus propios defensores y arremetió contra el blanco del enemigo, consciente sólo de las pistólas láser que disparaban sus lívidos rayos azules contra él. Notó que su carro aplastaba carne humana, sembrando de cadáveres el entorno.

El carro chocó entonces contra los escombros amontonados frente a la Embajada, volcó, y le hizo caer rodando hasta una superficie dura. Sintió el hormigueo de los rayos láser en la superficie anillada de su cuerpo, y luego la sensación interna de calor seguida por una liberación de oxígeno en la cola. El instinto le hizo retrotraer el rostro y hundirlo en su cogulla y doblar los brazos dentro de la profundidad protectora de los pliegues de su segmento frontal. Entonces se apoderó de él su naturaleza de gusano, y su cuerpo comenzó a arquearse y contorsionarse propinando azotes a diestro y siniestro, rodando cual rueda enloquecida y golpeando a ciegas con furia incontenible.

La sangre encharcaba la calle lubricando el pavimento. La sangre, sustancia húmeda perjudicial para su organismo, liberaba su agua tras la muerte, y el agua era letal para él. Agitado por las contorsiones, su enorme cuerpo resbalaba revolcándose en ella, desprendiendo columnas de humo en cada punto de flexión en que una partícula de agua lograba penetrar bajo su piel de trucha de arena. Ello le causaba un dolor que desahogaba aumentando la violencia de sus espasmos.

Ante el ataque de Leto, la línea de Habladoras Pez retrocedió. Una bashar atenta al desarrollo de la pelea comprendió la oportunidad que ello representaba y gritó, acallando el rumor de la batalla:

– ¡Acabad con los rezagados!

Las soldados de Leto se lanzaron al ataque.

Durante unos instantes no hubo más que confusión y sangre en torno a las Habladoras Pez, el centelleo de los puñales a la despiadada luz de los globos luminosos, el brillo de la macabra danza de los rayos láser, los tajos que cercenaban inexorables miembros humanos. No dejaron superviviente alguno las Habladoras Pez.

Leto se alejó rodando del charco sangriento que se extendía ante la embajada, incapaz apenas de pensar por las terribles oleadas de dolor provocadas por el agua. A su alrededor, el aire se hallaba denso de oxígeno, y ello estimulaba sus sentidos humanos. Llamó mentalmente a su carro y éste avanzó hacia él inclinándose peligrosamente al haber sufrido desperfectos sus suspensores. Muy despacio, consiguió encaramarse en el carro y le transmitió la orden de regresar a sus aposentos en los subterráneos de la plaza.

Desde hacía mucho tiempo se hallaba preparado para contrarrestrar los perniciosos efectos del agua, disponiendo para ello de una estancia equipada con chorros de aire a elevadísima temperatura aptos para limpiar su cuerpo y restaurar sus fuerzas. También servía para el mismo propósito la arena, pero dentro del recinto de Onn no existía un lugar capaz para la ingente cantidad requerida para caldear y raspar su epidermis devolviéndole su pureza habitual.

Una vez en el ascensor, pensó en Hwi y envió un mensaje ordenando que la llevaran de inmediato a su presencia.

Si es que estaba con vida.

No disponía ahora de tiempo suficiente para efectuar una búsqueda presciente, y así se vió obligado a confiar en que así fuera, mientras su cuerpo, de humano y pre-gusano, anhelaba el calor que habría de purificarle.

Instalado en la cámara de aseo, pensó reiterar la orden de salvar a algunos Danzarines Rostro, pero para entonces las enardecidas Habladoras Pez se habían ya dispersado por toda la ciudad, y él no se sentía con fuerzas para realizar una exploración presciente y enviar a sus mensajeros a los puntos de reunión adecuados.

Salía Leto de su cámara de aseo cuando una capitana de su guardia le comunicó que Hwi Noree, si bien con ligeras heridas, se hallaba a salvo, y sería conducida a su presencia tan pronto como la Comandante de la plaza lo considerase oportuno.

Leto ascendió allí mismo a la capitana al grado de sub-bashar. Era una mujer fornida, del tipo de Nayla, pero sin el rostro cuadrado de esta: sus facciones eran redondeadas, mas próximas a los cánones antiguos. Temblaba de emoción por el elogio y el agradecimiento de su Señor, y cuando este le ordenó regresar y "asegurarse por partida doble" de que Hwi no sufriría daño alguno, se dio media vuelta y salió como una flecha de la estancia.

Ni tan siquiera le pregunté su nombre, pensó Leto, encaramándose a su carro nuevo dispuesto ya en el desnivel de su aposento. Le llevó unos instantes concentrarse y recordar el nombre del nuevo sub-Bashar: era Kieuemo. El ascenso debería confirmarse, y tomó nota mental de ocuparse de ello personalmente. Era preciso que las Habladoras Pez, todas ellas, comprendieran de inmediato lo mucho que estimaba a Hwi Noree, si es que quedaba alguna duda después de lo ocurrido esta noche.

Efectuó entonces la exploración presciente y envió mensajes a sus desbocadas Habladoras Pez de que cesaran en su sistemático registro de la ciudad. Para entonces el daño ya era irreparable: los cadáveres invadían las calles de Onn; muchos eran Danzarines Rostro, pero los había también de simples sospechosos.

Cuantos me habrán visto matar, pensó.

Mientras aguardaba la llegada de Hwi, hizo un repaso mental de los acontecimientos. No había sido éste un ataque tleilaxu característico y, junto con el sufrido días atrás en el camino de Onn, distinto también de los habituales, apuntaba hacia una mente única inflamada por un propósito letal.

Hubiera podido morir ahí fuera, pensó.

Eso empezó a explicar por qué no había previsto este ataque, aunque lo cierto era que existía otra razón de más honda envergadura. Leto comenzó a vislumbrarla, emergiendo ante él como la suma y reunión de todas las claves y todos los indicios. ¿Qué ser humano conocía mejor al Dios Emperador? ¿Qué ser humano disponía de un lugar secreto desde donde conspirar?

¡Malky!

Leto llamó a una guardia y le ordenó que averiguara si la Reverenda Madre Anteac había ya abandonado Arrakis. Regresó al cabo de un instante con la información requerida:

– Anteac se encuentra aún en la legación Bene Gesserit. La Comandante del destacamento de Habladoras Pez allí apostada afirma no haber sufrido ataque alguno.

– Comunícale a Anteac -dijo Leto- si entiende ahora por qué instalé su legación en una zona alejada de mi residencia, y dile luego que cuando llegue a Ix debe localizar a Malky e informar de su localización a nuestra guarnición de Habladoras Pez destacada en ese planeta.

– ¿Malky, el antiguo embajador ixiano?

– El mismo. No debe escapar con vida. Comunicarás también a la Comandante de nuestra guarnición de Ix que debe ponerse en estrecho contacto con Anteac y proporcionarle toda la asistencia que estime necesaria. Una vez localizado, Malky debe ser o conducido a mi presencia o ejecutado, lo que nuestra Comandante juzgue más oportuno.

La guardia-mensajera, situada en el cerco de luz dirigido al rostro de Leto, asintió, y al hacerlo las sombras bailaron en su cara.

No pidió que se le repitieran las órdenes. Todos los miembros de su guardia personal habían sido adiestrados como registradoras humanas, siendo capaces de repetir no sólo las palabras textuales de Leto sino incluso su entonación, y jamás olvidarían ni una coma de lo que le habían oído decir.

Una vez la mensajera hubo partido Leto emitió una señal privada, y a los pocos segundos obtenía respuesta de Nayla. El dispositivo ixiano instalado en el interior de su carro reprodujo una versión inidentificable de su voz, un inexpresivo recital metálico destinado exclusivamente a los oídos del Dios Emperador.

Efectivamente, Siona se encontraba en la Ciudadela, y no se había puesto en contacto con sus compañeras de conspiración. "No, aún no sabe que estoy aquí observándola". ¿El ataque a la Embajada? Sus autores eran un grupo escindido autotitulado "El elemento Tleilaxu-Contacto".

Leto se permitió emitir un suspiro mental. Los rebeldes siempre daban a sus organizaciones unos nombres tremendamente presuntuosos.

– ¿Algún superviviente?

– No que sepamos, de momento.

A Leto le hizo gracia que, careciendo la voz metálica de toda entonación emocional, fuera su propia memoria la que se la proporcionaba.

– Te pondrás en contacto con Siona -le dijo-, y le revelarás que eres una Habladora Pez. Dile que no se lo comunicaste antes porque sabias que no confiaría en ti, y porque temías ser descubierta ya que eres la única Habladora Pez aliada de Siona. Repítele tu juramento de lealtad. Dile que juras por lo más sagrado obedecerle en todo. Que, ordene lo que ordene, tú la obedecerás. Todo lo cual es cierto, como tú muy bien sabes.

– Si, Señor.

La memoria suplió el fanático énfasis de la respuesta de Nayla. Nayla obedecería.

– Si es posible, procura que Siona y Duncan Idaho tengan ocasión de hallarse juntos a solas.

– Si, Señor.

Dejemos que la propincuidad siga su curso natural, pensó.

Cortó la comunicación con Nayla, permaneció pensativo unos instantes, y luego envió a buscar a la Comandante de las fuerzas de la plaza. La bashar se presentó al cabo de poco rato con el uniforme oscuro sucio y polvoriento y las botas manchadas de sangre. Era una mujer alta y huesuda, con unas arrugas en la cara que prestaban a sus facciones aquilinas un aire de poderosa dignidad. Leto recordó su nombre propio, Iylyo, que significaba "Cumplidora" en antiguo Fremen, pero se dirigió a ella usando el matronimico, Nyshae, "Hija de Shae", lo cual dio un tono de sutil intimidad a esta entrevista.

– Sientate a descansar un poco en un almohadón, Nyshae -le dijo-. Has trabajado mucho.

– Gracias, Señor.

Se acomodó en el almohadón granate que antes utilizara Hwi. Leto advirtió las arrugas de cansancio que bordeaban la boca de Nyshae, pero también observó que sus ojos se mantenían alerta. Se quedó mirándole, ansiosa por escuchar sus palabras.

– Las cosas vuelven a estar tranquilas en mi ciudad. -Pretendió deliberadamente que sus palabras no sonasen a pregunta, dejándolas a la interpretación de Nyshae.

– Tranquilas pero no resueltas, Señor.

El lanzó una mirada a las manchas de sangre que llevaba en las botas.

– ¿La calle de la Embajada ixiana?

– La están limpiando, Señor. Los trabajos de reparación ya se han iniciado.

– ¿La plaza?

– Por la mañana habrá recuperado su aspecto habitual.

La mirada de Nyshae seguía fija en el rostro de Leto. Ambos sabían que faltaba por alcanzar el punto capital de la entrevista, pero antes de llegar a ello Leto descubrió un elemento nuevo agazapado en la expresión de Nyshae.

¡Se enorgullecía de su Señor!

Por vez primera había visto matar al Dios Emperador, implantandose con ello la semilla de una terrible dependencia. Si amenaza el desastre, mi Señor acudirá. Eso era lo que aparecía ahora en sus ojos. Ella ya nunca volvería a actuar con total independencia, extrayendo su poder del Dios Emperador y siendo personalmente responsable por el empleo de ese poder. En su expresión había algo de posesivo. Una terrible máquina mortífera esperaba entre bastidores, lista para entrar en acción al escuchar su llamada.

A Leto le disgustó lo que veía, pero el mal ya estaba hecho. Y todos los remedios exigirían la acción de fuerzas sutiles y lentas.

– ¿Dónde obtuvieron los atacantes las pistolas láser? -preguntó.

– De nuestros propios depósitos, La Guardia del Arsenal ya ha sido reemplazada.

Reemplazada. Era un eufemismo que sonaba bien. Las Habladoras Pez expulsadas del servicio quedaban aisladas y en reserva hasta que Leto descubría un asunto que requería la intervención de los Comandos de la Muerte. Morían contentas, por supuesto, convencidas de que así expiaban su pecado. Y tan sólo el rumor de que tales fanáticas se hallaban en camino bastaba para tranquilizar una zona turbulenta.

– ¿El arsenal fue atacado con explosivos? -preguntó Leto.

– Con mucho sigilo y algunos explosivos, Señor. La guardia se descuidó.

– ¿Procedencia de tales explosivos?

El cansancio de Nyshae se hizo patente en el fatigado gesto con que se alzó de hombros.

Leto no pudo por menos que reconocer su razón. Sabía que era posible investigar y aún localizar su procedencia, pero de poco iba a servir. Las personas ingeniosas podían hallar siempre los ingredientes necesarios para confeccionar explosivos caseros, elementos corrientes como el azúcar y las lejías, aceites ordinarios y fertilizantes inocentes, plásticos y disolventes y fermentos extraídos de un montón de estiércol. La lista de tales ingredientes era virtualmente interminable, y crecía continuamente con cada nuevo producto debido a la experiencia y a la inventiva humana. Ni siquiera una sociedad como la que él había creado, que trataba de limitar la adición de la tecnología a la invención creativa, podía confiar en eliminar totalmente las armas de manos violentas. La idea de controlar tales artefactos era una pura quimera, una utopia ilusoria y peligrosa. El punto clave consistía en limitar el deseo de llegar a la violencia. En ese aspecto, esta noche había sido un auténtico desastre.

Tanta injusticia nueva, pensó.

Como si hubiera leído su pensamiento, Nyshae suspiró.

Naturalmente. A las Habladoras Pez se las adiestra desde la infancia a evitar la injusticia en todo lo posible.

– Debemos ocuparnos de los supervivientes civiles -dijo él-. Ocúpate de que se atiendan sus necesidades. Hay que convencerles de que los culpables fueron los tleilaxu.

Nyshae asintió. No había alcanzado el grado de bashar ignorando la instrucción. En este momento la aceptaba a pies juntillas. Simplemente por habérsele oído decir al Dios Emperador, creía en la culpabilidad de los tleilaxu. Además, su convicción estaba teñida de un cierto pragmatismo, pues sabía perfectamente por qué no había que degollar a todos los tleilaxu.

No deben eliminase todas las cabezas de turco.

– Además, debemos presentar una alternativa plausible -dijo Leto-. Por fortuna puede que tengamos una al alcance de la mano. Te enviaré recado tras entrevistarme con Dama Hwi Noree.

– ¿La Embajadora de Ix, Señor? ¿No está implicada en...?

– Ella está completamente libre de culpa.

Vio la aceptación de su palabra de las facciones de Nyshae, como una pieza de plastico de quita y pon, capaz de bloquear su mandíbula y velar sus ojos. Hasta Nyshae. Conocía las razones porque había sido él quien las había creado, pero a veces se sentía un tanto asustado de su propia creación.

– Oigo a Dama Hwi Noree llegar a la antesala -dijo-. Cuando salgas, hazla pasar. Y, Nyshae...

Ella ya estaba de pie, y aguardó expectante, en completo silencio.

– Esta noche he ascendido a Kieuemo el grado de sub-bashar. Ocúpate de confirmarlo oficialmente. En lo que a ti respecta, estoy muy satisfecho. Pide y recibirás.

Vio que la fórmula ritual provocaba una oleada de placer en toda la persona de Nyshae, pero también la vio templarlo de inmediato, demostrando una vez más su valor hacia él.

– Probaré a Kieuemo -replicó-. Si da buen resultado, es posible que tome vacaciones. Hace muchos años que no voy a Salusa Secundus a ver a mi familia.

– Cuando más te convenga -dijo él.

Y pensó: Salusa Secundus. ¡Claro!

Aquella única alusión a sus orígenes le reveló a Leto a quién se parecía Nyshae: A Harq al-Ada. Lleva sangre Corrino en las venas. Somos parientes más cercanos de lo que me figuraba.

– Mi Señor es generoso -dijo ella.

Y se retiró con renovado ardor en su actitud. Oyó su voz en la antesala, diciendo:

– Dama Hwi, mi Señor Leto os espera.

Entró Hwi, enmarcada un instante por el contraluz del arco, vacilante en su paso hasta que sus ojos se adaptaron a la penumbra de la estancia. Se acercó cual polilla a la luz enfocada al rostro de Leto, desviando la mirada tan sólo para buscar en su cuerpo señales de heridas. El sabia que tales signos no existían, aunque durasen aún el dolor y los temblores internos.

Los ojos de Leto detectaron una leve cojera en la pierna derecha de Hwi pero no mas que eso, pues un vestido largo de color verde jade -ocultaba la herida. Ella se detuvo al borde del desnivel donde se hallaba su carro y le miró directamente a los ojos.

– Me han dicho que estas herida, Hwi. ¿Es cosa seria?

– Un corte en la pierna por debajo de la rodilla, Señor. Causada por un cascote de la explosión. Vuestras Habladoras Pez me la curaron con un ungüento que me quitó el dolor. Señor, temía por vos.

– Y yo por ti, mi dulce Hwi.

– Salvo la primera explosión, no corrí peligro alguno, Señor. Me escondieron en seguida en una habitación de los sótanos de la Embajada.

No vio pues mi actuación, pensó él. Qué gran alivio.

– Te he enviado a buscar para pedirte perdón -le dijo Leto. Ella se sentó en un almohadón dorado.

– ¿Oué hay que perdonar, Señor? Vos no sois la razón...

– Me estan poniendo a prueba, Hwi.

– ¿A vos?

– Sí. Los que desean conocer la hondura de mi interés por la seguridad de Hwi Noree.

Ella señaló hacia arriba.

– ¿Eso... eso fue por causa mía?

– Por causa de los dos.

– Oh. ¿Pero quién...?

– Has accedido a desposarte conmigo, Hwi, y yo... -Alzó una mano, indicandole silencio al ver que ella intentaba hablar-. Anteac nos ha dicho lo que tú le revelaste, pero eso no fue originado por Anteac.

– Entonces, ¿quién...?

– El quién no es importante. Lo importante es que tú reconsideres tu decisión. Quiero darte una oportunidad por si deseas cambiar de idea.

Ella bajó los ojos.

Qué dulces son sus rasgos, pensó él.

Sólo en su imaginación podía crear la imagen de una vida humana compartida con Hwi. El mar de sus recuerdos contenía suficientes ejemplos con los que edificar una visión de la vida matrimonial construida con matices de su propia fantasía, con pequeños detalles de experiencia mutua, una caricia, un beso, todas esas dulzuras que componían un cuadro de dolorosa belleza. Y ello le torturaba, haciéndole sufrir con un dolor mucho mas hondo que el de las heridas fisicas. recuerdo de su violencia ante la embajada.

Hwi levantó la barbilla y le miró a los ojos, y él vio en ella un ardiente deseo de ayudarle.

– ¿Pero de qué otro modo puedo serviros, Señor?

El tuvo que recordar que ella era un ser humano, míentras que él había dejado de serlo. Las diferencias se acentuaban por minutos.

El dolor le embargaba.

Hwi era un realidad ineludible, algo tan elemental que no existía palabra alguna que lo expresara con precisión. El dolor que sentía se había hecho más de lo que pensaba poder soportar.

– Te quiero, Hwi. Te quiero como un hombre ama a una mujer... pero no puede ser. No podrá ser jamas.

De los ojos de Hwi brotaron lágrimas.

– ¿Preferís que me vaya? ¿Que regrese a Ix?

– Ellos no harían más que herirte tratando de averiguar qué dio al traste con su proyecto.

Ha visto mi dolor, pensó. Conoce la futilidad y la frustración. ¿Qué hará? No mentirá. No dirá que corresponde a mi amor como una mujer ama a un hombre. Reconoce la inutilidad. Y conoce sus propios sentimientos hacia mí: compasión, temor, unas dudas que ignoran el miedo.

– Entonces me quedaré -declaró ella-. Obtendremos todo el placer que podamos del hecho de estar juntos. Creo que es lo mejor que podemos hacer. Si eso significa que debemos casarnos, que así sea.

– Entonces debo compartir contigo ciertos conocimientos que no he participado a nadie -dijo él. -Te darán sobre mí un poder que...

– ¡No hagáis eso, Señor! ¿Y si alguien me forzara a...?

– No volverás a abandonar mi casa. Estos mis aposentos, la Ciudadela, los escondrijos secretos del Sareer, eso será tu hogar.

– Como vos deseéis.

Qué dulce y qué franca su callada aceptación, pensó.

Los dolorosos latidos de su interior tenían que calmarse, pues eran un peligro tanto para él como para su Senda de Oro.

¡Malditos ixianos! ¡Qué inteligentes!

Malky se había dado cuenta de que los todopoderosos se veían obligados a luchar con un perpetuo canto de sirena: la voluntad de autodeleitarse.

La conciencia constante del poder hasta en el más insignificante capricho.

Hwi interpretó su silencio como incertidumbre.

– ¿Nos casaremos, Señor?

– Sí.

– ¿Habrá que hacer algo sobre las historias tleilaxu que...?

– Nada.

Ella se lo quedó mirando, recordando su anterior conversación. Estaba sembrando las semillas de la disolución.

– Temo, Señor, que yo os debilite -dijo ella.

– Entonces debes hallar el modo de fortalecerme.

– ¿Podrá fortaleceros el que disminuyamos la fe en el Dios Leto?

El percibió un vestigio de Malky en su voz, ese tono mesurado que le había tornado tan asquerosamente encantador. Jamás logramos escapar del todo a los maestros de nuestra infancia.

– Tu pregunta requiere una respuesta -contestó él-. Muchos continuarán adorándome según mis designios. Otros creerán las mentiras y patrañas.

– Señor, ¿me pediríais a mí que mintiera por vos?

– Por supuesto que no. Pero te pediré que guardes silencio cuando tal vez desees hablar.

– Pero si ellos injurian...

– Tú no protestarás.

Una vez más, las lágrimas corrieron por las mejillas de Hwi. Leto anheló enjugarlas pero eran agua... agua dolorosa.

– Debe hacerse de este modo.

– ¿Queréis explicármelo, Señor?

– Cuando me vaya, me llamarán Shaitan, emperador del Gehena. La rueda debe girar y girar y girar recorriendo la Senda de Oro.

– Señor, ¿no podrían dirigirse las iras hacia mí sola? No quisiera...

– ¡No! Los ixianos te hicieron mucho más perfecta de lo que imaginaban. Te quiero de veras. No puedo evitarlo.

– ¡Yo no deseo causaros dolor! -Fue como si le arrancaran las palabras.

– Lo hecho, hecho esta. No te lamentes.

– Ayudadme a comprender.

– El odio que florecerá cuando me vaya, también eso acabará desvaneciéndose en el inevitable pasado. Pasará mucho tiempo y luego, un día muy lejano, se encontrarán mis diarios.

– ¿Diarios? -Se quedó desconcertada por el aparente cambio de tema.

– Mis crónicas de mi tiempo. Mis argumentos, mi apología. Existen copias y sobrevivirán fragmentos diversos, algunos falseados, pero los diarios originales esperarán y esperarán el paso de los años. Los he escondido bien.

– ¿Y cuando se descubran?

– La gente descubrirá que fui bastante diferente de lo que imaginaban.

La voz de la muchacha se convirtió en un tembloroso susurro:

– Yo ya sé lo que ellos descubrirán.

– Sí, mi dulce Hwi, creo que ya lo sabes.

– Vos no sois ni dios ni demonio, sino algo nunca visto y que no volverá a verse, porque vuestra existencia elimina su necesidad.

Se enjugó con las manos las lágrimas de las mejillas.

– Hwi ¿te das cuenta de lo peligrosa que eres?

La alarma se traslució en su expresión, en la tensión repentina de los brazos.

– Tienes madera de santa -dijo él- ¿Comprendes lo doloroso que puede ser encontrar a un santo en el lugar equivocado y en el momento equivocado?

Ella agitó la cabeza.

– Las personas tienen que estar preparadas para ser santos -añadió Leto-. De lo contrario no pasan de simples seguidores, suplicantes, mendigos y debilitados sicofantes sumidos para siempre en la sombra del santo. A la gente esto la destruye porque tan sólo nutre debilidad.

Tras un breve instante de reflexión, ella asintió y luego dijo:

– ¿Habrá santos cuando os hayáis ido?

– Ese es el objetivo de mi Senda de Oro.

– ¿La hija de Moneo, Siona, será...?

– De momento no es más que una rebelde. En cuanto a la santidad, dejaremos que sea ella misma quien decida. Quizás tan sólo haga aquello para lo que fue engendrada.

– ¿Para qué lo fue, Señor?

– No me llames Señor -le ordenó él-. Seremos Gusano y esposa. Llámame Leto si lo deseas. El 'Señor' interfiere.

– Sí, L... Leto. Pero, ¿qué es?

– Siona fue engendrada para gobernar. Y ese destino es muy peligroso. Cuando se gobierna se adquiere conocimiento del poder, lo cual puede conducir a una impetuosa irresponsabilidad, a penosos excesos susceptibles de desembocar en ese terrible destructor que es el hedonismo ilimitado.

– Siona haría...

– Todo lo que sabemos de Siona es que puede permanecer entregada a una determinada actuación a cuya norma de conducta ajusta sus sentidos. Ella es necesariamente una aristócrata, pero la aristocracia contempla básicamente el pasado. Y eso es un fallo porque no puede verse un largo trecho de camino a menos que se sea un Jano y se pueda mirar simultáneamente hacia adelante y hacia atrás.

– ¿Jano? Sí, el dios de las dos caras. -Se humedeció los labios con la lengua-. ¿Eres tú un Jano, Leto?

– Yo soy un Jano aumentado a la billonésima potencia. Y también soy algo menos. He sido, por ejemplo, lo que mis administradores más admiran: el ser capaz de tomar decisiones que siempre dan buen resultado.

– Pero si les fallas...

– Se volverán contra mi, sí.

– ¿Y Siona te sustituirá si...?

– ¡Ahhh... qué enorme incógnita! Observas que Siona amenaza a mi persona. Pero no amenaza a la Senda de Oro. Existe además el hecho de que mis Habladoras Pez poseen un cierto afecto hacia el Duncan.

– Siona es... tan joven.

– Y yo soy su farsante favorito, el impostor que detesta el poder bajo fraudes y falsos pretextos, sin tener jamás en cuenta las necesidades de su pueblo.

– ¿No podría yo hablar con ella y...?

– ¡No! No intentes jamas persuadir a Siona de nada. Prométemelo, Hwi.

– Por supuesto, si tú me lo pides; pero yo...

– Todos los dioses tiene este problema, Hwi. El percibir necesidades más profundas me obliga a ignorar a menudo las más inmediatas. Y no solucionar las necesidades inmediatas, para los jóvenes, es un delito.

– ¿No podrías razonar con ella y...?

– ¡No intentes jamás razonar con alguien que sabe que tiene razón!

– Pero tú sabes que están equivocados...

– ¿Crees en mi?

– Si.

– ¿Y si alguien tratara de convencerte de que soy el criminal más perverso?

– Me indignaría. Yo... -Se interrumpió.

– La razón -dijo él- sólo sirve cuando actúa contra el mudo trasfondo tisico del universo.

Ella frunció el ceño, pensativa. A Leto le fascinaba contemplar el despertar de su comprensión.

– Ahhh... -más que pronunciar ella respiró la palabra.

– Ningún ser pensante podrá volver a negar la experiencia de Leto -dijo él-. Veo comenzar tu entendimiento ¡Comienzo! Eso es la vida: un permanente comienzo.

Ella asintió.

Ninguna objeción, pensó. Cuando descubre las huellas, las sigue hasta encontrar el lugar a que conducen.

– Mientras existía vida -añadió él-, todo final es un comienzo. Y yo salvaría a la humanidad hasta de sí misma.

Nuevamente, ella asintió. Las huellas seguían avanzando.

– Por eso en la perpetuación de la humanidad no hay muerte que sea un completo fracaso -siguió explicando él-. Por eso un nacimiento nos emociona tanto. Por eso la mas trágica muerte es la muerte de un joven.

– ¿Sigue amenazando Ix tu Senda de Oro? Siempre he pensado que conspiraban tramando algo malo.

Conspiran. Hwi no oye el mensaje interno de sus propias palabras. No le hace falta oírlo.

El se la quedó mirando, maravillado de que fuera Hwi. Poseía una clase de honradez que algunos llamarían ingenua, que Leto definía como simplemente inconsciente. La honestidad no era su esencia, era ella misma.

– Entonces ordenaré que preparen una representación para mañana en la plaza -dijo Leto-. Será una representación a cargo de los Danzarines Rostro supervivientes. Al final de élla se anunciará nuestro compromiso.

- CAPITULO XXXIV -

Que no haya duda alguna de que yo soy la colección de nuestros antepasados, la palestra en la cual ejercitan mis momentos. Ellos son mis células y yo soy su cuerpo. Esto es el favrashi del que hablo, el alma, el inconsciente colectivo, la fuente de arquetipos, el deposito de todo el gozo y todo el trauma. Mi samhadi es su samhadi ¡Sus experiencias son mías! Su conocimiento destilado es mi herencia. Esos billones son lo mío.

–Los Diarios Robados.

La representación a cargo de los Danzarines Rostro ocupó casi dos horas de la mañana, y a su término se hizo público el anuncio del compromiso, que levantó un oleaje de estupor en toda la Ciudad Sagrada.

– ¡Hace siglos que no se ha desposado!

– Mas de mil años, querida.

El desfile de las Habladoras Pez había sido breve. Le vitorearon clamorosamente, pero se las veía perturbadas.

Vosotras sois mis únicas novias, les había dicho ¿Acaso no era aquél el significado de Siaynoq?

Leto encontró que los Danzarines Rostro actuaban bien a pesar de su evidente terror. En las profundidades de un museo Fremen habían encontrado los atuendos que vestían: largas túnicas negras con capucha, ceñidas con cordones blancos, y bordado en la espalda un halcón verde de alas abiertas, es decir, el hábito de los clérigos itinerantes de Muad'Dib. Los Danzarines Rostro habían adoptado caras enjutas, oscuras y arrugadas, a juego con esos hábitos, y ejecutaron un baile que representaba a las legiones de Muad'Dib difundiendo su religión a través de todo el Imperio.

Hwi, ataviada con un refulgente vestido plateado y un collar de jade verde, estuvo sentada al lado de Leto en el Carro Real durante todo el acto. En una ocasión se inclinó hacia el rostro de su prometido para preguntarle:

– ¿No es eso una parodia?

– Mía. quizás.

– ¿Los Danzarines Rostro lo saben?

– Lo sospechan.

– Entonces no están tan asustados como parece.

– Oh, si, sí están asustados. Lo que pasa es que son mas valientes de lo que la gente se figura.

– Qué estúpida puede llegar a ser la valentía -murmuró ella.

– Y viceversa.

Ella le obsequió con una mirada inteligente antes de centrar nuevamente su atención en la representación. Casi doscientos Danzarines Rostro habían escapado a la matanza, y todos ellos tomaban parte en el baile. Sus intrincados pasos y complicadas posturas resultaban tan fascinadores que contemplándolos casi se olvidaban los sangrientos episodios que habían inaugurado ese día.

Poco antes del mediodía, esperando a solas la llegada de Moneo en su pequeño aposento, Leto rememoraba los sucesos del día. Moneo había acompañado a la Reverenda Madre Anteac que embarcaba en una nave de la Cofradía, se había entrevistado con el Comandante de la Guardia de Habladoras Pez a propósito de los violentos disturbios de la noche anterior, había realizado una rápida visita a la Ciudadela para asegurarse de que Siona se hallaba bajo vigilancia y no estaba implicada en el ataque a la Embajada, y había regresado a Onn justo después del anuncio del compromiso, del que no había tenido aviso previo.

Estaba furioso. Leto no le había visto jamás tan irritado. Entró como un huracán en la habitación y se detuvo sólo a dos metros del rostro de Leto.

– ¡Ahora todo el mundo creerá las mentiras de los tleilaxu! -exclamó.

Leto le respondió en tono mesurado:

– Qué persistente es la insistencia en que los dioses sean perfectos. Los griegos eran mucho más razonables para estas cosas.

– ¿Dónde está? -exigió imperiosamente Moneo- ¿Dónde está esa...?

– Hwi está descansando. Tuvo una noche díficil y una mañana muy larga. Quiero que se encuentre bien repuesta para cuando regresemos esta noche a la Ciudadela.

– ¿Cómo se las arregló para conseguir esto?

– ¡Realmente, Moneo! ¿Has perdido el juicio o la cautela?

– ¡Estoy preocupado por vos! ¿Tenéis idea de lo que se dice por toda la Ciudad?

– Soy plenamente consciente de todas las habladurías y rumores.

– ¿Y qué hacéis?

– ¿Sabes, Moneo?, pienso que sólo los antiguos panteístas acertaron en el juicio de los dioses: debilidades mortales bajo disfraz inmortal.

Moneo elevó ambos brazos al cielo.

– ¡Yo he visto la expresión del rostro de la gente! -Bajó los brazos, desesperado-. Dentro de dos semanas lo sabrá todo el Imperio.

– Tardará seguro un poco más.

– Si vuestros enemigos necesitaban una razón que les uniera...

– Profanar la divinidad es una antigua tradición humana, Moneo. ¿Por qué habría de ser yo una excepción?

Moneo intentó replicar, descubriendo que no podía pronunciar palabra. Recorrió a grandes zancadas el borde del desnivel que contenía el carro de Leto, retrocedió, y volvió a ocupar su anterior posición a pocos pasos del rostro de Leto, echando chispas por los ojos.

– Si tengo que ayudaros, necesito una explicación -manifestó- ¿Por qué estáis haciendo todo esto?

– Emociones.

La boca de Moneo reprodujo la palabra sin lograr pronunciarla.

– Me han invadido por completo cuando ya las creía enterradas para siempre -replicó Leto-. Qué dulces son estos últimos sorbos de humanidad.

– ¿Con Hwi? Pero vos no podéis...

– El recuerdo de las emociones no basta nunca, Moneo.

– ¿Me estáis diciendo acaso que os estáis recreando en...?

– ¿Recrearme? ¡Nada de eso! Pero el trípode en que descansa la Eternidad se compone de carne, pensamiento y emoción. Creí hallarme reducido tan sólo a los dos primeros.

– Os ha embrujado -replicó Moneo, acusador.

– Si, Moneo, y cuánto me alegro de ello. Si negamos la necesidad del pensamiento, como algunos hacemos, perdemos la facultad de reflexión, y no podemos definir aquello de lo que nos informan los sentidos. Si negamos la carne, perjudicamos al vehículo que nos transporta. Pero si negamos la emoción, perdemos contacto con nuestro universo interno. Son las emociones lo que yo más añoraba.

– Insisto, Señor, en que vos...

– Me estás enojando, Moneo. Y eso es una emoción.

Leto vio enfriarse la furia de Moneo, humeando frustrada como un hierro candente que se sumerge en agua helada. Con todo, aún conservaba un poco de vapor.

– No hablo por mí, Señor. Sois vos quien me preocupa, y lo sabéis.

Con gran suavidad, Leto respondió:

– Esta es tu emoción, Moneo, y la estimo profundamente.

Moneo emitió un profundo y tembloroso suspiro. Jamás había visto al Dios Emperador en ese estado de ánimo, reflejando esa emoción: Leto parecía alegre y resignado, si la interpretación de Moneo era correcta. Con él nunca se podía estar seguro.

– Lo que hace la vida dulce y agradable -declaró Leto-, lo que caldea la vida y la llena de belleza, eso es lo que yo me empeñaría en preservar aunque se me negara.

– Luego, esta Hwi Noree...

– Me hace pensar de modo intenso y patético en el Jihad Butleriano. Ella es la antítesis de todo lo mecánico e inhumano. Qué extraño es, Moneo, que los ixianos, precisamente ellos, produjeran a esta persona única que con tanta perfección encarna las cualidades que más aprecio.

– No comprendo vuestra alusión al Jihad Butleriano, Señor. Las máquinas pensantes no tienen lugar en...

– El objetivo del Jihad fue tanto la actitud hacia las máquinas como las propias máquinas -respondió Leto-. Los humanos permitieron que esas máquinas usurparan nuestro sentido de la belleza, nuestra necesaria esencia. Con lo cual elaboramos los juicios que nos permiten vivir. Naturalmente, las máquinas fueron destruidas.

– Señor, aún así, me ofende que aceptéis a esa...

– ¡Moneo! Hwi me tranquiliza con su sola presencia. Por primera vez en siglos ya no me siento solo, a menos que ella esté lejos de mi lado. Aún sin poseer otra prueba de mi emoción, con esta bastaría.

Moneo guárdó silencio, evidentemente conmovido por la alusión de Leto a su soledad. Sin duda Moneo podía comprender la ausencia de la íntima participación en el amor. La expresión de su rostro así lo demostraba.

Por primero vez en mucho tiempo, Leto advirtió lo mucho que Moneo había envejecido.

Les sobreviene tan repentinamente, pensó Leto.

Eso hizo a Leto caer en la cuenta de lo mucho que apreciaba a Moneo.

No debiera dejarme dominar por estos sentimientos pero no puedo evitarlo... sobre todo ahora, teniendo a Hwi.

– Se reirán de vos y harán chistes obscenos -observó Moneo.

– Eso es bueno.

– ¿Cómo puede serlo?

– Porque es nuevo. Nuestra tarea ha sido siempre la de equilibrar lo nuevo y de esta forma modificar la conducta sin menoscabar la supervivencia.

– Aun así, ¿cómo podéis alegraros de ello?

– ¿De las obscenidades? -preguntó Leto- ¿Qué es lo contrario de la obscenidad?

Los ojos de Moneo se abrieron con súbita comprensión. Conocía el valor de las contraposiciones, de los conceptos revelados por la acción de su contrario.

Las cosas aparecen destacadas sobre un fondo que las define, pensó Leto. Seguro que Moneo lo comprende.

– Es demasiado peligroso -sentenció Moneo.

¡El veredicto final del conservadurismo!

Moneo no estaba convencido, y expresó su tormento con un profundo suspiro.

Debo procurar no disipar sus dudas, pensó Leto. Eso fue en lo que fallé a mis Habladoras Pez ahí en la plaza. Los ixianos se agarran al andrajoso extremo de las dudas humanas. Hwi es buena prueba de ello.

En la antesala se oyeron ruidos, y Leto selló la puerta para evitar posibles intrusiones.

– Ha llegado mi Duncan -dijo.

– Probablemente se habrá enterado de vuestros planes matrimoniales.

– Probablemente.

Leto observó a Moneo debatirse con sus dudas, transparentando hasta sus mas íntimos pensamientos. En aquel momento, Moneo encajaba con tal perfección en la esencia humana, que Leto sintió deseos de abrazarle.

Le invade todo el espectro de realidades: duda-confianza, odio-amor... todo. Todas esas cualidades que fructifican en el calor de la emoción, en la disposición a gastarse en vida.

– ¿Por qué acepta Hwi todo esto? -preguntó Moneo.

Leto sonrió. Moneo no puede dudar de mí. Tiene que dudar de los demás.

– Admito que no se trata de una unión convencional. Ella es un ser humano, y yo hace tiempo que dejé de serlo.

Moneo se debatió nuevamente con emociones que sólo podía sentir sin expresar.

Contemplando a Moneo, Leto se sintió invadido por el fluir de una consciencia observadora, un proceso mental que raramente acaecía pero que, cuando ocurría,

provocaba una tan vívida amplificación que no se atrevió a moverse para no causar una onda en la corriente.

El ser humano piensa, y al pensar, sobrevive. Bajo su pensamiento aparece una fuerza transmitida con sus células. Es la corriente de la preocupación humana por la especie. A veces la encubren, la encierran y la esconden tras impenetrables barreras, pero yo he sensibilizado deliberadamente a Moneo hacia esos procesos de su más íntima esencia. El me sigue porque cree que yo conozco el mejor camino para la supervivencia humana. Sabe que existe una conciencia celular. Es lo que yo encuentro cuando exploro la Senda de Oro. Esto es la humanidad, y ambos coincidimos. ¡Tiene que perdurar!

– ¿Dónde, cuándo y cómo se celebrará la ceremonia nupcial? -preguntó Moneo.

¿No por qué? observó Leto. Moneo ya no buscaba comprender el porqué. había vuelto a pisar terreno firme. El era el edecán, el mayordomo, el director de la Casa del Dios Emperador, el primer ministro.

El pone nombres, verbos y partículas, que le permiten actuar. Las palabras funcionan para él en la forma acostumbrada. Tal vez Moneo no vislumbre jamás el potencial trascendental de sus palabras, pero conoce bien su uso cotidiano, su sentido mundano.

– ¿Qué respondéis a mi pregunta? -insistió Moneo.

Leto parpadeó, pensando: Yo, en cambio, pienso que las palabras me son útiles cuando me proporcionan un atisbo de lugares atractivos, que están por descubrir. Pero el empleo de las palabras está pésimamente comprendido por una civilización que todavía cree incuestionablemente en un universo mecánico de absoluta relación de causa y efecto... evidentemente reducible a una única causa-origen y a un primario efecto seminal.

– La falacia ixiano-tleilaxu se agarra a los asuntos humanos como una lapa -dijo Leto.

– Señor, me perturba profundamente que no prestéis atención.

– Pero si presto atención, Moneo.

– A mí no, Señor.

– Sí, incluso a ti.

– Vuestra atención se distrae. No tratéis de disimular ante mí. Antes me traicionaría a mí mismo que traicionaros a Vos.

– ¿Crees que estoy en la luna?

– ¿En la luna, Señor? -Moneo nunca había cuestionado esta palabra antes, pero ahora...

Leto explicó la alusión, pensando: ¡Qué antigua! Los vislumbres y destellos parpadearon en los recuerdos de Leto.

Pieles animales para cubrir el cuerpo humano... el paso de cazadores a ganaderos... la larga ascensión por la escalera de la consciencia... y ahora tenían que dar otro largo paso, mucho más largo que todos los anteriores.

– Os recreáis con pensamientos ociosos -acusó Moneo.

– Tengo tiempo para esta clase de pensamientos. Este es uno de los aspectos más interesantes de mi existencia como una singular multitud.

– Pero, Señor, hay asuntos que requieren...

– Te sorprenderías, Moneo, de lo mucho que emerge de los pensamientos ociosos. A mi nunca me ha importado dedicar un día entero a cosas que otra gente pensaría en un instante. ¿Por qué no? Con mi esperanza de vida de unos cuatro mil años, ¿qué significa un día mas o menos? ¿Cuánto tiempo contiene una vida humana? ¿Un millón de minutos? Yo ya he experimentado casi esos mismos días.

Moneo guardó silencio, empequeñecido por esa portentosa comparación. Sentía su propia vida como una mota en el ojo de Leto. El origen de la alusión no escapó a su perspicacia.

Palabras... palabras... palabras..., pensó Moneo.

– Las palabras suelen ser casi inútiles en los asuntos que atañen al sentimiento -dijo Leto.

Moneo contuvo la respiración. ¡El Señor podía efectivamente leer los pensamientos!

– A lo largo de toda nuestra historia -siguió diciendo Leto-, el empleo más frecuente de las palabras ha sido redondear algún acontecimiento trascendental, proporcionando a dicho acontecimiento un lugar en las crónicas aceptadas, explicando el acontecimiento de tal forma que después, ya por siempre, podemos emplear esas palabras y decir: "Eso es lo que significaba".

Moneo se sintió derrotado por estas palabras, aterrorizado por todo lo inmencionado en que pudieran hacerle pensar.

– Así se pierden los acontecimientos en la historia -dijo Leto.

Tras un largo silencio, Moneo se atrevió a decir:

– No habéis respondido a mi pregunta, Señor. ¿La ceremonia nupcial?

Qué cansado parece, pensó Leto. Qué derrotado.

Con gran animación en la voz, contestó:

– Jamás he necesitado tanto de tus servicios, Moneo. La ceremonia nupcial debe organizarse con exquisito cuidado. Debe poseer esa precisión y exactitud de la que sólo tú eres capaz.

– ¿Dónde, Señor?

Ya un poco más de vida en su voz.

– En la Aldea de Tabur, en el Sareer.

– ¿Cuándo?

– Decide la fecha tú. Hazla pública cuando todo esté resuelto.

– ¿Y la ceremonia?

– La celebraré yo.

– ¿Necesitaréis oficiantes Señor? ¿Artilugios de algún género?

– Los ornamentos de ritual.

– ¿Alguna cosa en especial que tal vez yo...?

– No necesitaremos demasiadas cosas para nuestra pequeña farsa...

– ¡Señor! ¡Os lo suplico! Tened la...

– Tú estarás junto a la novia y la entregarás en matrimonio -dijo Leto-. Seguiremos el antiguo rito Fremen.

– Entonces necesitaremos anillos de agua -dijo Moneo.

– ¡Si! Utilizaré los de Ghani.

– ¿Y quién asistirá, Señor?

– Sólo un destacamento de Habladoras Pez y la aristocracia.

Moneo se quedó mirando el rostro de Leto.

– ¿Qué... qué quiere decir mi Señor con "aristocracia"?

– Tú, tu familia, los miembros del séquito real, los cortesanos de la Ciudadela.

– Mi fa... -Moneo tragó saliva-. ¿Incluída Siona?

– Si supera la prueba.

– Pero...

– ¿No es tu familia?

– Por supuesto, Señor. Es una Atreides, y...

– ¡Entonces, por lo que más quieras, incluye a Siona!

Moneo se sacó del bolsillo un memorizador mecánico, un pequeño aparato ixiano de color negro mate cuya existencia compendiaba las proscripciones del Jihad Butleriano. Una leve sonrisa iluminó los labios de Leto. Moneo conocía sus deberes, y no tardaría en empezar a cumplirlos.

El rumor de Duncan Idaho que esperaba en la antesala se hizo más estridente, pero Moneo prefirió ignorarlo.

Moneo conoce el precio de sus privilegios, pensó Leto. Es especie de matrimonio, el matrimonio del privilegio y del deber. Es la explicación del aristócrata y su excusa.

Moneo terminó de tomar notas.

– Algunos detalles más, Señor -dijo Moneo- ¿Es preciso algún atuendo especial para Hwi?

– El destiltraje y el manto de novia Fremen, auténticos.

– ¿Joyas y otros adornos?

La mirada de Leto se fijó en los dedos de Moneo que manipulaban el diminuto memorizador, buscando en ello una disolución.

Autoridad, valor, sentido del conocimiento y del orden... Moneo posee estas cualidades en abundancia. Le rodean como una autoridad de santidad pero ocultan de todas las miradas, salvo la mía, la podredumbre que las corroe desde el interior. Es inevitable. Si yo no estuviera, sería visible para todo el mundo.

– ¿Señor? -insistió Moneo-. ¿De nuevo entretenido con pensamientos ociosos?

Ahhh, le ha gustado eso.

– Eso es todo -dijo Leto-. Tan sólo el manto, el destiltraje y los anillos de agua.

Moneo se retiró con una inclinación.

Ahora mira hacia adelante, pensó Leto, pero esta novedad pronto pasará, y entonces volverá al pasado. Y yo que tuve para él tan altas esperanzas. Bueno... tal vez Siona...

- CAPITULO XXXV -

"No hagáis héroes", dijo mi padre.

-La Voz de Ghanima, de la Historial Oral

Sólo por la forma con que Idaho recorría a zancadas la estancia, satisfechas ya sus ruidosas demandas de ser recibido en audiencia, Leto veía la importante transformación que se había óperado en el ghola. Era un proceso tantas veces repetido que a Leto le resultaba ya profundamente familiar. El Duncan ni siquiera había intercambiado unas palabras de saludo con Moneo. Todo encajaba en el esquema. ¡Y qué aburrido se había vuelto ese esquema!

Leto hasta tenía un nombre para esta transformación de los Duncans. La llamaba "El Síndrome Desde".

Los gholas solían abrigar serias sospechas sobre las cosas secretas que podían haberse desarrollado a través de centurias de olvido desde la época en que gozaran de consciencia. ¿A qué se había dedicado la gente durante todo este tiempo? ¿Qué falta le podía hacer un Duncan, esa reliquia del pasado? Ningún ser humano lograba acallar esas dudas para siempre, y menos en alguien ya de por si dubitativo.

Uno de los gholas había llegado a acusar a Leto diciéndole:

– ¡Habéis metido cosas en mi cuerpo, cosas que me son desconocidas y que os informan de todo cuanto hago! ¡Me espiáis en todas partes!

Otro le había imputado poseer "una máquina manipuladora que nos induce a desear hacer lo que vos queréis que hagamos".

Una vez iniciado, el Síndrome Desde difícilmente llegaba a eliminarse. Podía controlarse y aún desviarse, pero su semilla aletargada era susceptible de germinar ante la más ligera provocación.

Idaho se detuvo en el lugar que Moneo había ocupado, con una velada expresión de indefinida sospecha en la mirada y en la postura de sus hombros. Leto dejó que la situación fuese madurando, procurando que alcanzase su clímax. Idaho se limitó a intercambiar varias miradas con Leto y acabó por ponerse a contemplar la estancia en que se encontraban. Leto reconoció de inmediato la actitud que se escondía bajo aquel mirar.

¡Los Duncans nunca olvidaban!

A medida que examinaba la habitación de la manera perspicaz y penetrante que le enseñaran siglos atrás Dama Jessica y el Mentat Thufir Hawat, Idaho comenzó a notar una vertiginosa sensación de dislocación. Le parecía que la habitación le rechazaba con todos sus elementos: los mullidos almohadones, grandes objetos bulbosos de color dorado, verde y un granate que casi era morado; las alfombras Fremen, cada una una pieza de museo, superponiéndose la una sobre la otra alrededor del desnivel donde se

hallaba Leto; la falsa luz solar de los globos luminosos ixianos que envolvía el rostro del Emperador con un calor seco, tornando aún más intensas y misteriosas las sombras que le rodeaban; el aroma de té de especia qué se notaba cercano, y el penetrante olor a melange que exhalaba el cuerpo de gusano.

Idaho pensaba que le habían ocurrido demasiadas cosas con excesiva rapidez désde el momento en que los tleilaxu lo dejaran a merced de Luli y Amiga en aquella anodina habitación semejante a la celda de una cárcel.

Demasiado... demasiado...

¿Estoy realmente aquí?, se preguntaba. ¿Este soy yo? ¿Qué son estas ideas que me invaden?

Se quedó contemplando el cuerpo en reposo de Leto, aquella mole enorme y sombría que yacía acostada en silencio en su carro hundido en su desnivel. La misma inmovilidad de aquella masa de carne sugería de inmediato misteriosas energías, fuerzas terribles capaces de desencadenarse de forma imprevista e imposible de anticipar.

Idaho había oído las historias sobre la batalla ante la Embajada ixiana, pero los relatos de las Habladoras Pez tenian siempre una aureola de intervención divina y milagrosa que tendía a empañar los datos verdaderos.

– Descendió volando por los aires y ejecutó una terrible matanza entre los pecadores.

– ¿Y cómo hizo tal cosa?

– Era un Dios airado -había contestado su interlocutora.

Airado, pensó Idaho. ¿Tal vez a causa de la amenaza que ello suponía contra Hwi? ¡Las historias que había llegado a escuchar! No eran dignas de crédito. Hwi casada con ese enorme... ¡No era posible! No aquella encantadora Hwi, no aquella Hwi dulce y delicada. Está jugando a algún terrible juego, nos está poniendo a prueba... poniendo a prueba... No había en estos tiempos ni realidad honesta ni verdadera paz salvo en presencia de Hwi. Todo lo demás era locura.

Al centrar nuevamente su atención en el rostro de Leto, aquella silenciosa y expectante faz Atreides, Idaho notó crecer en su interior la sensación de dislocación, y empezó a preguntarse si mediante un ligero aumento de la actividad mental por algún desconocido camino no llegaría a derribar barreras fantasmales, consiguiendo recordar todas las experiencias de los otros gholas Idahos.

¿Qué pensarían al entrar en esta estancia? ¿Sentirían esta dislocación, este rechazo?

Sólo un poco más de esfuerzo.

Se sintió mareado y pensó que quizá fuera a desmayarse.

– ¿Ocurre algo, Duncan? -Era Leto, con su tono mas razonable y tranquilizador.

– No es real -contestó Idaho-. No pertenezco a aquí.

Leto eligió deliberadamente interpretar mal sus palabras.

– Pero si mi guardia me ha dicho que has venido por propia voluntad, que has volado desde la Ciudadela exigiendo una audiencia inmediata.

– ¡Quiero decir aquí, ahora, a este tiempo!

– Pero te necesito.

– ¿Para qué?

– Mira a tu alrededor, Duncan. Las distintas maneras en que puedes ayudarme son tan numerosas que no puedes abarcarlas todas.

– ¡Pero vuestras mujeres no me dejan luchar! Cada vez que deseo dirigirme adonde...

– ¿Dudas acaso de que vales más vivo que muerto? -Leto emitió una especie de cloqueo y luego dijo-: ¡Usa tu inteligencia, Duncan! ¡Es lo que más aprecio!

– Y mi esperma. También lo apreciáis mucho.

– Tu esperma es tuyo y puedes hacer de él lo que quieras.

– No quiero dejar viuda e hijos igual que...

– ¡Duncan! He dicho que la decisión es tuya y sólo tuya.

Idaho tragó saliva y dijo:

– Habéis cometido un crimen contra nosotros, Leto, contra todos nosotros, esos gholas que resucitáis sin preguntarnos jamás si es eso lo que queremos.

Eso era algo nuevo en el pensamiento de los Duncans. Leto contempló a Idaho con renovado interés.

– ¿Qué clase de crimen?

– Oh, os he oído recitar vuestros más profundos pensamientos. -Señaló con el pulgar por encima del hombro, indicando la entrada de la estancia-. ¿Sabíais que se oye todo en la antesala?

– Cuando quiero que se oiga, sí. -¡Pero sólo mis diarios lo oyen todo!-. Me gustaría conocer de todos modos la naturaleza de mi delito.

– Hay una época, Leto, una época en la que se está vivo. Una época en la que uno tiene que estar vivo. Y tiene un hechizo mágico esa época, mientras se está viviendo, porque uno sabe que ese tiempo no volverá jamás.

Leto parpadeó, emocionado por la congoja del Duncan. Sus palabras eran tremendamente evocadoras.

Idaho se llevó ambas manos, palmas arriba, hasta la altura del pecho, como un mendigo que sabe que no va a recibir lo que suplica.

– Luego... un día, uno se despierta y recuerda haber muerto... y recuerda el tanque axlotl... y la asquerosa incidencia tleilaxu que causó el despertar... y se supone que todo vuelve a comenzar de nuevo. Pero no es así. ¡No empieza nada, Leto, y ese es el delito!

– ¿He borrado el hechizo?

– ¡Sí!

Idaho dejó caer las manos a los lados del cuerpo y apretó los puños. Sintió que se encontraba solo, en medio del camino del poderoso flujo de un canal que lo anegaría a su menor descuido. ¿Y mi época?, pensó Leto. Ella tampoco volverá jamás. Pero el Duncan no comprenderá la diferencia.

– ¿Qué te trae con tantas prisas de la Ciudadela? -preguntó.

Idaho efectuó una profunda inspiración y dijo:

– ¿Es cierto lo que dicen? ¿Os casáis?

– Sí, es cierto.

– ¿Con esa Hwi Noree, la embajadora ixiana?

– Sí.

Idaho lanzó una rápida mirada a la supina mole de Leto.

Siempre buscan los genitales, pensó Leto. Tendría que encargar alguna cosa, una protuberancia, algo grande para desconcertarles. Sofocó una leve carcajada que pugnaba por salir de su garganta. Otra emoción amplificada. Gracias, Hwi. Gracias, ixianos.

Idaho agitó la cabeza.

– Pero vos...

– En el matrimonio hay aspectos más importantes que el sexo -dijo Leto-. ¿Tendremos hijos de nuestra unión? No, pero sus efectos seran profundos y duraderos.

– Os escuché mientras hablábais con Moneo -dijo Idaho-. Pensé que se trataba de una broma, de un...

– ¡Cuidado, Duncan!

– ¿La amáis?

– Con más intensidad de lo que nunca un hombre amó a una mujer.

– Bien, ¿y ella?

– Ella siente una fuerte ternura, una necesidad de compartir conmigo y de darme todo cuanto pueda. Es su modo de ser.

Idaho ahogó un sentimiento de revulsión.

– Moneo tiene razón. Todo el mundo creerá las historias de los tleilaxu.

– Este es uno de los efectos profundos.

– ¿Y todavía queréis que... haga mía a Siona?

– Conoces mis deseos... la elección es tuya.

– ¿Quién es esa Nayla?

– ¡Has conocido a Nayla! ¡Bien!

– Ella y Siona actúan de una forma que parecen hermanas. ¡Siempre juntas! Inseparables. ¿Qué hay entre ellas dos, Leto?

– ¿Qué quieres que haya? ¿Y además que importa?

– Que bruta es. Me recuerda a la Bestia Rabban. Nadie diría que es una mujer hasta que no...

– Ya la habías visto antes -dijo Leto-. Fue la que conociste con el nombre de Amiga.

Idaho se lo quedó mirando en un repentino silencio, el silencio de la presa agazapada que intuye la presencia del halcón.

– ¿Entonces, confiáis en ella?

– ¿Confiar? ¿Qué es la confianza?

Llega el momento, pensó Leto. Lo veía formarse en los pensamientos de Idaho.

– Confianza es lo que acompaña a una promesa de lealtad -respondió Idaho.

– ¿Como la confianza que nos une a ti y a mí? -preguntó Leto.

Una sonrisa de amargura tiñó los labios de Idaho.

– ¿Entonces eso es lo que vais a hacer con Hwi Noree? Un matrimonio, una promesa...

– Hwi y yo confiamos ya el uno en el otro.

– ¿Confiáis en mí, Leto?

– Si no puedo confiar en Duncan Idaho, no puedo confiar en nadie.

– ¿Y sí yo no pudiera confiar en vos?

– Me darías mucha lástima.

Esta respuesta le hizo a Idaho el efecto de un brutal golpe fisico. Sus ojos se abrieron, repletos de silenciosas demandas. Quería confiar, quería recuperar el hechizo que jamás había de volver.

Idaho dijo entonces algo que indicó que sus pensamientos tomaban un rumbo inesperado.

– ¿Pueden oírnos ahí afuera, en la antesala? -preguntó.

– No. ¡Pero mis diarios oyen!

– Moneo estaba furioso. Se le notaba. Pero se fue más dócil que un cordero.

– Moneo es un aristócrata, casado con el deber, con sus responsabilidades. Cuando se le recuerdan estas cosas, su furia se desvanece.

– De modo que así es como le controláis -dijo Idaho.

– El se controla a si mismo -replicó Leto, recordando la forma en que Moneo había levantado la vista a medio tomar notas, no para que se le tranquilizara sino para estimular su sentido del deber.

– No -especificó Idaho-. El no se controla a sí mismo. Le controláis vos.

– Moneo se ha encerrado en el pasado. No fui yo quien hizo eso.

– Pero él es un aristócrata... un Atreides.

Leto recordó las envejecidas arrugas de Moneo, pensando en lo inevitable que era que el aristócrata rechazara su deber final, que era apartarse del camino para desvanecerse en la historia. Tendría que ser apartado. Y lo sería. Ningún aristócrata había superado jamás las exigencias del cambio.

Idaho no había terminado.

– ¿Sois vos un aristócrata, Leto?

Leto sonrió.

– El último aristócrata muere en mi interior. -Y pensó: Los privilegios se convierten en arrogancia. La arrogancia promueve la injusticia. Las semillas de la ruina florecen.

– Tal vez yo no asista a vuestra boda -dijo Idaho-. Jamás me consideré un aristócrata.

– Pero lo fuiste. Tú fuiste el aristócrata de la espada.

– Paul era mejor -repuso Idaho.

Entonces, empleando la voz de Muad'Dib, Leto dijo:

– ¡Porque tú me enseñaste! -Y adoptando su voz habitual añadio-: El tácito deber de un aristócrata... enseñar, y a veces con un horrible ejemplo.

Y pensó: El orgullo de casta desemboca en la penuria y en las debilidades de la consanguinidad, dando paso al orgullo del dinero y la riqueza. Y entra el nuevo rico galopando hasta el poder, como hicieron los Harkonnen, a lomos del ancien régime.

El ciclo se repetía con tal persistencia que Leto pensó que cualquiera debía descubrir las líneas de un modelo de supervivencia por largo tiempo olvidado, que la humanidad había arrinconado por obsoleto, pero que jamás había perdido.

Pero no, acarreamos aún el detritus que yo debo arrancar.

– ¿Existe alguna frontera? -preguntó Idaho-. ¿Alguna frontera adónde pudiera ir para no ser jamas parte de esto?

– Si ha de existir alguna frontera, debes ayudarme tú a crearla -repuso Leto-. No existe ahora ningún lugar adonde ir sin que los demas puedan seguirnos y encontrarnos.

– Entonces no me dejaréis marchar.

– Vete, si lo deseas. Otros como tú lo intentaron. Te digo que no hay frontera, no hay lugar donde esconderse. Hasta ahora, igual que ha sido durante muchísimo tiempo, la humanidad es un ser unicelular cuyos componentes están unidos entre sí con una sustancia sumamente peligrosa.

– ¿No hay nuevos planetas? ¿Ningún lugar desconocido...?

– Oh, crecemos pero no nos separamos...

– ¡Porque vos nos mantenéis unidos! -exclamó acusador.

– No sé si entenderás lo que voy a decirte, Duncan, pero si existe una frontera, cualquier clase de frontera, entonces lo que queda tras de ti no puede ser mas importante que lo que tienes delante.

– ¡Vos sois el pasado!

– No. Moneo es el pasado. El siempre está a punto de elevar las tradicionales barreras aristócratas contra todas las fronteras. Quiero que entiendas bien el poder de esas barreras. No sólo encierran regiones y planetas, encierran ideas. Reprimen el cambio.

– ¡Vos sois quien reprimís el cambio!

No se desviará, pensó Leto. Probemos una vez más.

– El signo mas claro de la existencia de una aristocracia es el descubrir barreras defensivas contra el cambio, telones de acero o muros de piedra o de cualquier otro material que excluya lo nuevo y lo diferente.

– Sé que en algún lugar debe haber una frontera -dijo Idaho-. Vos me la ocultáis.

– No oculto ninguna frontera. ¡Yo quiero fronteras! Quiero sorpresas!

Llegan justo hasta ella, pensó Leto. Y luego se niegan a entrar.

Fieles a esta predilección mental, los pensamientos de Idaho se lanzaron en pos de un nuevo rumbo.

– ¿Es verdad que hicisteis actuar a los Danzarines Rostro en el anuncio de vuestro compromiso?

Leto sintió un estallido de cólera, seguido de inmediato de un perverso regocijo por el hecho de poder experimentar la emoción de la ira con tanta intensidad. De buena gana se hubiera puesto a insultar al Duncan a gritos, pero aquello no hubiera resuelto nada.

– Si, actuaron los Danzarines Rostro.

– ¿Por qué?

– Porque quiero que todo el mundo participe de mi felicidad.

Idaho se le quedó mirando con el asco del que descubre un insecto repelente en su bebida, y con voz totalmente desprovista de expresión dijo:

– Esta es la cosa mas cínica que jamas he oído decir a un Atreides.

– Pero la ha dicho un Atreides.

– ¡Estáis tratando de desconcertarme deliberadamente! Y no habéis contestado a mi pregunta.

Una vez más a la refriega, pensó Leto. Y, en voz alta, dijo:

– Los Danzarines Rostro de la Bene Tleilax constituyen un organismo colonial. Individualmente son mulas, decisión que tomaron por y para ellos mismos.

Leto guardó silencio: Debo tener paciencia. Tienen que descubrirlo por sí solos. Si soy yo quien lo dice, no lo creen. Piensa, Duncan, piensa!

Tras un largo silencio, Idaho declaró.

– Os presté juramento. Eso para mí es importante. Sigue siendo importante. No sé lo que estáis haciendo ni por qué. Sólo puedo decir que no me agrada lo que ocurre. ¡Eah!, ya lo he dicho.

– ¿Por eso regresaste de la Ciudadela?

– ¡Sí!

– ¿Volverás ahora allá, a la Ciudadela?

– ¿Qué otra frontera hay?

– ¡Muy bien, Duncan! Tu cólera conoce aunque tu razón ignore. Hwi va a la Ciudadela esta noche. Yo me reuniré alli con ella por la mañana.

– Deseo conocerla mejor -dijo Idaho.

– La evitarás, Duncan. Es una orden. Hwi no es para ti.

– Siempre he sabido que hay brujas -replicó Idaho-. Vuestra abuela lo fue.

Dio un taconazo y, sin pedir la venia, dio media vuelta y se retiró.

Es igual que un chiquillo, pensó Leto, contemplando la rigidez de la espalda de Idaho. El hombre más anciano de nuestro universo y el más joven, en una misma carne.

- CAPITULO XXXVI -

Al profeta no le desvían de su misión las ilusiones del pasado, del presente o del futuro. La fijeza del lenguaje es la que determina estas distinciones lineales. Los profetas disponen de la llave que bloquea el lenguaje. La imagen mecánica constituye para ellos sólo una pura imagen. Este no es un universo mecánico. La progresión lineal de los acontecimientos viene impuesta por el observador. ¿Causa y efecto? No, en absoluto. El profeta pronuncia palabras fatídicas, y uno vislumbra un suceso "destinado a ocurrir". Pero el instante profético libera un elemento de infinito portento y poder. El universo sufre un cambio fantasmal. Así el profeta sabio oculta la actualidad tras relucientes rótulos, y los no iniciados creen entonces que el lenguaje profético es ambiguo. El que escucha desconfía del mensajero poético. El instinto indica que su formulación menoscaba el poder de tales palabras. Los profetas más hábiles lo conducen a uno hasta la cortina y lo dejan atisbar por si mismo.

–Los Diarios Robados.

Leto se dirigió a Moneo con el tono de voz acostumbrado para decirle:

– El Duncan me ha desobedecido.

Se encontraba en la aireada estancia de piedra dorada situada en lo alto de la torre sur de la Ciudadela, al tercer día del regreso de Leto del Festival Decenal de Onn. Un gran pórtico que se abría junto a él permitía contemplar la aplastante torridez de un mediodía del Sareer, y permitía el paso del viento que circulaba por ella con sordo rumor, levantando polvo y arena para molestia de Moneo, que se defendía de ello guiñando los ojos. Leto no parecía advertir la irritación. Miraba en dirección al Sareer, donde el aire parecía vivir con los movimientos debidos al calor. La alejada elevación de las dunas sugería en el paisaje una movilidad que tan sólo sus ojos percibían.

Moneo se encontraba sumergido en los acres olores de su propio miedo, sabiendo que el viento transportaba el mensaje de dichos olores hasta los potentes sentidos de Leto. Los preparativos de la ceremonia nupcial, la inquietud de las Habladoras Pez, todo era una paradoja que le recordaba a Moneo algo que el Dios Emperador dijera en los primeros tiempos de su ya larga relación: "La paradoja es un indicador que le dice que mires más allá de sus límites. El que las paradojas te incomoden traiciona tu profundo anhelo de absolutos. El relativista considera la paradoja puramente como algo interesante, divertido quizás, o incluso, horrible pensamiento, educativo".

– No respondes -dijo Leto.

Cesó de contemplar el Sareer, y centró el peso de su atención en Moneo.

Moneo no pudo hacer mas que alzarse de hombros. ¿Estará cerca el Gusano?, se preguntó. Moneo había observado que el regreso a la Ciudadela desde Onn provocaba a veces la aparición del Gusano. Aún no se había revelado ningún síntoma de este terrible cambio, pero Moneo lo intuía. ¿Podría el gusano emerger sin previo aviso?

– Acelera los preparativos de la boda -dijo Leto-. Que sea lo antes posible.

– ¿Antes de que sometáis a prueba a Siona?

Leto guardó silencio un instante, luego dijo:

– No. ¿Qué vas a hacer con el Duncan?

– ¿Qué queréis que haga, Señor?

– Le dije que no viera a Hwi Noree, que la evitara. Le especifiqué que se trataba de una orden.

– Ella siente mucha simpatía por él. Señor. Nada más.

– ¿Por que tendría que sentir simpatía?

– Es una ghola. No tiene contacto con nuestro tiempo. Carece de raíces.

– ¡Tiene unas raíces tan profundas como las mías!

– Pero él lo ignora, Señor.

– ¿Estas discutiendo acaso conmigo, Moneo?

Moneo retrocedió medio paso, sabiendo que ello no le apartaba del peligro.

– No es esa mi intención, Señor, pero siempre trato de deciros lo que en verdad creo que esta ocurriendo.

– Yo te diré lo que está ocurriendo. La está cortejando.

– Pero fue ella quien inició los encuentros.

– ¡Entonces estabas enterado!

– No sabia que vos lo hubiérais prohibido. Señor.

Con voz pensativa, Leto comentó:

– Tiene mano con las mujeres, Moneo, las conoce muy bien. Llega a ver dentro de su alma y les hace hacer lo que él quiere. Siempre ha sido igual con todos los Duncans.

– ¡No sabía que habíais prohibido absolutamente que se vieran, Señor! -La voz de Moneo sonó casi estridente.

– Este es más peligroso que todos los demas -replicó Leto-. Culpa de ello a esta época.

– Señor, los tleilaxu no disponen todavía de un sucesor a punto de entregar.

– ¿A éste lo necesitamos?

– Vos mismo lo dijisteis, Señor. Es una paradoja que yo no comprendo, pero vos lo dijisteis.

– ¿Cuánto tardará en estar listo el de repuesto?

– Por lo menos un año, Señor. ¿Queréis que averigüe la fecha precisa?

– Sí. Hazlo hoy mismo.

– Quizas él se entere. El anterior lo supo.

– ¡No quiero que esta vez éste lo sepa, Moneo!

– Lo sé, Señor.

– Y no me atrevo de hablar de esto a Noree -añadió Leto-. El Duncan no es para ella. ¡Pero no puedo herirla! -Sus últimas palabras fueron como un gemido.

Moneo guardaba un amedrentado silencio.

– ¿Te das cuenta? -preguntó Leto-. Moneo, ayúdame.

– Veo que es diferente con Noree -replicó Moneo-, pero no sé qué hacer.

– ¿Qué es lo diferente? -La voz de Leto reveló una penetrante percepción que diseccionó a Moneo.

– Me refiero a vuestra actitud hacia ella, Señor. Es diferente de todo lo que he visto en vos.

Moneo advirtió entonces los primeros síntomas: las contracciones nerviosas de las manos del Dios Emperador, los ojos que comenzaban a vidriarsele. ¡Dioses, el Gusano se acerca! Moneo se sintió en total desamparo. Un simple movimiento del gigantesco cuerpo bastaría para aplastarle contra la pared. Debo apelar a lo que hay en él de humano.

– Señor -dijo Moneo-, he leído las crónicas y oído vuestro propio relato de vuestro matrimonio con vuestra hermana, Ghanima.

– ¡Si estuviera conmigo aquí ahora! -murmuró Leto.

– Ella nunca concibió de vos.

– ¿A qué te refieres? -preguntó Leto. Las contracciones de sus manos se habían convertido en una vibración espasmódica.

– Ella... quiero decir, Señor, que Ghanima sólo tuvo hijos de Harq al-Ada.

– ¡Pues claro! ¡Todos los Atreides de tu rama descendéis de ellos dos!

– ¿Hay algo acaso que tal vez no me hayáis dicho, Señor? ¿Seria posible que esta vez... es decir que con Hwi Noree... pudierais... procrear?

Las manos de Leto temblaban con tal violencia que Moneo se extrañó de que su dueño no lo percibiera. El velo que vidriaba sus ojos se intensificó.

Moneo retrocedió otro paso hacia la puerta que conducía a las escaleras para huir de este fatídico lugar.

– No me preguntes sobre posibilidades -dijo Leto, y su voz sonó horriblemente lejana, como perdida entre los estratos de su pasado.

– Nunca jamás, Señor -dijo Moneo. Saludó con una inclinación, retrocediendo hacia la puerta, de la que sólo le separaba un paso-. Hablaré con Noree y con el Duncan.

– Haz lo que puedas. -La voz de Leto se encontraba muy lejos, en aquellos recovecos interiores a los que sólo él tenia acceso.

Lentamente y sin ruido, Moneo salió por la puerta, la cerró con cuidado, y se apoyó contra ella temblando. Ahhh, esta vez fue la más próxima de todas.

Y la paradoja permanecía. ¿Hacía dónde señalaba? ¿Cual era el significado de las extrañas y dolorosas decisiones del Dios Emperador? ¿Qué causa había hecho emerger al Gusano que es Dios?

Del interior de la guardia de Leto se oyó el sordo rumor de un pesado golpear contra la piedra. Moneo no se atrevió a abrir la puerta para averiguar de lo que se trataba. Se obligó a alejarse de la bruñida superficie que transmitía las vibraciones de aquellos horrendos golpes y con gran sigilo bajó las escaleras, sin respirar tranquilo hasta que llegó a la planta baja y encontró a la Habladora Pez que allí montaba guardia.

– ¿Está turbado? -preguntó la soldado, mirando hacia las escaleras.

Moneo asintió. Los fuertes golpes se oían con toda clarídad.

– ¿Qué le perturba? -preguntó la Habladora.

– El es Dios y nosotros somos mortales -contestó Moneo. Era esta una respuesta que solía satisfacer a las Habladoras Pez, pero ahora las circunstancias habían variado a este respecto.

Ella le miró directamente a los ojos, y Moneo percibió a flor de piel, bajo la superficie de sus dulces facciones, la ferocidad de impulso asesino para el que había sido adiestrada. Era una mujer relativamente joven de cabello rojizo, y con un rostro cuyos rasgos predominantes eran una nariz respingona y unos labios carnosos y llenos, borrados ahora por la expresión fría y exigente de su mirada. Sólo un necio volvería la espalda tranquilo a aquellos ojos.

– Yo no le perturbé -dijo Moneo.

– Por supuesto que no -replicó ella. Su mirada se dulcificó un tanto-. Pero quisiera averiguar quién o qué lo hizo.

– Creo que está impaciente por su matrimonio -replicó Moneo-. Me parece que no se debe a nada mas.

– Entonces apresurad los preparativos -dijo ella.

– A eso voy -repuso Moneo. Se volvió y apretó el paso para cruzar el amplio vestíbulo en dirección a sus aposentos. ¡Dioses! Las Habladoras Pez se estaban tornando tan peligrosas como el Dios Emperador.

¡Ese estúpido Duncan! ¡Nos pone a todos en peligro! ¡Y Hwí Noree! ¿Qué habrá que hacer con ella?

- CAPITULO XXXVII -

El modelo de gobierno de las monarquías y sistemas similares contiene un valioso mensaje para todas las formas políticas. Mis recuerdos me aseguran que cualquier tipo de gobierno podría aprovecharse de este mensaje. Los gobiernos sólo resultan de utilidad para los gobernados en cuanto que restringen sus inherentes tendencias hacia la tiranía. Las monarquías poseen algunas excelentes cualidades a pesar de sus características estelares. Son capaces de reducir la naturaleza parasitaria y las dimensiones de la burocracia administrativa. Son capaces de tomar, en caso necesario, decisiones rápidas. Satisfacen esa ancestral exigencia humana de una jerarquía paternal tribal o feudal en la que cada persona conoce el lugar que le corresponde. Es útil conocer el lugar al que uno pertenece aún cuando ese lugar sea sólo temporal. Resulta mortificante verse atado a un lugar en contra de la propia voluntad. Por eso procuro enseñar la lección de la tiranía del mejor modo posible: con el ejemplo. A pesar de que estas palabras no lleguen a leerse sino después del paso de eones, mi tiranía no habrá caído en el olvido. Mi Senda de Oro lo asegura. Y ya que conocéis mi mensaje, espero que os mostréis extremadamente cuidadosos respecto a los poderes que delegáis en cualquier gobierno.

–Los Diarios Robados.

Leto se preparaba con paciente cuidado para su primera entrevista privada con Siona desde la expulsión de ésta, en su infancia, de las Escuelas de Habladoras Pez de la Ciudad Sagrada. Le había comunicado a Moneo que la recibiría en la Pequeña Ciudadela, altiva atalaya que había hecho construir en las comarcas centrales del Sareer. Los visitantes llegaban a ella por via aérea, en tóptero. Leto se trasladaba allí como por arte de magia.

Con sus propias manos, en los primeros tiempos de su ascensión al trono, Leto había utilizado una máquina ixiana para excavar un túnel secreto que por debajo del Sareer conducía hasta esta torre, realizando todo el trabajo por sí solo. En aquellos tiempos, algunos gusanos de arena salvajes vagaban todavía por el desierto, por lo cual habia revestido el túnel con macizas paredes de silice fundido incrustando innumerables burbujas de agua, repelente de gusanos, en sus capas exteriores. El túnel preveía el desarrollo máximo que alcanzaría su cuerpo y la utilización de un Carro Real, vehículo que en aquella época no era sino una quimera de su imaginación.

En las horas frías que preceden al alba del día asignado para la entrevista con Siona, Leto descendió a la cripta, dando orden a la guardia de que no se le molestase bajo ningún pretexto. Su carro le condujo por uno de los sombríos pasadizos radiales de la cripta en el que abrió una puerta oculta, llevándole menos de una hora hasta la Pequeña Ciudadela.

Uno de sus mayores placeres consistía en salir solo a la arena. Sin el carro. Sin mas que su cuerpo de pre-gusano para transportarle. El calor de su paso a través de las dunas en las primeras luces del día provocaba la aparición de una estela de vapor que le obligaba a avanzar constantemente. Tan sólo se detuvo al hallar una oquedad relativamente seca situada a cinco kilómetros de distancia. Allí quedó tumbado, en el centro de una incómoda zona de humedad producida por su mismo rastro, su gran

cuerpo justo fuera de la alargada sombra de la torre que se extendía hacia el este cruzando las dunas.

Desde la distancia, los tres mil metros de altura de la torre la hacían parecer una inverosímil aguja apuñalando al cielo. Sólo la inspirada combinación de las órdenes de Leto y la imaginación ixiana lograron concebir una estructura susceptible de sustentar el edificio. De ciento cincuenta metros de diámetro, la torre se asentaba en unos cimientos que se hundían en la arena la misma distancia que se elevaba al cielo. La magia del plastiacero y de las aleaciones superligeras la hacían flexible al viento y resistente a la abrasión de los chorros de arena.

Leto disfrutaba tanto de aquel lugar que racionaba sus visitas, habiendo confeccionado una larga lista de reglas personales que debía cumplir. Esas reglas constituían lo que él denominaba la "Gran Necesidad".

Durante unos instantes, tumbado allí en la arena, se sintió liberado de las cargas de la Senda de Oro. Moneo, su fiel y responsable Moneo, se ocuparía de que Siona llegara puntual, justo a la caída de la tarde. Leto disponía pues de un día entero para descansar y meditar, para divertirse y fingir que se hallaba libre de toda preocupación, para beber el crudo sustento de la tierra con un glotón frenesí que jamas podía permitirse ni en Onn ni en la Ciudadela. En esos lugares, se veía obligado a limitarse a practicar furtivas orgías en estrechos pasadizos en los que sólo su cautela presciente le permitía evitar las bolsas de agua que contenían. Aquí, en cambio podía sentirse en contacto con la arena, disfrutar de ella, alimentarse de ella y fortalecerse. La arena crujía bajo su lomo mientras se revolcaba contorsionando el cuerpo con puro placer animal. Sentía su organismo de gusano restaurado, notando aquella sensación eléctrica que enviaba mensajes de salud a todos los rincones de su cuerpo.

El sol se hallaba ya alto en el horizonte y trazaba una línea de oro al lado de la torre. El aíre olía a polvo amargo y a un aroma de lejanos cactus espinosos que habían respondido al rastro de humedad de la mañana. Despacio al principio, después con mayor rapidez, abandonó el lugar donde reposaba describiendo un amplio círculo alrededor de la torre y pensando en Siona.

No debía haber ya mas retraso. Tenía que ser sometida a prueba. Moneo lo sabia tan bien como él.

Justamente aquella misma mañana Moneo le había dicho:

– Señor, hay en ella una terrible violencia.

– Sufre un principio de adicción a la adrenalina -había replicado Leto-. Está en la fase del pavo frío.

– ¿Del pavo qué, Señor?

– Es una antigua expresión. Significa que debe ser sometida a una desintoxicación absoluta y disponerse a sufrir un shock-necesidad.

– Ah... ya entiendo.

Por una vez Leto pensó que Moneo sí entendía. Moneo había pasado por su propia fase del pavo frío.

– Los jóvenes generalmente se muestran incapaces de tomar decisiones dificíles, a menos que estas decisiones vayan asociadas a una violencia inmediata y a la consecuente aparición del brusco flujo de adrenalina -había explicado Leto.

Moneo había guardado silencio, reflexionando, recordando, para decir a continuación:

– Es muy peligroso. Constituye un grave peligro.

– Esa es la violencia que notas en Siona. Los viejos pueden adherirse a ella, pero los jóvenes se revuelcan en ella.

Describiendo círculos alrededor de su torre a la creciente luz del día y disfrutando cada vez mas del contacto con la arena a medida que se iba secando, Leto pensó en aquella conversión. Aminoró la velocidad de su recorrido por la arena. El viento que soplaba desde detrás de él transportaba el oxígeno liberado y un olor a piedra quemada hasta su olfato humano. Realizó una profunda inspiración, elevando su aguda percepción hasta niveles desconocidos.

Este día preliminar respondía a un múltiple propósito. Pensó en la próxima entrevista de modo muy similar a como un antiguo torero pensaría de su primer examen de un astado. Siona poseía sus propios cuernos, si bien Moneo se aseguraría de que no acudiera a esta entrevista con ningún arma. Leto tenía que estar seguro, sin embargo, de conocer todas las ventajas y todos los puntos débiles de Siona. Y tendría que crear en ella, en lo posible, nuevas susceptibilidades, pues debía ser preparada para la prueba templando sus fuerzas psíquicas con picas bien plantadas.

Poco después del mediodía, saciado ya su organismo de gusano, Leto regresó a la torre, se encaramó a su carro y, accionando los suspensores, subió a lo más alto de la torre, y allí entró por una puerta que se abría solamente a su mandato. Pasó el resto del día metido en su guarida, pensando, maquinando.

Justo a la caída de la tarde el susurrante sonido de las alas de un ornitóptero señaló la llegada de Moneo.

El fiel Moneo.

Leto hizo emerger de su refugio una plataforma de aterrizaje. El tóptero se deslizó por ella con las alas plegadas y se detuvo con suavidad. Leto miró al exterior a través de la creciente oscuridad. Vio salir a Siona, que se apresuró a entrar, asustada por la pavorosa altura a que se hallaba. Vestía un manto blanco sobre un uniforme negro desprovisto de insignias. Al entrar en la torre lanzó una furtiva mirada hacia atrás y luego centró su atención en la mole de Leto, que esperaba en su carro casi en el centro exacto de la torre. El tóptero se elevó y desapareció sumido en la oscuridad. Leto dejó la plataforma desplegada y la puerta abierta.

– Hay un balcón al otro lado de la torre. Iremos allí -dijo Leto.

– ¿Por qué? -La voz de Siona expresaba tan sólo puro recelo.

– Dicen que es un lugar fresco -repuso Leto-, y verdaderamente siento una leve sensación de frío en las mejillas cuando las expongo a la brisa que entra por él.

La curiosidad la hizo aproximarse a él. Leto cerró la puerta.

– La vista nocturna desde el balcón es magnífica -dijo.

– ¿Por qué estamos aquí?

– Porque aquí no nos escuchará nadie.

Leto hizo girar el carro y lo desplazó silenciosamente hasta el balcón. La tenue iluminación oculta del refugio de Leto permitió a la muchacha distinguir sus movimientos. El la oyó seguirle.

El balcón era un semicírculo situado en el arco sudeste de la torre, con una ornamentada barandilla que llegaba a la altura del pecho de un hombre. Siona se acercó a ella y paseó la vista por el panorama que se divisaba.

Leto captó la receptividad de la muchacha. Había que decir alguna cosa, dirigida exclusivamente a ella. Fuese lo que fuese, la escucharía y respondería desde lo más profundo de su ser. Leto miró por encima de ella hasta el borde del Sareer, donde la muralla artificial que lo limitaba era una delgada línea oscura apenas visible a la luz de la Primera Luna que se elevaba en el horizonte. Su visión amplificada distinguió el distante movimiento de un convoy procedente de Onn, tenue resplandor de luces de los vehículos de tracción animal que serpenteaba por el elevado camino que conducía a la Aldea de Tabur.

Podía convocar a voluntad una imagen-recuerdo de la aldea, acurrucada entre la vegetación que crecía en la franja húmeda que se extendía al pie de la muralla por su parte interior. Sus Fremen de Museo cultivaban allí palmeras datileras, pastos y hasta algunas huertas. No era como en los viejos tiempos, cuando cualquier lugar habitado, hasta un diminuto valle con unas pocas plantas alimentadas con el agua de una única cisterna, parecía exuberante en comparación con las grandes extensiones de arena. La Aldea de Tabur era un paraíso de verdor comparado con el Sietch Tabr. Todos los habitantes del pueblo sabían que, poco más allá del límite de la muralla del Sareer, corrían las aguas del río Idaho en una línea larga y recta que ahora, a la luz de la luna, se veía plateada. Los Fremen de Museo no podían escalar la pared vertical de la cara interna de la muralla, pero sabían que el agua estaba allí. Y la tierra también lo sabía. Si un habitante de Tabur aplicaba el oído al suelo, la tierra hablaba con el sonido de los lejanos rápidos del río.

Habría pájaros nocturnos ahora en sus orillas, pensó Leto, animales que en otro planeta vivirían al sol. Pero Dune había operado en ellos una magia evolutiva y seguían viviendo a merced del Sareer. Leto había visto a los pájaros trazar sombras mudas en el agua, y cuando se inclinaban para beber, se formaban ondas que el río se llevaba.

Incluso a esta distancia, Leto sentía un poder en aquella agua lejana, algo enérgico surgido de su pasado que se apartaba de él como la corriente que fluía hacia el sur para regar las tierras de labor y los bosques. El agua exploraba regiones de suaves

colinas, a orillas de una abundante vegetación que había reemplazado todo el desierto de Dune excepto este único vestigio, este Sareer santuario del pasado.

Leto recordó el estruendoso empuje de la maquinaria ixiana que había abierto este curso de agua en el paisaje. Parecía tan reciente, poco más de tres mil años atrás, un momento para él.

Siona se movió volviéndose para mirarle, pero Leto permanecía en silencio, con la atención fija más allá de la muchacha. Una luz ámbar pálido brillaba en el horizonte, reflejo de una ciudad en unas nubes lejanas. Por su dirección y distancia Leto sabía que se trataba de la ciudad de Wallport, trasladada a las zonas cálidas de sur desde su antaño austera ubicación en las frías luces del norte. El resplandor de la ciudad era como una ventana que se abría a su pasado. Y sintió su rayo golpeándole el pecho a través de la gruesa y escamosa membrana que había sustituido a su epidermis humana.

Soy vulnerable, pensó.

Y, sin embargo, sabía que era el dueño de este lugar. Y sabía que el planeta era su dueño.

Yo formo parte de él.

Devoraba la tierra directamente, rechazando sólo el agua. Su boca humana y sus pulmones quedaban relegados a respirar lo justo para sustentar unos escasos vestigios de humanidad... Y a hablar.

Hablando a la espalda de Siona, Leto dijo:

– Me gusta hablar, y temo el día en que no pueda participar de una conversación.

Con cierta desconfianza, ella se dio la vuelta y le miró a la luz de la luna, con evidente repugnancia en su expresion.

– Reconozco que a los ojos humanos soy un monstruo en muchos aspectos -dijo él.

– ¿Por qué estoy aquí?

¡Directamente al tema! No se desviaría. La mayoría de los Atreides habían sido así, pensó Leto. Era una característica que confiaba mantener al reproducirles. Revelaba un sentido interno de identidad.

– Necesito averiguar que ha hecho el tiempo contigo -dijo él.

– ¿Para qué necesitáis saberlo?

Un leve temor en la voz, pensó Leto. Piensa que voy a interrogarla acerca de su insignificante rebelión y a indagar los nombres de sus cómplices supervivientes.

Al ver que permanecía en silencio, ella preguntó:

– ¿Os proponéis matarme igual que matásteis a mis compañeros?

Así pues se ha enterado de la pelea ante la Embajada. Y se figura que yo conozco todas sus anteriores actividades subversivas. ¡Moneo la ha estado instruyendo, maldita sea!... Bueno, quizás yo en sus circunstancias hubiera hecho lo mismo.

– ¿Sois realmente un Dios? -preguntó ella-. No entiendo por qué mi padre cree eso.

Tiene dudas, pensó. Aún me queda espacio para maniobrar.

– Las definiciones varían -replicó él-. Para Moneo soy un Dios.. y esa es una verdad irrefutable.

– Pero fuisteis humano.

El comenzó a disfrutar de la agilidad intelectual de la muchacha, que poseía aquella certera e insaciable curiosidad, sello característico de los Atreides.

– Sientes curiosidad por mí -replicó-. A mí me pasa lo mismo. Siento curiosidad por ti.

– ¿Qué os hace suponer que siento curiosidad?

– De niña solías observarme atentamente. Esta noche veo en tus ojos la misma expresión.

– Sí, todo el rato me pregunto qué debe sentirse siendo vos.

El la observó un instante. La luz de la luna proyectaba sombras bajo sus ojos, ocultandolos, y él se permitió pensar que los ojos de Siona tenían el azul total de los suyos propios, el azul de la adicción a la especia. Con ese detalle imaginario, Siona poseía un singular parecido con Ghani, fallecida tantisimo tiempo atrás. Sobre todo en el corte de la cara y en el emplazamiento de los ojos. Estuvo a punto de comentárselo a Siona, pero tras pensarlo un momento prefirió callarlo.

– ¿Coméis alimentos humanos? -preguntó Siona.

– Durante mucho tiempo después de adquirir la piel de trucha de arena mi estómago sintió las punzadas del hambre contestó él-. De vez en cuando trataba de ingerir algún alimento, pero mi estómago lo rechazaba. Los filamentos ciliares de las truchas de arena cubrían casi por completo mi organismo humano, y comer se convirtió en una molesta actividad. Actualmente ingiero tan sólo sustancias que a veces contienen un poco de especia.

– ¿Coméis... melange?

– A veces.

– ¿Pero ya no tenéis apetitos humanos?

– No dije tal cosa.

Ella se lo quedó mirando, aguardando.

Leto admiró la manera en que dejaba en suspenso preguntas implícitas, esperando que funcionasen con el resultado apetecido. Era inteligente, y había aprendido mucho durante su corta vida.

– El hambre de mi estómago era una sensación negra, un dolor que no conseguía aliviar contestó él-. Entonces corría, corría como un demente entre las dunas.

– ¿Corríais...?

– En aquel tiempo mis piernas, en proporción con mi cuerpo, eran más largas. Podía desplazarme con relativa facilidad. Pero el dolor del hambre jamás me ha abandonado. Creo que es hambre de mi perdida humanidad.

Advirtió en ella el inicio de una involuntaria compasión, el comienzo de las dudas.

– ¿Y tenéis todavía ese... dolor?

– Ahora no es más que una leve molestia contestó él-. Ese es uno de los síntomas de que estoy alcanzando la etapa final de mi metamorfosis. Dentro de unos pocos cientos de años habré regresado a la arena.

La vio apretar los puños.

– ¿Por qué? -preguntó- ¿Por qué lo hicísteis?

– Este cambio no ha sido del todo malo. Hoy, por ejemplo, ha sido un día muy agradable. Me encuentro muy bien.

– Hay otros cambios que nosotros no vemos -replicó ella-. Sé que tiene que haberlos. -Relajó la tensión de las manos.

– Mi visión y mi oído se han tornado extremadamente agudos, pero no así el tacto. Excepto en mi rostro, ya no siento las cosas como antes. Y eso lo añoro.

De nuevo percibió la involuntaria compasión, el esfuerzo por alcanzar un enfático entendimiento. ¡Siona deseaba saber!. Cuando se vive tanto tiempo -dijo ella-, ¿cómo se siente el paso del Tiempo? ¿Transcurre con mayor rapidez a medida que pasan los años?

– Eso es muy extraño, Siona. A veces el tiempo vuela, y en cambio otras transcurre con lentitud.

Progresivamente, durante el curso de la conversación, Leto había ido atenuando las luces ocultas de su refugio, acercándose más y más a Siona. Ahora las apagó del todo, dejando como toda iluminación los rayos de la luna. La parte delantera de su carro salía hasta el balcón, hallándose su rostro sólo a dos metros de distancia de Siona.

– Mi padre me ha dicho que cuanto mas viejo os hacéis, mas despacio pasa el tiempo. ¿Es eso lo que le dijísteis?

Comprobando mi veracidad, pensó Leto. Luego, no es una Decidora de Verdad.

– Todas las cosas son relativas pero, comparado con la medida humana del tiempo, es cierto.

– ¿Por qué?

– Esta relacionado con el resultado final de mi transformación. Un día el tiempo se detendrá para mí y quedaré congelado como una perla atrapada en el hielo. Mis nuevos cuerpos se dispersarán, cada uno con una perla escondida en su interior.

Ella dio media vuelta y apartó la vista de él para fijarla en el desierto. Entonces, sin mirarle, dijo:

– Hablandoos así aquí en la oscuridad, llego casi a olvidar lo que sois.

– Por eso elegí esta hora para nuestra entrevista.

– ¿Pero por qué este lugar?

– Porque es el último sitio en que me siento a gusto.

Ella se volvió dé espaldas a la barandilla, se apoyó y, mirándole, le dijo:

– Quiero veros.

Entonces él encendió todas las luces del refugio, incluidos los potentes globos blancos situados en el alero del balcón. Al encenderse las luces, de una ranura de la pared salió un panel transparente, de fabricación ixiana, que selló el balcón por detras de Siona. Ella lo sintió deslizarse a su espalda y se sobresaltó, pero en seguida asintió con la cabeza, como dando a entender que comprendia. Creyó que se trataba de una defensa contra un posible ataque, pero no lo era; la pared transparente no tenía otro propósito que evitar a los húmedos insectos de la noche.

Siona se quedó observando a Leto, recorriendo lentamente su cuerpo con la mirada, deteniéndose en las protuberancias que antaño fueran sus piernas, examinando luego los brazos y las manos y centrando por último su atención en la cara.

– Las crónicas oficiales, por vos autorizadas, afirman que todos los Atreides descienden de vos y de vuestra hermana, Ghanima -dijo ella-. La Historia Oral afirma lo contrario.

– La Historia Oral es la correcta. Tú desciendes de Harq al-Ada. Ghani y yo nos casamos tan sólo nominalmente. Se trató de una maniobra para consolidar el poder.

– ¿Igual que vuestro matrimonio con esa ixiana?

– Eso es distinto.

– ¿Tendréis hijos?

– Nunca he estado capacitado para tener hijos. Elegí mi metamorfosis antes de que eso fuera posible.

– O sea que pasasteis de la infancia a... -señaló con un gesto- ...esto?

– No hubo nada entre las dos cosas.

– ¿Cómo puede tener un niño capacidad para tomar esa decisión?

– Fui uno de los niños mas ancianos que este universo ha visto. Ghani fue la otra.

¡Y esa historia sobre vuestros recuerdos ancestrales!

– Es cierto. Estamos todos aquí. ¿No afirma lo mismo la Historia Oral?

Ella se volvió con rapidez y le dio la espalda, tensa y rígida. Una vez mas, Leto se sintió fascinado por ese gesto humano: rechazo unido a vulnerabilidad. Entonces ella se volvió de nuevo y centró su atención en el rostro enmarcado en los pliegues de su cogulla.

– Poseéis todos los rasgos de los Atreides -dijo.

– Los obtuve con la misma limpieza de sangre que tú.

– Sois tan anciano... ¿Por qué no tenéis arrugas?

– Ningún componente de mi organismo humano envejece en la forma habitual.

– ¿Es por este motivo que os hicisteis esto a vos mismo?

– ¿Para disfrutar de una larga vida? No.

– No entiendo cómo puede tomar nadie tal decisión -murmuró ella por lo bajo, y en voz alta exclamó-: ¡No conocer jamas el amor...!

– ¡No digas tonterías! -exclamó él-. No te estas refiriendo al amor, te refieres al sexo.

Ella se alzó de hombros.

– ¿Crees que lo mas terrible a lo que renuncié fue el sexo? No. La pérdida mas dolorosa fue algo muy distinto.

– ¿Qué fue? -Lo preguntó de mala gana, traicionando así lo emocionada que estaba.

– No puedo andar entre mis semejantes sin llamar la atención. Ya no soy uno de vosotros. Estoy solo. ¿Amor? Mucha gente me ama, pero mí aspecto les mantiene apartados de mí. Estamos separados, Siona, por un abismo que ningún otro ser humano se atreve a cruzar.

– ¿Ni siquiera la ixiana?

– Sí, sí ella pudiera lo haría, pero no puede. No es una Atreides.

– ¿Queréis decir con eso que yo... sí podría? -Se llevó la mano al pecho, señalándose con un dedo.

– Sí existieran truchas de arena suficientes. Por desgracia todas las que existen las llevo en mi cuerpo, aprisionando mí carne. No obstante, si yo muriera...

Ella agitó la cabeza, horrorizada ante tal pensamiento.

– La Historia Oral lo relata con toda claridad -replicó él- Y no debemos olvidar que tú crees en la Historia Oral.

Ella continuaba agitando ostensiblemente la cabeza.

– No hay secreto alguno -dijo él-. Las primeras fases de la transformación son las mas críticas. La propia consciencia debe proyectarse símultaneamente hacia el interior y hacia el exterior, emparejándose con el Infinito. Podría darte la melange suficiente para conseguirlo. Con la melange suficiente se puede sobrevivir a esos terribles momentos iniciales... y a todos los demas.

Ella se estremeció incontrolablemente, con los ojos fijos en él.

– Te das cuenta de que te estoy diciendo la verdad ¿no es cierto?

Ella asintió, efectuó una profunda y temblorosa inspiración, y replicó:

– ¿Por qué lo hicisteis?

– La alternativa era mucho mas horrenda.

– ¿Qué alternativa?

– Con el tiempo, quizas llegues a comprenderla. Moneo la ha comprendido.

– ¡Vuestra condenada Senda de Oro!

– Nada de condenada. Santa en todo caso.

– Pensáis que soy una estúpida incapaz de...

– Pienso que eres inexperta, pero dueña de unas aptitudes cuyo potencial y capacidad ni tú misma sospechas.

Ella efectuó tres inspiraciones profundas para recobrar su dominio, y entonces dijo:

– Sí no podéis procrear con la ixiana, ¿qué...?

– Niña, ¿por qué insistes en el malentendido? No se trata del sexo. Antes de la aparición de Hwi, no podía emparejarme con nadie. No existía otro ser como yo. En toda la inmensidad del vacío cósmico, yo era el único.

– ¿Y ella es... como vos?

– Sí. Deliberadamente. Los ixianos la hicieron así.

– ¿La hicieron...?

– ¡No seas estúpida! -exclamó-. Ella es la esencia destilada de la trampa. Ni siquiera su propia víctima puede rechazarla.

– ¿Por qué me decís esas cosas? -murmuró ella.

– Robaste dos volúmenes de mis diarios -dijo él-. Has leído la traducción de la Cofradía, y ya conoces lo que puede atraparme.

– ¿Lo sabíais?

El advirtió el descaro retornar a su mirada, la arrogancia de su propio poder.

– Claro que lo sabíais -dijo ella, respondiendo a su propia pregunta.

– Ese era mí secreto -replicó él-. No sabes cuantas veces he amado a un compañero y he tenido que verle separarse de mi... como esta ocurriendo ahora con tu padre.

– ¿Vos... le amáis?

– Y amé a tu madre. A veces se van deprisa; otras con una torturante lentitud. Cada vez me quedo atormentado y vencido. Puedo fingirme insensible y tomar las decisiones necesarias, decisiones que incluso quitan la vida, pero no puedo escapar al sufrimiento. Durante mucho, mucho tiempo, esos diarios que robaste lo afirman y es verdad, esa fue la única emoción que conocí.

El vio las lágrimas en sus ojos, pero la línea de su mandibula revelaba todavía su enojada resolución.

– Nada de todo ello os da derecho a gobernar -declaró ella.

Leto contuvo una sonrisa. Por fin llegaban a la raíz de la rebeldía de Siona.

¿Con qué derecho? ¿Dónde yace la justicia de mi gobierno? ¿Al imponerles mis normas con el peso de las armas de mis Habladoras Pez, hago quizás justicia al impulso evolutivo de la humanidad? Conozco bien la cháchara revolucionaria, los tramposos parloteos, las frases rimbombantes.

– Distas mucho de ver tu propia mano rebelde en el poder que empuño.

La juventud de Siona requería todavía esperar su momento.

– Yo nunca os elegí para que gobernárais -dijo ella.

– En cambio, me fortaleces.

– ¿De qué modo?

– Con tu oposición. Yo afilo mis garras en gentes como tú.

Ella no pudo evitar lanzar una súbita mirada a las manos de Leto.

– Una forma de hablar -especificó él.

– Así que por fin os he ofendido -replicó ella, escuchando tan sólo la cólera cortante del tono y las palabras del Dios Emperador.

– No me has ofendido. Somos parientes, y tenemos derecho a decir las cosas claras dentro de la familia. Lo cierto es que tengo mucho mas que temer yo de ti que tú de mí.

Esto la cogió por sorpresa, aunque fue momentánea. El la vio tensar la espalda con convicción y luego dudar, inclinando la barbilla y elevando después la mirada hacia él.

– ¿Qué podría temer el gran Dios Leto de mí?

– Tu ignorante violencia.

– ¿Estáis diciendo con eso que sois fisicamente vulnerable?

– No volveré a advertirtelo, Siona. Existen ciertos límites en los juegos de palabras que estoy dispuesto a tolerar. Tú y los ixianos sabéis bien que son aquellos a quiénes amo los que son fisicamente vulnerables. Pronto casi todo el Imperio conocerá ese hecho. Esta clase de información viaja de prisa.

– ¡Y entonces todos preguntarán qué derecho tenéis a gobernar!

En la voz de Siona cascabeleó un regocijo que despertó en Leto una brusca cólera. Le costó suprimirla, y pensó que este era un aspecto de las emociones humanas que detestaba. ¡El triunfo jactancioso! Pasó un buen rato antes de atreverse a replicar, y entonces eligió para hacerlo fustigar los puntos vulnerables que a lo largo de la conversación había ido descubriendo.

– Gobierno por el derecho que me da la soledad, Siona. Mi soledad es en parte libertad y en parte esclavitud. Afirma que no puede comprarme ningún grupo humano. Mi esclavitud hacia ti declara que te servíré hasta donde me permita mi capacidad.

– ¡Pero los ixianos os han atrapado!

– No. Al contrario. Me han hecho un regalo que me fortalece.

– ¡Y os debilita al mismo tiempo!

– Eso también -admítió-. Pero siguen obedeciéndome fuerzas poderosísimas.

– Oh, sí -asintió ella-. Eso lo comprendo muy bien.

– No, no lo comprendes.

– Entonces, estoy segura de que vos me lo explicaréis -le espetó ella.

Con una voz tan baja que ella tuvo que inclinarse para oirla, él dijo:

– No hay nadie más, de ninguna clase, en ningún sitio, que pueda contar conmigo para nada: ni para compartir, ni para el compromiso, ni para el mas ligero inicio de un nuevo gobierno. Yo soy el único.

– Ni siquiera esa ixiana puede...

– Es tan igual a mí que no me debilitaría de esa forma.

– Pero cuando se produjo el asalto a la Embajada Ixiana...

– Todavía me irrita la imbecilidad -dijo él.

Ella le miró frunciendo el ceño.

Leto lo encontró un gesto encantador, bajo aquella luz, y tan espontáneo. Sabia que aquello le había hecho pensar, pues estaba seguro de que jamas había reflexionado que los derechos pudieran adherirse a la unicidad.

Y dirigiéndose a su ceñuda mirada, le dijo:

– Jamas ha existido un gobierno como el mío. En ningún momento de nuestra historia. Soy responsable sólo ante mi mismo, y exijo en pago un tributo por todo lo que he sacrificado.

– ¡Sacrificado! -repitió ella con desdén, pero él captó las dudas-. Todos los déspotas dicen cosas parecidas. ¡Vos sois responsable sólo ante vos mismo!

– Lo cual convierte en responsabilidad mía a toda criatura viva. Yo velo por ti a través de estos tiempos.

– ¿A través de qué tiempos?

– Los tiempos que pudieran haber sido y luego ya no mas.

El vio la indecisión que la invadía. Ella no confiaba en sus propios instintos. en su habilidad innata para la prediccion. Daba un salto ocasional, como había hecho al llevarse los diarios, pero la motivación del salto se perdía en la revelación que se sucedía a continuación.

– Mi padre dice que a veces sois muy hermético con las palabras -dijo ella.

– Bien puede saberlo. Pero existe un conocimiento que sólo se adquiere participando de él. No hay manera de asimilarlo simplemente quedándose al margen, contemplando y charlando.

– Esto es a lo que él se refiere -contestó ella.

– Tienes razón -admitió él-. No es lógico. Pero es una luz, un ojo capaz de ver pero que no se ve a sí mismo.

– Estoy cansada de hablar -dijo ella.

– Yo también. -Y pensó: He visto bastante y he hecho bastante. He abierto la puerta de sus dudas. ¡Qué vulnerables son en su ignorancia!

– No me habéis convencido de nada -declaró ella.

– No era tal el propósito de esta entrevista.

– ¿Cuál era su propósito?

– Comprobar si estás a punto para la prueba.

– Prueba... -Siona ladeó ligeramente la cabeza hacia la derecha y se lo quedó mirando.

– No te hagas la inocente conmigo -dijo él-. Moneo te lo ha dicho. Y yo te digo que estás listas para ello.

Ella trató de tragar saliva y preguntó:

– ¿Qué son...?

– He enviado a buscar a Moneo para que te acompañe de regreso a la Ciudadela -dijo él-. Cuando volvamos a reunirnos, sabremos realmente de qué material estás hecha.

- CAPITULO XXXVIII -

¿Conocéis la leyenda de la gran reserva de melange? Sí, yo también conozco esa historia. Un mayordomo me la relató un día para entretenerme. La leyenda dice que existe una reserva de melange, una reserva gigantesca, grande como una montaña. La reserva está escondida en las profundidades de un remoto planeta. No es Arrakis ese planeta. No es Dune. La especia fue escondida allí hace muchísimo tiempo, antes incluso del Primer Imperio y de la Cofradía Espacial. La leyenda afirma que Paul Muad'Dib acudió a aquel planeta y vive todavía junto a esa reserva de especia, que le mantiene vivo, esperando. El mayordomo no comprendió por qué esta historia me turbaba tanto.

–Los Diarios Robados.

Idaho temblaba de cólera mientras cruzaba a zancadas los grandes vestíbulos de plastipiedra gris que le separaban de sus aposentos en la Ciudadela. Ante cada puesto de guardia que pasaba la soldado saludaba con un seco gesto al que Idaho no contestaba. Sabia que estaba causando inquietud entre ellas, pues nadie podía confundir el estado de ánimo del Comandante, pero ello no aminoró el ritmo decidido de su paso. Los sordos taconazos de sus botas resonaban a lo largo de los muros.

Tenía todavía en la boca el sabor del almuerzo, aquella comida típicamente Atreides, que se comía con palillos y que consistía en un plato de cereales mixtos condimentados con hierbas y gratinados al horno con picadillo de pseudocarne picante, regado con un vaso de zumo de cidril.

Moneo le había encontrado sentado a la mesa en el comedor de oficiales, solo, en un rincón, con un programa de operaciones regionales desplegado junto al plato.

Sin esperar invitación alguna. Moneo se había sentado frente a Idaho, apartando de delante el programa de operaciones.

– Vengo con un mensaje del Dios Emperador -dijo Moneo.

El tono de su voz, tenso y controlado, advirtió a Idaho que no se trataba de un encuentro casual. Las demás comensales también lo percibieron. Un intenso silencio se produjo entre las mujeres de las mesas vecinas, difundiéndose rápidamente por todo el comedor. Idaho dejó sus palillos.

– Si.

– Estas fueron las palabras textuales del Dios Emperador -dijo Moneo-: "Tengo la desgracia de que Duncan Idaho se haya enamorado de Hwi Noree. Este infortunado incidente no debe continuar".

La cólera apretó los labios de Idaho que, sin embargo, no contestó.

– Este disparate nos pone a todos en peligro -continuó diciendo Moneo-. Noree es la prometida del Dios Emperador.

Idaho trató de dominar su cólera, pero sus palabras le traicionaron:

– ¡Pero él no puede casarse con ella!

– ¿Por qué no?

– ¿A qué clase de juego está jugando, Moneo?

– Soy portador de un único mensaje, nada más -puntualizó Moneo.

La voz de Idaho se tornó baja y amenazadora:

– Pero confía en ti.

– El Dios Emperador comprende tus sentimientos -mintió Moneo.

– ¡Comprende mis sentimientos! -exclamó Idaho, creando un nuevo vacio de silencio en la sala.

– Noree es una mujer sumamente atractiva -dijo Moneo-. Pero no es para ti.

– El Dios Emperador ha hablado y no existe apelación -replicó Idaho con desdén.

– Veo que captas el mensaje -dijo Moneo.

Idaho hizo ademán de levantarse de la mesa.

– ¿Adónde vas? -le preguntó Moneo.

– ¡A aclarar este asunto con él ahora mismo!

– Eso sería un suicidio seguro -contestó Moneo con voz tranquila.

Idaho le miró echando fuego por los ojos, percatándose repentinamente de la intensidad con que le escuchaban las Habladoras Pez de las mesas vecinas. Una expresión, que Muad'Dib hubiera reconocido de inmediato, animó el rostro de Idaho: "Actuar para la galería del diablo" la había llamado Muad'Dib.

– ¿Sabes lo que decían siempre los primeros Duques Atreides? -preguntó Idaho, burlón.

– ¿Es oportuno hablar de ello?

– Decían que todas las libertades desaparecen cuando levantas los ojos hacia un príncipe absoluto.

Rígido de miedo. Moneo se inclinó hacia Idaho y moviendo apenas los labios, le dijo con una voz que no era más que un susurro:

– No digas esas cosas aquí.

– ¿Porque una de esas mujeres informará de ello?

Moneo agitó la cabeza con desespero.

– Eres mucho más imprudente que cualquiera de los otros.

– Por favor. Es peligroso en extremo adoptar esta actítud.

Idaho oyó el nervioso movimiento que agitaba al comedor.

– Tan sólo puede matarnos -replicó Idaho. Con un murmullo tenso, Moneo exclamó:

– ¡Estúpido! ¡El Gusano puede dominarle a la menor provocación!

– ¿El Gusano, dices? -La voz de Idaho era innecesariamente elevada.

– Debes confiar en él -dijo Moneo.

Idaho lanzó una mirada a derecha e izquierda.

– Sí, creo que eso lo han oído todas.

– El es millones y millones de personas unidas en ese cuerpo -dijo Moneo.

– Eso he oído decir.

– El es Dios y nosotros somos mortales -insistió Moneo.

– ¿Y cómo puede un Dios hacer cosas mal hechas? -replicó Idaho.

Moneo apartó la silla de la mesa con un empujón y, poniéndose en pie de un salto, exclamó:

– ¡Yo me lavo las manos! -Y dando media vuelta se marchó a toda prisa del comedor.

Idaho lanzó una mirada a su alrededor, notando que era el centro de atención, que todas las miradas de las guardias estaban centradas en él.

– Moneo no juzga, pero yo sí -declaró.

Le sorprendió entonces atisbar algunas pocas sonrisas irónicas entre las mujeres. Todas ellas reanudaron su comida.

Al cruzar el vestíbulo de la Ciudadela, Idaho iba rememorando la conversación fijándose en las peculiaridades de la conducta de Moneo. El terror podía reconocerse y aún comprenderse, pero le había parecido descubrir algo mucho peor que el miedo a la muerte.. mucho, mucho peor.

El Gusano puede dominarle.

Idaho pensó que estas palabras se le habian escapado involuntariamente a Moneo, revelando más de lo que quería.

Más imprudente que cualquiera de los otros.

Le molestaba a Idaho que se le comparara consigo mismo-como-un-desconocido.

¿Cuán cuidadosos habían sido los otros?

Idaho llegó frente a la puerta de sus aposentos, puso la mano sobre la cerradura a palma, y vaciló. Se sentía como un animal acosado escondiéndose en su guarida. Seguro que para entonces las guardias del comedor ya habrían informado a Leto de aquella conversación. ¿Qué haría el Dios Emperador? La mano de Idaho cruzó con un movimiento la cerradura, y la puerta se abrió hacia adentro. Penetró en la antesala de su apartamento y selló la puerta mientras se la quedaba mirando.

¿Enviará a sus Habladoras Pez a por mi?

Idaho lanzó una mirada a la zona de entrada de su apartamento. Se trataba de un espacio convencional: percheros y estantes para ropas y calzado, un espejo de cuerpo entero. un armario para guardar las armas. Miró la puerta cerrada de aquel armario. Ni una sola de las armas que contenía constituía una amenaza real para el Dios Emperador. No había ni siquiera una pistola láser... aunque incluso las pistolas láser eran totalmente inefectivas contra el Gusano, según todos los informes.

Sabe que le desafiaré.

Idaho emitió un suspiro y dirigió la mirada hacia el arco de entrada que conducía a la zona de estar. Idaho había sustituido su mullido mobiliario por piezas más pesadas y mas duras, algunas de ellas inconfundiblemente Fremen. sacadas de las arcas de los Fremen de Museo.

¡Fremen de Museo!

Idaho escupió y pasó bajo el arco. Dos pasos después de haber penetrado en la sala se detuvo, sobresaltado. La suave luz de las ventanas orientadas al norte le mostró a Hwi Noree sentada en el bajo diván del aposento. Llevaba un vestido azul brillante cuyos pliegues realzaban sugestivamente su figura. Al oírle entrar, Hwi levantó la vista.

– Gracias a los dioses, no te han hecho daño -dijo.

Idaho miró detrás de sí, a la puerta sellada por la cerradura a palma. y lanzó una mirada interrogativa a Hwi. Nadie sino unas pocas y seleccionadas guardias podía abrir aquella puerta.

Ella sonrió ante su perplejidad.

– Fuimos nosotros, los ixianos, los que fabricamos esas cerraduras.

Se sintió invadido de temor por ella.

– ¿Qué estás haciendo aquí?

– Tenemos que hablar.

– ¿De qué?

– Duncan... -Agitó la cabeza-. De nosotros.

– Te han advertido -dijo él.

– Me han dicho que te rechace.

– ¡Te envía Moneo!

– Dos guardias que te oyeron en el comedor, ellas me trajeron. Piensan que corres un peligro inmenso.

– ¿Y por eso estas aquí?

Se puso de pie de un solo movimiento, pleno de gracia, que le recordó el modo de moverse de Jessica, la abuela de Lato, el mismo control fluido de los músculos, la misma belleza y elegancia de movimientos.

Entonces, como un relámpago, comprendió la verdad:

– Eres una Bene Gesserit.

– ¡No! Lo fueron mis maestras, pero yo no soy una Bene Gesserit.

La mente de Idaho se nubló de sospechas. ¿Qué extrañas alianzas y lealtades funcionaban en el Imperio de Leto? ¿Y qué sabía de ello un pobre ghola?

Los cambios que ha habido desde la última vez que vivi.

– Supongo que sigues siendo una simple ixiana -dijo.

– Por favor, no te burles de mí, Duncan.

– ¿Qué es lo que eres?

– Soy la prometida del Dios Emperador.

– Y le servirás con toda fidelidad.

– Sí, así lo haré.

– Entonces, tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

– Excepto de lo que hay entre nosotros.

El carraspeó.

– ¿Qué hay entre nosotrois?

– Esta atracción. -Ella levantó una mano al ver que él se ponía a hablar-. Quiero acurrucarme entre tus brazos y encontrar el amor y el abrigo que sé que me pueden dar. Y tu también lo quieres.

El se puso rígido.

– ¡El Dios Emperador lo prohibe!

– Pero yo estoy aquí. -Avanzó dos pasos hacia él, el vestido ondulándose en las curvas de su cuerpo.

– Hwi. .. -El trató de tragar saliva, con la garganta reseca-. Es mejor que te vayas.

– Prudente, pero no mejor -replicó ella.

– Si descubre que has estado aquí...

– No es mi costumbre dejarte así. -De nuevo detuvo su respuesta levantando una mano-. Fui engendrada y educada para un sólo propósito.

Sus palabras llenaron a Idaho de una gélida cautela:

– ¿Qué propósito?

– Seducir al Dios Emperador. Oh, él lo sabe. Dice que no cambiaría ni un pelo de mi persona.

– Yo tampoco.

Ella avanzó un paso más. El percibió la calidad lechosa de su aliento.

– Me hicieron demasiado bien -dijo ella-. Me diseñaron para agradar a un Atreides, y Leto dice que su Duncan es mas Atreides que muchos de los nacidos con ese nombre.

– ¿Leto?

– ¿De qué otro modo debo dirigirme a aquel con quien voy a casarme?

Mientras hablaba, Hwi se había ido inclinando hacia Idaho. Como un imán que hallara su punto de máxima atracción, se acercaron al unísono. Hwi apretó sus mejillas contra el pecho de él, abrazándole con fuerza y acariciando la dureza de sus músculos. Idaho apoyó la barbilla en sus cabellos, embriagado por la fragancia de su aroma.

– Esto es una locura -murmuró.

– Si.

El levantó su barbilla y la besó.

Ella se apretó contra su cuerpo.

Ninguno de los dos dudaba de adónde les conduciría este preludio, y así ella no opuso ninguna resistencia cuando él, cogiéndola en sus brazos, la llevó al dormitorio.

Tan sólo una vez habló Idaho.

– No eres virgen.

– Tú tampoco, mi amor.

– Amor -susurró él-. Amor, amor, amor.

– Sí, sí... si.

En la paz que sucede al orgasmo, Hwi se puso las manos detrás de la cabeza y se estiró, retorciéndose en la cama arrugada. Idaho se sentó volviéndole la espalda, y se quedó mirando por la ventana.

– ¿Quiénes fueron tus otros amantes? -preguntó.

Ella se incorporó apoyándose en un codo.

– No he tenido ningún otro amante.

– Pero... -El se volvió y se la quedó mirando.

– Cuando aún no había cumplido veinte años -dijo ella-, conocí a un muchacho que me necesitaba mucho. -Y sonrió-. Después tuve mucha vergüenza. ¡Qué confiada era! Pensé que había fallado a la gente que confiaba en mí. Pero ellos lo averiguaron y se alegraron mucho. ¿Sabes? Creo que se trataba de una prueba.

Idaho frunció el ceño.

– ¿Y ha sido así conmigo? ¿Yo te necesitaba?

– No. Duncan. -Su expresión era seria-. Tú y yo nos hemos entregado el uno al otro para darnos placer porque así es el amor.

– ¡Amor! -comentó él con amargura.

Ella dijo:

– Mi tío Malky decía siempre que el amor era un mal negocio porque no se le ofrecen garantías.

– Tu tío Malky era un hombre sabio.

– ¡Era tonto! El amor no necesita garantías.

En los labios de Idaho bailó una sonrisa.

Ella se la devolvió.

– El amor se reconoce porque uno desea entregarse sin importarle las consecuencias.

El asintió.

– Pienso tan sólo en el peligro que corres.

– Estamos donde estamos -dijo ella.

– ¿Qué vamos a hacer?

– Conservar este recuerdo mientras vivamos.

– Suenas... tan terminante, tan final.

– Lo soy.

– Pero nos veremos cada...

– Nunca jamás así.

– ¡Hwi! -El se lanzó hacia ella por encima de la cama y enterró la cara en su pecho.

Ella le acarició el pelo.

Con la voz sofocada contra su cuerpo, él dijo:

– ¿Y si he engen...?

– Ssss. Si ha de haber un niño, habrá un niño.

Idaho levantó la cabeza y se la quedó mirando:

– ¡Pero él se enterará!

– Lo sabrá de todos modos.

– ¿Crees que realmente lo sabe todo?

– Todo no, pero esto lo sabrá.

– ¿Cómo?

– Porque yo se lo diré.

Idaho se apartó de ella y se quedó sentado en la cama. La cólera y el desconcierto pugnaban por conquistar su expresión.

– Debo hacerlo -dijo ella.

– Si se vuelve contra ti... Hwi, corren rumores. ¡Puedes correr un peligro terrible!

– No. Yo también tengo necesidades. El lo sabe. No nos hará ningún daño a ninguno de los dos.

– Pero él...

– El no me destruirá a mí. Y sabe que haciéndote daño a ti, me destruiría a mi.

– ¿Cómo puedes casarte con él?

– Duncan, querido. ¿no te has dado cuenta de que me necesita mucho más que tú?

– Pero, no puede... Quiero decir, no es posible que tú...

– El placer que tú y yo hemos compartido, eso con Leto no lo tendré. Para él es imposible. Me lo ha confesado.

– Entonces por qué no puedes... si te quiere...

– El tiene placeres más ambiciosos y necesidades de más envergadura. -Se estiró y cogió la mano de Idaho entre las suyas-. Eso lo he sabido desde que comencé a estudiar sobre él. Necesidades mucho más importantes que las que podamos tener nosotros dos.

– ¿Qué planes? ¿Qué necesidades?

– Pregúntale.

– ¿Tú lo sabes?

– Sí.

– Quieres decir que das crédito a esas historias que...

– Hay mucha honestidad y mucha bondad en él. Lo sé por mis propias reacciones hacia él. Creo que lo que mis amos ixianos hicieron conmigo fue construir un reactivo que revela más de lo que deseaban que yo supiera.

– ¡Entonces tú crees en él! -acusó Idaho, intentando apartar su mano de las de ella.

– Si acudes a él, Duncan, y...

– ¡Jamás volverá a verme!

– Si.

Ella llevó la mano de él hasta su boca y le besó los dedos.

– Soy un rehén -dijo él-. Me asustas... vosotros dos juntos...

– Jamás pensé que sería fácil servir a Dios -dijo ella-, pero no creí que fuera tan dificil.

- CAPITULO XXXIX -

La memoria tiene un curioso significado para mi; un significado que a veces he esperado que otros compartieran. Siempre me causaba un gran asombro el ver cómo la gente se ocultaba de sus recuerdos ancestrales protegiéndose tras una inexpugnable barrera de mitos. Ohhh... por supuesto, no espero que persigan la terrible inmediatez de todos los momentos vividos que yo debo experimentar. Comprendo muy bien que no quieran verse sumergidos en un magma de mezquinos detalles ancestrales. Tenéis razón para temer que vuestros momentos vivos sean usurpados por los demás. Y, sin embargo, el significado se encuentra encerrado dentro de esos recuerdos. Arrastramos toda nuestra ascendencia hacia adelante como una oleada viva, todas las esperanzas, penas y alegrías, todas las angustias y exultaciones de nuestro pasado. Nada de lo que contienen esos recuerdos permanece completamente vacuo de significado o influencia, no mientras exista en algún sitio una humanidad. Tenemos alrededor nuestro a ese brillante Infinito, esa Senda de Oro hacia lo eterno a la que podemos ofrendar continuamente el juramento de nuestra insignificante pero inspirada lealtad.

–Los Diarios Robados.

– Te he llamado, Moneo, por lo que mis guardias acaban de comunicarme -dijo Leto.

Se encontraban en las húmedas profundidades de la cripta en la cual, según Moneo no cesaba de decirse, se habían originado algunas de las más dolorosas decisiones del Dios Emperador. También Moneo había oído los rumores y había esperado toda la tarde la llamada, que al producirse poco después de la cena le había sumido, a pesar de esperarla, en un momento de angustioso pánico.

– ¿Es algo sobre... sobre el Duncan, Señor?

– Claro que es sobre el Duncan.

– Me han dicho, Señor, que... que su conducta...

– Conducta terminal, Moneo.

Moneo bajó la cabeza.

– Como vos digáis. Señor.

– ¿Cuánto tardarán los tleilaxu en podernos enviar otro de repuesto?

– Dicen que tienen problemas. Podría ser tanto como dos años.

– ¿Sabes lo que me han dicho mis guardias, Moneo?

Moneo contuvo la respiración. Si el Dios Emperador se había enterado de la última... ¡No! Hasta las Habladoras Pez estaban aterradas por la afrenta. De haber sido cualquier otra persona menos un Duncan, las mujeres se hubieran encargado ellas mismas de eliminarlo.

– ¿Y bien, Moneo?

– Me han dicho, Señor, que convocó a una leva de guardias y se puso a hacer averiguaciones sobre sus orígenes, preguntando en qué mundos habían nacido y exigiendo datos sobre su familia y su infancia.

– Y las respuestas no fueron de su agrado.

– Las asustó, Señor. Se mostró muy insistente.

– Como si la repetición pudiera esclarecer la verdad, sí.

Moneo se permitió esperar que eso constituyera toda la preocupación del Dios Emperador.

– ¿Por qué razón los Duncans siempre hacen eso mismo, Señor?

– Es a causa de su antiguo adiestramiento, de su adiestramiento Atreides.

– ¿Pero en qué difería de...?

– Los Atreides vivían al servicio del pueblo que gobernaban. La medida de su gobierno la daban las vidas de sus gobernados. Por eso los Duncans siempre quieren saber cómo vive la gente.

– Ha pasado una noche en un pueblo, Señor. Ha estado en algunas ciudades. Ha visto...

– Todo reside en el modo de interpretar los resultados. Moneo. La evidencia no es nada sin un juicio de valor.

– He observado que él emite esos juicios.

– Todos lo hacemos, Moneo, pero los Duncans tienden a creer que este universo es rehén de mi voluntad. Y saben que no es posible equivocarse en el nombre del derecho.

– Es eso lo que él dice que vos...

– Eso es lo que yo digo, lo que todos los Atreides que hay en mí dicen. Este universo no lo permitirá. Las cosas que se intentan no perduran sí uno no...

– ¡Pero, Señor, vos no erráis!

– Pobre Moneo, no puedes darte cuenta de que he creado un vehículo de injusticia.

Moneo no podía hablar. Se percataba de haber sido engañado por un aparente regreso a la normalidad por parte del Dios Emperador, pero ahora notaba que se estaban produciendo cambios en aquel gran cuerpo, y a aquella proximidad... Moneo miró a su

alrededor, observando la cámara central de la cripta, recordando las numerosas muertes que allí habían ocurrido y que allí se habían sepultado.

¿Me toca el turno a mí?

Leto, en tono pensativo, iba diciendo:

No se puede conseguir nada con rehenes. Eso es una forma de esclavitud. Un ser humano no puede poseer a otro ser humano. Este universo no lo permitiría.

Las palabras quedaron en el aire, bullendo en la conciencia de Moneo, un aterrador contraste con los sordos rumores de transformación que percibía en el Señor.

¡El Gusano se acerca!

Nuevamente, Moneo lanzó una mirada a la cámara de la cripta. Este lugar era mucho peor que el refugio de la torre. No había ninguna protección tras la que defenderse.

– ¿Y bien, Moneo? ¿Tienes alguna respuesta?

Moneo osó contestar en un susurro:

– Las palabras del señor me iluminan.

– ¿Iluminar? ¡Tú no entiendes nada!

Moneo, desesperado, exclamó:

– ¡Pero sirvo a mi Dios!

– ¿Pretendes servir a Dios?

– Sí, Señor.

– ¿Quién creó tu religión, Moneo?

– Vos. Señor.

– Esta es una respuesta inteligente.

– Gracias, Señor.

– ¡No me des las gracias! ¡Dime lo que perpetuan las instituciones religiosas!

Moneo retrocedió cuatro pasos.

– ¡Quieto donde estas! -Ordenó Leto.

Temblando como una hoja. Moneo agitó la cabeza sin contestar. Por fin había logrado dar con la pregunta para la cual carecía de respuesta. Su incapacidad de responder precipitaría su muerte. Con la cabeza gacha, se dispuso a aguardarla.

– Te lo voy a decir yo, pobre sirviente -dijo Leto.

Moneo se atrevió a albergar un rayo de esperanza. Levantó la mirada hasta el rostro del Dios Emperador, y notó que no tenía los ojos vidriados... y que no le temblaban las manos. Tal vez el Gusano no se aproximaba.

– Las instituciones religiosas perpetúan una mortal relación amo-sirviente -dijo Leto-. ¡Crean una palabra que atrae a orgullosos humanos buscadores de poder con todos sus miopes prejuicios!

Moneo no pudo hacer más que el gesto de asentir con la cabeza. ¿Era aquello un temblor en las manos del Dios Emperador? ¿Se estaba replegando el terrible rostro hacia el interior de la cogulla?

– Las revelaciones secretas de la infancia, eso es lo que los Duncans buscan -dijo Leto-. Los Duncans tienen demasiada compasión por sus compañeros y un limite demasiado marcado del compañerismo.

Moneo había examinado hologramas de los antiguos gusanos de arena de Dune, con las bocas inmensas llenas de colmillos de cuchillos crys rodeando a un fuego abrasador. Observó la tumescencia de los latentes anillos de la superficie tubular de Leto ¿Eran mas prominentes? ¿Se formaría una nueva boca bajo los pliegues de la cogulla que enmarcaban el rostro?

– Los Duncans saben en lo más recóndito de su corazón -dijo Leto- que he ignorado deliberadamente la admonición de Mahoma y de Moisés. ¡Y tú también lo sabes, Moneo!

Era una acusación. Moneo comenzó a asentir, pero luego agitó la cabeza. Pensaba si se atrevería a retroceder un poco mas sabiendo por experiencia que los sermones de este tipo no duraban mucho rato sin que se produjese la aparición del Gusano.

– ¿Cuál podría ser esa admonición? -preguntó Leto, con una burlona ligereza en la voz.

Moneo se permitió encogerse levemente de hombros.

Bruscamente, la voz de Leto llenó la cámara con un profundo eco de barítono, una voz antigua que hablaba desde el fondo de los siglos:

– ¡Sois servidores de Dios, no sois servidores de servidores!

Retorciéndose las manos, Moneo exclamó:

– ¡Yo os sirvo a vos, Señor!

– Moneo, Moneo -dijo Leto, con voz baja y retumbante-, un millón de yerros no producen un acierto. El acierto se conoce porque dura.

Moneo no pudo hacer más que permanecer de pie en tembloroso silencio.

– Tenía intención de que Hwi procreara contigo, Moneo -dijo Leto-. Ahora es demasiado tarde.

Sus palabras tardaron un instante en penetrar en la consciencia de Moneo, que sentía que su significado se hallaba fuera de todo contexto. ¿Hwi? ¿Quién era Hwi? Oh si, la ixiana prometida del Dios Emperador. ¿Procrear... conmigo?

Moneo agitó la cabeza.

Leto, con una infinita tristeza, dijo:

– También tú morirás. ¿Quedarán todas tus obras olvidadas como el polvo?

Sin ningún signo previo, incluso mientras hablaba, el cuerpo de Leto se retorció con una violentísima convulsión que le lanzó fuera del carro. Su rapidez y su monstruosa violencia le arrojaron a pocos centímetros de Moneo, que escapó gritando por la cripta.

– ¡Moneo!

La llamada de Leto detuvo al mayordomo a la entrada del ascensor.

– ¡La prueba, Moneo! ¡Pondré a Siona a prueba mañana!

- CAPITULO XL -

La comprensión de lo que soy se produce en esa conciencia intemporal que ni acumula ni descarta, ni estimula ni defrauda. Yo creo un campo sin esencia ni centro, un campo en el que hasta la muerte se torna una simple analogía. No deseo resultado alguno. Simplemente permito ese campo que no tiene objetivos ni deseos, ni perfecciones, ni tan siquiera visiones de fines o propósitos. En ese campo todo cuanto existe es la conciencia primaria, omnipotente. Ella es la luz que entra a raudales por las ventanas de mi universo.

–Los Diarios Robados.

Salía el sol, lanzando su violento resplandor sobre las dunas. Leto sentía la arena bajo su cuerpo como una suave caricia. Sólo sus oídos humanos que oían el abrasivo raspar de su pesada mole le enviaban una sensación contradictoria. Se trataba de un conflicto sensorial que ya había aprendido a aceptar. Oía a Siona andar detrás de él, con una ligereza en las pisadas, con un leve salpicar de arena al encaramarse a una duna para colocarse a su nivel. Cuanto más perduro, más vulnerable me torno, pensó.

Este pensamiento le acudía con frecuencia a la mente en los días que acudía a su desierto. Miró hacia arriba. El cielo no tenía ni una nube, y poseía una azul intensidad que los tiempos de Dune, tan remotos, no habían conocido.

¿Qué era un desierto sin un cielo sin nubes?

Lástima que estuviera privado de la tonalidad plateada de Dune.

Varios satélites ixianos controlaban este cielo, no siempre con la perfección que él hubiera deseado. Tal perfección constituía una utopía mecánica imposible de conseguir tan pronto intervenía la mano de obra humana. De todos modos, los satélites funcionaban con la suficiente eficacia como para regalarle esta mañana de quietud e inmensidad desérticas. Hizo que sus pulmones humanos la absorbieran con una profunda inspiración y se puso a escuchar, aguardando la llegada de Siona. La muchacha se había detenido. El sabia que estaba admirando la vista.

Leto pensó en su propia imaginación como si fuera un mago que hubiese utilizado todos los elementos necesarios para producir el ambiente físico de este momento. El sentía los satélites, instrumentos finísimos que orquestaban la música del baile de las masas de aire cálido y frío, controlando y ajustando perennemente las poderosas corrientes verticales y horizontales. Le divertía recordar que los ixianos habían creído que él iba a utilizar tan exquisita maquinaria para una nueva versión del despotismo hidráulico, reteniendo la humedad para privar de ella a quienes desafiasen decretos o castigando a otros con terribles tormentas. ¡Qué sorpresa se habían llevado al descubrir su error!

Mis medios de control son más sutiles.

Despacio, suavemente, comenzó a moverse. reptando por la superficie de arena, dejándose resbalar por la pendiente de la duna, sin mirar ni una vez hacia atrás, hacia

la delgada aguja de su torre, sabiendo que pronto se desvanecería en la neblina del calor diurno.

Siona le seguía con una docilidad extraña en ella. Las dunas habían producido el efecto apetecido. Había leído los diarios robados y había escuchado las advertencias de su padre. Ahora se encontraba con que no sabía qué pensar.

– ¿Qué es ésta prueba? -le había preguntado a Moneo- ¿Qué me hará?

– Nunca es igual.

– ¿La tuya en qué consistió?

– Contigo será diferente. Si te contara mi experiencia sólo serviría para confundirte.

Leto había escuchado en secreto mientras Moneo preparaba a su hija, vistiéndola con un destiltraje Fremen auténtico, echándole un manto oscuro por los hombros, ajustando correctamente los canales de bombeo del calzado. Moneo no había olvidado.

Al inclinarse para abrocharse las botas, Moneo había levantado la vista y le había dicho:

– Aparecerá el Gusano. Eso es todo lo que puedo decirte.

Debes encontrar una nueva manera de vivir en presencia del Gusano. -Luego se había puesto de pie para explicarle el funcionamiento del destiltraje y como reciclaba el agua de su cuerpo. Le hizo tirar del tubo de un bolsillo de recuperación y chupar de él, y luego sellar de nuevo el tubo.

– Estarás sola con él en el desierto -le había dicho Moneo-. Shai-Hulud nunca está lejos cuando sale al desierto.

– ¿Y si me niego a ir? -preguntó Siona.

– Irás... pero tal vez no regreses.

Esta conversación se había desarrollado en la cámara situada en la planta baja de la Pequeña Ciudadela, mientras Leto esperaba arriba, en su refugio. Bajó al tener noticia de que Siona ya se hallaba a punto, dejándose caer en la oscuridad de las horas que preceden al alba accionando los suspensores de su carro. El carro había entrado en la cámara de la planta baja después de que salieran de ella Siona y Moneo. Mientras Moneo cruzaba la planicie hasta su ornitóptero y partía entre el susurro del batir de las alas, Leto había ordenado a Siona que comprobase que la puerta quedaba bien sellada y que levantase la mirada para contemplar la inverosímil altura de la torre.

– La única salida es cruzar el Sareer -dijo.

Entonces la alejó de la torre, sin ordenarle siquiera que siguiese, confiando tan sólo en el sentido común, la curiosidad y las dudas de la muchacha.

El avance reptante de Leto le hizo descender por la empinada ladera de la duna, continuar hacia una descarnada zona del cimiento rocoso de la base, y luego volver a subir por una falda arenosa en un ángulo agudo, creando así un camino por donde Siona pudiera seguirle. Los antiguos Fremen llamaban a esos rastros de compresión "el regalo de Dios para el caminante fatigado". Avanzaba despacio, dejando que Siona tuviera tiempo de darse cuenta de que estos eran sus dominios, su habitat natural.

Al coronar la cima de otra duna, se volvió para observar el avance de la muchacha. Se mantenía sobre el rastro que él había formado, y sólo se detuvo al llegar a la cumbre. La mirada de Siona se dirigió una vez al rostro del Dios Emperador, y luego describió un círculo completo para examinar el horizonte. El oyó el jadeo de su respiración. La neblina del calor ocultaba ya la punta de la torre. La base, desde lejos, parecía un distante afloramiento.

– Así era todo -dijo él.

El desierto tenía algo que llegaba al alma eterna de la gente por cuyas venas corría sangre Fremen, lo sabía. Había elegido este lugar por sus especiales características: una de las dunas era un poco más elevada que las demás.

– Contempla bien la vista -le dijo, y descendió por la ladera opuesta para apartar su mole del radio de visión de la muchacha.

Siona se dio vuelta una vez mas.

Leto conocía la sensación que producía en el interior de la muchacha lo que estaba contemplando. Excepto por la insignificante y confusa línea de la base de su torre. no existía la menor elevación en la raya del horizonte: todo era llano. absolutamente llano. Ni una planta, ni un solo movimiento de un ser vivo. Desde el punto de observación de la muchacha habría una distancia de unos ocho kilómetros hasta el punto en que la curvatura del planeta ocultaba lo que se extendía más allá.

Desde el lugar donde se había detenido, justo debajo de la cumbre de la colina, se oyó la voz de Leto que decía:

– Este es el verdadero Sareer. Tan sólo se conoce cuando se llega hasta aquí para contemplarlo. Esto es todo lo que queda del bahr bela ma.

– El océano sin agua -musitó ella.

Nuevamente se volvió para examinar el horizonte completo.

No soplaba viento. y Leto sabía que sin viento el silencio devoraba el alma humana. Siona empezaba a sentir la pérdida de todos los puntos de referencia conocidos. Estaba abandonada en un peligroso espacio.

Leto miró la duna siguiente. En aquella dirección llegarían a una baja cadena de colinas, antiguas montarías convertidas ahora en un montón de escombros y de escoria. Siguió descansando, callado, dejando que el silencio trabajara para él. Era incluso agradable imaginar que las dunas continuaban sin fin, como en los viejos tiempos, cubriendo toda la superficie del planeta. Pero hasta esas pocas dunas

degeneraban; sin las originales tormentas de coriolis de Dune, el Sareer no recibía más impulso que la caricia de una fuerte brisa y de algunos vórtices de arena que no producían sino efectos locales.

Uno de esos "diablos del viento" bailoteaba a media distancia en dirección al sur. La mirada de Siona siguió su recorrido y luego, bruscamente, dijo:

– ¿Tenéis una religión personal?

Leto tardó un instante en componer su respuesta. Era asombroso cómo el desierto provocaba siempre pensamientos relacionados con la religión.

– ¿Te atreves a preguntarme si poseo una religión personal? -replicó.

Sin revelar ninguna señal de los miedos que él sabía que sentía, Siona se volvió y se lo quedó mirando. La audacia siempre había sido signo distintivo de los Atreides, se recordó a si mismo.

Y al ver que ella no contestaba nada, Leto dijo:

– Eres una Atreides de pura cepa.

– ¿Esta es vuestra respuesta? -preguntó.

– ¿Qué es lo que realmente quieres saber, Siona?

– ¡En lo que vos creéis!

– ¡Ah! Preguntas por mi fe. Bien, pues creo que algo no puede emerger de la nada sin intervención divina.

Su respuesta la dejó perpleja.

– ¿Cómo puede un...?

– Natura non fecit saltus -dijo él.

Ella agitó la cabeza, sin comprender la antigua cita que había surgido de sus labios.

Leto tradujo para ella:

– La naturaleza no procede a saltos.

– ¿Qué idioma era ese? -preguntó ella.

– Una lengua que ya no se habla en ningún rincón de mí universo.

– ¿Entonces por qué la usasteis?

– Para estimular tus recuerdos antiguos.

– ¡No tengo ninguno! ¡Sólo quiero saber por qué me trajisteis aquí!

– Para darte a probar el sabor de tu pasado. Ven aquí y súbete a mí espalda.

Al principio ella titubeó, pero luego, comprendiendo la futilidad que significaría desafiarle, descendió de la duna y se subió trepando a sus espaldas.

Leto esperó hasta sentirla arrodillada sobre su lomo. No era lo mismo que en los viejos tiempos que había conocido, pues ella carecía de garfios de doma y no podía montarle de pie. Elevó sus segmentos frontales, despegándose ligeramente de la superficie.

– ¿Por qué he de hacer esto? -preguntó ella, en un tono que revelaba lo ridícula que se sentía.

– Quiero que conozcas cómo nuestro pueblo recorría orgulloso estas tierras montando a lomós de un gusano de arena gigante.

El empezó a deslízarse descendiendo por la ladera de la duna. Siona había visto hologramas que representaban esta escena y conocía intelectualmente de qué se trataba esta experiencia, pero el pulso de la realidad era una cosa muy distinta, y él sabía que la disfrutaría.

Ahhh.., Siona, pensó, ni siquiera empiezas a sospechar cómo voy a ponerte a prueba.

Leto endureció entonces sus sentimientos. No debo tener piedad. Si muere, que muera. Si alguno de ellos muere, es porque resulta obligado, nada más.

Y tuvo que recordarse que esto se aplicaba incluso a Hwi Noree. Era simplemente que no todos ellos podían morir.

Se percató de ello cuando notó que Siona comenzaba a disfrutar de la sensación de ir montada a sus espaldas, notando un leve cambio en el peso al apuntalarse ella bien en sus piernas para levantar la cabeza.

El se lanzó entonces, siguiendo el recorrido de un curvo barracan, uniéndose a Siona en el disfrute de las viejas sensaciones. Apenas si vislumbraba los vestigios de las colinas que se elevaban en el horizonte justo delante de él. Eran como una semilla del pasado aguardando impasibles, como un recuerdo de la fuerza autónoma y expansiva que opera en el desierto. Logró olvidar un instante que en este planeta tan sólo una reducida porción de su superficie permanecía desértica, y que la dinámica del Sareer existía en un precario entorno.

No obstante, la ilusión del pasado había renacido. Lo notó a medida que avanzaba. Fantasía, por supuesto, se dijo a si mismo, una fantasía obligada a desvanecerse mientras perdurase su forzada tranquilidad. Aunque el majestuoso barracan que ahora atravesaba no era tan inmenso como los del pasado. Ninguna de las dunas era tan grande.

De repente este desierto mantenido como tal le pareció ridículo. Y casi se detuvo en una franja de guijarros que se extendía entre dos dunas, reanudando el avance, aunque con mas lentitud pues trató de enumerar los elementos necesarios que hacían

funcionar todo el sistema. Dio en imaginar la rotación del planeta estableciendo grandes corrientes de aire que transportaban aire frío y después caldeado en enorme volumen a regiones nuevas, todo ello controlado y gobernado por aquellos minúsculos satélites equipados con instrumentos ixianos y platinas concentradoras de calor. Si los elevados monitores veían alguna cosa era en parte al Sareer como un "desierto en relieve" con sus altas murallas y sus muros de aire frío circundándolo. Lo cual tendía a causar la aparición de hielo en los bordes, exigiendo nuevos y más numerosos ajustes meteorológicos.

No era tarea fácil, y por este motivo Leto perdonaba las ocasionales equivocaciones que pudieran cometerse.

Al avanzar nuevamente hacia las dunas, perdió aquel sentido de delicado equilibrio, descartando el recuerdo de las pétreas extensiones baldías que rodeaban a las extensiones arenosas del centro, y se entregó al goce y al disfrute de su "océano petrificado", con su congelado y aparentemente inmóvil oleaje. Viró entonces hacia el sur avanzando en paralelo a las colinas.

Sabía que a la mayoría de la gente les ofendía su infatuación por el desierto. Se sentían incómodos y se marchaban. Siona, sin embargo, no podía marcharse. Mirase adonde mirase, el desierto exigía que se reconociese su existencia. Iba en silencio montada a sus espaldas, pero él sabía que tenía los ojos llenos de lágrimas y que sus recuerdos más antiguos comenzaban a bullir.

Al cabo de tres horas llegó a una región de dunas cilíndricas semejantes a lomos de ballenas, algunas de las cuales medían más de ciento cincuenta kilómetros de largo contando desde el ángulo que ofrecían al viento dominante. Detrás de ellas se extendía un corredor de guijarros que, avanzando entre montículos, conducía a una zona de dunas estrelladas de casi cuatrocientos metros de altura. Finalmente penetraron en la región de dunas trenzadas del erg central, donde las altas presiones y la elevada carga eléctrica del aire elevó su ánimo. Sabia que Siona estaba experimentando la gran fascinación del mismo hechizo.

– Aquí es donde nacieron las canciones de la Larga Caminata, que conserva íntegras la Historia Oral.

Ella no respondió, pero él supo que le había oído.

Leto aminoró el paso y comenzó a dialogar con Siona, hablándole de su pasado Fremen. Percibió el despertar de su interés, pues llegaba incluso a hacer preguntas, pero también notó como la iban invadiendo los miedos. Desde el punto en que se hallaban ni siquiera la base de la Pequeña Ciudadela era visible. Nada de cuanto la rodeaba había sido construido por el hombre. Y ella imaginaba que él se dedicaba a charlar, tratando de temas intrascendentes para posponer algo portentoso.

– La igualdad entre nuestros hombres y mujeres tuvo su origen aquí -explicó.

– Vuestras Habladoras Pez niegan que los hombres y las mujeres sean iguales. -Su voz, impregnada de interrogativa incredulidad, era un localizador mucho más exacto que la sensación de transportarla agazapada sobre su lomo. Leto se detuvo en el cruce de dos dunas trenzadas para liberar el oxígeno generado en su cuerpo por el calor.

– Hoy las cosas han cambiado -dijo él-. Pero los hombres y las mujeres poseen indudablemente exigencias evolutivas diferentes. Con los Fremen, en cambio, existía una cierta interdependencia, lo cual fomentaba la igualdad en lugares como este, donde las cuestiones de supervivencia son de una urgencia inmediata.

– ¿Por qué me habéis traido aquí? -preguntó.

– Mira hacia atrás -le dijo él.

La sintió volverse. Entonces ella pregunto.

– ¿Qué se supone que debo ver?

– ¿Hemos dejado algún rastro? ¿Ves por donde hemos pasado?

– Hace un poco de viento ahora.

– ¿Ha cubierto nuestro rastro?

Creo que si.

– Este desierto nos hizo lo que fuimos y somos -declaró él-. Este es el verdadero museo de todas nuestras tradiciones. En realidad, ninguna de esas tradiciones se ha perdido.

Leto avistó una pequeña tormenta de arena, una ghibli, cruzando el horizonte hacia el sur. Pudo distinguir las delgadas cintas de polvo y arena que avanzaban ante él. Seguro que Siona también lo había visto.

– ¿Por qué no me decís para qué me habéis traído aquí? -preguntó ella. El miedo se le transparentaba en la voz.

– Ya te lo he dicho.

– ¡No, no me lo habéis dicho!

– ¿Qué distancia hemos recorrido, Siona?

Ella pensó antes de contestar:

– ¿Treinta kilómetros? ¿Veinte?

– Mucho más -replicó él-. Me muevo muy aprisa en mis tierras. ¿No sentías el viento acariciarte la cara?

– Sí. -Y de mal humor-: ¿Para qué me habéis hecho venir tan lejos?

– Baja y colócate donde pueda verte.

– ¿Por qué?

Bien, pensó. Cree que la voy a abandonar aquí alejándome a toda velocidad sin que pueda atraparme.

– Baja y te lo explicare.

Ella se dejó resbalar desde el lomo y, dando un rodeo, fue a colocarse ante su cara.

– El tiempo vuela cuando los sentidos disfrutan -dijo él- Llevamos fuera unas cuatro horas. Habremos recorrido sesenta kilómetros.

– ¿Qué tiene eso de importancia?

– Moneo puso algunos alimentos secos en la faltriquera de tu manto -dijo él-. Come algo y te lo explicaré.

Ella encontró un cubo de promotor seco en la faltriquera y comenzó a masticarlo mientras le contemplaba. Era el auténtico alimento de los antiguos Fremen, hasta incluso en la ligera adición de melange.

– Has sentido tu pasado -declaró él-. Ahora debes ser sensibilizada hacia tu futuro, hacia la Senda de Oro.

Ella tragó saliva.

– Yo no creo en vuestra Senda de Oro.

– Sí quieres vivir, tienes que creer en ella.

– ¿Es esa vuestra prueba? ¿Tener fe en el gran Dios Leto o morir?

– No tienes que creer en mi en absoluto. Quiero que tengas fe en ti misma.

– ¿Y para eso tiene importancia la distancia que hemos recorrido?

– Así tendrás una idea de la distancia que te queda por recorrer.

Ella se llevó una mano a la mejilla.

– Yo no...

– Justo en el sitio donde estas -dijo él-, te encuentras en el inconfundible centro del Infinito.

Ella lanzó una mirada a derecha e izquierda, a las ininterrumpidas extensiones del desierto.

– Vamos a salir andando de mi desierto juntos. Solos los dos.

– Vos no andáis -replicó ella con desdén.

– Es una forma de hablar. Pero tú si andarás. Te lo aseguro.

Ella miró en la dirección de donde habían venido.

– Por eso me preguntabais por el rastro.

– Aun cuando hubiera rastros, no podrias regresar. En mí Pequeña Ciudadela no hay nada que pudieras usar para sobrevivir.

– ¿No hay agua?

– Nada.

Ella buscó el tubo del bolsillo de recuperación, chupó de él, y lo guardó de nuevo. El observó el cuidado que ponía en sellar su extremo, aunque en cambio no se puso la mascarilla facial en la boca, tal como Leto había oido que le aconsejaba su padre.

¡Quería tener la boca libre para seguir hablando!

– Me estáis diciendo que no puedo escapar de vos.

– Vete, si quieres -dijo él.

Ella describió un circulo completo, examinando el terreno.

– Hay un refrán sobre las tierras sin fin que afirma que una dirección es tan buena como cualquier otra -dijo él-. En ciertos aspectos sigue siendo cierto, pero yo no me fiaría de él.

– ¿Pero soy realmente libre de marcharme si quiero?

– La libertad puede ser un estado muy solitario -respondió él.

Ella señaló a la pronunciada ladera de la duna sobre la cual se habían detenido.

– Pero podría bajar y...

– Yo en tu lugar, Siona, no bajaría jamás por donde señalas.

Ella le miró echando fuego por los ojos.

– ¿Por qué?

– En las laderas pronunciadas de las dunas, a menos que sigas las ondulaciones naturales del terreno, la arena puede resbalar por encima de ti y sepultarte.

Ella contempló la pendiente, asimilando sus palabras.

– ¿Ves qué hermosas pueden ser las palabras? -preguntó él.

Ella le miró a la cara.

– ¿Nos vamos?

– Aquí se aprende a valorar el ocio. Y la cortesia. No hay prisa.

– Pero no tenemos más agua que la de...

– Si se emplea juiciosamente, ese destiltraje te permitirá sobrevivir.

– ¿Pero cuánto tardaremos en...?

– Tu impaciencia me alarma.

– Pero no tenemos más comida que esos pedazos secos de mi bolsillo. ¿Qué comeremos cuando...?

– ¡Siona! ¡Te das cuenta de que estas hablando en plural? ¿Qué comeremos? No tenemos agua. ¿Nos vamos? ¿Cuánto tardaremos?

El notó la sequedad de la boca de la muchacha cuando intentó tragar saliva.

– ¿Será posible que seamos interdependientes?

De mala gana, ella replicó:

– Yo no sé cómo sobrevivir aqui.

– ¿Y yo si?

Ella asintió.

– ¿Y por qué habría de compartir tan valioso conocimiento contigo? -le preguntó él.

Ella se alzó de hombros con un gesto tan desvalido que le emocionó. Qué aprisa borraba el desierto las actitudes anteriores.

– Compartiré mi conocimiento contigo -dijo él-. Pero tú debes buscar algo muy valioso para compartirlo conmigo.

La mirada de Siona recorrió la longitud entera de su mole, se detuvo un momento en las aletas que antaño fueran piernas, y luego se centró de nuevo en su rostro.

– Un acuerdo que se compra con amenazas no es un acuerdo -declaró.

– Por mi parte no ejerzo violencia alguna.

– Existen muchas clases de violencia -dijo ella.

– ¿Y yo te traje aqui para que murieras?

– ¿Pude yo hacer algo más que obedecer?

– Es díficíl haber nacido Atreides -declaró él-. Créeme, lo sé bien.

– No teníais por qué hacerlo de este modo -replicó ella.

– En eso te equivocas.

Se apartó de ella y comenzó a descender la duna por un rastro sinusoidal. La oyó seguirle, resbalando y a trompicones. Leto se detuvo a la sombra proyectada por la duna.

– Esperaremos aquí a que pase el día -dijo-. Se gasta menos agua viajando por la noche.

- CAPITULO XLI -

Una de las palabras más terribles en cualquier idioma es Soldado. Sus sinónimos desfilan a través de nuestra historia: yoghanee, miliciano, húsar, hareeo, cosaco, deranzeef, legionario, sardaukar, habladoras pez... Los conozco todos. Están todos ahi; en las filas de mi memoria, para recordarme: Asegúrate siempre de que cuentas con el apoyo del ejército.

–Los Diarios Robados..

Idaho encontró por fin a Moneo en el largo pasillo subterráneo que conectaba los complejos oriental y occidental de la Ciudadela. Idaho llevaba recorriendo la Ciudadela buscando al mayordomo desde dos horas antes del amanecer, y allí estaba al fondo del corredor, hablando con alguien oculto en una entrada, reconocible incluso a esa distancia por su postura y aquel inevitable uniforme blanco.

Las paredes de plastipiedra del corredor situado a cincuenta metros de profundidad eran de color ámbar, y estaban iluminadas por franjas luminosas graduadas para reproducir la luz del día. Una fresca brisa entraba hasta esas profundidades mediante un sencillo sistema de aspas auto-oscilantes, instaladas cual gigantescas figuras embozadas en sus mantos en las torres del perímetro de la fortaleza. Ahora que el Sol caldeaba las arenas, todas las aspas estaban orientadas al norte para captar el aire fresco que entraba en el Sareer. Idaho aspiró al caminar el olor a pedernal traído por la brisa.

Sabia bien lo que este corredor trataba de representar. Poseía, en efecto, ciertas caracteristicas de un antiguo Sietch Fremen. Era muy amplio, capaz para que circulara Leto con su carro, y el techo abovedado parecía tallado en la roca. Pero las franjas luminosas destruían el efecto. Idaho no había visto nunca franjas luminosas antes de visitar la Ciudadela; en su tiempo se consideraban poco prácticas por requerir demasiada energía, y ser por ello excesivamente costosas de mantener. Los globos luminosos eran más sencillos y fáciles de reponer. Sin embargo, habia llegado a la conclusión de que Leto consideraba muy pocas cosas impracticables.

Lo que Leto desea, alguien se lo proporciona.

Aquel pensamiento resonó, con un eco de ominoso presagio, mientras Idaho se dirigía por el corredor al encuentro de Moneo.

Pequeñas habitaciones se abrían a ambos lados del pasillo, a la manera de los Sietch, separadas no por puertas sino por unas cortinas de una tela roja que ondeaban con la brisa. Idaho sabía que aquella zona estaba destinada principalmente a acuartelamiento de las jóvenes Habladoras Pez. Había vislumbrado una sala de actos con diversas estancias anexas destinadas a almacén de armas, cocina, un comedor, y servicios de mantenimiento. También había vislumbrado otras cosas tras la escasa intimidad que ofrecían las cortinas, cosas que habían acrecentado su rabia.

Al acercarse Idaho, Moneo se volvió. La mujer con la que Moneo había estado hablando se retiró a su cuarto dejando caer la cortina, no antes de que Idaho

distinguiera un rostro ya maduro con cierto aíre de mando. Idaho no reconoció a aquella comandante en particular.

Moneo asintió al ver que Idaho se detenía a dos pasos de él.

– La guardia me ha dicho que me estabas buscando -dijo.

– ¿Donde está, Moneo?

– ¿Dónde está quien?

Moneo recorrió con la mirada la figura de Idaho de los pies a la cabeza, observando en anticuado uniforme Atreides negro con un halcón rojo bordado en el pecho, las botas de caña alta que centelleaban relucientes. Aquel hombre tenía un cierto aspecto ritual.

Idaho efectuó una leve inspiración y, con los dientes apretados, amenazó:

– ¡No empieces ese juego conmigo!

Moneo desvió la mirada del cuchillo envainado que pendía del cinto de Idaho. Parecía una pieza de museo, con su empuñadura cuajada de piedras preciosas. ¿Dónde lo habría encontrado Idaho?

– Si te refieres al Dios Emperador... -dijo Moneo.

– ¿Dónde?

Moneo procuró dar una cierta suavidad a su voz.

– ¿Por qué te empeñas en morir?

– Me dijeron que estabas con él.

– Eso fue antes.

– ¡Le encontraré, Moneo!

– Ahora no.

Idaho se llevó una mano al cuchillo.

– ¿Tendré que emplear la fuerza para hacerte hablar?

– Yo no te lo aconsejaría.

– ¿Dónde... está?

– Puesto que insistes, está en el desierto, con Siona.

– ¿Con tu hija?

– ¿Hay acaso otra Siona?

– ¿Qué están haciendo?

– La esta poniendo a prueba.

– ¿Cuando regresarán?

Moneo se alzó de hombros y luego dijo:

– ¿Por qué esta cólera tan indecorosa, Duncan?

– ¿De qué se trata esta prueba de...?

– No lo sé. Pero, ¿por qué estás tan preocupado?

– ¡Estoy harto de este lugar! ¡Habladoras Pez! -volvió la cabeza y escupió.

Moneo echó una mirada al corredor por detrás de Idaho, recordando su llegada. Conociendo a los Duncans, era fácil deducir qué había despertado su cólera.

– Duncan, es perfectamente normal para los adolescentes, tanto femeninos como masculinos, experimentar sentimientos de atracción fisica hacia miembros de su mismo sexo. Casi todos abandonan después esas prácticas.

– ¡Debiera prohibirse!

– Pero forma parte de nuestra tradición.

– ¡Debiera prohibirse, eliminarse! Y eso no es...

– Calla ya. Intentar suprimirlo no sirve más que para acrecentar su interés.

Idaho le miró echando fuego por los ojos.

– ¡Y dices que no sabes lo que está pasando ahí con tu hija!

– Siona está siendo sometida a prueba, ya te lo dije.

– ¿Y qué se supone que significa eso?

Moneo se pasó una mano por los ojos, suspirando. Luego la bajó, preguntandose por qué aguantaba a ese estúpido, peligroso y anticuado ser humano.

– Significa que quizás muera mientras realiza la prueba.

Idaho, desconcertado por la sorpresa, sintió decrecer un tanto su furia.

– ¿Cómo puedes permitir...?

– ¿Permitir? ¿Crees que puedo escoger?

– ¡Todos los hombres tienen derecho a escoger!

Una amarga sonrisa revoloteó en los labios de Moneo.

– ¿Así que eres mucho más necio que todos los otros Duncans?

– ¡Los otros Duncans! -exclamó Idaho- ¿Cómo murieron los otros Duncans, Moneo?

– Como morimos todos. Se les acabó el tiempo.

– Mientes -dijo Idaho, con los dientes apretados y los nudillos que empuñaban el cuchillo blanco.

Hablándole todavía con toda suavidad, Moneo replicó:

– Ten cuidado. Hay ciertos límites incluso para lo que estoy dispuesto a aceptar, y en especial ahora.

– ¡Este lugar está podrido! -exclamó Idaho, señalando con la mano libre el pasillo que se extendía detrás de él-. Hay cosas que jamás aceptaré.

Moneo se quedó mirando el vacío pasillo sin fijar su atención:

– Debes madurar, Duncan; debes madurar.

La mano de Idaho agarró con fuerza el cuchillo:

– ¿Qué significa esto?

– Son momentos delicados. Cualquier cosa que pueda molestarle, cualquier cosa... debe evitarse por todos los medios. Idaho se dominó al borde mismo de la violencia, refrenada su cólera sólo por algo muy enigmático que advirtió en la expresión de Moneo. No obstante, se habían pronunciado ciertas palabras que no podían ignorarse.

– ¡Yo no soy un maldito niño inmaduro al que puedas...!

– ¡Duncan! -Fue el grito más potente que Idaho oyera jamás del suave Moneo. La sorpresa detuvo la mano de Idaho, mientras Moneo continuaba diciendo-: Si las demandas de tu cuerpo exigen madurez, pero hay algo que las obstaculiza en la adolescencia, se desarrolla un comportamiento agresivo que hay que desfogar.

– ¿Estás... acaso... acusándome... de...?

– ¡No! -Moneo indicó el pasillo con un gesto-. Sé lo que debes haber visto ahí detrás, pero...

– ¡Dos mujeres besándose apasionadamente! ¿Te parece que no es...?

– No es tan importante. La juventud explora su potencial de mil formas distintas.

Idaho, al borde de un estallido, se balanceó sobre las puntas de los pies.

– Me alegra saber cómo eres en realidad, Moneo.

– Yo también sé cómo eres. He tenido varias oportunidades de conocerte antes.

Moneo observó el efecto de estas palabras penetrando en la consciencia de Idaho, retorciéndose, enredándose. Los gholas no podían evitar sentir una verdadera fascinación hacia los otros que les habían precedido.

Con un ronco murmullo, Idaho dijo:

– ¿Qué sabes de mi?

– Me has enseñado cosas muy importantes -dijo Moneo-. Todos intentamos evolucionar, pero si algo nos bloquea, entonces transferimos nuestro potencial al dolor, bien buscándolo, bien causándolo a los demás. Los adolescentes son especialmente vulnerables.

Idaho se inclinó hacia Moneo:

– ¡Estoy hablando del sexo!

– Claro que sí.

– ¿Me estás acusando acaso de pervertir a adolescentes...?

– Eso es.

– ¡Te cortaré la...!

– ¡Calla ya!

La respuesta de Moneo careció de todos los matices del adiestramiento Bene Gesserit. El control de la voz lo dominaba, pero llevaba toda su vida ejercitándolo. Idaho sintió que algo le obligaba a obedecer.

– Lo siento -dijo Moneo-. Pero estoy trastornado por el hecho de que mi única hija... -Se interrumpió, alzándose de hombros.

Idaho efectuó dos profundas inspiraciones:

– ¡Estáis locos todos! Dices que tu hija quizás se esté muriendo, y tú...

– ¡Estúpido! -espetó Moneo- ¿Tienes alguna idea de lo que me parecen tus mezquinos problemas? ¿Tus estúpidas preguntas y tus egoístas...? -Se interrumpió, sacudiendo la cabeza.

– Te lo tolero porque tienes problemas personales -dijo Idaho- Pero si...

– ¿Tolerar? ¿Tolerar tú? -Moneo efectuó una temblorosa inspiración. Era demasiado.

Idaho replicó friamente:

– Puedo perdonar tu...

– ¡Tú! Parloteando sobre sexo y perdón y dolor y... Tú crees que tú y Hwi Noree...

– ¡No la mezcles en esto!

– Oh, sí, no la mezcles. No mezcles ese dolor. Compartes el sexo con ella y no pensáis jamás en separaros. Pero dime, estúpido, ¿cómo te las vas a arreglar respecto a eso?

Avergonzado, Idaho se limitó a inspirar profundamente. No sospechaba que el suave Moneo pudiera albergar tanta pasión, pero este ataque, esto no podía...

– ¿Me crees cruel? -preguntó Moneo- ¿Por hacerte pensar en cosas que preferirías evitar? ¡Ah, cosas más crueles se las han hecho a Nuestro Señor Leto sin más motivo que la pura crueldad!

– ¿Le defiendes? Tú...

– ¡Le conozco mejor!

– ¡El te utiliza!

– ¿Para qué fines?

– ¡Dímelo tú!

– El es nuestra única esperanza de perpetuar...

– ¡Los pervertidos no perpetúan nada!

Entonces Moneo, en tono conciliador pero con unas palabras que conmocionaron a Idaho, dijo:

– Te lo diré solo una vez. Los homosexuales se cuentan entre los mejores guerreros de nuestra historia. los intrépidos del último recurso. Se cuentan también entre nuestros más ilustres sacerdotes y sacerdotisas. El celibato en las religiones no es un accidente. No es tampoco un accidente que los adolescentes sean los mejores soldados de todos.

– ¡Eso es pura perversión!

– De acuerdo. Los altos mandos militares conocen desde hace millares de siglos el desplazamiento del sexo al dolor.

– ¿Es eso lo que el Gran Señor Leto está haciendo? Aún con suavidad, Moneo contestó:

– La violencia exige infligir dolor y sufrirlo. Cuán mucho más manejable resulta una fuerza militar impulsada a ello por sus más profundos instintos.

– ¡A ti también te ha convertido en un monstruo!

– Antes dijiste que me utilizaba -dijo Moneo-. Lo permito porque sé que el precio que paga por ello es muchísimo mayor que el que me exige.

– ¿Incluso tu hija?

– El no retiene nada. ¿Por qué habría de hacerlo yo? Ohhh, creo que comprendes muy bien este rasgo de los Atreides. Los Duncans siempre han sido excelentes en eso.

– ¡Los Duncans! ¡Maldito seas! ¡Yo no voy a...!

– Tú simplemente no tienes el coraje de pagar el precio que él exige -dijo Moneo.

Con un único e impreciso movimiento, Idaho desenvainó el cuchillo y arremetió contra Moneo. A pesar de su rapidez, Moneo fue más rápido; apartándose hacia un lado de un salto, echó la zancadilla a Idaho, haciéndolo caer de bruces al suelo. Idaho gateó unos pasos, rodó un par de veces, y estaba tratando de levantarse de un salto cuando vaciló, percatándose de que había atacado a un Atreides. La turbación dejó a Idaho inmóvil.

Moneo permanecía de pie, quieto, mirándole. La cara del mayordomo ostentaba una extraña expresión de tristeza.

– Si quieres matarme, Duncan, mejor por la espalda y a escondidas -dijo Moneo-. A lo mejor así lo consigues.

Idaho se incorporó sobre una rodilla, puso un pie en el suelo, pero se quedó en esa postura, sujetando todavía el cuchillo. Moneo se había movido con tanta rapidez y tanta agilidad... tan facilmente. Idaho carraspeó.

– ¿Cómo lo...?

– Hace tiempo que él selecciona la raza, Duncan, fortaleciendo muchas cosas en nosotros. Nos ha hecho mejores en velocidad, en inteligencia, en autodominio, en sensibilidad. Tú eres... tú no eres más que un modelo anticuado.

- CAPITULO XLII -

¿Sabéis lo que suelen decir los guerrilleros? Pretenden que sus rebeliones son invulnerables a la guerra económica porque carecen de economía, alegando ser parásitos de aquellos a quienes se proponen derribar. Los muy necios no valoran la moneda con la que tendrán inevitablemente que pagar. El esquema es inexorable en sus fracasos degenerativos. Se ve repetido en los sistemas de esclavitud, de los estados liberales, de las religiones organizadas en castas, de las burocracias socializantes, en cualquier sistema, en suma, que cree y mantenga dependencias. Tolera un parásito por demasiado tiempo, y no podrás vivir sin un huésped.

–Los Diarios Robados..

Leto y Siona permanecieron todo el día tumbados a la sombra de las dunas, moviéndose tan sólo a medida que el sol avanzaba en el cielo. El le enseñó cómo protegerse bajo una manta de arena del tórrido calor del mediodía, aunque nunca fue excesivo en la franja de guijarros situada entre las dunas.

Por la tarde, Siona se acurrucó contra Leto en busca de calor, un calor que él sabia que poseía en exceso aquellos dias.

Hablaban esporádicamente. El le explicaba las gracias de los Fremen que antaño dominaran estas tierras, y ella exploraba el caudal de conocimientos secretos que él albergaba.

Una de las veces, él comentó:

– Te parecerá extraño, pero aquí es donde me siento más humano.

Sus palabras no consiguieron hacerla plenamente consciente de su propia vulnerabilidad y del hecho de que pudiera morir en aquellos parajes. Aún estando sin hablar, no empleaba la mascarilla facial del destiltraje.

Leto reconoció la motivación inconsciente que ocultaba este fracaso, pero sabía bien la inutilidad de intentar subsanarlo.

A última hora de la tarde, cuando el frío de la noche comenzaba a apoderarse del desierto, empezó a deleitarla con canciones de la Larga Caminata que no habían sido conservadas por la Historia Oral. A él le agradó que le gustara una de sus favoritas, "La Marcha de Liet".

– La melodía es antiquisima -dijo él-; una música pre-espacial, procedente de la antigua Terra.

– ¿Por qué no la cantáis otra vez?

Eligió a uno de sus mejores barítonos, un artista fallecido muchos años atrás, que había llenado más de una sala de conciertos.

El muro del pasado-más-allá-del-recuerdo
Me oculta de una antigua catarata
Donde se precipitan las aguas
Y juegos de espumas
Excavan grutas en la arcilla
Bajo el rumor de un torrente

Cuando él terminó, ella guardó silencio unos instantes y luego dijo:

– Qué extraña canción para una marcha.

– Les gustaba porque podían disecarla.

– ¿Disecaría?

– Antes de que nuestros antepasados Fremen llegaran a este planeta, la noche era el momento de contar historias, cantar y recitar poesías. En los tiempos de Dune, sin embargo, eso se reservaba para lo que llamaban la falsa oscuridad, las tinieblas del día en el interior del Sietch. La noche era cuando podían salir a caminar, como nosotros ahora.

– Pero dijisteis disecar.

– ¿Qué significa esa canción? -preguntó él.

– Es... simplemente una canción.

– ¡Siona!

Ella escuchó enojo en su voz y permaneció callada.

– Este planeta es hijo del gusano -le advirtió él-. Y yo soy ese gusano.

Con sorprendente despreocupación, ella le contestó:

– Entonces decidme vos qué significa.

– El insecto goza de tanta libertad con respecto a su colmena como gozamos nosotros con respecto a nuestro pasado -dijo él-. Allí están las grutas y todos los mensajes escritos en la espuma de la corriente.

– Prefiero canciones que se puedan bailar -replicó ella.

Era en verdad una respuesta poco seria, pero Leto decidió tomarla como un deseo de cambiar de tema. Le habló entonces de la danza matrimonial de las mujeres Fremen, cuyos pasos se inspiraban en la rapidez de los torbellinos de arena. Era evidente por la extasiada atención con que escuchaba Siona que podía ver a las mujeres girando velozmente ante los ojos internos de Leto, con sus oscuras cabelleras acompañando el ritmo de la danza y cayendo desgreñadas sobre rostros por mucho tiempo muertos.

Era ya casi de noche cuando él terminó de hablar.

– Ven -dijo-. El amanecer y el crepúsculo siguen siendo la hora de las siluetas. Vamos a ver si hay alguien que comparta con nosotros el desierto.

Siona le siguió hasta la cima de una duna, desde la cual contemplaron el amplio panorana de la oscuridad cayendo sobre las extensiones del desierto. Solamente había un pájaro en el cielo, planeando sobre sus cabezas. sin duda atraído por sus movimientos. Por la envergadura de sus alas y su forma, Leto reconoció en él a un buitre, y asi se lo dijo a Siona.

– ¿Pero qué comen? -preguntó ella.

– Cualquier animal muerto o a punto de morir.

Eso la impresionó, y se quedó contemplando cómo el resplandor último del sol doraba las plumas del solitario pájaro.

Leto aprovechó la ocasión para decir:

– Algunas personas, pocas, se aventuran todavía a cruzar mi Sareer. A veces un Fremen de Museo se aparta de su grupo y se pierde. La verdad es que sólo sirven para los rituales. Y además están los bordes del desierto, y los restos de lo que dejan mis lobos.

Al oir esto, ella se apartó con una rápida vuelta de su lado, pero no sin que él advirtiera la angustia que la consumía. Siona estaba siendo dolorosamente probada.

– El día en el desierto tiene poco atractivo -dijo él-. Esta es otra razón de que viajemos de noche. Para un Fremen la imagen del día es la de la arena impulsada por el viento, borrando las huellas de sus pasos.

Los ojos de Siona estaban empañados de lágrimas cuando se volvió hacia él, pero su rostro estaba sereno.

– ¿Qué vive, pues, aquí ahora?

– Los buitres, unas pocas alimañas nocturnas, algún vestigio de vida vegetal procedente de los viejos tiempos, y algunos bichos que habitan en madrigueras.

– ¿Eso es todo?

– Si.

– ¿Por qué?

– Porque aquí es donde nacieron y no les permito conocer nada mejor.

Era casi de noche, y lucía aquel repentino resplandor que su desierto adquiría a aquella hora. El la estuvo contemplando a la luz de aquella claridad, advirtiendo que ella no había comprendido aún su otro mensaje, aunque sabía que el mensaje había penetrado en ella y pronto supuraria.

– Siluetas -comentó ella, recordando sus anteriores palabras-. ¿Qué esperabais encontrar cuándo subimos aquí?

– Tal vez gente a lo lejos. Nunca se sabe.

– ¿Qué gente?

– Ya te lo he dicho.

– ¿Qué hubierais hecho si hubierais visto a alguien?

– La costumbre Fremen era tratar a la gente alejada con hostilidad hasta que arrojaban arena al aire.

Mientras él pronunciaba estas palabras, la oscuridad cayó sobre ellos como una cortina, y Siona se convirtió en un movimiento fantasmal a la luz de las estrellas.

– ¿Arena? -repitió.

– Arrojar arena es un gesto muy profundo. Quiere decir: "Compartimos la misma carga. La arena es nuestro único enemigo. Esto es lo que bebemos. La mano que coge arena no puede empuñar un arma". ¿Entiendes esto?

– ¡No! -respondió ella con burla, mintiendo desafiante.

– Lo entenderás -replicó él.

Sin decir una palabra, ella echó a andar por el arco de la duna donde se hallaban, alejándose de él a grandes pasos con enojado exceso de energía. Leto se demoró deliberadamente, constatando con interés que instintivamente había elegido la dirección correcta. En su interior se sentían bullir los viejos recuerdos Fremen.

En el punto en que la duna descendía para encadenarse con otra, ella se detuvo a esperarle. El observó que la mascarilla facial de su destiltraje permanecía abierta, colgando suelta. No era momento aún de reprenderla por eso. Ciertas sensaciones inconscientes debían dejarse que siguieran su curso natural.

Al ver que se acercaba, ella dijo:

– ¿Es buena esta dirección? ¿Como cualquier otra?

– Si no la abandonas, si -contestó él.

Ella levantó la mirada a las estrellas y él la vio identificar la constelación de los Jalones, aquellas flechas Fremen que habían guiado a sus antepasados a través del desierto. También observó, sin embargo, que esta identificación era puramente intelectual, sin haber llegado a aceptar todavía los demás elementos que bullían en su interior.

Leto elevó sus segmentos frontales para atisbar en la oscuridad. Avanzaban en dirección norte, levemente desviadas hacia el oeste, por una ruta que antaño conducía

a través de la Cresta Habbanya y la Caverna de los Pájaros hacia el erg situado bajo la Falsa Muralla oeste para alcanzar finalmente el Paso del Viento. Ninguno de esos lugares se conservaba. A su olfato llegó un soplo de brisa fresca con efluvios de pedernal, y más humedad de la que le resultaba agradable.

Una vez más fue Siona quien emprendió la marcha, más despacio esta vez, manteniendo la dirección correcta a base de consultar de vez en cuando a las estrellas. Confiaba en que Leto confirmara el camino, pero era ella la que guiaba ahora la expedición. El percibió el torbellino que agitaba sus cautelosos pensamientos, y supo con certeza lo que de ellos saldría. Poseia el principio de esa intensa lealtad hacia los compañeros de viaje en la que los habitantes del desierto siempre habían confiado.

Lo sabemos, pensó. Si te separas de tus compañeros, te pierdes entre las dunas y las rocas. En el desierto el viajero solitario es liombre muerto. Solamente el gusano vive solo en estas tierras.

La dejó adelantarse para que el roce de la arena a su paso no dejase un rastro demasiado prominente. Ella tenía que pensar en la parte humana de su organismo. Y él contaba con que la lealtad trabajase para él. Siona era frágil, sin embargo, y rebosaba rabia contenida, más rebelde que cualquiera de los que jamás hubiese puesto a prueba.

Leto se dejó resbalar detrás de ella, repasando el programa genético y destacando lo más esencial de la muchacha para preparar un sustituto si es que ella fracasaba.

A medida que la noche progresaba, Siona avanzaba con mayor lentitud. La Primera Luna se hallaba alta en el cielo y la Segunda Luna había rebasado ya la línea del horizonte cuando se detuvo a tomar un descanso e ingerir algún alimento.

Leto se alegró de detenerse. La fricción con la arena le había provocado un predominio del gusano y el aire que le rodeaba estaba impregnado de las exhalaciones químicas debidas a sus ajustes de temperatura. El aparato que él denominaba su supercargador de oxigeno liberaba su contenido con uníforme regularidad, haciéndole plenamente consciente de la producción de proteínas y recursos aminoácidos que su organismo de gusano había adquirido para acomodarse a la relación placentaria con sus células humanas. El desierto aceleraba el ritmo de su metamorfosis final.

Siona se había detenido junto a la cima de una duna estrellada.

– ¿Es cierto que coméis arena? -le preguntó al ver que él se acercaba.

– Si, lo es.

Ella miró a su alrededor, al horizonte helado de la luna.

– ¿Por qué no hemos traído un emisor de señales?

– Quería que aprendieras algo sobre las posesiones.

Ella se acercó y el notó su aliento cerca de su cara. Estaba perdiendo demasiada humedad en el aire reseco de la noche. Y sin embargo, no recordaba todavía el aviso de Moneo. Sería una lección amarga, sin duda alguna.

– No os comprendo en absoluto -dijo ella.

– Y, sin embargo, eso es justamente lo que tienes que hacer.

– ¿De veras?

– ¿Cómo si no puedes darme algo valioso a cambio de lo que yo te estoy dando?

– ¿Qué me estáis dando?

El percibió toda la amargura, y un levísimo olor a especia procedente del alimento seco que estaba ingiriendo.

– Te ofrezco la oportunidad de estar a solas conmigo, de compartirlo todo conmigo, y tú pasas este rato sin interés alguno. Lo estás desperdiciando.

– ¿Qué dijisteis antes acerca de las posesiones? -preguntó ella.

El oyó la fatiga de su voz, pues el mensaje del agua comenzaba a gritar en su interior.

– Aquellos Fremen de los viejos tiempos estaban vivos, magníficamente vivos -dijo él-, y su interés por la belleza se limitaba exclusivamente a lo útil. No conocí jamás a un Fremen avaricioso.

– ¿Y eso qué significa?

– En los viejos tiempos, todo lo que uno llevaba consigo al desierto era necesario, y no se llevaba absolutamente nada más. Tu vida ya no está libre de posesiones, Siona, porque de lo contrario no hubieras pedido un emisor de señales.

– ¿Por qué no es necesario un emisor de señales?

– Porque no aprenderías nada de él.

El describió un círculo alrededor de ella, siguiendo la ruta marcada por los Jalones.

– Ven. Empleemos esta noche para nuestro beneficio.

Ella se apresuró a colocarse junto al rostro enmarcado en la cogulla y a caminar a su lado.

– ¿Y qué ocurre si no aprendo vuestra maldita lección?

– Probablemente morirás -respondió él.

Eso la obligó a guardar silencio durante un rato. Ella avanzaba fatigada y despacio a su lado, sin permitirse más que alguna mirada de soslayo, ignorando su cuerpo de gusano y concentrándose en los visibles vestigios de su humanidad. Al cabo de un rato dijo:

– Las Habladoras Pez me dijeron que ordenásteis la cópula de la cual nací.

– Cierto.

– Dicen que mantenéis un registro y que ordenáis estas uniones Atreides para vuestros propios fines.

– Eso también es cierto.

– Entonces la Historia Oral dice la verdad.

– Pensé que creías en la Historia Oral al pie de la letra.

Pero ella seguía una única línea de pensamiento.

– ¿Y si alguno de nosotros se niega cuando vos ordenáis tal unión?

– Permito un cierto margen de tolerancia siempre y cuando existan los niños que he ordenado.

– ¿Ordenado? -Se sentía ultrajada.

– Si. Eso es lo que he dicho.

– ¡No podéis vigilar todos los dormitorios ni seguirnos a todos nosotros en cada minuto de nuestras vidas! ¿Cómo sabéis que vuestras órdenes se cumplen?

– Tengo medios de saberlo.

– ¡Entonces sabréis que yo no voy a obedeceros!

– ¿Tienes sed, Siona?

Ella de sobresaltó.

– ¿Qué?

– La gente sedienta habla de agua, no de sexo.

Ella siguió sin sellar su mascarilla facial y él pensó : Las pasiones Atreides siempre fueron impetuosas, incluso a expensas de la razón.

Al cabo de dos horas, dejadas atrás las dunas, llegaron a una llanura de guijarros azotada por el viento. Leto se dirigió hacia ella con Siona a su lado. Ella miraba con frecuencia a la constelación de los Jalones. Ambas lunas se hallaban ya bajas en el horizonte, y su luz arrojaba sombras alargadas detrás de cada guijarro.

En cierto modo, Leto encontraba esas extensiones más cómodas de atravesar que la arena, pues la roca sólida era mejor conductor del calor que la arena, por lo cual se aplanaba contra la roca, aliviando el funcionamiento de sus dolorosos procesos químicos. Ni los guijarros ni tan siquiera las piedras le causaban molestia alguna.

Siona, en cambio, avanzaba aquí con mayor dificultad, torciéndose los tobillos a cada paso.

Las planicies resultaban muy arduas para los humanos no habituados a ellas, pensó. Sí permanecían cerca del suelo, no divisaban más que el gran vacío, aquella misteriosa inmensidad sobre todo a la luz de la luna, con las dunas destacando en la distancia, una distancia que parecía no acortarse jamás a pesar del avance del viajero, nada, nada en ningún sitio, excepto el viento aparentemente eterno, unas pocas rocas y, si se levantaba la mirada, una multitud de estrellas sin piedad. Aquella zona era el desierto del desierto.

– Aquí fue donde la música Fremen adquirió su eterna soledad -dijo él-, no allá arriba en las dunas. Aquí es donde realmente se aprende a pensar que el cielo debe ser el rumor fresco del agua de una fuente y la protección, cualquier protección, de ese viento incesante.

Ni siquiera estas palabras le recordaron a ella que debía ajustarse la mascarilla facial. Leto empezaba a desesperar.

La mañana les sorprendió adentrados en la llanura.

Leto se detuvo junto a tres grandes peñascos amontonados, uno de los cuales era de mayor altura que sus lomos. Siona se apoyó en él un momento, gesto que devolvió en cierto modo las esperanzas a Leto. Luego ella se apartó de un empujón y fue a encaramarse el peñasco más alto. El la observó subida allá arriba, contemplando el paisaje.

Sin ni siquiera mirarlo, Leto sabia lo que ella veía: arena en el horizonte, elevándose cual niebla y oscureciendo el sol naciente. Por lo demás no había sino la llanura y el viento.

La roca sobre la que se hallaba situado estaba fría a causa de las rigurosas temperaturas matinales del desierto, y el frío resecaba el aire, lo que para él resultaba mucho más agradable. Sin Siona hubiera proseguido la marcha, pero ella se encontraba visiblemente exhausta. Al bajar de la roca se apoyó contra él una vez más, y él tardó casi un minuto en darse cuenta de que se había puesto a escucharle.

– ¿Qué oyes? -preguntó.

– Un sordo rumor en vuestro interior.

– El fuego jamás se apaga del todo.

Eso pareció interesarla. Se apartó de su lado y, dando un rodeo, fue a colocarse ante su rostro.

– ¿Fuego?

– Todos los seres vivientes llevan un fuego en su interior; algunos son muy lentos. otros muy potentes. El mío es más violento que casi todos los demás.

Ella encogió los brazos, apretujándose para protegerse del frío.

– ¿No tenéis frío?

– No, pero veo que tú sí.

Replegó el rostro hacía el interior de la cogulla, y en el arco inferior de su primer segmento se formó una depresión.

– Es casi como una hamaca -le dijo-. Si te acurrucas aquí, estarás caliente.

Sin vacilar, ella aceptó la invitación.

Aun cuando él la había preparado para ello, encontró la confiada reacción de Siona muy emocionante, y tuvo que luchar contra un sentimiento de compasión mucho más poderoso que los que había experimentado antes de conoce a Hwi. Pero aquí no podía haber lugar para la compasión, se dijo. Siona mostraba claros signos de que probablemente iba a morir, y él debía prepararse para tal decepcionante contingencia.

Siona se tapó la cara con un brazo, cerró los ojos y se quedó dormida.

Desde el punto de vista popular humano sabia que las cosas que aquí hacía sólo podían parecer crueles y despiadadas, por lo cual se veía obligado a fortalecerse retirándose al interior de sus recuerdos y seleccionando deliberadamente el tema 'errores de nuestro común pasado'. El acceso de primera mano a las equivocaciones de la humanidad constituía ahora su mayor fuerza. El conocimiento de las equivocaciones le había enseñado a encontrar soluciones a largo plazo. Tenía que mostrarse constantemente atento a las consecuencias. Si las consecuencias se perdían o quedaban ocultas, las lecciones no servían para nada.

Pero cuanto más cerca se hallaba de su transformación total en gusano de arena, más le costaba tomar decisiones que los demás llamaban inhumanas. Antaño lo había hecho con facilidad, pero a medida que su humanidad se le escapaba, se sentía cada vez más lleno de preocupación e inquietudes humanas.

- CAPITULO XLIII -

En la cuna de nuestro pasado, me encontraba tendido de espaldas en una caverna tan baja que sólo pude penetrar en ella retorciéndome, no gateando. Allí, a la luz danzante de una tea de resina, pinté en el techo y las paredes las criaturas de la caza y las almas de mi pueblo. Qué iluminador es mirar hacia atrás y contemplar a través de un círculo perfecto la antigua pugna por obtener el momento visible del alma. Todo el tiempo vibra ante la llamada: "¡Aquí estoy!" Con la mente informada por los artistas gigantes que vinieron después; contemplo huellas de manos y músculos esbeltos pintados en la roca con carbón y tintes vegetales. ¡Cuánto más que simples acontecimientos mecánicos somos! Y mi conciencia anticivil pregunta: "¿Por qué no quieren abandonar la caverna?"

–Los Diarios Robados.

La invitación para visitar a Moneo en su estudio le llego a Idaho a última hora de la tarde. Idaho había pasado el día sentado en el divan de su habitación, pensando. Todos pensamientos derivaban de la facilidad con que le había tirado al suelo en el pasillo, aquella mañana.

No eres más que un modelo anticuado.

Con cada pensamiento. Idaho se sentía disminuido. Notaba desvanecerse su voluntad de vivir, dejando un montón de cenizas alli donde su cólera se había extinguido.

No soy más que el recipiente de un poco de esperma útil para sus propósitos, pensó.

Era un pensamiento que invitaba a la muerte o al hedonismo, y no lograba más que sentirse empalado por una espina del destino, hostigado por fuerzas irritantes que le zaherían por todos los costados.

La joven mensajera con su aseado uniforme azul no era sino una irritación más. Entró al escuchar la respuesta del comandante, emitida en voz baja, y se detuvo bajo el arco de entrada de la antesala, vacilando hasta averiguar su estado de ánimo.

Qué deprisa corren las noticias, pensó.

La vio allí, enmarcada en el portal. como una encarnación de la esencia de las Habladoras Pez, más voluptuosa que algunas pero no más descaradamente sexual. El uniforme azul no empañaba la gracia de sus caderas ni la firmeza de sus pechos. El miró su rostro malicioso, adornado por una mata de cabello rubio cortado al estilo de las asistentas.

– Moneo me envía a deciros que os espera en su despacho -le comunicó.

Idaho había estado varias veces en ese despacho, pero todavía lo recordaba del primer día que lo viera. Sabía al entrar en la pieza que era el lugar donde Moneo pasaba la mayor parte de su tiempo. Había una mesa de madera oscura con finas vetas doradas que mediría unos dos metros de largo por uno de ancho, de escasa altura y sustentada

por unas patas macizas, en medio de un sinfín de almohadones grises. La mesa le había parecido a Idaho un mueble selecto y de gran valor, elegido para que destacase. La mesa y los almohadones, que eran del mismo gris que las paredes, el suelo y el techo, constituían todo el mobiliario de la estancia.

Considerando el elevado y poderoso cargo de su ocupante, se trataba de una habitación pequeña -no mediría más de cinco metros por cuatro- pero de techo alto. La luz procedía de dos estrechas ventanas de vidrios traslúcidos que se abrían, una frente a la otra, en las paredes más estrechas del rectángulo. Las ventanas daban, desde considerable altura, una al borde noroccidental del Sareer, con los boscosos límites del Bosque Prohibido, y la otra al sudoeste, proporcionando un hermoso panorama sobre las dunas.

Contraste.

La mesa subrayaba de modo interesante este pensamiento inicial. La superficie parecía haber sido deliberadamente arreglada para producir una impresión de desorden. Finas hojas de papel de cristal se hallaban dispersas por la superficie, permitiendo tan sólo leves atisbos de la excepcional calidad de la madera que se encontraba debajo. Algunas de las hojas se hallaban cubiertas por una fina escritura. Idaho reconoció palabras en Galach y otros cuatro idiomas, incluida la rara lengua transite de Perth. Otras varias hojas mostraban dibujos de mapas y esquemas y otras, en fin, se hallaban garabateadas con los negros trazos de la escritura a pincel que caracterizaba el inconfundible estilo de la Bene Gesserit. Lo más interesante de todo habían sido cuatro rollos blancos de un metro de largo, copias tridimensionales de una computadora ilegal. Sospechaba que la terminal se hallaba oculta detrás de uno de los paneles de la pared.

La joven mensajera de Moneo carraspeó para sacar a Idaho de su ensimismamiento.

– ¿Qué debo responder a Moneo? -preguntó.

Idaho la miró a la cara.

– ¿Te gustaría que te dejara embarazada? -le preguntó.

– ¡Comandante! -El estupor de la muchacha procedía no tanto de la sugerencia de Idaho como de su inexplicable incongruencia.

– Ahhh, sí, Moneo. ¿Qué le decimos a Moneo?

– Aguarda vuestra respuesta, Comandante.

– ¿Servirá realmente de algo que responda? -preguntó Idaho.

– Moneo me ordenó que os comunicara que desea mantener una conversación con vos y con Dama Hwi juntos.

Idaho sintió un vago resurgir de su interés.

– ¿Hwi está con él?

– Ha sido llamada, Comandante. -La mensajera carraspeó una vez más-. ¿Desea mi Comandante que venga a visitarle aquí esta noche, más tarde?

– No. Gracias de todos modos. He cambiado de idea.

Pensó que la muchacha sabía ocultar bien su desilusión, pero lo cierto fue que, con voz absolutamente normal, añadió:

– ¿Debo anunciar pues que acudiréis a visitar a Moneo?

– Si. Di que sí. -Y con un gesto le indicó que se retirase.

Después de su partida, Idaho pensó en ignorar simplemente la invitación recibida aunque, a pesar de todo, sentía crecer cierta curiosidad al respecto. ¿Moneo quería hablar con él estando Hwi presente? ¿Por qué? ¿Pensaba acaso que eso induciría a Idaho a escapar corriendo? Idaho tragó saliva. Cada vez que pensaba en Hwi, el vacio de su pecho se llenaba de emoción. Un mensaje de aquella índole no podía ignorarse. Lazos de terrible poder le ligaban a Hwi.

Se puso en pie, notando los músculos entumecidos por su prolongada inactividad, sintiéndose impulsado por la curiosidad y aquella fuerza irresistible de acudir a la cita. Salió al corredor, ignoró las indiscretas miradas de las guardias ante las que pasaba, y se dejó llevar por aquella irresistible fuerza interior hasta el despacho de Moneo.

Hwi se encontraba ya allí cuando Idaho entró en la habitación. Estaba frente a Moneo, al otro lado de la mesa atestada de papeles y documentos en confuso desorden, con los pies, calzados con zapatillas rojas, encogidos bajo el almohadón gris en el que estaba sentada. Idaho vió que vestía una larga túnica marrón con un cinturón verde trenzado, entonces ella se dió la vuelta, y él ya no pudo mirar otra cosa más que su cara. Formó con los labios su nombre sin llegar a pronunciarlo.

También ella se ha enterado, pensó él.

Sorprendentemente, este pensamiento le fortaleció. Las reflexiones de aquel día comenzaban a tomar forma en su mente.

– Toma asiento, Duncan, te lo ruego -dijo Moneo, indicando un almohadón situado junto a Hwi. Su voz aparecía teñida por un desacostumbrado tono vacilante, que pocas personas excepto Leto conocían en él. Mantenía la vista fija en la desordenada superficie de su mesa. Los inclinados rayos del sol poniente. reflejados en un pisapapeles dorado en forma de árbol caprichoso con frutas de pedrería coronando una montaña de cristal, arrojaban una delicada filigrana de luces y sombras sobre el desorden de la mesa.

Idaho se acomodó en el almohadón indicado, observando que la mirada de Hwi le seguía hasta que se encontró sentado. Ella miró entonces a Moneo, y a él le pareció advertir una sombra de enojo en su expresión. El habitual uniforme blanco de Moneo estaba abierto en la garganta, revelando un cuello surcado de arrugas y afeado por una incipiente papada. Idaho se lo quedó mirando fijamente a los ojos, dispuesto a esperar y a que fuese Moneo quien iniciase la conversacion.

Moneo le devolvió la mirada, observando que Idaho seguía vistiendo el uniforme negro que usaba en su encuentro de la mañana. Advertíanse incluso leves trazas de suciedad en la pechera, recuerdo del suelo del pasillo al que había sido arrojado por Moneo. En cambio Idaho no llevaba ya el antiguo cuchillo Atreides. Aquel detalle preocupó a Moneo.

– Mi actuación de esta mañana fue imperdonable -dijo Moneo-. Por tanto no voy a pedirte que me excuses. Te pido simplemente que trates de comprender.

Hwi no pareció sorprenderse de este comienzo, observó Idaho, lo cual revelaba en gran parte lo que habían estado hablando antes de su llegada.

Al ver que Idaho no contestaba, Moneo añadió:

– No tenia derecho alguno a incomodarte.

Idaho sintió nacer en sí una curiosa reacción a las palabras y a la actitud de Moneo. Aún albergando el sentimiendo de hallarse superado y desplazado, de encontrarse a demasiada distancia de su tiempo, no sospechaba ya que Moneo pudiera estar jugando con el. Algo había convertido al mayordomo en una roca de honestidad. Esa convicción colocaba el universo de Leto, el mortal erotismo de las Habladoras Pez, el innegable candor de Hwi, todo en suma, a la luz de una nueva relación, una nueva dimensión que Idaho se sentía capaz de comprender. Era como si los tres ocupantes de la estancia fuesen los últimos seres humanos de todo el universo. Y así, con un tono de autodesaprobación. dijo:

– Tenias todo el derecho a defenderte cuando te ataqué. Me alegra que fueras tan hábil.

Idaho se volvió hacía Hwi, pero antes de que pudiera hablar Moneo dijo:

– No te molestes en defenderme. Creo que su antipatía hacia mí es inconmovible.

Idaho agitó la cabeza.

– ¿Es que sabe todo el mundo lo que voy a decir antes de que lo diga, o lo que voy a pensar antes de que lo piense?

– Una de tus más admirables cualidades -dijo Moneo-. No ocultas jamás tus sentimientos. Nosotros -se alzó de hombros- somos necesariamente más circunspectos.

– ¿Habla en nombre tuyo?

Ella puso su mano en la de Idaho.

– Yo hablo por mi misma.

Moneo de inclinó para observar sus manos entrelazadas, y se recostó nuevamente en su almohadón. Con un suspiro dijo:

– No debéis hacerlo.

Idaho apretó con más fuerza la mano de Hwi, sintiendo que ella hacia lo mismo.

– Antes de que me lo preguntéis alguno de los dos -dijo Moneo-, mi hija y el Dios Emperador no han regresado aún de la prueba.

Idaho notó el esfuerzo que tuvo que hacer Moneo para hablar con serenidad. Hwi también se dió cuenta.

– ¿Es cierto eso que dicen las Habladoras Pez? -preguntó Hwi-. ¿Que si fracasa, Siona morirá?

Moneo permaneció en silencio, su rostro convertido en una máscara de piedra.

– ¿Se parece a la prueba de la Bene Gesserit? -preguntó Idaho-. Muad'Dib decía que las pruebas de la Orden trataban de averiguar si uno era verdaderamente humano.

La mano de Hwi se puso a temblar. Idaho, al notarlo, se la quedó mirando:

– ¿Te sometieron a la prueba?

– No -contestó Hwi-, pero oí a las jóvenes hablar de ella. Decian que había que pasar por una auténtica tortura sin perder el sentido del propio ser.

Idaho devolvió la mirada a Moneo, advirtiendo el inicio de un tic nervioso en el ojo izquierdo del mayordomo.

– ¡Moneo! -susurró Idaho, comprendiendo de repente-. A ti si te puso a prueba.

– No siento deseo alguno de hablar de pruebas contestó Moneo-. Estamos aquí para decidir qué hacer acerca de vosotros dos.

– ¿No es eso asunto nuestro? -preguntó Idaho, notando la mano de Hwi húmeda de sudor.

– Es asunto del Dios Emperador -dijo Moneo.

– ¿Aún si Siona fracasa? -preguntó Idaho.

– ¡Sobre todo en ese caso!

– ¿En qué consistió tu prueba? -preguntó Idaho.

– Me dio una pequeña muestra de lo que es ser el Dios Emperador.

– ¿Y?

– Vi todo lo que él es capaz de ver.

La mano de Hwi se agarró convulsa a la de Idaho.

– Entonces es cierto que una vez fuiste un rebelde -dijo Idaho.

– Empecé con amor y plegarias -dijo Moneo-. Luego pasé a la ira y a la rebeldía. Y me transformé en lo que veis ante vosotros. Reconozco cual es mi deber, y lo cumplo.

– ¿Y qué te hizo? -quiso saber Idaho.

– Me citó la plegaria de mi infancia: "Entrego mi vida para dedicarme a la mayor gloria de Dios" -dijo Moneo pensativo.

Idaho advirtió la rigidez de Hwi, la fijeza de su mirada en el rostro de Moneo. ¿En qué pensaría?

– Admití que esa había sido mi oración -dijo Moneo-. Y el Dios Emperador me preguntó qué estaba dispuesto a dar si mi vida no bastaba. Me gritó: ¿Qué es tu vida si retienes el gran don?

Hwi asintió, pero Idaho no sintió más que confusión.

– Pude oir la verdad en su voz.

– ¿Sois Decidor de Verdad? -le preguntó Hwi.

– En el límite de la desesperación, sí -dijo Moneo-. Pero sólo entonces. Y os juro que me dijo la verdad.

– Algunos Atreides tenían el poder de la Voz -murmuró Idaho.

Moneo agitó la cabeza.

– No. Era la verdad. El me dijo: "Te miro, y si pudiera derramar lágrimas lo haría. Considera este deseo convertido en acto".

Hwi se inclinó hacia adelante, tocando casi la mesa.

– ¿No puede llorar?

– Los gusanos de arena -musitó Idaho.

– ¿Cómo? -Hwi se volvió hacia él.

– Los Fremen mataban a los gusanos de arena con agua -dijo Idaho-. y con ello producían la esencia de especia para sus orgías religiosas.

– Pero Nuestro Señor Leto no es aún un gusano de arena completo -dijo Moneo.

Hwi se recostó en su almohadón y contempló a Moneo.

Idaho frunció los labios pensativo. ¿Tendría acaso Leto la prohibición Fremen contra las lágrimas? ¡Qué aterrados se mostraban los Fremen contra tal despilfarro de humedad!

Dar agua a los muertos.

Moneo se dirigió entonces a Idaho:

– Confiaba en que podría convencerte. Nuestro Señor Leto se ha manifestado. Tú y Hwi debéis separaros y no volver a veros nunca más.

Hwi sacó su mano de entre las de Idaho.

– Lo sabemos.

Con resignada amargura, Idaho dijo:

– Conocemos su poder.

– Pero no le comprendéis -replicó Moneo.

– No desearía otra cosa -dijo Hwi. Puso una mano en el brazo de Idaho para silenciarlo-: No, Duncan. Nuestros deseos privados no tienen lugar aquí.

– Tal vez debieras rezarle -dijo Idaho.

Ella se giró con rapidez, y se quedó mirándole fijamente hasta que Idaho bajó la mirada. Cuando por fin habló, en su voz sonó un cascabeleo musical que Idaho desconocia:

– Mi tío Malky decía siempre que Nuestro Señor Leto no respondía jamás a las plegarias. Afirmaba que Leto consideraba las plegarias como un intento de coerción, una forma de violencia contra el dios elegido, que ordena a la divinidad lo que debe hacer: Haz un milagro, Dios mío, o de lo contrario no creeré en ti.

– La plegaria como hibris -replicó Moneo-. Intercesión ante demanda.

– ¿Como puede ser Dios? -preguntó Idaho-. El mismo ha admitido que no es inmortal.

– Citaré las propias palabras de Nuestro Señor Leto -dijo Moneo-. "Yo soy todo cuanto hace falta ver de Dios. Yo soy la palabra convertida en milagro. Yo soy todos mis antepasados. ¿No es eso milagro suficiente? ¿Qué más podría desearse? Pregúntatelo a ti mismo: ¿Donde existe mayor milagro?

– Palabras vacías -comentó Idaho con burla.

– Yo también me burlé de él -dijo Moneo-. Yo le arrojé a la cara sus propias palabras de la Historia Oral: "Me entrego para mayor gloria de Dios".

Hwi emitió un grito sofocado.

– El se rió de mí -dijo Moneo-. Se rió y me preguntó cómo podía entregar algo que ya pertenecía a Dios.

– ¿Estabas irritado? -preguntó Hwi.

– Sí, mucho. El se dio cuenta y me dijo que me enseñaría a entregarme a esa gloria. Me dijo: "Llegarás a darte cuenta de que eres en todos los aspectos un milagro tan portentoso como yo". -Moneo se volvió y miró por la ventana situada a su izquierda-. Me temo que mi ira me hizo sordo y que no estaba en absoluto preparado.

– Ahhh, es muy listo -dijo Idaho.

– ¿Listo? -Moneo le miró-. Creo que no. Por lo menos no del modo que tú sugieres. Creo que en ese aspecto Nuestro Señor Leto no es mucho mas listo que yo.

– ¿No estabas preparado para qué? -preguntó Hwi.

– Para el riesgo -contestó Moneo.

– Pero arriesgaste mucho con tu cólera -dijo ella.

– No tanto como él. Veo en tus ojos, Hwi, que comprendes lo que digo. ¿Te da asco su cuerpo?

– Ya no.

Idaho, en el colmo de la frustración, hizo chirriar los dientes.

– ¡A mi me repugna!

– Amor, no debes decir estas cosas.

– Y tú no debes llamarle amor.

– Tu preferirías que Hwi amara a un ser más pérfido y repugnante que cualquier Barón Harkonnen -dijo Idaho.

Moneó frunció los labios y luego dijo:

– Nuestro Señor Leto me ha hablado de ese perverso personaje de tu tiempo, Duncan. No creo que entendieras a tu enemigo.

– Era un monstruo, gordo...

– Era un buscador de sensaciones -dijo Moneo-. La gordura era un efecto secundario, o tal vez algo que experimentar en sí mismo, pues era algo ofensivo y él disfrutaba ofendiendo a la gente.

– El Barón sólo consumió unos cuantos planetas -dijo Idaho-. Leto está consumiendo el universo.

– ¡Amor, por favor! -protestó Hwi.

– Déjale que despotrique -le aconsejó Moneo-. Cuando yo era joven e ignorante, como mi hija Siona y este pobre necio, decía también cosas semejantes.

– ¿Es por eso por lo que has dejado a tu hija salir a buscar la muerte? -replicó Idaho.

– Amor, eso es muy cruel -dijo Hwi.

– Duncan, uno de tus defectos ha sido siempre buscar la histeria -dijo Moneo-. Te advierto que la ignorancia se convierte fácilmente en histeria. Tus genes producen un gran vigor y es posible que inspires cierto respeto entre las Habladoras Pez, pero tienes pocas dotes de caudillo.

– No trates de enojarme -dijo Idaho-. No voy a atacarte, pero no me acoses demasiado.

Hwi trató de coger la mano de Idaho, pero él se escabulló.

– Conozco mi lugar -dijo Idaho-. Soy un partidario útil, capaz de portar el estandarte Atreides. ¡Llevo a cuestas el negro y el verde!

– Los que no lo merecen, mantienen el poder promoviendo la histera -dijo Moneo-. La política Atreides es el arte de gobernar sin histeria, el arte de hacerse responsable de los usos del poder.

Idaho se echó hacia atrás, dándose impulso para ponerse en pie.

– ¿Cuándo ha sido tu maldito Dios Emperador responsable de algo?

Moneo bajó la mirada hacia el desorden esparcido por su mesa y, sin levantarla, dijo:

– Es responsable de lo que se ha hecho a si mismo. -Entonces levantó los ojos, revelando una mirada glacial-: No tienes el coraje, Duncan, de querer averiguar por qué se hizo eso a si mismo.

– ¿Y tú sí?

– Cuando más irritado estaba yo -dijo Moneo-, al verse a sí mismo a través de mis ojos, dijo: "¿Cómo te atreves a sentirte ofendido por mi causa?" Entonces fue -Moneo tragó saliva- cuando me hizo contemplar el horror que él había visto. -Los ojos de Moneo comenzaron a derramar lágrimas, que resbalaron en abundancia por sus mejillas-. Y yo me alegré de no tener que tomar su decisión... de poder contentarme con ser un simple partidario.

– Yo le he tocado -dijo Hwi.

– ¿Entonces lo sabes? -le preguntó Moneo.

– Sin haberlo visto, lo sé contestó ella.

En voz baja, Moneo comentó:

– Yo casi morí de ello. Yo... -Se estremeció y luego miró a Idaho-: No debes...

– ¡Malditos todos vosotros! -bramó Idaho; y, dando media vuelta, se marchó de la habitación.

Hwi se quedó contemplando su desaparición, el rostro convertido en una máscara de angustia.

– Ohhh... Duncan -murmuró.

– ¿Lo ves? Te equivocaste -dijo Moneo-. Ni tú ni las Habladoras Pez habéis logrado amansarle; pero tú, Hwi, no has hecho más que contribuir a su destrucción.

Hwi dirigió su congoja hacia Moneo.

– No volveré a verle.

Para Idaho, el regreso a sus habitaciones se convirtió en uno de los momentos más duros de su existencia. Trató de imaginar que su rostro era una máscara inmóvil de plastiacero para tratar de ocultar el torbellino de emociones que bullían en su interior. No podía permitir que ninguna de las guardias ante las que pasaba contemplara su dolor. El no sabía que casi todas habían adivinado la causa de su congoja y sentían compasión por él. Todas ellas habían recibido informes de los Duncans, y habían aprendido a interpretarlos correctamente.

En el corredor, ya cerca de sus habitaciones, Idaho se encontró a Nayla, que venía caminando despacio hacia él. Algo había en su cara, una expresión de indecisión y desconcierto, que le obligó a pararse unos instantes, casi olvidándose de su confusión interna.

– ¿Amiga? -le dijo al hallarse a muy pocos pasos de donde estaba ella.

Ella le miró, y su brusco reconocimiento se reflejó en su cara cuadrada.

Qué mujer tan extraña de aspecto, pensó.

– Ya no soy Amiga -contestó ella, y continuó avanzando por el corredor.

Idaho se volvió girando sobre un tacón y se quedó mirando la espalda que se alejaba: aquellos hombros pesados, aquella laboriosa sensación de músculos terribles.

¿Para qué propósitos habría sido criada? se preguntó.

Fue tan sólo un pensamiento momentáneo. Sus propias preocupaciones volvieron a abrumarle con mayor fuerza que antes. Cubrió con algunas zancadas los pocos pasos que le separaban de su puerta. y entró en sus aposentos.

Una vez en el interior, Idaho permaneció un instante con los brazos caídos y los puños apretados.

Ya no tengo ninguna atadura con ninguna época, pensó. Qué extraño que este pensamiento no le produjera un sentimiento de liberación. Sabia sin embargo que habia realizado la acción que comenzaría a liberar a Hwi de su amor por él. Se sintió disminuido. Pronto, ella le recordaría como un necio pequeño y presuntuoso, sujeto sólo a sus propias emociones. Y se veia desaparecer de los intereses inmediados de Hwi.

¡Y aquel pobre Moneo!

Idaho captó la forma de las cosas que habían formado al complaciente mayordomo. Deber y responsabilidad. Qué seguro refugio ofrecían ambas cosas en momentos que exigían decisiones difíciles.

Yo fui así una vez, pensó Idaho. Pero fue en otra vida, en otro tiempo.

- CAPITULO XLIV -

Los Duncans me preguntan a veces si comprendo las exóticas ideas de nuestro pasado. Y si las comprendo, por qué no puedo explicárselas. El conocimiento, en opinión de los Duncans, reside tan sólo en los detalles. Yo trato de decirles que todas las palabras son plásticas. Las imágenes verbales comienzan a distorsionarse en el momento mismo de su pronunciación. Las ideas incrustadas en un idioma requieren el empleo de ese mismo idioma para su expresión. Esa es la esencia misma del significado de la palabra exótico. ¿Veis como empieza a distorsionarse? La traducción se retuerce en presencia de lo exótico. El Galach que yo hablo aquí se impone. Se trata de un marco de referencia exterior, un sistema particular. En todos los sistemas acechan peligros. Los sistemas incorporan las creencias inexploradas de sus creadores. Adopta un sistema, acepta sus creencias, y contribuyes a fortalecer la resistencia al cambio. ¿Sirve de algo que les diga a los Duncans que no existen lenguajes para ciertas cosas? Ahhh, pero los Duncans creen que todos los lenguajes son míos.

–Los Diarios Robados.

Durante dos días y dos noches enteros Siona no hizo uso de su mascarilla facial, perdiendo agua, valiosa agua, con cada respiración. E hizo falta mencionar el consejo de los Fremen a los niños antes de que Siona recordase las palabras de su padre. Leto le había hablado finalmente en la tercera mañana de su travesía, al detenerse bajo la sombra de una duna en la planicie azotada por el viento del erg.

– No desperdicies tu aliento, pues contiene el calor y la humedad de tu vida.

El sabía que tardaría tres días más en el erg, y otras tres noches, antes de conseguir agua. Era la quinta mañana desde su partida de la torre de la Pequeña Ciudadela, y habían penetrado durante la noche en una zona de bajos montículos de arena, no dunas; las dunas se vislumbraban en la distancia, y hasta los vestigios de la Cresta Habbanya formaban una delgada linea interrumpida allá a lo lejos, si se sabía el lugar donde mirar. Ahora Siona sólo se sacaba la mascarilla facial del destiltraje para hablar. Sus labios estaban oscuros y ensangrentados.

Tiene la sed de la desesperación, pensó él, dejando que sus sentidos explorasen los alrededores. Pronto alcanzará el momento de la crísis. Su percepción sensorial le decía que seguían estando solos en esta zona situada en el borde de la llanura. Hacía pocos minutos que había amanecido, y la luz creaba barreras de reflexión de polvo que se retorcían subiendo y bajando empujadas por el incesante viento. Sus sentidos filtraron el viento para poder escuchar otros detalles: el jadeo agitado de Siona, el rumor de un pequeño desprendimiento de arena de las rocas que tenían al lado, el raspar de su cuerpo gigantesco contra la delgada superficie de la arena.

Siona levantó su máscara facial, pero la retuvo en la mano para ponérsela de inmediato.

– ¿Cuanto tardaremos en encontrar agua? -preguntó.

– Tres noches.

– ¿Hay alguna dirección mejor para llegar?

– No.

Ella había aprendido por fin a apreciar la economía Fremen con importante información. Ahora bebió con ansia unas pocas gotas de su bolsillo de recuperación.

Leto reconoció el mensaje transmitido por sus movimientos, gestos familiares de «Fremen in extremis». Siona era ahora plenamente consciente de una experiencia común entre sus antepasados: el patiyeh, la sed al borde de la muerte.

Las pocas gotas almacenadas en su bolsillo de recuperación se agotaron. La oyó chupar aire. Se puso de nuevo la mascarilla y, con voz apagada, dijo:

– No lo conseguiré ¿verdad?

Leto la miró a los ojos, advirtiendo la claridad de pensamiento producida por la proximidad de la muerte, una penetrante clarividencia raramente alcanzada de otro modo. Ponía de relieve exclusivamente lo necesario para sobrevivir. Sí, se encontraba inmersa en el «tedahrl a grimi», la agonía que abre la mente. Pronto tendría que tomar la decisión final que ya creía haber tomado. Leto conocía por los signos que ahora se le exigía tratar a Siona con exquisita cortesía. Tendría que contestar cada pregunta con extrema franqueza, pues en cada pregunta acechaba un juicio.

– ¿Lo conseguiré? -insistía ella.

Su desesperación mantenía todavía un rayo de esperanza.

– Nada es seguro -respondió él.

Eso la sumió en el desespero.

Aquella no había sido la intención de Leto, pero él sabia que ocurría a menudo que una respuesta veraz aunque ambigua se tomase como una confirmación de los temores más profundos.

Ella suspiró.

Su voz, enronquecida por la mascarilla le sondeó una vez más:

– Teníais alguna intención especial para mí en vuestro programa genético. -No se trataba de una pregunta-.

– Todo el mundo tiene intenciones contestó él.

– Pero vos deseais mi pleno consentimiento.

– Cierto.

– ¿Cómo podíais esperar mi consentimiento sabiendo todo lo que a vos se refiere? ¡Sed honrado conmigo!

– Los tres pilares del trípode del consentimiento son el deseo, los datos y la duda. La eficiencia y la honestidad tienen muy poco que ver con ello.

– Por favor, no discutáis conmigo. Sabéis que me estoy muriendo.

– Te respeto demasiado para discutir contigo.

Entonces elevó ligeramente sus segmentos frontales, olfateando el viento. Comenzaba a traer ya el calor del día, pero para su gusto contenía todavía demasiada humedad. Ello le hizo pensar que, cuanto más ordenaba controlar el tiempo, más cosas había que requerían control. Los absolutos no hacían más que acercarle a las vaguedades.

– Decís que no discutís, pero...

– Las discusiones cierran las puertas de los sentidos -dijo él, inclinándose hacia la superficie-, y siempre enmascaran la violencia. Un razonamiento seguido demasiado tiempo desemboca siempre en la violencia. No tengo ninguna intención violenta hacía ti.

– ¿Qué queréis decir con el deseo, los datos y la duda?

– El deseo reúne a los participantes. Los datos establecen los límites de sú diálogo. La duda enmarca las preguntas.

Ella se acercó para mirarle directamente a la cara, a menos de un metro de distancia.

Qué extraño, pensó él, que el odio pueda entremezclarse de tal forma con la esperanza, el terror y el respeto.

– ¿Podríais salvarme?

– Hay un camino.

Ella asintió, y él supo que había llegado a una conclusión equivocada.

– ¡Vos queréis cambiar eso por mi consentimiento! -le acusó.

– No.

– Si supero vuestra prueba.

– No es mi prueba.

– ¿De quién, pues?

– Deriva de nuestros antepasados comunes.

Siona se dejó caer sentada en la fría roca y permaneció en silencio, sin sentirse dispuesta a pedirle que la dejara descansar en el cálido pliegue de su segmento frontal. Leto creyó oír el blando chillido que aguardaba agazapado en su garganta. Ahora la asaltaban las dudas. Comenzaba a preguntarse si Leto encajaba realmente en su imagen del Ultimo Tirano. Entonces levantó la vista y le miró con aquella terrible claridad que él había identificado en ella.

– ¿Qué os hace hacer lo que hacéis?

La pregunta estaba bien construida. El contestó:

– Mi necesidad de salvar a la gente.

– ¿A qué gente?

– Mi definición es mucho mas amplia que la de todos los demás, incluso la Bene Gesserit, que cree haber definido lo que es ser humano. Yo me refiero al hilo eterno de toda la humanidad en cualquier definición.

– Estáis tratando de decirme... -Tenía la boca demasiado reseca para hablar. Trató de acumular saliva, y el vio sus movimientos dentro de la mascarilla. No obstante, puesto que su pregunta era evidente, no esperó a que la terminara.

– Sin mí, actualmente no habría nadie en ningún sitio, ni una sola persona. Y el camino hacia esta extinción era muchísimo mas horrendo que tus mas desatadas fantasías.

– Vuestra supuesta presciencia -replicó ella, con burla.

– La Senda de Oro sigue abierta -dijo él.

– ¡No confio en vos!

– ¿Porque no somos iguales?

– ¡Sí!

– Pero somos interdependientes.

– ¿Qué necesidad tenéis de mí?

Ahhh, el grito de la juventud insegura de su posición. Sintió la fuerza dentro de los vínculos secretos de la dependencia, y se obligó a mostrarse dura. ¡La dependencia fomenta la debilidad!

– Tú eres la Senda de Oro -dijo él.

– ¿Yo? -apenas fue un susurro.

– Has leído esos diarios que me robaste -dijo él-. Yo estoy en ellos pero, ¿tú dónde estas? Mira lo que he creado, Siona. Y tú, tú no puedes crear nada excepto a ti misma.

– ¡Palabras, siempre tramposas palabras!

– Yo no sufro por ser adorado, Siona; sufro por no haber sido jamás apreciado. Quizás... No, no me atrevo a esperar en ti.

– ¿Cuál es el propósito de esos diarios?

– Una máquina ixiana los registra. Quiero que se descubran un día lejano. Haran pensar a la gente.

– ¿Una máquina ixiana? ¡Desafiáis el Jihad!

– En eso también hay una lección. ¿Qué hacen en realidad tales máquinas? Aumentar el número de cosas que podemos hacer sin pensar. Las cosas que hacemos sin pensar, ahí está el verdadero peligro. Mira el tiempo que has caminado por el desierto sin pensar en emplear tu mascarilla facial.

– ¡Podíais haberme avisado!

– Y acrecentar así tu dependencia.

Ella se lo quedó mirando un instante, y luego dijo:

– ¿Por que queríais que me pusiera al mando de vuestras Habladoras Pez?

– Tú eres una Atreides, ingeniosa, con recursos, y capaz y mantener un pensamiento independiente. Te comportas con franqueza simplemente por amor a la verdad, como bien ves. Fuiste engendrada y educada para el mando, lo cual significa libertad de dependencia.

El viento formaba remolinos de polvo y arena a su alrededor, mientras ella escuchaba sopesando sus palabras.

– ¿Y si accedo, me salvaréis?

– No.

Estaba tan segura de la respuesta contraria que tuvo que esperar varios latidos de su corazón para llegar a asimilar el monosílabo. En aquel momento el viento amainó ligeramente, exponiendo un amplio panorama sobre el paisaje de dunas que se extendía hasta los vestigios de la Cresta Habbanya. Repentinamente, el aire se heló con aquel frío que tanta humedad robaba a la carne como el tórrido calor del mediodía. Una parte de la consciencia de Leto detectó una oscilación en el control meteorológico.

– ¿No? -Se sentía desconcertada y furiosa.

– Yo no hagos tratos de sangre con la gente en quien debo confiar.

Ella agitó lentamente la cabeza pero no desvió la mirada que tenia fija en su rostro.

– ¿Qué haréis para salvarme?

– Nada me obligará a hacerlo. ¿Por qué crees que podrías hacer por mi lo que yo no haré por ti? Esa no es forma de establecer una interdependencia.

Sus hombros se desplomaron.

– Si no puedo hacer un trato con vos ni tampoco forzaros...

– Entonces debes elegir otro camino.

Qué maravilloso observar el explosivo crecimiento de la consciencia, pensó. Las expresivas facciones de Siona no le ocultaron nada de cuanto ocurría en su interior. Ella le miró a los ojos y clavó en él la vista. como tratando de penetrar por completo en sus pensamientos. Una nueva fuerza reavivó su voz enronquecida.

– ¿Desearíais que lo conociera todo de vos, hasta vuestras debilidades?

– ¿Robarías lo que yo daría abiertamente?

La luz de la mañana iluminaba con dureza el rostro de la muchacha.

– No os prometo nada.

– Yo tampoco lo exijo.

– ¿Pero me daréis a... agua, sí os la pido?

– No es sólo agua.

Ella asintió:

– Y yo soy una Atreides.

Las Habladoras Pez habían explicado la lección de aquella especial susceptibilidad de los genes Atreides. Sabían dónde se originaba la especia, y lo que podía hacer en ella. Las maestras de las Escuelas de Habladoras Pez jamás le fallaban, y las leves adiciones de melange de la comida de Siona también habían hecho efecto.

– Esas pequeñas escamas rizadas que tengo junto a la cara -le dijo-. Rasca una de ellas con cuidado, y aparecerán gotas de humedad fuertemente impregnadas de esencia de especia.

El vio el agradecimiento de sus ojos. Recuerdos que ella ignoraba que lo fuesen le hablaban desde el fondo de su ser. Y ella era el resultado de muchas generaciones en las que la sensibilidad de los Atreides se había incrementado.

Ni siquiera la urgencia de la sed la impulsó a moverse todavía.

Para ayudarla a superar la crisis, él le habló de los niños Fremen que, con ayuda de un palo, buscaban truchas de arena en los bordes de un oasis para rascarlas y apoderarse de su humedad y reponer así los estragos de la sed.

– Pero yo soy una Atreides -dijo ella.

– La Historia Oral así lo afirma y no miente -dijo él.

– Entonces podría morir de ello.

– Esa es la prueba.

– ¡Queríais hacer de mí una auténtica Fremen!

– ¿Y cómo si no enseñarás a tus descendientes sobrevivir en el desierto cuando yo me haya ido?

Ella se quitó la mascarilla facial y acercó la cara a pocos centímetros de distancia de la suya. Levantó un dedo, y tocó con él una de las escamas rizadas de su cogulla.

– Frótala con cuidado -le dijo Leto.

La mano de Siona obedeció, no a la voz de él, sino a algo que ascendía de dentro de sí misma. Los movimientos del dedo fueron precisos, desencadenando sus propios recuerdos, cosas explicadas entre chiquillos y pasadas de niño en niño... de esa forma en la que sobreviven tantos datos útiles y tanta información inútil. El giró la cara al máximo y miró de reojo el rostro de ella, tan cercano al suyo. Unas pálidas gotas azules comenzaron a formarse en el borde de la escama. Un penetrante olor a canela les envolvió. Ella se inclinó hacia las gotas. El vio los poros de su nariz y la forma en que su lengua se movía para sorber la humedad.

Luego se retiró, no porque se hallase satisfecha, sino impulsada por la cautela y el recelo, igual que hiciera Moneo. De tal padre, tal hija.

– ¿Cuánto tarda en hacer efecto? -preguntó ella.

– Ya lo está haciendo. Quiero decir... Un minuto o poco más.

– ¡No te debo nada por esto!

– No exijo pago alguno.

Ella selló su mascarilla facial.

El vio las lechosas distancias penetrar en sus ojos. Sin pedirle permiso, ella dio unas palmadas a su segmento frontal, exigiéndole que preparase la calida hamaca de su carne para acogerla. El obedeció, y ella se acomodó en la suave dulzura de su curva. Si forzaba la vista hacia abajo, lograba divisarla. Los ojos de Siona permanecían abiertos, pero ya no veían cuanto les rodeaba. Ella sufrió una violenta convulsión y se puso a temblar como un animalito agonizante. El conocía esta experiencia pero no podía cambiar ni un ápice de ella. Ninguna presencia ancestral permanecería en su

conciencia, pero para siempre llevaría ya consigo las claras visiones, los sonidos, los olores. Allí estarían las máquinas buscadoras, el olor a sangre y a entrañas, los seres humanos encogidos de miedo al fondo de sus cavernas, conscientes tan sólo de que no podían escapar... mientras que el movimiento mecánico se aproximaba sin cesar, oyéndose cada vez más cerca... más cerca... mas fuerte... mas fuerte...

Por dondequiera que buscase, hallaría lo mismo. No había forma de escapar.

El sintió que la vida de Siona se retiraba. ¡Lucha contra la oscuridad, Siona! Esto era algo que los Atreides sabían hacer muy bien. Pelear para salvar la vida. Y ahora ella peleaba por salvar vidas distintas de la suya. El notó, sin embargo, el decaimiento, la pérdida terrible de su vitalidad, a medida que ella penetraba más y más en la oscuridad, alcanzando regiones ignotas a las que nadie había llegado. Y empezó a acunarla suavemente, balanceando despacio su segmento frontal. Aquello o el delgado hilo caliente de la determinación, quizás ambas cosas, prevalecerían. A primeras horas de la tarde, su cuerpo, agotado de temblar horas seguidas, se había sumido en un estado parecido al verdadero sueño. Tan solo algún jadeo ocasional traicionaba los ecos de las visiones. El siguió acunándola, balanceándose despacio.

¿Lograría regresar de aquellas profundidades? El sintió que las reacciones vitales de la muchacha le tranquilizaban. ¡La fuerza que tenía!

Ella despertó a última hora de la tarde, sintiéndose invadida de repente por una gran quietud y alterado su ritmo respiratorio. Abrió los ojos de golpe, le miró, y se dejó caer rodando del pliegue donde se hallaba recostada; y durante casi una hora permaneció de pie, vuelta de espaldas a él, entregada a silenciosos pensamientos.

Moneo había hecho lo mismo. Debía ser un nuevo esquema de conducta de esa rama de los Atreides. Algunos de los precedentes le habían insultado, vociferado injurias contra él, otros se habían alejado de él entre miradas furtivas y tropezones, obligándole a seguirles en su tambaleante huida por la llanura de guijarros. Algunos se habían sentado de cuclillas y se habían quedado mirando al suelo. Pero ninguno le había vuelto la espalda, y para Leto esta nueva actitud constituyó una señal esperanzadora.

– Estas empezando a tener una idea de los lejos a lo que llega mi familia -dijo él.

Ella se volvió, convertida la boca en una línea apretada, pero rehuyó mirarle. El la vio, en cambio, aceptar la experiencia, comprender lo que pocos mortales podían compartir como ella había compartido: Su singular multitud que convertía a toda la humanidad en su familia.

– Podíais haber salvado a mis amigos en el bosque -le acusó ella.

– Tú también pudiste hacerlo.

Ella apretó los puños y se los llevó a las sienes, al tiempo que le miraba echando fuego por los ojos:

– ¡Pero vos lo sabéis todo!

– ¡Siona!

– ¿Era preciso que lo aprendiera de esta forma? -murmuró.

El permaneció en silencio, obligandola a responder ella misma a su pregunta. Tenía que llegar a reconocer que la conciencia primaria de Leto operaba a la manera Fremen y que, como las pavorosas máquinas de aquella visión apocalíptica, el predador podía seguir a cualquier ser que dejara una huella.

– La Senda de oro -musitó-. La percibo. -Y luego, mirándole con rabia, añadió-: ¡Es tan cruel!

– La supervivencia siempre ha sido cruel.

– Ellos no podían esconderse -susurró. Y en voz alta añadió-: ¿Qué me habéis hecho?

– Tú intentaste ser una Fremen rebelde -dijo él-. Los Fremen poseían una habilidad portentosa para leer los signos del desierto. Hasta lograban distinguir la imperceptible huella de los rastros del viento en la arena.

Vio aparecer en ella los inicios del remordimiento, flotando en su memoria recuerdos de sus compañeros muertos. Y entonces, sin pérdida de tiempo, pues sabia que a ello seguiría un sentimiento de culpabilidad y después una rabia inmensa contra él, dijo:

– ¿Me hubieras creído sí me hubiera limitado a traerte conmigo y explicártelo?

Los remordimientos amenazaban aniquilarla. Abrió la boca tras de la mascarilla facial y jadeó.

– Aún no has sobrevivido al desierto -le dijo él.

Lentamente, sus temblores se fueron apagando. Los instintos Fremen que había instilado en ella comenzaban a funcionar, produciendo su acostumbrado sosiego.

– Sobreviviré -replicó ella, y le miró a los ojos-: Vos nos interpretáis según nuestras emociones, ¿no es así?

– Los principios del pensamiento -asintió él-. Soy capaz de reconocer el más ligero cambio o matiz de la conducta por sus orígenes emocionales.

El la vio aceptar su propia desnudez de igual modo que Moneo la aceptara con temor y con odio. Pero eso poco importaba. Exploró el tiempo que había de producirse y vio que, efectivamente, Siona sobreviviría al desierto, porque sus huellas aparecían marcadas en la arena junto a las de él... aunque no advirtió señal alguna de su carne en esas huellas. Un poco más allá, sin embargo, descubrió una súbita abertura que revelaba cosas ocultas. El alarido de muerte de Anteac resonó en su consciencia presciente... ¡y las hordas de Habladoras Pez atacando!

Viene Malky, pensó. Nos volveremos a ver Malky y yo.

Leto abrió sus ojos externos y descubrió a Siona que le miraba echando fuego por los ojos.

– ¡Aún os sigo odiando! -dijo.

– Odias la necesaria crueldad del predador.

Con maligno regocijo, ella dijo:

– ¡Pero vi otra cosa! ¡No puedes seguir mis huellas!

– Razón por la cual debes engendrar un hijo y preservar esta experiencia.

Estaba aún pronunciando estas palabras cuando empezó a llover. La repentina oscuridad del nubarrón y su violento chubasco se produjeron simultaneamente. A pesar de haber captado oscilaciones del control meteorológico, Leto quedó paralizado por la inesperada violencia del chaparrón. Sabía que a veces llovía en el Sareer, con una lluvia velozmente olvidada pues el agua era absorbida, desapareciendo al punto. Los escasos charcos que quedaban se evaporaban tan pronto como volvía a brillar el sol. Casi siempre el chaparrón no llegaba siquiera a tocar el suelo, constituyendo una lluvia fantasmal que se evaporaba al entrar en contacto con la capa de aire abrasador que cubría la superficie del desierto. Pero esta vez la lluvia le había empapado.

Siona se quitó la mascarilla facial y levantó la cara ansiosa hacia el agua que caía, sin advertir siquiera el intenso dolor que producía en Leto.

Al notar las primeras gotas penetrar bajo las escamas de las truchas de arena, sufrió una convulsión y se enroscó, formando una bolsa, con un tormento rayano en la agonía. Los impulsos opuestos de la trucha de arena y el gusano abrieron una nueva dimensión al significado de la palabra dolor y al sufrimiento. Sintió que se rasgaba como si lo estuvieran destrozando. Las truchas de arena, atraídas por la presencia del agua, se precipitaban a encapsularla, mientras que el gusano se retraía sintiendo en la humedad la presencia de la muerte. De cada punto en que la lluvia le había tocado surgía una columna de humo azul. Los mecanismos internos de su cuerpo comenzaron a fabricar la verdadera esencia de la especia. Envuelto en una humareda azul producida por los charcos de agua en que yacía, comenzó a retorcerse y a gemir.

Las nubes pasaron, y Siona tardó unos minutos en advertir su desespero.

– ¿Qué os ocurre?

No pudo contestar. La lluvia había pasado, pero quedaba agua en las oquedades de las rocas y en los charcos que le rodeaban. No tenía salida.

Siona advirtió el humo azul que surgía de todos los puntos en que el agua entraba en contacto con su cuerpo.

– ¡Es el agua!

Hacia la derecha se divisaba una pequeña elevación del terreno que el agua no había encharcado. Se dirigió hacía ella entre terribles dolores, gimiendo ante cada nuevo

charco. Cuando llegó a ella la elevación se hallaba casi seca. Su tormento fue cesando, y se dio cuenta de que Siona estaba de pie delante de él, tratando de averiguar su condición con palabras de falso interés.

– ¿Por qué os duele el agua?

¡Doler! ¡Qué término tan inadecuado! No había modo, sin embargo, de esquivar sus preguntas. Sabía ya lo bastante como para buscar por sí sola la respuesta. Vacilando todavía a causa del dolor, le explicó la relación de la trucha de arena y del gusano con el agua. Ella le escuchaba en silencio.

– Pero la humedad que me disteis...

– Está amortiguada y enmascarada por efecto de la especia.

– Entonces, ¿por qué os arriesgáis a salir sin vuestro carro?

– No se puede ser un Fremen en la Ciudadela o subido en un carro.

Ella asintió.

El vio la llama de la rebeldía regresar a sus ojos. Ya no tenía por qué sentirse culpable ni dependiente. Ya no podía dejar de creer en su Senda de Oro, pero ¿qué diferencia significaba aquello? ¡Jamás podría perdonar su crueldad! Ella bien podía rechazarle, negarle un lugar en su familia, pues él no era un ser humano, no era como ella en absoluto. ¡Y ella poseía ahora el secreto de su perdición! ¡Rodearle de agua, destruir su desierto, inmovilizarle en un foso de quejidos! ¿Pensaba acaso que podía ocultar de él sus pensamientos tan sólo con darse media vuelta?

¿Y qué puedo hacer yo?, se preguntó. Ella debe vivir, y yo debo demostrar mi no-violencia.

Ahora que sabía algo de la naturaleza de Siona, qué fácil resultaría rendirse, hundirse a ciegas en sus propios pensamientos. Resultaba seductor sentir la tentación de vivir circunscrito en el ambito de sus recuerdos, pero sus hijos necesitaban aún una nueva lección ejemplar para lograr escapar a la última amenaza de la Senda de Oro.

¡Qué dolorosa decisión! En aquel momento experimentó una oleada de simpatía hacia la Bene Gesserit, porque su dilema se asemejaba al experimentado por la Orden al tener que afrontar el hecho de la existencia de Muad'Dib. El objetivo final de su programa genético, mi padre, y tampoco pudieron contenerlo.

A la brecha una vez más, amigos míos, pensó, ahogando una perversa sonrisa ante su propio histrionismo.

- CAPITULO XLV -

Disponiendo las generaciones del tiempo suficiente para evolucionar, el predador produce determinadas adaptaciones de supervivencia en su presa, las cuales, mediante un ciclo operativo de alimentación, producen cambios en el predador, que a su vez modifica a su presa, etcétera, etcétera, etcétera... Innumerables son las fuerzas poderosas que producen el mismo éfecto. Las religiones pueden contarse entre dichas fuerzas.

–Los Diarios Robados.

–Nuestro Señor me manda comunicaros que vuestra hija se halla con vida.

Nayla transmitió el mensaje a Moneo con una voz cantarina, contemplando a través de la mesa del despacho a la figura sentada entre un caos de documentos, notas, papeles e instrumentos de intercomunicación.

Moneo juntó ambas manos con fuerza y se quedó observando la sombra alargada del arbolito adornado con piedras preciosas de su pisapapeles que los rayos oblicuos del sol poniente arrojaban encima de su mesa.

Sin mirar a la fornida figura de Nayla, que aguardaba respetuosa su contestación, preguntó:

– ¿Han regresado ambos a la Ciudadela?

– Si.

Moneo miró por la ventana de su izquierda, sin ver en realidad la pedregosa línea divisoria del Sareer ni la avaricia del viento que robaba granos de arena de todas las cimas de las dunas.

– ¿Y el asunto de que hablamos antes? -preguntó.

– Está solucionado.

– Muy bien. -Le indicó con un gesto de la mano que podía retirarse, pero Nayla permaneció de pie delante de él. Sorprendido, Moneo centró en ella su atención por vez primera desde que entrara en el despacho.

– ¿Es preciso que asista personalmente a esta... -Nayla tragó saliva- boda?

– Nuestro Señor Leto así lo ordena. Serás la única que asistirás armada con una pistola láser. Es un gran honor.

Ella permaneció en posición de firmes, con la mirada fija en un punto situado encima de la cabeza de Moneo.

– ¿Si? -la animó él a manífestarse.

La gran mandíbula cuadrada de Nayla se agitó convulsivamente, y luego dijo:

– El es Dios y yo soy mortal. -Se volvió con un taconazo y abandonó el despacho.

Moneo se preguntó vagamente qué podía preocupar a aquella corpulenta Habladora Pez, pero sus pensamientos giraron como la flecha de una brújula a Siona.

Ha sobrevivido como yo. Siona había adquirido, pues, un sentimiento interno que le indicaba que la Senda de Oro debía perdurar ininterrumpidamente. Igual que yo. No sintió en ello sensación alguna de participación, nada que le hiciera sentirse mas próximo a su hija. Era una carga que inevitablemente doblegaría su rebelde temperamento. Ningún Atreides podía actuar contra la Senda de Oro. Bien se había ocupado Leto de ello.

Moneo recordó entonces los tiempos de su propia rebeldia. Cada noche un lecho desconocido, y la necesidad constante de huir corriendo. Las telarañas de su pasado se aferraban a su mente con toda porfía, pese a su esfuerzo por liberarse de turbadores recuerdos.

Siona ha sido enjaulada. Como lo fuí yo. Como lo fue el pobre Leto.

El tañido de la campana del atardecer interrumpió sus pensamientos, obligándole a encender las luces del despacho. Miró la cantidad de problemas que faltaban por solucionar para la boda del Dios Emperador con Hwi Noree. ¡Cuanto trabajo! Oprimió un pulsador de llamada, y pidió a la asistente Habladora Pez que se presentó que le trajera un vaso de agua y avisara luego a Duncan Idaho de que acudiera a su despacho.

Ella volvió en seguida con el agua, colocando el vaso en la mesa, cerca de la mano izquierda de Moneo. El observó los dedos largos y finos, dedos de concertista de laúd, pero no levantó la vista para mirar su cara.

– He enviado una guardia a buscar a Idaho.

El asintió con la cabeza y continuó entregado a su trabajo. La oyó salir, y sólo entonces levantó la mirada para beber un sorbo de agua.

Hay quien vive una existencia de polilla, pensó. A mí, en cambio, me abruman cargas sin fin.

Notó el agua demasiado insípida. Le agobiaba los sentidos, haciéndole sentirse aletargado. Miró por la ventana los colores del ocaso del Sareer diluyéndose en el crepúsculo, pensando que tenía que encontrar mucha belleza en esa conocida escena, pero que todo cuando se le ocurría era que la luz cambiaba en sus diseños. No se mueve por mí en absoluto.

Al caer la oscuridad, la iluminación de su despacho aumentó mediante un dispositivo de regulación automático, trayendo consigo una mayor claridad de ideas. Se sintió

perfectamente preparado para enfrentarse a Idaho. A ése había que enseñarle unas cuantas cosas imprescindibles, y cuanto antes, mejor.

La puerta del despacho de Moneo se abrió, y apareció nuevamente la asistenta.

– ¿Deseáis que os traiga la comida?

– Mas tarde. -Al ver que se retiraba, levantó una mano-. Quiero que dejes la puerta abierta.

Ella frunció el ceño.

– Puedes practicar tu música -le dijo-. Deseo escucharla.

La muchaha poseía una cara redonda y suave, casi de niña, que se tornaba radiante cuando sonreía. Con la sonrisa aún en los labios, se retiró.

Al poco rato se oía el sonido de un laúd biwa en la antesala del despacho. Efectivamente, esa joven poseía un gran talento. Las cuerdas de los bajos eran como el repiquetear de la lluvia en un tejado, destacando sobre un susurro de cuerdas medias. Quizás con el tiempo llegara a dominar la más dificil técnica del baliset. Moneo reconoció la canción:

era el profundo y rumoroso recuerdo del viento del otoño de un lejano planeta en el que no se conocían los desiertos. Una música triste, lastimera y a la vez maravillosa.

Es el llanto de los enjaulados, pensó. El recuerdo de la libertad. Este pensamiento le pareció sobremanera extraño. ¿Era lo normal que la libertad exigiese rebeldía?

El laúd calló, y se oyó un rumor de voces bajas. Idaho entró en el despacho, mientras Moneo obsevaba todos sus movimientos. Un efecto de la luz modificaba el semblante de Idaho, asemejándolo a una máscara de ojos huecos contraída en una mueca. Sin aguardar invitación alguna se sentó frente a Moneo, y el engañoso efecto desapareció de su rostro. Simplemente un Duncan más. Se había cambiado de ropa y vestía el uniforme negro de diario, sin insignia alguna.

– Me he estado haciendo una pregunta muy extraña, Moneo -dijo Idaho. -Y me alegro de que me llamaras, porque quiero hacértela a ti. ¿Qué fué, Moneo, lo que mi predecesor no supo o no aprendió?

Cogido de sorpresa, Moneo se quedó rígido. ¡Qué pregunta tan impropia de un Duncan! ¿Tendría éste, después de todo, alguna peculiar diferencia tleilaxu con los demás?

– ¿Qué te incita a hacer esa pregunta? -dijo Moneo.

– He estado pensando como un Fremen.

– Pero tú no fuiste Fremen.

– Más de lo que te imaginas. Stilgar, el Naíb, dijo una vez que yo seguramente había nacido Fremen, sin saberlo hasta mí llegada a Dune.

– ¿Y qué ocurre cuando piensas como un Fremen?

– Recuerdas que no hay que estar jamás en compañía de alguien con quien no se desee morir.

Moneo apoyó las palmas de las manos en la superficie de la mesa. Una sonrisa lobuna se dibujó en el rostro de Idaho.

– Y entonces, ¿qué estas haciendo aquí, Duncan?

– Sospecho que puedas ser excelente compañía, Moneo. Y una pregunta: por qué te escogería Leto como su más íntimo compañero.

– Superé su prueba.

– ¿La misma que ha superado tu hija?

Así pues, sabe que están de regreso. Eso significaba que las Habladoras Pez le proporcionaban informacion... a menos que el Dios Emperador hubiese llamado al Duncan... No, me habría enterado.

– Esas pruebas no son nunca idénticas -dijo Moneo-. Yo tuve que entrar a solas en un laberinto de cavernas, sin más pertrechos que una bolsa de comida y un frasco de esencia de especia.

– ¿Cual elegiste?

– ¿Cómo? Oh... Si te someten a prueba, ya lo sabrás.

– Existe un Leto al que yo no conozco -dijo Idaho.

– ¿No te he hablado ya de esto?

– Y existe un Leto que tú no conoces -añadió Idaho.

– Porque es la persona más solitaria de este universo -replicó Moneo.

– No me empieces con juegos de sentimientos para tratar de ganar mis simpatías -dijo Idaho.

– Juegos de sentimientos; muy acertado -asintió Moneo-. Los sentimientos del Dios Emperador son como un río: plácidos y suaves cuando nada los obstruye, violentos y furiosos a la menor insinuación de una barrera. No hay que ponerle traba alguna.

Idaho miró a su alrededor, al despacho brillantemente iluminado, desplazó la mirada hacia la oscuridad interior, y pensó en el curso encauzado del río Idaho que discurría por las inmediaciones. Volviendo a centrar la atención en Moneo, le increpó:

– ¿Qué sabes tú de ríos?

– En mi juventud viajé mucho por orden suya. He llegado incluso a confiar mi vida al cascarón flotante de un barquito que navegaba por un río y después por un mar cuyas costas se perdieron en la travesía.

Al pronunciar estas palabras, Moneo sintió haber descubierto por casualidad una de las profundas verdades de Leto. Este descubrimiento sumió a Moneo en una soñadora evocación de aquel remoto planeta en el que había cruzado un mar de costa a costa. Durante la primera noche de la travesía había estallado una tormenta, y de la bodega del barco subía el irritante y continuo traqueteo de los motores esforzándose por capear el temporal. El se hallaba en cubierta con el capitan. Su mente se había concentrado en aquel sonido. apartándose y volviendo repetidamente a él, como el agitarse de aquellas montañas de agua verdinegra que crecían y se desplomaban incesantemente. Cada caída de la quilla hendía las carnes del mar como un puñetazo. Era un movimiento demencial, unas sacudidas chorreantes, arriba y abajo, arriba y abajo... interminablemente. Le dolían los pulmones de tanto aguantarse el miedo. Las arremetidas del barco y los embates del mar pugnando por hacerles zozobrar, salvajes explosiones de agua sólida, hora tras hora, blancas ampollas de agua derramándose por las cubiertas y luego otro mar, y otro y otro...

Esta escena proporcionaba una clave para descifrar en parte al Dios Emperador.

El es a la vez la tormenta y la nave.

Moneo centró su atención en Idaho, sentado al otro lado de la mesa, bajo la fría luz del despacho. Ni el más leve temblor agitaba su persona, pero en cambio se advertía un anhelo...

– De modo que no vas a ayudarme a averiguar lo que los otros Duncans Idahos nunca averiguaron -dijo.

– Si, te voy a ayudar.

– Entonces, ¿qué es lo que jamás he logrado aprender?

– Nunca has aprendido a confiar.

Idaho se apartó de la mesa y se quedó mirando a Moneo echando fuego por los ojos; al conseguir hablar, su voz sonó áspera y rasposa:

– Diría que, al contrario, confié demasiado.

Moneo se mostró implacable.

– ¿Pero cómo confías?

– ¿Qué quieres decir?

Moneo reposó las manos sobre sus rodillas.

– Tú eliges compañeros masculinos por su aptitud para luchar y morir, si es preciso, defendiendo tu concepto de lo recto. Y eliges mujeres capaces de complementar esta imagen masculina de ti mismo. Y no tomas en consideración ciertas diferencias que pueden proceder de la buena voluntad.

Algo se movió en la puerta de entrada al despacho de Moneo. Este levantó la vista a tiempo para ver entrar a Siona. Ella se detuvo con una mano apoyada en la cadera.

– Bien, padre, entregado como siempre a tus viejos trucos, veo.

Idaho se dio vuelta de un salto para mirar a la que había hablado.

Moneo la examinó con calma, buscando en ella algún signo del cambio. Se había dado un baño y vestía un uniforme limpio, el negro y dorado de Comandante de las Habladoras Pez, pero su rostro y sus manos traicionaban todavía el suplicio sufrido en el desierto. Había adelgazado y tenía los pómulos salientes, el unguento poco hacía para disimular las grietas de los labios, se le marcaban las venas de las manos, sus ojos parecían antiguos y remotos, y su expresión era la de quien ha probado el sabor amargo de las heces.

– Os he estado escuchándo a los dos -dijo, dejando resbalar la mano de la cadera y adentrándose en la habitación-. ¿Cómo te atreves a hablar de buena voluntad, padre?

Idaho observó de inmediato el uniforme que vestía y, pensativo, frunció los labios. ¿Comandante de las Habladoras Pez? ¿Siona?

– Comprendo tu amargura -dijo Moneo-. Yo también tuve sentimientos parecidos a estos en cierta ocasión.

– ¿De veras? -Se acercó un poco más, deteniéndose justo al lado de Idaho, que siguió estudiándola con un cierto aíre de especulación.

– Me llena de alegría el que estés con vida -dijo Moneo.

– Qué grato debe ser para ti verme a salvo y al servicio del Dios Emperador -replicó ella-. Tardaste en tener un hijo, pero mira, fijate cuanto honor ha alcanzado. -Y dio una vuelta, despacio, para exhibir su uniforme-. Comandante de las Habladoras Pez. Un comandante al mando de un solo soldado, pero comandante al fin.

Moneo se forzó a adoptar una voz fría y profesional.

– Siéntate.

– Prefiero estar de pie. -Bajó la vista para contemplar a Idaho, que la estaba mirando-. Ahhh, Duncan Idaho, la pareja que me tenían reservada ¿No encuentras interesante todo esto, Duncan? Nuestro Señor Leto me ha dicho que a su debido tiempo seré incorporada al alto estado mayor de las Habladoras Pez. Entretanto, poseo tan sólo un único subalterno. ¿Conoces a un soldado llamado Nayla, Duncan?

Idaho asintió.

– ¿De veras? Entonces tal vez sea yo quien no le conozca.

– Siona miró a Moneo.- ¿La conozco yo, padre? Moneo se alzó de hombros.

– Pero hablas de confianza, padre. ¿En quién confía Moneo, el poderoso ministro?

Idaho se volvió para ver el efecto que estas palabras causaban en el mayordomo. Su rostro aparecía a punto de quebrantarse bajo emociones reprimidas. ¿Ira? No... algo más.

– Yo confio en el Dios Emperador -contestó Moneo-. Y esperando que os enseñe a los dos alguna cosa, estoy aquí para transmítiros sus deseos.

– ¡Sus deseos! -repitió con burla Siona-. ¿Oyes eso, Duncan? Los mandatos del Dios Emperador ahora son deseos.

– Di lo que tengas que decir -dijo Idaho-. Sea lo que sea, poco podremos decidir nosotros.

– La decisión final es siempre vuestra -dijo Moneo.

– No le escuches -repuso Siona-. Siempre anda con trucos. Sólo esperan que caigamos el uno en brazos del otro y engendremos más especímenes como mi padre. ¡Tu descendiente, mí padre!

Moneo palideció. Agarró fuertemente el borde de su mesa con ambas manos y se inclinó hacia adelante.

– ¡Sois unos necios los dos! Pero intentaré salvaros. A pesar de vosotros mismos, intentaré salvaros.

Idaho vio el temblor de las mejillas de Moneo y la terrible intensidad de su mirada, y se sintió extrañamente conmovido.

– No soy su semental, pero voy a escuchar lo que tengas que decirme.

– Grave error -intercaló Siona.

– Tú callate, mujer -contestó Idaho.

Echando fuego por los ojos y clavando la mirada en Idaho, Siona pronunció lentamente:

– ¡No te dirijas a mí jamás en esa forma, o anudaré tu cuello en torno a tus tobillos!

Idaho se envaró y comenzó a girarse, pero Moneo, con una mueca, le hizo gesto de que permaneciese sentado.

– Duncan, te advierto que es capaz de hacerlo. A mi me supera con creces, y supongo que recuerdas como acabó tu intento de violencia contra mí.

Idaho efectuó una rápida y profunda inspiración, expiró el aire lentamente, y luego dijo:

– Di ya lo que tengas que decir.

Siona se desplazó hasta un extremo de la mesa de Moneo, se sentó en ella, y se quedó mirando a los dos hombres.

– Mejor, mucho mejor. Déjale que diga lo que quiera, pero no le escuches.

Idaho apretó con fuerza los labios.

Moneo aflojó la presión de sus manos, que seguían agarrando fuertemente la mesa, se acomodó en su asiento y, mirando alternativamente a Idaho y a Siona, dijo:

– Ya casi he finalizado los preparativos de la boda del Dios Emperador con Hwi Noree. Durante la celebración de estos festejos, os quiero a los dos fuera de aquí.

Siona lanzó una mirada interrogativa a Moneo.

– ¿Es idea tuya o de él?

– Mía. -Moneo devolvió con igual intensidad la furiosa mirada de su hija-. ¿No tienes sentido alguno del honor y del deber? ¿No has aprendido nada estando a mi lado?

– He aprendido lo que tú aprendiste, padre, y he dado mí palabra, que por supuesto cumpliré.

– Entonces, ¿te pondrás al mando de las Habladoras Pez?

– Si, comandaré todo cuanto él quiera confiarme. ¿Sabes una cosa, padre? Es mucho más tortuoso que tú.

– ¿A dónde piensas enviarnos? -preguntó Idaho.

– Siempre y cuando accedamos a partir -dijo Siona.

– Hay un pequeño poblado de Fremen de Museo al borde del Sareer -dijo Moneo-. Se llama Tuono. Es una aldea bastante agradable situada a la sombra de la Muralla, con el rio justo al otro lado de ella. Hay un pozo, y no se come mal.

– ¿Tuono?, se preguntó Idaho. Aquel nombre le sonaba a conocido.

– Había la Depresión de Tuono en el camino al Síetch Tabr -dijo.

– Y las noches son largas y no hay diversión alguna -añadió Siona.

Idaho le lanzó una cortante mirada, que ella le devolvió.

– Quiere que procreemos y que el Gusano se quede satisfecho -dijo ella-. Quiere verme con un niño en las entrañas, con una nueva vida bullendo y retorciéndose en mi interior, ¡pero antes le veré muerto que darle gusto en eso!

Aturdido, Idaho miró a Moneo.

– ¿Y si nos negamos a ir?

– Creo que iréis -contestó Moneo.

Siona crispó los labios.

– Duncan, ¿has visto alguna vez uno de esos poblados del desierto? No hay comodidad alguna, no...

– He estado en la Aldea de Tabur -respondió Idaho.

– Seguro que al lado de Tuono es una metrópoli. Nuestro Dios Emperador no iría a celebrar su enlace nupcial a un simple montón de barracas de adobe. Oh, no. Tuono serán cuatro chozas de barro sin ninguna comodidad, un lugar lo más parecido posible a los antiguos poblados Fremen.

Idaho mantuvo la mirada fija en Moneo al replicar:

– Los Fremen no vivían en chozas de adobe.

– ¿A quién le importa dónde celebraban sus juegos y sus cultos?

Con la mirada clavada todavía en Moneo, Idaho contestó:

– Los verdaderos Fremen poseían nada más un solo culto, el culto a la honestidad personal. Y a mi me interesa más la honestidad que las comodidades.

– ¡Pues no esperes de mí comodidad alguna! -replicó Siona.

– De ti no espero nada -contestó Idaho-. ¿Cuándo salimos para Tuono, Moneo?

– ¿Vas a ir? -preguntó ella.

– Estoy considerando sí aceptar la amabilidad de tu padre -respondió Idaho.

– ¡Amabilidad! -Apartó la vista de Idaho para dirigirla a Moneo.

– Partiréis inmediatamente -contestó Moneo-. He dispuesto un destacamento de Habladoras Pez al mando de Nayla para que os escolte hasta Tuono y se ocupe de todo cuanto haga falta.

– ¿Nayla? -preguntó Siona-. ¿De veras? ¿Estará con nosotros allí?

– Hasta el día de la boda.

Siona asintió con la cabeza, moviéndola con lentitud.

– Entonces, aceptamos.

– Acepta para ti -le espetó Idaho.

Siona sonrio.

– Lo siento. ¿Puedo solicitar oficialmente al gran Duncan Idaho el favor de acompañarme a esa primitiva guarnición, donde mantendrá sus manos alejadas por completo de mi persona?

Idaho la miró ceñudo:

– No tengas ningún miedo por el uso que haga de mis manos. -Y mirando a Moneo, preguntó: -¿Es pura amabilidad, Moneo? ¿Es por eso que me mandas fuera de aquí?

– Es una cuestión de confianza contestó Siona- ¿En quién confía él?

– ¿Estoy obligado a ir con tu hija? -insistió Idaho.

Siona se puso de pie.

– Aceptamos, o los soldados nos llevarán allí atados de pies y manos, lo cual será bastante incómodo. Puedes ver la respuesta en su cara.

– Así que, en realidad, no puedo decidir.

– Puedes decidir lo mismo que todo el mundo -dijo Siona-. O morir ahora, o más adelante.

Idaho siguió mirando a Moneo.

– ¿Cuales son tus verdaderas intenciones, Moneo? ¿No vas a satisfacer mi curiosidad?

– La curiosidad mantiene a mucha gente con vida cuando todo lo demás falla -replicó Moneo-. Estoy tratando de salvar tu vida, Duncan, y hasta ahora eso jamás lo había hecho.

- CAPITULO XLVI -

Hicieron falta casi un millar de años para que el polvo del viejo planeta desértico de Dune abandonara la atmósfera y quedara ligado, convertido en tierra y agua. Hace unos dos mil quinientos años que no se ve en Arrakis aquel viento que llamaban el que levanta la arena, causando terribles tormentas de coriolis. Veinte billones de toneladas de polvo podían transportarse suspendidas por el viento de una sola de estas tormentas. El cielo en esos casos se tornaba plateado. Y los fremen decían: "El desierto es un cirujano que practica un corte en la piel para exponer lo que está debajo de ella." El planeta y la gente poseían capas. Eran bien visibles. Mi Sareer no es más que un débil eco de lo que fue. Yo tengo que ser hoy el que levanta la arena.

–Los Diarios Robados.

– ¿Les enviaste a Tuono sin consultarme? ¡Qué sorprendente eres, Moneo! Hace tiempo que no actuabas con tanta independencia!

Moneo se encontraba a diez pasos de Leto en el sombrío centro de la cripta, con la cabeza baja, empleando todos los recursos conocidos para no echarse a temblar, sabiendo que ello sería advertido y de inmediato interpretado por el Dios Emperador. Era casi medianoche, y Leto había hecho esperar interminablemente a su mayordomo.

– Espero no haber ofendido a mi Señor -dijo Moneo.

– Al contrario, me has divertido mucho. Pero no te llames a engaño. Ultimamente no soy capaz de separar lo cómico de lo triste.

– Perdonadme, Señor -murmuró Moneo.

– ¿Qué es este perdón que siempre pides? ¿Precisas siempre un juicio? ¿Es que tu universo no puede simplemente limitarse a ser?

Moneo levantó la mirada hasta el pavoroso rostro enmarcado en su cogulla. El es a la vez la tormenta y la nave. El ocaso existe en sí mismo. Moneo intuía que se hallaba al borde de aterradoras revelaciones. Los ojos del Dios Emperador le taladraban, abrasándole, explorando.

– Señor, ¿qué deseáis de mí?

– Que tengas fe en ti mismo.

Temiendo que algo estallase en su interior, Moneo se atrevió a decir:

– Entonces, el no haberos consultado antes de...

– ¡Qué percepción la tuya. Moneo! Los pusilánimes que ansían el poder sobre los otros destruyen primero la fe que esos otros tienen en sí mismos.

Estas palabras produjeron en Moneo un efecto devastador. Percibió la acusación que contenían, la confesión pendiente. Sintió que el dominio que había detentado sobre algo espantoso pero infinitamente deseable y seductor se debilitaba. Trató de buscar palabras para poder convocarlo de nuevo, pero tenía la mente en blanco. Tal vez si preguntaba al Dios Emperador...

– Señor, si me comunicáis vuestros pensamientos sobre...

– ¡Mis pensamientos se desvanecen con el contacto!

Leto se quedó mirando a Moneo. Qué extraños eran los ojos de Moneo, encaramados allí sobre aquella falcónida nariz Atreides, ojos en verso libre en un rostro rimado. ¿Oiría Moneo aquel rítmico latido? ¡Viene Malky! ¡Viene Malky! ¡Viene Malky!

Moneo quería gritar de angustia. Aquello que había intuido... ¡todo había desaparecido! Se llevó ambas manos a la boca.

– Tu universo es un reloj de arena bidimensional -le acuso Leto-. ¿Por qué intentas retener la arena?

Moneo bajó las manos y suspiró.

– ¿Deseáis conocer los preparativos de la boda, Señor?

– ¡No seas pesado! ¿Donde está Hwi?

– Las Habladoras Pez la estan preparando para...

– ¿La has consultado sobre los preparativos?

– Sí, Señor.

– ¿Ha dado su aprobación?

– Sí, Señor, pero me reprochó vivir más para la cantidad que para la calidad de mis actividades.

– ¿No es maravillosa, Moneo? ¿Ha advertido ella algún síntoma de inquietud entre las Habladoras Pez?

– Creo que sí, Señor.

– La idea de mi enlace las perturba.

– Por eso alejé de aquí al Duncan, Señor.

– Claro, y mandaste a Siona con él.. para...

– Señor, sé que la habéis puesto a prueba y que ella...

– Siente la Senda de Oro con igual hondura que tú, Moneo.

– ¿Entonces por que la temo, Señor?

– Porque tú elevas la razón por encima de todo lo demás.

– Pero yo no conozco la razón de mi temor.

Leto sonrió. Era como hacer pompas de jabón en un recipiente infinito. Las emociones de Moneo eran como un juego maravilloso representadas tan sólo en este escenario. ¡Qué cerca del borde caminaba, sin haberlo visto jamás!

– Moneo, ¿por qué insistes en sacar piezas de la continuidad? -preguntó Leto-. Cuando contemplas el espectro, ¿deseas acaso un color por encima de todos los demás?

– ¡Señor, no os comprendo!

Leto cerró los ojos, recordando las innumerables veces que había escuchado este grito. Las caras que lo proferían formaban una masa confusa e indistinta. Abrió los ojos para borrarlas de su vista.

– Mientras quede un solo ser humano para contemplarlos, los colores no sufrirán una muerte lineal aunque tú mueras, Moneo.

– ¿Que son estos colores de que habláis, Señor?

– La continuidad, lo que nunca termina, la Senda de Oro.

– Pero vos véis cosas que nosotros no vemos, Señor!

– Porque os negáis a ello.

Moneo bajó la cabeza, dejando caer la barbilla sobre el pecho.

– Señor, sé que habéis evolucionado mucho más allá que el resto de nosotros. Por eso os adoramos y os...

– ¡Maldito seas. Moneo!

Alzando bruscamente la cabeza, Moneo se quedó mirando a Leto, aterrorizado.

– Las civilizaciones se derrumban cuando sus poderes exceden a su religión! -exclamó Leto- ¿Cómo es posible que no te des cuenta? Hwi lo ve perfectamente.

– Ella es ixiana, Señor. Tal vez...

– Ella es una Habladora Pez! Lo ha sido desde que nació, y nació para servirme. ¡No! -Leto levantó una de sus minúsculas manitas para detener a Moneo, que intentaba hablar-. Las Habladoras Pez estan intranquilas porque las llamé mis novias y ahora ven a una extraña, no adiestrada en Siaynoq, que lo comprende mejor que ellas.

– ¿Cómo puede ser eso, Señor, si vuestras Habladoras...?

– ¿Qué estas diciendo? Cada uno de nosotros nace sabiendo quién es y lo que debe hacer.

Moneo abrió la boca, pero la cerró sin llegar a pronunciar palabra.

– Los niños lo saben -dijo Leto-. Es solo después que los adultos les confundan que los niños esconden este conocimiento hasta de sí mismos. ¡Moneo! ¡Descúbrete!

– ¡Señor, no puedo! -Las palabras parecieron arrancadas de Moneo. Temblaba de angustia-. No poseo vuestros poderes ni vuestro conocimiento de...

– ¡Basta!

Moneo guardó silencio. Estaba tembloroso.

Con suavidad y para tranquilizarle, Leto dijo:

– Está bien, Moneo. Exijo mucho de ti sin darme cuenta de tu fatiga.

Lentamente, los temblores de Moneo se fueron calmando, entre profundos suspiros y hondas inspiraciones.

Leto dijo:

– Voy a introducir algunos cambios en el ritual Fremen de mi boda. No emplearemos los anillos de agua de mí hermana Ghanima. Usaremos en cambio los anillos de mi madre.

– ¿De Dama Chani, Señor? Pero, ¿dónde se encuentran sus anillos?

Leto retorció su cuerpo encima del carro y señaló a la intersección de dos de los pasadizos radiales situados a su izquierda, donde el tenue resplandor que iluminaba la cripta revelaba las primeras sepulturas de los Atreides en Arrakis.

– En su tumba, Moneo; el primer nicho. Saca esos anillos, Moneo, y traelos a la ceremonia.

Moneo cruzó con la mirada la tenebrosa distancia de la cripta.

– Señor... ¿no es una profanación...?

– Moneo, tú olvidas quien vive en mí. -Y hablando entonces con la voz de Chani, dijo-: ¡Puedo hacer lo que quiera con mis anillos de agua!

Moneo se encogió de miedo.

– Sí, Señor; los llevaré conmigo a la Aldea de Tabur cuando...

– ¿La Aldea de Tabur? -preguntó Leto con su voz ordinaria-. He cambiado de idea. ¡Nos casaremos en Tuono!

- CAPITULO XLVII -

La mayoría de las civilizaciones se basan en la cobardía. Resulta tan fácil civilizar enseñando cobardía. Se diluyen los niveles que conducen a la valentía. Se refrena la voluntad. Se regulan los apetitos. Se vallan los horizontes. Se dicta una ley para cada movimiento. Se niega la existencia del caos. Se enseña a respirar despacio incluso a los niños. Se domestica.

–Los Diarios Robados.

Idaho quedó pasmado ante su primera visión de la aldea de Tuono. ¿Aquello era el hogar de los Fremen?

El destacamento de Habladoras Pez les había traído desde la Ciudadela al amanecer; sin ninguna ceremonia, Idaho y Siona fueron introducidos en un gran ornitóptero que despegó acompañado por dos pequeñas naves de escolta. Y el vuelo había sido lento, casi tres horas. Aterrizaron en un hangar redondo y plano de plastipiedra situado a casi un kilómetro de distancia del pueblo, separado de él por unas viejas dunas sujetas al terreno mediante unos esmirriados planteles de hierbas y unos pocos matorrales enanos. Al descender del tóptero, la muralla, que se elevaba justo detras del pueblo, había dado la impresión de aumentar de tamaño, encogiendo a la aldea bajo su inmensidad.

– Los Fremen de Museo se conservan en general libres de toda contaminación tecnológica extraplanetaria -había comentado Nayla, mientras la escolta introducía los tópteros en el bajo hangar y sellaba sus puertas. Una de las guardias ya había salido para el pueblo con el anuncio de su llegada.

Siona había permanecido en silencio durante casi todo el viaje, dedicándose a estudiar a Nayla con encubierta intensidad.

Hubo un momento, durante su marcha a través de las dunas iluminadas por la luz del amanecer, en que Idaho imaginó haber regresado a los viejos tiempos. Se veía arena en las plantaciones, y en los valles situados entre las dunas había tierra abrasada, hierba amarilla y matojos resecos. Tres buitres con las alas totalmente desplegadas planeaban en círculo por la bóveda celeste, "la búsqueda de la altura", como lo habían llamado los Fremen. Idaho había intentado explicarle a Siona, que caminaba a su lado, que sólo había que preocuparse por esos comedores de carroña cuando empezaban a descender.

– Me han hablado de los buitres -comentó ella con frialdad.

Idaho observó el sudor que perlaba el labio superior de la muchacha. Se notaba un agrio olor a sudor en la tropa que caminaba apretada alrededor de ellos.

Su imaginación no lograba cumplir con la tarea de unificar las diferencias entre el tiempo pasado y el presente. Los destiltrajes reglamentarios que vestían respondían mas a un propósito de ostentación que a una eficaz recuperación del agua corporal. Ningún Fremen auténtico hubiera confiado su vida a uno de ellos, ni tan siquiera aquí,

dónde el aire olía a agua cercana. Y las Habladoras Pez al mando de Nayla no caminaban en el silencio de los Fremen, sino que charlaban entre ellas.

Siona andaba trabajosamente a su lado con un hosco abandono, fijando a menudo la atención en las anchas espaldas musculadas de Nayla, que avanzaba con caminar enérgico unos pasos por delante de la tropa.

¿Qué había entre estas dos mujeres?, se preguntó Idaho. Nayla parecía dedicada enteramente a Siona, dependiendo de cualquier palabra de Siona, obedeciendo cualquier capricho que a Siona se le ocurriese manifestar... salvo en que no iba a dejar de cumplir las órdenes que les habían traído a la aldea de Tuono. No obstante, Nayla trataba a Siona con gran deferencia y se dirigía a ella llamándola "Comandante". Algo muy profundo había entre esas dos, algo que suscitaba en Nayla temor y respeto.

Llegaron finalmente a una cuesta que descendía hacia el pueblo, y hasta la muralla situada detras de él. Desde el aire Tuono se había visto como un apretado racimo de cuadradítos relucientes situado justo fuera de la sombra de la muralla, pero ahora, desde más cerca, quedaba reducido a un conjunto de chozas desconocidas, de aspecto aún mas lamentable a causa de los evidentes esfuerzos realizados para embellecer el lugar. Fragmentos de minerales brillantes y restos de metal decoraban con diseños circulares las paredes de los edificios, en el mayor de los cuales, suspendida de un mástil metálico, ondeaba una andrajosa bandera verde. Una brisa racheada llevó a la nariz de Idaho un olor a basura y a cloaca. La calle principal del pueblo cruzaba la baldía extensión de arena en dirección a los recién llegados, y terminaba en un borde descuidado formado por un deteriorado pavimento.

Una delegación de autoridades del lugar, ataviadas con túnicas, aguardaban impacientes ante el edificio de la bandera verde, en compañía de la mensajera que Nayla había enviado al poco de aterrizar. Idaho contó ocho componentes, todos ellos hombres, y todos vestidos con lo que parecían ser auténticos mantos Fremen de color marrón oscuro. Un turbante verde asomaba bajo la capucha de uno de los miembros de la delegación, el Naíb sin duda alguna. A un lado se veía a un grupo de niños que esperaban con unos ramos de flores, mientras que al fondo y por algunas calles laterales varias mujeres vestidas de negro y encapuchadas espiaban el acontecimiento. Idaho encontró deprimente toda la escena.

– Acabemos de una vez con ello -dijo Siona.

Nayla asintió y descendió la cuesta hasta la calle. Siona e Idaho permanecieron unos pocos pasos detras de ella, mientras el resto de la escolta avanzaba en desorden pero ahora en silencio y mirando a su alrededor con ostensible curiosidad.

Al acercarse Nayla a la delegación que les aguardaba, el hombre que llevaba el turbante verde dio un paso hacia adelante y se inclinó con una reverencia. Sus movimientos eran los de un anciano, aunque Idaho observó que no lo era; era un hombre de edad apenas madura, mejillas tersas y sonrosadas, nariz chata sin cicatriz alguna de tubos ni filtros de agua... ¡y qué ojos! Los ojos poseían pupilas definidas y no el azul total de la adicción a la especia. Eran unos ojos pardos. Ojos pardos en un Fremen!

– Soy Garun -dijo el hombre, al detenerse Nayla frente a él-. Soy el Naib de este pueblo. Os doy la bienvenida Fremen a Tuono.

Nayla, señalando por encima del hombro a Siona e Idaho, que se habían detenido justo detrás de ella, preguntó:

– ¿Habéis preparado alojamiento adecuado para vuestros huéspedes?

– Nosotros, los Fremen, nos enorgullecemos de nuestra hospitalidad -respondió Garun-. Todo esta a punto.

Idaho olfateó el aire, deplorando los acres olores y los tristes sonidos del lugar. y lanzó una mirada por las ventanas del edificio que ostentaba la bandera situada a su derecha. ¿La enseña de los Atreides ondeando en tal cochambre? Las ventanas daban a un auditorio de techo bajo con una tarima en el extremo del fondo. sobre la cual aparecía un pequeño estrado. Vio también varias filas de asientos y el suelo alfombrado de rojo. Tenía todo el aire de un escenario teatral, de un lugar dedicado al entretenimiento de turistas.

El sonido de pisadas arrastrándose por el suelo devolvió la atención de Idaho a Garun. Varios niños se acercaban al grupo compuesto por la delegación y los recién llegados, tendiendo con manos mugrientas unos manojos de flores de colores chillones. Las flores estaban marchitas.

Garun se dirigió a Siona, identificando correctamente los galones dorados de Comandante de las Habladoras Pez de su uniforme.

– ¿Deseáis asistir a una representación de nuestros ritos Fremen? -preguntó-. ¿Música quizás? ¿Bailes?

Nayla aceptó un ramo de flores de uno de los niños, las olió, y empezó a estornudar.

Otro chiquillo tendió unas flores a Siona, mirándola con unos ojos grandes, muy abiertos. Ella aceptó las flores sin mirar al niño, mientras que Idaho se limitaba a apartar a los que se le acercaban. Los niños vacilaron, se quedaron mirándole, y luego se escabulleron por detrás suyo para unirse al resto del grupo.

Garun le dijo a Idaho:

– Si les das unas pocas monedas, dejarán de molestar.

Idaho se estremeció. ¿En esto se había convertido la educación de los niños Fremen?

Garun centró de nuevo su atención en Siona y, dirigiéndose a Nayla, que escuchaba atentamente, comenzó a explicar la distribución del poblado.

Idaho se apartó de ellos y echó a andar calle abajo, advirtiendo las numerosas miradas que le espiaban y después se desviaban para evitar encontrarse con la suya. Sentía una profunda repugnancia por la vulgar decoración con que se habían adornado las fachadas, sin molestarse en subsanar la dejadez que evidenciaban. Por una puerta que habían dejado abierta miró hacia el interior del auditorio, pensando que Tuono, por detrás de las flores marchitas y el tono servil de Garun, tenía una especie de aspereza, un impulso de luchar y sobrevivir. En otra época y en otro planeta, este hubiera sido un pueblo miserable habitado por toscos campesinos insistiendo en exponer sus

peticiones. Aún sin proponérselo, escuchaba el quejido de súplica que teñía la voz de Garun. ¡Estas gentes no eran Fremen! Estos pobres desgraciados vivían al margen de todo, tratando de conservar fragmentos de un antiguo conjunto. Y mientras tanto, aquella realidad perdida escapaba más y más al alcance de sus manos. ¿Qué había creado Leto allí? Esos pobres Fremen de Museo se encontraban perdidos para todo, a excepción de una precaria existencia y una maquinal repetición de antiguas fórmulas que no entendían y cuyas palabras ni siquiera llegaban a pronunciar correctamente.

Regresando al lado de Siona, Idaho procedió a estudiar la confección del manto pardo de Garun, observando en él una estrechez dictada sin ninguna duda por la necesidad de economizar tela. Asomaba por debajo el brillo gris de un destiltraje expuesto a la luz del sol, cosa que ningún Fremen auténtico hubiese permitido bajo ningún concepto. Idaho contempló a los restantes miembros de la delegación, advirtiendo un idéntico ahorro de material en sus atuendos. Indudablemente, aquello traicionaba la actitud emocional de sus dueños. Dichas prendas no permitían actuar con libertad de movimientos ni tampoco realizar gestos expansivos. ¡Los mantos eran estrechos y aprisionaban la identidad de toda aquella gente!

Impulsado por el aborrecimiento que sentía, Idaho avanzó unos pasos y, bruscamente, apartó el manto de Garun para echar un vistazo al destiltraje. ¡Tal como había sospechado, el traje era otra impostura! ¡Le faltaban las mangas y también los canales de las botas!

Garun retrocedió, llevando una mano a la empuñadura del cuchillo que pendía de su cinto y que, con el gesto de Idaho, había quedado al descubierto.

¡Eh! ¿Qué estas haciendo? -exclamó Garun en tono quejumbroso- ¡A un Fremen no se le toca de esta forma!

– ¿Tú, un Fremen? -replicó Idaho- ¡Yo viví con los Fremen! ¡Yo peleé a su lado en contra de los Harkonnen! ¡Yo morí con los Fremen! ¿Un Fremen, tú? ¡Tú eres un fraude!

Los nudillos de Garun se emblaquecieron apretando el mango del cuchillo. Dirigiéndose a Siona, preguntó:

– ¿Quién es este hombre?

Fue Nayla la que respondió.

– Es Duncan Idaho.

– ¿El ghola? -Garun se volvió para contemplar el rostro de Idaho-. Jamás había visto por aquí a los de tu calaña.

Idaho se sintió dominado por un repentino deseo de limpiar aquel lugar aunque ello le costara la vida, aquella vida disminuida susceptible de ser interminablemente repetida por unas gentes a quien su persona bien poco importaba. Un modelo anticuado, sí. Pero al menos no era un Fremen.

– ¡Desenvaina ese cuchillo o aparta la mano de él! -bramó Idaho.

Garun apartó su mano del cuchillo.

– No es auténtico -dijo-. Puramente decorativo. -Reavivó la voz-. Pero tenemos cuchillos de verdad, incluso algún cuchillo crys también. Estan guardados bajo llave en las vitrinas, para conservarlos.

Idaho no pudo contenerse. Echó la cabeza hacia atrás y prorrumpió en fuertes carcajadas. Siona sonrió, pero Nayla quedó pensativa mientras el resto de la escolta de Habladoras Pez estrechaba filas a su alrededor, extremando su vigilancia.

Las carcajadas de Idaho tuvieron un extraño efecto en Garun. Bajando la cabeza, juntó las manos y las apretó con furia, no sin que Idaho las viera temblar. Cuando Garun volvió a levantar la vista fue para mirar a Idaho con expresión ceñuda. Idaho se calmó instantáneamente. Fue como si una terrible bota hubiera aplastado el orgullo de Garun, convirtiéndolo en un amedrentado servilismo. En los ojos de aquel hombre había una vigilante espera. Y sin poder explicarse el motivo, Idaho recordó un pasaje de la Biblia Católica Naranja, preguntandose: ¿Son estos los mansos que esperarán más que todos y heredarán el universo?

Garun carraspeó y dijo:

– Tal vez el ghola Idaho se digne contemplar nuestros ritos y costumbres para emitir después su valioso juicio.

Avergonzado por el tono humillante de la solicitud, contestó sin reflexionar:

– Os enseñaré todas las cosas Fremen que yo sé. -Y mirando a Nayla, que le observaba ceñuda, añadió: -Me ayudará a pasar el rato y, ¿quién sabe?, tal vez devuelva algo de los auténticos Fremen a esta tierra.

– ¡No hace ninguna falta que nos entretengamos con juegos viejos y afectados! -dijo entonces Siona-. Condúcenos a nuestro alojamiento.

Violenta por la situación, Nayla bajó la cabeza y, sin mirar a Siona, dijo:

– Comandante, hay una cosa que no me he atrevido a deciros.

– Que debes asegurarte de que permanezcamos en este asqueroso lugar.

– ¡Oh no! -Nayla levantó la mirada hacia Siona-. ¿Adónde podrías ir? La muralla es imposible de escalar, y detrás sólo esta el río. Y en la dirección contraria se extiende el Sareer. Oh, no... se trata de otra cosa. -Nayla agitó la cabeza.

– ¡Adelante con ello! -le espetó Siona.

– Me hallo bajo órdenes estrictas, Comandante, que no me atrevo a desobedecer. -Nayla echó una mirada a los restantes miembros de la escolta, y después volvió a mirar a Siona-. Vos y el... Duncan Idaho debéis compartir el mismo alojamiento.

– ¿Órdenes de mi padre?

– Mi Comandante, son, según tengo entendido, órdenes directas del Dios Emperador, que nadie osa desobedecer.

Siona miró directamente a Idaho.

– ¿Recuerdas mi advertencia, Duncan, en la última conversación que mantuvimos en la Ciudadela?

– Mis manos son mias y haré con ellas lo que quiera -gruñó Idaho-. Y no creo que tengas duda alguna acerca de mis deseos.

Tras una breve inclinación de cabeza, ella se alejó de él y, mirando a Garun, dijo:

– ¿Qué importa dónde durmamos en este asqueroso lugar? Llévanos a nuestro alojamiento.

Idaho encontró fascinante la respuesta de Garun: un volver de cabeza hacia el ghola, ocultando su rostro tras la capucha Fremen para lanzarle luego un furtivo guiño de complicidad. Sólo entonces Garun se los llevó por la sucia calle cuesta abajo.

- CAPITULO XLVIII -

¿Cual es el peligro más inmediato para mi administración? Os lo diré: el verdadero visionario, la persona que ha estado en la presencia de Dios con el conocimiento pleno del lugar en que se encuentra. El éxtasis visionario libera unas energías semejantes a las del sexo, es decir, indiferentes a todo cuanto no sea la creación. Un acto de creación puede ser muy similar a otro. Todo depende de la visión.

–Los Diarios Robados..

Leto se encontraba sin su carro en el elevado balcón cubierto de la torre de su Pequeña Ciudadela, tratando de dominar una inquietud que sabía debida a los inevitables retrasos que estaban posponiendo la fecha de su boda con Hwi Noree. Estaba mirando hacia el sudoeste. Allá a lo lejos, en algún punto del oscureciente horizonte, se encontraba la Aldea de Tuono, donde se hallaban Siona, el Duncan y sus acompañantes desde hacía seis días.

Los retrasos son culpa mía, pensó Leto. Fui yo quien cambió el lugar de la boda, obligando con ello a Moneo a revisar todos los preparativos.

Y ahora, además, estaba el asunto de Malky.

Ninguna de estas inquietudes podía confiársele a Moneo, a quien se oía moverse ajetreado por la estancia central del refugio, preocupado por su ausencia del puesto de mando desde donde dirigía los preparativos de los venturosos festejos.

Leto dirigió la mirada hacia el sol poniente. Flotaba bajo en el horizonte, envuelto en una apagada tonalidad naranja por causa de una reciente tormenta. La lluvia se agazapaba en las nubes bajas que aparecían al sur, más allá de los límites del Sareer. En prolongado silencio, Leto había estando contemplando la lluvia que en esta ocasión llevaba horas cayendo, alargándose sin principio ni fin. Las nubes habían ido formándose en un opresivo cielo gris, apareciendo luego bien visibles las definidas rayas de la lluvia. Se sintió arropado en una sucesión de recuerdos que le invadieron sin ser solicitados. Era un estado de ánimo dificil de cancelar y así, sin darse cuenta siquiera, se encontró murmurando los versos de un antiguo poema.

– ¿Decíals algo, Señor? -La voz de Moneo se oyó muy próxima a Leto. Simplemente desviando los ojos, Leto distinguió a su fiel mayordomo de pie, esperando atentamente.

Leto citó entonces, traduciéndolo al Galach: "El ruiseñor anída en el ciruelo, pero ¿qué hará con el viento?”

– ¿Es una pregunta, Señor?

– Una antigua pregunta, Moneo, de sencilla respuesta: "Dejad que el ruiseñor se quede con sus flores".

– No entiendo, Señor.

– Deja ya de insistir en lo evidente, Moneo. No sabes cuanto me molesta que lo hagas.

– Perdonadme, Señor.

– ¿Qué otra cosa puedo hacer? -Leto examinó las abatidas facciones de Moneo-. Tú y yo, Moneo, aparte de todo lo que hagamos, proporcionamos siempre buen teatro.

Moneo escrutó el rostro de Leto.

– ¿Señor?

– Los ritos de los festivales religiosos de Dionisos constituyeron la semilla del teatro griego, Moneo. La religión desemboca con frecuencia en el teatro. Van a tener buen teatro con nosotros. -Una vez más, Leto se dio media vuelta y contempló el horizonte del sudoeste.

Ahora se había levantado un viento que apilaba las nubes.

A Leto le pareció oir el tempestuoso sonido de la arena azotando los lomos de las dunas, pero en el refugio de la torre no había más que un resonante silencio, un silencio destacado por el levísimo silbido del viento.

– Las nubes -musitó-. Tomaría una vez más una taza de rayos de luna, la costa de un mar antiguo a mis pies, nubes delgadas aferrándose a mi cielo misterioso, con el manto azul gris sobre los hombros y un relincho de caballos cercanos.

– Mi Señor se siente acongojado -dijo Moneo. La compasión de su voz emocionó a Leto.

– Las brillantes sombras de mi pasado -comentó Leto-. Nunca me dejan en paz. Quise escuchar un sonido sedante, la campana de un pueblo en el crepúsculo, y tan sólo me dijo que yo soy el sonido y el alma de este sitio.

Pronunciaba todavía estas palabras cuando la oscuridad acabo de sumir a la torre en las tinieblas. Una serie de luces automáticas se encendieron a su alrededor. Leto mantuvo la vista fija en la noche, en un punto en que la delgada tajada de melón de la Primera Luna se dejaba flotar sobre las nubes con la luz anaranjada del planeta revelando el redondel entero del satélite.

– Señor, ¿por qué hemos venido aquí? -preguntó Moneo-. ¿Por qué no queréis decírmelo?

– Deseaba darte una sorpresa -dijo Leto-. Dentro de poco aterrizará aquí una nave de la Cofradía en la que mis Habladoras Pez me traen a Malky.

Moneo efectuó una rápida inspiración, que retuvo unos instantes antes de contestar:

– ¿El tío de Hwi... ese Malky?

– Estas sorprendido de que no te lo hubiera advertido, ¿verdad?

Moneo sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

– Señor, cuando deseáis mantener algo en secreto...

– ¿Moneo? -replicó Leto con voz dulce y persuasiva-. Sé que Malky te tentó con ofrecimientos mucho más importantes que cualquier otro...

– ¡Señor! Yo jamás...

– Lo sé, Moneo, lo sé. -Todavía con voz suave-. Pero la sorpresa ha devuelto a la vida estos recuerdos. Estas dispuesto y armado para cualquier cosa que yo pueda necesitar de ti.

– ¿Qué... qué es lo que mi señor...?

– Quizá tengamos que deshacernos de Malky. Es un problema.

– ¿Yo? ¿Queréis que sea yo?

– Tal vez.

Moneo tragó saliva y dijo:

– La Reverenda Madre...

– Anteac ha muerto. Me sirvió con eficacia, pero ha muerto. Se produjeron violentísimos disturbios cuando mis Habladoras Pez atacaron el... lugar donde se encontraba escondido Malky.

– Estamos mucho mejor sin Anteac -sentenció Moneo.

– Estimo tu desconfianza hacía la Bene Gesserit, pero hubiera preferido que Anteac nos dejase de otra forma. Fue leal con nosotros, Moneo.

– Era una Reverenda Madre...

– Tanto la Bene Tleilaxu como la Cofradía ansiaban apoderarse del secreto de Malky -dijo Leto-. Cuando nos vieron atacar a los ixianos, arremetieron ellos contra mis Habladoras Pez. Anteac... ella sólo pudo retrasarles un poco, pero fue suficiente. Mis Habladoras Pez cercaron el lugar.

– ¿E1 secreto de Malky, Señor?

– El que una cosa desaparezca es tan revelador como el que aparezca de repente -dijo Leto-. Los espacios vacíos deben ser siempre dignos de estudio.

– ¿Qué quiere decir mi Señor, vacíos...?

– ¡Malky no murió! Yo lo hubiera sabido con toda seguridad. ¿Adónde fue cuando desapareció?

– ¿Desapareció... de vos, Señor? ¿Sugerís acaso que los ixianos...?

– Han perfeccionado un artefacto que me entregaron hace mucho tiempo. Lo han perfeccionado lentamente y con extrema sutileza, armazones ocultos dentro de armazones ocultos, pero yo percibí las sombras. Y me sentí asombrado. Y muy contento.

Moneo meditó las palabras que Leto acababa de pronunciar. Un artefacto que ocultaba... ¡Ahhh! El Dios Emperador había mencionado una cosa en varias ocasiones, un método de ocultar los pensamientos que registraba, Moneo dijo entonces:

– Y Malky consiguió el secreto de...

– Oh, sí. Pero ese no es el verdadero secreto de Malky. Malky oculta otra cosa en su pecho que ignora que yo sospecho.

– Otra... pero Señor, si pueden ocultar algo hasta de vos...

– Muchos pueden hacerlo ahora, Moneo. Cuando se produjo el ataque de mis Habladoras Pez, se dispersaron. El secreto de los ixianos se encuentra ahora esparcido por muchos lugares.

Los ojos de Moneo se abrieron con alarma.

– Señor, si alguien...

– Si son listos, no dejarán ninguna huella -repuso Leto-. Dime, Moneo, ¿qué dice Nayla del Duncan? ¿Le molesta tener que informarte directamente a ti?

– Lo que mi Señor ordena... -Moneo carraspeó. No lograba desentrañar por qué su Dios Emperador hablaba de huellas ocultas, del Duncan y de Nayla en la misma frase.

– Sí, por supuesto -contestó Leto-. Todo lo que yo ordeno, Nayla lo cumple. ¿Y qué dices del Duncan?

– Aún no se ha decidido a procrear con Siona, si es a eso a lo que mi Señor se...

– ¿Pero qué hace con ese fantoche de Naib, Garun, y los otros Fremen de Museo?

– Les habla de las antiguas costumbres, de las guerras contra los Harkonnen, de los primeros tiempos de los Atreides aquí en Arrakis.

– ¡En Dune!

– Dune, sí.

– Es debido a que ya no existe Dune por lo que no quedan Fremen -dijo Leto- ¿Has comunicado mi mensaje a Nayla?

– Señor, ¿por qué aumentáis de ese modo vuestros peligros?

– ¿Le comunicaste mi mensaje?

– La mensajera ha recibido ya la orden de dirigirse a Tuono, pero aún podría detenerla.

– ¡Eso de ningún modo!

– ¡Pero, Señor!

– ¿Qué le dirá a Nayla?

– Que... es orden específica de Nuestro Señor Leto que Nayla continúe obedeciendo total y absolutamente a mi hija, excepto... ¡Señor, esto es peligroso!

– ¿Peligroso? Nayla es una Habladora Pez. Me obedecerá.

– Pero Siona... Señor, temo que mi hija no os sirva con todo su corazón. Y Nayla es...

– Nayla no debe desviarse.

– Señor, celebremos vuestra boda en cualquier otro lugar.

– ¡No!

– Señor, sé que vuestra visión ha revelado...

– La Senda de Oro prevalece, Moneo. Sabes eso tan bien como yo.

Moneo suspiró.

– El infinito es vuestro. Señor. No pongo en duda... -Se interrumpió al escuchar un monstruoso estruendo que sacudió la torre y que fue acercándose progresivamente.

Se volvieron ambos hacia el lugar de donde procedía el sonido, distinguiendo una pluma de luz azul anaranjada que, entre ondas de choque, descendía hacia el sur para aterrizar a menos de un kilómetro de distancia.

– Ah, ahí llega mi invitado -dijo Leto-. Bajarás en mi carro, Moneo, y volverás solamente con Malky. Di a los hombres de la Cofradía que este acto les merece mi perdón, y a continuación despídeles.

– Vuesto per... sí, Señor. Pero si poseen el secreto de...

– Ellos sirven a mis propósitos, Moneo. Tú debes hacer lo mismo. Traéme ya a Malky.

Obediente, Moneo se dirigió hacia el carro que permanecía en las sombras al fondo de la cámara del refugio. Se encaramó a él y aguardó a que un bostezo de la noche apareciera en la pared. Una plataforma de aterrizaje emergió hacia la noche. El carro se deslizó hacia afuera con la ligereza de una pluma y quedó flotando en ángulo sobre la arena, junto a la nave de la Cofradía, que aparecía erguida como una deforme miniatura de la torre de la Pequeña Ciudadela.

Leto contemplaba la escena desde el balcón, con sus segmentos frontales ligeramente arqueados para mejorar su ángulo de visión. Su agudeza visual le permitió identificar de inmediato el blanco movimiento de Moneo, que estaba de pie en el carro, bañado por la luz de la luna. Varios servidores de la Cofradía, hombres de piernas largas, salieron de la nave con una camilla que deslizaron en el carro, deteniéndose unos instantes a conversar con Moneo. Leto cerró la burbuja que cubría la parte delantera del carro y vio la luna reflejarse en ella. Obedeciendo a su mandato mental, el carro y su cargamento regresaron a la plataforma de aterrizaje. La nave de la Cofradía se elevó con sordo estruendo, mientras Leto introducía el carro en la cámara profusamente iluminada, sellando la entrada detrás de él. Se oyó un crujir de arena bajo su cuerpo al acercarse rodando a la camilla y elevar sus segmentos frontales para contemplar a Malky, que yacía como si durmiera, atado a la camilla con anchas cintas elásticas grises. Bajo la mata de pelo gris oscuro aparecía un rostro de color ceniciento.

Cuánto ha envejecido, pensó Lato.

Moneo bajó del carro y se dio media vuelta para mirar al ocupante de la camilla.

– Está herido, Señor. Querían enviar a un médico.

– A un espía querían enviar.

Lato estudió detenidamente a Malky, la piel oscura surcada de arrugas, las mejillas hundidas. la pronunciada nariz que tanto contrastaba con el óvalo redondeado de la cara. Las pobladas cejas se habían vuelto casi completamente blancas. De no ser por toda una vida de testosterona... si.

Malky abrió los ojos. ¡Qué extraño resultaba descubrir una expresión de maldad en aquellos mansos ojos pardos! Una sonrisa crispó los labios de Malky.

– Mi Señor Leto. -La voz de Malky era apenas un ronco susurro. Desvió los ojos hacia la derecha, centrándolos en el mayordomo-. Y Moneo. Disculpad que no me levante para tan memorable ocasión.

– ¿Tienes dolores? -preguntó Leto.

– A ratos. -Movió los ojos, examinando el entorno-. ¿Donde están vuestras huríes?

– Siento tener que negarte ese placer, Malky.

– Qué más da -replicó la ronca voz de Malky-. En realidad no me siento con fuerzas de satisfacer sus demandas. No eran huríes las que mandaste a por mí, Leto.

– Eran profesionales obedientes a mis órdenes -contestó Lato.

– ¡Cazadoras sanguinarias, eso es lo que eran!

– La cazadora era Anteac. Mis Habladoras Pez no eran más que el personal de la limpieza.

Moneo, entretanto, se dedicaba a contemplar sucesivamente a ambos interlocutores. Qué inquietantes matices se percibían en esta conversación. A pesar de la ronquera, las palabras de Malky sonaban a ligereza, a falta de seriedad... pero él siempre había sido así. Era realmente un hombre peligroso.

Lato dijo:

– Justo antes de que llegaras, Moneo y yo estuvimos hablando del Infinito.

– Pobre Moneo -comentó Malky.

– ¿Te acuerdas, Malky? Una vez me pediste que te demostrara el Infinito.

– Y tú me dijiste que el Infinito no existe para ser demostrado. -Malky dirigió la mirada hacia Moneo-. A Leto le agrada jugar con la paradoja. Conoce todos los trucos del lenguaje que jamás se hayan descubierto.

Moneo sofocó una oleada de ira. Se sentía excluido de esta conversación, convertido en juguete de dos seres superiores. Malky y el Dios Emperador parecían dos viejos amigos reviviendo juntos los placeres de un pasado común.

– Moneo me acusa de ser el único poseedor del infinito -dijo Leto-, negándose a creer que él sea dueño de tanto infinito como yo.

Malky levantó la mirada hacia Leto.

– ¿Lo ves, Moneo? ¿Ves lo tramposo que es con las palabras?

– Háblame de tu sobrina Hwi Noree -le pidió Leto.

– ¿Es cierto, Leto? ¿Es cierto lo que dicen? ¿Que vas a casarte con la dulce Hwi?

– Si, es cierto.

Malky emitió una risita sofocada, haciendo luego una mueca de dolor.

– Me hicieron un daño terrible, Leto -murmuró, para añadir-: Dime, viejo gusano...

Moneo quedó boquiabierto.

Malky dedicó unos instantes a recobrarse del dolor, y a continuación dijo:

– Dime, viejo gusano, dime si este monstruoso cuerpo tuyo esconde en algún sitio un pene monstruoso. ¡Qué susto para la dulce Hwi!

– Hace ya mucho tiempo te dije la verdad sobre este asunto -contestó Leto.

– Nadie dice la verdad -replicó Leto.

– Tú me la dijiste muchas veces, aún sin darte cuenta.

– Eso es porque tú eres más listo que el resto de nosotros.

– ¿Me vas a hablar de Hwi?

– Creo que lo sabes todo.

– Quiero oírlo de tus labios -dijo Leto-. ¿Os ayudaron los tleilaxu?

– Nos dieron conocimientos, nada más -respondió Malky-. Lo demás lo hicimos nosotros solos.

Moneo no pudo contener por más tiempo la curiosidad.

– ¿Señor, que es todo esto de Hwi y los tleilaxu? ¿Por que estáis...?

– Vamos, Moneo, viejo amigo -dijo Malky, dejando resbalar la mirada hacia el mayordomo- ¿No sabes que él...?

– ¡Jamás fui vuestro amigo! -le espetó Moneo.

– Compañero entre las huríes, pues -rectificó Malky.

– Señor -dijo Moneo, volviéndose hacia Leto-, ¿por qué habláis de...?

– Calla, Moneo. Estamos fatigando a tu viejo compañero, y aún hay ciertas cosas que quiero saber de él -dijo Leto.

– ¿Te has preguntado alguna vez, Leto, por qué Moneo no trató nunca de robarte toda la letonación?

– ¿La qué? -exclamó Moneo.

– Una de esas palabrejas de Leto -respondió Malky-. Leto y detonación, letonación. Perfecta. ¿Por qué no bautizas con ella a tu Imperio? ¡La Gran Letonación!

Leto levantó una mano, indicando silencio a Moneo.

– ¿Vas a decirmelo, Malky? Lo de Hwi.

– Unas pocas células de mi cuerpo -repúso Malky-, y luego un desarrollo constantemente vigilado y una educación celosamente seleccionada, para producir un resultado exactamente opuesto a tu viejo amigo Malky. ¡Lo hicimos todo en la no-estancia en la que tú no puedes ver!

– Pero me entero muy bien cuando algo desaparece -replicó Leto.

– ¿La no-estancia? -preguntó Moneo, y luego, captando el sentido de las palabras de Malky, exclamó-: ¡Vos! ¡Vos y Hwi...!

– Esa es la forma que distinguí entre las sombras -dijo Leto.

Moneo se quedó mirando a Leto cara a cara:

– Señor, cancelaré la boda. Diré que...

– No vas a hacer nada de eso.

– Pero, Señor, si ella y Malky son...

– Moneo -dijo Malky con voz ronca-, ¡el Señor así lo ordena, y debes obedecer!

Aquel tono de burla! Moneo miró a Malky echando fuego por los ojos.

– El resultado exactamente opuesto a Malky -dijo Leto-. ¿No lo has oído?

– ¿Qué podría ser mejor? -preguntó Malky.

– Pero, Señor, sabiendo como sabéis...

– Moneo -dijo Leto-, estas empezando a molestarme.

Avergonzado, Moneo guardó silencio.

– Eso está mejor -dijo Leto-. ¿Sabes, Moneo?, una vez, hace miles y miles de años, cuando yo era otra persona, cometí una equivocación.

– ¿Tú, una equivocación? -se burló Malky.

Leto se limitó a sonreír.

– Mi equivocación quedó enmendada por la hermosura con que logré expresarla.

– Trucos de palabras -se mofó Malky.

– ¡Efectivamente! Esto es lo que dije: "El presente es distracción; el futuro, un sueño; Sólo la memoria es capaz de desvelar el significado de la vida". ¿No son palabras bellas, Malky?

– Exquisitas, viejo gusano.

Moneo se tapó la boca con una mano.

– Pero mis palabras eran una estúpida mentira -añadió Leto-. Lo supe de inmediato, pero entonces me sentía prendando de la belleza de las palabras. No, la memoria no desvela ningún significado. Sin la angustia del espíritu, que es una experiencia muda, no existe significado alguno en ninguna parte.

– No acabo de entender el significado de la angustia que me causaron tus sanguinarias Habladoras Pez -dijo Malky.

– No padeces angustia alguna -replicó Leto.

– Si estuvieras en mí cuerpo, no...

– Eso no es más que dolor fisíco. Pasará pronto -dijo Leto.

– Entonces, ¿cuando conoceré la angustia? -preguntó Malky.

– Después tal vez.

Leto flexionó sus segmentos frontales, apartándose de Malky para encararse con Moneo.

– ¿Sirves de corazón a la Senda de Oro, Moneo?

– Ahhh, la Senda de Oro -replicó Malky, mofándose.

– Sabéis que si, Señor -contestó Moneo.

– Entonces tienes que prometerme que todo lo que hoy has conocido aquí no saldrá nunca de tus labios. Ni con palabras o signos podrás jamás revelarlo.

– Lo prometo, Señor.

– Lo prometo, Señor -se burló Malky.

Una de las minúsculas manitas de Leto señaló a Malky, que yacía contemplando el franco perfil de un rostro enmarcado en su cogulla gris.

– Por razones de antigua admiración... y por muchos otros motivos, no puedo matar a Malky, ni siquiera pedir que lo hagas tú... y sin embargo, hay que eliminarle.

– ¡Ohhh, qué inteligente eres! -exclamó Malky.

– Señor, sí no os importa esperar un momento al fondo de la sala, quizá cuando volváis Malky ya no sea ningún problema.

– Lo va a hacer -dijo Malky con voz ronca-. ¡Por todos los dioses! Lo va a hacer.

Leto se escabulló dirigiéndose hacía la oscuridad reinante en el extremo opuesto de la sala, concentrando la atención en el apenas perceptible arco de una línea que se transformaría en una abertura sólo con que convirtiese ese deseo en una orden mental. Qué interminable abismo se abriría allí afuera con sólo dejarse caer de la plataforma de aterrizaje. Dudaba que incluso su cuerpo pudiera sobrevivir a tal caída. Pero en las arenas que se extendían al pie de su torre no había agua, y sentía que la Senda de Oro centelleaba manteniendo o perdiendo su existencia tan sólo porque él se permitiese pensar en tal final.

– ¡Leto! -llamó Malky desde detrás de él.

Leto oyó la camilla aplastar los granos de arena depositados por el viento en el suelo de su refugio.

Una vez más oyó la voz de Malky que gritaba:

– ¡Leto, eres el mejor! No hay maldad en este universo capaz de superar...

Un ruido sordo y blando cortó en seco la voz de Malky.

Un golpe en la garganta, pensó Leto. Si, Moneo lo domina.

Luego se oyó el sonido del protector transparente del balcón abriéndose, luego el raspar de la camilla en el raíl, luego el silencio.

Moneo tendrá que enterrar el cadáver en la arena, pensó Leto. Aún no existen gusanos que puedan devorar las pruebas de este crimen. Leto se dio entonces la vuelta y miró al otro lado de la estancia. Moneo estaba asomado a la barandilla mirando hacía abajo... abajo... abajo...

No puedo rezar por ti, Malky, ni por ti tampoco, Moneo, pensó Leto. Quizás yo sea la única conciencia religiosa del Imperio porque estoy verdaderamente solo... por eso no puedo rezar.

- CAPITULO XLIX -

No podéis comprender la historia a menos que comprendáis sus flujos, sus corrientes, y la manera en que cada caudillo se mueve entre estas fuerzas. Un caudillo procura perpetuar las condiciones que crean la necesidad de su caudillaje. Y así, el caudillo exige la presencia del extranjero. Os conmino a que estudiéis con tiento mi carrera. Yo soy a la vez caudillo y extranjero. No cometáis el error de suponer que sólo instituí la Iglesia que era el Estado. Esa fue mi función como caudillo, y dispuse de numerosos modelos históricos que imitar. Como clave de mi papel como extranjero, echad una ojeada a las artes de mi época. Son artes bárbaras. ¿La poesía favorita? La Epica. ¿El ideal dramático popular? El Heroísmo. ¿Las Danzas? Salvajemente abandonadas. Desde el punto de vista de Moneo, acierta al describirlo como peligroso. Estimula la imaginación. Hace a la gente sentir la falta de aquello de lo cual les privé. ¿De qué les privé? Del derecho a participar en la historia.

–Los Diarios Robados.

Idaho, tumbado en su catre con los ojos cerrados, oyó caer un peso en el otro catre. Se sentó a la luz de la media tarde que entraba sesgada por la única ventana de la habitación, reflejando el blanco de las baldosas del suelo en el amarillo pálido de las paredes.

Siona, vio, acababa de entrar, y se habia tendido en su jergón. Ya leía uno de los libros que llevaba con ella a todas partes en una mochila de tela verde.

Balanceó los pies hacía el suelo y lanzó una ojeada a toda la habitación.

¿Por qué libros? se preguntó.

¿Cómo podía considerarse ese cajón espacioso y de techo elevado ni aún remotamente Fremen? Una amplia mesa-escritorio de un plástico local marrón oscuro separaba los dos catres. Habia dos puertas. Una conducía directamente al exterior, a un jardín. La otra daba acceso a un lujoso cuarto de baño cuyos baldosines azul pálido brillaban bajo una ancha claraboya. El baño contenía, entre sus muchos servicios funcionales, una bañera empotrada en el suelo y una ducha, cada una al menos de dos metros cuadrados de superficie. La puerta de entrada a este sibarítico recinto permanecía abierta e Idaho oía ruido a agua saliendo del grifo. Siona se mostraba extrañamente aficionada a bañarse con exceso de agua.

Stílgar, Naib de Idaho en los viejos tiempos de Dune, hubiera contemplado aquel cuarto de baño con desdén. "¡Vergonzoso!", hubiera dicho, "¡Decadente!" "¡Débil!". Lo cierto es que Stilgar hubiera utilizado muchos términos despectivos para describir todo aquel poblado que osaba compararse a un auténtico síetch Fremen.

Se oyó un crujir de papel al pasar Siona una página del libro. Estaba tumbada con la cabeza apoyada en dos almohadas y una fina túníca blanca cubriéndole el cuerpo. La túnica se le adhería aún en ciertos puntos debido a la humedad del baño que acababa de tomar.

Idaho agitó la cabeza. ¿Qué contenían esas páginas que tanto atraían su interés? Llevaba leyéndolas y releyéndolas desde su llegada a Tuono. Los libros eran delgados pero numerosos, y no ostentaban más que números en sus cubiertas negras. Idaho había visto ya hasta el número nueve.

Depositó los pies en el suelo, se puso de pie, y se acercó a la ventana. Fuera a lo lejos se veía a un viejo cavando unos macizos de flores. El jardín quedaba rodeado de edificios por tres lados y estaba adornado con flores de gran tamaño, rojas por fuera, que al abrírse dejaban ver un centro blanco. Los cabellos grises que el anciano llevaba al descubierto parecían una especie de rara floración que destacaba entre el blanco de los pétalos y el rubí de los capullos. Idaho percibió un olor a estiércol y hojas enmohecidas que servía de fondo a un fragante perfume floral.

¡Un Fremen cuidando flores al aire libre!

Siona no hacía comentario alguno sobre su extraña lectura. Me está tentando, pensó Idaho. Quiere que sea yo quien pregunte.

Procuraba no pensar en Hwi, porque la rabia amenazaba con devorarle si lo hacía. Recordaba muy bien el término Fremen que describía aquella intensa emoción: Kanawa, la anilla de hierro de los celos. ¿Dónde está Hwi? ¿Qué estará haciendo en este momento?

La puerta del jardín se abrió sin que llamaran y entró Teishar, un ayudante de Garun. Tenía una cara color de muerto surcada por arrugas oscuras, los ojos hundidos, con un círculo amarillento alrededor de las pupilas, y el pelo semejante a hierba vieja que se deja pudrir al exterior. Vestía una túnica marrón y era de aspecto innecesariamente feo, como un espíritu siniestro y primitivo. Teishar cerró la puerta y se quedó de píe, mirándoles.

Detrás de Idaho sonó la voz de Siona:

– Y bien, ¿de qué se trata?

Fue entonces cuando Idaho notó que Teishar parecía extrañamente excitado, vibrando de emoción.

– El Dios Emperador... -Teishar carraspeó y comenzó de nuevo-. ¡El Dios Emperador va a venir a Tuono!

Siona se sentó en la cama, juntando los pliegues de su túníca sobre las rodillas. Idaho se volvió para mirarla y luego miró otra vez a Teishar.

– ¡Se casará aquí, aquí en Tuono! -exclamó él- ¡Será una ceremonia a la antigua usanza Fremen! ¡El Dios Emperador y su prometida serán huéspedes de Tuono!

Dominado enteramente por los efectos del Kanawa, Idaho, con los puños apretados, le miró enfurecido. Teishar hizo una brusca inclinación de cabeza, dio media vuelta y se marchó dando un portazo.

– Deja que te lea una cosa, Duncan -dijo Siona.

Idaho permaneció unos instantes meditando sus palabras. Con los brazos caídos y los puños todavía apretados, dio media vuelta y se la quedó mirando. Siona estaba sentada en el borde de su catre, con un libro en la mano, e interpretó su silencio como asentimiento.

– «Algunos creen -leyó- que hay que llegar a un compromiso entre la integridad y una cierta dosis de trabajo sucio para poder adjudicar genio a una obra. Dicen que el compromiso empieza justo al salir del sancta sanctorum con la intención de realizar los propios ideales. Moneo dice que mi solución es permanecer en el interior del santuario y enviar a otros a que realicen el trabajo sucio que a mí me corresponde».

Levantó los ojos y miró a Idaho.

– El Dios Emperador. Sus propios palabras.

Lentamente, Idaho relajó la tensión de sus puños. Sabía que necesitaba distracción, y le interesaba que Siona hubiera salido de su silencio.

– ¿Qué es ese libro? -preguntó.

Brevemente, Siona le explicó cómo ella y sus compañeros se habían apoderado de los planos de la Ciudadela y de unas copias de los diarios de Leto.

– Pero ya lo sabías -añadió ella-. Mi padre dejó bien claro que hubo espías que traicionaron nuestra incursion.

El vio las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos.

– ¿Nueve de los vuestros muertos por los lobos?

Ella asintió.

– ¡Eres un pésimo comandante! -dijo él.

Ella se enfureció, pero antes de que pudiera replicar él ya preguntaba:

– ¿Quien se encargó de traducirlos?

– Esta es de Ix. Dicen que la Cofradía descubrió la clave.

– Sabíamos que nuestro Dios Emperador se complacía en la conveniencia -declaró Idaho-. ¿Eso es todo lo que tiene que decir?

– Léelo tú mismo. -Rebuscó en la mochila situada junto al catre y sacó de ella el primer volumen de la traducción, que lanzó al catre de él. Y mientras Idaho se dirigía a buscarlo, ella le increpó:

– ¿Qué quieres decir con eso de que soy un comandante pésimo?

El cogió el libro y, encontrándolo pesado, observó que estaba impreso en papel de cristal.

– Hubierais tenido que armaros contra los lobos -dijo, abriendo el volumen.

– ¿Con qué armas? Todas las que hubiéramos podido conseguir hubieran resultado totalmente inefectivas.

– ¿Pistolas láser? -preguntó él, pasando una página.

– ¡Toca una pistola láser en Arrakis, y el Gusano se entera de inmediato!

El pasó otra página.

– Tus amigos consiguieron al final pistolas láser.

– ¡Y mira cómo respondió él!

Idaho leyó unas líneas y comentó:

– Había venenos a vuestra disposición. Ella tragó saliva horrorizada.

Idaho la miro.

– Al final envenenásteis a los lobos, ¿no es así?

Con la voz reducida casi a un puro susurro, ella contestó:

– Si.

– Entonces, ¿por qué no lo hicísteis antes?

– No... sabíamos... que podíamos... hacerlo.

– Pero no te molestaste en comprobarlo. Un comandante pésimo.

– ¡El es tan tortuoso! -exclamó Siona.

Idaho leyó un párrafo del libro antes de prestar atención a Siona.

– Eso apenas empieza a describirlo. ¿Has leído todo esto?

– ¡Hasta la última letra! Algunos pasajes varías veces.

Idaho miró la página que tenía abierta y leyó en voz alta:

– "He creado lo que me proponía: una potente tensión espiritual a lo largo y ancho de mi Imperio. Pocos imaginan la fuerza que tiene eso. ¿De qué energías me serví para crear esta circunstancia? Yo no soy tan fuerte. El único poder que poseo es el control de la prosperidad individual. Ello compendia todas las cosas que hago. Entonces, ¿por

qué busca la gente mí presencia atendiendo a otro tipo de razones? ¿Qué es lo que podría conducirlos a una muerte segura en el inútil intento de alcanzar mi presencia? ¿Quieren acaso ser santos? ¿Creen que asi alcanzan la visión de Dios?"

– Es de un cinismo absoluto -comentó Siona, con las lágrimas anegándole la voz.

– ¿Cómo fue la prueba a que te sometió? -le preguntó Idaho.

– Me mostró... me mostró su Senda de Oro.

– Esa adecuada y útil...

– Es auténtica, Duncan. -Levantó la mirada hacia él, con las lágrimas brillándole en los ojos. -¡Pero si alguna vez constituyó una razón válida para nuestro Dios Emperador, no es razón suficiente para justificar aquello en lo que se ha convertido!

Idaho efectuó una honda inspiración y luego dijo:

– ¡Llegar los Atreides a eso!

– ¡El Gusano debe desaparecer! -exclamó Siona.

– Me pregunto cuándo llegará aquí -dijo Idaho.

– Esa rata asquerosa amiga de Garun no lo mencionó.

– Hemos de preguntarlo.

– No disponemos de armas -dijo Siona.

– Nayla tiene en su poder una pístóla láser -dijo él-. Tenemos cuchillos... y cuerda. He visto cuerda en uno de los cuartos de almacenamiento de Garun.

– ¿Y eso para actuar contra el Gusano? -preguntó ella-. Aunque pudiéramos hacernos con la pistola láser de Nayla, ya sabes que ni se enteraría.

– Pero el carro, ¿es a prueba de rayos láser? -preguntó Idaho-. Pregúntale a Nayla sí emplearía su pistola láser contra el carro del Gusano.

– ¿Y si se niega?

– Mátala.

Siona se puso de pie, dejando el libro a un lado.

– ¿Cómo vendrá el Gusano a Tuono? -preguntó Idaho-. Es demasiado grande y pesado para hacerlo en un tóptero corriente.

– Garun nos lo dirá -replicó Siona-. Pero me figuro que vendrá como suele desplazarse habitualmente. -Levantó los ojos al techo que ocultaba la Muralla que circundaba el

perímetro del Sareer.- Creo que vendrá en peregrinación acompañado por todo su séquito. Supongo que seguirá el Camino Real, empleando los suspensores para descender hasta aquí. -Miró a Idaho-: ¿Qué hay de Garun?

– Extraño individuo -contestó Idaho-. Desea desesperadamente ser un Fremen auténtico. Sabe que los actuales no tienen nada que ver con lo que fueron en mi tiempo.

– ¿Cómo eran en tu época, Duncan?

– Tenían un dicho que los describía perfectamente -respondió Idaho-. "No te encuentres jamás en compañía de alguien con quien no quisieras morir".

– ¿Le dijiste eso a Garun? -preguntó ella.

– Sí.

– ¿Y qué te contestó?

– Dijo que yo era la única persona así que jamás había conocido.

– Garun será al final más sabio que todos nosotros.

- CAPITULO L -

¿Creéis que el poder es el más inestable de todos los logros humanos? ¿Qué me decís entonces de las aparentes excepciones a esta inherente estabilidad? Ciertas familias perduran. Se sabe que algunas burocracias religiosas muy poderosas han prevalecido a lo largo de los siglos. Pensad en la relación entre fe y poder. ¿Son mutuamente exclusivos cuando el uno depende del otro? La Bene Gesserit se ha sentido confortablemente a salvo dentro de las leales murallas de la fe durante miles de años, pero, ¿adónde ha ido a parar todo su poder?

–Los Diarios Robados.

–Señor, ojalá me hubierais dado un poco más de tiempo -dijo Moneo, sin lograr disimular su malhumor.

Se encontraba fuera de la Ciudadela, bajo las breves sombras del sol de mediodía. Leto se hallaba justamente delante de él, aposentado en el Carro Imperial con la burbuja protectora de la parte frontal descubierta. Había realizado una visita a los alrededores en compañía de Hwi Noree, que ocupaba un asiento recién instalado dentro del perímetro de la burbuja, situado justo al lado del rostro de Leto. Hwi mostraba simplemente una leve curiosidad por toda la bulliciosa actividad que se estaba organizando en torno a ellos. Qué calmada está, pensó Moneo. Reprimió un involuntario estremecimiento al recordar lo que había sabido de ella por boca de Malky. El Dios Emperador tenía razón. Hwi era exactamente lo que aparentaba: un ser humano fundamentalmente dulce y sensible. ¿Hubiera procreado realmente conmigo?, se preguntó Moneo.

Varios asuntos que tenía que atender distrajeron su atención de la muchacha. Mientras Leto paseaba a Hwi por la Ciudadela en el carro accionado a suspensores, se había ido congregando una gran multitud de Habladoras Pez y cortesanos, ataviados éstos con atuendos de gala en los que predominaban los rojos intensos y los dorados. Las Habladoras Pez vestían sus flamantes uniformes azul marino adornados exclusivamente con el halcón Atreides y los colores de los distintos galones. A retaguardia del grupo se divisaba un convoy de bultos y equipaje, transportado en parihuelas a suspensores, que quedaba al cargo de las Habladoras Pez. El aíre estaba cargado de polvo, saturado del olor y los sonidos propios de la excitación. Casi todos los cortesanos habían reaccionado con disgusto al serles comunicado su destino. Algunos habían adquirido de inmediato tiendas o pabellones que les evitaran el tener que aceptar alojamiento, enviándolos por adelantado con la restante impedimenta que yacía ya amontonada en la arena de las afueras de Tuono. Las Habladoras Pez del cortejo no daban muestras de cumplir su cometido con excesivo entusiasmo, y habían protestado a voz en grito al anunciárseles que quedaba prohibido el uso de pistolas laser.

– Solo un poco más de tiempo, Señor -decía Moneo-. Es que aún no sé cómo haremos para...

– Nada hay como el tiempo para solucionar la mayor parte de problemas -replicó Leto-. Pero creo, Moneo, que a veces confias excesivamente en él. No voy a tolerar ya más retrasos.

– Tardaremos tres días en llegar -se quejó Moneo.

Leto calculó el tiempo: el veloz caminar-correr-caminar una peregrinación... de ciento ochenta kilómetros. Sí, tres días.

– Te habrás ocupado de todo lo necesario para las paradas, ¿verdad? -preguntó Leto-. ¿Agua caliente en abundancia para los calambres musculares?

– Todo esto está resuelto -contestó Moneo-. Pero no me gusta abandonar la Ciudadela en estos momentos, y sabéis muy bien por qué.

– Disponemos de instrumentos de intercomunicación sumamente eficaces, nuestras tropas son leales, y la Cofradía ha sido oportunamente escarmentada. Así que cálmate, Moneo.

– ¡Hubiéramos podido celebrar la ceremonia en la Ciudadela!

Como toda respuesta, Leto cerró la burbuja del carro, aislando a Hwi con él.

– ¿Hay peligro, Leto? -preguntó ella.

– Siempre hay peligro.

Moneo suspiró, dio media vuelta y se dispuso a abrir la marcha, echando a correr hacia el lugar en que el Camino Real iniciaba su larga ascensión hacia el este antes de girar hacia el sur para bordear el Sareer. Leto puso en marcha el carro y salió detrás del mayordomo, oyendo como la abigarrada multitud que les acompañaba se empezaba a poner en movimiento.

– ¿Todos en marcha? -preguntó Leto.

Hwi miró hacia atrás, contestó afirmativamente, y a continuación añadió:

– ¿Por qué ponía Moneo tantas dificultades?

– Moneo ha descubierto que el instante que acaba de dejarle ha quedado para siempre ya fuera de su alcance.

– Desde que regresaste de la Pequeña Ciudadela se le nota de mal humor y distraído. No parece la misma persona.

– Es un Atreides, amor mío, y tú fuiste preparada para agradar a un Atreides.

– No es eso. Yo lo sabría perfectamente si se tratara de eso.

– Sí... efectivamente. Bueno, creo también que Moneo ha descubierto la realidad de la muerte.

– ¿Cómo son las cosas en la Pequeña Ciudadela cuando vas allí con Moneo? ¿Qué hacéis?

– Es el lugar más solitario del Imperio.

– Creo que estas eludiendo deliberadamente mis preguntas.

– No, amor. Comparto tu preocupación por Moneo, pero ahora ninguna explicación que yo le diera puede ayudarle. Moneo está atrapado. Ha visto que es dificil vivir en el presente, inútil vivir en el futuro, e imposible vivir en el pasado.

– Pienso que eres tú, Leto, quien le has atrapado.

– Pero él debe liberarse por sí solo.

– ¿Por qué no puedes liberarle tú?

– Porque él cree que la llave de su libertad son mis recuerdos. Piensa que estoy construyendo nuestro futuro con elementos de nuestro pasado.

– ¿Y no ocurre siempre así, Leto?

– No, mí querida Hwi.

– ¿Entonces cómo es en realidad?

– La mayoría de la gente cree que un futuro satisfactorio exige el regreso a un pasado idealizado, un pasado que de hecho nunca existió.

– Y tú, con ayuda de todos tus recuerdos, sabes que no es así.

Dentro de su cogulla, Leto movió la cara para contemplar a Hwi, sondeándola, explorándola... recordando. Con diversos elementos de las multitudes que habitaban en su interior, logró componer un conjunto integrado por piezas distintas, una propuesta genética de Hwi, propuesta que quedaba muy lejos de la perfección alcanzada por el producto de carne y hueso. Naturalmente, era eso. El pasado se convertía en una interminable sucesión de hileras de ojos que miraban fijos hacia afuera, como los ojos de peces moribundos, mientras que Hwi vibraba de vida. Su boca estaba formada por curvas griegas diseñadas para entonar una salmodia délfica, pero ella no pronunciaba balbuceos proféticos. Se sentía satisfecha con vivir y contenta de revelar su persona, como una flor que perpetuamente se abriera, exhalando el perfume de su fragancia.

– ¿Por qué me miras de esta manera? -le preguntó.

– Me estaba deleitando con el convencimiento de tu amor.

– Amor, sí -sonrió ella-. Creo que ya que no podemos compartir el amor de la carne, debemos compartir el amor del alma. ¿Quieres compartirlo conmigo, Leto?

Leto quedó anonadado.

– ¿Preguntas por mi alma?

– No seré yo la primera. Seguro que otros lo han hecho.

Un poco secamente, él contestó:

– Mi alma digiere sus experiencias. Nada mas.

– ¿He preguntado acaso demasiado? -dijo ella.

– No creo que tú puedas preguntar demasiado.

– Entonces abuso de nuestro amor para discrepar contigo. Mi tío Malky habló de tu alma.

El se encontró sin saber qué responder, y ella interpretó su silencio como una invitación para seguir hablando.

– Decía que eras el artista máximo del sondeo del alma, la tuya en primer lugar.

– ¡Pero tu tío Malky negaba tener alma!

Ella percibió la aspereza de su voz, pero no se acobardó por ello.

– A pesar de todo, creo que tenía razón. Tú eres el genio del alma, el brillante.

– Sólo hace falta la tenaz perseverancia de la duración -replicó él-. Nada de brillantez.

Se encontraban ya bien entrados en la cuesta que ascendía hasta la cumbre de la Muralla circundante del Sareer. Leto procedió a emplear las ruedas del carro, desactivando los suspensores.

Con mucha dulzura, audible apenas su voz entre el chirrido de las ruedas del carro y el ruido de las pisadas de los que corrían, Hwi le preguntó:

– ¿Puedo llamarte Amor, de todos modos?

Con el recuerdo más que la sensación de un nudo en la garganta, que ya no era completamente humana, él contestó:

– Sí.

– Soy ixiana de nacimiento, Amor, pero ¿por qué no comparto la visión mecánica del universo de mis compatriotas? ¿Sabes cual es mi visión del universo, Leto, Amor?

No pudo hacer más que quedársela mirando.

– Yo intuyo lo sobrenatural en todos los rincones.

La voz de Leto, áspera y cortante, sonó enojada incluso a él.

Cada persona crea su propio elemento sobrenatural.

– No te enfades conmigo, Amor.

De nuevo aquella horrible aspereza:

– Es imposible que me enfade contigo.

– Pero algo ocurrió entre Malky y tú, una vez -dijo ella-. Nunca quiso contarme lo que fue, pero dijo que a veces le extrañaba que le hubieseis perdonado la vida.

– Fue a causa de lo que me enseñó.

– ¿Qué ocurrió entre vosotros dos, Amor?

– Preferiría no seguir hablando de Malky.

– Te lo ruego, Amor. Intuyo que es importante que lo sepa.

– Le dije a Malky que había cosas que los hombres no debían inventar.

– ¿Eso es todo?

– No -respondió él de mala gana-. Mis palabras le encolerizaron y me contestó: ¡Crees que en un mundo sin pájaros, los hombres no inventarían los aviones! ¡Qué imbécil! ¡Los hombres pueden inventar cualquier cosa!

– ¿Te llamó imbécil? -La voz de Hwi rezumaba disgusto.

– Tenía razón. Y aunque luego lo negase, dijo la verdad. Me enseñó que existía una razón para huir de los inventos.

– ¿Entonces temes a los ixianos?

– ¡Por supuesto que si! Son capaces de inventar la catástrofe.

– ¿Y que harías entonces?

– Correr más aprisa. La historía es una carrera constante entre el invento y la catástrofe. La educación ayuda, pero no es suficiente. También hay que correr.

– Estas compartiendo tu alma conmigo, ¿lo sabías, Amor?

Leto apartó la mirada de ella, centrándola en la espalda de Moneo, observando los movimientos del mayordomo que tan bien revelaban las almacenadas pretensiones de secreto. El cortejo acababa de dejar atrás la primera bajada suave y se disponia a iniciar el ascenso de la cuesta que conducía a la Muralla oeste. Moneo avanzaba como siempre lo había hecho, poniendo un pie delante de otro y observando el terreno donde colocaría cada paso, y sin embargo la figura del mayordomo poseía aquel día algo completamente nuevo. Leto se daba cuenta de que Moneo se alejaba, indiferente ya al hecho de avanzar junto al rostro enmarcado en la cogulla de su Señor, sin tratar de emparejarse con el destino de su Señor. Hacia el este esperaban las extensiones

del Sareer. Hacia el oeste estaban el río y las plantaciones. Moneo no miraba ni a derecha ni a izquierda. Había vislumbrado un nuevo destino.

– No me contestas -dijo Hwi.

– Ya conoces la respuesta.

– Sí. Estoy empezando a comprender alguna cosa de ti -replicó ella-. Intuyo alguno de tus temores, y creo que ahora ya sé donde vives.

El le lanzó una mirada sobresaltada y se encontró prendido en la mirada de ella. Con gran sorpresa, descubrió no poder apartar sus ojos de los de Hwi. Un miedo profundo le atravesó todo el cuerpo, y notó que las manos empezaban a contraérsele.

– Vives donde el temor de vivir y el temor de amar se combinan en una única persona -le dijo ella.

El no pudo hacer más que parpadear.

– Eres un místico -siguió diciendo ella-, gentil contigo mismo sólo porque te encuentras en medio de ese universo que mira hacia afuera contemplando en ciertas formas que los demás no pueden. Temes compartir tal cosa, y sin embargo deseas compartirlo más que cualquier otra cosa.

– ¿Qué has visto? -murmuró él.

– No poseo visión interior ni voces interiores -respondió ella-, pero he visto a mi Señor Leto, cuya alma amo, y conozco la única cosa que tú verdaderamente comprendes.

Se arrancó del poder de su mirada, temeroso de lo que pudiera decirle. El temblor de sus manos afectaba ya a todo su segmento frontal.

– El amor, eso es lo que tú comprendes -dijo ella-. El amor, y eso es todo.

Las manos de Leto cesaron de temblar, y le rodó una lágrima por cada mejilla. Al alcanzar las lágrimas la cogulla, surgieron de ella dos espirales finas de humo azul. Notó el ardor, y se sintió agradecido por el dolor que le causaba.

– Tú tienes fe en la vida -decía Hwi-. Sé que la valentía del amor reside solamente en esa fe.

Alargó la mano izquierda y enjugó las lágrimas de sus mejillas. A él le sorprendió que la cogulla no reaccionara con su habitual reflejo de rechazo al tacto.

– ¿Sabes -dijo- que desde que me convertí en esto eres la primera persona que tocas mis mejillas?

– Pero sé lo que eres y lo que fuiste -replicó ella.

– Lo que fui, ahhh, Hwi. Lo que fui se ha convertido sólo en esta cara, y todo lo demás se halla perdido en las tinieblas de mi memoria... oculto... desaparecido.

– ¡No oculto de mí, Amor!

La miró directamente, ya sin temor de quedar prendido en su mirada.

– ¿Es posible que los ixianos sepan lo que crearon al hacerte a ti?

– Te aseguro, Leto, amor de mi alma, que no lo saben. Tú eres la primera persona. la única persona a quien me he revelado por completo.

– Entonces no lloraré por lo que hubiera podido ser -contestó él-. Sí, mi amor. compartiré mi alma contigo.

- CAPITULO LI -

Piensa en ella como memoria plástica, esa fuerza interior que te impulsa a ti a tus projimos hacia formas tribales de existencia. Esta memoria plástica tiene como objetivo regresar a su antigua configuración, la sociedad tribal. Vedla a vuestro alrededor, en todas partes: el feudatario, la diócesis, la corporación, el pelotón, el club deportivo, los grupos de danzas, la célula rebelde, el consejo de planificación, la congregación religiosa... cada una con su amo y sus sirvientes, con su huésped y sus parásitos. Y los enjambres de artefactos alienantes (incluidas estas mismas palabras) tienden finalmente a emplearse como argumento para regresar a "aquellos buenos tiempos". Desespero de enseñaros otros métodos. Tenéis pensamientos cuadrados que no admiten círculos.

–Los Diarios Robados.

Idaho descubrió que podía realizar la ascensión sin pensar sobre ella. Este cuerpo creado por los tleilaxu recordaba cosas que los tleilaxu ni siquiera sospechaban. Su juventud original podía haber quedado perdida en otras épocas pero sus músculos, de confección tleilaxu, eran jóvenes y mientras subía podía enterrar su infancia en el olvido. En aquella infancia había aprendido a sobrevivir huyendo a las elevadas rocas de su planeta natal. No importaba que estas que tenía ahora delante de sus ojos hubiesen sido transportadas hasta aqui por los hombres, también habían sido formadas por los cambios climáticos y el paso de los años.

El sol de la mañana calentaba la espalda de Idaho. Oía claramente los esfuerzos de Siona por alcanzar la relativamente sencilla posición de apoyo de un estrecho reborde situado bastante mas abajo de donde él se encontraba. Dicha posición resultaba virtualmente inútil para Idaho, pero constituía el argumento que había logrado inducir a Siona a que intentaran ambos realizar esta ascension.

Ambos.

Se había opuesto a que la efectuara él solo.

Nayla, junto con tres asistentes Habladoras Pez, Garun y tres hombres elegidos entre sus Fremen de Museo, esperaban en la arena, al pie de la Muralla que a lo largo de todo su perímetro circundaba el Sareer.

Idaho no pensaba en la altura de la Muralla. Pensaba tan sólo en dónde colocar la mano o el pie que debía avanzar. Pensaba en el rollo de cuerda ligera que llevaba el hombro y que medía la altura de la Muralla. La había calculado en el suelo, triangulándola sobre la arena, no contando sus pasos. Cuando la cuerda alcanzó la longitud suficiente, obtuvo la medida. La altura de la pared era la misma que la longitud de la cuerda. Cualquier otra forma de pensar sólo lograba embotar su mente.

Palpando en busca de asideros que no conseguía distinguir, Idaho fue avanzando a tientas por la pared vertical de la Muralla... que por fortuna no era tan vertical. El viento, la arena y hasta algunas lluvias, además de las fuerzas del frío y del calor, habían realizado en ella su labor erosiva a lo largo de más de tres mil años. Un día

entero pasó Idaho sentado en la arena al pie de la Muralla, estudiando los efectos producidos por el tiempo, estableciendo un cierto esquema en su mente: una sombra oblicua aquí, una línea delgada allá, un abultamiento que se desmenuzaba, un minúsculo saliente de la roca...

Sus dedos serpentearon avanzando hacia arriba, penetraron en una honda grieta, y con mucho cuidado probó a descansar su peso. Si, resistía. Se concedió un breve reposo apretando la cara contra la roca cálida, procurando no mirar ni hacia arriba ni hacia abajo. Se concentró pensando que estaba simplemente «aquí». Todo era una cuestión de equilibrio y de ritmo. No debía permitir que sus hombros se agotaran antes de hora, procurando además repartir el peso entre brazos y piernas. Los dedos sufrían inevitablemente grandes daños, pero mientras los huesos y tendones resistieran, la piel podía ignorarse.

Reanudó la escalada una vez más. Del lugar donde apoyaba la mano se desprendió un fragmento de roca, y una nubecilla de polvo y piedrecitas le cayó en la mejilla derecha sin que tan siquiera lo advirtiera. Toda su atención se hallaba concentrada en la mano que avanzaba, en el equilibrio de sus pies en el más insignificante relieve de la roca. Se sentía como una mota, una partícula que desafiaba la gravedad, agarrándose con un dedo aquí, apoyando un pie allá, aferrándose a la lisa superficie de la roca a veces sólo a base de pura fuerza de voluntad.

Nueve improvisados clavos abultaban uno de sus bolsillos, pero se resistía a usarlos. El martillo, igualmente improvisado, pendía del cinturón, al final de una cuerda corta cuyo nudo sus dedos habían memorizado a la perfección.

Nayla había presentado algunas dificultades negándose a entregar su pistola láser. Sin embargo, habia obedecido la orden terminante de Siona de que la acompañase. Una mujer extraña... anormalmente obediente.

– ¿No has jurado obedecerme? -le había preguntado Siona.

Ante estas palabras, la falta de cooperación de Nayla había desaparecido.

Más tarde, Siona había comentado:

– Siempre obedece mis órdenes directas.

– Entonces quizá no tengamos que matarla -replicó Idaho.

– Preferiría no tener que intentarlo. No creo que puedas ni hacerte una idea de lo que son su fuerza y su rapidez.

Garun, el Fremen de Museo que soñaba en convertirse en un "verdadero Naib a la antigua usanza", había sido el que había sugerido la idea de esta ascensión al responder a la pregunta de Idaho:

– ¿Cómo vendrá el Dios Emperador a Tuono?

– De la misma forma que eligió para realizar una visita en tiempos de mi tatarabuelo,
– ¿Y como fué? -quiso saber Siona.

Estaban sentados a la sombra polvorienta de la casa donde se alojaban, protegiéndose del sol de la tarde el día en que se hiciera público el anuncio de que el Dios Emperador iba a celebrar la ceremonia de su boda en Tuono. Varios hombres de Garun, agachados en cuclillas, formaban un semicírculo alrededor del portal donde se hallaban sentados Idaho y Siona en compañía de Garun. Dos Habladoras Pez se paseaban por las inmediaciones escuchando. Nayla debía presentarse de un momento a otro, Garun señaló a la altísima Muralla que se elevaba detras del poblado, con el borde reluciendo con un brillo dorado bajo la potente luz del sol.

– El Camino Real llega hasta aquí arriba, y el Dios Emperador tiene un aparato que le permite descender suavemente desde las alturas.

– Es un dispositivo instalado en su carro -dijo Idaho.

– Suspensores -especificó Siona-. Los he visto.

– Mi tatarabuelo dijo que él y los suyos llegaron en gran número siguiendo el Camino Real. El Dios Emperador descendió con su aparato hasta la plaza del pueblo, y los demás bajaron por cuerdas.

Idaho, pensativo, repitió:

– Cuerdas.

– ¿Por qué vinieron?

– Para demostrar que el Dios Emperador no había olvidado a sus Fremen, o al menos eso decía mi tatarabuelo. Fue un gran honor y un magno acontecimiento, pero no tanto como esta boda.

Idaho se levantó mientras Garun se encontraba todavía hablando. Desde un lugar cercano, un poco mas abajo de la calle mayor, se disfrutaba de una excelente vista de la Muralía, una vista que abarcaba desde las arenas de la base hasta el bosque superior iluminado ahora por el sol. Con grandes zancadas, Idaho se dirigió hasta la esquina de la casa donde se alojaban y salió a la calle mayor. Allí se detuvo, dio media vuelta y miró a la Muralla. Una simple ojeada bastaba para comprender por qué todo el mundo decía que aquella cara resultaba imposible de escalar. Incluso entonces, resistió a la tentación de pensar en calcular la altura que tendría. Lo mismo podían ser quinientos metros que cinco mil. Lo importante residía en lo que un estudio más detallado reveló después: diminutas fisuras transversales, descascarillamientos, grietas, hasta un angosto reborde situado a unos veinte metros de los montones de arena de la base... y otro reborde a unos dos tercios de la ascensión total.

Sabía que una parte inconsciente de su ser, una parte antigua y responsable, en la cual podía confiarse, estaba ya tomando las medidas necesarias, comparándolas a su propio cuerpo: tantos largos de Duncan hasta aquí, un lugar donde agarrarse ahí, otro allá. Sus propias manos. Ya se sentía realizando la escalada.

Se hallaba efectuando aquel primer examen cuando desde detrás de su hombro derecho oyó la voz de Siona que le decía:

– ¿Qué estas haciendo? -La muchacha se había acercado sin ruido, y estaba mirando lo mismo que él miraba.

– Me siento perfectamente capaz de escalar la Muralla -dijo Idaho-. Si llevara una cuerda ligera, podría instalar otra más gruesa por la que podríais subir fácilmente los demás.

Garun se reunió con ellos a tiempo de escuchar estas palabras.

– ¿Por qué quieres escalar la Muralla, Duncan Idaho?

Fue Siona la que contestó a Garun en vez de él, con una amplia sonrisa.

– Para dar la bienvenida al Dios Emperador.

Eso había sido antes de que sus dudas, sus propios ojos y la ignorancia de todo lo relativo a una escalada hubieran comenzado a minar la confianza de aquellos primeros momentos.

Con la expresión propia del inicio de un proyecto, Idaho había preguntado:

– ¿Qué anchura tiene el Camino Real ahí arriba?

– No lo he visto nunca -contestó Garun- pero según dicen es muy ancho.

– Por lo visto un gran ejército puede marchar de frente, o al menos eso dicen. Y hay puentes, lugares para contemplar el río, y... y oh, es una maravilla.

Idaho preguntó:

– ¿Como no has subido nunca ahí arriba para verlo tú mismo?

Garun se limitó a encogerse de hombros y señaló a la Muralla.

En aquel momento llegó Nayla y dio comienzo la discusión sobre la escalada. A medida que trepaba, Idaho pensaba en aquella discusión. ¡Qué extraña la relación entre Nayla y Siona! Eran como dos conspiradoras... aunque no exactamente. Siona mandaba y Nayla obedecía. Pero Nayla era una Habladora Pez, la Amiga a quien Leto había confiado el primer examen del ghola. Ella reconocía pertenecer a la Policía Real desde la infancia, ¡qué portentosa fuerza la suya! Con aquella fuerza, tenía algo de pavoroso su forma de someterse a la voluntad de Siona. Era como si Nayla prestara oído a unas voces interiores que le indicaban lo que debía hacer. Entonces obedecía.

Idaho avanzaba en la escalada buscando un nuevo lugar donde agarrarse. Sus dedos palparon la roca hacia arriba y también a la derecha, hallando finalmente una invisible grieta en la que pudieron penetrar. Su memoria le proporcionaba la ruta natural de la ascensión, pero sólo su cuerpo podía aprenderse el camino siguiendo aquella línea. Su pie izquierdo encontró un apoyo... arriba... arriba... despacio, comprobando primero. Ahora la mano izquierda, una grieta, no, era un reborde. Sus ojos y después su barbilla se elevaron por encima del reborde divisado desde abajo. Se ayudó con el codo para trepar a él, consiguió encaramarse, y entonces descansó mirando hacia

afuera, ni hacia arriba ni hacia abajo. Todo lo que se divisaba era un horizonte de arena con una brisa polvorienta limitando la visión. Había visto muchos panoramas similares en los tiempos de Dune.

Una vez hubo descansado se volvió de cara hacia la pared, se puso de rodillas, y con las manos sujetándose hacia arriba reanudó la ascensión. Llevaba grabada en la mente la imagen de la Muralla tal y como la había divisado desde abajo. Sólo tenía que cerrar los ojos y aparecía el esquema, impreso con toda claridad, como había aprendido a hacer de niño para ocultarse de los Harkonnen y sus salvajes incursiones a la caza de esclavos. Las yemas de sus dedos encontraron una grieta en la que introducirse. Agarrándose con furia, avanzó un paso mas.

Nayla, que contemplaba la escalada desde abajo, experímentó hacia él una creciente simpatía. Idaho quedaba reducido por la distancia a una pequeña y solitaria figura destacando sobre el fondo de la muralla. Debía saber bien lo que era hallarse a solas ante decisiones trascendentales.

Me gustaría tener un hijo suyo, pensó. Un hijo de los dos sería fuerte y lleno de recursos. ¿Por que será que Dios quiere un hijo de este hombre y Siona?

Nayla se había despertado antes del amanecer, encaminándose a la cima de una duna baja situada a las afueras del pueblo para pensar en lo que Idaho proponía. Había sido un amanecer calizo con una familiar mortaja de polvo empañando el horizonte, que se había convertido en un día acerado sobre la siniestra inmensidad del Sareer. Entonces comprendió que Dios había previsto anticipadamente esos asuntos. Efectivamente, ¿qué podía esconderse de los ojos de Dios? Nada, ni tan siquiera la diminuta figura de Duncan Idaho trepando en pos de un camino que le llevaba hasta el borde del cielo.

Mientras contemplaba la ascensión de Idaho, la imaginación de Nayla le hizo la jugarreta de colocar la pared en horizontal, convirtiendo a Idaho en un niño que gateaba por una deteriorada superficie. ¡Qué pequeño se veía... y cómo disminuía!

Una asistente ofreció a Nayla un poco de agua, que ella bebió. El agua devolvió la Muralla a su perspectiva original.

Siona se hallaba agazapada en el primer reborde y se iba asomando para mirar hacia arriba.

– Si fracasas, lo intentaré yo -le había prometido a Idaho. A Nayla esta promesa le había parecido bastante extraña. ¿Por qué se empeñaban los dos en conseguir lo imposible?

Idaho, por su parte, no había logrado disuadir a Siona de su imposible promesa.

Es el destino, pensó Nayla. Es la voluntad de Dios.

Ambas cosas eran lo mismo.

Del lugar donde Idaho se había sujetado cayó un fragmento de roca. Había ocurrido ya varias veces. Nayla lo observó caer, tardó mucho rato en llegar abajo, botando y

rebotando en distintos puntos de la Muralla, demostrando así que la vista no ofrecía un informe veraz al afirmar que la Muralla era una pared lisa y cortada a pico.

Tal vez lo consiga o tal vez no, pensó Nayla. Ocurra lo que ocurra, será la voluntad de Dios.

No obstante, sentía el corazón martilleándole en el pecho. La aventura de Idaho tenía cierta semejanza con el sexo, pensó. No era algo pasivamente erótico, sino más bien como un extraño hechizo por la forma en que le cautivaba. Y tenía que recordarse constantemente que Idaho no era para ella.

Es para Siona. Si sobrevive.

Y si fracasaba, entonces sería Siona la que lo intentaría. Siona tal vez lo consiguiera, o tal vez no. Nayla se preguntaba, sin embargo, si experimentaría un orgasmo en el caso de que Idaho alcanzara la cumbre. ¡Qué cerca estaba ya!

Idaho efectuó tres o cuatro profundas inspiraciones después de hacer caer el fragmento de roca. Era un momento dificil y tardó cierto tiempo en recobrarse, agarrándose a un asidero de tres puntas que salía de la Muralla. Casi por decisión propia, su mano libre palpó la pared hacía arriba, sorteando el lugar desmoronado e introduciéndose en otra angosta fisura. Lentamente, traspasó el peso de su cuerpo a esa mano. Despacio... muy despacio. Su rodilla izquierda tanteó el lugar donde pensaba apoyar el pie. Levantó el pie hasta ese sitio y lo estuvo comprobando. La memoria le decía que la cima estaba cerca, pero con gran resolución rechazó aquel recuerdo. Para él sólo existía la escalada, y el hecho de que Leto llegaría mañana.

Leto y Hwi.

Tampoco podía pensar en aquello. Pero ese pensamiento no quería abandonarle. La cima... Hwi... Leto... mañana.

Cada uno de esos pensamientos nutría su desespero, forzándole a recordar con viveza las escaladas de su infancia. Cuanto más conscientemente recordaba, más se bloqueaba su capacidad, viéndose obligado a detenerse y a respirar profundamente para tratar de centrarse y volver a los métodos naturales de su pasado.

Pero ¿eran naturales esos métodos?

Tenía la mente bloqueada. Sentía diversas intrusiones, una finalidad... la fatalidad de lo que hubiera podido ser y ahora ya no sería.

Leto llegaría allá arriba mañana.

Idaho sintió que el sudor le empapaba la mejilla que tenía apoyada contra la roca.

Leto.

Te derrotaré, Leto. Te derrotaré por mí mismo, no por Hwi, sino sólo por mí mismo.

Una sensación de limpieza comenzó a difundirse por todo su ser. Era como lo que le había ocurrido la noche en que se preparaba mentalmente para la ascensión. Siona, que había percibido su insomnio, comenzó a hablarle explícándole hasta los más pequeños detalles de su desesperada fuga a través del Bosque Prohibido y del juramento que pronunciara a orillas del río.

– Ahora he jurado aceptar el mando de sus Habladoras Pez -dijo ella-. Y haré honor a mi juramento, pero espero que ello no será de la forma que Leto imagina.

– ¿Qué es lo que quiere? -preguntó Idaho.

– Tiene muchos motivos, y no consigo entenderlos todos. ¿Quién sería capaz de comprenderle a él? Sólo sé que no le perdonaré jamás.

Este recuerdo devolvió a Idaho la sensación de la roca de la Muralla contra la cual apretaba la mejilla. La ligera brisa que soplaba le había evaporado el sudor, y sintió frío. Pero había encontrado su punto de apoyo.

No perdonar jamás.

Idaho percibió los fantasmas de todos sus otros yoes, de los gholas que habían muerto al servicio de Leto. ¿Podía dar crédito a las sospechas de Siona? Sí, Leto era capaz de matar con su propio cuerpo, con sus propias manos. El rumor que Siona relataba poseía un cierto aire de verdad. Y Siona también era una Atreides. Leto se había convertido en otra cosa... ya no era un Atreides, ni tan siquiera un ser humano. Se había convertido no tanto en una criatura viviente como en un ente brutal de la naturaleza, impenetrable y opaco, con todas sus experiencias selladas en su interior. Y Siona se le enfrentaba. Los verdaderos Atreides se apartabán de él.

Como yo.

Un ente brutal de la naturaleza, nada más. Igual que esta pared.

La mano derecha de Idaho tanteó un poco más arriba y encontró un reborde afilado. Por encima de ello no notó nada más y al punto,. evocando su esquema mental, trató de recordar si podía haber allí una amplia grieta. No osaba permitirse pensar que había alcanzado la cima... no podía ser todavía. Al apoyar el peso, el filo del reborde le hizo un corte en los dedos. Desplazó su mano izquierda hasta aquel mismo nivel, encontró un asidero, y lentamente se impulsó hacia arriba. Sus ojos alcanzaron entonces la altura de sus manos y divisó un espacio plano que se abría hacia afuera... extendiéndose hacia el cielo azul. La superficie a que sus manos se aferraban mostraba antiguas grietas provocadas por el tiempo y los agentes atmosféricos. Encorvó los dedos desplazándolos por aquella superficie. una mano cada vez, buscando las fisuras, impulsado hacia arriba el pecho... la cintura... las caderas. Entonces rodó, retorciéndose, hasta dejar bien atrás la Muralla. Sólo entonces se puso en pie y se comunicó a si mismo el mensaje que le enviaban sus sentidos.

La cima. Y no había necesitado ni clavos ni martillo.

Entonces un leve sonido alcanzó sus oídos. ¿Eran vítores?

Caminó hasta el borde y miró hacia abajo, agitando la mano en señal de saludo. Si, en efecto, le estaban vitoreando. Se dio la vuelta y se dirigió a grandes pasos hasta el centro del camino, dejando que la alegría calmara el temblor de sus músculos y mitigara el dolor de sus hombros. Lentamente, describió un círculo entero, examinando la cima mientras dejaba por fin que sus recuerdos calcularan la altura de la escalada.

Novecientos metros... por lo menos.

El Camino Real le interesó sobremanera. No tenía nada que ver con lo que había visto en la ruta de Onn. Era ancho, anchísimo... tendría como mínimo quinientos metros. La calzada tenía un pavimento gris, liso y uniforme, cuyos bordes llegaban respectivamente a cien metros de los dos bordes de la Muralla. Numerosos pilares de piedra de la altura de un hombre flanqueaban la calzada, alejándose como centinelas por la ruta que Leto emplearía.

Idaho se encaminó al borde de la Muralla que daba al lado opuesto del Sareer y contempló el panorama. En lontananza, la corriente verde del río se precipitaba con violencia contra las rocas de un contrafuerte, deshaciéndose en espuma. Miró entonces hacia la derecha. Leto vendría de aquella dirección. El Camino y la Muralla describían una suave curva a la derecha, que se iniciaba a unos trescientos metros del lugar donde se encontraba Idaho. Este regresó al camino y echó a andar por el borde. siguiendo la curva que terminaba describiendo una ese y se estrechaba, iniciando suavemente la bajada. Alli se detuvo a contemplar lo que aparecía ante sus ojos, viendo como se formaba un nuevo esquema.

A unos tres kilómetros después de iniciado el suave descenso, el camino se estrechaba y cruzaba la garganta del río por un puente cuya fantástica estructura parecía risible y de juguete a esta distancia. Idaho recordó un puente similar en la ruta de Onn, sintiendo bajo sus pies la impresión de pisarlo realmente. Decidió confiar en su memoria y procedió a pensar en los puentes con mentalidad de caudillo militar, es decir, bien como pasos, bien como trampas.

Desplazandose hacia la izquierda, miró la elevada Muralla que nacía del extremo del fantástico puente por donde continuaba el camino, convertido ya en una línea fina que, tras describir una curva suave, enfilaba en línea recta al norte. Allí se veían dos Murallas, con el río discurriendo entre ellas. La corriente se deslizaba por una sima artificial, con su humedad confinada al interior de un canal de ventilación dirigido hacia el norte, mientras que las aguas propiamente dichas discurrían hacia el sur.

Idaho ignoró entonces el río. Allí estaba, y allí estaría mañana. Fijó la atención en el puente, dejando que su pericia militar lo examinara. Asintió con la cabeza, una sola vez, antes de regresar por donde había venido, sacándose de los hombros la cuerda ligera que llevaba allí enrollada.

Solo al ver la cuerda bajar serpenteando por la pared tuvo Nayla su orgasmo.

- CAPITULO LII -

¿Qué estoy eliminando? La infatuación burguesa con una pacífica conversación del pasado. Esta es una fuerza que obliga, una fuerza que mantiene unida a la humanidad en un conjunto vulnerable a pesar de la ilusoria separación de las distancias interestelares. Si yo puedo encontrar los fragmentos dispersos, también lo pueden otros. Cuando se está en compañía se puede compartir una catástrofe común. Se puede ser exterminado en compañía. Y así demuestro yo el terrible peligro de una mediocridad deslizante y exenta de pasiones, de un movimiento sin ambiciones ni fines. Os doy eras, de vida que fluye suavemente hacia la muerte, sin prisas ni estridencias, sin preguntar siquiera "¿Por qué?". Yo os muestro la falsa felicidad y la catástrofe-sombra llamada Leto, el Dios Emperador. Ahora bien, ¿aprenderéis lo que es la verdadera felicidad?

–Los Diarios Robados.

Después de pasar la noche sin más reposo que un breve duermevela, Leto se despertó al salir Moneo, al alba, de la casa donde se alojaba. El Carro Real se encontraba estacionado casi en el centro de un patio cerrado por tres lados, y su burbuja, cambiada por una de exterior opaco que aún permitiendo la visión desde el interior preservaba la intimidad de su ocupante, se hallaba herméticamente sellada para aislarle asimismo de la humedad. Leto percibía el débil siseo de los ventiladores que impulsaban el aire por el circuito de deshidratación.

Las pisadas de Moneo rascaban los adoquines del patio al acercarse al carro. Por encima de la cabeza del mayordomo se divisaba el tejado de la casa donde se alojaba, teñido de naranja por la luz del amanecer.

Leto abrió la burbuja del carro al ver que Moneo se detenía delante de él. Se percibía en el aire un olor a suciedad fermentada, y la acumulación de humedad que contenía la brisa resultaba dolorosa.

– Llegaremos a Tuono hacia el mediodía -dijo Moneo-. Quisiera que permitierais que una escuadrilla de tópteros patrullaran la zona.

– No quiero ningún tóptero -respondió Leto-. Bajaremos a Tuono mediante los suspensores y cuerdas.

Leto se maravilló de las imágenes contenidas en ese breve diálogo. A Moneo nunca le habían agradado las peregrinaciones. Su pasado de rebelde le había marcado, tornándole extremadamente suspicaz hacia todo cuanto no pudiera ver o etiquetar. Seguía siendo una verdadera masa de juicios latentes.

– Sabéis que no deseo los tópteros para el transporte, sino para vigilar...

– Lo sé, Moneo.

Moneo miró por detrás de Leto al extremo abierto del patio que daba a la garganta por donde discurría el río. La luz del amanecer escarchaba la neblina que ascendía desde

sus honduras. Pensó en la gran profundidad que alcanzaba aquella sima... y en un cuerpo retorciéndose, retorciéndose al caer por ella. La noche anterior Moneo se había sentido totalmente incapaz de acudir al borde de la garganta a contemplar el precipicio. Su abismo constituía una excesiva... tentación.

Con aquel poder perceptivo que llenaba a Moneo de espanto, Leto dijo:

– Hay una lección en cada tentación, Moneo.

Mudo de asombro, Moneo se dio la vuelta para mirar a Leto directamente a los ojos.

– Procura descubrir esta lección en mi vida.

– ¿Señor? -Fue un simple susurro.

– Me tientan primero con el mal, luego con el bien. Cada tentación se ajusta con exquisita precisión a mis susceptibilidades. Dime, Moneo, si elijo el bien, ¿me resulta beneficioso?

– Por supuesto que sí, Señor.

– Quizás no pierdas nunca el hábito de juzgar -manifestó Leto.

Moneo apartó de él la vista una vez más, y se quedó mirando el borde de la sima. Leto hizo rodar su cuerpo para mirar adonde miraba Moneo. A lo largo del borde del precipicio se habían plantado pinos enanos. De sus agujas pendían gotas del rocio, constituyendo cada una de ellas una promesa de dolor para Leto. Anheló poder sellar la burbuja del carro, pero aquellas joyas de la naturaleza poseían un atractivo que embelesaba sus recuerdos tanto como repelía a su cuerpo. La sincronía opuesta amenazaba con llenarle de confusión.

– Simplemente no me gusta la idea de andar por ahí a pie -dijo Moneo.

– Era la costumbre Fremen -replicó Leto.

Moneo suspiró.

– Los demás estarán listos dentro de pocos minutos. Hwi estaba desayunando cuando yo salí.

Leto no respondió. Sus pensamientos se hallaban perdidos en recuerdos de la noche, en la que acababa de pasar y en las milenarias otras que atestaban sus pasados, nubes y estrellas, las lluvias y la abierta negrura sembrada de copos brillantes nacidos de un cosmos fragmentado, un universo de noches, pródigo con ellas como lo había sido con los latidos de su corazón.

Repentinamente, Moneo preguntó:

– ¿Dónde está vuestra guardia?

– La mandé a desayunar.

– ¡No me gusta la idea de que os quedéis sin vigilancia!

El sonido de cristal de la voz de Moneo resonó en los recuerdos de Leto, manifestando ciertas cosas inexplicables con palabras. Moneo temía un universo desprovisto del Dios Emperador. Antes prefería morir que contemplar tal universo.

– ¿Qué ocurrirá hoy? -preguntó Moneo.

Era una pregunta dirigida no al Dios Emperador, sino al profeta.

– Una semilla impulsada por el viento puede ser el sauce del mañana contestó Leto.

– ¡Vos conocéis nuestro futuro! ¿Por qué no queréis revelármelo a mí y compartirlo? Moneo se hallaba al borde de la histeria... rechazando cualquier cosa que no fuese la información inmediata de sus sentidos.

Leto se dio la vuelta para observar al mayordomo, lanzándole una mirada tan feroz, tan rebosante de emociones reprimidas, que Moneo retrocedió como para apartarse de ella.

– ¡Ocúpate de tu propia existencia, Moneo!

Moneo realizó una profunda y temblorosa inspiración.

– Señor, no quise ofenderos. Tan sólo pretendía...

– ¡Mira hacia arriba, Moneo!

Involuntariamente, Moneo obedeció y miró al cielo que, sin una sola nube, palidecía a la creciente luz del amanecer.

– ¿Qué es, Señor?

– Sobre tu cabeza no hay un techo protector y reconfortante, Moneo. Sólo el cielo abierto, inmenso y variable. Alégrate de que así sea. Todos los sentidos que posees son instrumentos de reacción contra el cambio. ¿Eso no te dice nada?

– Señor, tan sólo vine a preguntaros cuándo estaríais listo para partir.

– Moneo, te pido que seas veraz conmigo.

– ¡Señor, soy veraz!

– Pero si vives con una fe equivocada, las mentiras te parecerán verdades.

– Señor, si miento es sin darme cuenta.

– Eso que has dicho tiene visos de verdad.

Moneo empezó a temblar. El Dios Emperador se encontraba en un estado de ánimo espantoso; cada una de sus palabras ocultaba una terrible amenaza.

– Temes el imperialismo de la conciencia; y tienes razón en temerlo. Mándame a Hwi inmediatamente.

Moneo no perdió tiempo en protocolos y echó a correr hacia la casa donde se alojaba el cortejo. Su entrada pareció poner en movimiento a una colonia de insectos. A los pocos segundos, numerosas Habladoras Pez salían a toda prisa para dispersarse alrededor del Carro Real. Los cortesanos se asomaban a las ventanas o salían al exterior para quedarse al resguardo de los aleros, temerosos de aproximarse al Dios Emperador. En contraste con toda esta excitación, por la puerta central de la casa salió Hwi, dejando atrás las sombras, y echó a andar lenta y majestuosamente en dirección a Leto, con la cabeza alta y su mirada buscando la de él.

Leto sintió que con sólo mirarla se calmaba. Vestia un traje dorado que él no conocía, adornado con ribetes de plata y jade en el escote y en los puños de sus largas mangas. El borde, que casi se arrastraba por el suelo, llevaba como adorno un grueso galón verde que subrayaba una greca almenada bordada en rojo oscuro.

Hwi le sonrió al detenerse ante él.

– Buenos días, Amor -dijo con dulzura-. ¿Qué has hecho para preocupar tanto al pobre Moneo?

Tranquilizado por su presencia y por su voz, Leto sonrió.

– Hice lo que siempre espero hacer: Producir un efecto.

– Y ciertamente lo has conseguido. Les dijo a las Habladoras Pez que estabas de un humor airado y aterrador. ¿Eres aterrador, Amor?

– Sólo para aquellos que se niegan a vivir por sus propias fuerzas.

– Ahhh, si. -Elia dio entonces una vuelta entera para que el admirase su nuevo vestido- ¿Te gusta? Me lo han regalado tus Habladoras Pez, lo han adornado ellas mismas.

– ¡Adornos, amor mío! -exclamó él, con un matiz de advertencia en la voz.- Así es como preparan el sacrificio.

Ella se acercó hasta el borde el Carro y se apoyó en él, justo debajo de su cara, con una fingida expresión de solemnidad en los labios.

– ¿Es que van a sacrificarme?

– A algunos les gustaría.

– Pero tú no lo permitirás.

– Nuestro destino es el mismo -dijo él.

– Entonces no temo nada -replicó ella. Se estiró para acariciar la piel plateada de las manos de Leto, pero se retiró bruscamente al notar que sus dedos se ponían a temblar violentamente.

– Perdóname, Amor. A veces olvido que estamos unidos en alma pero no en cuerpo -dijo ella.

La epidermis de trucha de arena se estremecía todavía a causa de la caricia de Hwi.

– La humedad del aire agudiza mi sensibilidad -repuso él, a medida que los temblores iban cediendo poco a poco.

– Me niego a lamentar algo que no puede ser -murmuró ella.

– Sé fuerte, Hwi, porque tu alma es la mía.

Al oir un ruido procedente de la casa donde se habían alojado, ella se volvió.

– Moneo vuelve -dijo-. Te lo ruego, Amor, no le asustes.

– ¿También es amigo tuyo Moneo?

– Somos amigos del estómago. A los dos nos gusta el yogurt.

Leto todavía se estaba riendo cuando Moneo de detuvo junto a Hwi. Moneo se atrevió a esbozar una sonrisa, lanzando una mirada de desconcierto a Hwi. Había una evidente gratitud en la actitud del mayordomo, que comenzaba a testimoniar a Hwi el mismo acatamiento con que acostumbraba a tratar a Leto.

– ¿Va todo bien, Dama Hwi?

Leto dijo entonces:

– En tiempos del estómago, hay que nutrir y cultivar las amistades gastronómicas. Pongámonos ya en camino, Moneo, Tuono nos espera.

Moneo se dio la vuelta para dar la orden a las Habladoras Pez y a los cortesanos.

Leto, sonriendo a Hwi, le dijo:

– ¿No represento el papel de novio impaciente con cierto estilo?

Ella subió a la base del carro, sujetándose el vestido con una mano, mientras él desplegaba el asiento reservado para ella. Sólo al hallarse sentada con los ojos al mismo nivel que los de Leto respondió Hwi, con una voz destinada exclusivamente a sus oídos.

– Amor de mi alma, acabo de capturar otro de tus secretos.

– Libéralo con tus labios -respondió él, bromeando en aquella intimidad que se había establecido entre ellos.

– Tú rara vez necesitas palabras, pues hablas directamente a los sentidos con tu vida.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Leto en toda su longitud. Tardó un momento en poder contestar, y cuando lo hizo, fue con un murmullo que ella tuvo que esforzarse para oír por encima del alboroto del cortejo.

– Entre lo sobrehumano y lo inhumano, poco espacio me ha quedado para poder ser humano. A ti te doy las gracias, gentil y dulce Hwi, por este pequeño espacio.

- CAPITULO LIII -

En toda la extensión de mi universo no he visto ninguna ley de la naturaleza inalterable e inexorable. Este universo presenta solamente relaciones cambiantes que a veces se contemplan como leyes por conciencias de corta duración. Estos detectores carnales que denominamos esencia son efímeras emanaciones que se abrasan en las llamaradas del infinito, fugazmente conscientes de las condiciones temporales que constriñen nuestras actividades y se modifican a medida que esas actividades también se modifican. Si tenéis que definir lo absoluto, usad su propio nombre: Efimero.

–Los Diarios Robados.

Nayla fue la primera en divisar la aparición del cortejo. Sudando copiosamente bajo el ardor del mediodía, se hallaba junto a uno de los pilares de piedra que señalaban los bordes del Camino Real. El súbito centelleo de un distante reflejo atrajo su atención y, entrecerrando los ojos, miró en aquella dirección, descubriendo con un estremecimiento de emoción que aquello era el reflejo del sol en la burbuja del Carro del Dios Emperador.

– ¡Ya vienen! -exclamo.

Entonces se dio cuenta de que tenía hambre. Con la excitación de los preparativos, ninguno de ellos había pensado en la comida, y nadie había traído bocado. Tan sólo los Fremen tenían agua, y eso porque "un Fremen llevará siempre un poco de agua consigo cuando abandone el Sietch". Estos lo hacían por pura repetición maquinal de una costumbre.

Nayla tocó con un dedo la culata de la pistola láser que llevaba enfundada en la cadera. El puente se encontraba a no más de veinte metros de distancia de ella, con su fantástica estructura arqueándose sobre la sima como una extravagante fantasmagoría que unía una yerma superficie con la otra.

Esto es una locura, pensó.

Pero el Dios Emperador había reafirmado su mandato exigiendo que su Nayla obedeciese a Siona en todo cuanto ésta le ordenase.

Las órdenes de Siona eran explicitas, sin dejar lugar a dudas ni evasiones. Y Nayla no tenía modo de consultar a su Dios Emperador. Siona le había dicho:

– Cuando su carro se encuentre en mitad del puente. Entonces!

– Pero, ¿por qué?

Estaban en la cima de la Muralla, bastante alejadas de todos los demás. Nayla sintiéndose precariamente aislada, remota y vulnerable.

La adustez de la expresión de Siona y su voz baja e intensa no permitían una negación.

– ¿Crees que podrás herir a Dios?

– Yo... -Nayla no pudo hacer más que alzarse de hombros.

– ¡Tienes que obedecerme!

– Sí, tengo que hacerlo -asintió Nayla.

Nayla observó como se aproximaba el distante cortejo, notando el colorido de los atavíos de los cortesanos y las grandes manchas de azul que identificaban a sus hermanas de los regimientos de Habladoras Pez... y la pulida y brillante superficie del carro de su Señor.

Tenía que tratarse de otra prueba, concluyó. El Dios Emperador sabía lo que hacia. Conocía perfectamente la leal devoción que encerraba el corazón de su Nayla. Era una prueba. Los mandatos del Dios Emperador debían obedecerse siempre y en todas las cosas. Esa era la primera lección de su adiestramiento como Habladoras Pez que recibiera en su infancia. El Dios Emperador había dicho que Nayla tenía que obedecer a Siona. Era una prueba. ¿Qué otra cosa podía ser?

Entonces dirigió la mirada hacia los cuatro Fremen. Se habían colocado junto a Duncan Idaho, directamente en medio de la calzada, bloqueando la salida de este lado del puente. Estaban sentados de espaldas a ella contemplando el puente, con sus túnicas pardas parecían cuatro montones de tierra. Nayla oyó las palabras que les dirigía Idaho.

– No abandonéis este lugar. Debéis saludarle desde aquí. Cuando se acerque, os ponéis de pie y hacéis una profunda reverencia.

Saludarle, sí.

Nayla asintió para sí misma.

Las otras tres Habladoras Pez que habían subido a la Muralla con ella habían sido enviadas al centro del puente. Todo cuanto sabían era lo que Siona les había dicho en presencia de Nayla. Debían esperar a que el Carro Real se encontrara tan sólo a unos pocos pasos de ellas, y entonces tenían que darse la vuelta y ponerse a bailar para hacer que el Carro y el Cortejo las siguieran hasta el mirador desde el que se divisaba Tuono.

Si intercepto el puente con mi pistola láser, esas tres morirán, pensó Nayla. Y también las que vienen con el Dios Emperador.

Nayla tendió el cuello para atisbar el fondo de la garganta. Desde donde se encontraba no veía el río pero oía su lejano rumor, su chocar contra las rocas.

¡Morirían todos!

A menos que El realice un milagro.

Eso tenía que ser. Siona había dispuesto la escena para la realidad de un Santo Milagro. ¿Qué otra cosa podía pretender Siona ahora que ya había sido sometida a prueba, ahora que vestía el uniforme del mando de las Habladoras Pez? Siona había prestado juramento ante el Dios Emperador, y había sido puesta a prueba por Dios pasando varios días solos en el Sareer.

Sin mover la cabeza, Nayla desvió la mirada hacia la derecha para contemplar a los artífices de esta bienvenida. Siona e Idaho se hallaban de pie, codo a codo, en medio de la calzada, a unos veinte metros a la derecha de Nayla. Se hallaban enfrascados en una conversación, y de vez en cuando se miraban asintiendo.

Ahora Idaho tocaba el brazo de Siona, con un gesto extraño y singularmente posesivo. Asintió con la cabeza una vez y se dirigió a grandes zancadas hacia el puente, deteniéndose en la esquina del contrafuerte, directamente delante de Nayla. Miró hacia abajo, y luego cruzó hasta la otra esquina. De nuevo volvió a mirar hacia abajo, permaneciendo allí varios minutos antes de regresar junto a Siona.

Qué ser tan raro ese ghola, pensó Nayla. Después de aquella pavorosa escalada, ella ya no le consideraba completamente humano. Era algo más, un demiurgo o un semidiós. Pero podía procrear.

Un grito lejano atrajo la atención de Nayla. Se dio la vuelta y miró al otro lado del puente. El cortejo, que avanzaba a la carrera con que solían efectuarse las peregrinaciones, había aminorado el paso ahora que se encontraba a unos pocos minutos de distancia del puente. Nayla reconoció a Moneo caminando en vanguardia, con su uniforme de un blanco inmaculado y aquel paso regular y certero con la mirada fija al frente. El carro del Dios Emperador llevaba la burbuja perfectamente sellada. y centelleaba con el opaco brillo de un espejo al avanzar detrás de Moneo deslizándose sobre sus ruedas.

El misterio que envolvía toda la escena sobrecogió a Nayla.

¡Estaba a punto de producirse un milagro!

Nayla lanzó una mirada a la derecha, hacia Siona. Siona se la devolvió e hizo una leve inclinación de cabeza. Nayla desenfundó la pistola laser y la apoyó contra la columna de roca mientras la preparaba para apuntar. Primero al cable de la izquierda, luego al de la derecha, luego la intrincada rejilla de plastiacero de la izquierda. La mano de Nayla notaba fría y extraña la pistola láser. Efectuó una temblorosa inspiración para recuperar la calma.

Debo obedecer. Es una prueba.

Vio a Moneo levantar la vista de la calzada y, sin alterar el paso, volverse para gritar algo al carro o a los que seguían detrás. Nayla no llegó a distinguir las palabras. Moneo volvió a quedar encarado al frente. Nayla se apuntaló, apoyándola en la columna de piedra que ocultaba la mayor parte de su cuerpo.

Una prueba.

Moneo había divisado a la gente estacionada en el puente. Identificó los uniformes de las Habladoras Pez, y su primer pensamiento fue averiguar quién había ordenado esa bienvenida. Se volvió y gritó esa pregunta a Leto, pero la burbuja del Carro del Dios Emperador permanecía opaca y sellada, ocultando a Hwi y a Leto en su interior.

Moneo se encontraba ya en el puente, oyendo detrás de él el chasquido de la arena bajo las ruedas del carro, cuando reconoció a Idaho y Siona de pie, bastante más atrás, al otro lado del puente. Identificó también a cuatro Fremen de Museo sentados en la calzada. Por la mente de Moneo empezaron a surgir dudas, pero ahora ya no podía cambiar el orden establecido. Se arriesgó a lanzar una mirada al fondo del río, aquel mundo de platino atrapado allí a la luz del mediodía. El sonido del carro se oía con fuerza a sus espaldas. El curso del río, el avanzar del cortejo, la dramática importancia de estas cosas en las que él jugaba un papel, todo ello se apoderó de su mente con una vertiginosa sensación de inevitabilidad.

No somos gente pasando por este camino, pensó. Somos elementos primordiales vinculando una pieza del Tiempo a otra. Y cuando hayamos pasado, todo cuanto queda detrás nuestro se sumirá en el no-sonido, una dimensión semejante a la no-estancia de los ixianos, y jamás volverá a ser lo que era antes de nuestro paso.

Un fragmento de una de las canciones que acostumbraba a tocar su asistente en el laúd cruzó por la mente de Moneo, y sus ojos perdieron el enfoque de lo que contemplaban al recordarla. Conocía y le agradaba esta canción por su ilusión, por su deseo de que todo esto terminara, de que todo quedara sumido en el pasado, desvanecidas las dudas, recobrada la tranquilidad. La lastimera canción flotaba por su consciencia como el humo, retorciéndose y convenciendo:

"Chirriar de insectos en raíces de hierba de las pampas”

Moneo tarareó la canción para si mismo:

"El chirriar de insectos señala el fin
El otoño y mi canto son del color de las últimas hojas en raíces de hierba de las pampas".

Moneo siguió con la cabeza el estribillo:

"El día termina
los visitantes parten. El día termina.

En nuestro Sietch, el día termina.

Suenan vientos de tormenta. El día termina.

Los visitantes parten".

Moneo llegó a la conclusión de que esta canción tenía que ser realmente muy antigua, un canto de los antiguos Fremen, sin duda alguna. Deseaba verdaderamente que los visitantes partiesen, que concluyesen estas agitaciones, que tornase a reinar la paz

una vez más. La paz estaba tan próxima... pero él no podía desatender sus obligaciones. No podía evitar el pensar en toda la impedimenta apilada allá en la arena a las afueras de Tuono. Pronto lo verían todo: tiendas, comida, mesas, platos de oro y cubiertos finos, globos luminosos de arabescos diseños a imitación de lámparas antíguas, todo ello rico, suntuoso y atestado de esperanzas de otras vidas distintas.

No volverá a ser lo mismo en Tuono.

En una ocasión, con motivo de un viaje de inspección, Moneo había pasado dos noches en Tuono. Todavía recordaba los olores de los fuegos, encendidos para guisar con matorrales aromáticos que alumbraban y caldeaban la oscuridad. No querían usar cocinas solares porque "esa no era la costumbre de los antiguos".

¡La costumbre de los antiguos!

En Tuono se olía poco a melange. Allí los olores dominantes eran una dulzona acidez y los aceites almizcleños de los arbustos de los oasis. Sí... y también los pozos muertos y el hedor a basura podrida. Recordada muy bien el comentario del Dios Emperador al escuchar el informe que hiciera Moneo de aquel viaje.

– Esos Fremen no conocen lo que se ha perdido de sus vidas. Creen que mantienen la esencia de las antiguas costumbres, pero no es cierto. Este es el fallo de todos los museos; algo se desvanece en las piezas que se exhiben; se seca y desaparece. De la gente que se encarga de administrar los museos y de los que acuden a inclinarse ante las vitrinas a contemplar lo expuesto, pocos son los que captan la esencia de este elemento. Era lo que impulsaba el motor de la vida de los tiempos pasados. Cuando la vida se extingue, se extingue.

Moneo centró su atención en las tres Habladoras Pez que se encontraban justo delante suyo en el puente. Porque acababan de levantar lo brazos y se habían puesto a bailar, saltando y brincando a pocos pasos de él.

Qué extraño, pensó. He visto a otra gente bailar al aire libre, pero jamás a las Habladoras Pez. Sólo bailan en el interior de sus cuarteles, en la intimidad de su propia compañía.

Tenía todavía este pensamiento en mente cuando oyó el primer horroroso zumbido de la pistola láser y notó que el puente se tambaleaba.

Esto no está ocurriendo en realidad, le dijo su mente.

Oyó el roce del Carro Real, que había caído de lado sobre la calzada, y luego el chasquido de la burbuja abriéndose de golpe. Una barahúnda de gritos y chillidos sonaba a sus espaldas, sin que él pudiera volverse para mirarlo. El pavimento del puente se había levantado formando una empinada pendiente, que había hecho caer de bruces a Moneo y le hacía resbalar al mismo tiempo hacia el abismo. Se agarró a un trozo de cable roto confiando en que le detuviera, pero el cable siguió tras él con aquel terrible rechinar producido por la película de arena que había cubierto la calzada. Se agarró entonces al cable con las dos manos, y se dio la vuelta con él. Fue entonces cuando vio el Carro Real. Medio caído, se desviaba de lado hacia el borde del puente,

con la burbuja abierta. Hwi estaba de pie en su interior, apoyándose en el asiento plegable. Al pasar junto a Moneo, se lo quedó mirando.

Un espantoso chirrido de metal llenó el aire al elevarse aún más la calzada del puente. Moneo vio caer a varios miembros del Cortejo, con las bocas abiertas y agitando los brazos. De pronto notó que algo se había enganchado a su cable. Quedó con los brazos estirados encima de la cabeza agarrado al cable, y dando vueltas, retorciéndose. Sintió que sus manos, húmedas por el sudor del miedo, ya no le sujetaban, comenzando a resbalar por el cable.

Una vez más su mirada se detuvo en las inmediaciones del Carro Real. Yacía atascado contra los restos de varias vigas destrozadas. Moneo vio como las inútiles manos del Dios Emperador trataban desesperadamente de agarrar a Hwi Noree sin conseguirlo. Ella cayó al vacío por el extremo abierto del carro, en silencio, el vestido dorado acampanandose y mostrando su cuerpo que, recto como una flecha, se precipitaba hacia las profundidades de la sima.

Un profundo y desgarrador gemido salió de los labios del Dios Emperador.

¿Por qué no activa los suspensores?, pensó Moneo. Los suspensores le sostendrán.

Pero la pistola láser seguía zumbando, y mientras las manos de Moneo resbalaban del extremo cercenado del cable, vio que las llamas alcanzaban las esferas de los suspensores del carro. reventándolas una tras otra con erupciones de humo dorado. Moneo cayó tendiendo las manos por encima de la cabeza.

¡El humo! ¡El humo dorado!

El manto se le acampanó haciéndole girar hasta quedar con el rostro dirigido directamente hacia abajo, hacia el vacío. Con la mirada fija en las profundidades, distinguió el bullir de un torbellino de rápidos, el espejo de su vida, corrientes precipitadas y saltos, todo el movimiento recogiendo toda la sustancia. Unas palabras de Leto revolotearon por su mente a través de una senda de humo dorado: "La cautela es el camino de la mediocridad. Una mediocridad que fluye sin pasiones es el máximo que la mayoría de la gente cree ser capaz de alcanzar". Moneo se sintió caer entonces libre y sin angustia, en el éxtasis de la comprensión total. El universo se abrió para él como un cristal, todas la cosas fluyendo en un no-Tiempo.

¡El humo dorado!

– ¡Leto! -grító- ¡Siaynoq! ¡Creo en él!

Entonces el manto se le arrancó de los hombros. Comenzó a dar vueltas impulsado por el viento de la garganta, con una última ojeada al Carro Real que se inclinaba despacio... despacio desde la destrozada calzada. El Dios Emperador resbaló por el extremo abierto de su carro y cayó.

Algo sólido golpeó la espalda de Moneo. Aquella fué su última sensación.

Leto se sintió resbalar del carro. Su mente conservaba tan sólo la imagen de Hwi precipítandose contra el río, aquella distante fuente perlada que señalaba la zambullida

de la muchacha en los mitos y los sueños de la consumación final. Las últimas palabras de Hwi, serenas y tranquilas, invadían todos sus recuerdos:

– Yo me adelanto primero, Amor.

Al resbalar del Carro divisó el arco de cimitarra que describía el río, una hoja de filo astillado que relucía entre abigarradas sombras, una daga mortífera de un río afilado en la Eternidad y dispuesto a acogerle en su agonía.

No puedo llorar, ni tan siquiera gritar, pensó. Las lágrimas ya no son posibles. Son agua. Dentro de un instante tendré agua de sobras. Solo puedo gemir en mi aflicción. Estoy solo, solo como jamás lo estuve.

Su gran cuerpo anillado se flexionó al caer, girando y retorciéndose hasta que su visión amplificada le reveló a Siona plantada en el borde destrozado del puente.

Ahora aprenderás -pensó.

Su cuerpo continuaba girando. Vio acercarse el río. El agua era un sueño habitado por atisbos de peces que encendían un antiguo recuerdo de un banquete junto a una piscina de granito, carne sonrosada deslumbrando sus apetitos.

¡Voy a reunirme contigo, Hwi, en el banquete de los dioses!

Un estallido de burbujas le encerró en su agonía. Agua, torrentes de agua mortífera le abofetearon por todas partes. Sintió el rechinar de las rocas al tratar de ascender para abordar una torrencial cascada, su cuerpo flexionándose en un paroxismo de involuntarias y espasmódicas salpicaduras. La Muralla de la garganta, negra y húmeda, pasó a toda prisa ante su frenética mirada. Escamas destrozadas de lo que había sido su piel explotaron alejándose de él, convertidas en una lluvia de plata que caía a su alrededor precipitándose en el río, un anillo de deslumbrante movimiento, frágiles lentejuelas, las truchas de arena que le abandonaban para dar comienzo en aquel mismo instante a sus propias vidas.

El suplicio de la agonía continuaba. Leto se maravillaba de seguir plenamente consciente, de poder sentir todavía que era dueño de su cuerpo.

El instinto le impulsó a agarrarse a una roca adonde le había arrojado la torrencial violencia de las aguas, y entonces sintió que se le desgarraba un dedo antes de que lograra desasir la mano. La sensación de aquello no fue más que un acento menor en la gran sinfonía de su dolor.

El curso del río se desviaba a la izquierda rodeando el contrafuerte de una sima y, como diciendo que ya tenía bastante de aguantarlo, lo envió rodando a la suave pendiente de un banco de arena. Permaneció allí unos instantes, alejándose de él en la corriente el tinte azul de la esencia de especia. El dolor le incitó a moverse, a apartar su cuerpo de gusano de la proximidad del agua. Todas las truchas de arena que cubrían su piel se habían desprendido, y sentía cualquier contacto con mayor intensidad que nunca, recuperando uno a uno sus antiguos sentidos cuando todo lo que podían reportarle no era más que dolor. No lograba ver su cuerpo, pero sentía lo que hubiera sido un gusano alejándose con penosos esfuerzos del agua. Miró hacia

arriba, con ojos que lo veían todo envuelto en lienzos de llamas de las que emergían formas que parecían fusionarse constantemente. Por fin reconoció el lugar donde se hallaba. El río lo había conducido al punto en que su curso abandonaba el Sareer definitivamente. Detrás de él quedaba Tuono, y algo más abajo de la Muralla se hallaba todo cuanto quedaba del Sietch Tabr, el reino de Stilgar, el lugar donde yacía oculta toda la especia de Leto.

Exhalando un humo azul, su cuerpo dolorido consiguió avanzar ruidosamente por una franja de playa de guijarros, dejando un rastro teñido de azul sobre un lecho de piedras hasta llegar a un agujero húmedo que hubiera podido formar parte del Síetch original. Ahora se trataba tan solo de una caverna no muy profunda, cuyo extremo interior se hallaba bloqueado por una roca caída. Su nariz percibió olor a sucia humedad y a limpia esencia de especia.

Diversos sonidos se entrometieron en su agonía. En el confinamiento de la caverna, se volvió y vió colgando de la entrada una cuerda por la que se deslizaba una figura. Reconoció a Nayla. Se dejó caer en las rocas y permaneció allí agazapada, atisbando las sombras entre las que él se encontraba. Las llamaradas que velaban la visión de Leto desaparecieron unos instantes, revelando a otra figura que se dejaba resbalar por la cuerda. Era Siona. Ella y Nayla corrieron hacia él entre un estrépito de piedras y se detuvieron al descubrirle. Una tercera figura se deslizó por la cuerda. Idaho. Se movió con frenética rabia, abalanzándose contra Nayla y gritando:

– ¿Por qué la mataste? ¡Nadie dijo que mataras a Hwí Noree!

Nayla le derribó por tierra con un ligero, casi indiferente movimiento de su brazo izquierdo. Se acercó encaramándose por las rocas y, poniéndose sobre manos y rodillas, se quedó examinando a Leto.

– ¿Señor? ¿Estáis con vida?

Idaho, que había aparecido detrás de ella, le arrebató la pistola láser de la funda. Nayla se dio la vuelta, asombrada, al ver que él apuntaba el arma y oprimía el gatillo. La quemadura se inició en la cabeza de Nayla y la partió en dos pedazos, que se desplomaron por separado. Un reluciente cuchillo crys cayó de su uniforme y fue a hacerse añicos contra una roca. Idaho no lo vio. Con una mueca de furia en la cara siguió disparando, quemando los restos de Nayla hasta agotar el cargador del arma. El arco llameante desapareció. Sólo diversos fragmentos de ropa y carne, húmedos y chamuscados, yacían dispersos por entre las rocas.

Era el momento que había estado esperando Siona. Trepó hasta él y arrebató la inútil pistola láser de las manos de Idaho. El se volvió con rapidez y ella se apuntaló para dominarle, pero toda la rabia había desaparecido.

– ¿Por qué? -murmuró él.

– Ya esta hecho -dijo ella.

Se volvieron y escrutaron las sombras de la caverna, mirando a Leto.

Leto no podía ni imaginar lo que ellos veían. Sabía que la piel de trucha de arena había desaparecido, y que en su lugar aparecería una superficie cubierta de pústulas y orificios de los filamentos pertenecientes a su anterior epidermis. En cuanto a lo demás, no podía más que contemplar aquellas dos figuras desde un universo surcado por el dolor. Las llamaradas de su vista hicieron aparecer a Siona como una diablesa. El nombre del demonio se le presentó de improviso en la mente y lo pronunció en alta voz, amplificando su sonido las paredes de la caverna y la propia inflexión de su voz, mucho más potente de lo que había calculado:

¡Hanmya!

– ¿Cómo? -Ella se acercó un paso en dirección a él.

Idaho se cubrió la cara con las manos.

– Mira lo que le has hecho al pobre Duncan -dijo Leto.

– Encontrará otros amores. -Qué insensible sonó Siona, un eco de su propia airada juventud.

– Tú no sabes lo que es amar -dijo él- ¿Qué has dado tú en tu vida? -No pudo hacer más que retorcerse las manos, aquellos simulacros de lo que antaño habían sido sus manos. ¡Por todos los dioses, lo que yo he dado!

Ella se acercó trepando por las rocas, se estiró para tocarle, y luego retrocedió.

– Yo soy la realidad, Siona. Mírame. Existo. Puedes tocarme si te atreves. Extiende la mano. ¡Hazlo!

Lentamente, ella tendió la mano hacia lo que había sido su segmento frontal, la hamaca en la que había dormido en el Sareer. Su mano quedó teñida de azul al retirarla.

– Me has tocado y has sentido mi cuerpo -dijo él-. ¿No es eso mas raro que cualquier otra cosa en este universo?

Ella empezó a darse la vuelta para marcharse.

– ¡No! ¡No te vayas! Mira lo que has conseguido, Siona. ¿Cómo es posible que puedas tocarme y en cambio no puedas tocarte a ti misma?

Ella se apartó rápidamente de él.

– Existe una diferencia entre nosotros -dijo él-. Tú eres Dios encarnado. Tú caminas dentro del milagro más grande de este universo, y sin embargo te niegas a tocarlo o a verlo o a sentirlo o a creer en el.

La consciencia de Leto se deslizó entonces al interior de un lugar cercado por la noche, un lugar en el que creía poder escuchar el canto del insecto de metal de sus ocultos impresores charlando en la oscuridad total de su estancia. Había una ausencia total de radiación en ese lugar, una nada, una no-cosa de características ixianas que lo

convertía en un punto de ansiedad y alienación espiritual porque carecía de contacto con el resto del universo.

Pero acabará teniendo contacto.

Intuyó entonces que sus impresores ixianos se habían puesto en marcha, empezando a registrar sus pensamientos sin que él hubiese emitido ninguna orden en ese sentido.

– ¡Acordaos de lo que hice! ¡Recordadme! ¡Volveré a ser inocente!

Las llamaradas de su visión se separaron, revelando a Idaho plantado en el lugar que había ocupado Siona. Detrás de Idaho, en un punto desenfocado, se percibían gestos y movimientos... ah, Sí: Siona daba instrucciones a alguien que se encontraba en la cima de la Muralla.

– ¿Estáis con vida? -preguntó Idaho.

La voz de Leto, entre silbidos y jadeos, dijo:

– Déjales que se dispersen, Duncan. Déjales que corran y se escondan en cualquier punto de cualquier universo que deseen.

– ¡Maldita sea! ¿Qué estáis diciendo? ¡Antes hubiera preferido dejarla vivir con vos!

– ¿Dejar? Yo no dejé nada.

– ¿Por qué dejasteis morir a Hwi? -gimió Idaho-. No sabíamos que estaba allí dentro con vos.

Idaho dejó caer la cabeza hacia adelante.

– Serás recompensado -repuso Leto con voz ronca-. Mis Habladoras Pez te elegirán a ti en lugar de a Siona. Sé bondadoso con ella, Duncan. Es más que una Atreides, y lleva la semilla de tu supervivencia.

Leto se sumió en sus recuerdos que ahora se habían convertido en delicados mitos mantenidos fugazmente en su consciencia. Intuía que podía haber caído en un tiempo que, por su mismo ser, hubiera cambiado el pasado. Oía, sin embargo, algunos sonidos, y se esforzó en interpretarlos. ¿Alguien que trepaba por las rocas? Las llamaradas de su vista se apartaron, y apareció Siona de pie junto a Idaho. Estaban cogidos de la mano, como dos niños que se tranquilizan mutuamente antes de osar penetrar en un lugar desconocido.

– ¿Como puede vivir así? -murmuró Siona.

Leto aguardó a reunir fuerzas para responder:

– Hwi me ayuda. Nosotros dos tuvimos algo que poca gente experimenta; nos unimos en nuestra fortaleza antes que en nuestras debilidades.

– Sí, y mira lo que te consiguió -replicó Siona con burla.

– Ojalá tú puedas conseguir lo mismo -contestó él con voz ronca-. Tal vez la especia te proporcione tiempo.

– ¿Dónde guardas tu especia? -preguntó ella.

– En el interior del Sietch Tabr -contestó él-. Duncan la encontrará. Conoces el lugar, Duncan. Ahora le llaman Tabur. Los contornos todavía quedan.

– ¿Por qué lo hiciste? -murmuró Idaho.

– Es mi regalo -contestó Leto-. Nadie encontrará a los descendientes de Siona. El oráculo no puede verla.

– ¿Qué? -respondieron los dos al unísono, acercándose para poder oir su voz que se iba desvaneciendo.

– Os entrego una nueva clase de tiempo, sin paralelos -dijo-. Dívergerá siempre. No habrá puntos de concurrencia en sus curvas. Os entrego la Senda de Oro. Ese es mi regalo. Nunca más volveréis a tener las clases de coincidencias que en otros tiempos conocísteis.

Su visión quedó totalmente cubierta por las llamas. La agonía se iba desvaneciendo, pero todavía percibía olores y oía sonidos con terrible agudeza. Tanto Idaho como Siona respiraban entrecortadamente, con rápidos jadeos. En todo el organismo de Leto comenzaron a producirse extrañas sensaciones cinestésicas, ecos de huesos y miembros que él sabía que ya no poseía.

– ¡Mira! -exclamó Siona.

– Se está desintegrando. -Ese fue Idaho.

– No. -Siona-. Se le está cayendo el exterior. ¡Mira! ¡El Gusano!

Leto sintió que ciertas partes de sí mismo se convertían en una cálida blandura. La agonía desapareció.

– ¿Qué son esos orificios? -Siona.

– Creo que eran las truchas de arena. ¿Ves la forma?

– Estoy aquí para demostrar el error de uno de mis antepasados -dijo Leto (o creyó decir, que al fin y al cabo era lo mismo en lo que a sus diarios se refería-. Nací como un hombre, pero no moriré como tal.

– ¡No puedo mirar! -exclamó Siona.

Leto la oyó marcharse con un entrechocar de rocas.

– ¿Estás ahí, Duncan?

– Sí.

Así pues, todavía tengo una voz.

– Mírame -le ordenó Leto-. Yo fui una vez una pequeña porción de pulpa sanguinolenta en un útero humano, una porción no mayor que una cereza. ¡Mírame te digo!

– Os estoy mirando. -La voz de Idaho era débil.

– Esperábais un gigante, y habéis encontrado a un gnomo -dijo Leto-. Ahora estáis empezando a comprender las responsabilidades que se derivan del resultado de las acciones. ¿Qué vás a hacer con tu nuevo poder, Duncan?

Se produjo un largo silencio, y luego se oyó la voz de Siona que exclamaba:

– ¡No le escuches, Duncan! ¡Estaba loco!

– Naturalmente -respondió Leto-. La locura en el método. Eso es el genio.

– Siona, ¿comprendes esto? -preguntó Idaho. Qué lastimera la voz del ghola.

– Lo comprende -contestó Leto-. Es humano verse con el alma inmersa en una crisis que no se previno. Así ocurre siempre con los humanos. Moneo lo comprendió al final.

– Ojalá se diera prisa en morirse -exclamó Siona.

– Yo soy el dios dividido y tú me harías entero -dijo Leto-. ¿Duncan? Pienso en todos mis Duncans, y al que más apruebo es a ti.

– ¿Aprobar? -Un deje de rabia emergió en la voz de Idaho.

– En mi aprobación hay magia -respondió Leto-. Cualquier cosa es posible en un universo mágico. Vuestra vida ha sido dominada por la fatalidad del Oráculo, la mía no. Ahora bien, ¿veis los misteriosos caprichos y me pediríais que lo disipara? Yo sólo deseé aumentarlo.

Los demás que moraban en el interior de Leto comenzaron a afirmar su independencia. Sin la solidaridad del grupo colonial que apoyase su identidad, Leto comenzó a perder su lugar entre ellos, y ellos empezaron a usar el lenguaje de la constante "SI". "Si tú hubieras... si nosotros hubiéramos... No deseaba otra cosa mas que silenciarlos.

– ¡Sólo los necios prefieren el pasado!

Leto no sabía si realmente gritaba, o si solo lo pensaba. La respuesta fue un momentáneo silencio interior emparejado con un silencio externo, y en este intervalo se dio cuenta de que algunos de los hilos de su propia identidad seguían intactos. Intentó hablar, y percibió esta realidad porque Idaho dijo:

– Escucha, esta tratando de decir algo.

– No temais a los ixianos -dijo, y oyó su voz como un débil murmullo-. Saben construir máquinas, pero ya no saben hacer arafel. Lo sé. Yo estuve allí.

Guardó silencio, procurando juntar fuerzas, pero sintió que se le escapaba la energía tratando de conservarla. Una vez mas surgió el clamor en su interior, voces gritando y suplicando.

– ¡Callad ya esas estupideces! -gritó o creyó que gritaba.

Idaho y Siona no oyeron más que un jadeante siseo.

Siona dijo entonces:

– Creo que está muerto.

– Y todo el mundo creía que era inmortal -comentó Idaho.

– ¿Sabes lo que dice la Historia Oral? -preguntó Siona-: "Si deseas la inmortalidad, niega la forma. Todo cuanto posee forma, posee mortalidad. Más allá de la forma se encuentra lo informe, lo inmortal".

– Eso suena a él -acusó Idaho.

– Creo que es una frase suya -repuso ella.

– ¿Qué quiso decir con lo de tus descendientes... de ocultarlos, no encontrarlos? -preguntó Idaho.

– Creó un nuevo mimetismo -repuso ella-, una nueva imitación biológica. Supo que había tenido éxito y lo había conseguido. No pudo verme en sus futuros.

– ¡Qué eres tú? -preguntó Idaho.

– Soy la nueva Atreides.

– ¡Atreides! -En la voz de Idaho sonó como una maldición.

Siona bajó la vista para contemplar el bulto desintegrado que en tiempos fuera Leto Atreides II... y algo más. Ese algo se iba deshaciendo en débiles volutas de humo azul que despedían un penetrante aroma de melange. En las rocas situadas bajo la mole fundente que había sido su cuerpo se iban formando charcos de líquido azul. Sólo permanecían unas débiles y vagas formas que antaño pudieran haber sido humanas: una colapsada espuma rosada, un fragmento de hueso enrojecido susceptible de haber sustentado las mejillas y la frente...

Siona dijo entonces:

– Soy diferente, pero sigo siendo lo que él fue.

Idaho, con un murmullo apagado, susurró:

– Los antepasados, todos los de...

– La muchedumbre esta aquí, pero yo camino en silencio entre ellos y nadie me ve. Las viejas imágenes han desaparecido, y sólo permanece la esencia para alumbrar su Senda de Oro.

Se dio la vuelta y tomó la fría mano de Idaho entre las suyas. Con mucho cuidado, lo guió al exterior de la caverna, sacándolo a la luz, donde la cuerda danzaba tentadora desde la cima de la Muralla, desde el lugar donde aguardaban los asustados Fremen de Museo.

Pobre material para modelar con él un nuevo universo, pensó ella, pero tendrían que servir. Idaho requería una dulce seducción, un cuidado dentro del cual tal vez surgiera el amor.

Al bajar la vista hacia el río, en el punto en que la corriente dejaba atrás la sima artificial para regar las verdes tierras de labor, vio que el viento del sur impulsaba hacia ella negros nubarrones.

Idaho retiró la mano de entre las suyas, pero parecía más calmado.

– El control meteorológico se esta tornando progresivamente inestable -dijo-. Moneo pensaba que ello era obra de la Cofradía.

– Mi padre rara vez se equivocaba en esas cosas -repuso Siona-. Tendrás que ocuparte de ello.

Idaho experimentó el repentino recuerdo de las formas plateadas de las truchas de arena saliendo disparadas del cuerpo de Leto para caer al río.

– Oí al Gusano -dijo Siona-. Las Habladoras Pez te seguirán a ti, no a mí.

Nuevamente. Idaho sintió la tentación del ritual de Siaynoq.

– Veremos -comentó. Se dio la vuelta y miró a Siona-:

¿Qué quiso decir con eso de que los ixianos ya no saben hacer arafel?

– No has leído los diarios -dijo ella-. Te lo enseñaré cuando regresemos a Tuono.

– ¿Pero qué significa arafel?

– Es la nube-oscuridad del santo juicio. Procede de una vieja historia. Lo encontrarás todo en mis diarios.

- CAPITULO LIV -

Extracto del resumen secreto efectuado por Hadí Benotto acerca de los descubrimientos de Dar-es-Balat.

Con la presente informa la minoría. Nos proponemos, naturalmente, obedecer la decisión de la mayoría de someter a una cuidadosa labor de selección, edición y censura los diarios de Dar-es-Balat, pero deseamos hacer oír nuestros argumentos. Reconocemos el interés de la Santa Iglesia en estos temas, sin que escapen tampoco a nuestra percepción los peligros políticos que de ellos podrían derivarse. Compartimos el deseo de la Iglesia de que Rakis y la Santa Reserva del Dios Dividido no se conviertan en una simple "atracción para turistas”

No obstante, ahora que se hallan en nuestro poder todos los diarios, autenticados y traducidos, emerge de ellos con toda claridad el esquema del Proyecto Atreides. Como mujer adiestrada por la Bene Gesserit para comprender los métodos de nuestros antepasados, siento el natural deseo de compartir el esquema que acabamos de exponer, que significa mucho mas que de Dune a Arrakis y a Dune y de allí a Rakis.

En primer lugar prevalecen los intereses históricos y científicos. Los diarios arrojan una valiosísima luz sobre esa compilación de biografias y recuerdos personales de los tiempos de los Duncans que es la Biblia Guardia. No podemos pasar inadvertidos esos habituales juramentos: "¡Por los mil hijos de Idaho!" y "¡Por las nueve hijas de Siona!". La persistencia del culto a la Hermana Chenoeh asume un nuevo significado gracias a las nuevas revelaciones que aportan los diarios. Sin ningún lugar a dudas, la identificación de la Iglesia del personaje de Judas con Nayla merece una cuidadosa revalorización.

Nosotros los miembros de la Minoría tenemos el deber de recordar a los censores políticos que los pobres gusanos de arena de su Reserva de Rakis no pueden proporcionar una alternativa viable a las Máquinas de Navegación ixianas, y que las insignificantes cantidades de melange controladas por la Iglesia no constituyen tampoco una verdadera amenaza comercial para los productos salidos de las tinas tleilaxu. ¡No! Nosotros sostenemos que los mitos, la Historia Oral, la Biblia Guardia y hasta los Libros Sagrados del Dios Dividido deben compararse con los diarios hallados en Dar-es-Balat. Toda referencia histórica a la Dispersión y a los tiempos del Hambre debe ser sacada de su contexto para ser objeto de un detenido estudio. ¿Qué podemos temer? Ninguna máquina ixiana es capaz de realizar lo que nosotros, los descendientes de Duncan Idaho y Siona, hemos conseguido. ¿Cuántos universos hemos poblado? Nadie puede adivinarlo. Nadie lo sabrá jamás. ¿Teme la Iglesia la aparición de algún profeta? Nosotros sabemos que los visionarios ni pueden vernos ni tampoco predecir nuestras decisiones. Ninguna clase de muerte puede afectar a toda la humanidad. ¿Debemos nosotros, los miembros de la Minoría, unirnos a nuestros colegas de la Dispersión antes de ser escuchados? ¿Debemos acaso dejar que el núcleo original de la humanidad permanezca ignorante y mal informado? ¡Si la mayoría nos expulsa, sabéis que jamás se nos podrá volver a encontrar!

No deseamos marcharnos. Nos hallamos a este planeta por esas perlas de la arena. Nos fascina el empleo que la Iglesia hace de la perla como "el sol de la comprensión". A buen seguro que ningún razonamiento humano puede escapar a éste respecto, de

las revelaciones de los diarios. ¡Los usos reconocidamente fugitivos pero vitales de la arqueología deben alcanzar su apogeo! De la misma manera que la primitiva máquina con que Leto II ocultó sus diarios sólo nos sirve para ilustrar el proceso de evolución de nuestras máquinas, y sólo para eso. igualmente debemos permitir que aquella antigua conciencia nos hable directamente. Sería un crimen tanto para la ciencia como para el rigor histórico que abandonáramos nuestros intentos de comunicación con esas "perlas de la consciencia" que los diarios han localizado. ¿Se halla Leto II perdido en su sueño interminable, o se le podría despertar para nuestros tiempos, devolviéndosele a su plena consciencia como depósito de rigor y exactitud históricas? ¿Cómo puede temer esta verdad la Santa Iglesia?

Para la Minoría, no existe ninguna duda de que los historiadores deben prestar atención a esa voz de nuestros orígenes. Aunque sólo sea a los diarios, debemos escuchar. Debemos escuchar proyectados a nuestro futuro por lo menos tantos años como los que estos diarios han permanecido ocultos en nuestro pasado. No vamos a intentar predecir los descubrimientos que deben realizarse dentro de estas páginas; decimos tan sólo que deben realizarse. ¿Como podemos volvernos de espaldas a nuestra más importante herencia? Como el poeta Lon Bramlis ha dicho:

"¡Nosotros somos la fuente de sorpresas!".